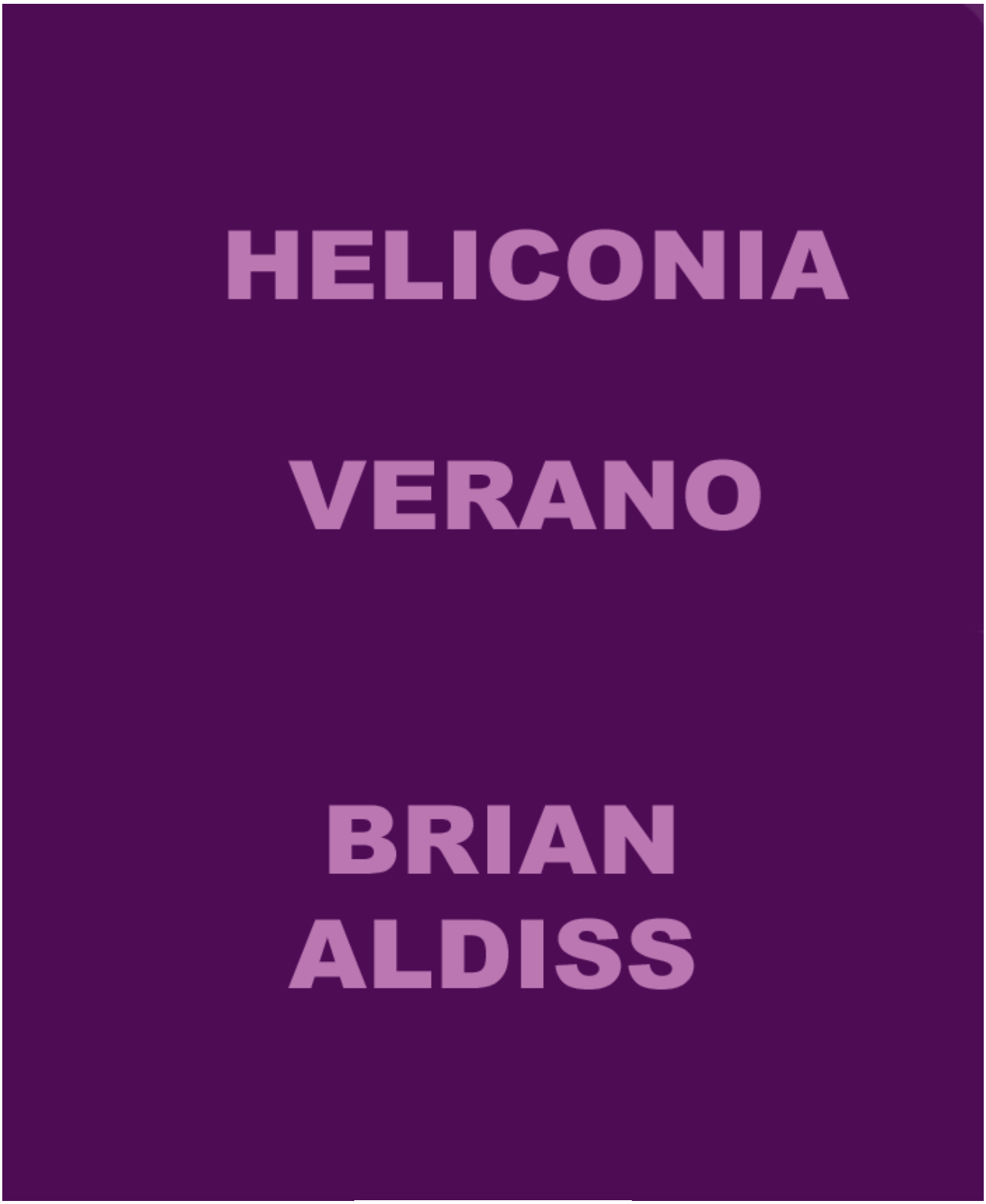
LIBRO dot.com

HELICONIA VERANO

BRIAN ALDISS



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

HELICONIA VERANO

BRIAN ALDISS

Más sirvientes tiene el hombre que él desconoce: en todo sendero aplasta aquello que lo favorece cuando la enfermedad lo debilita. Ah, poderoso amor.
El hombre es un mundo y tiene otro que lo atiende.
GEORGE HERBERT, Hombre LA COSTA MARINA DE BORLIEN

Las olas subían la pendiente de la playa, caían hacia atrás, y regresaban.

En el mar, a poca distancia, una masa rocosa coronada de vegetación interrumpía la procesión del oleaje. Señalaba la división entre aguas someras y profundas. Esa roca había sido parte de una montaña situada tierra adentro, hasta que las convulsiones volcánicas la habían arrojado a la bahía.

Esa roca estaba ahora domesticada por un nombre. Se la conocía como la Roca de Linien, y en honor de esta, la bahía y sus alrededores recibían el apelativo de Gravabagalinien. Más allá estaban los trémulos azules del Mar de las Águilas. La arena agitada enturbiaba las olas que rompían contra la costa dispersándose en ráfagas de espuma blanca. La espuma subía corriendo la cuesta para hundirse luego, voluptuosamente, en la playa.

Después de rodear el bastión de la Roca de Linien, las olas convergían desde distintos ángulos, chocaban con redoblado vigor y giraban en torno de las patas de un trono dorado que cuatro phagors depositaban en ese momento sobre la arena. Los diez dedos rosados de los pies de la reina de Borlien se hundieron en el agua.

Los descornados seres de dos filos permanecieron inmóviles. A pesar de lo mucho que temían el agua, apenas con un leve estremecimiento de sus orejas permitieron que el agua lechosa les hirviera alrededor de los pies.

Aunque hablan traído la carga real desde el palacio de Gravabagalinien, a media milla, no parecían fatigados. El calor era intenso, pero no se mostraban incómodos. Y tampoco revelaron interés cuando la reina caminó desnuda desde el trono hasta el mar.

Mas atrás de los phagors, sobre la arena seca, el mayordomo del palacio supervisaba a dos esclavos humanos que armaban una tienda y la cubrían luego con brillantes alfombras madi.

Pequeñas olas jugueteaban alrededor de los tobillos de la reina MyrdemInggala. Los campesinos de Borlien la llamaban “reina de reinas”. Con ella estaban la hija que había tenido con el rey, la princesa Tatro, y algunos de sus fieles acompañantes.

La princesa gritaba y saltaba de excitación. A la edad de dos años y tres decimos, consideraba el mar como un amigo enorme y sin mente.

-¡Oh, mira esa ola que viene, madre! ¡La más grande hasta ahora! Y la siguiente..., aquí viene... ¡Oooh! ¡Un monstruo grande como el cielo! ¡Cada vez más grandes! Más grandes, madre, ¡mira, madre! Mira esta, mira, va a estallar y... ¡Oh, aquí llega otra aun más inmensa! ¡Mira, mira, madre!

La reina asintió con gravedad ante el regocijo de su hija, entre olas pequeñas y tranquilas, y elevo la mirada hacia la distancia. Nubes de color pizarra se amontonaban en el horizonte sur, anunciando la próxima estación de los monzones. Las aguas profundas tenían una resonancia que la palabra "azul" no podía describir con exactitud. La reina veía celeste, aguamarina, turquesa, viridiana. Llevaba en un dedo el anillo que le había vendido un mercader de Oldorando, con una piedra -única y de origen desconocido- que reproducía los colores del mar por la mañana. Sentía que su vida, y la de su hija, eran a la existencia como esa piedra al océano.

De esa reserva de vida procedían las olas que encantaban a Tatro. Para la niña cada ola era un acontecimiento distinto, y lo experimentaba sin relación con el anterior y el siguiente. Cada ola era única. Tatro se demoraba aun en el eterno presente de la infancia.

Para la reina las olas representaban una operación continua, no solo del océano sino del

proceso mundial. Ese proceso incluía el rechazo de ella por su marido, los ejércitos en marcha en el horizonte, el calor creciente y la vela que día tras día ansiaba ver en el mar. No podía escapar de ninguna de esas cosas. Pasadas o futuras, estaban implícitas en su peligroso presente.

Dijo adiós a Tatro, corrió hacia adelante y se zambullo en el agua. Se alejaba de la pequeña figura que vacilaba en la playa para desposarse con el océano. El anillo relucía mientras sus manos cortaban la superficie y nadaba hacia afuera.

El agua le rodeaba los miembros refrescándolos con lujuria. La reina sentía la energía del océano. Al frente, una línea de blancas rompientes señalaba la división entre las aguas de la bahía y el mar, en donde fluía una gran corriente hacia el oeste, separando las calurosas tierras de Campannlat de las heladas de Hespagorat y rodeando el mundo. MyrdemInggala nunca trasponía esa línea si no era acompañada por sus familiares.

Estos acudían ahora, atraídos por el olor de su feminidad. Se acercaban nadando. La reina se reunió con ellos; hablaban en una lengua orquestal que para ella aun era ajena. Le advertían que algo -algo desagradable- estaba a punto de ocurrir. Algo que emergería del mar, su reino.

El exilio había traído a la reina a este desamparado punto del extremo sur de Borlien, Gravabagalinien, Gravabagalinien la Antigua, encantada por un ejército espectral que mucho antes había perecido allá. Ese era todo su reducido reino. Y sin embargo, había descubierto otro reino, en el mar. Había sido por casualidad, un día en que había entrado al mar durante el periodo menstrual. En el agua, su olor había atraído a sus familiares. Estos se convirtieron luego en sus compañeros cotidianos, y en su consuelo por todo lo que había perdido y por todo lo que la amenazaba.

Escoltada por las criaturas, MyrdemInggala flotaba sobre su espalda, con las partes más delicadas de su cuerpo expuestas al calor de Batalix. El agua zumbaba en sus oídos. Tenía pechos pequeños, pezones color canela, caderas anchas, cintura angosta. EL sol resplandecía sobre su piel. Sus acompañantes humanos estaban cerca. Algunos nadaban junto a la Roca de Linien, otros en línea paralela a la playa; todos, de manera inconsciente, tenían a la reina como Punta de referencia. Sus voces competían con el estrépito de las olas.

Lejos de la costa, más allá de los desechos marinos, mas allá de los acantilados, se erguía el blanco y dorado palacio de Gravabagalinien, donde la reina en el exilio aguardaba el divorcio o el asesinato. A los ojos de los nadadores parecía una casa de juguete.

En la playa, los phagors permanecían quietos. Mar adentro, una vela estaba inmóvil. Las nubes del sur no se movían. Todo esperaba.

Pero el tiempo avanzaba. La medialuz se aproximaba a su fin; ninguna persona de rango, en esas latitudes, se exponía al cielo abierto cuando los dos soles estaban en lo alto. Y mientras transcurría la medialuz, las nubes se tornaban más amenazantes y la vela se inclinaba hacia el este, acercándose al Puerto de Ottassol.

A su debido tiempo, las olas trajeron un cadáver humano con ellas. Ese era el hecho desagradable anunciado por los familiares, que gemían de disgusto.

El cuerpo rodeo la Roca de Linien, como si todavía poseyera vida y voluntad, y fue arrojado a las aguas bajas. Allí quedó extendido, boca abajo. Un ave marina se poso en su hombro.

MyrdemInggala vio el destello blanco y se acerco para inspeccionar. Una de las damas de su corte ya estaba allí y miraba horrorizada el extraño pez. Su denso pelo negro, empapado de agua salada, formaba mechones puntiagudos. Un brazo, quizá roto, le rodeaba el cuello. El sol secaba ya su carne arrugada cuando la sombra de la reina cayó sobre ella.

El cuerpo estaba hinchado por la putrefacción. Unos diminutos camarones se desplazaron velozmente en el agua para alimentarse de una rodilla rota. Con el pie, la dama de la corte dio vuelta el cadáver, que cayó sobre la espalda. Olía mal.

Una masa bullente de peces cuchara colgaba del rostro, devorando los huecos de la boca y los ojos. Ni siquiera bajo el brillo de Batalix interrumpieron su tarea.

La reina se volvió velozmente al oír los pasos de unos pies pequeños. Tomó a Tatro y la alzo por encima de su cabeza; luego la besó y le sonrió para tranquilizarla y se alejó por la playa. Mientras lo hacia llama a su mayordomo.

-¡ScufBar! Quita eso de ahí. Hazlo quemar tan pronto como puedas. Fuera de las viejas

murallas.

El criado se puso de pie a la sombra de la tienda, quitándose la arena del charfrul.

-De inmediato, señora -dijo.

Mas tarde la reina, movida por la ansiedad, encontró otro medio para eliminar el cadáver.

-Conozco cierto hombre en Ottassol. Llévaselo -dijo a su pequeño mayordomo, clavándole la mirada-. Compra cuerpos. Y también te daré una carta, aunque no para el anatomista. A este último no debes decirle de donde vienes, ¿has comprendido?

-¿Quién es ese hombre, señora? -ScufBar parecía la imagen misma de la renuencia.

-Se llama CaraBansity. No debes mencionar mi nombre. Tiene fama de hombre astuto.

Se esforzó por ocultar su turbación ante los criados, sin imaginar que un día su honor estaría en manos de CaraBansity.

Debajo del chirriante palacio de madera había un panal de fríos sótanos. Algunos estaban repletos de bloques de hielo, cortados de un glaciar del lejano Hespagorat.

Cuando los dos soles se pusieron, el mayordomo ScufBar descendió al sótano llevando sobre la cabeza una linterna de aceite de ballena. Un niño esclavo lo seguía asido al ruedo de su charfrul para no caer. En su deseo de protegerse contra una vida laboriosa, ScufBar había desarrollado un vientre prominente, un pecho hundido y unos hombros redondeados, como para proclamar su insignificancia, eludiendo de ese modo nuevas obligaciones. Pero esta vez, la protección no había servido. La reina tenia un encargo para él.

Se puso un delantal y unos guantes de cuero. Apartando las esteras que cubrían una pila de bloques, entrego la linterna al chico y tomo una piqueta para hielo. Con dos golpes desprendió un trozo del bloque más cercano.

Alzándolo y quejándose, para convencer al chico de lo pesado que era, subió lentamente la escalera. Hizo que el esclavo cerrara la puerta. Unos perros de tamaño monstruoso lo recibieron; erraban sin cesar por los oscuros corredores. Conocían a ScufBar y no ladraron.

Cargando el hielo, traspuso una puerta trasera que daba al aire libre. Esperó hasta oír que el chico esclavo corría el cerrojo en el interior. Solo entonces empezó a cruzar el patio.

En lo alto brillaban las estrellas, y un ocasional destello violeta de la aurora alumbró su camino hasta los establos por debajo de un arco de madera. Sintió el olor penetrante del estiércol de hoxney.

Un mozo de cuadra aguardaba tembloroso en la oscuridad. Todo el mundo estaba inquieto en Gravabagalinien después del crepúsculo, se decía que entonces los soldados del ejercito muerto salían a buscar octavas de tierra favorables. Una hilera de hoxneys castaños piafaba en la oscuridad.

-¿Esta listo mi hoxney, muchacho?

-Sí.

El mozo había preparado un hoxney de carga para el viaje de ScufBar. Había asegurado sobre el lomo del animal un largo cesto de mimbre, especial para transportar mercancías que debían ser enfriadas con hielo. Con un quejido final, ScufBar deslizó el bloque de hielo en el cesto, sobre una capa de aserrín.

-Ahora ayúdame con el cuerpo, y sin remilgos.

El cadáver que había sido arrojado a la bahía estaba en un rincón del establo, en medio de un charco de agua salada. Los dos hombres lo arrastraron, y luego de alzarlo, lo ubicaron sobre el hielo. Con cierto alivio, aseguraron la tapa del cesto.

-Que horrible cosa helada- dijo el mozo de cuadra, tocándose las manos en el charfrul.

-A poca gente le agrada un cadáver humano -dijo ScufBar, mientras se quitaba los guantes y el delantal-. Es una suerte que el deuteroscopista de Ottassol sea uno de esos pocos.

Salió del establo con el hoxney y pasó ante la guardia del palacio; caras hirsutas lo miraron con inquietud desde una garita junto a la muralla. El rey no había dado a la reina desdeñada, para su protección, más que ancianos o personas en quienes ella no podía confiar. El mismo ScufBar se sentía inquieto, y no cesaba de mirar alrededor. Hasta el lejano estruendo del mar lo ponía nervioso. Una vez que hubo abandonado el palacio, se detuvo, respiró y miró hacia atrás.

La masa de aquel parecía recortada contra el brillo de las estrellas. Solo una luz, en cierto

lugar, ponía un punto en la oscuridad. Allí era posible distinguir la figura de una mujer de pie en un bacón, mirando hacia el interior. ScufBar asintió para sus adentros, se dirigió al camino de la costa y tironeó de la cabeza del hoxney hacia el este, en dirección a Ottassol.

La reina MyrdemInggala había llamado a su mayordomo mas temprano que de costumbre. Aunque era una persona religiosa, la superstición pesaba en ella y el descubrimiento del cadáver la turbaba hasta el punto de considerarlo como un augurio de su propia y amenazadora muerte.

Dio el beso de las buenas noches a la princesa Tatroman Adala y se retiró a rezar. Esa noche, Akhanaba no le dio consuelo, aunque ella había concebido un sencillo plan para utilizar inteligentemente el cadáver.

Temía lo que pudiera hacer el rey, a ella y a su hija. Estaba desprotegida contra su ira, y comprendía claramente que mientras viviera, su popularidad seria un riesgo para él. Había una persona que podía defenderla, un joven general; le había enviado una carta.

Pero él estaba combatiendo en las Guerras Occidentales y no había respondido.

Ahora ella le enviaba otra carta, al cuidado de ScufBar. En Ottassol, a cien millas de distancia, su marido y uno de los enviados del Santo Imperio Pannovalano eran esperados en breve. El enviado se llamaba Alam Esomberr, y traería consigo una declaración de divorcio que ella debería firmar. Pensar en ese instante le produjo un estremecimiento.

Su carta estaba dirigida a Alam Esomberr; le pedía protección contra su marido. Un mensajero sería detenido por alguna patrulla del rey; un hombre grueso con un animal de carga pasaría inadvertido. Nadie que inspeccionara el cadáver pensaría en buscar una carta.

La carta no era para el enviado Esomberr sino para el Santo C'Sarr. El C'Sarr tenía motivos para sentirse disgustado con el rey, y con coda seguridad estaría dispuesto a amparar a una piadosa reina en desgracia.

De pie en el bacón, descalza, contemplaba la noche. Se rió de si misma por depositar su confianza en una carta, cuando el mundo entero tal vez estaba a punto de incendiarse. Dirigió su mirada hacia el horizonte del norte. Allí, el Cometa de Yarap Rombry ardía: para algunos era el símbolo del exterminio, para otros el de la salvación. Un ave nocturna llama. La reina escuchó el sonido incluso después de que este hubo muerto, como se mira un cuchillo que cae inevitablemente en aguas claras.

Cuando estuvo segura de que el mayordomo estaba en camino, retorno a su cama y corrió las cortinas de seda que la rodeaban. Permaneció recostada allí, con los ojos abiertos.

En la oscuridad, el polvo del camino de la costa parecía blanco. ScufBar se movía dificultosamente junto a su cargamento, mirando en torno con ansiedad. Incluso así no pudo dejar de sorprenderse cuando una figura se materializó en la sombra y le ordeno que se detuviera.

El hombre estaba armado y llevaba ropas militares. Era uno de los soldados del Rey Jandol Anganol, y le pagaban por vigilar a toda persona que entrara o saliera por orden de la reina. Olió el cesto. ScufBar explico que iba a vender el cadáver.

-¿Tan pobre es la reina?-preguntó el guardia, y dejó pasar a ScufBar.

ScufBar prosiguió su marcha, atento a cualquier sonido que no fuera el crujir del cesto. La costa estaba llena de contrabandistas, y de cosas peores. Borlien participaba en las Guerras Occidentales contra Randonan y Kace, y bandas de soldados, incursores o desertores, asolaban el interior.

Después de dos horas, ScufBar condujo al hoxney hasta un árbol que extendía sus ramas sobre el camino. Este se empinaba ahora, para unirse con el del sur, el cual corría desde Ottassol, hacia el oeste, hasta la frontera con Randonan.

Llegar a Ottassol llevaría las veinticinco horas del día, completas; pero había maneras más agradables de viajar que ir caminando junto a un hoxney cargado.

Después de atar el animal, ScufBar trepo a una rama baja y esperó. Se quedó dormido.

Lo despertó el rumor de un carro que se acercaba; se deslizó al suelo y aguardó junto al camino, agazapado. La trémula luz de la aurora, en lo alto, le permitió reconocer al viajero. Silbó; oyó un silbido en respuesta, y el carro se detuvo sin prisa.

El dueño del carro era un viejo amigo de ScufBar, llamado Floer Crow, quien procedía de la

misma región de Borlien. Todas las semanas, durante el verano del año pequeño, transportaba al mercado los productos de las granjas locales. Floer Crow no era un hombre muy sociable, pero estaba dispuesto a conducir a ScufBar hasta Ottassol a cambio de la ventaja de disponer de otro animal que ayudara a tirar del carro por turnos.

El carro se detuvo el tiempo suficiente para que el hoxney de carga fuera atado al vasal posterior y para que ScufBar trepara, no sin dificultad. Floer Crow hizo chasquear el látigo, y el vehículo avanzo. Un paciente hoxney de color castaño apagado tiraba de él.

A pesar del calor de la noche, Floer Crow llevaba un sombrero de ala ancha y un grueso manto. A su lado, en un soporte de hierro, había una espada. Su carga consistía en cuatro cochinillos negros, nísperos, gwing-gwings y un montón de hortalizas. Los desvalidos cochinillos colgaban en unas redes fuera del carro. ScufBar se acomodo contra el respaldo de tablas y durmió con el gorro sobre los ojos.

Despertó cuando las ruedas comenzaron a atronar sobre surcos endurecidos. El alba desteñía las estrellas mientras Freyr se preparaba para aparecer. La brisa traía el olor de las viviendas humanas.

Aunque la oscuridad se pegaba a la tierra, los campesinos, sombríos y silenciosos, ya se dirigían a los campos. En ocasiones los instrumentos que llevaban producían un ruido metálico. Su paso firme, sus cabezas inclinadas, recordaban la fatiga con que habían retornado al hogar la noche anterior.

Hombres, mujeres, jóvenes, viejos, los campesinos se movían en diversos niveles; algunos por encima del camino, otros por debajo. El paisaje, como se revelaba poco a poco, estaba formado por cuñas, barrancos, paredones, todo del mismo color castaño opaco que los hoxneys. Los campesinos habitaban la gran llanura de loess que constituía el centro sur del continente tropical de Campannlat. La llanura corría hacia el norte, casi hasta la frontera de Oldorando, y al este del río Takissa, donde se encontraba Ottassol. El rico suelo había sido trabajado por innumerables campesinos a lo largo de incontables años. Se habían construido terraplenes, muros y presas, destruidos y reconstruidos una y otra vez por sucesivas generaciones. Incluso en tiempos de sequía, como el presente, era preciso que trabajaran el loess aquellos cuyo destino era obtener cosechas del suelo.

-¡Ho! -grito Floer Crow, mientras el carro entraba en un pueblo junto al camino.

Gruesas paredes de loess protegían de los ladrones el amontonamiento de viviendas. Los monzones del año anterior habían roto y desmoronado las puertas, que aún estaban sin reparar. Aunque la oscuridad todavía era intensa, no se veían luces en ninguna ventana. Gallinas y gansos merodeaban bajo las remendadas murallas de barro, donde había pintados símbolos religiosos apotropaicos.

Una cocina encendida junto a la puerta proporcionaba un motivo de regocijo. El viejo vendedor encargado de ella no necesitaba vocear su mercancía; esta exhalaba un aroma que bastaba para anunciarla. Era un vendedor de waffles. Un flujo regular de campesinos se los compraba para comerlos (camino del trabajo).

Floer Crow puso un dedo en las costillas de ScufBar y señaló con su látigo en dirección al vendedor. ScufBar entendió la insinuación. Descendió del carro y fue a comprar el desayuno. Los waffles pasaban directamente de las ardientes quijadas de la wafflera a las manos de los compradores. Floer Crow comió el suyo con voracidad y se echo a dormir en la parte posterior del carro. ScufBar cambió los hoxneys, aferró las riendas y puso otra vez en marcha el carro.

El día avanzaba. Otros vehículos aparecían en el camino. El paisaje cambió. Durante un trecho la senda corría tan por debajo del nivel del suelo que solo se veían paredones castaños. En otro momento pasaron por la parte superior de un embalse, y luego se hizo visible un amplio paisaje cultivado.

La llanura se extendía en todas direcciones, lisa como una mesa, punteada de figuras agachadas. Prevalecían las líneas rectas. Los campos y las terrazas eran cuadrados. Había arboledas. Los ríos habían sido desviados a canales; hasta las velas de las embarcaciones eran de forma rectangular.

Cualquiera que fuese el paisaje, cualquiera que fuese el calor -la temperatura de ese día era de

varios cientos-, los campesinos trabajaban mientras hubiera luz en el cielo. Los cultivos de hortalizas, frutas, y el más provechoso de todos, el de verónica, debían ser atendidos. Las espaldas seguían encorvadas, hubiese uno o dos soles.

El despiadado brillo de Freyr contrastaba con el opaco rostro rojo de Batalix. Nadie podía dudar cual de los dos era el amo del cielo. Los viajeros que venían desde Oldorando, más cerca del ecuador, hablaban de bosques que reventaban en llamas a la orden de Freyr. Muchos creían que Freyr devoraría el mundo muy pronto; sin embargo, aún era preciso emplear el azadón, y el agua goteaba junto a las plantas delicadas.

El carro se acercaba a Ottassol. Ya no se veían aldeas. Solo campos, extendiéndose hasta un horizonte disuelto en inconstantes espejismos.

El camino descendió hasta quedar encajado entre paredones de tierra de diez metros de altura. El pueblo se llamaba Mordec. Los hombres descendieron y ataron el hoxney, que permaneció jadeando entre las varas hasta que le llevaron agua. Los dos pequeños animales de color estiércol daban señales de fatiga.

A ambos lados del camino partían estrechos túneles al fondo de los cuales se vela brillar la luz del sol, prolijamente cortada en rectángulos. Los hombres salieron de un túnel a una plaza abierta, por debajo del nivel del campo.

En uno de los lados de la plaza estaba la Jarra Oronda, una posada excavada en la tierra. Su fresco interior solo estaba iluminado por el reflejo de la luz proveniente de la plaza. Frente a la posada había pequeñas viviendas, también abiertas en el loess. Tiestos de flores alegraban sus fachadas color ocre. El pueblo se extendía en un laberinto de pasajes subterráneos, interrumpidos por plazas, muchas de ellas con escaleras que conducían a la superficie donde trabajaba la mayor parte de la población de Mordec. Los campos eran el techo de las casas.

En la posada, mientras tomaban un bocado y bebían vino, Floer Crow dijo:

-Huele mal.

-Hace tiempo que murió -respondió ScufBar-. La reina lo encontró en la playa, donde lo habían arrojado las olas. Yo diría que lo mataron en Ottassol, es lo más probable, y que lo tiraron al mar desde un muelle. La corriente lo llevaría hasta Gravabagalinien.

Mientras regresaban al carro, Floer Crow dijo:

-Mal augurio para la reina de reinas, sin duda.

El largo cesto estaba en la parte posterior, junto a las hortalizas. El hielo fundido goteaba hasta el suelo, donde una lenta espiral de polvo convertía en mármol una charca. Las moscas zumbaban alrededor.

Treparon al carro para recorrer las últimas millas.

-Si el rey Jandol Anganol quiere acabar con alguien, lo hará...

ScufBar se escandalizo.

-La reina es muy querida. Tiene amigos en todas partes. -Tocó la carta que llevaba en un bolsillo interior e hizo un gesto de afirmación para si mismo.-Amigos influyentes. -Y el se va a casar con una chiquilla de once Años... -Once y cinco decimos. -Tanto da. Es repugnante. -Oh, si, repugnante -dijo ScufBar-. Imagínate, once años y medio. -Chasqueo los labios y silbo.

Se miraron y sonrieron.

El carro rechinó hacia Ottassol, y los moscardones lo siguieron.

Ottassol era la gran ciudad invisible. En épocas menos cálidas la llanura sostenía sus edificios; ahora, estos sostenían la llanura. Ottassol era un laberinto subterráneo donde vivían hombres y phagors. Solo quedaban, en la calcinada superficie, campos y caminos, con un contrapunto de huecos rectangulares. En esos rectángulos había plazas, rodeadas de frentes de viviendas que no mostraban otra configuración externa.

Ottassol era tierra y su contrario: tierra ahuecada, el negativo y el positivo del suelo, como si hubiese sido construida por gusanos geométricos.

La ciudad alojaba a 695.000 personas. Su extensión no se podía ver, y rara vez era apreciada,

incluso por sus propios habitantes. El suelo, el clima y la situación geográfica, favorables, habían hecho que el Puerto creciera mas que la capital de Borlien, Matrassyl. Y esa conejera se extendía, a distintos niveles, hasta que la detenía el rió Takissa.

Había calles pavimentadas subterráneas, algunas bastante anchas para permitir el paso de dos carros. ScufBar iba por una de esas calles, llevando el hoxney con su carga. Se había separado de Floer Crow en un mercado, en las afueras de la ciudad. Mientras pasaba los peatones se volvían para mirarlo, tapándose las narices ante el olor que dejaba a su paso. El bloque de hielo se había derretido casi por completo.

-¿El anatomista y deuteroscopista? -pregunto a un transeúnte-. ¿Bardol CaraBansity?

-Plaza Ward.

Mendigos de todas clases pedían limosna en el exterior de las muchas iglesias: soldados heridos que habían regresado del frente, inválidos, hombres y mujeres con terribles canceres de piel. ScufBar los ignoro. En todas las esquinas y plazas cantaban las pecubeas enjauladas. Los cantos de las muchas variedades de pecubeas eran lo bastante diferentes para que un ciego pudiera guiarse por ellos.

ScufBar siguió su camino por la maraña de callejuelas, descendió unos pocos anchos escalones hasta la plaza Ward, y se acerco a la puerta donde un cartel mostraba el nombre Bardol CaraBansity. Hizo sonar la campanilla.

Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió. Apareció un phagor vestido con una tosca camisa de cáñamo. Complementó su mirada de color cereza con una pregunta:

-¿Que quiere?

-Busco al anatomista.

Después de atar el hoxney a un poste, ScufBar entro y se hallo en una habitación pequeña y en forma de bóveda. Otro phagor aguardaba detrás de un mostrador.

El primero avanzo por un pasillo, rozando ambas paredes con sus anchos hombros. Descorrió una cortina y entro en un cuarto, en un ángulo del cual había una cama; sobre ella, el anatomista celebraba una conferencia con su esposa. La interrumpió mientras el criado no humano decía lo que tenia que decir, y luego suspiro.

-Ya voy, maldito seas. -Bajó de la cama y se apoyo contra la pared para ponerse los pantalones debajo de su charfrul, que ajustó con lenta deliberación.

La mujer le arrojó un cojín.

-¿Por que no lo concentras nunca, estúpido? Termina lo que has empezado. Dile a esos necios que se marchen.

El movió la cabeza y sus pesados mofletes temblaron.

-Es el incesante reloj del mundo, querida. Mantén eso caliente hasta que vuelva. No soy yo quien gobierna las idas y venidas de los hombres...

Salió al pasillo y se detuvo en el umbral de su tienda para inspeccionar al recién llegado. Bardol CaraBansity era un hombre macizo, menos alto que robusto, con una forma cansada de hablar y un pesado cráneo no muy distinto del de un phagor. Usaba un grueso cinturón de cuero sobre su charfrul, y un cuchillo. Aunque parecía un vulgar carnicero, CaraBansity tenía una bien ganada reputación de hombre sagaz.

Con su pecho hundido y su abdomen protuberante, ScufBar no era una visión que impresionara, y CaraBansity demostró, en efecto, que no estaba impresionado.

-Tengo un cuerpo para vender, señor. Un cuerpo humano.

Sin hablar, CaraBansity hizo un gesto a los phagors. Ellos alzaron el cuerpo y lo arrojaron sobre el mostrador. Tenía aserrín y fragmentos de hielo adheridos.

El anatomista y deuteroscopista avanzó un paso.

-Está algo podrido. ¿Dónde lo has encontrado, hombre?

-En el río, señor. Mientras pescaba.

El cuerpo estaba tan hinchado por los gases internos que se salía de sus ropas. CaraBansity colocó el cadáver sobre la espalda y extrajo un pescado muerto de su camisa. Lo arrojo a los pies de ScufBar.

-Este es el así llamado pez cuchara. Para nosotros, los que nos preocupamos por la verdad, no es de ningún modo un pez, sino la progenie marina del gusano de Wutra. Marina. De agua de mar, no dulce. ¿Por que mientes? ¿Has asesinado a este pobre ser? Pareces un criminal. La frenología lo sugiere.

-Muy bien, señor, si así lo prefiere usted, lo encontré en el mar. Como soy un criado de la infortunada reina, no quería que el hecho fuese demasiado conocido.

CaraBansity lo observó con mayor atención.

-Bandido. ¿De modo que sirves a MyrdemInggala, reina de reinas? Esa señora merecería mejor fortuna y mejores criados.

-No le sirvo tan mal. Dígame cuanto me pagará por este cuerpo.

-Has hecho todo el camino por diez roons, no más. En estos tiempos tan perversos puedo encontrar cadáveres todos los días de la semana. Y más frescos que este, además.

-Me dijeron que me pagaría cincuenta, señor. Cincuenta roons. -ScufBar se frotaba las manos con aire evasivo.

-¿Cómo puede ser que aparezcas aquí con tu maloliente amigo justamente cuando el mismo rey y un enviado del Santo C'Sarr están a Punta de llegar a Ottassol? ¿Eres un agente del rey?

ScufBar abrió las manos y se encogió un paco.

-Sólo conozco a mi hoxney, que esta fuera. Págueme veinticinco solamente, señor, y volveré de inmediato junto a la reina.

-Sois todos codiciosos. No es extraño que el mundo este por arder.

-Si es así, señor, aceptare veinte. Veinte roons.

Volviéndose a uno de los phagors, que deslizaba su pálida milt por los ollares finos como ranuras, CaraBansity dijo:

-Paga a este hombre y haz que se marche.

-¿Cuánto debo pagar?

-Diez roons.

ScufBar dejo escapar un gemido de angustia.

-Esta bien. Quince. Y envía a la reina los respetos de Bardol CaraBansity.

El phagor busco entre sus ropas de cáñamo y sacó una pequeña bolsa. De ella surgieron tres monedas de cobre, que cayeron en la nudosa palma de la mano con tres dedos. ScufBar tome las monedas y se dirigió a la puerta con aire sombrío.

CaraBansity ordeno enseguida a uno de sus asistentes no humanos que cargara el cuerpo al hombro -orden que fue acatada sin repugnancia observable- y lo siguiera por un oscuro corredor, invadido por extraños olores. CaraBansity sabia tanto de estrellas como de intestinos, y su casa -semejante a un intestino- penetraba en lo profundo del loess. Poseía cámaras dedicadas a cada uno de sus intereses, y salidas a varias calles.

Entraron en un laboratorio. La luz penetraba oblicuamente por dos pequeñas ventanas cuadradas incrustadas en el muro de tierra, grueso como el de una fortaleza. Bajo los pies abiertos del phagor brillaban puntos luminosos. Parecían diamantes. Eran fragmentos de cristal, caídos mientras el deuteroscopista fabricaba lentes.

La habitación estaba atestada de despojos científicos. En la pared aparecían pintadas las diez casas del zodiaco. De otro muro colgaban tres cuerpos en distintas etapas de disección: los de un pez gigantesco, un hoxney y un phagor. El hoxney había sido abierto como un libro y privado de sus vísceras, para que quedaran visibles las costillas y la columna vertebral. En una mesa próxima había hojas de papel en las que CaraBansity había trazado detallados dibujos del animal muerto, pintando algunas zonas con tintas de color.

Peyt hizo girar sobre el hombro el cadáver gravabagaliniano y lo colgó, cabeza abajo, de un riel. Dos ganchos atravesaban la carne entre el calcañar y el talón de Aquiles. Los brazos rotos se movían, y las manos hinchadas se apoyaron como cangrejos en el suelo. Al oír una palmada de su amo, Peyt se marcho. A CaraBansity le molestaba la presencia de los seres de dos filos, pero eran más baratos que los sirvientes, e incluso que los esclavos humanos.

Después de contemplar largo rato el cadáver, CaraBansity cortó con su cuchillo las ropas del

muerto. Ignore el hedor de la podredumbre.

Era el cuerpo de un hombre joven; doce años, doce y medio, a lo sumo doce y nueve decimos. No más. Sus ropas eran bastas y extranjeras; tenía el pelo cortado al modo de los marineros.

-Tal vez, amigo mío, no eres de Borlien -dijo CaraBansity al cadáver-. Tus ropas tienen el estilo de Hespagorat... Probablemente de Dimariam.

El vientre estaba tan distendido que ocultaba por completo un ancho cinturón de cuero. CaraBansity lo abrió. En la carne apareció una herida. Se puso un guante y medo la mano en ella. Sus dedos encontraron un obstáculo. Después de tironear un poco, extrajo un cuerno gris de dos filos que había atravesado el diafragma, hundiéndose profundamente en el cuerpo. Miró el objeto con interés.

Los afilados bordes lo convertían en un arma eficaz. Antes había tenido un mango, pero quizás se habría perdido en el mar.

Miró el cuerpo con renovado interés. Los misterios siempre le agradaban.

Depositando el cuerno en el suelo, examine el cinturón. Era el trabajo de un excelente artesano, pero del tipo que se vendía en codas partes, por ejemplo en Osoilima, donde los peregrinos eran mercado propicio para tales objetos. En el interior había un pequeño bolsillo abotonado. Lo abrió y sacó un objeto incomprensible.

Con el ceño fruncido, llevo en su gruesa palma el objeto a la luz. No se parecía a nada que hubiese visto antes. Ni siquiera podía identificar el metal con el que, en gran parte, estaba hecho. Un escalofrío de temor supersticioso atravesó su mente pragmática.

Mientras lo lavaba debajo de la bomba, eliminando huellas de sangre y de arena, Bindla, su mujer, entró en el laboratorio.

-¿Bardol? ¿Que haces ahora? Pensé que volverías a la cama. ¿Sabes qué guardaba caliente para ti?

-Me encantaría, pero debo hacer otra cosa. -Le dirigió una de sus sonrisas solemnes. Bindla estaba en su temprana edad madura: veintiocho y un décimo, casi dos años más joven que él. Su abundante pelo rojizo había perdido algo de su brillo, pero él admiraba la conciencia que ella tenia de sus propios maduros encantos. En ese momento ella exageraba su desagrado por los olores del laboratorio.

-Ni siquiera estas escribiendo lo tratado sobre la religión, la excusa habitual.

El gruñó:

-Prefiero mis males olores.

-Hombre perverso. La religión es eterna; el hedor no.

-Al contrario, querida mía de largas piernas; las religiones cambian todo el tiempo. Son los hedores los que no cambian. -¿Eso te alegra? Él secaba con un trozo de tela el maravilloso objeto, y no respondió. -Mira. Bindla se acerco y apoyo una mano en su hombro. -¡Por la Roca! -exclamo, asombrada. Él se lo entregó y ella lo miró boquiabierta. Una tira de metal hábilmente entrelazado, muy parecido a un brazalete, sostenía un papel traslucido donde brillaban tres series de números. Leyeron los números en voz alta, mientras él los señalaba con un dedo romo.

06:16:55 12:37:76 19:20:14 Las cifras bailaban y cambiaban

mientras ellos observaban. Los CaraBansity se miraron sorprendidos.

Volvieron a concentrarse en el objeto.

Jamás he visto un talismán como este -dijo Bindla. Tuvieron que mirar otra vez, fascinados. Los números eran negros sobre fondo amarillo. Él leyó en voz alta:

06: 20: 2513: 00: 00 19: 23: 44

Cuando CaraBansity acercó el objeto a su oído para comprobar si emitía algún sonido, el reloj de péndulo de la pared dio trece campanadas. Era un reloj muy complicado, que el mismo CaraBansity había construido en su juventud. Indicaba gráficamente la salida y la puesta de los dos soles, Freyr y Batalix, así como las divisiones del tiempo: los cien segundos por minuto, los cuarenta minutos de cada hora, las veinticinco horas del día, los ocho días de la semana, las seis semanas del décimo, y los diez décimos de ese año de cuatrocientos ochenta días. Un indicador separado mostraba los 1.825 pequeños años del Gran Año; ahora señalaba el 381, la fecha presente según el

calendario de Borlien y Oldorando.

Bindla escucho sin oír nada.

-¿Es alguna clase de reloj?

-Tiene que serlo. La cifra central marca las trece, la hora de Borlien...

Ella siempre sabía cuando algo lo desconcertaba. Se mordía el puño como un niño.

En la parte superior había pequeñas salientes. Ella oprimió una.

Apareció otra serie de cifras:

6877 828 3269 (1177)

-El del centro es el Año, según alguno de los antiguos calendarios. ¿Cómo puede funcionar esto?

CaraBansity oprimió el botón y reapareció la serie anterior. Dejó el brazalete sobre el banco y lo miró, pero Bindla lo recogió y se lo peso en la muñeca. De inmediato el brazalete se ajusto por si solo, ciñendo su piel. Bindla lanzo un grito.

CaraBansity se dirigió a un estante de usados libros de referencia. Hizo a un lado una antigua copia del Testamento de RainiLayan y tomó un ejemplar de las Tablas Calendarias para Videntes y Deuteroscopistas. Después de pasar varias páginas, se detuvo en una y pasó el dedo por una columna.

Aunque el Año, según el calendario de Borlien-Oldorando, era el 381, esa cifra no era universalmente aceptada. Algunas naciones empleaban otro calendario, mencionado en las Tablas. Allí estaba el 828. Lo encontró bajo el titulo del antiguo y ya fuera de use “Calendario de Denniss”, el cual se asociaba ahora con la brujería y el ocultismo. Denniss era el nombre de un rey legendario que había gobernado, según se suponía, sobre todo Campannlat.

-La cifra central del brazalete se refiere a la hora local... -Volvió a morderse el puño.- Y nada le ha ocurrido al sumergirse en el mar. ¿Dónde hay ahora artesanos capaces de hacer una joya como esta? Sin duda se conserva desde los tiempos del rey Denniss...

Sostuvo la muñeca de su esposa y ambos contemplaron la continua variación de números. Habían encontrado un reloj cuyo sofisticado mecanismo no tenía paralelo, como quizá tampoco su valor ni seguramente su misterio.

Dondequiera que estuviesen los artesanos que lo habían construido, sin duda no padecían la desesperada situación a la que el rey JandolAnganol había llevado a Borlien. En Ottassol las cosas marchaban mejor porque era un puerto que comerciaba con otras tierras. En todo el resto las condiciones eran peores, por la sequía, el hambre y el bandolerismo. Las guerras y escaramuzas agotaban la savia vital del país. Un estadista más capaz que el rey, asesorado por una scritina o parlamento menos corrompido, haría la paz con los enemigos de Borlien y se ocuparía del bienestar de la población local.

Sin embargo, no era posible odiar a JandolAnganol -aunque a menudo CaraBansity lo intentaba- porque hubiera resuelto abandonar a su hermosa mujer, la reina de reinas, para casarse con una estúpida chiquilla mitad Madi. ¿Por que haría eso el Águila sino para fortalecer la alianza entre Borlien y su antigua enemiga, Oldorando, es decir, por el bien de su país? JandolAnganol era un hombre peligroso, desde luego; pero las circunstancias pesaban tanto sobre él como sobre el campesino más pobre.

Tal vez la razón fuera el empeoramiento del clima. La locura del calor, que aumentaba generación tras generación hasta hacer que los árboles ardieran espontáneamente...

-No sigas soñando -dijo Bindla-. Ven y quítame tu ridículo artefacto de la muñeca...

II
ALGUNAS VISITAS AL PALACIO

El acontecimiento que la reina temía ya estaba en marcha. El rey JandolAnganol se dirigía a Gravabagalinien para divorciarse de ella.

Desde la capital borlienesa de Matrassyl navegaría por el río Takissa hasta Ottassol, donde abordaría una nave costera hacia el oeste, hasta la angosta bahía de Gravabagalinien. Luego que JandolAnganol entregara a su reina la declaración de divorcio del Santo C'Sarr, en presencia de

testigos, se separarían tal vez para siempre.

Este era el plan del monarca, y una terrible tormenta para él.

Acompañado por el brillante son de las trompetas, escoltado por los miembros de su Casa vestidos con sus mejores galas, el rey JandolAnganol iba en su carroza desde el palacio, a través de las tortuosas calles de Matrassyl, hasta el muelle. En la carroza solo había un acompañante: su phagor domestico, Yuli. Yuli era apenas un runt, y aún se veían en su pelaje blanco los mechones castaños de la infancia. Le habían cortado los cuernos y estaba sentado junto a su amo, inquieto ante la perspectiva del viaje fluvial.

Cuando JandolAnganol descendió del vehículo, el capitán del barco se adelanto y saludo con cortesía.

-Partiremos apenas estés listo -dijo JandolAnganol. Unos cinco decimos antes, desde ese mismo muelle la reina había partido hacia el exilio. En la costa se agolpaban grupos de ciudadanos, ansiosos por observar a ese monarca de reputación tan desconcertante.

Allí estaba el alcalde, que había venido a despedir a su rey. La ovación no fue nada comparada con la que el día de su partida recibiera la reina MyrdemInggala.

El rey subió a bordo. Se oyó el ruido acompasado de maderas golpeadas, agudo como el de cascos sobre el canto rodado. Los remeros empezaron a remar. Se desplegaron las velas.

Mientras el barco se alejaba del muelle, JandolAnganol se volvió bruscamente para mirar al alcalde de Matrassyl, quien permanecía en rígida formación con sus asistentes. Al advertir la mirada del rey el alcalde incline la cabeza en gesto de sumisión, pero JandolAnganol no ignoraba que aquel hombre estaba furioso. Le indignada que el monarca abandonase la capital cuando había amenazas externas. Aprovechando la guerra de Borlien contra Randonan, en el oeste, los pueblos salvajes de Mordriat, en el nordeste, se lanzaban al ataque.

Cuando ese rostro sombrío quedo detrás de la popa del barco, el rey volvió la cabeza hacia el sur. En su interior, reconocía que la actitud del alcalde estaba en cierto modo justificada. Desde las altas e intranquilas praderas de Mordriat había llegado la noticia de que su guerrero jefe, Unndreid el Martillo, estaba otra vez en movimiento. El general que habría convenido designar para el ejercite borlienes del norte, con el objeto de levantar su moral, era el hijo del rey, RobaydayAnganol. Pero este había desaparecido el día en que se entero de que su padre planeaba divorciarse de su madre.

-Un hijo en quien confiar... -dijo JandolAnganol al viento, con expresión amarga. Responsabilizaba a su hijo de este viaje que ahora emprendía.

De modo que el perfil del rey, vuelto en dirección al sur, buscaba un signo de lealtad. Sobre la cubierta, las sombras de la jarcia, que yacían en complicados arabescos, se duplicaron cuando Freyr apareció en todo su resplandor. Luego el Águila se retire a descansar.

Un dosel de seda protegía el puente de popa. Allí, con sus acompañantes, pasó el rey la mayor parte de las tres jornadas que duró el viaje. Poco más de un metro por debajo de ese lugar de privilegio, esclavos humanos casi desnudos, randonianos la mayoría de ellos, aguardaban junto a sus remos, listos para ayudar a las velas si el viento amainaba. El olor de aquellos seres se percibía por momentos, mezclado con los de alquitrán, madera, scritinas.

-Nos detendremos en Osoilima -anuncio el rey. Allí, en ese lugar de peregrinación junto al río, visitaría el santuario y se haría flagelar. Era una persona creyente y necesitaba la buena voluntad de Akhanaba, el Todopoderoso, para las pruebas que se aproximaban.

JandolAnganol tenía un aspecto flemático y distinguido. A los veinticinco años y uno o dos decimos, era todavía un hombre joven, aunque algunas líneas marcaban su rostro enérgico otorgándole una expresión de sabiduría que sus enemigos negaban que tuviese.

Como sus halcones, alzaba la cabeza de un modo autoritario. Era esa cabeza lo que más atraía la atención, como si el dominio del país estuviera concentrado en aquel cráneo. JandolAnganol tenía el aspecto de un águila, acentuado por la nariz aguda, las feroces cejas negras, la barba y el bigote recortados que ocultaban en parte su boca sensual. Sus ojos gran negros e intensos; la viva mirada de esos ojos, que todo lo veían, le había ganado el apodo con que se lo conocía en los bazares: el Águila de Borlien.

Aquellos que estaban cerca de él y tenían el don de comprender el carácter, sostenían que el águila estaba enjaulada, y que la reina de reinas conservaba aún la llave de la jaula. JandolAnganol padecía la maldición del khmir, que podría ser descrita coma una lujuria impersonal, comprensible en ese clima tórrido.

A menudo, los rápidos movimientos de la cabeza, que contrastaban con la deliberada quietud de su cuerpo, expresaban el nervioso hábito de un hombre que esperaba ver adonde podía volverse.

La ceremonia bajo la alta roca de Osoilima terminó pronto. El rey, con su túnica manchada de Sangre, regresó al barco y comenzó la segunda mitad del viaje. Por las noches, para evitar el hedor, dormía en la cubierta, sobre un cojín de plumas de cisne. Su phagor, el runt Yuli, dormía junto a él.

Detrás de la nave real, guardando una prudente distancia, había otro barco. Era un transporte de reses modificado. En él venían las tropas más fieles del rey, la Primera Guardia Phagor. Se aproximó a la nave del rey cuando se acercaron al Puerto interior de Ottassol, la tarde del tercer día de viaje.

Las banderas prendían de sus mástiles en el húmedo calor de Ottassol. Había una muchedumbre en el muelle. Entre las banderas y demás símbolos patrióticos había pancartas más sombrías, en las cuales se podía leer EL FUEGO SE ACERCA: LOS OCÉANOS ARDERÁN, y también VIVE CON AKHA 0 MUERE CON FREYR. La Iglesia aprovechaba la alarma general para tratar de doblegar a los pecadores.

Una banda se acerco ceremoniosamente entre dos barracones y comenzó a ejecutar una marcha real. Aplausos contenidos saludaron al rey mientras descendía por la planchada.

Habían venido a recibirlo los miembros de la scritina de la ciudad y otros ciudadanos notables. Conociendo la reputación del Águila, pronunciaron discursos breves, que el rey respondió con la misma brevedad.

-Me hace feliz visitar Ottassol, nuestro principal Puerto, y encontrarlo floreciente. No puedo quedarme mucho tiempo. Ya sabéis que se precipitan grandes acontecimientos.

“Tengo el firme propósito de divorciarme de la reina MyrdemInggala mediante un acta aprobada por el gran C'Sarr Kilandar IX, Señor del Santo Imperio Pannovalano y Padre Supremo de la Iglesia de Akhanaba, cuyos servidores somos.

“Después de entregar el acta a la reina, en presencia de los testigos acreditados Por el Santo C'Sarr, como corresponde, seré libre para tomar, y tomare, por mujer legítima a Simoda Tal, hija de Oldorando. Así, con un lazo matrimonial, afirmare la alianza entre nuestro país y Oldorando -una vieja alianza- y aseguraré nuestra participación común en el Santo Imperio.”

“Con esta unión, nuestros enemigos comunes serán vencidos y retornaremos a la grandeza de los días de nuestros abuelos.”

Hubo algunos vivas y aplausos. La mayoría del público se desplazo para ver desembarcar a la guardia phagor.

El rey no vestía su habitual keedrant. Llevaba una túnica amarilla y negra, sin mangas, de modo que sus nervudos brazos quedaban al descubierto. Los ajustados pantalones de seda amarilla se adherían a sus piernas, y calzaba unas botas vueltas de cuero opaco. Llevaba una espada corta al cinto. Su pelo negro estaba trenzado en torno del círculo de oro de Akhanaba, Por cuya gracia gobernaba el reino. Miraba al comité de recepción.

Probablemente, ellos esperaban algo mas practico. La verdad era que MyrdemInggala era tan querida en Ottassol como en Matrassyl.

JandolAnganol dirigió un rápido gesto a su comitiva, se volvió y echó a andar.

Al frente estaban los miserables barrancos de loess. Habían colocado una tela amarilla a través del desembarcadero para que el rey caminara por ella. Rehuyéndola, cruzó hasta el coche que le aguardaba y subió. El cochero cerro la puerta y el vehículo se puso en marcha de inmediato. Atravesó una arcada y se introdujo en el laberinto de Ottassol. La guardia phagor lo seguía.

JandolAnganol odiaba, entre otras muchas cosas, su palacio de Ottassol. No ablandó su ánimo que el vicario real, el glacial AbstrogAthenat, con su cara de muchacha, lo recibiera en la puerta.

-El Gran Akhanaba lo bendice, señor. Nos alegra ver el rostro de su majestad, y su presencia entre nosotros, en el preciso momento en que llegan malas noticias del Segundo Ejercito en Randonan.

-De los asuntos militares hablare con los militares -respondió el rey, y entro en el salón de recepción. El palacio era fresco, y seguía siéndolo aun cuando el clima era más cálido; pero su construcción subterránea lo deprimía. Le recordaba los dos años que había pasado en Pannoval como sacerdote, en su juventud.

Su padre, VarpalAnganol, había ampliado mucho el palacio. Esperando el elogio de su hijo, le había preguntado que le parecía. “Frío, enorme, mal planeado”, fue la respuesta del Príncipe JandolAnganol.

Era típico de VarpalAnganol, quien jamás había dominado el arte de la guerra, no haber llegado a darse cuenta de que ese palacio subterráneo era imposible de defender.

JandolAnganol evoco el día en que había sido invadido. Tenía tres años y un décimo. Se encontraba en un patio subterráneo jugando con una espada de madera. Una de las lisas paredes de loess se desmoronó. Por la brecha irrumpieron una docena de rebeldes armados. Habían excavado un túnel sin ser advertidos. Aún le dolía recordar que había gritado de pánico antes de atacarlos con aquella espada de madera.

En ese momento se realizaba en el patio el cambio de guardia. Los hombres tenían las armas listas. Después de una lucha furiosa, los invasores fueron muertos. Luego, ese túnel ilegal se incorporó al trazado del palacio. Eso había ocurrido durante una de las rebeliones que VarpalAnganol no había logrado reprimir con la suficiente energía.

Ahora, el anciano estaba prisionero en la fortaleza de Matrassyl y los patios y pasillos del palacio de Ottassol permanecían custodiados por centinelas humanos y phagors. JandolAnganol lanzo una mirada a los hombres silenciosos mientras pasaba junto a ellos en los tortuosos corredores; estaba listo para matar a cualquiera que se moviese.

La noticia del sombrío ánimo del rey se extendió entre los funcionarios del palacio. Se habían organizado festejos para distraerlo. Pero antes debía recibir los informes del campo de batalla del oeste.

Una compañía del Segundo Ejercito, que avanzaba por las Alturas de Chwart para atacar el Puerto randonano de Poorich, había caído en una emboscada de una fuerza enemiga más poderosa. Después de combatir hasta el ocaso, los sobrevivientes lograron escapar para poner sobre aviso al grueso de las fuerzas. Un hombre herido había sido designado para transmitir a Ottassol la noticia, por medio del sistema de semáforos de la carretera del sur.

-¿Que ha ocurrido con el general TolramKetinet?

-Continúa combatiendo, señor -dijo el mensajero.

JandolAnganol recibió el informe sin comentario, y descendió luego a su capilla privada para orar y ser flagelado. Recibir los golpes del servil AbstrogAthenat era un castigo exquisito.

Poco le importaba a la corte lo que ocurriera a los ejércitos a casi tres mil millas de distancia; más importante era que el mal humor del rey no echara a perder la fiesta de la noche. El castigo del Águila era conveniente para todos.

Una escalera de caracol conducía a la capilla privada. Ese opresivo lugar, excavado en la arcilla que había debajo del loess y diseñado al estilo de Pannoval, estaba revestido de plomo hasta la altura de la cintura, y luego de piedra. En algunos lugares la humedad formaba gotas diminutas; en otros, pequeñas cascadas. Las luces ardían detrás de pantallas de cristal coloreado, proyectando rectángulos de color en el aire húmedo.

Se oyó una música sombría cuando el vicario real alzó el látigo de diez colas. En el altar se vela la Rueda de Akhanaba, en la que dos radios sinuosos conectaban el anillo interior y el exterior. Detrás del altar había un tapiz rojo y oro que representaba al Gran Akhanaba en la gloria de sus contradicciones: el Dos-en-Uno, el hombre y el dios, el niño y la bestia, lo eterno y lo temporal, el espíritu y la piedra.

El rey se quedó contemplando el rostro animal de su dios. Su reverencia era sincera. La religión lo había gobernado desde sus años de adolescencia en un monasterio pannovaliano. Del mismo modo, él gobernaba a través de la religión. La tradición mantenía subyugada a la mayor parte de la corte y su gente.

Era el culto común de Akhanaba el que unía a Borlien, Oldorando y Pannoval en incómoda

alianza. Sin Akhanaba solo habría caos, y triunfarían los enemigos de la civilización.

AbstrogAthenat indico al penitente real que sé arrodillase, y leyó una breve plegaria.

-Comparecemos ante Ti, Gran Akhanaba, para pedir perdón por nuestros errores y para exhibir la sangre de la culpa. Por la maldad de todos los hombres, Tu, el gran Medico, has sido herido; por ello eres débil. Por esto has dirigido nuestros pasos a través del Hielo y el Fuego, para que podamos experimentar en nuestro ser material, aquí en Heliconia, lo que, en nuestro nombre, Tú has experimentado en todas partes: el perpetuo tormento del Calor y el Frío. Acepta este sufrimiento, oh Gran Señor, así como tratamos de aceptar el Tuyo.

El látigo cayó sobre los hombros de JandolAnganol. El vicario real era un joven afeminado, pero su brazo era fuerte para el cumplimiento de la voluntad de Akhanaba.

Después de la penitencia, la ceremonia del baño; luego, el rey acudió a la fiesta.

Allí el látigo cedía su lugar al revoloteo de las faldas en la danza. La música era animada; los músicos, gordos y sonrientes. También el rey esbozó una sonrisa, valiéndose de ella como de una armadura, mientras recordaba como poco tiempo atrás esa cámara había sido iluminada por la presencia de la reina MyrdemInggala.

Las paredes estaban decoradas con las flores de la medialuz, el idront y el perfumado vispard. Había montañas de frutas y centelleantes jarras de vino negro. Los campesinos podrían padecer hambre; la corte no.

JandolAnganol condescendió a beber vino negro, al que agregó zumo de frutas y hielo de Lordyardry. Miró sin interés la escena que tenia enfrente. Sus cortesanos se mantuvieron a cierta distancia. Le fueron enviadas mujeres para distraerlo, pero él las rechazó.

Había despedido a su antiguo canciller antes de salir de Matrassyl. A su lado, un nuevo canciller a prueba se movía con nerviosismo. Ansioso y obsecuente, comenzó a hablar de la próxima expedición a Gravabagalinien. También fue despedido.

El rey quería marcharse de Ottassol lo antes posible. Se encontraría con el enviado del C'Sarr y continuaría su viaje a Gravabagalinien con él. Después de la ceremonia con la reina se dirigiría a Oldorando, donde contraería matrimonio con la princesa Simoda Tal, concluyendo así con toda esa cuestión. Luego, con la ayuda de Oldorando y Pannoval, derrotaría a sus enemigos e impondría la Paz dentro de sus propias fronteras. Sin duda, la pequeña princesa, Simoda Tal, debería vivir en el palacio de Matrassyl; pero no había ningún motivo para que él tuviese que verla.

Estaba decidido a cumplir este plan. No se apartaba de su mente. Buscó con la mirada al enviado del C'Sarr, el elegante Alam Esomberr. Había conocido a Esomberr durante su estada de dos años en el monasterio de Pannoval, y desde entonces eran amigos. Para JandolAnganol era necesario que ese poderoso funcionario, enviado por el mismo Kilandar IX, asistiera como testigo a la firma del documento de divorcio, y que luego devolviese ese documento al C'Sarr en persona. Solo así el matrimonio quedaría legalmente anulado. Esomberr debería estar ya junto a él.

Pero el enviado Esomberr había sufrido una demora cuando se disponía a salir de sus habitaciones. Un hombrecillo desaliñado, de vientre prominente, pelo sucio y ropas manchadas por el viaje, se había abierto paso, hablando, hasta la empolvada presencia del enviado.

-Supongo que no vienes de parte de mi sastre.

El hombrecillo desaliñado negó la acusación y sacó una carta de un bolsillo interior. La entregó al enviado. Se retorció cuando Esomberr la abrió con un gesto elegante.

-Esa carta, señor, debe seguir viaje. Con su perdón, es solo para los ojos del C'Sarr.

-Yo soy el representante del C'Sarr en Borlien, gracias -dijo Esomberr.

Leyó la carta, asintió, y dio al mensajero una moneda de plata.

Murmurando, este último se retiró. Salió del palacio subterráneo, fue hasta donde estaba atado su hoxney y partió hacia Gravabagalinien para informar de su éxito a la reina.

El enviado, sonriendo para sus adentros, se rascaba la punta de la nariz. Era un hombre agradable y esbelto, de veinticuatro años y medio, vestido con un magnifico keedrant de larga cola. Sacudió la carta en el aire. Pidió a un asistente un retrato de la reina MyrdemInggala y lo estudió durante unos minutos. De toda nueva situación, ya fuera personal o política, se podían derivar ventajas. Gozaría de su viaje a Gravabagalinien, si eso era posible.

Esomberr se prometió que su religión no interferiría con sus diversiones en Gravabagalinien.

Tan pronto como la nave real había amarrado, un grupo de hombres y mujeres se había reunido en el patio frontal del palacio para hablar con el rey. Legalmente, todas las suplicas debían dirigirse a la scritina, pero la vieja tradición del pedido directo al monarca se negaba a desaparecer.

El rey prefería el trabajo al ocio. Cansado de esperar y de ver girar a sus cortesanos hasta perder el aliento, aceptó celebrar audiencias en una sala vecina. Su runt permaneció alerta junto al pequeño trono; el rey le daba una palmada cariñosa de vez en cuando.

Una vez que los dos primeros solicitantes concluyeron sus pedidos, Bardol CaraBansity compareció ante el rey. Se había puesto un chaleco bordado sobre el charfrul. JandolAnganol reconoció su andar dificultoso y frunció el ceno ante la Florida reverencia que se le ofreció.

-Este hombre es Bardol CaraBansity, señor -dijo el canciller a prueba-. En la biblioteca real hay algunos de sus dibujos anatómicos.

El rey dijo:

-Te recuerdo. Eres amigo de mi ex canciller, SartoriIrvrash.

CaraBansity guiñó sus ojos enrojecidos.

-Espero que SartoriIrvrash se encuentre bien, señor, a pesar de ser un ex canciller.

-Ha huido a Sibornal, si a eso llamas encontrarse bien. ¿Que quieres de mí?

-En primer lugar, señor, una silla, porque me duelen las piernas.

Ambos se miraron. Luego el rey indicó a un paje que colocara una silla bajo su propio dosel.

CaraBansity se acomodo, sin prisa, y dijo:

-Sabiendo que su majestad es un hombre de gran conocimiento, he traído un objeto... inapreciable, según creo.

-Soy un hombre ignorante, y lo bastante estúpido para odiar la adulación. El rey de Borlien solo se ocupa de política, para mantener su país intacto.

-Todo lo hacemos mejor si estamos mejor informados. Yo puedo romper el brazo de un hombre más fácilmente si sé como funcionan sus articulaciones.

JandolAnganol rió. Era un sonido áspero, que pocas veces salía de su boca. Se inclino hacia adelante.

-¿Que es el conocimiento ante la furia creciente de Freyr? Incluso el Todopoderoso Akhanaba parece impotente ante Freyr.

CaraBansity miraba el suelo.

-Nada se del Todopoderoso, majestad. No se comunica conmigo. Algún benefactor publico escribió en mi puerta la palabra “ateo” la semana pasada, y ése es ahora mi apodo.

-Entonces, cuida tu alma. -El rey hablaba en tono menos desafiante, y en voz más baja.- Como deuteroscopista, ¿qué piensas del terrible calor? ¿Tanto ha pecado la humanidad que debemos perecer todos en el fuego de Freyr? El cometa del cielo del norte, ¿es una señal de inminente destrucción, como dice la gente común?

-Majestad, ese cometa, el Cometa de YarapRombry, es una señal de esperanza. Podría explicarlo con más detalle, pero temo fastidiarte con cálculos astronómicos. El cometa ha recibido su nombre del sabio cartógrafo y astrónomo YarapRombry de Kevassien. Él hizo el primer mapa del globo, colocando Otaassaal, como se llamaba entonces esta ciudad, en el centro, y descubrió ese cometa. Esto ocurrió hace 1.825 años, un Gran Año. El retorno del cometa demuestra que, como él, giramos en torno de Freyr, y que pasaremos a su lado sin sufrir más que... una ligera quemadura.

El rey meditó.

-Me das una respuesta científica, como hacia SartoriIrvrash. Debe haber también una respuesta religiosa a mi pregunta.

CaraBansity se mordió el puño.

-¿Que dice el Santo Imperio Pannovalano acerca de Freyr? Por Akha, temen todo lo que aparece en el cielo y usan el cometa para aumentar los temores de la gente. Reclaman una nueva guerra santa para que eliminemos a los phagors. El argumento de la Iglesia es que si esas criaturas sin alma son eliminadas, el clima refrescará de inmediato. Sin embargo, en los años del hielo, la Iglesia creía que eran los odiosos phagors quienes habían traído el frío. De modo que su

razonamiento carece de lógica, como todo pensamiento religioso.

-No me ofendas. Yo soy la Iglesia en Borlien.

-Perdón, majestad. Me limito a decir la verdad. Si lo ofende, despídeme, como has hecho con SartoriIrvrash.

-El hombre de quien hablas estaba a favor de la destrucción de los seres de dos filos.

-También yo lo estoy, señor, aunque dependa de ellos. Y en verdad me alarma que los favorezcas. Pero yo no los mataría por tontas razones religiosas. Los mataría porque son el enemigo tradicional de la humanidad.

El Águila de Borlien golpeó con la mano el brazo de su sillón. El canciller a prueba saltó.

-No escucharé más. No es esta la oportunidad de discutir, ¡hrattock impertinente!

CaraBansity se inclinó.

-Esta bien, señor. El poder hace sordos a los hombres; no escuchan. Tú mismo lo has llamada ignorante, no yo. Como puedes amenazar con una mirada, no puedes aprender. Esta es tu desgracia.

El rey se puso de pie. El canciller a prueba se estremeció. CaraBansity permaneció inmóvil, con el rostro pálido. Sabía que había ido demasiado lejos.

Pero JandolAnganol señaló al canciller.

-Me fatiga la gente que se asusta de mí, como este hombre. Haz lo que mi consejero no puede hacer, aconsejarme, y te nombraré canciller... y serás tan irritante, supongo, como tu amigo y predecesor. Cuando vuelva a casarme, tomando por esposa a la hija del rey Sayren Stund de Oldorando, este reino quedará firmemente unido al Santo Imperio Pannovalano, y eso nos hará fuertes. Pero el C'Sarr me presionará para que destruya a la raza de dos files, como están hacienda en Pannoval. Borlien tiene paces soldados y necesita phagors. ¿Puedo refutar con la ciencia el edicto del C'Sarr?

-Hum. -CaraBansity tironeo de uno de sus mofletes.- Pannoval y Oldorando siempre han odiado a los phagors, como nunca ha hecho Borlien. No estamos en el Paso de las migraciones phagors, como Oldorando. Los sacerdotes han encontrado un nuevo pretexto para continuar una vieja guerra. Hay una línea científica que podrías seguir, señor. La ciencia desterrará la ignorancia de la Iglesia, si me perdonas.

-Habla entonces; mi bello runt y yo lo escucharemos.

-Tú comprenderás, señor. Tu runt no. Debes conocer, por su reputación, el tratado histórico llamado El Testamento de RainiLayan. En ese volumen se habla de una Santa señora, VryDen, esposa del sabio RainiLayan. VryDen desentrañó algunos secretos del cielo; ella creía, como yo, que allí reside la verdad, y no el mal. VryDen pereció el año 26, durante el gran incendio que consumió Oldorando. Eso ocurrió hace 355 Años; quince generaciones, aunque ahora vivimos mas tiempo que entonces. Estoy convencido de que VryDen fue una personal real, no una invención de los cuentos de la Edad de Hielo, como pretende la Santa Iglesia.

-¿Cuál es la idea? -preguntó el rey, que comenzó a andar de un lado a otro, seguido por Yuli. Había recordado que su reina admiraba el libro de RainiLayan, y solía leerle algunos párrafos a Tatro.

-Una muy importante. Esta misma VryDen era atea, y por lo tanto vela el mundo come, es, y no oscurecido por deidades imaginarias. Antes de ella, se creía que Freyr y Batalix gran dos centinelas vivientes que custodiaban nuestro mundo contra una guerra en el cielo. Con la ayuda de la geometría, esa sabia señora logro predecir una serie de eclipses que señalaron el fin de su época.

-El conocimiento solo puede construir sobre el conocimiento, y uno ignora siempre adonde conducirá el paso siguiente. Pero conduce a alguna parte, en tanto que los dogmas de la Iglesia solo llevan a un círculo. Ese círculo es el emblema mismo de la Iglesia.

-Que yo prefiero a tus vacilantes pasos en la oscuridad.

-Yo he encontrado un medio para ver la luz a través de la oscuridad. Con la ayuda de nuestro común amigo SartoriIrvrash, logre pulir algunas lentes de cristal, como las que se usan en los ojos. -Describió luego como habían construido un telescopio. Por medio de ese instrumento habían estudiado las fases de Ipocrene y otros astros del cielo. A nadie hablaron de esto, porque el cielo no era un tema popular en esas naciones sometidas al imperio religioso de Pannoval.

"Uno por uno -continuó-, los vagabundos nos revelaron sus fases. Pronto pudimos predecir sus cambios con exactitud. Esto puede hacer la deuteroscopía. A partir de eso, SartoriIrvrash y yo complementamos nuestras observaciones con cálculos. Hallamos las leyes de la geometría celestial, que, según pensamos, YarapRombry debe haber conocido, aunque sufrió luego el martirio a manos de la Iglesia. Esas leyes establecen que los mundos giran alrededor de la estrella Batalix, y que Batalix describe una orbita en torno de Freyr. Y el radio vector de los movimientos solares barre áreas iguales en tiempos iguales."

"Descubrimos también que el planeta rápido, llamado Kaidaw por VryDen, no gira en torno de Batalix sino de Heliconia, y que por lo tanto es un satélite o una Tuna."

El rey se detuvo y pregunto con brusquedad:

-¿Podría vivir en ese Kaidaw gente como nosotros?

La pregunta se apartaba tanto del desganado interés anterior que CaraBansity se sorprendió.

-Es sólo un ojo de plata, señor; no un mundo verdadero, como Heliconia o Ipocrene.

El rey dio una palmada.

-Basta. No digas más. Podrías terminar como YarapRombry. No entiendo nada.

-Si consiguiéramos que estas explicaciones fueran evidentes para Pannoval, modificaríamos su anticuado pensamiento. Si pudiésemos inducir al C'Sarr a comprender la geometría celeste, tal vez él llegara a aceptar una geometría humana en que humanos y phagors giraran unos en torno de otros, coma Freyr y Batalix, en lugar de promulgar santas mentiras que se oponen a la vida ordenada.

Estaba a punto de continuar su explicación, cuando el rey hizo uno de sus gestos de impaciencia.

-En otro momento. No puedo escuchar tantas herejías juntas, aunque aprecio tus ingeniosas ideas. Te inclinas a cambiar con las circunstancias, como yo. ¿Por eso has llegado hasta aquí?

Por un instante, CaraBansity sostuvo la aguda mirada del rey. Luego dijo:

-No, majestad; como muchos de tus fieles súbditos, he tenido con la esperanza de venderte algo. Extrajo del cinturón el brazalete con las tres series de cifras que encontrara en el cadáver, y lo entrego al rey.

-¿Habías visto una joya como esta antes?

JandolAnganol lo miro con sorpresa, haciéndolo girar entre sus dedos.

-Sí -dijo-. Sí, he visto antes éste mismo brazalete, en Matrassyl. En verdad es extraño, y provenía de un hombre tan extraño como él, que aseguraba haber venido de otro mundo. De tu Kaidaw. -Después de este misterioso discurso cerró la boca, como si lamentara haber hablado.

Observo los números que saltaban y cambiaban, y agrego:

-En un momento más tranquilo me dirás como ha llegado a lo poder. Ahora, doy por concluida esta audiencia. Tengo otros asuntos que atender.

Cerró la mano sobre el brazalete.

CaraBansity estallo en una dolorida protesta. El semblante del rey cambió. La rabia ardía en sus ojos y en cada línea de su rostro. Se inclinó hacia adelante como una ave de presa.

-Vosotros, ateos, nunca entenderéis que Borlien vive y muere por su religión. ¿No nos amenazan acaso, por cada flanco, los bárbaros, los infieles? El imperio no puede existir sin fe. Este brazalete amenaza al imperio, amenaza a la misma fe. Sus números esquivos provienen de un sistema que nos destruiría. -Y con voz más calmada agregó: -Tal es mi convicción, y debemos vivir y morir por nuestras convicciones.

El deuteroscopista se mordió los nudillos y no dijo nada.

JandolAnganol, contemplándolo, añadió:

-Si decides ser mi canciller, vuelve aquí mañana y continuaremos hablando. Hasta entonces me quedaré con esta bagatela sacrílega. ¿Cuál crees que será tu respuesta? ¿Aceptaras ser mi principal consejero?

Al ver al rey guardar el brazalete entre sus vestiduras, CaraBansity se sintió abrumado.

-Te lo agradezco, majestad. Respecto a tu pregunta, debo

consultar a mi propio consejero, mi esposa... Hizo una gran reverencia mientras el rey pasaba a su lado para retirarse de la habitación. En un cercano corrector del palacio, el enviado del C'Sarr se preparaba para visitar al rey.

El retrato de la reina MyrdemInggala aparecía pintado en una lámina ovalada de marfil, proveniente del colmillo de una bestia marina. Mostraba su cara perfecta con una frente impecable y el cabello levantado por encima. Los ojos azul profundo de la reina estaban enmarcados por espesas pestañas, y un fino mentón suavizaba un rostro que de otro modo habría resultado más bien autoritario. Alam Esomberr reconocía esas facciones por otros retratos que viera en Pannoval, porque la hermosura de la reina era celebre.

Mientras contemplaba esa imagen, el enviado oficial del Santo C'Sarr permitió que su mente se demorara en pensamientos lascivos. Pensó que en breve tiempo estaría ante la persona que había inspirado aquellas obras de arte.

Dos agentes de Pannoval, espías del C'Sarr, comparecieron ante Esomberr, quien, sin dejar de observar el retrato, escuchó su informe sobre las habladurías que corrían en Ottassol. Ambos analizaron el peligro en que estaría la reina de reinas, cuando quedara resuelto el divorcio con JandolAnganol. Él desearía que ella desapareciese del todo. Del todo.

Por otra parte, el pueblo en general prefería la reina al rey. ¿Acaso este no había enviado a su propio padre a prisión, y al país entero a la bancarrota? La muchedumbre podría rebelarse, matar al rey, poner en el trono a MyrdemInggala. Y estaría justificado.

Esomberr los miro con dulzura.

-Gusanos -dijo-. Necios. Hrattocks. ¿Acaso no llevan todos los reyes sus países a la bancarrota? ¿No encerrarla cualquiera a su padre para alcanzar el poder? ¿No están siempre en peligro las reinas? ¿No sueñan siempre las multitudes con rebelarse y destronar a alguien? Estáis hablando solo de los roles tradicionales en el teatro, grande pero estereotipado, de la vida. No me habéis dicho nada de importancia. Un agente de Oldorando seria azotado si diera un informe así.

Los hombres inclinaron sus cabezas.

-También debemos informar que los agentes de Oldorando trabajan aquí activamente.

-Esperemos que no pasen todo el tiempo con las mujeres del puerto, como vosotros dos. La próxima vez que os llame, confío en recibir noticias, no chismes.

Los agentes inclinaron aún más sus cabezas y salieron de la habitación, sonriendo como si les hubiesen pagado en exceso.

Alam Esomberr suspiró, ensayo un aspecto severo y volvió a mirar la miniatura de la reina.

-Sin duda será estúpida, o tendrá algún otro defecto, para compensar tanta belleza -dijo en voz alta. Guardó la pieza de marfil en un bolsillo seguro.

El enviado del C'Sarr Kilandar IX era un noble de una familia Apropiadora, profundamente religiosa, con relaciones en la misma Ciudad Santa de las profundidades. Su austero padre, miembro de la Gran Magistratura, se había ocupado de que el ascenso de su hijo, quien lo despreciaba, llegase muy temprano. Esomberr consideraba ese viaje, destinado a dar testimonio del divorcio de su amigo, como unas vacaciones. En las vacaciones uno tenía derecho a cierta diversión, y esperaba que la reina MyrdemInggala se la proporcionase.

Estaba listo para su encuentro con JandolAnganol. Llamó a un criado. Este lo condujo ante la presencia del monarca, y los dos hombres se abrazaron.

Esomberr advirtió que el rey parecía más nervioso que en otras ocasiones. Disimuladamente, evaluó ese perfil hirsuto y afilado mientras el rey lo conducía a los salones donde la fiesta aún continuaba. Yuli, el runt, iba detrás de él. Esomberr le dirigió una mirada de aversión, pero nada dijo.

-De modo, Jan, que ambos hemos logrado llegar a salvo hasta Ottassol. Los invasores de lo reino no han podido cortarnos el paso.

Eran amigos, según lo que se entendía por amistad en esos círculos. El rey recordaba el aire cínico de Esomberr y su hábito de inclinar un poco la cabeza, como si estuviese interrogando al mundo.

-Hasta ahora no hemos sufrido depredaciones por parte de Unndreid el Martillo. Ya te habrás

enterado de mi encuentro con Darvlish la Calavera -dijo el rey.

-No dudo que esos bandidos sean tremendos. Uno se pregunta si, de haberles puesto nombres menos horribles, no serian más amables.

-Tus habitaciones son cómodas.

-A decir verdad, Jan, tu palacio subterráneo me parece abominable. Dime, ¿Qué ocurre cuando el río Takissa crece?

-Los campesinos hacen diques con sus cuerpos. Si te conviene, saldremos mañana para Gravabagalinien. Ya ha habido bastantes demoras, y se acercan los monzones. Cuanto antes terminemos con el divorcio, mejor.

-Me encanta la perspectiva de un viaje por mar, siempre que sea breve y la costa este al alcance de la voz.

Les sirvieron vino con hielo picado.

-Algo te preocupa, primo mío.

-Muchas cosas me preocupan, Alam. Ninguna en especial. En estos días, hasta mi fe me preocupa. -Vacilo y miro hacia atrás.- Cuando me siento inseguro, Borlien lo está también. Tu amo, el C'Sarr, nuestro Santo Emperador, seguramente lo comprendería. Hemos de vivir Por nuestra fe. Por mi fe, renuncio a MyrdemInggala.

-Primo, en privado podemos admitir que la fe tiene una cierta falta de sustancia, ¿verdad? Mientras que lo hermosa reina...

El rey acariciaba en su bolsillo el brazalete que le había quitado a CaraBansity. Aquello tenía sustancia. Era la obra de un enemigo insidioso que, según le dictaba su intuición, podía sumir al estado en un caos. Apretó con fuerza el metal.

Esomberr hizo un gesto que, contrariamente a los del rey, era lánguido y sin espontaneidad.

-El mundo va a la ruina, primo, o se hundirá en Freyr. Sin embargo, debo decir que la religión jamás me ha hecho perder el sueño. Más bien me lo produce. Todas las naciones tienen sus problemas. A ti lo preocupan Randonan y el temido Martillo. Oldorando sufre ahora una crisis con Akace. En Pannoval, nos atacan de nuevo los sibornaleses. Vienen desde el sur, a través de Chalce, incapaces de tolerar su espantoso país natal un minuto más. Un firme eje Pannoval-Oldorando-Borlien mejorará la estabilidad de todo Campannlat. Las demás naciones no son más que bárbaras.

-La víspera de mi divorcio de MyrdemInggala deberías alegrarme en vez de deprimirme, Alam. El enviado vació su copa.

-Una mujer igual a otra. Estoy seguro de que serás dichoso con la pequeña Simoda Tal.

Vio el dolor en el rostro del rey. JandolAnganol dijo, mirando hacia los bailarines:

-Es mi hijo quien debería casarse con Simoda Tal, pero no he logrado que tenga buen sentido. MyrdemInggala comprende que doy este paso por el interés de Borlien.

-¡Por la Roca! ¿Eso crees? -Esomberr busco en su chaqueta de seda y sacó una carta.- Harías bien en leer esto; acaba de llegar a mis manos.

Al ver la letra clara de MyrdemInggala, JandolAnganol tomo la hoja temblando, y leyó:

Al Santo Emperador, C'Sarr Kilandar IX, jefe del Santo Imperio Pannovalano, en la ciudad de Pannoval, capital del país del mismo nombre.

Santo Señor, cuya fe profesa con devoción la abajo firmante:

Atiende esta suplica de una de tus hijas más infortunadas.

Yo, la reina MyrdemInggala, he sido castigada par un crimen que no he cometido. Mi marido, el rey, me ha acusado injustamente de conspirar contra Sibornal, y estoy en grave peligro.

Santo Señor: mi amo, el rey JandolAnganol, me ha tratado con gran injusticia, apartándome de su lado y desterrándome a esta costa abandonada. Aquí debo permanecer hasta que disponga de mí a su voluntad, victima de su khmir.

He sido para el una fiel esposa durante trece años, y le he dado un hijo y una hija. La hija es aún pequeña, y está conmigo. Mi hijo se rebeló ante la separación, e ignore donde se encuentra.

Como mi señor el rey ha usurpado el trono de su padre, el mal ha caído sobre nuestro reino. Se ha rodeado de enemigos. Para romper el círculo, planea un matrimonio dinástico con Simoda Tal, hija del rey Sayren Stund, de Oldorando. Según entiendo, esta unión goza de tu conformidad. Me

inclino ante tu decisión. Pero a JandolAnganol no le bastará con alejarme par medio de una manipulación de la ley; finalmente querrá alejarme también del mundo terrenal.

Por esta razón, ruego a mi Santo Emperador que envíe lo antes posible una carta prohibiendo al rey que inflija daños a mí o a mis hijos, bajo pena de excomunión. El rey posee, al menos, fe religiosa; una advertencia de ese tipo causaría efecto en él.

Tu desesperada hija en religión

ConegUndunory MyrdemInggala

Esta carta llegará a ti por intermedio de tu enviado en Ottassol, y ruego que la entregue piadosamente en tu mano con la mayor premura.

-Pues bien, entonces tendremos que ocuparnos de esto -dijo el rey, con expresión dolorida, aferrando el papel.

-Yo tendré que ocuparme de esto -rectificó Esomberr, recuperando la carta.

Al día siguiente, la comitiva se hizo a la vela hacia el oeste, a lo largo de la costa de Borlien. Acompañaba al rey su nuevo canciller, Bardol CaraBansity.

El rey había desarrollado para ese entonces, el hábito nervioso de mirar una y otra vez por encima del hombro, como si se creyera observado par Akhanaba, el gran dios del Santo Imperio de Pannoval.

Había quienes lo observaban -o quienes habían de observarlo-, pero estaban más alejados en el tiempo y en el espacio de lo que JandolAnganol podía imaginar. Se los contaría par millones. En ese momento, el planeta Heliconia estaba habitado par noventa y seis millones de seres humanos, y un tercio de esa cifra de phagors. Los lejanos observadores eran todavía más numerosos.

En un tiempo, los habitantes del planeta Tierra habían contemplado con considerable despego los asuntos de Heliconia. Las transmisiones desde Heliconia, enviadas a la Tierra par la Estación Observadora Terrestre, habían sido inicialmente poco más que una fuente de entretenimiento. A lo largo de los siglos, mientras la Gran Primavera de Heliconia dejaba paso al verano, las cosas habían sufrido un cambio. La contemplación se convirtió en compromiso. Los observadores fueron modificados por lo observado; a pesar de que Presente y Pasado nunca podían coincidir en los dos planetas, comenzó a forjarse un vínculo de empatía.

Existían ahora medios para hacer que ese vínculo fuera aun más positivo.

La creciente madurez, la creciente comprensión de lo que significaba ser una entidad orgánica, eran deudas que los pueblos de la Tierra habían contraído con Heliconia. No miraban ahora al rey embarcando en Ottassol o a Tatro ante las alas de la playa coma hechos aislados, sino coma hebras de la ineludible tela de la cosmología, la cultura y la historia. Los observadores jamás habían dudado que el rey poseyera libre albedrío; pero como quiera que JandolAnganol ejerciera su voluntad -una voluntad feroz-, los infinitos nexos del continuum se cerrarían de todos modos sobre él, sin dejar más señales que la quilla de su barco en el Mar de las Águilas.

Aunque los terrestres consideraban su divorcio con compasión, no lo veían tanto como un acto individual, sino como un cruel ejemplo de la división en la naturaleza humana, entre las lecturas equivocadamente románticas del amor y el deber. Podían hacer esto porque, en parte, la largo crucifixión de la Tierra había terminado. La rebelión causada por el divorcio entre JandolAnganol y MyrdemInggala ocurrió en el año 381, según el calendario local de Borlien y Oldorando. Como lo había indicado el misterioso cronometro, transcurría en la Tierra el año 6877 después de Cristo; pero ello sugería una falsa sincronía, y los acontecimientos del divorcio se harían reales para las gentes de la Tierra pasados mil años más. Dominando tales fechas locales, había otra, cósmica, cuyo significado era mayor. El tiempo astronómico fluía coma una inundación en el sistema heliconiano. El planeta, junto con sus hermanos, se acercaba al periastron, el punto de su orbita más próximo al brillante astro llamado Freyr.

Heliconia tardaba 2.592 años terrestres en completar un Gran Año recorriendo una orbita alrededor de Freyr, y durante ese tiempo el planeta pasaba par extremos de calor y de frió. La primavera había terminado. El verano, el terrible verano del Gran Año, acababa de llegar.

La duración del verano sería de dos siglos y un tercio terrestres. Para quienes vivían en Heliconia en ese momento, el invierno y su desolación eran una leyenda, aunque vívida. Y así seguiría siendo durante cierto tiempo, en la mente de los hombres, antes de convertirse otra vez en hechos.

Sobre Heliconia brillaba su sol, Batalix, cuyo gigantesco compañero binario, Freyr, brillaba en ese momento con una intensidad un treinta par ciento superior a la de aquel, aunque estaba 236 veces más lejos.

Pese a su participación en su propia historia, los observadores terrestres vigilaban de cerca los eventos de Heliconia. Advirtieron que los hilos de la telaraña -en particular los religiosos- habían sido tejidos hacia mucho tiempo y ahora atrapaban al rey de Borlien.

UN DIVORCIO PREMATURO

A pesar de sus extensas costas, Borlien no era una nación de marinos. La consecuencia era que los borlieneses no eran tampoco grandes armadores de barcos, como los sibornaleses, o incluso algunos pueblos de Hespagorat. El que llevaba al rey hasta Gravabagalinien y el divorcio, era un pequeño bergantín de proa redondeada. Navegaba sin perder de vista la costa, y de bordo, calculando por medio de unas clavijas insertadas en la borda el escaso recorrido de cada jornada.

El barco, que más parecía una bañera, iba detrás del primero, llevando a los seres de dos filos de la Primera Guardia Phagor.

El rey se alejó de sus compañeros apenas la nave se hizo a la mar, y permaneció junto a la barandilla mirando fijamente hacia adelante, como si quisiera ser el primero en ver a la reina. Yuli, que se sentía muy mal a causa del movimiento, se hallaba tendido al lado de un cabrestante. Por una vez, el rey no le demostraba simpatía.

Las jarcias crujían y el bergantín avanzaba con esfuerzo a través del mar en calma.

De pronto, el rey se desplomó sobre la cubierta. Sus cortesanos acudieron y lo alzaron. JandolAnganol fue transportado a su camarote y colocado en su litera. Estaba mortalmente pálido y se revolvía, como dolorido, ocultando su cara.

Un médico lo examinó y ordenó que todos, excepto CaraBansity, abandonaran el camarote.

-Quédate con su majestad. No es más que un leve mareo. Apenas lleguemos a tierra se sentirá mejor.

-Yo pensaba que los vómitos eran la característica del mareo.

-Bien... si..., bueno, en algunos casos. La gente común. Los reyes responden de otra manera. -El médico se inclinó y salió.

Un rato más tarde, las quejas del rey se hicieron articuladas.

-Esta cosa terrible que debo hacer. Ruego a Akhanaba que todo termine pronto...

-Majestad, hablemos de un asunto sensato e importante, para que tu mente se calme. Ese extraño brazalete que...

El rey alzó la cabeza y dijo con tono inflexible:

-Vete de aquí, cretino. Haré que lo arrojen a los peces. Nada es importante, nada. Nada en esta tierra.

-Que su majestad se recupere pronto -dijo CaraBansity, escurriendo del camarote su torpe bulto.

La nave hizo rápidos progresos hacia el oeste y entró en la pequeña bahía de Gravabagalinien la mañana del segundo día. JandolAnganol, que súbitamente había vuelto a ser el mismo, descendió por la planchada hasta la playa -no había embarcadero en Gravabagalinien- seguido por Alam Esomberr, quien llevaba la cola de su vestido recogida en la mano.

Acompañaban a Esomberr diez sacerdotes de alto rango, a los que él llamaba pandilla de vicarios. En la comitiva del rey había capitanes y armeros.

El palacio de la reina esperaba tierra adentro, sin señales de vida. Las estrechas ventanas

estaban cerradas. En lo alto de una torrecilla, una bandera negra ondeaba a media asta. El rey la contempló con una expresión tan inexpresiva como una ventana cerrada a cal y canto. Ningún hombre se atrevía a posar sus ojos en él, temiendo tropezar con la mirada del Águila.

Se acercaba la segunda nave, con torpe lentitud. A pesar de la impaciencia de Esomberr, JandolAnganol insistió en esperar a que llegase y se tendiera una pasarela del barco a la costa, de modo que las tropas no humanas pudieran bajar a tierra sin poner pie en el agua.

Luego, las hizo formar y practicar ejercicios, dirigiéndose a ellas en Nativo, después de lo cual estuvo listo para recorrer la media milla que lo separaba del palacio. Yuli corría pisando ligeramente la arena, feliz de hallarse otra vez en tierra firme.

Fueron recibidos por una anciana que vestía keedrant negro y delantal blanco, como los pelos que colgaban de un lunar en su mejilla. Caminaba apoyándose en un bastón. Unos pasos más atrás había dos guardias desarmados.

De cerca, el edificio blanco y dorado revelaba su ruina. Pizarras del techo, pilares de las barandillas, tablones de las galerías, habían caído sin ser reemplazados. Nada se movía, excepto un rebaño de ciervos que pastaban en una colina distante. El mar atronaba sin cesar contra la costa.

El vestido del rey era el apropiado para tan sombrío panorama. Vestía una túnica sin adornos y unos pantalones de color azul oscuro, casi negro. Esomberr, por el contrario, lucia sus más vistosas ropas celestes, realzadas por un corto manto color rosa. Se había perfumado para camuflar los olores del barco.

Un capitán de infantería hizo sonar su clarín anunciando la presencia del rey.

La puerta del palacio continuó cerrada. La anciana se retorció las manos y murmuró algo al viento.

Obligándose a actuar, JandolAnganol se acerco a la puerta y golpeo sus paneles de madera con el porno de la espada. El ruido se multiplicó en ecos e hizo que los perros ladrasen.

Una llave entró en una cerradura. La puerta se abrió, movida por otra vieja bruja, quien luego de ofrecer al rey una rígida reverencia, se quedó parpadeando.

En el interior, todo era oscuridad. Los perros fueron silenciosamente escondidos en las profundidades del palacio.

-Tal vez Akhanaba, en un gesto piadoso aunque algo temperamental, ha enviado la plaga -sugirió Esomberr-, liberando así a los habitantes de esta casa de las penurias terrenas, y haciendo inútil nuestro viaje.

El rey lanzó un grito a manera de saludo.

En lo alto de las escaleras, una luz rompió las sombras. Alzaron los ojos y vieron a una mujer sosteniendo una vela sobre su cabeza, de modo que sus rasgos quedaban ocultos en la penumbra. A medida que descendía, los escalones crujían bajo sus pies. Cuando se acercó a quienes esperaban abajo, la luz del exterior comenzó a iluminar su rostro. Incluso antes de esto, algo, en su porte, reveló quien era. La luz se hizo más intensa, y apareció el rostro de la reina MyrdemInggala. Se detuvo a unos pasos de JandolAnganol y de Esomberr e hizo una reverencia, primero al rey, luego al enviado.

Su belleza era cenicienta; sus labios, casi incoloros; sus ojos, muy negros en el rostro pálido. Una abundante cabellera flotaba alrededor de su cabeza. Vestía una larga túnica gris abotonada en el cuello.

La reina dijo una palabra a la anciana y ésta cerró las puertas, dejando a Esomberr, a JandolAnganol y al intruso runt en la oscuridad, en una oscuridad que parecía cosida con hilos de luz. El palacio estaba construido con débiles tablones. Cuando el sol lo iluminaba, dejaba al descubierto su estructura esquelética. La reina los condujo hasta un salón lateral, mientras sutiles líneas de luz revelaban su presencia.

Se detuvo en el centro de una habitación definida por tenues geometrías luminosas, allí donde la luz del día se filtraba por las ventanas redondas con los postigos cerrados.

-En este momento no hay nadie en el palacio -dijo MyrdemInggala-, excepto la princesa TatromanAdala y yo. Podéis matarnos ahora mismo, y no habrá más testigo que el Todopoderoso.

-Nadie quiere hacerte daño, señora -dijo Esomberr. Se dirigió a una ventana y abrió los postigos. Al volverse vio en la luz polvorienta al marido y a la mujer, muy cerca, en la habitación

casi vacía.

MyrdemInggala estiró los labios y sopló la llama de la vela.

JandolAnganol dijo:

-Cune, como lo he dicho, este divorcio es un asunto de política de estado. -Hablaba con una ternura inhabitual en él.

-Puedes obligarme a que lo acepte. Nunca podrás hacer que lo comprenda.

Esomberr abrió la ventana y llamó a AbstrogAthenat y a su comitiva.

-La ceremonia no será larga, señora -dijo. Avanzó hasta el centro de la habitación y se inclinó-. Mi nombre es Esomberr de Esomberrs. Soy el enviado y representante en Borlien del Gran C'Sarr Kilandar IX, el Padre Supremo de la Iglesia de Akhanaba y Emperador del Santo Pannoval. Mi función es actuar como testigo en el nombre del Padre Supremo, en una breve ceremonia. Ese es mi deber publico. Mi deber privado es declarar que eres aún más hermosa que cualquiera de los retratos.

Ella dijo suavemente a JandolAnganol:

-Después de todo lo que hemos sido el uno para el Otro...

Sin alterar el tono de su voz, Esomberr continúo:

-Esta ceremonia librará al rey JandolAnganol de sus lazos matrimoniales. Con esta especial declaración de divorcio otorgada por el Padre Supremo en persona, ambos dejareis de ser marido y mujer, y vuestros votos quedarán rescindidos; tú renunciaras al titulo de reina.

-¿Por que motivo debo divorciarme, señor? ¿Cuál es el pretexto? ¿En que se le ha dicho al reverendo C'Sarr que he pecado, para ser tratada de este modo?

El rey estaba como en trance, mirando el vacío, mientras Alam Esomberr sacaba un documento del bolsillo, lo desplegaba y leía.

-Señora, nuestros testigos han demostrado que, durante tus vacaciones en Gravabagalinien -esbozó un gesto sensual-, has entrado en el mar completamente desnuda. Que has mantenido relaciones carnales con delfines. Que este acto antinatural, prohibido por la Iglesia, se ha repetido a menudo, a veces ante la vista de tú hija.

Ella respondió:

-Sabes que eso es una pura invención. -Hablaba sin fuego en la voz. Volviéndose hacia JandolAnganol agrego: -¿Acaso el estado solo podrá sobrevivir si arrastras mi nombre, me envileces y me pones por debajo de las esclavas?

-Aquí está el vicario real, quien se ocupará de la ceremonia -dijo Esomberr-. Sólo debes guardar silencio. No se te causaran nuevas angustias.

AbstrogAthenat entro, irradiando su frialdad a toda la habitación. Alzo la mano y pronuncio una bendición. Detrás de él había dos niños que tocaban la flauta.

La reina dijo con voz glacial:

-Si esta santa farsa debe ocurrir, insisto al menos en que Yuli no este presente.

JandolAnganol salió de su ensoñación para ordenar a su runt que se retirara. Después de una pequeña protesta, el phagor lo hizo.

AbstrogAthenat se adelanto con un papel donde estaban escritas las palabras de la ceremonia del matrimonio. Tomó las manos del rey y la reina y les indico que sujetaran cada uno un lado del papel, cosa que ellos hicieron como hipnotizados. Luego leyó la declaración en voz alta y clara. Esomberr miro a los dos miembros de la pareja real. La vista de ambos estaba clavada en el suelo. El vicario alzo una espada ceremonial.

Murmurando una plegaria, la dejo caer.

El vínculo de papel se corto en dos. La reina arrojó su parte al suelo de madera.

El vicario sacó un documento que fue firmado por JandolAnganol, y luego por Esomberr en su calidad de testigo. También lo firmó el vicario, quien se lo dio a Esomberr para que este lo entregara al C'Sarr. El vicario se inclinó ante el rey y salió de la habitación, seguido por sus dos niños flautistas.

-El acto se ha cumplido -dijo Esomberr. Nadie se movió.

Empezó a llover. Los marinos y soldados de los barcos se habían amontonado junto a la única ventana abierta, aspirando a contemplar la ceremonia, para jactarse de ello durante el resto de sus

vidas. Ahora corrían buscando refugio, mientras los oficiales aullaban. La lluvia arreció. Brilló un relámpago, y un trueno retumbó en lo alto. Los monzones se acercaban.

-Ah, mejor seria que nos pusiésemos cómodos -dijo Esomberr, con su ligereza habitual-. Tal vez la reina, perdón, la ex reina, quiera disponer que sus damas nos traigan algo de beber. -Llamo a uno de sus hombres. Busca en los sótanos. Las criadas estaban allí escondidas, y si no ellas, el vino.

La lluvia entraba por la ventana abierta, mientras los postigos sueltos golpeaban.

-Estas tormentas venidas de ninguna parte terminan pronto -dijo JandolAnganol.

-Esa es la forma de tomar esto, Jan: con una metáfora -dijo Esomberr con tono jovial, y luego dio una palmada en el hombro al rey.

Sin una palabra, la reina puso la vela apagada en un estante, se volvió y salió de la habitación.

Esomberr busco dos sillas de asiento tapizado y las colocó una junto a la otra, abriendo otra ventana para que se pudiera ver la furia de los elementos. Ambos se sentaron, y el rey ocultó su cara entre las manos.

-Después de lo matrimonio con Simoda Tal, lo prometo que las cosas marcharan mejor, Jan. En Pannoval estamos algo atareados por la lucha del frente norte contra los sibornaleses: como sabes, es particularmente dura a causa de las tradicionales diferencias religiosas.

“Oldorando es distinta. Después de tu casamiento, veras que se pondrá de tu parte. O bien, y esto es muy posible, puede que Kace busque la paz. Después de todo, tiene lazos de sangre con Oldorando. A través de Kace y de Oldorando corre la ruta de este a oeste de las migraciones phagor y de las razas sub-humanas, como los Madis.”

“Además, ya sabes que la querida madre de Simoda Tal, la reina, es una sub... Bueno, una protognóstica, digamos. La palabra "sub-humano" implica un prejuicio. Y Kace... es un lugar salvaje. De modo que, si hicieran la paz con Borlien, incluso podríamos, quien sabe, inducirlos a atacar Randonan. Eso te dejaría en libertad para ocuparte del problema de Mordriat, y de ese otro tipo con nombre raro.

-Lo que seria muy conveniente para Pannoval -observo JandolAnganol. Esomberr asintió.

-Le convendría a todo el mundo. Me encantaría que nos atendieran, ¿a ti no?

Su asistente regreso, acompañado de truenos y de cinco ansiosas mujeres, escoltadas por phagors, que traían jarras de vino.

La entrada de las criadas dio un aspecto diferente a la situación. El rey se puso de pie y empezó a caminar por la sala como si estuviera aprendiendo a usar las piernas. Las mujeres, viendo que no había peligro inmediato, comenzaron a sonreír y asumieron con rapidez su rol habitual de complacer a los huéspedes varones y emborracharlos de la manera más completa y rápida posible. El armero real y varios capitanes aparecieron y se unieron al festejo.

Como la tormenta continuaba, se encendieron lámparas, se trajeron otras bonitas cautivas y se tocó música. Soldados cubiertos con lonas aparecieron con un banquete traído desde el bergantín.

El rey bebía vino de níspero y comía carpa plateada con arroz y azafrán.

El techo goteaba.

-Hablaré con MyrdemInggala y veré a mi hija Tatro -dijo JandolAnganol.

-No -respondió Esomberr-. Eso no seria aconsejable. Las mujeres pueden humillar a los hombres. Tú eres el rey, ella no es nadie. Cuando el mar esté en calma, partiremos. Nos llevaremos a la niña. Hasta entonces, recomiendo que pasemos la noche en este hospitalario colador.

Algo mas tarde, para combatir el silencio del rey, Esomberr dijo:

-Tengo un regalo para ti. Este es un buen momento para entregártelo, antes de que estemos demasiado borrachos para enfocar la vista. -Se seco las manos en el traje de terciopelo y extrajo de un bolsillo una caja estrecha y delicada, con un bordado en la tapa.- Es un regalo de Bathkaarnet -ella, reina de Oldorando, a cuya hija tomarás en matrimonio. La reina en persona ha hecho el bordado.

JandolAnganol abrió la caja. En el interior había una miniatura de Simoda Tal, pintada a sus once Años. Usaba una cinta en el pelo, e inclinaba la cara en un gesto de timidez o coquetería. Su hermoso cabello estaba rizado, pero el artista no había podido ocultar el rostro de ave de la niña. Se veían con claridad la nariz prominente y los ojos de una Madi.

JandolAnganol sostuvo el retrato con el brazo extendido, tratando de leer lo que pudiera leerse. Simoda Tal tenía en la mano la maqueta de un castillo; el castillo del Valvoral que era parte de su dote.

-Es muy bella, y no te equivoques -dijo Esomberr con entusiasmo-; once años y medio es la edad más voluptuosa, aunque la gente pretenda lo contrario. Con franqueza, Jan, te envidio. Aunque su hermana menor, Milua Tal, es aún más bonita.

-¿Es cultivada?

-¿Hay alguien cultivado en Oldorando? No, si sigue el ejemplo de su rey.

Ambos rieron y brindaron por los futuros placeres con vino de níspero.

A la caída de Batalix, la tormenta se había alejado. El palacio de madera vibraba y crujía como un barco antes de arrojar el ancla en aguas tranquilas. La soldadesca real se había abierto paso por los sótanos, entre los bloques de hielo y el vino. Ellos, e incluso también los phagors, iban cayendo en un embriagado sueño.

No había guardias. El palacio parecía demasiado alejado de todo posible ataque, y la macabra reputación de Gravabagalinien ahuyentaba a los intrusos. A medida que caía la noche, el ruido disminuía. Hubo maldiciones, vómitos, risas; luego, la quietud. JandolAnganol se durmió con la cabeza en el regazo de una criada. Apenas pudo, ella se aparto y lo dejo tendido en un rincón como un vulgar soldado.

Arriba, la reina de reinas mantuvo la guardia a lo largo de las horas. Temía por su pequeña hija; pero el lugar de su exilio había sido bien elegido. No había adonde escapar. Por fin, envió a dormir a sus damas asistentes. Aunque tranquilizada por el silencio que había abajo, permanecía alerta, sentada, en la antecámara de la habitación donde dormía la princesa Tatro.

Un golpe en su puerta. Se puso de pie.

-¿Quién es?

-El vicario real solicita entrar, señora.

Lanzo un suspiro de vacilación, luego deslizo el cerrojo. Alam Esomberr entró, sonriendo.

-Pues bien, señora; no es el vicario sino un vecino que ofrece, sin duda, mayor consuelo del que esta en la mano de nuestro pobre vicario ofrecer.

-Por favor, márchate. No deseo hablar contigo. No me siento bien. Llamaré a la guardia. -Estaba pálida. Su mano tembló cuando se apoyo en la pared. Desconfiaba de la sonrisa de aquel hombre.

-Todo el mundo esta ebrio. Incluso yo, un modelo de excelencia, el hijo de mi ilustre padre, he bebido un poco.

Con un puntapié cerro la puerta a su espalda, aferró el brazo de MyrdemInggala y la obligó a avanzar y a sentarse en un diván.

-No deberías ser tan poco hospitalaria. Recíbeme bien, puesto que estoy de tu lado. He venido a advertirte que lo ex marido se propone matarte. Tu situación es difícil; necesitas protección, y también tu hija. Yo te puedo dar esa protección, si eres cortes conmigo.

-No quería ser descortés. Es solo que tengo miedo, señor; pero ningún miedo me obligará a hacer lo que después lamentaría.

Esomberr la tome en sus brazos, aunque ella se debatía.

-¡Después! Esa es la diferencia entre los sexos, señora. Para las mujeres siempre hay un después. La causa de ese después debe de estar en vuestra típica expectativa de un posible embarazo. Déjame penetrar en tu nido fragante esta noche y te juro que no lamentaras ningún después. Mientras tanto, yo tendré mi ahora.

MyrdemInggala lo golpeo en el rostro. El se mordió los labios.

-Escucha. Querías enviarle una carta al C'Sarr por mi intermedio, ¿no es verdad, mi encantadora ex reina? En ella decías que el rey Jan deseaba matarte. Tu mensajero te traicionó. Le vendió tu carta a tu ex marido, quien ha leído cada una de tus maliciosas palabras.

-¿ScufBar traicionarme? No. Siempre ha estado a mi servicio.

Esomberr la tomó por los brazos.

-En tu nueva situación no puedes confiar en nadie, salvo en mi. Seré lo protector si sabes conducirte. Ella se echó a llorar. -Jan me ama todavía, lo sé. Lo conozco. -Te odia, y solo piensa en abrazar a Simoda Tal. Empezó a desabrochar sus ropas. En ese momento se abrió la puerta y Bardol

CaraBansity avanzó pesadamente hasta el centro de la habitación. Se detuvo allí, con las manos en las caderas y los dedos de la mano derecha en el mango de su cuchillo.

Esomberr se incorporó, sosteniéndose los pantalones, y ordeno al deuteroscopista que se marchara. CaraBansity no se movió. Su rostro estaba serio y arrebatado. Parecía un hombre acostumbrado a la carnicería.

-Debo pedirte que dejes de consolar ya mismo a esta pobre señora. Me he atrevido a molestarte porque no hay guardia en el palacio y un ejercito se acerca desde el norte.

-Busca a algún otro.

-Es una emergencia. Nos matarán a todos. Ven.

Se movió hacia el pasillo. Esomberr miro a MyrdemInggala, quien continuaba de pie, inmóvil, ardiendo de furia. Dejo escapar una maldición y salió detrás de CaraBansity.

Al final del pasillo había un balcón que daba a la parte trasera del palacio. Esomberr siguió hasta allí a CaraBansity y miró hacia la noche.

El aire cálido y pesado parecía estrechar el sonido del mar. El horizonte yacía bajo el peso de un cielo enorme.

Muy cerca se veían pequeñas llamas que aparecían y desaparecían. Esomberr las miró sin comprender, aún un poco ebrio.

-Hombres entre los árboles -dijo CaraBansity, a su lado-. Me parece que solo son dos. En mi alarma he sobreestimado su cantidad.

-¿Que quieren?

-Es una buena pregunta, señor. Bajaré y hallaré la respuesta mientras estás aquí. Quédate y volveré con noticias. -Miró de soslayo a su acompañante.

Esomberr, apoyado sobre la baranda del balcón, trastabillo mientras miraba hacia abajo, y se apoyó contra la pared. Hoyo el grito de CaraBansity y la respuesta de los recién llegados. Cerró los ojos, escuchando sus voces. Había muchas otras votes, algunas furiosas, que hablaban de él en tono acusatorio, aunque no podía comprender lo que estaban diciendo. El mundo se movía.

CaraBansity lo llamó desde abajo; reincorporándose, pregunto:

-¿Que dices?

-Malas noticias, señor, que no pueden darse a votes. Por favor, ven.

-¿De que se trata? -Pero CaraBansity no respondió; hablaba en voz baja con los otros

hombres. Esomberr comenzó a caminar por el pasillo y estuvo a punto de caer por las escaleras. "Estas mas borracho de lo que pensaba, idiota" -dijo en voz alta. Al salir por la puerta abierta estuvo a punto de atropellar a CaraBansity y a un hombre de expresión ansiosa, cubierto de polvo, que portaba una antorcha. Otro hombre, también cubierto de polvo, miraba hacia atrás, como si temiera una persecución. -¿Quiénes son estos hombres? El primero, mirando con desconfianza a Esomberr, dijo: -Venimos de Oldorando, alteza; de la corte de su majestad el rey Sayren Stund, y, debido a los tumultos que hay en el campo, nuestro viaje ha sido difícil. Traigo un mensaje para el rey JandolAnganol y solo para él. -El rey duerme. ¿Que tienes que decirle? -Malas noticias, señor, pero tengo ordenes de dárselas en persona. Esomberr, cuyo enojo aumentaba, anuncio quien era. El mensajero lo miró con dureza. -Si eres quien dices, señor, entonces tendrás suficiente autoridad para llevarme ante el rey. -Yo podría escoltarlo, señor -sugirió CaraBansity. Todos entraron; los hombres arrojaron al suelo sus antorchas. CaraBansity los condujo

hacia el gran salón, donde yacían, confundidas en el suelo, figuras durmientes. Se inclino sobre el rey y, dejando de lado toda ceremonia, sacudió su brazo. JandolAnganol despertó y se puso en pie de un salto, con la mano en la espada. El hombre de expresión ansiosa se incline. -Lamento despertarte, señor, y también mi demora. Tus soldados mataron a dos miembros de mi escolta y apenas he logrado conservar la vida. -Mostró documentos que demostraban su identidad. Empezó a temblar, sabiendo el destino que aguardaba a los mensajeros que traían malas noticias.

El rey apenas mire los documentos.

-Dime la noticia, hombre.

-Los Madis, majestad.

-¿Que ocurre con ellos?

El mensajero movió los pies, y llevó una mano a su boca para evitar el temblor de sus mandíbulas. -La princesa Simoda Tal ha muerto, señor. Los Madis la han matado. Hubo un silencio. Luego Alam Esomberr se echo a reír.

UNA INNOVACIÓN EN EL COSGATT

La amarga visa de Alam Esomberr llego por fin a oídos de quienes habitaban la Tierra. A pesar del enorme abismo entre esta y Heliconia, esa respuesta ante los devaneos del destino halló inmediata comprensión.

Entre ambos planetas se interponía una especie de relé, la Estación Observadora Terrestre llamada Avernus. Esta giraba en torno de Heliconia así coma Heliconia lo hacía en torno de Batalix y esta de Freyr. Avernus era la lente a través de la cual los observadores terrestres podían ver los acontecimientos de Heliconia.

Los seres humanos que trabajaban en Avernus dedicaban sus vidas al estudio de todos los aspectos de Heliconia. No habían elegido esa tarea. No tenían alternativa.

Aparte de esa gran injusticia, en general prevalecía la justicia. No había pobreza en Avernus. Nadie sufría físicamente hambre. Pero era un territorio limitado. La estación esférica tenía un diámetro de apenas mil metros; casi todos sus habitantes residían en la parte interna de la cubierta exterior, y dentro de ese circulo predominaba una especie de inanición que robaba a la vida su alegría. Mirar hacia abajo no exalta el espíritu.

Billy Xiao Pin era un modelo típico de la sociedad de Avernus. Aparentemente, aceptaba todas las normas; trabajaba sin entusiasmo; estaba comprometido con una muchacha atractiva; hacía los ejercicios prescriptos; tenía un Consejero que le recomendaba las elevadas virtudes de la aceptación. Sin embargo, en su interior, Billy solo anhelaba una cosa: estar en la superficie de Heliconia, 1.500 kilómetros más abajo, ver a la reina MyrdenInggala, tocarla, hablar con ella, hacerle el amor. En sus sueños, la reina lo tomaba entre sus brazos.

Los distantes observadores de la Tierra tenían otras preocupaciones. Seguían continuidades que Billy y sus compañeros no conocían. Mientras miraban, apenados, el divorcio de Gravabagalinien, podían rastrear la génesis de esa separación hasta una batalla que había ocurrido antes al este de Matrassyl, en una región llamada el Cosgatt. Las experiencias de JandolAnganol en el Cosgatt habían influido sobre sus acciones posteriores, conduciéndolo de manera inexorable -así parecía mirando hacia atrás- al divorcio.

La que se dio en llamar Batalla de Cosgatt había ocurrido cinco decimos -240 días, o la mitad de un pequeño Año- antes del día en que el rey y MyrdenInggala cortaron, junto al mar, los vínculos de su matrimonio.

En la región del Cosgatt, el rey recibió una herida física que condujo a su aislamiento espiritual.

Tanto la vida como la reputación del rey se enturbiaron en esa batalla. Y ambas fueron

amenazadas, irónicamente, tan solo por una chusma de salvajes tribus de Driats.

O, como afirmaban los observadores terrestres con mayor sentido histórico, por una innovación. Una innovación que modifico, no solo la vida del rey y la reina, sino la de todo su pueblo. Las armas de fuego.

Lo más humillante para el rey era que despreciaba a los Driats, como hacían en Borlien y Oldorando todos los seguidores de Akhanaba. Porque los Driats eran, se podía conceder, humanos; pero solo un poco.

El umbral entre lo no humano y lo humano es borroso. De un lado hay un mundo lleno de libertades ilusorias; del otro, un mundo de ilusoria cautividad. Los Otros seguían siendo animales, y permanecían en las junglas. Los Madis, atados a una forma de vida migratoria, habían llegado al borde de la sabiduría, pero continuaban protognósticos. Los Driats apenas si habían traspuesto el umbral, y allí habían permanecido durante todo el tiempo registrado, como un ave congelada en el vuelo.

Las condiciones adversas del planeta y la aridez de la región que habitaban habían contribuido al permanente retraso de los Driats. Porque las tribus Driat ocupaban las secas praderas de Thribriat, al sudeste de Borlien, en la margen opuesta del ancho Takissa. Los Driats vivían entre las manadas de yelks y biyelks que pastaban en esas alturas durante el verano del Gran Año.

Costumbres que el mundo exterior consideraba ofensivas prolongaron la supervivencia de los Driats. Practicaban una forma de asesinato ritual: los miembros inútiles de la familia perecían si no superaban ciertas pruebas. En épocas cercanas al hambre, la ejecución de los ancianos significaba a menudo la salvación de los inocentes. Esta costumbre había dado mala lama a los Driats entre aquellos cuya existencia transcurría en praderas menos inhóspitas. Pero en realidad era un pueblo pacifico, o quizá demasiado tonto para ser belicoso de un modo efectivo.

La expansión de varios pueblos hacia el sur a lo largo de la cordillera de Nktryhk -en particular las naciones guerreras reunidas alrededor de Unndreid el Martillo- había cambiado la situación.

Un astuto señor de la guerra, conocido como Darvlish la Calavera, había puesto orden en sus desarticuladas líneas. Descubrió que la sencilla mente Driat respondía a la disciplina, formó tres regimientos y los condujo a la región llamada el Cosgatt. Su intención era atacar Matrassyl, la capital de JandolAnganol.

Borlien ya tenia las impopulares Guerras Occidentales. Ningún gobernante de Borlien, ni siquiera el Águila, se atrevería a esperar un triunfo en Randonan o Kace, puesto que esos países montañosos no podrían ser ocupados o gobernados ni siquiera conquistándolos.

El Quinto Ejercito se retiró de Kace y fue enviado al Cosgatt. La campana contra Darvlish nunca tuvo el honor de ser llamada guerra. Sin embargo, devoraba tanta mano de obra como si de verdad lo fuera, costaba lo mismo y el combate era igual de apasionado. Thribriat y el desierto del Cosgatt estaban mas cerca de Matrassyl que las Guerras Occidentales.

Darvlish tenia una animosidad personal contra JandolAnganol y su familia. Su padre había sido barón en Borlien. Darvlish estaba junto a su padre cuando este perdió sus tierras a manos de VarpalAnganol, y lo había visto morir asesinado por el joven hijo de aquel, JandolAnganol.

Si un jefe moría en la batalla, la lucha terminaba. Ningún hombre quería continuar. El ejercito del padre de Darvlish se volvió y huyó. Darvlish se retiró al este con un puñado de hombres. VarpalAnganol y su hijo los persiguieron como a lagartos, entre la pétrea maraña del Cosgatt, hasta que las fuerzas borlienesas se negaron a seguir adelante porque no había mas botín disponible.

Tras casi once años en el desierto, Darvlish tuvo una nueva oportunidad, y la aprovecho.

-¡Los buitres alabaran mi nombre!-fue su grito de guerra.

Medio año antes de que el rey se divorciase de su reina -incluso antes de que la idea invadiera su mente JandolAnganol se vio obligado a reunir nuevas tropas y a avanzar con ellas. Faltaban hombres; todos pedían paga o bien el botín que el Cosgatt no podía proporcionar. Entonces, se valió de phagors, prometiéndoles libertad y tierras a cambio de sus servicios. Formaron el Primer y el Segundo Regimiento de la Real Guardia Phagoriana del Quinto Ejercito. En cierto sentido, los phagors eran ideales: luchaban tanto los varones como las hembras, y sus hijos los acompañaban a la

batalla.

También el padre de JandolAnganol había recompensado con tierras a las tropas de la raza de dos filos. El resultado de esta política, impuesta al rey por la escasez de personal human, fue que los phagors pudieron vivir con mayor comodidad en Borlien que en Oldorando, sufriendo menos persecuciones.

El Quinto Ejercito avanzó hacia el este, a través de la jungla de piedra. Los invasores parecían derretirse ante él. La mayoría de las escaramuzas ocurrían durante la medialuz: ninguno de ambos bandos combatía durante la oscuridad ni cuando los dos soles estaban en lo alto. Pero el Quinto Ejercito, al mando de KolobEktofer, fue obligado a moverse en pleno día.

Avanzo a través de tierras volcánicas, con hondonadas que le cortaban oblicuamente el paso. Había pocas viviendas. Una densa vegetación cubría las hondonadas. En ellas era posible encontrar tanto agua como serpientes, leones y otras criaturas. El resto del terreno estaba cubierto de cactos y matorrales. Se marchaba a ritmo muy lento.

Era difícil vivir de la tierra. Predominaban allí dos tipos de animales: innumerables hormigas y osos hormigueros que se alimentaban de ellas. El Quinto solía cazar y asar a estos últimos, pero el sabor de su carne era amargo.

El astuto Darvlish no arriesgaba sus fuerzas y atraía al rey alejándolo de su base. A veces dejaba atrás hogueras de campamento o fuertes simulados en puntos visibles. El ejercito perdía entonces un día en investigar.

El Comandante de Color KolobEktofer había sido, en su juventud, un gran explorador, y conocía bien las tierras salvajes de Thribriat y las montañas vecinas, donde el aire se acababa.

-Nos atacarán, y pronto -dijo una noche al rey, mientras éste, sintiéndose frustrado, maldecía sus dificultades-. La Calavera debe dar combate pronto, o las tribus se volverán contra él. Lo sabe de sobra. Cuando crea que estamos lo bastante lejos de Matrassyl y sin líneas de aprovisionamiento, presentará batalla. Y debemos estar preparados para sus estratagemas.

-¿Que estratagemas?

KolobEktofer movió la cabeza.

-La Calavera es astuto, pero no inteligente. Probará con alguno de los trucos de su padre, a quien no le sirvieron de mucho. Estaremos preparados. Al día siguiente, Darvlish ataco.

Cuando el Quinto Ejercito se acercaba a una profunda hondonada, las avanzadillas de exploración divisaron al ejercito Driat, formado en orden de combate, en el lado opuesto. La hondonada corría de nordeste a sudoeste y estaba cubierta de vegetación; su ancho superaba cuatro tiros de jabalina.

Hacienda señales con las manos JandolAnganol reunió a su ejercito para que enfrentara al enemigo. La Guardia Phagoriana desfiló en primer lugar porque las hileras de bestias inmóviles podían amedrentar las opacas mentes de los Driats.

Los hombres de las tribus parecían espectros. Era poco después del amanecer: las seis y veinte. Freyr se había elevado detrás de las nubes. Cuando se liberó de ellas, se tornó evidente que el enemigo y parte de la hondonada estarían en la sombra durante las dos horas siguientes, por lo menos; el Quinto Ejercito, en cambia, se vería expuesto al calor de Freyr.

Detrás de las fuerzas Driat había barrancos de terreno poco firme y, sobre ellos, sierras. A la izquierda de las tropas reales una saliente se proyectaba sobre la hondonada. Entre este espolón y la montaña había una meseta que parecía puesta allí por las fuerzas geológicas para proteger el flanco de la Calavera. En la parte superior de esa meseta se podían ver las murallas de una tosca fortaleza. Eran de barro; detrás de ellas, en ocasiones, aparecían banderas.

El Águila de Borlien y el Comandante de Color estudiaron juncos la situación. Detrás del Comandante estaba su fiel sargento, un hombre taciturno llamado Bull.

-Querría saber cuantos hombres hay en ese fuerte -dijo JandolAnganol.

-Es uno de los trucos que aprendió de su padre. Espera que perdamos el tiempo atacando esa posición. Apostaría a que no hay Driats allí. Esas banderas que vemos deben de estar atadas a cabras o a asokins.

Guardaron silencio. En el lado opuesto, bajo las Sierras, subía en el aire oscurecido el humo de

las hogueras, y un olor a comida recordaba a las tropas reales su hambriento estado.

Bull llamó aparte a su jefe y le murmuró algo al oído.

-Te escuchamos, sargento -dijo el rey.

-No es nada, señor.

El rey parecía enojado.

-Escuchemos, entonces, esa nada.

El sargento lo miró con un párpado caído.

-Solo decía, señor, que nuestras tropas quedarán decepcionadas. La única forma de progresar para un hombre común, señor, quiero decir un hombre como yo, es unirse al ejercito y apoderarse de lo que haya. Pero no vale la pena despojar a los Driats. Y ni siquiera parecen tener hembras, quiero decir mujeres, señor, de modo que el incentivo para el ataque es..., bueno, bastante escaso.

El rey lo miró de frente hasta que Bull retrocedió un paso.

-Nos preocuparemos por las mujeres cuando hayamos derrotado a Darvlish, Bull. Puede haber escondido a las mujeres en un valle vecino.

KolobEktofer aclaró su garganta.

-Si no tiene un plan, señor, yo diría que nuestra tarea es casi imposible. Nos superan por dos a uno; y aunque nuestras monturas son más rápidas, en el combate cuerpo a cuerpo los hoxneys no son nada comparados con sus yelks y biyelks.

-No podemos retirarnos ahora que por fin los hemos alcanzado.

-Podríamos romper el contacto, señor, y buscar una posición más ventajosa. Si, por ejemplo, estuviéramos en las montañas, por encima de ellos...

-O si los emboscásemos, señor; quiero decir...

JandolAnganol estallo.

-¿Que sois, oficiales u ovejas? Aquí estamos, y allí esta el enemigo de nuestro país. ¿Que mas queréis? ¿Por que vacilar, si a la puesta de Freyr podemos ser héroes?

KolobEktofer se irguió.

-Debo señalar, señor, la debilidad de nuestra posición. Un posible botín de mujeres alentaría el espíritu de lucha de nuestros hombres.

Enfurecido, JandolAnganol dijo:

-No deben temer a esta ralea sub-humana. Nuestros ballesteros los dispersaran en una hora.

-Esta bien, señor. Tal vez levantarías el ánimo de nuestros hombres si insultaras a Darvlish.

-Lo haré.

KolobEktofer y Bull intercambiaron una mirada pesimista, pero nada mas dijeron, y el primero dio órdenes para la disposición de las tropas.

El grueso de los hombres se dispersó a lo largo del borde irregular de la hondonada. El flanco izquierdo fue reforzado por la Segunda Guardia Phagoriana. Los hoxneys cincuenta en total- estaban en malas condiciones después del viaje. Habían sido usados para transportar la carga. Ahora deberían servir como animales de caballería, y de ese modo impresionar a los hombres de Darvlish. Sus cargas fueron amontonadas dentro de una caverna poco profunda y quedaron bajo custodia humana y pagar. Si se perdía el combate, esas provisiones serian el botín de los Driats.

Mientras se tomaban estas providencias, la sombra que colgaba de los riscos se empequeñecía, como un gigantesco reloj de sol que recordara a todo hombre que era mortal.

Las fuerzas de la Calavera no se revelaban menos imponentes que cuando las sombras azules las envolvían. Los sub-humanos usaban una andrajosa colección de pieles y mantas que cubrían sus cuerpos con la misma negligencia con que se echaban sobre sus yelks. Algunos, para parecer más voluminosos, envolvían sus hombros con mantas de colores brillantes. Otros calzaban botas hasta la rodilla, y muchos iban descalzos. Casi todos usaban yelmos de piel de biyelk, muy grandes, a veces con cuernos para denotar el rango. Un elemento común a muchos era un pene furiosamente erguido, pintado o bordado en los pantalones, emblema de sus depredadoras intenciones.

La Calavera era muy visible. Su yelmo de piel estaba teñido de anaranjado. Unas astas de ciervo pendían sobre su cara, de gran bigote. Un mandoble, recibido en alguna de sus anteriores batallas con JandolAnganol, le había arrancado parte de la mejilla izquierda y la mandíbula, lo que le

daba una mueca permanente en que huesos y dientes quedaban al descubierto. Lograba así parecer tan feroz como sus aliados, a cuyas quijadas prognatas y cejas hirsutas debían su aspecto salvaje. Montaba un poderoso biyelk.

Alzó la jabalina por encima de su cabeza y grito:

-¡Los buitres alabarán mi nombre!-Una furiosa ovación brotó de las gargantas que lo rodeaban, despertando ecos en las montañas.

JandolAnganol montó en su hoxney y se irguió sobre los estribos. El grito que lanzo llegó con claridad hasta las huestes enemigas.

-Darvlish -dijo, en Olonets elemental-, ¿te atreverás a ponerte de pie antes de que se te pudra la cara?

Una confusión de voces brotó de ambos ejércitos. Darvlish hizo arrodillar su biyelk al borde del precipicio y rugió a su enemigo:

-¿Me oyes, Jandol, escarabajo estercolero de orejas de lana? Si has nacido de una ventosidad expelida por tu padre con el arco del pie izquierdo, ¿Cómo lo atreves a venir aquí y a enfrentarte con hombres de verdad? Todo el mundo sabe que tus rodillas entrechocan de miedo. Arrástrate y aléjate, basura, vete y lleva contigo a esas cagarrutas de guerreros que tienes.

Su voz retumbó entre las laderas, de parte a parte. Cuando el silencio fue completo, JandolAnganol respondió en una vena parecida.

-Si, Darvlish de las Montañas de Bosta, he escuchado tus quejas de mujer. Te he oído afirmar que esos Otros de tres piernas que tienes detrás son hombres verdaderos. Sabemos todos que ningún hombre de verdad se asociaría con alguien como tú. ¿Quién podría soportar la fetidez de tu podredumbre sino esos bárbaros monos que descienden de excrementos de phagor?

El yelmo anaranjado brilló al sol.

-¿De modo que excrementos de phagor, hrattock de medialuz? Debes saber de que hablas, ya que un buen plato de excrementos de phagor es tu dieta cotidiana, a tal punto adoras a esas cornudas molestias de Batalix. Échalos a puntapiés a la hondonada y atrévete a una pelea franca, ¡cucaracha coronada de basuras!

Del ejercito Driat brotó una risotada salvaje.

-Si tienes tan poco respeto por quienes son el mas alto punto de la creación en comparación con tus soldados nacidos de huevos sin yema, entonces, expulsa a las arañas de tus calzones malolientes y ataca, ¡pequeño consolador Driat de media cara!

Estas reflexiones continuaron durante algún tiempo. JandolAnganol se vio en creciente desventaja, por no tener a su disposición los recursos de la sucia mente de Darvlish. Mientras se desarrollaba esa batalla verbal, KolobEktofer envió a Bull con una pequeña columna de hombres para que hicieran una incursión.

El calor iba en aumento. Plagas de insectos se ensañaban con ambos ejércitos. Los phagors, casi marchitos bajo la mirada de Freyr, pronto romperían filas. Los insultos continuaban.

-¡Epitafio para un retrete de phagors!

-¡Oso hormiguero homosexual del Cosgatt!

El ejercito de Borlien empezó a moverse a lo largo del borde de la hondonada, gritando y blandiendo sus armas, mientras las hordas Driat hacían lo mismo del otro lado. KolobEktofer dijo al rey:

-¿Qué haremos con el fuerte de la meseta, señor? -Estoy convencido de que tienes razón. Ese fuerte es un engaño. Olvídalo. Llevarás la caballería, la infantería y la Primera Guardia Phagoriana. Yo pasaré con la Segunda por detrás de la meseta, para que los Driats nos pierdan de vista. Cuando entres en combate, nosotros cargaremos sobre su flanco derecho, desde atrás. En ese momento, debería ser posible obligar a Darvlish a meterse en la hondonada, con un movimiento de pinzas.

-Cumpliré los ordenes, señor.

-Que Akhanaba lo acompañe, comandante.

El rey espoleó a su hoxney y se dirigió a la Guardia Phagoriana.

Los seres de dos filos estaban llenos de quejas y el rey tuvo que darles una explicación antes de que se movieran. No comprendían la muerte; decían que las octavas de aire del valle no eran

favorables y que, en caso de una derrota, no podrían pasar al estado de brida.

El rey se dirigió a ellos en Hurdhu. Ese lenguaje gutural no tenía nada en común con el Olonets que chapurreaban las razas humanoides, sino que era un auténtico puente entre conceptos humanos y no humanos que, según se decía, se había originado -como tantas innovaciones- lejos de Sibornal. Lleno de sustantivos y de gerundios, el Hurdhu era aceptable tanto para los cerebros humanos como para los pálidos harneys de los phagors.

El Phagor Nativo era una lengua con un solo tiempo verbal, el que se llama en ciertos idiomas presente continuo. No era una lengua apta para el pensamiento abstracto; la numeración -limitada a la base tres- era finita. Sin embargo, la matemática phagor se ocupaba de la numeración de los conjuntos de años, y se jactaba de su modalidad eotemporal. La forma de lenguaje eotemporal era sagrada y se refería a la eternidad; según se pretendía, era el lenguaje de la brida.

Como la muerte natural era desconocida para los phagors, su umwelt era en general inaccesible a la comprensión de los seres humanos. Ni siquiera los phagors podían pasar con facilidad del Nativo al Eotemporal. El Hurdhu, destinado a resolver esos problemas, utilizaba un modo de comunicación intra específico. Sin embargo, cada frase en Hurdhu contenía dificultades equitativas para quienes lo hablaban. Los humanos encontraban en el orden rígido de la frase, correspondiente al Olonets. Los phagors, un lenguaje fijo, donde los neologismos eran casi tan imposibles como las abstracciones. En Hurdhu, humanidad se decía "hijos de Freyr"; civilización, “muchos techos”; formación militar, "lanzas moviéndose por ordenes", y así sucesivamente. Por lo tanto, a JandolAnganol le llevo tiempo explicar sus ordenes a la Segunda Guardia Phagoriana.

Cuando comprendieron que el enemigo profanaba sus praderas y escupía sobre sus runts, los stalluns y las gillots empezaron a avanzar. Prácticamente carecían de miedo, aunque el calor Haifa que estuviesen menos alerta. Los runts iban con ellos, pidiendo ser alzados.

Mientras la Segunda Guardia Phagoriana avanzaba, KolobEktofer dio ordenes al resto del ejercito, que se puso en marcha levantando una gran polvareda. Estos movimientos generaron otros, recíprocos, en el campo Driat. Sus desordenadas tropas se pusieron en línea y avanzaron hacia la confrontación. Las dos fuerzas debían encontrarse en el terreno situado al pie de las Sierras, entre la entrada a la hondonada y la meseta.

Ambos bandos iniciaron una marcha rápida, la cual se tornaba más lenta a medida que el encuentro se hacía inevitable; el campo de batalla estaba sembrado de rocas partidas, que evocaban los levantamientos tectónicos que aún dominaban la zona. Era cosa de encontrar el mejor camino hacia el enemigo.

Los gritos generales cedieron su lugar al insulto personal cuando las fuerzas opuestas se acercaron. Las botas hacían ruido sin avanzar. Los hombres se enfrentaban, poco deseosos de acortar la escasa distancia que los separaba. Los jefes Driat aullaban y empujaban desde la retaguardia, sin resultados. Darvlish galopaba de un lado a otro detrás de sus hombres, insultándolos, llamándolos cobardes y devoradores de piojos; pero los hombres de las tribus no estaban acostumbrados a este tipo de guerra. Preferían el veloz ataque y la rápida retirada.

Se arrojaron jabalinas. Por fin, las espadas chocaron contra las espadas y las hojas contra los cuerpos. Los insultos se convirtieron en gritos. Las aves empezaron a reunirse en el cielo. Darvlish se lanzo a todo galope. El destacamento de JandolAnganol apareció detrás de la meseta, y cargó a marcha moderada contra el flanco derecho de los Driats, como estaba previsto.

Se oyeron entonces gritos de triunfo desde las Sierras, por encima de la batalla. A la sombra de las montañas, las mujeres de la tribu -prostitutas, seguidoras de los campamentos, brujas salvajes- estaban ocultas, emboscadas. Solo esperaban a que el enemigo hiciera el movimiento previsto, rodeando la meseta. Entonces se pusieron de pie y lanzaron rocas al barranco, iniciando una avalancha que cayo rugiendo sobre la Segunda Guardia Phagoriana. Los phagors, consternados, fueron barridos como en un juego de bolos. Muchos de sus hijos murieron con ellos.

El fiel sargento Bull fue el primero en sospechar que las mujeres de la tribu no debían de estar lejos. Las mujeres le interesaban particularmente. Había avanzado con una pequeña columna de hombres mientras el combate de insultos estaba en su apogeo. Cubierta por anchos cactos, su columna descendió hasta la hondonada, a través de los espinos, y luego de rodear a las fuerzas

Driats, logro trepar a las Sierras sin ser vista.

La ascensión fue una hazaña. Bull no cedió. Llevo a sus hombres a bastante altura; hallaron un sendero cubierto de heces humanas frescas. Sonrieron, pues el descubrimiento parecía confirmar sus sospechas. Ascendieron aún más. Cuando llegaron a otro sendero, todo fue más fácil. Se arrastraron por él, para no ser divisados por ninguno de los dos ejércitos. Su recompensa fue ver cuarenta o más mujeres de la tribu, envueltas en pestilentes mantas y faldas, de cuclillas en la ladera, algo mas abajo.

Las rocas que esas arpías habían amontonado ante ellas contaban su propia historia.

Para trepar mejor, los hombres habían prescindido de sus lanzas, y solo iban provistos de unas espadas cortas. La montaña era demasiado escarpada como para lanzarse a la carga contra aquellas mujeres. Lo mejor era luchar utilizando sus mismas armas, es decir, bombardearlas con piedras.

Fue preciso reunirlas en silencio, cuidando de que ninguna rodara y delatara su posición. La columna de Bull todavía estaba en esta tarea cuando la Segunda Guardia Phagoriana pasó junto a la meseta, y las mujeres se pusieron en movimiento.

-¡Adelante, mis bravos! -gritó Bull. Lanzaron una descarga de piedras. Las mujeres se dispersaron chillando, pero no antes de que su avalancha casera entrara en acción. Mas abajo, los phagors yacían aniquilados.

Con este aliento, las hordas Driat lucharon con renovado ánimo contra el grueso de las fuerzas de Borlien; las primeras filas utilizaban largas espadas centelleantes, y las posteriores lanzaban jabalinas. Confundidos, los hombres se dividieron en grupos dispersos. El polvo cubría la escena. Se oían golpes, gritos, gemidos.

Bull contemplaba el combate desde su posición privilegiada. Hubiese querido estar en lo mas duro de la lucha. Por momentos podía ver la gigantesca figura del comandante, corriendo de un grupo a otro, animando a los hombres, blandiendo su espada ensangrentada. También podía ver el fuerte de barro situado sobre la meseta. El rey se había equivocado. Allí, entre los asokins, había guerreros ocultos.

La marea del combate rodeaba la base de la meseta, excepto donde la avalancha de piedras había cubierto los cuerpos de los phagors de la Segunda. Bull gritó para advertir del peligro a KolobEktofer, pero su voz quedo oculta entre el ruido de la batalla.

Bull ordenó a sus hombres descender por el noroeste e incorporarse a la lucha. El mismo inició el descenso, resbalando y cayendo hasta que logró incorporarse sobre las manos y las rodillas en el reborde donde habían estado las mujeres de la tribu. Una mujer joven, herida en la rodilla, se lanzo sobre Bull armada con un cuchillo. Él le torció el brazo, le hundió la cara en el suelo y de una patada lanzó su arma al precipicio.

-Ya me ocupare de ti mas tarde, puta -dijo.

Al huir, las mujeres habían abandonado sus jabalinas. Recogió una y la equilibró. Desde ese punto, algo mas abajo, apenas podía ver las espaldas de los hombres agazapados detrás de sus muros. Pero uno de ellos, mirando a través de una hendidura, lo descubrió y, poniéndose de pie, alzó su arma misteriosa hasta la altura del pecho mientras otro afirmaba el extremo contra su hombro.

Bull lanzó la jabalina con todas sus fuerzas. Al principio voló en línea recta hacia el blanco, pero luego cayó fuera de los muros del fuerte.

Mientras miraba con disgusto, Bull vio brotar una nubecilla de humo del arma que los dos hombres apuntaban contra él. Algo parecido a una abeja zumbo junto a su oído.

Buscando entre las ollas y los harapos, Bull recogió otra jabalina y nuevamente se preparó para lanzarla.

Los dos hombres de la meseta estaban también ocupados, metiendo algo por el extremo del arma. Volvieron a su posición inicial, y otra vez Bull, mientras lanzaba su jabalina, vio una bocanada de humo y escucho un ruido. Al instante siguiente, algo le dio un violentísimo golpe en el hombro izquierdo, obligándole a girar sobre sus pies. Cayó hacia atrás sobre el angosto reborde.

La mujer herida logro ponerse de pie, tomó una jabalina y se preparó para hundírsela en el vientre. Él la derribó a puntapiés, aferró su cuello con el brazo derecho y ambos cayeron rodando por el sendero.

Mientras tanto, los mosqueteros de la meseta, a plena vista, empezaron a descargar sus

novedosas armas contra los hombres de KolobEktofer. Darvlish gritó de alegría y lanzó su biyelk al ataque. En ese momento comprendió que el éxito podía ser suyo.

Consternado por lo que había ocurrido a las fuerzas del rey, KolobEktofer continuaba el ataque; pero el fuego de los mosquetes producía efectos devastadores sobre sus hombres. Algunos fueron heridos. A nadie le agradaba el carácter cobarde de esa innovación que podía matar a distancia. KolobEktofer supo enseguida que los Driats habían comprado esas armas a los sibornaleses, o a otras tribus con las que comerciaban. El Quinto vacilaba. La única forma de obtener una victoria era silenciar el fuerte sin demora.

Sin perdida de tiempo reunió a seis curtidos veteranos; los restos de las fuerzas de JandolAnganol estaban en peligro. Con la espada desenvainada, el comandante condujo a sus hombres hacia el único sendero por donde se podía acceder a la parte superior de la meseta, formada por una acumulación de rocas.

Cuando el grupo de KolobEktofer llegó al fuerte, una explosión lo recibió. Uno de los mosquetes sibornaleses había reventado, matando a uno de sus servidores. Poco después las demás armas -eran once en total- se atascaron o se quedaron sin pólvora. Los Driats no tenían experiencia en su mantenimiento. Desmoralizada, la compañía aceptó la masacre. No esperaban piedad, ni la encontraron.

Esa matanza fue observada por los Driats que rodeaban la meseta. Las fuerzas del rey,

o lo que quedaba de ellas, advirtiendo que sus mejores lideres habían desaparecido, resolvieron retirarse mientras estaban todavía razonablemente enteras.

Algunos de los jóvenes tenientes de KolobEktofer intentaron abrirse Paso hacia el rey, pero al no recibir apoyo, perecieron. El resto giró y corrió buscando protección, perseguidos por los Driats, quienes lanzaban amenazas capaces de helar la sangre.

Aunque KolobEktofer y sus compañeros lucharon con gran valor, fueron dominados. Despedazaron sus cuerpos, arrojándolos luego al fondo de la hondonada. Enloquecidos por la victoria, a pesar de sus numerosas bajas, Darvlish y sus hombres se dividieron en grupos para dar caza a los sobrevivientes. Al caer la noche, solo los buitres y los animales furtivos se movían aún en el campo de batalla. Esta fue la primera vez que se usaron armas de fuego contra Borlien.

En una conocida casa en las afueras de Matrassyl, cierto mercader de hielo se despertaba. La prostituta cuya cama había compartido la noche anterior estaba ya levantada y bostezando. El mercader de hielo se incorporó sobre un codo, se rasco el pecho y tosió. Era justamente antes de la salida de Freyr.

-¿Tienes pellamonte, Metty? -pregunto. -Ya esta hirviendo -dijo ella, en un susurro. Desde que la conocía, Metty tomaba té de pellamonte por la mañana, muy temprano.

El se sentó en el borde de la cama y observó a la mujer moviéndose en la penumbra. Se cubrió. Ahora que el deseo, se había ido, su cuerpo no le causaba ningún orgullo; estaba demasiado grueso.

Siguió a la mujer hasta la pequeña cocina-cuarto de baño, junto a la casa. Un fuelle había reanimado las brasas de carbón, y sobre ellas cantaba una tetera. Esas brasas eran la única luz de la habitación, aparte de los jirones de madrugada que se filtraban por un postigo roto.

A esa pobre luz observó a Metty, que preparaba el té como si fuera su esposa. Si, era vieja, pensó mientras miraba su rostro fino y anguloso: probablemente veintinueve, treinta quizá. Sólo cinco años menor que él. No era bonita, pero si buena en la cama. Ya no era una prostituta. Una prostituta retirada. Suspiró. Ella solo recibía a sus viejos amigos, y como un favor.

Metty estaba vestida para ir a la iglesia; parecía compuesta y conservadora.

-¿Que decías?

-No quería despertarte, Krillio.

-Está bien. -Sintió afecto y agregó: -No quería marcharme sin despedirme y darte las gracias.

-Ahora volverás con tu mujer y tu familia.

Ella no lo miraba, concentrada en disponer unas hojitas de hierba en dos tazas. Su boca formaba un mohín. Sus movimientos eran precisos, como todo en ella.

La embarcación del mercader de hielo había amarrado muy tarde el día anterior. Venía de Lordryardry con su carga habitual, después de cruzar el Mar de las Águilas hasta Ottassol, y luego Por el correntoso Takissa hasta Matrassyl. En este viaje, además de hielo, había traído a su hijo Div, para que conociera a los demás mercaderes y se familiarizara con la ruta. Y para presentar a Div en casa de Metty, a la que él había concurrido durante todo el tiempo en que había comerciado con el palacio real. El muchacho estaba atrasado en todo.

Metty tenia una muchacha preparada para Div; era una huérfana de las Guerras Occidentales, bella y delgada, de boca atractiva y pelo limpio. A primera vista parecía tan inexperta como Div. Krillio la había examinado, poniendo una moneda en su kooni para ver si estaba libre de enfermedades. La moneda de cobre no se había vuelto Verde, y el se había dado por satisfecho. 0 casi. Quería lo mejor para su hijo, por tonto que fuese.

-Metty, ¿no tenías una hija de la edad de Div?

Ella no era una persona comunicativa.

-¿No sirve esta chica? -Le dirigió una mirada que parecía decir: “Ocúpate de los asuntos, y yo me ocupare de los míos”. Y luego, ablandada, quizá porque el siempre era generoso con su dinero, y porque ya nunca mas regresaría, dijo: Mi hija Abathy quiere progresar y marcharse a Ottassol. Yo le digo, nada hay en Ottassol que no puedas encontrar aquí. Pero quiere conocer el mar. Lo único que hallaras son marineros, le digo.

-¿Y donde esta Abathy ahora?

-Se arregla muy bien sin mi. Tiene una habitación, cortinas, ropas. Cuando gane un poco de dinero se irá al sur. Enseguida encontró un rico dispuesto a darle protección, siendo tan joven y bonita.

El mercader de hielo vio los celos reprimidos en la mirada de Metty, y asintió. Siempre curioso, no pudo resistir la tentación de preguntar quien era ese protector.

Metty lanzo una rápida mirada al torpe y joven Div y a la muchacha, ambos de pie junto a un diván, impacientes por que los mayores se marcharan. Con expresión extraña -poco convencida de la conveniencia de hablar- murmuro un nombre en la sucia oreja del mercader.

Este suspiro con dramatismo.

-Oh.

Pero tanto él como Metty eran demasiado viejos y pervertidos para asombrarse de algo. -¿Te vas, padre? - preguntó Div. Se había marchado entonces, dejando que Div se arreglara lo mejor que pudiera. Que

tontos eran los hombres cuando jóvenes, que lamentables desechos cuando viejos.

Y ahora, mientras llegaba la mañana, Div estaría dormido, con su cabeza junto a la de la chica, en su pequeña habitación. Pero todo el placer que había experimentado la noche anterior, al cumplir con su deber de padre, había desaparecido. Se sentía hambriento y sabía que no debía pedir comida a Metty. Tenía las piernas rígidas; las camas de las prostitutas no estaban hechas para dormir en ellas.

Reflexionando, el mercader de hielo comprendió que la noche anterior había celebrado, sin quererlo, una ceremonia. Al poner a su hijo en manos de la joven prostituta, había renunciado a su antigua concupiscencia. ¿Y que ocurría cuando esta se desvanecía? En un tiempo, las mujeres lo habían reducido a la mendicidad; había creado un prospero negocio, y jamás había dejado de perseguir apasionadamente a las mujeres. Si ese interés central se marchitaba, algo debería ocupar el vacío.

Pensó en su propio continente sin dioses, en Hespagorat. Si, Hespagorat necesitaba un Dios, aunque por cierto no el de este Campannlat infectado de religión.

Suspiro y se pregunto por que razón lo que había entre los delgados muslos de Metty parecía tanto mas poderoso que un dios.

-¿Vas a la iglesia? Pierdes el tiempo.

Ella asintió. Con los clientes no se discute.

Tomo la taza que ella le ofrecía, acunando su calor en la mano, y fue hasta el umbral de la habitación sin puerta.

Allí se detuvo y miro hacia atrás.

Metty no perdió tiempo con su té de pellamonte. Le agrego agua fría y lo bebió de un trago. Luego se puso unos guantes negros hasta el codo, y ajustó el encaje sobre su piel arrugada.

Al observar que el hombre tenia puestos los ojos en ella, dijo:

-Puedes volver a la cama. Nadie esta despierto en la casa todavía.

-Tú y yo siempre nos hemos llevado bien, Metty. -Decidido a obtener de ella una expresión afectuosa, agregó:- Me llevo mejor contigo que con mi propia esposa o con mi hija.

Metty oía confesiones similares a diario.

-Espero ver a Div en el próximo viaje, Krillio. Adiós. -Lo dijo de un modo resuelto, mientras avanzaba; él tuvo que hacerse a un lado para dejarla pasar. Retrocedió, y ella paso velozmente, aun atareada con su guante. Expresaba con claridad que la idea de que entre ellos hubiera algún afecto era pura imaginación. Su mente estaba centrada en algo que excluía a aquel hombre.

Llevando su taza hasta la cama, bebió a sorbos el té caliente. Abrió el postigo para sentir el placer o el dolor, o lo que fuera, de verla alejarse por la calle silenciosa. Las casas estaban cerradas y descoloridas; algo en su aspecto lo inquieto. La oscuridad se demoraba aun en las callejuelas laterales. Solo se veía una persona: un hombre que avanzaba como un sonámbulo, apoyándose con la mano en las paredes. Detrás de él había un phagor pequeño, un runt, que gemía.

Metty emergió de la puerta, junto a la ventana por donde miraba el mercader de hielo, y dio un paso en la calle. Se detuvo cuando vio acercarse al hombre. Krillio pensó: “Ella sabe todo acerca de los borrachos”. El alcohol y las mujeres livianas iban juntos, en todos los continentes. Pero ese hombre no era un borracho. De su pierna goteaba sangre sobre el empedrado.

-Ya bajo, Metty -dijo. Un momento después, todavía sin camisa, se acercó a ella en la calle espectral. La mujer no se había movido.

-Déjalo, esta herido. No quiero que venga a mi casa. Causará problemas.

El herido gimió, trastabillando contra la pared. Se detuvo, alzó la cabeza y miro al mercader de hielo.

Este quedó boquiabierto de asombro.

-¡Metty! -exclamó-. Es el rey..., ¡el rey JandolAnganol!

Corrieron hasta él, lo sostuvieron y lo llevaron al amparo del prostíbulo.

Pocos hombres del rey lograron regresar a Matrassyl. La Batalla del Cosgatt, como se la llamó luego, fue una espantosa derrota. Ese día, los buitres alabaron el nombre de Darvlish.

Cuando se recuperó, el rey -que fue atendido en el palacio por su piadosa reina MyrdemInggala- declaró en la scritina que una gran fuerza enemiga había sido dispersada. Pero las baladas que vendían los buhoneros decían cosas muy distintas. Se lamentó en particular la muerte de KolobEktofer. Bull era recordado con admiración en los barrios pobres de Matrassyl. Ninguno de ellos regresó al hogar.

Mientras JandolAnganol yacía en su cámara, débil aun por las heridas, llegó a la conclusión de que, para sobrevivir, Borlien debía lograr una estrecha alianza con sus vecinos del Santo Imperio Pannovalano, en especial con Oldorando y Pannoval. Y él debía adquirir, a cualquier costo, la artillería de mano que los bandidos de la frontera habían utilizado de modo tan devastador.

Discutió todos estos asuntos con sus consejeros. En su aprobación estaba ya la semilla del plan de su divorcio y su nuevo matrimonio dinástico, que medio año mas tarde llevaría al rey JandolAnganol a Gravabagalinien; que lo alejaría de su hermosa reina; que lo privaría de su hijo, y que, por una fatalidad aún mas extraña, lo enfrentaría con otra muerte, atribuida a la raza protognóstica de los Madis.

EL CAMINO DE LOS MADIS

Los Madis del continente de Campannlat eran una raza aparte. Sus costumbres los diferenciaban a la vez de humanos y phagors. Y sus tribus vivían separadas entre sí.

Una tribu avanzaba lentamente hacia el oeste, a través de una región de Hazziz que se había convertido en un desierto, a varias jornadas de Matrassyl.

La tribu estaba en marcha sin que nadie recordara desde cuando. Ni los protognósticos, ni las naciones que los veían pasar, podían decir cuando o donde los Madis habían iniciado su viaje. Eran nómades. Marchando parían a sus hijos, crecían y se casaban, y marchando morían.

Su palabra para "vida", era Ahd, que significa "el viaje".

Los pocos seres humanos que se interesaban en los Madis sostenían que era el Ahd lo que los mantenía aparte. Otros creían que era su lenguaje. Ese lenguaje era una canción, cuya melodía parecía dominar a las palabras. La lengua Madi era tan compleja e incompleta que parecía confinar a la tribu en su viaje, al tiempo que cautivaba a todo ser humano que intentara aprenderla.

Ahora un joven trataba de hacerlo.

Cuando niño se había esforzado por hablar hr'Madi'h. Luego, ya adolescente, había retomado esos estudios con mayor seriedad.

Estaba esperando junto a un pilar de piedra donde había inscrito un símbolo religioso. Señalaba un limite, o una octava de terreno, o una línea de seguridad, aunque no le preocupaban mucho esas viejas creencias.

Los Madis se acercaban en hilera o en grupos irregulares, precedidos por una suave melodía. Pasaron a su lado sin mirarlo, aunque muchos de los adultos rozaron el pilar en que se apoyaba. Tanto los hombres como las mujeres iban vestidos con ropas de arpillera ceñidas a la cintura. Su indumentaria incluía unas altas capuchas rígidas que se subían cuando el tiempo era malo, dando a quienes las usaban un aspecto grotesco. Sus zapatos de madera estaban toscamente confeccionados, como si a quienes debían llevarlos a lo largo del Ahd no les importaran para nada sus pies.

El joven podía ver la larga hilera curvándose como una hebra en el semidesierto. No tenía fin. La polvareda, que flotaba sobre ella, la velaba por mementos. Los Madis marchaban entre el murmullo del lenguaje protognóstico. De pronto, alguien cantaba algo a los demás, y las notas recorrían la fila como recorre la sangre una arteria. En otro tiempo el joven había creído que ese discurso era un comentario sobre la marcha; ahora se inclinaba a pensar que se trataba de alguna clase de narración, pero no tenía idea acerca de que podía tratar, puesto que para los Madis no existían el pasado ni el futuro.

Aguardaba su momento.

Estudiaba los rostros que venían hacia él, como si buscara a alguien querido y olvidado, esperando un signo. Aunque físicamente los Madis parecían humanos, sus rostros poseían una turbadora cualidad -su inocencia protognóstica -, que recordaba el rostro de los animales o de las flores.

Había un rostro Madi común. Ojos salientes, con pupilas castaño claro, y tupidas pestañas. Nariz aquilina, a tal punto que recordaba el pico de un loro. Frente y mandíbula inferior algo retraídas. A los ojos del joven, el efecto general era asombrosamente hermoso. Le recordaba a un bello perro híbrido que adorara en su infancia, y también las flores blancas y marrones del dogthrush.

Un rasgo peculiar distinguía los rostros masculinos de los femeninos. Los varones tenían dos protuberancias en las sienes y otras dos en el mentón. A veces, estaban cubiertas de pelo. En una oportunidad el joven había visto a un varón de cuyas protuberancias emergían unos cuernos cortos.

Mientras pasaban, el joven contemplaba con cariño esas caras. Respondía a la sencillez Madi. Sin embargo, en su mente ardía el odio. Ansiaba matar a su padre, el rey de Borlien, JandolAnganol.

El movimiento y el murmullo transcurrían a su lado. De pronto, ¡el signo!

-¡Oh, gracias! -exclamó, y dio un paso adelante.

Una hembra Madi, que conducía arangs, había apartado la vista del camino para mirarlo de frente con la Mirada de la Aceptación. Era una mirada anónima, que desapareció tan rápido como había surgido, un destello de inteligencia que no era preciso mantener. Echó a andar junto a la mujer, pero ella no le prestó mas atención: la Mirada había sido enviada.

Él era ahora parte del Ahd.

Los migrantes iban acompañados por sus animales; los había de carga como el yelk, capturados en sus grandes campos de pastoreo durante el verano, y otros semidomesticados, como varias clases de arangs, ovejas y fhlebihts -todos ellos animales de pezuña- y también perros y asokins, los cuales parecían tan entregados a su vida migratoria como sus amos.

El joven, que se daba a sí mismo el nombre de Roba y detestaba su título de príncipe, recordaba con desdén como las aburridas damas de la corte de su padre bostezaban y deseaban ser "tan libres como los Madis vagabundos". Los Madis, sin mayor conciencia que la de un perro inteligente, estaban esclavizados por el modelo de sus vidas.

Acampaban por la noche y a la salida del sol se ponían en marcha siguiendo un plan irregular. Durante el día había periodos de descanso, pero estos eran breves y no se tenía en cuenta si en el cielo había uno o dos soles. Roba se convenció de que eran incapaces de comprender tales asuntos; los Madis se limitaban a su camino.

Algunos días había obstáculos en la ruta, una ladera montañosa, un río que era preciso cruzar. La tribu hacía lo que fuera necesario a su modo nada demostrativo. A veces se perdía una oveja, moría una persona anciana, se ahogaba un niño. Pero el Ahd proseguía, y la armonía del discurso no cesaba.

A la puesta de Batalix, la tribu se detuvo poco a poco. Se cantaron una y otra vez las palabras que significaban agua y lana. Si había un dios Madi, estaba hecho de agua y de lana.

Los hombres se ocuparon de dar de beber a todos los animales del rebano antes de preparar la principal comida del día. Las mujeres y muchachas bajaron sus rústicos relates de los animales de carga y se entregaron al tejido de tapices y prendas de lana tenida.

El agua era su necesidad; la lana, su mayor bien.

-El agua es Ahd, la lana es Ahd. -La canción era imprecisa, pero reconocía la verdad.

Los hombres esquilaban a sus animales y tenían la lana; a partir de los cuatro años, las niñas la hilaban con sus husos a lo largo del camino. Todo lo que producían estaba hecho de lana. La del fhlebiht era la más delicada, y con ella se tejían túnicas satara, dignas de una reina.

Las prendas eran apiladas sobre los animales de carga, o bien llevadas por los machos y las hembras Madi debajo de sus burdos sayales. Mas tarde, comerciaban con ellas en alguna de las ciudades de la ruta, Distack, Yicch, Oldorando, Akace...

Cuando estaba completamente oscuro, cenaban, luego de lo cual codas -hembras, machos, animales- dormían en montón.

Las hembras entraban en celo pocas veces. Cuando fue el turno de la que viajaba con Roba, se volvió y lo tomo entre sus brazos buscando placer. Accesos de canto señalaban sus orgasmos.

El camino que seguían los Madis estaba tan predeterminado como el plan de sus días. Viajaban hacia el este o el oeste por distintos senderos; senderos que en ocasiones se encontraban, y otras se apartaban centenares de millas. Un viaje en una dirección llevaba un año pequeño completo; y todo el conocimiento del Paso del tiempo que poseían se expresaba en términos de distancia. Cuando Roba comprendió esto, empezó a comprender el hr'Madi'h.

Que el Viaje duraba desde hacía siglos, y quizás mas siglos antes de los primeros, era evidente por la flora que crecía a lo largo de su camino. Esas criaturas de rostro de flor, que solo poseían sus animales, dejaban caer cosas, diseminaban heces y semillas. Mientras caminaban, las mujeres arrancaban bayas o flores de plantas como afram, henna, eléboro púrpura. De ellas obtenían los tintes para sus tejidos. Y arrojaban las semillas, juntamente con las de plantas alimenticias como el centeno. Esporas y semillas se adherían al pelaje de los animales.

El Viaje devastaba temporariamente los campos a lo largo de todo su recorrido. Pero también hacía que la tierra floreciera.

Incluso en el semidesierto, los Madis avanzaban por una avenida de árboles, arbustos, hierbas, que ellos mismos habían sembrado por accidente. Incluso en áridas laderas crecían flores que solo se veían en los llanos. La avenida del este y la del oeste -que los Madis llamaban ucts- corrían como cintas, a veces entrelazadas, a través del continente ecuatorial de Heliconia, siguiendo un rastro original de desechos.

Caminando sin cesar, Roba olvidó sus conexiones humanas y el odio a su padre. El Viaje a través de los ucts era su vida, su Ahd. A veces lograba engañarse y creía comprender la narración murmurada que recorría el torrente sanguíneo diario.

Aunque prefería la vida nómada a las intrigas de la corte, le costaba adaptarse a los hábitos Madis en lo referente a la alimentación. Habían conservado el temor al fuego, de modo que su cocina era primitiva, aunque hacían un pan ácimo al que llamaban la'hrap, poniendo la masa sobre piedras calientes. Luego lo guardaban, y se comía fresco o rancio, acompañado de leche o sangre de sus animales. A veces, durante los festines, comían carne cruda pulverizada.

La sangre era importante para ellos. Roba luchaba con un conjunto de palabras y frases que de algún modo guardaban relación con los viajes, la sangre, el alimento, y el dios-en-la-sangre. A menudo por la noche se repetía que cuando todos estuvieran descansando aprovecharía para poner en limpio sus pensamientos y anotar cuanto había aprendido; pero después de la cena, él, como los demás, también se echaba a dormir.

No había poder capaz de impedir que sus párpados se cerraran. Dormía sin sueños, como imaginaba que lo hacían sus compañeros de viaje. Pensaba que si alguna vez aprendían a sonar, tal vez conquistarían esa esquina misteriosa que separaba su existencia de la humana.

Cuando se apartó de su lado la hembra que lo abrazara en procura de un instante de placer, Roba se pregunto, antes de quedarse dormido, si ella era feliz. No había modo de que él pudiera preguntarlo ni de que ella pudiera responder. ¿Y él? Había sido amorosamente educado por su madre, la reina de reinas, y sin embargo, sabía que en toda felicidad humana hay una pena incurable. Quizá los Madis huían de esa pena mediante el recurso de no convertirse en humanos.

La niebla formaba espirales sobre el Takissa y Matrassyl, pero por encima de la ciudad brillaban los dos soles. Como la atmósfera del palacio la sofocaba, la reina MyrdemInggala estaba afuera, en su hamaca.

Había pasado la mañana hablando con suplicantes. Conocía por su nombre a muchos de los ciudadanos. Ahora soñaba a la sombra de un pequeño pabellón de mármol. Estos sueños se referían al rey, quien una vez repuesto de sus heridas, sin decir palabra, había salido de viaje, según decían algunos a Oldorando, río arriba. Ella no había sido invitada. En cambio, el rey había llevado consigo al pequeño phagor huérfano, sobreviviente, como él, de la Batalla del Cosgatt.

Junto al pabellón, Mai TolramKetinet, la principal de las damas de compañía de MyrdemInggala, entretenía a la princesa Tatro con un pájaro de madera que movía las alas. Diseminados sobre las losas del pabellón, había otros juguetes y libros de cuentos.

Apenas consciente del parloteo de su hijita, la reina dejaba que el pájaro volara, libre, en su mente. Lo condujo hasta las ramas de un árbol de gwing-gwing, cuyos frutos maduros colgaban en racimos. Por la magia de sus pensamientos, Freyr no era mis que un inofensivo gwing-gwing. Su amenazante proximidad solo implicaba una fructífera madurez. Por el influjo de esa misma magia, la reina adormecida sentía que ella misma era y no era, a la vez, la suave carne del gwing-gwing.

La carne de esas frutas tocaba el suelo al caer. Una suave pelusa cubría esas pequeñas esferas estivales. Rodaban debajo de los cercos, caían sobre musgo aterciopelado, apoyaban sobre el verde sus suaves mejillas. Entonces llegaba el jabalí.

Era un jabalí y también su marido, su amo, su rey.

El jabalí saltaba sobre las frutas, las aplastaba, las devoraba hasta que sus mandíbulas rezumaban. Mientras ella llenaba el jardín con sus fragantes pensamientos, suplicaba a Afanaba que la librara de esa violación o, más bien, que la dejara gozar sin castigarla por sus excesos. Los cometas atravesaban el cielo, la niebla hervía sobre la ciudad, el calor de Freyr caía sobre el mundo porque ella se permitía soñar con el jabalí.

Ahora, en su imaginación, el rey estaba sobre ella. Arqueaba su inmenso lomo hirsuto. Había noches, noches de verano, en que él la llamaba a su dormitorio. Ella iba, ungida, descalza. Mai llevaba la lámpara de aceite de ballena, con la llama protegida por una burbuja de cristal como un vino incandescente. Ella comparecía ante él sabiendo que era la reina de reinas. Sus ojos eran anchos y negros; ya sus pezones estaban encendidos y entre sus muslos había un huerto vivo de gwing-

gwings maduros para el colmillo.

Ambos se entregaban a sus abrazos con una pasión siempre nueva. Él la llamaba por un apodo cariñoso, como un niño que llama mientras duerme. Sus carnes y sus almas parecían elevarse como el vapor de dos manantiales hirvientes que se encuentran.

Mai TolramKetinet, de pie junto a la cama, arrojaba luz sobre aquel éxtasis. Nada debía privarlos de la contemplación de sus cuerpos desnudos.

A veces la muchacha, vencida la serenidad de su naturaleza diurna, deslizaba su mano hasta su propio kooni. Entonces JandolAnganol, despiadado en su khmir, la atraía a la cama junto a la reina y la tomaba como si no hubiese por que elegir entre las dos mujeres.

La reina jamás dijo una palabra de esto a la luz del día. Pero su intuición le informaba que Mai había hablado de ello con su propio hermano, ahora el general del Segundo Ejercito; la reina lo sabia por la forma en que el joven la miraba. A veces, en su hamaca, fantaseaba con Hanra TolramKetinet participando de esos encuentros en la alcoba del rey.

A veces, el khmir fallaba. A veces, cuando volaban las mariposas del ocaso y su lámpara ardía, JandolAnganol llegaba por un pasaje secreto hasta el lecho de la reina. Nadie mas tenía sus pasos. Eran a la vez rápidos e indecisos, la señal misma de su carácter. El se arrojaba sobre ella. Allí estaban los gwing-gwings, pero no el colmillo. La furia se apoderaba del rey ante la traición de su propio cuerpo. En una corte donde en pocos podía confiar, esa era la ultima traición.

Entonces, un khmir intelectual se apoderaba de él. Se flagelaba a sí mismo con un odio tan intenso como su pasión anterior. La reina gritaba y lloraba. Por la mañana, las esclavas de boca amarga y ojos astutos limpiaban arrodilladas la sangre de las baldosas junto a su cama.

La reina de reinas jamás mencionó esta característica de su amo. Ni a Mai TolramKetinet, ni a las otras damas de la corte. Como sus pasos, era una parte de él. El rey era tan impaciente con sus propios deseos como lo era con los de sus cortesanos. Nunca pudo serenarse lo suficiente para enfrentarse consigo mismo; y mientras sus heridas se curaban, había estado a solas con sus pensamientos.

Evocando nuevas ramas de gwing-gwing para aplacar sus pensamientos, la reina se dijo que esa vena de debilidad era parte de la fuerza del rey. Sería más débil sin ella. Pero jamás había podido decirle que lo comprendía. En cambia, lloraba. Y la noche siguiente, el animal de lomo encorvado volvía a hundir el colmillo entre los setos.

A veces, durante el día, cuando parecía que los gwing-gwings se ruborizaban por su deseo de ser devorados, se zambullía desnuda en la piscina, hundiéndose en el abrazo del agua y mirando hacia arriba el ardor de Freyr centelleando en la superficie. Un día, ah, ella lo sabia de su eddre, Freyr bajaría ardiendo hasta lo mas hondo de la piscina para castigarla por la intensidad de sus deseos. "Buen Akhanaba, perdóname. Soy la reina de reinas; también yo tengo khmir."

La reina vela al rey durante el día.

Mientras hablaba con sus cortesanos, con hombres necios o sabios, o incluso con ese embajador de Sibornal que clavaba en ella una mirada que la atemorizaba, el rey extendía la mano y tomaba una manzana de una fuente. Sin mirar. Podía tratarse de una manzana cinabria, traída de Ottassol. La mordía. La comía, Pero no como comían las manzanas sus cortesanos, mordisqueando la carne alrededor y dejando un grueso huso en el centro, que luego arrojaban al suelo. El rey de Borlien comía con avidez, aunque sin goce aparente, devorando la fruta integra, la carne, la piel, las gruesas pepitas castañas. Todo era masticado y tragado, mientras él hablaba. Luego secaba su barba, sin que pareciera reflexionar un solo instante en la fruta. Y MyrdemInggala pensaba en el jabalí entre los matorrales.

Akhanaba la había castigado por sus voluptuosos pensamientos. La había castigado con la certeza de que ella jamás conocería a Jan, por cerca que ambos estuviesen. Y con otra certeza, aún más dolorosa: el nunca la conocería como ella deseaba ser conocida.

Como la conocía misteriosamente Hanra TolramKetinet, sin que hubiese cruzado jamás una palabra con él.

Unos pasos que se aproximaban rompieron el hechizo de su ensoñación. Abriendo un ojo, MyrdemInggala vio acercarse al canciller. SartoriIrvrash era el único hombre de la corte a quien le

estaba permitido acceder al jardín privado de la reina; era un derecho que ella le concedió al fallecer su esposa. Desde su perspectiva de veinticuatro años y medio, SartoriIrvrash, a los treinta y siete y varios decimos, era un anciano. No estorbaría a sus cortesanas.

Sin embargo, la reina cerró otra vez el ojo. Era la hora en que él solía regresar de cierta cantera próxima. JandolAnganol le había hablado, en tono de burla, de los experimentos de SartoriIrvrash sobre desventurados cautivos enjaulados. Su propia mujer había muerto a causa de uno de esos experimentos.

Cuando se quitó el sombrero para saludar a Tatro y a Mai su cabeza calva brillo al sol. La niña lo quería. La reina se mantenía al margen.

SartoriIrvrash se inclino ante la figura recostada de la reina, y luego ante su hija. Hablaba con la pequeña como si se tratase de una persona adulta, lo que tal vez explicaba el afecto que Tatro sentía por él. Había poca gente en Matrassyl que pudiera declararse amiga del canciller.

Ese hombre de mediana estatura y descuidado en el vestir, había tenido poder en Borlien durante largo tiempo. Mientras el rey había estado incapacitado por la herida recibida en el Cosgatt, SartoriIrvrash había gobernado en su nombre, dirigiendo los asuntos del estado desde su desordenado escritorio. Aunque nadie era su amigo, todos lo respetaban. Porque SartoriIrvrash era desinteresado. No tenía favoritos.

Era demasiado solitario para eso. Ni siquiera la muerte de su mujer había alterado sus hábitos de manera visible. No cazaba ni bebía. Pocas veces se lo había visto reír. Era demasiado cauteloso para ser sorprendido en un error.

Tampoco tenía el habitual enjambre de parientes que proteger. Sus hermanos habían muerto, su hermana vivía muy lejos. SartoriIrvrash era muy parecido a esa criatura imposible: un hombre sin defectos, sirviendo a un rey que estaba repleto de ellos.

En una corte religiosa, solo tenia un punto vulnerable: era un intelectual y un ateo.

Ni siquiera ese insultante ateismo podía esgrimirse en su contra. El canciller no intentaba convertir a nadie a su modo de pensar. Cuando no estaba ocupado por los asuntos de estado, trabajaba en su libro, separando la verdad de las mentiras y leyendas. Pero eso no le impedía demostrar, en ocasiones, un aspecto mas humano de su personalidad y leer cuentos de hadas a la princesa.

En la scritina, los enemigos de SartoriIrvrash se preguntaban a menudo cómo era posible que él -tan frío- y JandolAnganol -de sangre tan caliente- pudieran contenerse de saltar uno al cuello del otro. El hecho es que SartoriIrvrash era un hombre muy discreto, y que sabía tragarse las ofensas. Y era demasiado distinto del resto de la gente para que pudieran ofenderlo, si no iban demasiado lejos. Ese momento había de llegar, aunque no por aquel entonces.

-Creí que no vendrías, Rushven -dijo Tatro. -Debes aprender a tener mas confianza en mi. Siempre aparezco cuando me necesitan.

Enseguida, Tatro y SartoriIrvrash se sentaron; la princesa le entregó uno de sus libros, pidiéndole un cuento. Él le leyó uno que siempre incomodaba a la reina: el cuento del Ojo de Plata.

“Había una vez un rey que gobernaba el reino de Ponptpandum, en el oeste, donde se ponen todos los soles. Las personas y los phagors de Ponptpandum estaban temerosos de su rey porque creían que tenía poderes mágicos.”

“Anhelaban librarse de él, y tener un rey que no los oprimiera, pero nadie sabía qué hacer.”

“Cada vez que los ciudadanos imaginaban un plan, el rey lo descubría. Era un mago tan grande que había hecho aparecer un gran ojo de plata. Este ojo flotaba toda la noche en el cielo, espiando lo que ocurría en ese reino infeliz. El ojo se abría y se cerraba. Se abría diez veces por año, como todo el mundo sabía. Y era capaz de verlo casi todo.”

“Cuando el ojo veía una conspiración, el rey se enteraba. Entonces, ejecutaba a los conspiradores, fueran hombres o phagors, a las puertas del palacio.”

“La reina se entristecía al ver tanta crueldad, pero nada podía hacer. El rey había jurado que nunca haría daño a su encantadora reina. Cuando ella le pedía que fuera piadoso, él no la golpeaba, como hubiera hecho con cualquier otra persona, incluidos sus consejeros.”

“En el más recóndito calabozo del castillo había una celda custodiada por siete guardias

phagor, ciegos. No tenían cuernos, porque a todos los phagors se les cortaban los cuernos en la feria anual de Ponptpandum, para que parecieran más humanos. Los guardias dejaron entrar al rey en la celda."

"En la celda vivía una gillot, una vieja hembra phagor. Era el único phagor con cuernos del reino. Ella era la fuente de toda la magia del rey. Por sí solo, el rey no era nada. Todas las noches, el rey pedía a la gillot que enviara al cielo el ojo de plata. Todas las noches, ella hacía lo que se le pedía."

"De ese modo, el rey veía todo lo que ocurría en su reino. Hacía también a la anciana gillot muchas preguntas acerca de la naturaleza, que ella respondía infaliblemente."

"Una noche muy fría, ella le dijo: "Oh, rey; ¿para qué quieres el conocimiento?"."

"Porque en el conocimiento hay poder -replicó el rey-. El
conocimiento hace libres a las personas." "La gillot nada respondió. Era
una bruja, y era también su prisionera. Por fin, dijo con voz terrible:
"Entonces ha llegado el momento de liberarme"".

"Ante estas palabras, el rey se desmayó. La gillot abandonó su celda y comenzó a subir las escaleras. Ahora bien; la reina se había preguntado muchas veces por qué su marido iba todas las noches a un calabozo subterráneo. Esa noche, la curiosidad había ganado la partida. Estaba descendiendo las escaleras para espiarlo cuando se encontró con la gillot en la oscuridad."

"La reina gritó de terror. Para que no volviera a hacerlo, la hembra phagor le dio un golpe, y la mató. La amada voz de la reina despertó al rey, quien se lanzó escaleras arriba. Al ver lo que había ocurrido, sacó su espada y mató a la gillot."

"Mientras ella caía, el ojo de plata del cielo empezó a alejarse en espiral. Cada vez se alejaba más y se tornaba más y más pequeño, hasta que se perdió de vista. Y el pueblo supo que todos eran ahora libres, y nunca se volvió a ver el ojo de plata."

Tatro guardó silencio un instante.

MyrdemInggala se incorporó sobre un codo y dijo:

-¿Por qué lees siempre esa disparatada historia, Rushven? Son puros cuentos de hadas.

-Porque a Tatro le gusta, señora -dijo él, alisando sus patillas, como solía hacer en presencia de la reina, y sonriendo.

-Conozco tu opinión acerca de la raza de dos filos: no puedo imaginar por qué te agrada la idea de que en un tiempo la humanidad recurría a los phagors en busca de sabiduría.

-Lo que me agrada de este cuento, señora, es que en una época los reyes recurrían a otros en busca de sabiduría.

MyrdemInggala aplaudió de gozo ante la respuesta.

-Esperemos que eso, al menos, no sea un cuento de hadas.

En el curso de Ahd, los Madis llegaron una vez más a Oldorando, y a la ciudad que llevaba ese nombre.

Más allá de la Puerta del Sur, había un sector destinado a los viajeros, llamado el Puerto. Allí los Madis hacían uno de sus inusuales descansos, que duraba varios días. Se celebraban modestos festejos. Comían arang aromatizado con especias, bailaban el complicado zyganke.

Agua y lana. En Oldorando, trocaban por los pocos bienes que les eran necesarios las vestiduras y tapices que habían tejido durante el Viaje. Sólo uno o dos mercaderes humanos gozaban de la confianza de los Madis. Al no trabajar el metal, las tribus siempre estaban necesitadas de ollas y cencerros para las cabras.

Ocurría también, la mayoría de las veces, que algunos miembros de la tribu decidían quedarse en Oldorando, hasta que los demás retornaran, o para siempre. La enfermedad

o la invalidez eran razones para abandonar el Ahd.

Algunos años antes una muchacha Madi, coja, había dejado el Ahd para ocuparse de la limpieza en el palacio del rey Sayren Stund. Su nombre era Bathkaarnet-ella. Bathkaarnet-ella tenía el rostro tradicional Madi, en parte de ave, en parte de flor; y se ponía a barrer dondequiera que se le ordenara, sin cansarse como los perezosos oldorandinos. Mientras barría, los pájaros se reunían

alrededor de ella sin temor, y escuchaban su canto.

El rey veía esto desde su balcón. En esos días, Sayren Stund no se había rodeado aún de consejeros religiosos y protocolares. Hizo que trajeran a su presencia a Bathkaarnetella. La muchacha, contrariamente a la mayoría de los Madis, tenía una mirada vívida que podía enfocar como los humanos. Era muy humilde, lo que agradaba al desasosegado Sayren Stund, quien decidió que la muchacha aprendiera Olonets, para lo cual contrató un buen maestro. Pero la muchacha no hizo progresos, hasta que el rey tuvo la inspiración de hablar con ella cantando. Ella cantó en respuesta. Aprendió muchas más palabras, pero nunca pudo hablar: sólo cantar.

Esta deficiencia, que habría acongojado a muchos, al rey le agradaba. Descubrió que el padre de Bathkaarnet-ella había sido humano, y que cuando joven se había unido al Viaje huyendo de la esclavitud.

A pesar de todos los consejos, el rey se casó con Bathkaarnet-ella y la convirtió a su fe. Pronto ella le dio un hijo; tenía dos cabezas y murió. Luego dio a luz dos hijas normales que vivieron. Primero Simoda Tal, y luego la voluble Milua Tal.

El príncipe RobaydayAnganol había oído esta historia con anterioridad. Ahora, vestido de Madi, con el nombre de Roba, se dirigió desde el Puerto hasta una de las entradas posteriores del palacio. Escribió una nota a Bathkaarnet-ella, y se la entregó a un criado.

Esperó pacientemente al calor, junto a un zaldal de florecimiento nocturno que trepaba y se extendía. Para el príncipe, Oldorando era una ciudad rara. No se veía en ella un solo phagor.

Su intención, antes de retornar al Viaje, era que la reina Madi le enseñara todo lo posible acerca de su pueblo. Había resuelto ser el primer hombre capaz de cantar con fluidez la lengua de aquellas gentes. Antes de abandonar la corte de JandolAnganol, había hablado muchas veces con el canciller SartoriIrvrash, quien había inspirado en él el amor al conocimiento. Esta era otra de las razones por las cuales el rey había perdido la confianza en su hijo.

Roba esperaba junto a la puerta. Había besado la mejilla de su hembra, cubierta por el polvo de las calles, sabiendo que jamás podría volver a encontrarla cuando reanudara el Viaje. Porque entonces otra persona lanzaría la Mirada de la Aceptación; e incluso si era ella misma, ¿cómo podría reconocerla con certeza? Roba sintió en lo más profundo que la individualidad era un don precioso, concedido solamente a los humanos y, en cierta medida, a los phagors.

Una hora más tarde vio regresar al criado; miró su paso arrogante, tan diferente del leve andar Madi. El hombre rodeó el palacio cuadrado, bajo los pórticos en sombra, para no afrontar el hálito de Freyr.

-Está bien; la reina te concede cinco minutos de audiencia. Inclínate ante ella, vagabundo.

Se deslizó por la puerta lateral y echó a andar a través del patio de la manera en que lo hacían los Madis, manteniendo flexible la columna vertebral. Un hombre se dirigía hacia él con esa especie de arrogancia vacilante que ya conocía de sobra. Era su padre, el rey JandolAnganol.

Roba se quitó la vieja caperuza de tela y se inclinó, rozando el polvo con ella, mientras continuaba su marcha con pasos lánguidos y firmes. JandolAnganol pasó a su lado sin dedicarle una mirada, hablando animadamente con otro hombre. Roba se enderezó y siguió su camino.

La reina coja estaba en un columpio de plata. Llevaba anillos en los dedos de sus pies morenos. Un lacayo vestido de verde la hamacaba. Roba fue recibido en una cámara cubierta de vegetación. Las pecubeas se deslizaban velozmente y el preet emitía su canto.

Apenas descubrió quién era él, la reina, en lugar de hablar de su propia vida anterior, elogió de modo desmedido a JandolAnganol, cantando.

Esto no fue del gusto de Roba, quien, algo irritado, le dijo:

-Quiero entonar la canción de tu lengua natal. Pero tú cantas la maldición de mi nacimiento. Para conocer a ese hombre que elogias, debes ser su hijo. No hay lugar en su corazón para la carne y la sangre, sólo para abstracciones. El país, la religión; esto es lo que hay en sus harneys, y no Tatro y Roba.

-Los reyes creen en esas cosas. Lo sé. Sé que sueñan cosas grandes; nosotros no podemos -cantó la reina-. Los reyes viven en un lugar vacío.

-La grandeza es una lápida -dijo Roba-. Bajo esa lápida él mantiene aprisionado a su propio

padre. Y a mí me encerraría durante dos años en un monasterio. Dos años para enseñarme la grandeza. Un voto de silencio en un monasterio de Matrassyl, para introducirme a esa otra piedra, Akhanaba... ¿Cómo podría soportarlo? ¿Soy acaso un gusano o una babosa para reptar debajo de una piedra? De piedra es el corazón de mi padre, y por eso he huido como el viento sin pies, para unirme al Ahd de los tuyos, bondadosa reina.

Entonces, Bathkaarnet-ella cantó:

-Pero los míos son la escoria de la tierra. No tenemos inteligencia, sólo ucts, y por lo tanto, ningún sentimiento de culpa. ¿Cómo llamáis a eso? No tenemos conciencia. Sólo podemos andar, andar y andar la vida entera, excepto yo, que por fortuna soy coja.

"Mi querido marido Sayren me ha enseñado el valor de la religión, desconocido por los pobres ignorantes Madis. Imagínate, vivir siglos enteros sin saber que sólo existimos por la gracia del Supremo. Respeto a tu padre por sus sentimientos religiosos. Cuando está aquí no pasa un día sin que se flagele."

Cuando la canción terminó, Roba preguntó con amargura:

-¿Y qué hace aquí? ¿Me busca a mí acaso, una parte errante de su reino?

-Oh, no, no. -Su risa parecía el sonido de una flauta.- Ha debatido con Sayren, y con los dignatarios eclesiásticos de la lejana Pannoval. Sí; los he visto, he hablado con ellos.

Él se acercó, de tal modo que el lacayo que la columpiaba tuvo que hacerlo más suavemente.

-¿Quién debate y no habla? ¿Quién posee y sin embargo busca?

-¿Quién puede saber lo que debaten los reyes? -cantó ella.

Una de las brillantes aves aleteó junto al rostro de Roba, quien la apartó.

-Debes saber cuáles son sus planes, majestad.

-Tu padre tiene una herida. Lo veo en su rostro -cantó ella-. Necesita que su nación sea poderosa, para arrojar al polvo a sus enemigos. Y para eso sacrificará incluso a la reina, tu madre.

-¿Cómo la sacrificará?

-La sacrificará a la historia. ¿Acaso no es más pequeña la vida de una mujer que el destino de un hombre? Sólo somos cosas sin forma en las manos de los hombres...

Su alma se volvió oscura. Tenía el presentimiento del mal. Su razón huyó. Trató de volver junto a los Madis y olvidar las traiciones de los hombres. Pero el Ahd exigía paz, o al menos una mente ausente. Después de algunos días de marcha, abandonó el uct y se lanzó a la soledad, viviendo en los árboles de la selva, o en cavernas abandonadas por los leones. Hablaba consigo mismo en un lenguaje propio. Vivía de frutas, hongos, cosas que reptaban debajo de las piedras.

Entre esas cosas que reptaban debajo de las piedras había unos pequeños crustáceos, los rickybacks. Esas criaturas gibosas tenían una cara diminuta que miraba desde debajo de su caparazón quitinoso, y veinte delicadas patas blancas. Los rickybacks se congregaban debajo de piedras y maderos por docenas, confortablemente amontonados.

El se extendía en el suelo, y apoyando su cabeza en el brazo los miraba y jugaba con ellos, desprendiéndolos de sus guaridas. La falta de temor y la pereza de aquellas criaturas lo maravillaban. ¿Qué finalidad tenían? ¿Cómo podían existir haciendo tan poco?

Pero esos pequeños seres habían sobrevivido a lo largo de los siglos. Cuando el frío o el calor insoportables caían sobre Heliconia -SartoriIrvrash se lo había dicho- los rickybacks se ocultaban debajo del suelo; y probablemente no habían hecho otra cosa desde el principio del tiempo.

Le parecían fascinantes, mientras movían sus delicadas patas en un ridículo intento por volver a erguirse.

Su fascinación fue reemplazada por inquietud. ¿Cómo podían existir si el Todopoderoso y Supremo no los había puesto en el mundo?

Mientras estaba allí, ese pensamiento se le presentó con tanta evidencia como si alguien le dijera que él podía estar equivocado y su padre en lo cierto; quizás existía realmente un Todopoderoso que regía los asuntos humanos. En ese caso, muchas cosas que le habían parecido malvadas eran buenas, y él había incurrido en un grave error.

Tembloroso, se puso de pie olvidando las insignificantes criaturas del suelo.

Alzó la vista a las densas nubes del cielo. ¿Alguien había hablado?

Si había un Akhanaba, él debía entregar al dios su voluntad. Lo que decretara el Todopoderoso debía ser cumplido. Incluso el crimen se justificaba para cumplir una finalidad de Akhanaba.

Terminó por creer en la Observadora Original, esa figura maternal que se ocupaba de la tierra y de todas sus obras. Esa figura nebulosa, identificada con el mundo mismo, se impuso en su mente a Akhanaba.

Pasaban los días, recorridos por los soles que lo abrasaban. Se perdió en el desierto sin saber casi que estaba extraviado, sin ver a nadie, sin poder hablar con nadie. Había algunos Nondads, evasivos como el pensamiento, pero él no tenía trato con ellos. Escuchaba la voz de Akhanaba, o de la Observadora.

Mientras vagaba, se vio rodeado por un incendio de bosques. Se zambulló en un arroyo, viendo cómo la rugiente máquina de la conflagración ascendía la cuesta de una colina para descender al otro lado, exhalando su energía. Entre las llamas de aquel infierno vio el rostro de un dios; el humo era su barba y su pelo, encanecidos por su sabiduría cósmica. Al igual que su padre, aquella visión destruía todo cuanto hallaba a su paso. Yacía en el agua con los ojos abiertos, uno debajo del agua, otro encima, viendo los dos universos iluminados por el visitante. Cuando éste se marchó, se puso de pie y subió a la colina como arrastrado por la estela del monstruo, tambaleándose entre los arbustos quemados.

El dios del fuego había dejado una huella negra. Frente a él podía ver cómo continuaba avanzando, como un vendaval de venganza.

Riendo, el príncipe RobaydayAnganol se echó a correr. Estaba convencido de que no era posible matar a su padre; era demasiado poderoso. Pero había otros, próximos a él, a quienes era posible matar. Sin ellos, el poder del rey disminuiría.

Ese pensamiento rugió en su mente como el fuego, y en él reconoció la voz del Todopoderoso. Ya no sentía dolor; se había vuelto anónimo, como un verdadero Madi.

Presa del uct de su propia vida, RobaydayAnganol miraba todas las noches las estrellas que giraban sobre su cabeza. Antes de dormir veía el cometa de YarapRombry ardiendo en el norte. Veía pasar la estrella fugaz, Kaidaw.

La aguda mirada de Robayday distinguía las fases de Kaidaw cuando estaba en el cenit. Pero se movía con rapidez, atravesando el cielo de sur a norte. Mientras corría hacia el horizonte, no era posible distinguir el disco de Kaidaw; se convertía en un punto brillante y luminoso, y luego desaparecía.

Sus habitantes daban a Kaidaw el nombre de Avernus, Estación Observadora Terrestre Avernus. En esa época, eran unos seis mil, hombres, mujeres, niños, androides. Los seres humanos se dividían en seis familias o clanes de estudiosos. Cada clan estudiaba algún aspecto del planeta, o de sus planetas hermanos. La información que recogían era transmitida a la Tierra.

Los cuatro planetas que giraban en torno de la estrella de clase G llamada Batalix, eran el gran descubrimiento de la época interestelar de la Tierra. La exploración interestelar -o «conquista», como la llamaron los hombres de aquella época arrogante- se hizo a un enorme costo. Ese costo llegó a ser tan ruinoso que, por fin, los vuelos interestelares fueron abandonados.

Sin embargo, el espíritu de los hombres había sufrido un cambio. El enfoque de la vida, más íntegro, hacía que la gente sólo quisiera extraer lo necesario de un sistema de producción global mucho mejor conocido y controlado. En verdad, las relaciones interpersonales asumieron una especie de santidad cuando se comprendió que, entre un millón de planetas existentes a una distancia razonable de la Tierra, ni uno solo podía igualar la maravillosa diversidad de ésta, ni sostener la vida humana.

El universo era pródigo -más allá de lo creíble- en vacío. Pero increíblemente avaro en vida orgánica. La escala de la desolación del universo fue uno de los grandes motivos que apartaron a la humanidad, con horror, del vuelo interestelar. Pero en ese momento, sin embargo, ya habían sido descubiertos los planetas del sistema Freyr-Batalix.

“Dios hizo la Tierra en siete días. El resto de su vida no hizo nada. Sólo cuando fue un anciano

se movió un poco y creó Heliconia.” Era un dicho popular terrestre.

De modo que los planetas del sistema Freyr-Batalix tenían gran importancia para la existencia espiritual de la Tierra. Y entre esos planetas, el principal era Heliconia.

Heliconia no era muy diferente de la Tierra. Allí vivían otros seres humanos que respiraban aire, sufrían, gozaban y morían. Los sistemas ontológicos de ambos planetas eran paralelos.

Heliconia estaba a mil años luz de la Tierra. Viajar de un mundo al otro, en la nave espacial tecnológicamente más avanzada, llevaba más de mil quinientos años. La mortalidad humana no podía soportar un viaje así.

Sin embargo, una profunda necesidad del espíritu humano, el deseo de identificarse con algo situado más allá de él mismo, se esforzaba por mantener un nexo entre la Tierra y Heliconia. A pesar de las dificultades impuestas por el enorme abismo de tiempo y espacio, se construyó, en órbita alrededor de Heliconia, un puesto de vigilancia permanente, la Estación Observadora Terrestre. Su misión consistía en estudiar Heliconia y transmitir sus hallazgos a la Tierra.

Comenzó así un largo compromiso unilateral. Ese compromiso aplicaba uno de los más atractivos dones de la humanidad: la empatía. Los habitantes de la Tierra se preocupaban

a diario por saber qué hacían sus amigos y héroes en la superficie del planeta lejano. Temían a los phagors. Contemplaban los sucesos que se desarrollaban en la corte de JandolAnganol. Escribían en el alfabeto Olonets; muchas personas hablaban alguno de sus idiomas. En cierta medida, Heliconia había conquistado involuntariamente a la Tierra. Esta situación perduró mucho después del final de la gran era interestelar de la Tierra.

En realidad, Heliconia, el premio de esa era, fue una causa más de su declinación. Allí estaba ese mundo espléndido y terrible, hermoso como un sueño; pero poner el pie en él significaba la muerte para todo ser humano. Una muerte no inmediata, pero segura.

En la atmósfera de Heliconia había virus que, debido a largos procesos de adaptación, eran inofensivos para sus pobladores durante la mayor parte del Gran Año. Pero para cualquier terrestre, esos virus, imposibles de eliminar, formaban una barrera como la espada del ángel que, según un antiguo mito de la Tierra, custodiaba la entrada al Jardín del Edén.

Para muchas de las personas que estaban a bordo del Avernus, eso era precisamente -un Jardín del Edén- lo que parecía el planeta que tenían debajo, al menos cuando terminaron los lentos y crueles siglos del invierno del Gran Año.

El Avernus tenía sus parques con arroyos y lagos, y mil ingeniosas simulaciones para entretener a sus jóvenes hombres y mujeres. Pero era un mundo artificial. Muchos sentían que también sus vidas eran artificiales allí, privadas como estaban del excitante sabor de la realidad.

Este sentido de la artificialidad era particularmente opresivo para los miembros del clan Pin. El clan Pin estaba a cargo de Entrecruzamientos y Continuidades. Su responsabilidad era, en esencia, sociológica.

Su tarea principal consistía en registrar el desarrollo de las vidas de miembros de una o dos familias a lo largo de las generaciones, durante los 2.592 años terrestres que insumía un Gran Año y más allá. Estos datos, que no podían estudiarse en la Tierra, tenían un gran valor científico. Por otra parte, la familia Pin llegó a identificarse de un modo muy estrecho con las personas objeto de su estudio.

Esa proximidad se reforzaba por el conocimiento, que ensombrecía todos sus. días, de que la Tierra era para ellos irrecuperable. Nacer en la estación implicaba un exilio definitivo. La primera ley de la vida en el Avernus era la imposibilidad de regresar a la Tierra.

Ocasionalmente llegaban desde la Tierra naves computerizadas. Estas naves de enlace, como se llamaban, tenían siempre espacios de emergencia en los que podían viajar humanos. Tal vez existía en la Tierra la leve esperanza de que uno de los avernianos lograse regresar gracias a los nuevos métodos; pero, en verdad, las naves, de obsoleto diseño, nunca habían sido modernizadas. La brecha de Tiempo y Espacio convertía la idea de tal travesía en una burla; incluso los cuerpos, profundamente sumidos en un sueño criogénico, caían en un desfase de mil quinientos años.

Heliconia estaba incomparablemente más cercana que la Tierra. Pero sus virus la tornaban inaccesible.

La existencia en el Avernus era utópica, es decir, placentera, estable y monótona. No había terrores que enfrentar, injusticias o escaseces, y muy pocos cambios bruscos. No había una religión reveladora; la fe religiosa se encomendaba apenas a una sociedad cuyo deber era el de vigilar las rebeliones en el mundo inferior. Las agonías y los éxtasis metafísicos de los egos individuales eran mal regidos.

Con todo ello, para algunos avernianos de cada generación, su mundo seguía siendo una prisión cuya órbita y uct no conducía a ninguna parte. Ciertos miembros del clan Pin, pese a mirar despectivamente al pobre y delirante Roba vagando en el desierto, se consumían de envidia al verlo tan libre.

La llegada intermitente de las naves de enlace no hacía sino acentuar su opresión. Hacía poco, una de ellas había ocasionado un tumulto. Había llegado cargada de cintas de noticias, viejas noticias de carteles, deportes, naciones, artefactos, nombres; todo desconocido por ellos. El cabecilla del disturbio fue arrestado y, en una acción sin precedentes, enviado a morir en la superficie de Heliconia.

Todos en la Estación Observadora habían seguido con avidez sus extraordinarias aventuras antes de sucumbir al virus. Habían llevado una vida vicaria en el planeta de su umbral.

Desde aquel tiempo, debía existir una válvula de seguridad, una tradición de ritos, sacrificios y escapes. Así, se creó la irónicamente llamada Lotería de Vacaciones en Heliconia. El sorteo se llevaba a cabo cada diez años durante los siglos del verano heliconiano. Al ganador de la lotería se le permitía descender a su muerte segura y escoger el lugar de aterrizaje. Algunos preferían la soledad, otros las ciudades, algunos las montañas y otros las planicies. Ningún ganador rehusaba el viaje, ni despreciaba la fama y la libertad.

Mil ciento diecisiete años terrestres después del apastrón -durante el nadir del Gran Año- la lotería volvió a celebrarse una vez más.

Los tres ganadores anteriores habían sido mujeres. En esta ocasión el premiado fue Billy Xiao Pin. No tuvo dificultades para hacer su elección. Bajaría a Matrassyl, capital de Borlien. Allí contemplaría el rostro de la reina de las reinas antes de que el virus hélico acabara con él.

El premio de Billy sería la muerte; una muerte en la que se incorporaría plenamente a la secular orquestación del Gran Verano heliconiano.

DIPLOMÁTICOS TRAEN PRESENTES

El rey JandolAnganol regresó al fin a su reina desde Oldorando. Habían transcurrido cuatro semanas. Ya no cojeaba. Era el día del medio invierno, y se esperaba a los diplomáticos de Pannoval.

Un calor de muerte pesaba sobre Matrassyl y cubría el palacio situado en la colina que dominaba la ciudad. Sus muros exteriores temblaban como si se tratase de un espejismo que se pudiera atravesar. Siglos antes, en el invierno del Gran Año, el día del medio invierno era celebrado con gran fasto; ahora era otra cosa. La gente sufría demasiado el calor para preocuparse.

Los cortesanos nativos haraganeaban en sus cámaras. El embajador sibornalés ponía hielo en su vino y soñaba con las frescas mujeres de su país natal. Los diplomáticos llegaron cargados de equipajes y sobornos, transpirando bajo sus rojas ceremoniales, y se derrumbaron en los divanes cuando terminó la recepción oficial.

El canciller de Borlien, SartoriIrvrash, fue a su habitación a fumar un veronikano, para que el rey no percibiera su irritación.

Este asunto traería malas consecuencias. Él no lo había dispuesto. El rey no lo había consultado.

Siendo un hombre solitario, la diplomacia que SartoriIrvrash dirigía también lo era. Estaba convencido de que Borlien no debía dejarse arrastrar aún más a la órbita de la poderosa Pannoval

mediante una alianza con ella o con Oldorando. Los tres países estaban ya unidos por una religión común que SartoriIrvrash, como erudito, no compartía.

Durante siglos, Borlien estuvo dominado por Oldorando. El canciller no quería regresar a esa época. Él comprendía mejor que nadie cuán atrasada estaba Borlien; pero caer bajo el poder de Pannoval no remediaría aquel atraso. El rey pensaba de otra manera, y sus consejeros religiosos lo animaban a ello.

El canciller había impuesto estrictas leyes a Matrassyl para regular la entrada y salida de extranjeros. Tal vez su misantropía se debiera en parte a la xenofobia; no se permitía la entrada de Madis en la ciudad, y ningún diplomático extranjero podía mantener trato sexual con una mujer de Matrassyl, so pena de muerte. De no haber intervenido el rey en persona, habría creado leyes contra los phagors.

SartoriIrvrash suspiró. Sólo deseaba proseguir sus estudios. Aborrecía el modo en que le había sido impuesto el poder; así que se hizo un tirano para las cosas insignificantes, a fin de endurecerse cuando los riesgos fuesen altos. Pero si se le imponía el ejercicio del poder, deseaba que ese poder fuera absoluto.

Si lo fuese no vivirían el peligro de la situación actual, donde cincuenta extranjeros o más podían mandar a su antojo en el palacio. Tenía la fría certidumbre de que el rey pretendía introducir cambios y que se avecinaba un drama que afectaría el rumbo sensato de su vida. Su mujer lo había llamado insensible; pero SartoriIrvrash sabía que era más adecuado decir que sus emociones se centraban en torno a su trabajo.

Se encogió de hombros en un gesto característico; quizás ese hábito le daba una apariencia más formidable que la real. Sus treinta y siete años -treinta y siete años y cinco décimos según el minucioso sistema empleado en Campannalat para medir la edad correspondían a su aspecto, arrugando su cara alrededor de la nariz y los bigotes dándole la apariencia de un roedor inteligente.

-Amas a tu rey y a tus semejantes -se dijo, y abandonó el refugio de sus habitaciones.

Como muchas fortalezas similares, el palacio era una acumulación de lo viejo y lo nuevo. Durante el último Gran Invierno hubo fuertes y cavernas en la roca de Matrassyl. Se agrandaba o reducía, devenía fortaleza o mansión de recreo, según la fortuna de Borlien.

Los distinguidos personajes de Pannoval se escandalizaron en Matrassyl, donde a los phagors se les permitía deambular por las calles sin molestar..., y sin ser molestados. En consecuencia, criticaron el palacio de JandolAnganol. Les parecía provinciano.

Cuando la fortuna estaba aún de su lado y su matrimonio con MyrdemInggala era reciente, JandolAnganol trajo a los mejores arquitectos, constructores y artistas de la provincia para corregir los estragos del tiempo. Se otorgó especial cuidado a los aposentos de la reina.

Si bien el ambiente general del palacio se inclinaba hacia lo militar, no había en él rastro alguno de la rígida etiqueta que caracterizaba a las cortes de Oldorando y Pannoval. Y en algunos lugares floreció una especie de cultura elevada. Los apartamentos del canciller SartoriIrvrash, en particular, fueron refugio para las artes y el aprendizaje.

El canciller fue de mala gana a consultar con el rey. A su mente acudieron pensamientos más agradables que los asuntos de estado. Tan sólo el día anterior había solucionado un problema que lo desconcertaba desde hacía tiempo. Antaño era más fácil distinguirla verdad de la mentira.

La reina se acercó a él llevando uno de sus trajes rojo fuego y acompañada por su hermano y la princesa Tatro, quien corrió a abrazarse a sus piernas. El canciller se inclinó. No obstante su distracción, advirtió en la expresión de la reina que la visita diplomática también le producía ansiedad.

-Hoy estaréis ocupado con Pannoval -dijo ella.

-Tengo que tratar con un grupo de asnos pedantes, lo cual no es más que otra pérdida de tiempo. -Se contuvo y echó a reír.- Mis excusas, señora, tan sólo quise decir que no considero al príncipe Taynth Indredd de Pannoval un buen amigo de Borlien...

A veces ella esbozaba una sonrisa lenta, como reticente a la alegría, que comenzaba en sus ojos, bajaba por la nariz y terminaba moldeando la curva de sus labios.

-Estamos de acuerdo. En la actualidad, Borlien carece de verdaderos amigos.

-Admítelo, Rushven, tu historia nunca estará terminada -dijo YeferalOboral, el hermano de la reina, utilizando un viejo sobrenombre-. No es más que un pretexto para dormir toda la tarde.

El canciller suspiró; el hermano de la reina no tenía la inteligencia de su hermana. Dijo con dureza: -Si dejaras de merodear por la corte, podrías preparar una expedición y navegar alrededor del mundo. ¡Cuánto favorecería a nuestros conocimientos! -Ojalá Robayday hubiese hecho algo así -dijo MyrdemInggala-. Quién sabe dónde estará ahora ese chico.

SartoriIrvrash no estaba dispuesto a desperdiciar compasión por el hijo de la reina:

-Ayer hice un nuevo descubrimiento -dijo-. ¿Deseáis oírlo? ¿Os aburriré? ¿No hará el mero enunciado de estas preocupaciones por el conocimiento que saltéis desde las murallas?

La reina dejó escapar una risa cristalina y le extendió su mano.

-Vamos, Yef y yo no somos ningunos tontos. ¿Cuál es ese descubrimiento? ¿Es que acaso se está enfriando el mundo?

Ignorando la broma, SartoriIrvrash frunció el ceño y preguntó:

-¿De qué color es un hoxney?

-¡Yo lo sé! -exclamó la joven princesa-. Son marrones, todo el mundo sabe que los hoxneys son marrones.

Con un gruñido, SartoriIrvrash la alzó en brazos:

-¿Y de qué color eran ayer?

-Marrones, por supuesto.

-¿Y el día anterior?

-Marrones, Rushven tonto.

-Correcto, sabia princesita. Pero de ser así, ¿por qué entonces las ilustraciones de las antiguas crónicas describen a los hoxneys con líneas bicolores?

Tuvo que responder a su propia pregunta:

-Es lo que le pregunté a mi amigo Bardol CaraBansity en Ottassol. Desolló un hoxney y examinó su piel. ¿Y qué descubrió? Pues que un hoxney no es un animal marrón, como todos pensamos. Es un animal de rayas marrones sobre un fondo marrón.

Tatro se echó a reír.

-Te burlas de nosotros. Si es marrón sobre marrón, entonces es marrón, ¿no es verdad?

-Sí y no. La piel extendida muestra que el hoxney no es un animal sólo marrón, sino que tiene rayas marrones. ¿A qué se deberá?

“Pues bien, he dado con la respuesta, y veréis lo inteligente que soy. Los hoxneys tuvieron alguna vez la piel rayada con líneas brillantes, tal como lo muestran las crónicas. ¿Cuándo ocurría esto? Pues en la primavera del Gran Año, cuando volvió a haber pastos abundantes. Entonces dos hoxneys precisaban multiplicarse lo más rápido posible. Así que se adornaron con sus brillantes galas sexuales. En nuestros días, siglos después, los hoxneys abundan. No necesitan multiplicarse de manera urgente, de modo que no necesitan valerse de esos colores para aparearse, y las rayas se convirtieron en un marrón neutro..., hasta que la primavera del próximo Gran Año las haga resurgir.”

La reina hizo una mueca:

-Si hay otra Gran Primavera y no nos topamos antes con Freyr.

SartoriIrvrash aplaudió con afectación:

-¿Pero no os dais cuenta? Esta geometría adaptativa de los hoxneys es una garantía de que no nos toparemos con Freyr, de que se acerca cada Gran Verano y de que luego se aleja otra vez.

-No somos hoxneys -dijo YeferalOboral con un ademán de indiferencia.

-Majestad -dijo el canciller, dirigiéndose a la reina con voz seria-, mi descubrimiento también revela que los viejos manuscritos pueden ser a menudo más confiables de lo que pensamos. Sabes que el rey, tu esposo, y yo, disentimos. Te suplico que intercedas por mí. Que comisione una nave. Que me dispense de mis obligaciones durante dos años para navegar por el mundo reuniendo manuscritos. Hagamos de Borlien un centro del saber, como lo fue en los días de YarapRombry de Keevasien. Ahora que mi esposa está muerta, poco me retiene aquí, excepto tu bella presencia.

Una sombra oscureció el rostro de la reina.

-El rey sufre una crisis, lo noto. La herida de su cuerpo ha sanado, pero no la de su mente. Confía en mí, Rushven, y aguardaremos hasta que este angustioso encuentro con los pannovalanos haya terminado. Temo lo que se avecina.

La reina dirigió al anciano una cálida sonrisa. Soportaba su irritabilidad sin mayor esfuerzo porque conocía sus razones. Él no era del todo bueno; ciertamente, algunos de sus experimentos eran perversos, en especial aquel en el que había muerto su esposa. Pero ¿quién era del todo bueno? La relación de SartoriIrvrash con el rey era difícil, y a menudo ella intentaba protegerlo de la ira de JandolAnganol. Empeñada en librarlo de su propia ceguera, añadió:

-Desde el incidente del Cosgatt debo ser cuidadosa con su majestad.

Tatro acarició los bigotes de SartoriIrvrash:

-No estás en edad de navegar, Rushven.

Él la puso en el suelo y le respondió con afecto:

-Quizá todos tengamos que emprender viajes inesperados antes de morir, mi pequeña Tatro.

Como casi todas las mañanas, MyrdemInggala y su hermano caminaron a lo largo de la muralla oeste del palacio para contemplar la ciudad. Aquella mañana, las brumas que solían traer el pequeño invierno estaban ausentes. Podrían contemplar la ciudad con nitidez.

La antigua fortaleza se levantaba, junto a un profundo meandro del Takissa, sobre un risco que dominaba el pueblo. Un poco más hacia el norte, el Valvoral destellaba en la conjunción con el río mayor. Tatro nunca se cansaba de mirar a la gente en las calles o en el embarcadero.

La pequeña princesa señaló el muelle y gritó:

-¡Mira, madre, llega el hielo!

Había una embarcación de dos palos amarrada al muelle. Sus compuertas acababan de ser abiertas a juzgar por el vapor que se expandía por el aire. Las carretas de carga rodaban junto a la embarcación, y los bloques del más fino hielo de Lordryardry brillaban al sol por un instante en el trayecto de la bodega a los vehículos. Como siempre, la entrega era puntual, y el palacio y sus huéspedes estarían esperándola.

Los carros del hielo remontaban pesadamente el camino del castillo, tirados por cuatro bueyes que se ceñían a las curvas para alcanzar la fortaleza que se erguía como una nave de piedra sobre los acantilados.

Tatro deseaba quedarse a contemplar el ascenso de los carros del hielo colina arriba, pero la reina no tenía paciencia esa mañana. Se quedó a cierta distancia de su hija, contemplándola distraídamente.

JandolAnganol había llegado al amanecer y la había abrazado. Ella lo notó intranquilo. La sombra de Pannoval se asomaba a su mirada. Para empeorar las cosas, llegaban malas noticias del Segundo Ejército en Randonan. Siempre llegaban malas noticias de Randonan.

-Puedes escuchar las conversaciones desde la galería privada -dijo-, si no te aburre. Reza por mí, Cune.

-Siempre rezo por ti. El Todopoderoso estará contigo.

Agitó la cabeza con impaciencia:

-¿Por qué no es más simple la vida? ¿Por qué la fe no la hace simple? -Su mano recorrió la larga cicatriz de su pierna.

-Estaremos a salvo mientras permanezcamos juntos, Jan.

Él la besó:

-Debería estar con mi ejército. Así conseguiríamos algunas victorias. TolramKetinet es un inútil como general.

“No existe nada entre el general y yo -pensó ella-, y, sin embargo, él cree que sí... “

Él la dejó. Y tan pronto como se hubo marchado, se sintió abatida. Su propia posición estaba en peligro. Sin advertirlo, estuvo tomada del brazo de su hermano mientras permanecieron en la muralla.

La princesa Tatro llamaba a gritos y señalaba a los sirvientes que reconocía entre los que caminaban cuesta arriba hacia el palacio.

Menos de veinte años antes se había construido un camino cubierto que conducía desde la falda de la colina hasta los muros. Bajo su protección, un batallón había avanzado hacia la fortaleza sitiada. Con cargas de pólvora abrieron una brecha en el recinto del palacio. Se libró una sangrienta batalla.

Los moradores fueron derrotados. Todos cayeron bajo la espada: hombres, mujeres, phagors y campesinos; todos excepto el barón que había gobernado el palacio.

El barón se disfrazó y, atando a su mujer, hijos y sirvientes inmediatos, los puso a salvo haciéndolos atravesar la brecha abierta. Ordenando apartarse al enemigo, logró abrirse paso hacia la libertad con sus falsos prisioneros. Y así su hija escapó a la muerte.

Este barón RantanOboral era el padre de la reina. Su hazaña se hizo famosa. Pero el hecho es que nunca pudo recuperar su antiguo poder.

El hombre que se apoderó de la fortaleza -considerada, al igual que toda fortaleza antes de caer, inexpugnable- fue el belicoso abuelo de JandolAnganol. Este temido y viejo guerrero se entregó luego a la tarea de unificar el este de Borlien y de asegurar sus fronteras. RantanOboral fue el último señor de la región que cayó ante el avance de sus ejércitos.

Esos ejércitos eran, en gran medida, cosa del pasado; y MyrdemInggala, al casarse con JandolAnganol y asegurar algún futuro a su familia, había terminado por vivir en la antigua ciudadela de su padre.

Algunos sectores estaban todavía en ruinas y otros habían sido reconstruidos durante el reinado del padre de JandolAnganol; pero la mayoría de los grandes proyectos de reconstrucción, emprendidos de un modo apresurado, se desmenuzaban lentamente bajo el calor. Esos montones de piedras constituían una parte importante del paisaje de la fortaleza. MyrdemInggala amaba esa extravagante semi-ruina, aunque el pasado descargara todo su peso sobre aquellas fortificaciones.

Se dirigió, con Tatro tomada de la mano, hacia un edificio con una pequeña columnata.Ése era su dominio. Una pared de caliza roja lucía en la parte superior un caprichoso pabellón de mármol blanco. Detrás de la pared se encontraban sus jardines y una piscina privada en la que le gustaba nadar. En mitad de la piscina había una isla artificial, con un esbelto templete en honor a Akhanaba. Durante el primer tiempo de su matrimonio, el rey y la reina solían hacer el amor allí.

Después de despedirse de su hermano, la reina subió unas escaleras y caminó a lo largo de una galería desde la cual se dominaba el jardín en que el padre de JandolAnganol, VarpalAnganol, se ocupara en un tiempo de sus perros y aves multicolores. Algunas de estas últimas continuaban en sus jaulas; Roba las alimentaba todos los días cuando aún no se había marchado. Ahora lo hacía Mai TolramKetinet.

MyrdemInggala sentía un temor opresivo. La visión de las aves no hizo sino afligirla aún más. Dejó a Tatro jugando con una criada en la galería, se dirigió a una puerta en el extremo más alejado, y la abrió con una llave que ocultaba entre los pliegues de su falda. Al entrar, un guardia la saludó. Sus pasos, aunque leves, resonaron sobre las baldosas del suelo. Llegó por fin a una alcoba y se sentó en un diván, junto a una ventana encortinada. A través de la reja, adornada con motivos florales, podía mirar sin ser vista.

Desde ese lugar privilegiado podía ver la gran cámara del consejo. El sol penetraba en franjas por las ventanas. Los embajadores aún no habían hecho acto de presencia. Sólo estaba allí el rey con su phagor, ese runt que lo acompañaba constantemente desde la Batalla del Cosgatt.

Yuli llegaba apenas al pecho del rey. Su pelaje era blanco, pero aún conservaba algunos mechones castaño rojizos de la infancia.

Saltaba y hacía piruetas, abriendo su fea boca, mientras JandolAnganol extendía una mano hacia él, riendo y chasqueando los dedos.

-Buen chico, buen chico-decía el rey.

-Zi, yo buen chico -decía Yuli.

Sin dejar de reír, el rey lo abrazó y lo alzó del suelo.

La reina se echó hacia atrás. Sintió miedo. Apartó la vista. Si él sabía que ella estaba allí, no hizo el menor gesto para llamar su atención.

"Mi jabalí, mi adorado jabalí salvaje -dijo en silencio-. ¿Qué ha sido de ti?" La madre de MyrdemInggala poseía extraños poderes. La reina pensó: "Algo terrible caerá sobre la corte y sobre nuestras vidas...".

Cuando se atrevió a mirar de nuevo, los visitantes estaban entrando; conversaban entre ellos mientras se sentaban. Había tapices y almohadones por todas partes. Esclavas ligeras de ropas servían bebidas coloreadas.

JandolAnganol pasó entre ellos con su andar principesco y se dejó caer en un diván cubierto por un dosel. Apareció SartoriIrvrash; saludó con sobriedad, se situó detrás del diván del rey y encendió un veronikano. Yuli, el runt, se instaló en un almohadón, jadeando y bostezando.

-Sois extranjeros en nuestra corte -dijo la reina en voz suave, espiando a través de la reja-. Extraños en nuestras vidas.

Cerca de JandolAnganol se situaron varios dignatarios locales: el alcalde de Matrassyl, quien era a la vez el jefe de la scritina; el vicario de JandolAnganol; su armero real; uno o dos de sus jefes militares. Uno de ellos era, de acuerdo con sus insignias, un capitán de phagors; pero, por deferencia a los visitantes, exceptuando la mascota del rey no había en aquel recinto ningún phagor.

Entre los extranjeros destacaban los sibornaleses. Su embajador en Borlien, Io Pasharatid, era de Uskut. Él y su esposa, ambos altos y grises, se habían sentado alejados el uno del otro. Algunos afirmaban que estaban peleados; otros, que los sibornaleses eran sencillamente así. El hecho era que los dos, que habían vivido en la corte durante nueve décimos -complementarían su primer año dentro de tres semanas-, rara vez sonreían o cambiaban una mirada.

-A ti te temo, Pasharatid, espectro -dijo la reina.

Pannoval había enviado un príncipe, el cual había sido elegido con sumo cuidado. Pannoval era la nación más poderosa entre las diecisiete de Campannlat, sólo contenía sus ambiciones la interminable guerra que debía librar contra Sibornal en el frente norte. Su religión dominaba el continente. En ese momento, Pannoval cortejaba a Borlien, que pagaba ya un tributo en grano e impuestos eclesiásticos; pero el cortejo era entre una viuda de mediana edad y un joven presuntuoso, representado por un príncipe menor.

A pesar de ser un príncipe menor, Taynth Indredd era un personaje considerable, que compensaba con su volumen lo que le faltaba en significación. Tenía un lejano parentesco con la familia real de Oldorando. A nadie le agradaba mucho Taynth Indredd, pero la diplomacia pannovalana había enviado con él, en carácter de consejero jefe, a un anciano sacerdote, Guaddl Ulbobeg, amigo de JandolAnganol desde los días en que el rey cumplía su etapa sacerdotal en los monasterios de Pannoval.

-Hombres de lenguas hábiles -suspiró MyrdemInggala, mientras aguardaba, ansiosa, detrás de la reja.

JandolAnganol hablaba ahora en un tono modesto. Permanecía sentado. Sus palabras -como su mirada- se movían con rapidez. Ofrecía a sus visitantes un informe sobre el estado de su reino.

-Todo el territorio de Borlien está ahora en paz. Hay algunos bandidos, pero no tienen importancia. Nuestros ejércitos combaten en las Guerras Occidentales. Una sangría. También en la frontera del este nos amenazan peligrosos incursores, Unndreid el Martillo y el cruel Darvlish la Calavera.

Miró a su alrededor, desafiante. Era vergonzoso para él haber sido herido por un adversario de tan poca importancia como Darvlish.

-Mientras Freyr se aproxima, sufrimos a causa de la sequía. En todas partes hay hambre. No podéis esperar que Borlien luche en otros lugares. Somos un país extenso, pero de producción pobre.

-Eres demasiado modesto, primo -dijo Taynth Indredd-. Todo el mundo sabe desde su infancia que tus llanuras de loes, en el sur, son las tierras más ricas del continente.

-La riqueza no está tanto en las tierras como en su adecuado cultivo-respondió JandolAnganol-. Hay tal presión en nuestras fronteras que debemos llevar a los campesinos al frente, dejando que las mujeres y los niños trabajen en las granjas.

-Entonces, primo, en efecto necesitas nuestra ayuda -dijo Taynth Indredd, buscando a su alrededor el aplauso del que se sentía merecedor.

Io Pasharatid dijo:

-Si un granjero tiene un hoxney cojo, ¿le servirá de algo un kaidaw salvaje?

Su observación fue ignorada. Algunos pensaban que Sibornal no debía estar presente en esa reunión.

-Primo, nos pides ayuda en un momento en que todas las naciones sufren dificultades dijo Taynth Indredd, con la seguridad de quien piensa aclararlo todo-. Las riquezas de que gozaban nuestros antepasados han desaparecido; nuestros campos arden, nuestros frutos se marchitan. Debo hablar con franqueza y decir que nos separa una disputa que esperamos poder resolver, y es preciso hacerlo para que exista unanimidad entre nosotros.

Se produjo un silencio.

Tal vez, Taynth Indredd temía continuar.

JandolAnganol se puso en pie de un salto, con una expresión iracunda en sus rasgos oscuros.

Yuli, el pequeño runt, lo imitó, dispuesto a hacer cualquier cosa que su amo pidiera.

-Fui a pedir ayuda a Sayren Stund, en Oldorando, sólo contra los enemigos comunes, y os reunís aquí como buitres. Me hacéis frente en mi propia corte. ¿Cuál es esa disputa que soñáis? Decidme.

Taynth Indredd y su consejero Guaddl Ulbobeg consultaron. Fue el último, el amigo del rey, quien respondió. Se puso de pie, se inclinó, y señaló a Yuli.

-No es un sueño, majestad. Nuestra preocupación es real, y también esta criatura que pones entre nosotros. Desde los tiempos más antiguos, la raza humana y la raza phagor han sido enemigas. No hay tregua posible entre seres tan diferentes. El Santo Imperio Pannovalano ha declarado santas cruzadas contra estas odiosas criaturas, con la intención de librar de ellas al mundo. Y sin embargo, majestad, les das albergue dentro de tus fronteras.

Habló con la mirada baja, como disculpándose, para quitar fuerza a sus palabras. Taynth Indredd restauró esa fuerza gritando:

-¿Esperas ayuda, primo, cuando amparas a esta plaga? Ya han dominado antes Campannlat, y volverán a hacerlo si se les da una oportunidad, como tú haces.

JandolAnganol enfrentó a sus visitantes, con las manos en las caderas.

-No permitiré que nadie de más allá de las fronteras interfiera en mi política interior. Yo escucho a mi scritina, y mi scritina no se queja. Sí, doy la bienvenida a Borlien a los seres de dos filos. Es posible una tregua con ellos. Cultivan las tierras poco fértiles que nuestra gente no osaría tocar. Hacen las tareas humildes que repugnan a los esclavos. Combaten sin recibir paga. Mi tesoro está vacío; quizá los avaros de Pannoval no lo comprendan, pero eso significa que sólo puedo disponer de un ejército de phagors. Su única recompensa son las tierras marginales. ¡Y no retroceden ante el peligro! Podéis decir que eso se debe a que son demasiado estúpidos. Yo respondo que prefiero un phagor a un campesino. Mientras sea rey de Borlien, los phagors tendrán mi protección.

-Quieres decir, majestad, que los phagors tendrán tu protección mientras MyrdemInggala sea la reina de Borlien. -Quien dijo esas palabras fue uno de los vicarios de Taynth Indredd, un hombre delgado que envolvía sus huesos en un charfrul negro de lana. Nuevamente la tensión pesó sobre los presentes. El vicario continuó: -Han sido la reina, con su conocida amabilidad hacia todas las cosas vivientes, y su padre, el Señor de la Guerra, RantanOboral, a quien el abuelo de su majestad despojó de este mismo palacio no hace aún veinte años, quienes iniciaron esta degradante alianza con los phagors, que tú mantienes.

Guaddl Ulbobeg se puso de pie y se inclinó ante Taynth Indredd.

-Señor, objeto la dirección que está tomando este debate. No estamos aquí para difamar a la reina de Borlien, sino para ofrecer ayuda al rey.

Pero JandolAnganol, como si estuviera fatigado, había vuelto a sentarse. El vicario había tocado su punto vulnerable: su acceso al trono era reciente, y su consorte, la hija de un barón menor.

Dirigiendo una mirada de inteligencia al rey, SartoriIrvrash enfrentó a los visitantes de Pannoval.

-Como canciller de su majestad, me siento sorprendido, aunque es una sorpresa algo mitigada por el hábito, al descubrir este prejuicio, e incluso esta animosidad, entre los miembros del Santo

Imperio Pannovalano. Como tal vez sepáis, yo soy ateo, y por lo tanto miro con desinterés los anticuados puntos de vista de vuestra Iglesia. ¿Cuál es esa caridad que predicáis? ¿Acaso ayudáis a su majestad tratando de minar la posición de la reina?

"Me acerco ya al marchito fin de la vida; pero te digo, ilustre príncipe Taynth Indredd, que siento tanto odio por los phagors como tú. Pero son una parte del mundo con la que debemos convivir, así como vosotros, en Pannoval, debéis convivir con vuestras guerras contra Sibornal. ¿Mataríais a todos los sibornaleses, así como a todos los phagors? ¿No es matar, en sí, lo que está mal? ¿No es esto, acaso, lo que afirma vuestro Akhanaba?"

"Ya que estamos hablando con sinceridad, diré que hace tiempo se cree en Borlien que, si Pannoval no combatiese contra los colonos de Sibornal en el amplio frente del norte, ya nos habrían invadido, así como intentan ya dominarnos con su ideología. Por esta razón sentimos agradecimiento hacia Sibornal."

Mientras el canciller se inclinaba para conversar con JandolAnganol, el embajador de Sibornal se puso de pie y dijo:

-Como las progresistas naciones de Sibornal raramente reciben del Imperio otra cosa que condenas, deseo señalar mi asombrada gratitud por esas palabras.

Taynth Indredd, ignorando el sarcasmo, dijo a SartoriIrvrash:

-Tan cerca estás del marchito final que no ves la realidad de la situación. Pannoval es el bastión que defiende a Borlien de las incursiones de los belicosos sibornaleses. Ya que te auto titulas estudioso de la historia, deberías saber que esos mismos sibornaleses no cesan, generación tras generación, en su intento de abandonar su horroroso territorio del norte y apoderarse del nuestro.

Fuera o no verdadera esa afirmación, era evidente que los pannovalanos estaban ofendidos por la presencia en la sala del consejo de un phagor y de un sibornalés. Pero incluso Taynth Indredd sabía que el verdadero obstáculo entre Sibornal y Borlien era de índole geográfica: los empinados contrafuertes de las Montañas Quzint y el gran corredor entre las Quzint y Mordriat, que recibía el nombre de Hassiz, y era en ese período un desierto calcinante.

JandolAnganol y SartoriIrvrash habían estado cambiando ideas. El canciller volvió a hablar.

-Nuestros amables huéspedes se han referido a la belicosidad de los sibornaleses. Antes de pasar a nuevos insultos y ataques, deberíamos ir al corazón del asunto. Mi señor el rey JandolAnganol fue herido de gravedad hace poco tiempo mientras defendía su reino, y su vida estuvo suspendida de un hilo. El ha agradecido su salvación a Akhanaba, y yo a las hierbas que mis cirujanos aplicaron sobre la herida. Esto es lo que causó esa herida.

Llamó al armero real, un hombre pequeño, de enormes bigotes y vestido de cuero, quien avanzó hasta el centro de la habitación y mostró una bola de plomo entre el pulgar y el índice de su mano enguantada. El armero anunció en tono formal:-Esto es una bala. Fue extraída de la pierna de su majestad por el cuchillo de un cirujano. Causó una gran herida. Fue disparada por un arma de fuego llamada arcabuz de mecha.

-Gracias -dijo SartoriIrvrash, despidiendo al armero-. Reconocemos que Sibornal es una nación muy progresista. El arcabuz es una prueba de ello. Entendemos que en Sibornal se están haciendo ahora gran cantidad de arcabuces, y que se ha creado un arma nueva, llamada arcabuz de rueda, cuyos efectos serán aún más devastadores. Yo aconsejaría al Santo Imperio Pannovalano una verdadera unidad ante estos nuevos inventos. Puedo asegurar que son más temibles que el mismo Unndreid el Martillo.

"Además, deseo advertir a los presentes que las tribus que invadieron el Cosgatt, según los informes de nuestros agentes, no recibieron estas armas desde Sibornal, como podríamos esperar, sino de una fuente sibornalesa en Matrassyl."

Ante esa afirmación, todos los ojos se volvieron hacia el embajador de Sibornal. En ese preciso instante Io Pasharatid se refrescaba con una bebida. Se detuvo, antes de que la copa llegara a sus labios, con una expresión de consternación en el rostro.

Su esposa, Dienu Pasharatid, estaba reclinada sobre unos cojines. Se puso de pie. Era una mujer alta y delgada, vestida de gris, de aspecto severo.

-Si os extraña que en mi país vuestros territorios reciban el nombre de Continente Salvaje,

basta con que consideréis esta mentira. ¿A quién se debe acusar por ese tráfico de armas? ¿Por qué se desconfía siempre de mi marido?

SartoriIrvrash tironeó de sus patillas, de modo que en su cara apareció una involuntaria sonrisa.

-¿Por qué menciona a su marido en relación con ese incidente, Madame Pasharatid? Nadie lo ha hecho. Yo no lo hice.

JandolAnganol se puso de pie nuevamente.

-Dos de nuestros agentes, disfrazados de Driats, han comprado una de estas invenciones en el mercado. Propongo una demostración de lo que puede hacer esta arma, para que no quede la menor duda de que hemos entrado en una nueva era militar. Quizá comprenderéis también por qué necesito tener phagors en mi ejército y en mi reino.

Dirigiéndose al príncipe pannovalano, agregó:

-Si tu delicadeza te permite tolerar la presencia de phagors en esta sala...

Los diplomáticos miraron con aprensión al rey.

Él dio una palmada. Un capitán, vestido de cuero, salió a un pasillo y dio una orden. Dos phagors sin cuernos entraron. Habían permanecido inmóviles en la oscuridad. Sus pieles blancas recibían la luz del sol al pasar junto a las ventanas. Uno traía un largo arcabuz. En el centro del salón se abrió un claro cuando lo depositó en el suelo y comenzó a hacer preparativos.

El arma tenía un cañón de hierro de casi dos metros y una culata de madera pulida, unidos a intervalos con un alambre de plata. Cerca de la boca había un trípode plegadizo, muy sólido. El phagor sacó un poco de pólvora de un cuerno que llevaba colgado del cinto, y la dejó caer dentro del cañón; luego, introdujo en él una bolita valiéndose de una baqueta y a continuación encendió una mecha. El capitán de phagors estaba a su lado, cuidando de que todo se hiciera debidamente.

Mientras tanto, el otro phagor se había situado en el extremo opuesto de la sala; apoyado contra la pared, miraba hacia adelante, torciendo una oreja. Los humanos que estaban cerca se movieron y despejaron un amplio espacio a los lados.

El primer phagor, con el arma apoyada en el trípode, miró con un ojo a lo largo del cañón. Acercó la mecha, que chisporroteó. Hubo una tremenda explosión y una nubecilla de humo.

El otro phagor vaciló. Una mancha amarilla apareció en lo alto de su pecho, donde tenía los intestinos. Dijo algo, llevándose las manos al punto donde la bala había tocado su cuerpo. Luego se desplomó, muerto.

En la sala del consejo, llena de humo y olor, los diplomáticos empezaron a toser. El pánico se apoderó de ellos. Se pusieron de pie, recogiendo sus charfules, y salieron al aire libre. JandolAnganol y su consejero quedaron solos.

Después de esa demostración del poder del arma de fuego, la reina, que había sido una testigo oculta, se marchó a sus habitaciones.

Odiaba las intrigas que el poder implicaba. Sabía que la representación de Pannoval, encabezada por el odioso príncipe Taynth Indredd, no dirigía sus ataques contra Sibornal, puesto que era obvio que Sibornal era su enemigo permanente; esa relación, por amarga que fuera, era clara. El blanco de los ataques era JandolAnganol, a quien deseaban obligar a acercarse a ellos. Y en consecuencia, también ella, que tenía poder sobre él, era su blanco.

MyrdemInggala comió con sus damas de compañía; JandolAnganol, por mero protocolo, con sus huéspedes. Guaddl Ulbobeg recibió una negra mirada de su amo cuando se acercó al rey y le dijo en voz baja:

-Tu demostración ha sido dramática, pero poco efectiva. Nuestros ejércitos del norte enfrentan cada vez más fuerzas sibornalesas, armadas con esos mismos arcabuces. Sin embargo, es posible aprender el arte de su fabricación, como verás mañana. Cuidado, amigo mío; el príncipe desea imponerte un trato muy duro.

Después de probar apenas la comida, la reina retornó a sus habitaciones y se sentó ante su ventana favorita en un diván con cojines instalado junto a ella. Pensaba en el odioso príncipe Taynth Indredd, que parecía una rana. Sabía que él estaba emparentado con el también desagradable rey de Oldorando, Sayren Stund, cuya esposa era una Madi. ¡Sin duda incluso los phagors eran preferibles a

esas intrigantes majestades!

Desde la ventana miró, a través de su jardín, la piscina de mosaicos donde solía nadar. Del otro lado se elevaba una alta pared cuyo objetivo era ocultar su belleza a los ojos indiscretos. En la base de esa pared, justo por encima del nivel del agua, había una pequeña reja de hierro. Esa reja era la ventanilla superior de una celda. Allí estaba prisionero, desde el casamiento de la reina, el rey depuesto VarpalAnganol, padre de JandolAnganol. Desde donde ella estaba podía ver las carpas nadando en la piscina. Como ella misma, como VarpalAnganol, estaban allí prisioneras.

Alguien golpeó la puerta. Una criada abrió y anunció que el hermano de la reina la aguardaba.

YeferalOboral estaba apoyado contra la barandilla del balcón. Tanto él como la reina sabían que de no ser por ella, el rey ya lo habría matado desde hacía tiempo.

No era un hombre bien parecido; toda la belleza de la familia parecía haberse concentrado en MyrdemInggala. Tenía un rostro delgado de expresión amarga. Era valeroso, obediente, paciente, y pobre en otras cualidades. Al contrario que el rey, su aspecto parecía destacar que no poseía grandes ambiciones. Pero servía sin protestas a JandolAnganol, y sentía mayor estima por la vida de su hermana que por la propia. Ella lo amaba, a pesar de su sencillez.

-No has estado en la reunión.

-No era para gente como yo.

-Fue horrible.

-Eso he oído decir. Por alguna razón, Io Pasharatid está perturbado. Generalmente suele ser tan frío como un bloque de hielo de Lordryardry. Sin embargo, los guardias dicen que tiene una mujer en la ciudad. Imagínate. Si es cierto, corre gran peligro.

MyrdemInggala sonrió, mostrando los dientes.

-Detesto la forma en que me mira. Si tiene una mujer, tanto mejor.

Ambos rieron. Durante un rato hablaron de cosas agradables. Su padre, el viejo barón, estaba ahora en el campo; se quejaba del calor, ya era demasiado viejo para que nadie lo considerara peligroso. Últimamente se dedicaba a la pesca, buscando un entretenimiento fresco.

Sonó la campana del patio. Miraron hacia abajo, y vieron a JandolAnganol, que entraba seguido de cerca por un guardia que sostenía una sombrilla de seda roja sobre su cabeza. El joven phagor lo acompañaba, como siempre. Llamó a su reina.

-¿Quieres bajar, Cune? Conviene atender a los huéspedes en los intervalos de las discusiones. Tú serás mucho más agradable para ellos que yo.

MyrdemInggala dejó a su hermano y se reunió con el rey. Él la tomó del brazo con formal cortesía. A ella le pareció que estaba fatigado, aunque la tela de la sombrilla proyectaba en su rostro una especie de rubor febril.

-¿Conseguirás un tratado con Pannoval y Oldorando que alivie la presión de la guerra? -preguntó ella, con timidez.

-Sabe la Observadora qué conseguiremos -respondió el rey con brusquedad-. Debemos entendernos con los demonios y aplacarlos, para que no se aprovechen de nuestra temporaria debilidad y nos invadan. Están tan llenos de astucia como de falsa religiosidad. -Suspiró.

-Ya llegará el momento en que podamos salir a cazar y gozar de la vida como antes dijo ella, apretando su brazo. No quería hacerle reproches por sus visitantes.

Ignorando su tierna esperanza, él dijo con furia:

-SartoriIrvrash ha hablado torpemente esta mañana, cuando admitió su ateísmo. Tendré que librarme de él. Taynth esgrime en mi contra el argumento de que mi canciller no es miembro de la Iglesia.

-También contra mí ha hablado el príncipe Taynth. ¿Te librarás de mí porque no le gusto? -A pesar de su tono ligero, sus ojos centellearon indignados. Él respondió con tono sombrío:

-Tú sabes, y la scritina también, que las arcas están vacías. Tal vez tengamos que hacer muchas cosas que no deseamos.

Ella se apartó del rey con brusquedad.

Los visitantes, junto con sus criados y sus concubinas, se encontraban en un jardín rodeado de columnatas. Se exhibían bestias salvajes; un grupo de juglares entretenía a los invitados con sus

burdos juegos. JandolAnganol condujo a su reina entre los emisarios. Ella pudo advertir que los rostros de los hombres se iluminaban cuando les hablaba. “Todavía debo de servirle de algo a Jan”, pensó.

Un anciano miembro de las tribus de Thribriat, con un complicado yelmo braffista, exhibía dos goriloides Otros, encadenados. Las criaturas atraían curiosos. Alejados de su hábitat arbóreo, sus movimientos eran torpes. A lo que más se parecían -como observó un cortesano- era a dos cortesanos borrachos.

El príncipe Taynth Indredd estaba debajo de un quitasol amarillo. Mientras lo abanicaban, fumaba un Veronikano y miraba los limitados ejercicios de los Otros. Junto a él, riéndose de los cautivos, se hallaba una muchacha de unos once años y seis décimos.

-¿No son divertidos? -dijo al príncipe-. Se parecen mucho a la gente, excepto por el pelaje.

El thribriatano, al oír esto, llevó la mano a su braffista y dijo al príncipe:

-¿Deseas que haga luchar entre sí a los Otros?

El príncipe mostró en la palma de su mano una moneda de plata.

-Es tuya si consigues que hagan rumbo.

Todos rieron. La chica lanzó un chillido, con humor.

-No seas descortés -dijo al príncipe-. ¿Lo harán? Apesadumbrado, el hombre de Thribriat respondió: -Estas bestias no tienen khmir, como los seres humanos. Sólo hacen rumbo..., el amor..., una vez por décimo. Es más fácil hacer que peleen.

Taynth Indredd sacudió la cabeza y guardó su moneda, riendo. En el momento en que se disponía a alejarse, MyrdemInggala se dirigió hacia él. La pequeña acompañante del príncipe se había marchado, súbitamente aburrida. Vestía como una mujer adulta, y llevaba las mejillas pintadas de rojo.

Tan pronto como pudo, la reina dejó a JandolAnganol conversando con Taynth Indredd y se encaminó hasta la fuente para hablar con la muchacha.

-¿Buscas peces?

-No, gracias. En Oldorando tenemos peces mucho más grandes. -Indicó su tamaño de modo infantil, abriendo las manos.

-Lo creo. Acabo de hablar con tu padre, el príncipe.

Por primera vez la muchacha miró de frente a su interlocutora, con expresión irritada. Aquel rostro asombró a la reina: era muy extraño, con unos ojos inmensos rodeados de pestañas anormalmente largas, y una nariz como el pico de un periquito. “Por la Observadora -pensó la reina-, esta niña es Madi a medias. ¡Qué cosa tan rara! Debo ser amable con ella”.

La chica decía:

-¡Zygankes! ¿Taynth, mi padre? ¿Qué te ha dado esa idea? Es sólo un primo lejano, por su matrimonio. No lo aceptaría como padre: es demasiado grueso. -Como para concluir con una nota más agradable, la chica agregó:- Por primera vez he sido autorizada para alejarme de Oldorando sin mi padre. Me acompañan mis damas, por supuesto, pero esto es muy aburrido, ¿verdad? ¿Debes vivir aquí?

Miró a la reina con los ojos entrecerrados. Algo, en su rostro, le daba a la vez un aire de belleza y de estupidez.

-¿Sabes una cosa? -continuó-. Para ser una mujer mayor, eres muy atractiva.

Manteniendo su rostro grave, la reina dijo:

-Tengo una bonita piscina, alejada de miradas indiscretas. ¿Te gustaría venir a nadar? ¿Te está permitido?

La muchacha reflexionó.

-Puedo hacer lo que quiero, por supuesto; pero no creo que ir a nadar sea lo más adecuado. Después de todo, soy una princesa. No debo olvidarlo.

-¿De veras? ¿Te importa decirme tu nombre?

-Zygankes, qué primitivos sois en Borlien. Creí que todo el mundo sabía mi nombre. Soy la princesa Simoda Tal, y mi padre es el rey de Oldorando. Supongo que habrás oído hablar de Oldorando...

La reina no pudo contener su risa. Compadeciéndose de la joven, dijo:

-Bueno, si has venido desde tan lejos te mereces un baño.

-Iré cuando lo desee, gracias -dijo la muchacha.

Y cuando lo deseó fue a la mañana siguiente, de madrugada. Se abrió paso hasta las habitaciones de la reina y la despertó. MyrdemInggala se sintió más divertida que irritada. Hizo levantar a Tatro y ambas fueron con Simoda Tal a la piscina, acompañadas sólo por sus criadas, quienes traían toallas, y una guardia de phagors. La muchacha, sin ocultar su disgusto, pidió que fueran despedidos.

Una fresca luz iluminaba la escena, pero el agua estaba algo más que tibia. Antes, en tiempos del padre de JandolAnganol, se traían de las montañas carros de hielo y nieve para refrescar la piscina, pero la escasez de personal, motivada por las incursiones de las tribus de Mordriat, había puesto fin a esos lujos.

Aunque no daban sobre la piscina otras ventanas que no fueran las de la reina, ésta solía cubrir su blanco cuerpo con una leve túnica. Simoda Tal no tenía esas reservas. Arrojó a un lado sus ropas, revelando un cuerpo pequeño y macizo, con negras vellosidades que se destacaban como pinos en una ladera nevada.

-¡Oh, te quiero, eres hermosa! -exclamó. Apenas estuvo desnuda, corrió hacia la reina y la abrazó. MyrdemInggala no pudo responder con libertad. Sintió algo impropio en aquel abrazo. Tatro lanzó un chillido.

La muchacha se zambulló y reapareció junto a la reina. Nadaba abriendo repetidamente las piernas, como si quisiera convencer a MyrdemInggala de que ya era adulta donde más importaba.

Al mismo tiempo, un funcionario de la corte interrumpía el sueño de SartoriIrvrash. Los guardias informaban que el embajador de Sibornal, Io Pasharatid, había partido, solo en su hoxney, una hora antes de la salida de Freyr.

-¿Y Dienu, su mujer?

-Todavía en sus habitaciones, señor. Parece inquieta, según me han dicho.

-¿Inquieta? ¿Qué significa eso? Esa mujer es inteligente. No puedo decir que me agrade, pero es inteligente. Qué fastidio... Y hay tantos necios... Ven, ayúdame a incorporarme, ¿quieres?

Se echó una túnica sobre los hombros y despertó a la esclava que lo atendía desde la muerte de su esposa. Admiraba a los sibornaleses. Había estimado que en ese momento del Gran Año probablemente existieran, en los diecisiete países de Campannlat, unos cincuenta millones de seres humanos; esos países no podían entenderse entre sí. Las guerras eran endémicas. Los imperios ascendían y caían. Jamás había paz.

En Sibornal, el frío Sibornal, las cosas eran muy distintas. En los siete países de Sibornal vivían, según se estimaba, veinticinco millones de personas. Esas siete naciones constituían una fuerte alianza. Campannlat era incomparablemente más rico que el continente norte; pero las perpetuas luchas entre sus naciones impedían que nada se desarrollara, aparte de las religiones, las cuales prosperan con la desesperación. Por esto odiaba SartoriIrvrash su tarea de canciller. Despreciaba a la mayoría de los hombres para quienes trabajaba.

Había sobornado ya a varias personas, y estaba al tanto, por ello, de que el príncipe Taynth Indredd había llevado al palacio una caja llena de arcabuces, los mismos de los que se había hablado el día anterior. Obviamente, serían un incentivo para un arreglo; pero aún estaba por verse cuál sería ese arreglo.

No era improbable que el embajador de Sibornal también se hubiese enterado de la existencia de aquellas armas. Eso podía explicar su apresurada partida. Se dirigiría hacia el norte, hasta Hazziz y los establecimientos sibornaleses más próximos. Habría que traerlo de regreso cuanto antes.

SartoriIrvrash bebió un tazón de té de pellamonte que la esclava le había llevado; y luego, dirigiéndose al funcionario, dijo:

-Ayer hice un descubrimiento fabuloso acerca de los hoxneys, algo que puede influir sobre la historia del mundo... Un descubrimiento notable. ¿Y quién lo toma en consideración? -Rascó su cabeza calva.- Aprender no significa nada; la intriga lo es todo.

De manera que debo levantarme al alba para capturar a un loco que huye hacia el norte... ¡Qué

fastidio! Pues bien. ¿Qué buen jinete de hoxney tenemos a mano? Uno en quien podamos confiar, si tal cosa es posible. Ya sé. YeferalOboral, el hermano de la reina. Tráelo, ¿quieres? Que traiga también sus botas.

Cuando YeferalOboral apareció, SartoriIrvrash le explicó la situación.

-Trae de vuelta a ese loco de Pasharatid. Si te das prisa lo alcanzarás. Dile... algo. Déjame que piense. Sí, dile que el rey ha decidido no firmar ningún compromiso con Oldorando ni con Pannoval. Que en cambio quiere hacerlo con Sibornal. Sibornal tiene una flota. Dile que le ofrecemos la posibilidad de que atraquen en Ottassol.

-¿Qué podrían hacer los barcos de Sibornal tan lejos de su país? -preguntó YeferalOboral.

-Que él mismo lo piense. Tú sólo debes persuadirlo de regresar.

-¿Por qué quieres que vuelva?

SartoriIrvrash unió y apretó sus manos.

-Es culpable de algo. Por eso se ha ido de repente. Quiero saber qué ha hecho. En la manga de un sibornalés siempre cabe algo más que un brazo. Ahora vete, por favor, y no hagas más preguntas.

YeferalOboral atravesó la ciudad hacia el norte; las calles ya estaban llenas de personas que se habían levantado temprano; luego siguió a través de los campos. Avanzaba rápidamente, alternando el paso con el trote.

Llegó al puente sobre el Mar, en el punto en que este río se reunía con el Takissa. Había allí una pequeña fortificación. Se detuvo y cambió de hoxney.

Al cabo de otra hora de marcha, cuando el calor se hacía intenso, se demoró junto a un arroyo para beber. Cerca del agua encontró huellas frescas de hoxney; esperaba que fueran las del animal que montaba Pasharatid.

Continuó hacia el norte. El campo era menos fértil. Había pocas viviendas. Soplaba el thordotter, que secaba la piel y ardía en la garganta.

El paisaje estaba sembrado de grandes rocas. Más o menos un siglo atrás, abundaban en la región los ermitaños, quienes construían pequeñas capillas detrás o encima de aquellas rocas. Se veían uno o dos hombres, pero el intenso calor había ahuyentado a la mayoría. Los phagors labraban las tierras cerca de los peñascos; brillantes mariposas revoloteaban en torno de sus piernas.

Detrás de un promontorio, Io Pasharatid aguardaba a su perseguidor. Su hoxney estaba agotado. Pasharatid esperaba que fueran tras él, pero le asombró que sólo se acercara un jinete. La tontería de los campannlatianos era infinita.

Cargó el arcabuz, lo puso en posición y esperó el momento adecuado para encender la mecha. Su perseguidor se acercaba a paso firme, cabalgando entre las rocas, sin tomar demasiadas precauciones.

Pasharatid apretó la culata contra el hombro, apuntó, entrecerrando los ojos, y acercó la mecha encendida. Odiaba usar esas armas brutales, propias de bárbaros.

No todo disparo era exitoso. Este lo fue. Hubo una fuerte explosión y la bala voló hacia su blanco. YeferalOboral fue derribado de su montura, con un agujero en el pecho. Se arrastró hasta la sombra de una roca y murió.

El embajador de Sibornal se apoderó del hoxney de su víctima y prosiguió su viaje hacia el norte.

Es necesario decir que en la corte del rey JandolAnganol no había riquezas capaces de rivalizar con las de las cortes amigas de Oldorando y Pannoval. En esos centros de civilización, más favorecidos, se habían acumulado tesoros de todo tipo; se protegía a los estudiosos, y la Iglesia misma -esto era más cierto en Pannoval- estimulaba en cierta medida el conocimiento y las artes. Pero Pannoval tenía la ventaja de ser gobernada por una dinastía que alentaba una religión proselitista, logrando así una mayor estabilidad.

Casi todas las semanas, los barcos desembarcaban en el puerto de Matrassyl sus cargamentos de especias, drogas, pieles, dientes de animales, lapislázuli, maderas aromáticas y aves extrañas. Pero pocos de estos tesoros llegaban al palacio. Porque a los ojos del mundo, y tal vez a los propios, JandolAnganol era un rey advenedizo. Se jactaba del ilustrado reino de su abuelo; pero su abuelo

había sido poco más que un guerrero de éxito -uno de los muchos que se disputaban el territorio de Borlien-, con suficiente talento para reunir formidables ejércitos de phagors bajo el mando de capitanes humanos, y someter así a sus enemigos.

No todos esos enemigos habían muerto. Una de las «reformas» más asombrosas del padre de JandolAnganol había sido la creación de un parlamento, o scritina, que debía representar al pueblo y aconsejar al rey. Se basaba en el modelo de Oldorando. VarpalAnganol había constituido el cuerpo de la scritina con dos categorías de hombres: los dirigentes de cofradías y gremios, tales como los gremios de los herreros, quienes detestaban un poder tradicional sobre la tierra; y los jefes derrotados o los miembros de sus familias. A todos ellos se les ofrecía la posibilidad de manifestar sus quejas, apaciguando así su furia. Gran parte de la carga que llegaba a Matrassyl se destinaba al pago de este poco amistoso cuerpo.

Cuando el joven JandolAnganol depuso y encarceló a su padre, pensó en abolir la scritina, pero ésta se negó a desaparecer. Se reunía irregularmente y continuaba asediando al rey, mientras sus miembros se enriquecían. Su jefe, BudadRembitim, era también el alcalde de Matrassyl.

Durante las reuniones con los extranjeros, la scritina llamó a un encuentro extraordinario. Sin duda exigiría una nueva tentativa de someter a Randonan y una defensa más eficaz contra las tribus guerreras de Mordriat, las cuales incursionaban a poco más de dos o tres jornadas de sus hogares. El rey debería responder y comprometerse a seguir una línea de acción determinada.

JandolAnganol se presentó ante la scritina por la tarde, mientras sus distinguidos visitantes dormían la siesta. Dejó fuera a su runt y, sombrío y silencioso, se instaló en su trono.

Después de las dificultades de la mañana, otras nuevas. Su mirada recorrió el salón de madera y los rostros de los consejeros.

Varios miembros de las viejas familias tomaron la palabra. En su mayoría se refirieron a un tema viejo y a un tema nuevo. El viejo era el tesoro vacío. El nuevo era el informe desfavorable de las Guerras Occidentales, debido al saqueo que sufriera la ciudad fronteriza de Keevasien. Unidades randonanesas habían atravesado el río Kacol, devastando la ciudad.

Esto era debido, según se lamentaban, al hecho de que el general Hanra TolramKetinet era demasiado joven e inexperto para estar al mando del ejército. Cada queja era una crítica contra el rey. JandolAnganol escuchaba impaciente, tamborileando con los dedos en el brazo del sillón. Volvía a recordar los desventurados días de su juventud, después de la muerte de su madre. Su padre le pegaba y no lo atendía. Él se ocultaba en los sótanos de la servidumbre, jurando que de mayor no permitiría que nadie se opusiera a su felicidad.

Después de ser herido en el Cosgatt, y de retornar con grandes dificultades a la capital, había padecido un estado de debilidad que evocaba en su mente el pasado que deseaba olvidar. De nuevo se sintió impotente. Y entonces observó que el joven capitán TolramKetinet sonreía a MyrdemInggala, recibiendo, en respuesta, otra sonrisa.

Apenas hubo abandonado el lecho, ascendió a TolramKetinet a general y lo envió a las Guerras Occidentales. En la scritina había hombres que creían -con buenas razones- que sus hijos merecían con mucha mayor justicia ese ascenso. Cada fracaso en las obstinadas junglas del oeste reforzaba esa creencia y la furia contra el rey. Éste necesitaba una victoria de alguna clase, y muy pronto. Y por esto se veía obligado a dirigir su vista hacia Pannoval.

La mañana siguiente, antes de una nueva reunión formal con los diplomáticos, JandolAnganol se dirigió a las habitaciones del príncipe Taynth Indredd. Dejó fuera a Yuli, que se echó como un perro, incómodo, junto a la puerta. Era una concesión del rey a ese hombre que le disgustaba.

El príncipe Taynth Indredd desayunaba avena y frutas tropicales. Con un gesto indicó a JandolAnganol que estaba dispuesto a escuchar.

Con simulada irrelevancia, observó:

-Me han dicho que tu hijo ha desaparecido.

-Robay ama el desierto. El clima le gusta. Muchas veces parte de viaje, y a veces tarda semanas en regresar.

-No es la educación apropiada para un rey. Los reyes deben educarse. RobaydayAnganol debería asistir a un monasterio, como tú, y como yo. Pero me han dicho que se ha unido a los

protognósticos.

-Puedo cuidar a mi hijo. No necesito consejos.

-El monasterio es algo bueno. Enseña que ciertas cosas deben ser hechas aunque a uno no le gusten. Hay peligros en el futuro. Pannoval ha sobrevivido a los largos inviernos, pero los largos veranos son más difíciles... Mis astrónomos y deuteroscopistas anuncian un futuro terrible... Por supuesto, de eso viven.

Se interrumpió y encendió un veronikano, haciendo de esto una gran representación: exhaló el humo de manera voluptuosa, disipándolo luego con gesto negligente.

-Sí, las viejas religiones de Pannoval dicen la verdad cuando anuncian que el mal viene del cielo. En su origen, Akhanaba era una piedra, ¿sabes?

Se puso de pie y fue hacia la ventana. Se asomó. Su gran trasero miraba a JandolAnganol.

Este último guardó silencio, esperando que Taynth Indredd hablara.

-Los deuteroscopistas dicen que cada año pequeño Heliconia y nuestro sol, Batalix, se acercan más a Freyr. Durante las próximas generaciones, ochenta y tres años, para ser precisos, continuaremos acercándonos. Esas generaciones soportarán la prueba. La ventaja estará cada vez más de parte de los continentes polares de Sibornal y Hespagorat. Para nosotros, en los trópicos, las condiciones serán cada vez peores.

-Borlien podrá sobrevivir. La costa sur es más fresca.

Ottassol es una ciudad fría; es subterránea, se parece mucho a Pannoval.

Taynth Indredd volvió su cara de rana por encima del hombro para inspeccionar a JandolAndanol.

-Tengo un plan, ¿sabes, primo?... Sé que no me tienes gran afecto, pero es mejor que sea yo quien te lo diga y no tu amigo, mi viejo y santo consejero Guaddl Ulbobeg. Borlien, como dices, estará bastante bien. También Pannoval, segura bajo la montaña. Oldorando sufrirá más. Y tanto tu país como el mío necesitan que 0ldorando se mantenga intacta, porque de otro modo caerá en manos de los bárbaros. ¿Crees que podrías acomodar en Ottassol a la corte de Oldorando, a Sayren Stund y los suyos?

La pregunta era tan asombrosa que, por una vez, JandolAnganol no halló palabras.

-Eso lo debería decidir mi sucesor...

El príncipe de Pannoval cambió de tono y de asunto.

-Primo, acércate a la ventana a gozar del aire fresco. Mira: allí abajo está la sobrina que he traído a mi cargo, Simoda Tal, de once años y seis décimos, hija de la dinastía de Oldorando, con antepasados que se remontan a los señores Den, gobernantes de la antigua Embruddock en la época glacial.

La muchacha, sin saber que la observaban, saltaba en el patio mientras se secaba el pelo descuidadamente, haciendo girar la toalla en torno de su cabeza.

-¿Por qué ha venido contigo, Taynth?

-Porque yo quería que la vieras. Es una chica agradable, ¿verdad?

-Bastante agradable, sí.

Joven, es verdad; pero por algunas señales que he creído advertir, de naturaleza muy lujuriosa.

JandolAnganol sintió que la trampa estaba a punto de cerrarse. Se apartó de la ventana y empezó a andar por la habitación. Taynth Indredd se volvió, y acomodándose en el antepecho, siguió fumando.

-Primo, deseamos que los estados miembros del Santo Imperio Pannovalano se aproximen cada vez más. Debemos protegernos contra los malos tiempos; no sólo los actuales sino los futuros. En Pannoval siempre hemos tenido el don de anticipación de Akhanaba. Por eso deseamos que te cases con esa hermosa princesa, Simoda Tal.

La sangre subió al rostro de JandolAnganol. Enderezándose, dijo:

-Sabes que ya estoy casado, y con quién.

-Debes reconocer algunos hechos lamentables, primo. La reina actual es la hija de un bandido. No tiene un rango comparable al tuyo. Ese casamiento te degrada y degrada a tu país, que necesita algo mejor. Casado con Simoda Tal, te convertirías en una fuerza de la que no sería posible

prescindir.

-Imposible. Y en cualquier caso, la madre de esa muchacha es una Madi. ¿No es así?

Taynth Indredd se encogió de hombros.

-¿Son peores los Madis que tus amados phagors? Escucha, primo: desearíamos que este plan se cumpliera sin dificultades. Nada de hostilidad, sólo ayuda mutua. Dentro de ochenta y tres años, Oldorando arderá de un extremo al otro; las temperaturas ascenderán hasta los ciento cincuenta grados, según los cálculos. Los oldorandanos tendrán que dirigirse hacia el sur. Si ahora haces un casamiento dinástico, quedarán en tu poder. Serán como parientes pobres que llaman a tu puerta. Todo el territorio de Borlien y Oldorando será tuyo, o por lo menos de tus nietos. Es una oportunidad que no puedes perder. Y ahora, un poco más de fruta. Los squaanej son excelentes.

-No puede ser.

-Sí. El Santo C'Sarr está de acuerdo en anular tu actual casamiento por un decreto especial.

JandolAnganol alzó una mano, como para golpear al príncipe. Manteniéndola a la altura de sus ojos, dijo:

-Mi actual casamiento es también el antiguo y el futuro. Si es necesaria una boda dinástica, entonces casaré a Robayday con tu Simoda. Harían una pareja adecuada.

El príncipe se inclinó y señaló con el dedo a JandolAnganol.

-Por supuesto que no. Olvida esa posibilidad. El chico está loco. Su abuela era la salvaje Shannana.

Los ojos del Águila centellearon.

-No está loco. Sólo es un poco rebelde.

-Debería haber ido al monasterio, como hemos hecho tú y yo. Tu religión misma te dice que tu hijo es inaceptable como pretendiente. Debes hacer ese sacrificio, si decides tenerlo en cuenta. Nuestra considerable ayuda te compensará por lo que creas perder. Cuando tengamos tu consentimiento, te regalaremos un arca llena de las nuevas armas, junto con la munición necesaria. Recibirás nuevas arcas. Podrás entrenar a tus hombres para que las usen contra Darvlish la Calavera y contra las tribus de Randonan. Tendrás todas las ventajas.

-¿Y qué ganará Pannoval?-preguntó con amargura JandolAnganol.

-Estabilidad, primo, estabilidad. Durante ese período de inestabilidad que se inicia. Los sibornaleses no perderán su poder con la aproximación de Freyr.

Mordisqueó un morado squaanej.

JandolAnganol quedó inmóvil donde estaba, y apartó la mirada del príncipe.

-Estoy casado con una mujer a la que amo. No abandonaré a MyrdemInggala.

El príncipe se echó a reír.

-¡Amor! ¡Zygankes, como diría Simoda Tal! Los reyes no pueden permitirse esa idea. Lo primero es tu país. Por el bien de Borlien, cásate con Simoda Tal, estabiliza...

-¿Y si no lo hago?

Tomándose su tiempo, Taynth Indredd eligió otro squaanej.

-En ese caso, serás barrido del campo de juego, ¿no te parece?

JandolAnganol golpeó la mano del príncipe. El squaanej rodó por el suelo y se detuvo contra la pared.

-Tengo convicciones religiosas. Abandonar a mi reina iría contra esas convicciones. Y en tu Iglesia no faltaría quien me apoyase.

-No te referirás al pobre viejo Ulbobeg...

Aunque temblando, la mano del príncipe descendió y tomó otra fruta.

-En primer lugar, busca algún pretexto para enviarla a alguna parte. Lejos de la corte. Envíala a la costa. Luego, reflexiona en todas las ventajas que tendrás si haces lo que deseamos. Antes de que termine la semana quiero estar de regreso en Pannoval con la noticia de que aceptarás una boda dinástica que el mismo Santo C'Sarr bendice.

El día siguió siendo difícil para JandolAnganol. Durante la reunión de la mañana, mientras Taynth Indredd se mantenía en silencio en su trono, Guaddl Ulbobeg expuso el plan del nuevo

matrimonio. Esta vez, en términos diplomáticos. A la acción seguirían determinados beneficios. El gran C'Sarr Kilandar IX, Padre Supremo de la Iglesia de Akhanaba, aprobaría con una declaración el divorcio y el segundo matrimonio.

Prudentemente, nada se dijo de lo que podía ocurrir ochenta y tres años más tarde. A la diplomacia le preocupaba más sobrevivir a los próximos cinco años.

La casa real ofreció una comida a los huéspedes, presidida por MyrdemInggala y el rey, a quien atendía su pequeño phagor. También estaban presentes algunos miembros de alto rango de la scritina.

Se sirvieron abundantes grullas, peces, cerdos y cisnes asados.

Después del banquete, el príncipe Taynth Indredd tomó la palabra. Pretendiendo agradecer el festín, hizo que sus guardias ofrecieran una demostración de las posibilidades de los nuevos arcabuces. Tres leones de la montaña fueron traídos, encadenados, hasta uno de los patios internos, y despachados.

Mientras el humo se disipaba, se entregaron las armas a JandolAnganol. El obsequio se hizo de un modo casi despectivo, como si se diese por hecho su asentimiento a las exigencias de Pannoval.

Las razones de la demostración eran evidentes. La scritina pediría que el rey obtuviera de Pannoval más arcabuces para combatir en los diversos frentes. Y Pannoval los proporcionaría. A cierto precio.

Apenas concluyó esa ceremonia, dos mercaderes entraron en el palacio trayendo un cuerpo, dentro de una tela cosida, en el lomo de un viejo kaidaw. Se abrió la tela. Cayó rodando el cuerpo de YeferalOboral, con parte del pecho y el hombro destrozados.

Esa noche, un rey atormentado entró en las habitaciones de su canciller. Detrás de las nubes, Batalix se ponía, y Freyr dejaba escapar su brillo. La cálida luz del oeste iluminaba los rincones escondidos de la habitación.

SartoriIrvrash se levantó de la larga mesa cubierta de documentos ante la cual estaba sentado, y se inclinó. Trabajaba arduamente en su Alfabeto de la Historia y la Naturaleza. Alrededor había viejos y modernos documentos, que la mirada del rey recorrió.

-¿Qué debo responder a Taynth Indredd?-preguntó JandolAnganol.

-¿Puedo serte sincero, majestad?

-Habla. -El rey se dejó caer sobre una silla. El runt permaneció detrás de ella, como si quisiera evitar la mirada del canciller.

SartoriIrvrash inclinó la cabeza de modo que el rey sólo podía ver su inexpresiva calva.

-Majestad, tu primera obligación no es contigo mismo, sino con tu país. Así dice la antigua Ley de los Reyes. El plan de Pannoval, en el sentido de fortalecer tus actuales buenas relaciones con Oldorando por medio de un casamiento dinástico, es aconsejable. Tu trono será más sólido y menos cuestionado. Garantizará que, en el futuro, podamos pedir ayuda a Pannoval.

“No sólo ayuda en forma de alimentos, sino también de armas. En el norte más templado, cerca del Mar de Pannoval, poseen extensos sembradíos. Este año nuestra cosecha ha sido pobre, y será más pobre a medida que aumente el calor. En tanto que, supongo, nuestro armero real será capaz de imitar los arcabuces sibornaleses.”

“Como ves, todo aconseja tu boda con Simoda Tal de Oldorando, a pesar de su corta edad; todo, menos una cosa. La reina MyrdemInggala. Nuestra actual reina es una buena y santa mujer, y el amor prospera entre vosotros dos. Si cortas ese amor, serás desdichado.”

-Tal vez llegue a amar a Simoda Tal.

-Tal vez sí, majestad. -SartoriIrvrash volvió la vista hacia la ventana de su estudio.-Pero con ese nuevo amor se mezclará la amarga hebra del odio. Nunca encontrarás otra mujer como la reina; si la encuentras, esa mujer no llevará el nombre de Simoda Tal.

-El amor no es importante -dijo JandolAnganol, echando a andar de un lado a otro-. La supervivencia sí. Eso dice el príncipe. Quizá tenga razón. De todos modos, ¿qué me aconsejas? ¿Dirías sí o no?

El canciller tironeó de sus patillas.

-Otro problema es la cuestión de los phagors. ¿La mencionó el príncipe esta mañana?

-No.

-Lo hará. La gente en cuyo nombre él habla lo hará. Apenas se logre un acuerdo.

-Entonces, canciller, ¿cuál es tu consejo? ¿Debo decir sí o no a Pannoval?

El canciller se hundió en su banco, con la mirada clavada en los papeles acumulados sobre la mesa. Su mano rozó un pergamino, haciendo que crujiera como hojas secas.

-Me interrogas, señor, sobre un asunto esencial; un asunto en que las necesidades del corazón se enfrentan con las del estado. No me toca a mí decir sí o no... ¿No es éste un asunto religioso, que deberías consultar con tu vicario?

JandolAnganol golpeó la mesa con el puño.

-Todos los asuntos son religiosos; pero en éste debo consultar con mi canciller. Tu respeto por la reina es una de las cualidades por las que mereces mi confianza, Rushven. Sin embargo, olvida ahora esas consideraciones y dime tu opinión. ¿Debo hacerla a un lado y proceder a este matrimonio dinástico para salvar el futuro de nuestro país? Responde.

En la mente del canciller estaba muy claro que él no debía hacerse responsable por la decisión del rey. En este caso, sería, más adelante, un chivo expiatorio; SartoriIrvrash conocía la volubilidad del monarca y temía sus furias. Veía muchos argumentos a favor de una alianza entre Borlien y Oldorando; la paz entre dos vecinos tradicionalmente hostiles sería beneficiosa para todos; esa unión, manejada con habilidad -y él podía encargarse de ello-, sería una línea de defensa contra Pannoval y también contra el permanente incursor del norte: el continente de Sibornal.

Por otra parte, sentía idéntica lealtad hacia la reina que hacia el joven rey. A su egocéntrico modo, amaba a MyrdemInggala como a una hija, en especial desde que su esposa había muerto en tan horribles circunstancias. La belleza de la reina daba cotidiana calidez a su viejo corazón de sabio. Sólo debía alzar un dedo y decir con energía: “Permanece al lado de la mujer que amas; ésa es la mejor alianza que puedes hacer”; pero cuando espió el tormentoso rostro del rey, no tuvo coraje. Además, debía proteger el proyecto de toda su vida, su libro.

La pregunta era demasiado grave para que nadie, aparte del rey mismo, pudiera responder.

-Su majestad tendrá una hemorragia nasal si se excita demasiado. Te ruego que bebas un poco de vino... -Por la Observadora, tienes todo lo que es malo en el hombre. Eres de tanta ayuda como una tumba.

El anciano hundió aún más sus hombros en su charfrul estampado y movió la cabeza.

-Como consejero, mi deber, en un asunto tan complejo, es formular el problema con la mayor claridad posible. Tú debes decidir qué es lo mejor, porque sólo tú deberás vivir con esa decisión. Hay dos formas de considerar el problema que enfrentas.

JandolAnganol se dirigió a la puerta y se detuvo. Encaró al hombre mayor a través de toda la longitud de la habituación.

-¿Por qué debo sufrir? ¿Por qué no están exentos los reyes de la suerte común? Si hiciera eso que se exige de mí, ¿sería un santo o un demonio?

-Sólo tú lo sabrás, señor.

-A ti nada te importa, ¿verdad?, de mí ni del reino. Sólo te preocupa ese miserable pasado muerto que estudias todo el tiempo.

El canciller apretó entre sus rodillas sus manos temblorosas.

-Podemos preocuparnos, majestad, y no tener la posibilidad de hacer nada. Señalaré que este problema es una consecuencia del deterioro del clima. En este preciso momento estoy estudiando una vieja crónica de los tiempos de otro rey, llamado AozroOnden, quien gobernó Oldorando hace casi cuatro siglos. Era una Oldorando muy diferente. La crónica narra que AozroOnden mató a dos hermanos que gobernaban, entre ambos, todo el mundo conocido.

-Conozco esa leyenda. Y con eso, ¿qué? ¿Acaso amenazo ahora con matar a alguien?

-Esa entretenida historia, puesta en un marco histórico, es típica del pensamiento de esas épocas primitivas. Tal vez no debamos interpretarla literalmente. Es también una alegoría de la responsabilidad humana por la muerte de las dos estaciones buenas, representadas como dos hombres

buenos; esto causa los fríos inviernos y los ardientes veranos que ahora nos afligen. Todos sufrimos por esa culpa primigenia. No se puede obrar sin sentir culpa. Eso es todo lo que quería decir.

El rey dejó escapar un gruñido.

-Vieja rata de biblioteca; es el amor lo que me desgarra, no la culpa.

Salió dando un portazo. No pensaba admitir ante su canciller que sentía culpa. Amaba a la reina; y, sin embargo, por alguna corriente perversa de su carácter, anhelaba librarse de ella. Y la comprensión de esto lo torturaba.

Ella era la reina de reinas. Toda Borlien la amaba, en la misma medida en que a él no. Y otra vuelta de esa particular tuerca: él sabía que ella merecía ese amor. Tal vez MyrdemInggala estaba demasiado segura de que él la amaba... Tal vez tenía demasiado poder sobre él...

Y ese cuerpo suyo, maduro como una espiga, era un bastión. Los suaves mares de su pelo, el valle de su vientre, el centelleo de su mirada, su manera franca de sonreír... Pero ¿cómo sería penetrar en el cuerpo adolescente de esa presumida princesita semi-Madi? Algo tan distinto...

Sus tortuosos pensamientos giraban hacia uno y otro lado, aprisionados entre los vericuetos de su palacio. El palacio había crecido casi por azar. Los edificios habían cubierto los patios; con ruinas se habían improvisado habitaciones para la servidumbre. Lo grandioso estaba al lado de lo sórdido. Los privilegiados que vivían por encima de la ciudad sufrían casi tantos inconvenientes como los ciudadanos.

Una huella de estos inconvenientes residía en la forma grotesca del horizonte visible contra las nubes cada vez más oscuras. Velas de lona, paneles de madera y pequeños molinos de cobre en lo alto de las chimeneas, intentaban atraer algún hálito de frescura a quienes sufrían en las habitaciones interiores. El aire del valle sofocaba la ciudad, como un gato extendido con indolencia sobre un ratón que agoniza. Suplicando un poco de alivio a tantas preocupaciones, JandolAnganol recorría su laberinto. En una ocasión alzó la vista, como atraído por un coro de mal augurio.

No había nadie, excepto los centinelas, uno en cada recodo; casi todos phagors. Armados, marchando o en rígida guardia, podían haber sido los únicos dueños del castillo y de sus secretos.

JandolAnganol los saludó, ausente, mientras avanzaba entre las sombras. Había una persona a quien podía pedir consejo. Sería un consejo vil, pero lo recibiría. Esa persona era, en sí misma, uno de los secretos del castillo. Su padre.

Mientras se acercaba al recóndito lugar donde el antiguo rey estaba confinado, más centinelas saludaban rígidamente a su paso, como si por alguna poderosa cualidad soberana pudiera congelarlos con su presencia. Las gallinas huían entre sus pies; los murciélagos partían aleteando de sus refugios entre las piedras; pero el lugar se sumía en un extraño silencio, pendiente del dilema del rey.

Se dirigió a una escalera protegida por una gruesa puerta. Allí había un phagor: el hecho de que conservase los cuernos indicaba su alto rango militar.

-Entraré.

Sin una palabra, el phagor sacó una llave y abrió la puerta, empujándola con el pie. El rey bajó lentamente, apoyado en la barandilla de hierro. La densa penumbra se condensaba aún más a medida que la escalera descendía. Abajo había una antecámara, donde un nuevo guardia custodiaba otra puerta cerrada. También ésta fue abierta al rey.

Entró en la oscura serie de cámaras reservadas a su padre.

A pesar de lo abstraído que iba, pudo sentir la humedad. Un fantasma de remordimiento se movió en sus harneys.

VarpalAnganol estaba sentado en la última de las tres cámaras, envuelto en una manta, mirando un leño que ardía en un brasero. Por una claraboya muy alta penetraba la última luz del día. El anciano alzó la vista, parpadeando, y emitió un chasquido con los labios, como si los humedeciera para hablar, pero nada dijo.

-Padre, soy yo. ¿No tienes una lámpara?

-Estaba tratando de calcular qué año es.

-Es el invierno de trescientos ochenta y uno. -Hacía varias semanas que no lo veía. El anciano había envejecido mucho, y pronto se reuniría con los gossier.

Se puso de pie, apoyándose en un brazo del sillón.

-¿Quieres sentarte, muchacho? Sólo hay un asiento. Esto no está muy bien amueblado. Me hará bien estar un rato de pie.

-Siéntate, padre. Quiero hablar contigo.

-¿Han encontrado a tu hijo...? ¿Cómo se llama? ¿Roba? ¿Han encontrado a Roba?

-Está loco; hasta los extranjeros lo saben.

-De niño le gustaba el desierto, ¿sabes? Yo lo llevaba allí, y también su madre. El cielo abierto...

-Padre, estoy pensando en divorciarme de Cune. Existen razones de estado.

-Ah, bueno, podrías encerrarla aquí, conmigo. Me gusta Cune, es una buena mujer. Por supuesto, se necesitaría otra silla...

-Padre, necesito consejo. Quiero hablar contigo. -El anciano se hundió en el sillón. JandolAnganol pasó por delante de él y se arrodilló, de espaldas al débil fuego.- Quiero preguntarte acerca del... amor, sea el amor lo que sea. ¿Me escuchas? Todos aman, se supone. Los más encumbrados y los más viles. Yo amo al Todopoderoso Akhanaba y cumplo mis deberes religiosos todos los días; soy uno de sus representantes en esta tierra. También amo a MyrdemInggala, más que a cualquier otra mujer. Sabes que he matado a hombres por creer que la miraban con lujuria.

Siguió una pausa, mientras VarpalAnganol ordenaba sus ideas.

-Manejas bien la espada, eso no se puede negar -dijo el anciano, riendo.

-¿No ha dicho un poeta que el amor es como la muerte? Yo amo a Akhanaba y amo a Cune, sí. Y, sin embargo, debajo de ese amor, me lo pregunto con frecuencia..., debajo de ese amor, ¿no hay un manantial de odio? ¿Debe ser así? ¿Sienten como yo todos los hombres?

El anciano guardó silencio.

-¡Cómo me pegabas de niño! Y me castigabas encerrándome. Una vez me encerraste en este mismo sótano, ¿recuerdas? Sin embargo, yo te amaba, te amaba sin una vacilación. El fatal amor inocente de un muchacho hacia su padre. ¿Por qué no puedo amar a nadie más sin que el veneno del odio se filtre?

El anciano se retorcía en el sillón como si sufriera un escozor incesante.

-No hay fin para eso -dijo-. No tiene fin... No sabemos dónde acaba una emoción y comienza la siguiente. Tu problema no es el odio sino la culpa. Eso es lo que sientes, Jan. Yo la siento, todos los hombres sienten culpa. Es un mal heredado que llevamos en los huesos; por ese mal nos castiga Akha con el frío y el calor. Las mujeres no la sienten como nosotros los hombres. Los hombres gobiernan a las mujeres; pero ¿quién puede gobernar a los hombres? El odio no es nada malo. Me gusta el odio, siempre he gozado con él. Te mantiene caliente por la noche...

"Oye, muchacho, cuando yo era joven, odiaba a casi todos. Te odiaba porque no querías hacer lo que se te ordenaba. Pero la culpa es otra cosa, una cosa que te hace sentir miserable. El odio alegra, hace que uno olvide la culpa."

-¿Y el amor?

El anciano suspiró, exhalando su mal aliento en la atmósfera húmeda. Estaba tan oscuro que su hijo no podía ver su cara, sólo el hueco de la boca.

-Sé que los perros aman a sus amos. Una vez tuve un perro, era maravilloso, blanco, de cara color castaño, ojos como los de un Madi. Se echaba a mi lado en la cama. Yo amaba ese perro. ¿Cómo se llamaba?

JandolAnganol se irguió.

-¿Es ése el único amor que has sentido? ¿El amor por un maldito perro?

-No recuerdo haber amado a nadie más... Pero de todos modos, te vas a divorciar de MyrdemInggala y quieres una excusa, para no sentirte tan culpable, ¿no es verdad?

-¿He dicho yo eso? ¿Cuándo? No recuerdo. ¿Qué hora calculas que es? Debes anunciar que ella y su hermano YeferalOboral planeaban asesinar al embajador de Sibornal, y que por eso murió su hermano. Una conspiración. Es una excusa perfecta. Entonces, cuando la apartes, la noticia agradará en Sibornal tanto como en Pannoval o en Oldorando.

JandolAnganol se tomó la cabeza con las manos.

-Padre, ¿cómo sabes que ha muerto YeferalOboral? Sólo hace una hora que han traído su

cuerpo.

-¿Sabes, hijo?, si estás bien quieto, como debo estar yo, con mis articulaciones endurecidas, todo viene a ti. Tengo más tiempo... Hay también otra forma...

-¿Cuál?

-Puedes hacer simplemente que ella desaparezca en la oscuridad. Que nadie vuelva a verla nunca. Ahora que su hermano ha muerto, no queda nadie lo bastante interesado para protestar. ¿Todavía vive su anciano padre?

-No, yo no podría hacer eso. No podría siquiera soñarlo.

-Por supuesto que podrías... Jadeó un poco, como si riera.- Pero la idea de la conspiración es buena, ¿eh?

El rey se colocó debajo de la ventana. Olas de luz flotaban sobre el cielo raso abovedado, de ladrillo. Junto a la ventana estaba la piscina de la reina. El dolor del rey se acumulaba como el agua. Qué traicionero era todavía ese anciano...

-¿Buena? Aprovecha las circunstancias y está llena de perfidia, eso sí. Ya veo de quién he heredado mi carácter.

Llamó a la puerta para que la abrieran.

Fuera del sótano, el mundo parecía bañado en luz. Por una puerta lateral salió a una escalera que descendía a la piscina. Una vez había habido allí un bote; recordó que había jugado con él cuando niño; ahora se había hundido y desintegrado.

El cielo tenía el color del queso rancio, manchado con fetos de nubes grises. En el otro lado de la piscina se erguía como un farallón el edificio de la reina; su elegante silueta negra se recortaba contra el cielo. En una Ventana había una luz débil. Tal vez allí estaba su bella esposa, dispuesta para acostarse. Podía subir y pedirle perdón. Podía extraviarse en su belleza.

En cambio, sin premeditarlo, se arrojó a la piscina.

Con los brazos extendidos, como si cayese de mucha altura. El aire que contenían sus ropas borboteaba. A medida que se hundía el agua era cada vez más negra. -Ojalá no pueda salir -dijo. El agua era fresca, negra, honda. Saludó al terror, trató de aferrarse al lodo del fondo.

De su nariz salían burbujas.

El proceso de la vida, regido por el Supremo, no le permitió escapar por las avenidas de la muerte. A pesar de sus esfuerzos, salió a la superficie. Cuando emergió, jadeando, la luz de la reina se apagó.

VII
LA REINA VISITA A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

El día siguiente amaneció pesado y caluroso. La reina de reinas dejó que sus damas la bañaran. Después jugó un rato con su hija y luego pidió que SartoriIrvrash se reuniera con ella en la bóveda familiar.

Allí rindió el último homenaje a su hermano. Él sería sepultado pronto en la octava de tierra indicada. Su cuerpo, envuelto en una tela amarilla, yacía sobre un bloque de hielo de Lordyardry. Observó, con pena, que ni siquiera la muerte había transformado sus rasgos vulgares. MyrdemInggala lloró por todas las cosas, prosaicas o exóticas; por todo lo que le había ocurrido y lo que no le había ocurrido a su hermano durante su vida. Así, llorando, la encontró el canciller.

Sus dedos y la bata que vestía estaban manchados de tinta. Hizo una profunda reverencia, y en su calva había tinta.

-Rushven, aparte de mi despedida aquí, deseo saludar a mi hermano en el mundo inferior. Y quiero que tú me acompañes durante el pauk, para que te ocupes de que nadie me moleste.

SartoriIrvrash parecía turbado.

-Señora, quisiera recordar dos cosas a tu mente angustiada. Primero, que el aplacamiento de los

padres, el pauk, si prefieres el anticuado término, no es aprobado por tu Iglesia. Segundo, que no es posible comulgar con los gossies antes de que su cuerpo mortal esté enterrado en la octava de tierra correspondiente.

-Y tercero, que crees, de todos modos, que el pauk es un cuento de hadas. -Ella le dedicó una leve sonrisa mientras evocaba una vieja discusión entre ambos.

Él movió la cabeza.

-Sé bien qué he dicho antes. Pero los tiempos cambian. Y te confieso que yo mismo he aprendido a tomar parte en el pauk, para consolarme comulgando con el espíritu de mi esposa.

Se mordió los labios. Y leyendo la expresión de la reina, agregó:

-Sí, me ha perdonado.

Ella le tocó el brazo.

-Me alegro.

Pero el académico resurgió en él.

-Sin embargo, majestad, es difícil, en un sentido filosófico, creer que el ritual del pauk no sea puramente subjetivo. No puede haber gossies y fessups bajo el suelo, con quienes la gente se comunica.

-Sabemos que sí. Tú y yo y millones de campesinos hablamos con nuestros antepasados cuando lo deseamos. ¿Dónde está la dificultad?

-Todos los documentos históricos, y poseo muchos, afirman que los gossies fueron antes criaturas llenas de odio, que gemían por el fracaso de sus vidas y derramaban su desdén sobre los vivos. A lo largo de las generaciones eso ha cambiado; ahora nadie recibe otra cosa que dulzura y consuelo. Esto sugiere que toda la experiencia consiste en la justificación del deseo, una especie de auto hipnosis. Además, la geometría estelar ha superado la anticuada idea de que nuestro mundo se apoya sobre la roca original, hacia la que descienden los fessups.

Ella golpeó el suelo con fuerza.

-¿Debo llamar al vicario? ¿No sufro ya bastante dolor y tensión para que deba oír, además, tus inoportunos discursos históricos?

No bien hubo hablado, se arrepintió de lo dicho, y tomó al canciller del brazo mientras subían a su habitación.

-Sea lo que sea, es un consuelo -dijo ella-. Por fortuna, hay un reino del espíritu más allá del conocimiento.

-Querida reina, aunque odio la religión, reconozco la santidad cuando la veo. -Ella apretó su brazo, y él se atrevió a decir: Pero la Santa Iglesia nunca ha aceptado el pauk como parte de su ritual, ¿no es verdad? No sabe qué hacer con los gossies y los fessups. En consecuencia, querría desterrar la práctica. Y si lo hiciera, un millón de campesinos abandonarían la Iglesia. De modo que ignora todo el asunto.

Ella miró sus propias manos. Ya se estaba preparando.

-Muy sensato por parte de la Iglesia -murmuró.

A su vez, SartoriIrvrash fue lo bastante prudente como para no responder.

MyrdemInggala lo condujo a su alcoba. Se extendió en su lecho, con cuidado, controlando la respiración, relajando los músculos. En silencio, SartoriIrvrash se sentó junto a la cama; trazó en su frente el círculo sagrado e inició la vigilia. Podía vez que ella entraba ya en el trance del pauk.

Mantuvo sus ojos fuertemente cerrados, sin atreverse a mirar la indefensa hermosura de la reina, escuchando su muy espaciada respiración.

El alma no tiene ojos, pero puede ver en el mundo inferior. El alma de la reina dirigió su mirada hacia abajo mientras iniciaba su largo descenso. Abajo, el espacio era más vasto que el cielo de la noche, más rico e imponente. No era en modo alguno espacio; era lo contrario del espacio e incluso de la conciencia: la peculiar densidad de la roca sin rasgos.

Así como un barco que se hace a la mar es visto desde la tierra como un símbolo de libertad, en tanto que los marinos confinados en ese barco ven del mismo modo la tierra, así el reino del olvido era a la vez espacio y no-espacio.

Para la conciencia, ese reino parecía infinito. Se extendía hacia abajo hasta que aparecían las

razas de aspecto humano en una matriz verde y desconocida, incognoscible; la matriz de la Observadora Original, ese principio maternal pasivo que recibía las almas de los muertos que Volvían a ella. Aunque tal vez no fuera más que una fragancia fósil, sepultada en la roca, era irresistible.

Por encima de la Observadora Original flotaban, por miles y miles y miles, los gossies y los fessups, como si todas las estrellas nocturnas hubiesen sido apiladas en orden, dispuestas de acuerdo con la antigua idea de las octavas de tierra.

El alma exploradora de la reina se hundió, flotando como una pluma, acercándose a los fessups. De cerca parecían menos estrellas que gallinas momificadas; sus ojos y vientres eran huecos, y sacudían sus piernas con torpeza. El tiempo las había carcomido hasta dejarlas traslúcidas. Algo giraba en su interior como peces luminosos en una pecera. Al igual que esos peces, sus bocas estaban abiertas, como si desearan soplar una burbuja hacia esa superficie que jamás volverían a ver. En los estratos superiores, donde los gossies eran más recientes, pequeñas polvaredas surgían aún de sus laringes espectrales, últimos apóstrofes de la posesiva envoltura de la vida.

La hueste de los muertos era terrorífica para algunas almas que allí se aventuraban. A la reina le ofrecía consuelo. Ella miraba aquellas bocas conservadas por la obsidiana, sintiéndose segura al pensar que al menos algún resto de la existencia perduraría hasta que el planeta fuera consumido por el fuego. Y quién sabía si incluso entonces...

Parecía imposible que alguien pudiera orientarse allí. Y sin embargo, había una dirección. La Observadora era un imán. Todo guardaba un orden preestablecido, como las piedras que en la costa se ordenan por su tamaño. Las hileras de fessups se extendían por debajo de toda la tierra, más allá de Borlien y Oldorando y el lejano Sibornal, hasta las regiones más remotas de Hespagorat y la legendaria Pagovin; hasta más allá del Mar de Climent y los mismos polos.

La barca del alma, impulsada por una brisa que no soplaba, se acercaba hacia el gossie que había sido su madre, la alocada Shannana, esposa de RatanOboral, amo de Matrassyl. El gossie maternal parecía una jaula maltrecha; sus costillas y los huesos de las caderas formaban una inasible trama dorada sobre la oscuridad, como una hoja escondida durante muchos años entre las páginas de un libro infantil. Hablaba.

Los gossies y los fessups generaban angustia. Como negativos del ser, sólo recordaban los incidentes agradables de sus vidas. Lo bueno quedaba fijado en ellos; lo malo, la escoria, se había perdido, así como su libertad de acción.

-Querida madre, vuelvo a presentarme ante ti como debo, para preguntar por tu estado. -Era el saludo ritual.

-Hija, no hay inquietudes aquí. Todo es serenidad, nada pierde su rumbo. Y cuando apareces, todo mejora. Mi alegre y hermosa hija, ¿cómo mi indigno ser pudo concebir descendencia semejante? También está aquí tu abuela, feliz de hallarse otra vez ante tu presencia.

-También es un consuelo estar ante ti, madre. -Las palabras eran sólo una fórmula contra la entropía.

-Oh, no, no debes decir eso, porque la alegría es toda nuestra; pienso a menudo que en los apresurados días de mi vida nunca pude atenderte como tus virtudes merecían. Siempre había tanto que hacer, tantas batallas que librar... Y ahora una se pregunta por qué malgastaba sus energías en cosas sin importancia, mientras la verdadera dicha hubiera sido permanecer a tu lado y verte crecer hasta...

-Madre, has sido bondadosa conmigo, y yo no era una niña dócil. Siempre fui testaruda...

-¡Testaruda!-exclamó el viejo gossie-. No, nunca te has conducido mal. Se ven de otro modo las cosas en esta etapa de la existencia; se ven las cosas verdaderas, lo que importa. Las pequeñas travesuras no significan nada, y lamento haberme irritado en su momento. Era sólo por mi necedad; yo sabía todo el tiempo que eras mi mayor tesoro. El error es no transmitir la vida, como atestiguan con su infinita penuria los que han llegado hasta aquí sin dejar descendencia.

Continuó alegremente en ese tono; la reina no quiso interrumpirla. Sus palabras la complacían porque, en Vida, había visto siempre a su madre absorbida por sí misma, sin advertir en ella otra cosa que una formal amabilidad. Le encantó descubrir que esa jaula maltrecha pudiese recordar

acontecimientos de su infancia que ella había olvidado. La carne había muerto; la memoria perduraba, embalsamada.

Al cabo de un rato la interrumpió:

-Madre, he venido aquí dispuesta a encontrarme con YeferalOboral, esperando que su alma se hubiese reunido ya contigo y con mi abuela.

-Ah... Entonces, ¿ha llegado al fin de sus días terrenales mi querido hijo? Es una buena noticia; mucho nos alegraremos de estar con él, puesto que nunca ha dominado el pauk como tú, que eres una muchacha inteligente. ¡Qué alegría me das!

-Querida madre, ha muerto por el disparo de un arma de Sibornal.

-¡Espléndido! ¡Espléndido! Cuanto antes mejor, por lo que a mí concierne. Es un gran placer. ¿Cuándo llegará?

-Sus restos mortales serán enterrados dentro de pocas horas.

-Le aguardaremos, y le daremos la bienvenida. Tú también estarás un día con nosotros, no temas...

-Así lo espero, madre. Y quiero hacerte un pedido, para que lo transmitas a los demás fessups. Es una pregunta difícil. Existe en la superficie alguien que me ama, aunque jamás ha declarado su amor. He sentido que irradiaba de él. Y siento que en él puedo confiar como en pocos hombres. Ha sido enviado desde Matrassyl a luchar en tierras distantes.

-Aquí no tenemos guerras, dulce niña.

-Mi amigo en quien confío suele practicar el pauk. Su padre está en el mundo inferior. El nombre de mi amigo es Hanra TolramKetinet. Deseo que le preguntes de mi parte a su padre dónde está Hanra, porque debo enviarle un mensaje sin demora.

El sibilante silencio volvió a hablar desde la sombra de Shannana.

-Dulce niña, en tu mundo nadie se comunica íntegramente con otro. Por eso es mucho lo que se ignora. Aquí poseemos la integridad. No puede haber secretos una vez privados de la carne.

-Lo sé, madre -dijo el alma. Temía esa clase de integridad. Había oído esa afirmación muchas veces. Explicó una vez más lo que deseaba. Después de varios malentendidos, se llegó a un acuerdo; e igual que una brisa agita las hojas muertas de un bosque, así el pedido del alma fue transmitido a lo largo de las hileras.

Al alma ya le resultaba difícil sostenerse. Se inmiscuían fantasmas del mundo superior, y se oía un ruido como el de fritura. Se descorrían cortinas, algo cascabeleaba con una música letal. El alma se agitaba, a pesar de los halagos del gossie de su madre.

Por fin llegó hasta ella un mensaje a través de la obsidiana. Su amigo permanecía aún entre los vivos. Los gossies de su familia declaraban que les había hablado recientemente; su parte corporal se encontraba entonces en las cercanías de un pueblo llamado Ut Pho, en las junglas de las Colinas Chwart, en la margen oriental del país llamado Randonan.

-¡Gracias por ese conocimiento que necesito! -exclamó el alma. Mientras expresaba su gratitud, el gossie maternal lanzó una nubecilla de polvo de su garganta y habló de nuevo.

-Aquí nos compadecemos de vuestras pobres vidas desarticuladas, de esa visión física que os ciega. Podemos comunicarnos con una voz más poderosa en que muchas voces son una. Ven pronto, y oirás por ti misma. Únete a nosotros.

Pero el alma frágil conocía desde hacía mucho esos llamados. Los muertos y los vivos eran ejércitos adversos; el pauk no era más que una tregua.

Con muchas expresiones de afecto se apartó de la chispa que antes había sido Shannana, y navegó hacia arriba, hacia la región del movimiento y la respiración.

Cuando MyrdemInggala se sintió lo bastante fuerte, despidió a SartoriIrvrash con la debida cortesía, sin mencionar lo que había aprendido en pauk.

Llamó luego a Mai TolramKetinet, hermana del amigo por cuyo paradero había preguntado en el mundo inferior. Mai la ayudó durante el ritual del baño posterior al pauk. La reina se lavó con especial esmero como si el viaje hacia la muerte la hubiese manchado.

-Deseo ir a la ciudad, disfrazada, Mai. Me acompañarás. La princesa permanecerá aquí. Busca

ropas de campesina.

Una vez a solas, MyrdemInggala escribió una carta al general TolramKetinet narrando los amenazadores acontecimientos de la corte. La firmó, estampó su sello, y luego la guardó en un bolso de cuero al que precintó.

Sin atender a una sensación de debilidad, se vistió con las ropas que Mai le llevó, y ocultando entre ellas el bolso con el mensaje.

-Saldremos por la puerta lateral.

Llamarían menos la atención. En la principal había siempre mendigos y otros importunos. Y también había palos que sostenían fétidas cabezas de criminales.

El guardia las dejó pasar con indiferencia, y las mujeres descendieron por el sinuoso camino que conducía a la ciudad. A esa hora, JandolAnganol probablemente dormía. Era su costumbre-heredada de su padre-levantarse al alba y salir, coronado, al balcón, para que todos lo vieran. Ese gesto no sólo inspiraba seguridad a la nación, sino también admiración por las largas horas que el rey dedicaba al trabajo, “como un campesino de una sola pierna”, según el dicho local. Pero casi siempre el rey volvía a la cama después de su aparición.

Densas nubes giraban en lo alto. El abrasador thordotter soplaba desde el sudeste alzando las enaguas de las dos mujeres y secando los ojos de ambas con su cálido aliento. Fue un alivio llegar a las estrechas callejuelas al pie de la colina, a pesar del polvo que les azotaba los tobillos.

-Pediremos la bendición en la iglesia -dijo MyrdemInggala. Había un templo al final de la calle; sus escaleras giraban en torno del muro curvado, como era tradicional en la arquitectura eclesiástica de estilo Borlienés Antiguo. Sólo la cúpula sobresalía del suelo. De ese modo, los padres de la Iglesia imitaban el deseo de vivir bajo tierra que caracterizaba a los Apropiadores, aquellos santos de Pannoval que habían traído la fe a Borlien muchos siglos antes.

Las dos mujeres hallaron compañía mientras bajaban: un viejo campesino, guiado por un chico. Extendió la palma de la mano. Su historia era que había abandonado el campo que arrendaba porque el calor había matado las cosechas, y ahora venía a mendigar a la ciudad. La reina le dio una moneda de plata.

El interior era oscuro. En medio de aquella penumbra, la congregación permanecía de rodillas para no olvidar su condición mortal. La luz se filtraba desde arriba. Detrás del altar circular, unas velas iluminaban la imagen pintada de Akhanaba. Sombras inciertas lamían su cara bovina, pintada de azul, y sus ojos dulces pero inhumanos.

A esos elementos tradicionales se unía un embellecimiento más moderno. Cerca de la puerta, iluminado por una vela, había un retrato estilizado de una figura maternal, con ojos tristes y bajos, y las manos abiertas. Muchas mujeres besaban esa imagen de la Observadora Original cuando pasaban a su lado.

No había servicios en ese momento, pero como en el templo había bastantes fieles, un sacerdote oraba en voz alta, nasal y atiplada, canturreando.

-Muchos vienen a llamar a tu puerta, oh Akhanaba, y muchos se vuelven sin llamar.

“Y a aquellos que se apartan, y a los que llaman con fervor, Tú les dices: "Cesa de gritar ‘Cuándo me abrirás, oh Todopoderoso'".

“Porque os digo que todo el tiempo la puerta está abierta, y que jamás se ha cerrado." Estas cosas están a la vista, pero no las veis.”

MyrdemInggala recordó lo que dijera el gossie de su madre. Ellos se comunicaban con una voz más poderosa. Sin embargo, Shannana no había mencionado a Akhanaba. Al contemplar el rostro del Supremo, pensó: “Es verdad, estamos rodeados por el misterio. Ni siquiera Rushven puede comprenderlo”.

-En todas partes está lo que necesitáis, si queréis aceptarlo y no tomarlo por la fuerza. Basta con que dejéis vuestro yo para que encontréis lo que es más grande que vosotros.

“Todas las cosas son iguales en este mundo, y también más grandes.”

“Por lo tanto, no preguntéis si soy hombre, animal o piedra:

Soy todas esas cosas, y otras que debéis aprender a percibir.”

El sonsonete continuó, y un coro se sumó a él. La reina meditó en la belleza que transmitían

aquellas voces agudas, donde parecían reunirse el espíritu y la piedra.

Deslizó una mano por debajo de sus ropas, y, apoyándola sobre su pecho, trató de acallar los latidos de su corazón.

Pero la hermosura del canto no podía aplacar los temores de MyrdemInggala. La presión de los acontecimientos no le permitía contemplar la eternidad.

El sacerdote les dio la bendición; ya podían continuar su camino. Las dos mujeres, con las cabezas cubiertas con los chales, salieron otra vez al viento y a la luz.

La reina se dirigió a los muelles; allí el Takissa estaba oscuro y turbulento, como un pequeño mar. Una barca recién llegada de Oldorando atracaba con alguna dificultad. Se estaban cargando barcas pequeñas, pero había menos actividad que la habitual a causa del thordotter. Cerca había carros vacíos, toneles, maderos, grúas y otros implementos esenciales de la vida ribereña. La reina avanzó con decisión hasta que llegaron a una barraca con una enseña en la que se leía: COMPAÑÍA DE HIELO DE LORDRYARDRY.

Era el despacho de Matrassyl del famoso Capitán del Hielo, Krillio Muntras de Lordryardry.

La construcción estaba llena de puertas, grandes y pequeñas. MyrdemInggala escogió y entró, seguida por Mai.

Dentro había un patio empedrado, donde dos hombres hacían rodar unos toneles tan gruesos como ellos.

-Deseo hablar con Krillio Muntras -dijo al hombre más próximo.

-Está ocupado. No puede hablar con nadie-respondió el hombre, mirándola con suspicacia. Ella había cubierto su rostro con un velo, para no ser reconocida.

-Conmigo hablará. -De un dedo de la mano izquierda se quitó un anillo que tenía los colores del mar. Llévale esto.

El hombre obedeció, murmurando. Por su estatura y su acento, ella sabía que era de Dimariam, uno de los países del continente de Hespagorat, en el sur. Aguardó con impaciencia, taconeando sobre el suelo, pero un momento después el hombre regresó, con muy distinta actitud.

-Solicito tu permiso para acompañarte adonde está el capitán Muntras.

MyrdemInggala se volvió hacia Mai.

-Esperarás aquí.

-Pero, señora...

-Y no molestes a los hombres que trabajan.

Fue conducida a un taller que olía a cola y a madera recién cepillada, donde ancianos y aprendices aserraban tablas y hacían cajas para el hielo. Los bancos de carpintero estaban barbudos de virutas largas y enruladas. Los hombres contemplaron con curiosidad la encapuchada figura femenina.

Su guía abrió una puerta oculta detrás de una cortina. Subieron por una polvorienta escalera a una larga habitación baja que miraba al río. En un extremo los empleados trabajaban encorvados sobre sus mesas. En el otro extremo había una mesa con una silla sólida como un trono de la que se levantó un hombre grueso de piel oscura, que se adelantó con el rostro iluminado. Hizo una reverencia, despidió al guía y condujo a la reina a una habitación privada.

A pesar de que daba a un establo, estaba bien decorada, con grabados en las paredes; su elegancia contrastaba con el aspecto funcional del resto del edificio. Uno de los grabados era el retrato de la reina MyrdemInggala.

-Señora reina, es un honor que hayas venido. -El Capitán del Hielo resplandeció nuevamente e inclinó la cabeza de lado, tanto como podía, para mirar mejor a la reina mientras ésta se quitaba el velo y el tocado. Él Vestía un sencillo charfrul, la larga túnica con bolsillos que utilizaban muchos nativos de las regiones ecuatoriales.

Una vez que la reina se hubo acomodado en un sillón, y después de ofrecerle un vaso de vino enfriado con hielo de Lordryardry, él extendió la mano cerrada. La abrió, revelando el anillo, que devolvió con ceremoniosidad e insistió en colocarlo en el delicado dedo de la reina.

-Es el mejor anillo que he vendido jamás.

-Eras un humilde buhonero en esa época.

-Algo peor: un mendigo. Pero un mendigo con determinación. -Apoyó el puño en el pecho.

-Ahora eres muy rico.

-¿Qué son las riquezas, mi señora? ¿Acaso compran la felicidad? Es preciso reconocer con franqueza que, al menos, nos permiten vivir con un mínimo decoro. Mi suerte, lo admito, es mejor que la de la gente común.

Tenía una risa agradable. Apoyó sin ceremonias una gorda pierna contra el borde de la mesa y alzó su vaso para brindar por la reina, mientras la evaluaba. La reina de reinas lo miró. El Capitán del Hielo apartó los ojos, protegiéndose para no sentir algo muy parecido a la veneración. Había tenido tanto trato con las mujeres como con el hielo; pero ante la hermosura de la reina se sentía impotente.

MyrdemInggala le habló de su familia; sabía que él tenía una hija inteligente y un hijo tonto, y que el hijo tonto, Div, se haría cargo del negocio del hielo cuando su padre resolviera retirarse. Esa decisión se había postergado. Muntras había hecho lo que él consideraba su último viaje un décimo y medio antes, en el momento de la Batalla del Cosgatt; pero en verdad no pudo ser el último, porque Div necesitaba aún mayor preparación.

Ella sabía también que el Capitán del Hielo era afectuoso con Div. Sin embargo, el padre de aquél había sido un hombre duro que lo enviaba, cuando Muntras era un muchacho, a ganar dinero como fuese, vendiendo o mendigando, para demostrar que algún día sería capaz de dirigir su empresa de un solo barco. La reina había oído antes esa historia, pero no la aburría.

-Has tenido una vida llena de acontecimientos -dijo ella.

Tal vez él pensó que eso implicaba alguna crítica, porque parecía incómodo.

Para ocultar esa sensación, él se golpeó la pierna y dijo:

-No me avergüenza decir que he prosperado en un momento en que lo contrario es la norma para la mayoría de los ciudadanos.

MyrdemInggala miró la ancha cara de Muntras como preguntándose si él comprendía que ella misma era parte de esa mayoría; pero sólo dijo, en su tono reposado:

-Te iniciaste en este negocio con un solo barco. ¿Cuántos tienes ahora, Capitán?

-Sí, señora reina; mi anciano padre empezó con una sola y vieja embarcación. Pronto entregaré a mi hijo una flota de veinticinco naves. Rápidos bergantines, queches, goletas, dogres, adaptados para la navegación de ríos y costas, todos preparados para el transporte y entrega de esta mercancía. En esto se ve el beneficio de comerciar con hielo. Cuando más aumenta el calor, más caro se cotiza en el mercado un bloque de buen hielo de Lordryardry. Cuando más empeoran las cosas para los demás, más mejoran para mí.

-Pero tu hielo se derrite, Capitán.

-Así es, y la gente hace muchas bromas al respecto. Pero el hielo de Lordryardry, puro, extraído de los glaciares, se derrite más lentamente que otros. -El mercader gozaba de la presencia de la reina, aunque no había dejado de percibir su estado de ánimo turbado, tan distinto de su disposición normal.- Señalaré otro aspecto. Eres devota de la religión de tu país, señora reina; no es necesario que te recuerde, entonces, la redención. Pues bien: mi hielo es como tu redención. Cuanto menos hay, se torna más denso y cuesta más. Ahora mis barcos recorren toda la distancia desde Dimariam, a través del Mar de las Águilas y de los ríos Takissa y Valvoral, hasta las ciudades de Matrassyl y Oldorando y también, a lo largo de la costa, hasta Keevasien y los puertos de los terribles assatassi.

Ella sonrió, quizá no muy de acuerdo conque se mezclase la religión con el comercio.

-Me alegro de que a alguien le vaya bien en tiempos tan malos. -No había olvidado el momento, hacía ya muchos años, cuando en su primera visita a Oldorando conoció al dimariamano en el bazar. Él vestía andrajos, pero tenía una sonrisa peculiar, y había extraído de un bolsillo el anillo más hermoso que ella había visto. Shannana, su madre, le había dado el dinero. Y ella había vuelto al día siguiente a comprar aquel anillo, y no había dejado de usarlo desde entonces.

-Con lo que me pagaste -dijo Krillio Muntras-, regresé a mi tierra y compré un glaciar. De modo que soy tu deudor, desde ese momento. -Ambos rieron.- Pero no has venido aquí, señora reina, para comprar hielo; de eso se ocupa el mayordomo del palacio. ¿En qué puedo servirte?

-Capitán Muntras, estoy en una difícil situación, y necesito ayuda.

Bruscamente cauteloso, él respondió:

-No quisiera perder el favor real que permite comerciar aquí a un extranjero como yo. Aparte de eso...

-Es natural. Sólo te pido que justifiques mi confianza en ti, como estoy segura que harás. Quiero que entregues una carta mía en secreto. Has hablado de Keevasien, en la frontera con Randonan. ¿Puedes entregar una carta a cierta persona que combate en Randonan, en nuestro Segundo Ejército?

La cara expresiva de Muntras estaba tan preocupada que sus mejillas se contraían alrededor de la boca.

-En la guerra todo es dudoso. Según las noticias, el ejército de Borlien tiene graves dificultades, y también el de Keevasien. Pero..., pero se trata de ti. Mis barcos, señora reina, remontan el río Kacol, hasta Ordelay. Sí; puedo enviar un mensajero desde allí, si no hay demasiado peligro. Por supuesto, habrá que pagarle.

-¿Cuánto?

Él reflexionó.

-Conozco a un joven que lo haría. Cuando se es joven, no se teme a la muerte. -dijo cuánto costaría. Ella le dio de buena gana el dinero y el bolso con la carta para el general TolramKetinet.

Muntras hizo una reverencia.

-Es para mí un orgullo poder servirte. Primero debo entregar un cargamento en Oldorando. Eso lleva cuatro días río arriba, dos días para regresar, y dos días aquí. En total, una semana. Luego partiré hacia el sur, a Ottassol.

-¡Cuánta demora! ¿Debes ir antes a Oldorando?

-Sí, señora, debo hacerlo. El comercio es el comercio.

-Está bien, Capitán Muntras. Lo dejo en tus manos. ¿Comprendes que se trata de un asunto de vital importancia, y absolutamente secreto entre tú y yo? Cumple finalmente esta misión, y yo me ocuparé de que tengas una recompensa.

-Agradezco esta oportunidad de ayudar, señora.

Después de beber otro vaso de vino helado, la reina se despidió más animada y retornó al palacio con su dama de compañía, la hermana del general a quien enviaba su misiva. Podía alentar una esperanza, cualquiera que fuese la decisión del rey.

En el palacio, las puertas se cerraban con violencia y las cortinas revoloteaban por el viento. JandolAnganol, pálido, hablaba con sus asesores religiosos. Finalmente, uno de ellos dijo:

-Majestad, ése es un estado religioso, y creemos que, en tu corazón, ya está decidido. Consolidarás esta nueva alianza por razones religiosas, y te bendeciremos por ello.

El rey respondió con vehemencia:

-Si hago esta alianza, será porque soy malvado y acepto la maldad.

-No es así, mi señor. Tu reina y su hermano han conspirado contra Sibornal, y merecen el castigo. -Ya empezaban a creer a medias en la mentira que él había puesto en circulación; era la mentira de su padre, pero ahora todos eran dueños de ella.

En sus cámaras, los diplomáticos visitantes se quejaban de la falta de comodidad de ese miserable palacio y de la pobre hospitalidad que recibían, mientras aguardaban la palabra del rey. Los consejeros discutían entre sí, cada uno celoso de los privilegios del otro; pero en una cosa estaban de acuerdo. Cuando el rey se divorciara de MyrdemInggala para desposar a Simoda Tal -si lo hacía- se volvería sobre el tema de la gran población phagor de Borlien.

Las viejas historias narraban que una vez las hordas de los seres de dos filos habían caído sobre Oldorando, incendiándola hasta los cimientos. Esa hostilidad nunca había muerto. Año tras año se reducía la población phagor. Era indispensable que Borlien siguiera la misma política. Con Simoda Tal, y sus ministros, al lado de JandolAnganol, se podría hacer más presión sobre él.

Y una vez que MyrdemInggala, con su bondadoso corazón, estuviese fuera de la escena, sería posible introducir nuevos decretos.

Pero ¿dónde estaba el rey, y cuál era su decisión?

Habían pasado pocos minutos de las catorce y el rey estaba de pie, desnudo, en una cámara. Un gran péndulo de peltre oscilaba solemnemente contra una pared, marcando los segundos. En la pared opuesta había un enorme espejo de plata. Los criados aguardaban entre las sombras, con ropas en las manos, a que JandolAnganol se vistiera para presentarse ante los diplomáticos.

JandolAnganol caminaba ante el espejo y a veces se detenía. En su indecisión, pasaba a veces un dedo a lo largo de la cicatriz del muslo, tironeaba de la pálida piel de su prodo,

o miraba el reflejo de las sangrientas marcas que corrían desde sus omóplatos hasta sus finas nalgas. Gruñía ante el delgado cuerpo flagelado que contemplaba. Pensaba que no tendría ninguna dificultad en expulsar a los diplomáticos; su furia, su khmir, eran perfectamente capaces de hacerlo. Podía abrazar al ser que más amaba -su reina- y sellar su boca con cálidos besos, jurando que nunca se alejaría de ella. O bien, con igual facilidad, hacer lo contrario: ser un villano en privado y un santo a los ojos de muchos, un santo decidido a privarse de todo para salvar a su país.

Algunos de los que lo observaban desde lejos, como los miembros de la familia Pin, del Avernus, quienes estudiaban la historia de la familia real, sostenían que esa decisión del rey había sido tomada en un pasado muy remoto. En sus registros constaban los antecedentes de la familia de JandolAnganol a lo largo de sesenta generaciones, desde que la mayoría de Campannlat estaba debajo de la nieve y un lejano antecesor del rey, AozRoon, gobernaba una ciudad llamada Oldorando. En toda esa historia había una división, desconocida por quienes la padecían, entre padres e hijos. A veces se sumergía por algunas generaciones, pero nunca estaba ausente.

El modelo de esa división estaba profundamente enclavado en la psique de JandolAnganol, tanto que no tenía conciencia de ella. Debajo de su arrogancia había un desprecio por sí mismo aún más antiguo. Ese desprecio le obligaba a volverse contra sus más queridos amigos y a acercarse a los phagors; era una alienación nacida en años anteriores. Estaba sepultada, pero no carecía de voz, y estaba a punto de hablar.

Se apartó bruscamente del espejo, de esa figura sombría que acechaba en la plata, y llamó a las criadas. Alzó los brazos y ellas lo vistieron.

-Mi corona -dijo, mientras le peinaban sus largos cabellos. Castigaría a los diplomáticos mostrándose distante.

Unos minutos más tarde, alivió el aburrimiento de los visitantes el ruido de unos pies que marchaban en el exterior. Vieron, al asomarse, grandes cabezas coronadas por brillantes cuernos, hombros musculosos, fuertes cuerpos, herraduras que repiqueteaban y arneses de guerra que crujían. Desfilaba la Primera Guardia Phagoriana Real, una visión que inquietaba a la mayoría de los espectadores humanos, pues las articulaciones de los seres de dos filos permitían que los antebrazos y las pantorrillas giraran en todas direcciones. Su marcha era insólita, y a cada paso sus piernas se flexionaban de un modo imposible.

Un sargento dio una orden. Los pelotones se detuvieron, pasando del movimiento a la instantánea inmovilidad característica de los phagors.

El viento ardiente agitaba el pelo de los soldados. El rey, situado entre dos pelotones, se desvió y entró en el palacio. Los visitantes se miraron desconcertados, con la idea del asesinato en sus mentes.

JandolAnganol entró en el salón. Se detuvo y los examinó.

Uno por uno, sus huéspedes se pusieron de pie. Como si le costara hablar, el rey dejó que el silencio se prolongara. Luego dijo:

-Me habéis puesto frente a una dura elección. Sin embargo, ¿por qué debería yo vacilar? Mi primer deber es el que he contraído solemnemente con mi país.

“He resuelto no permitir que mis sentimientos personales interfieran. Alejaré a mi reina MyrdemInggala. Hoy mismo se marchará de aquí, y se retirará a un palacio junto al mar. Si la Santa Iglesia de Pannoval, cuyo siervo soy, me concede un decreto de divorcio, me divorciaré de la reina.”

“Y desposaré a Simoda Tal, de la Casa de Oldorando.”

Se oyeron aplausos y murmullos de aprobación. El rostro del rey era totalmente inexpresivo. Mientras los diplomáticos se acercaban, antes de que pudieran llegar hasta él, giró sobre sus talones y se marchó.

El thordotter golpeó la puerta por donde había salido.

VIII
EN PRESENCIA DE LA MITOLOGÍA

La cara de Billy Xiao Pin era redondeada, como eran, en su disposición general, sus ojos y su nariz. Incluso su boca parecía un pimpollo. Su piel era suave y tersa. Sólo en una ocasión anterior había abandonado el Avernus, cuando algunos miembros próximos de la familia Pin lo habían llevado a un vuelo orbital en torno de Ipocrene.

Billy era un joven modesto pero decidido; tenía buenas maneras, como todas las personas de su familia, y había motivos para confiar en que sería capaz de enfrentar su muerte con serenidad. Tenía veinte años terrestres, o apenas más de catorce heliconianos.

Aunque la Lotería de Vacaciones de Heliconia estaba gobernada por el azar, se pensaba -o al menos lo pensaban los mil miembros de la familia Pin- que el triunfo de Billy era muy apropiado.

Apenas se tuvo noticia de su buena fortuna, su familia lo envió a recorrer el Avernus. Con él iba su actual amiga, Rose Yi Pin. Los corredores del satélite estaban programados para producir diversas clases de acontecimientos; algunas de carácter maligno. El Avernus llevaba 3.269 años en órbita; se empleaban todos los medios posibles para contrarrestar la enfermedad asesina que amenazaba a sus ocupantes: el letargo.

Con un grupo de amigos, Billy partió de vacaciones a la montaña. Allí durmieron en una casa de troncos situada muy cerca de la cumbre. En un tiempo, estos agradables parajes sintéticos se inspiraban en puntos turísticos de la Tierra; ahora reproducían lugares de Heliconia.

Billy y sus amigos esquiaban en el Alto Nktryhk. Luego navegaban a través del Mar Ardiente, hacia el este de Campannlat. A partir del único puerto, a lo largo de mil millas de costa, el fondo permanente eran las eternas alturas de Mordriat, elevándose desde la espuma hasta cumbres de casi dos mil metros envueltas por las nubes. Las cataratas de Scimitar caían, se interrumpían, y volvían a caer desde una milla de altura sobre el mar.

Por excitantes que fueran estas emociones, la mente no olvidaba nunca que cada peligro y cada visión estaban aprisionados en un cuarto de unos tres metros por cinco cubierto de espejos.

A la vuelta de sus vacaciones, Billy Xiao Pin visitó, a solas, a su Consejero, y se arrodilló ante él, tomando la posición de la Humildad.

-En el silencio se recapitulan las largas conversaciones -dijo el Consejero-. Buscando la vida encontrarás la muerte. Ambas son ilusorias.

Billy sabía que el Consejero, que temía cualquier actividad, no deseaba que saliera del Avernus. Estaba devorado por el mortal ilusionismo que se había convertido en la filosofía en boga. Cuando joven había escrito un tratado poético de cien sílabas de extensión, titulado "Acerca del prolongamiento de un período climático heliconiano más allá del tiempo de una vida humana".

Este tratado era un producto y un argumento a favor del ilusionismo que cundía en el Avernus. Billy no estaba capacitado intelectualmente para combatir esta filosofía; pero ahora, a punto ya de abandonar la nave, se atrevía a expresar el odio que sentía hacia ella.

-Debo visitar un mundo real y experimentar alegría y dolor reales. Aunque sólo sea por un breve tiempo. Quiero enfrentarme con montañas reales y caminar por calles de piedra. Quiero conocer personas con destinos reales.

-Aún abusas de la traicionera palabra "real". La evidencia de nuestros sentidos sólo es evidencia para nuestros sentidos. La sabiduría mira en otra dirección.

-Sí. Pues bien, yo voy en la misma dirección.

Pero la morbosidad no tenía donde acabar. El anciano prosiguió con su discurso. Billy siguió escuchando con marcada indiferencia.

El anciano sabía que el sexo estaba en el fondo de todo ello. Advirtió que Billy era de una naturaleza sensual que precisaba ser doblegada; Billy estaba renunciando a Rose para acercarse ala reina MyrdemInggala... Sí, conocía los apetitos de Billy. Deseaba un encuentro personal con la reina

de las reinas.

Aquélla era una idea estéril. Rose no era una idea estéril. Lo Real, para usar esa palabra, debía encontrarse no en el exterior sino en el misterio de la personalidad; en el caso de Billy, en la personalidad de Rose, quizás. Y había otras consideraciones.

-Tenemos un deber que cumplir, nuestro deber para con la Tierra. Nuestra más grande satisfacción obedece a la observancia de ese deber. En Heliconia perderás la misión y la sociedad.

Billy Xiao Pin osó alzar la mirada hacia su viejo Consejero. La enjuta figura estaba erguida; cada uno de sus respiraderos orientaba su peso hacia abajo para afianzarse en el suelo; cada una de sus tomas de aire dirigía su cabeza hacia el techo. Nada lo perturbaba, ni siquiera la pérdida de un discípulo dilecto.

La escena estaba siendo registrada por cámaras de observación permanente que la transmitían a cualquiera de los seis mil tripulantes que eligiera ver lo que ocurría en esa habitación. No había intimidad. La intimidad alentaba la disidencia.

Mientras escrutaba esos ojos simiescos y perspicaces, Billy advirtió que su Consejero ya no creía en la Tierra. ¡La Tierra! Ese tema que Billy, y sus contemporáneos discutían sin cesar, ese tema siempre apasionante. La Tierra no es accesible, como lo era Heliconia. Pero para el Consejero, y para cientos como él, era un ideal, una proyección de la vida interior de los tripulantes.

Mientras la voz conformaba sus frágiles naderías, Billy creyó ver que el anciano tampoco creía en la realidad objetiva de Heliconia. Para ese hombre, inmerso en la sofisticada argumentación que constituía una parte tan importante de la vida intelectual en el Avernus, Heliconia no era más que una proyección, una hipótesis.

La gran lotería estaba destinada a contrarrestar esta creciente debilidad de los sentidos. Las esperanzas de los jóvenes -centradas, de un modo mágico, en el gran tema de estudio en torno al cual giraban- morían, generación tras generación, cuando el encierro forzoso se tornaba voluntario. Billy debía descender y morir para que otros pudieran vivir.

Debía estar allí donde la reina de ojos suaves impulsaba su cuerpo contra el soplo del thordotter mientras subía al castillo.

Por fin la lección terminó. Billy aprovechó la oportunidad.

-Mil gracias por todas tus preocupaciones, Maestro. -Se inclinó. Salió. Respiró profundamente.

Su partida del Avernus estaba organizada como un gran suceso. Todo el mundo experimentaba sentimientos profundos acerca de ella. Era la prueba de que Heliconia existía. A pesar de todos los instrumentos previstos para ese fin, los seis mil eran cada vez menos capaces de imaginarse viviendo fuera de la estación. El premio de la lotería era un gesto de valor supremo, incluso para los perdedores.

Rose Yi Pin volvió hacia Billy su pequeño rostro sereno y lo abrazó por última vez.

-Creo que vivirás para siempre allí abajo, Billy. Te miraré mientras me vuelvo vieja y fea. Tan sólo cuídate de sus tontas religiones. Aquí la vida es sensata. Abajo, las personas están enloquecidas por sus ideas religiosas, incluso esa reina tuya tan hermosa.

Billy, luego de besarla en los labios, le dijo:

-Vive tu vida en paz. No te preocupes. Bruscamente, la furia afloró en ella.

-¿Por qué arruinas mi vida? ¿Dónde está la paz, si tú te marchas?

Él movió la cabeza.

-Eso deberás descubrirlo por ti misma.

La nave automatizada estaba lista para llevárselo del purgatorio. Billy trepó al pequeño casco, y la puerta silbó al cerrarse. El terror se apoderó de él; se ajustó el cinturón, gozando del momento.

A él le tocaba decidir si bajaría con las ventanas cubiertas por las cortinas o no. Apretó un botón. Las cortinas subieron y se vio recompensado por la Visión de la belleza mágica de cuyo flanco había sido expulsado. A lo lejos se desplegaba un cinturón de estrellas irregulares, como la cola de un cometa. Comprendió, con asombro, que esas estrellas eran los desechos no procesados de la estación, los cuales quedaban en órbita alrededor de ella.

En un instante, el Avernus era inmenso; sus dieciocho millones de toneladas oscurecían el

campo visual; al cabo de unos pocos minutos, comenzó a disminuir, y Billy apartó la mirada. Heliconia estaba a la vista, tan familiar como su propio rostro en el espejo, pero ahora más clara que nunca: las nubes atravesaban la media luna iluminada y la península de Pegovin golpeaba como una maza el mar central. El gran casquete de hielo del polo sur era deslumbrante.

Buscó los dos soles del sistema binario mientras las ventanas se oscurecían para aliviar la luminosidad.

Batalix, el sol más próximo, se había perdido ya detrás del planeta, a sólo 126 unidades astronómicas de distancia.

Freyr, visible como una bola gris tras el cristal semi-opaco, era inmensamente brillante aunque estaba a 240 unidades astronómicas. Cuando estuviera a 236 unidades, Heliconia alcanzaría el perihelio, el punto más próximo a Freyr, sólo faltaban, para ese instante, ciento dieciocho años terrestres. Luego, una vez más, Batalix y sus planetas se desplazarían en sus órbitas, para no acercarse tanto al miembro dominante del sistema durante otros 2.592 años terrestres.

Para Billy Xiao Pin, este conjunto de cifras astronómicas que aprendiera a los tres años junto con el alfabeto, constituía un preciso diagrama. Estaba a punto de tocar el suelo donde ese diagrama se convertía en una imprecisa historia de crisis y desafíos.

Su cara redonda se alargó ante ese pensamiento. Aunque Heliconia había estado en observación durante tan largo período de tiempo, era en muchos sentidos un misterio.

Billy no ignoraba que el planeta sobreviviría al perihelio; que las temperaturas en el ecuador ascenderían hasta ciento cincuenta grados, pero no más; que Heliconia poseía un extraordinario sistema de homeostasis, por lo menos tan eficaz como el de la Tierra, que mantendría un estado de equilibrio tan regular como fuera posible. No compartía el temor supersticioso de los campesinos -a ser devorados por Freyr-, aunque comprendía cómo surgía ese temor.

Lo que no sabía era si muchas naciones serían capaces de sobrevivir a la prueba del calor. Los países como Borlien y Oldorando eran los más amenazados.

Y tampoco sabía qué ocurriría en el Gran Invierno, ese terrible período en el que Freyr sólo sería un punto remoto; cuántas naciones se hundirían, cuántas personas morirían. Nadie lo sabía a bordo del Avernus. La Estación Observadora Terrestre existía y era observada desde antes de la primavera del Gran Año anterior. Había ya experimentado una vez la lenta propagación del Gran Invierno en el planeta inferior; había presenciado el hundimiento de naciones y la muerte de multitudes. Con cuánta precisión se repetiría ese modelo en el Invierno todavía distante aún no podía saberse. El Avernus tendría que funcionar y las seis familias habrían de subsistir otros catorce siglos terrestres antes de que el misterio fuese develado.

A ese mundo que inspiraba tanta admiración, Billy había consagrado su alma.

Un estremecimiento se apoderó de los miembros de Billy. Estaba a punto de abrazar ese mundo, estaba a punto de nacer.

La nave describió dos órbitas alrededor del planeta, reduciendo su velocidad, y aterrizó en una meseta al este de Matrassyl.

Billy se puso de pie y escuchó. Finalmente, se acordó de respirar. Un androide destinado a servirle de defensa viajaba con él. Los habitantes del Avernus se sabían vulnerables. Se calculaba que Billy, producto de muchas generaciones de hombres educados sin dureza, necesitaría protección. El androide estaba programado para una conducta agresiva. Llevaba armas defensivas. Parecía humano; su rostro había sido modelado sobre el de Billy, al que se parecía en todo menos en la movilidad: su expresión cambiaba con lentitud, lo que le daba un aire de tristeza permanente. A Billy no le gustaba. Observó al androide mientras éste salía de un nicho adaptado a la forma de su cuerpo.

-Quédate donde estás -dijo Billy-. Regresa al Avernus en la nave.

-Necesitas mi protección.

-Me arreglaré como pueda. Ahora, se trata de mi propia vida. -Movió un interruptor temporizado que determinaría la partida automática en el plazo de una hora. Luego, activó la puerta, y abandonó la nave.

Inmóvil, en el anhelado planeta, respiró su fragancia, dejando que mil sonidos extraños penetraran en sus oídos. El aire no filtrado lastimó sus pulmones. Sintió un mareo.

Alzó la vista. Sobre él se extendía un cielo azul, brillante y hermoso. Billy estaba acostumbrado a mirar el espacio, pero el arco del cielo le pareció más vasto. El ojo era arrastrado hacia él. Cubría el mundo viviente, y era su expresión más bella.

Al oeste, Batalix, aureolado de oro y herrumbre, estaba a punto de ponerse. El disco de Freyr -apenas el treinta por ciento del tamaño de Batalix- ardía con espléndida intensidad, casi en el cenit. A su alrededor se movía la gran envoltura azul que era lo primero de Heliconia que se veía desde el espacio, y la marca inconfundible de un planeta capaz de soportar la vida. Billy bajó la cabeza y pasó la mano por sus ojos.

A corta distancia había un grupo de cinco árboles, de los que pendían unas lianas carnosas. Caminó hacia ellos, como si se hubiera acabado de inventar la ley de la gravedad. Se abrazó al tronco más próximo, y sus manos se pincharon con espinas. Sin embargo, permaneció así, con los ojos cerrados, tratando de olvidar los ruidos inexplicables. No podía moverse. Al ver que la nave se elevaba para retornar al Avernus, lloró.

Allí, penetrando en sus sentidos con toda la furia, estaba lo Real.

Abrazado al árbol, acostado en el suelo, escondido tras un tronco caído, se fue acostumbrando a la experiencia de encontrarse en un planeta inmenso. Los objetos distantes, las nubes, y en particular una hilera de montañas, lo aterrorizaban no sólo por su tamaño, sino porque eran reales. Pero también lo inquietaban los seres pequeños, absolutamente desconocidos en el Avernus. Miró con angustia una pequeña criatura alada que se posó en su mano izquierda, y trepó luego por ella hasta su brazo. Lo más alarmante era que esas cosas estaban fuera de su control: no podía tocar un interruptor para domesticarlas.

Tampoco había considerado el peculiar problema de los soles. En el Avernus, la luz y la oscuridad eran en gran medida asuntos de estado de ánimo; aquí no se podía elegir. Cuando la noche sucedió al crepúsculo, Billy sintió por primera vez la antigua inseguridad de su especie. Mucho antes, la humanidad había construido lugares para acurrucarse y protegerse de la oscuridad. Se habían desarrollado ciudades, éstas habían crecido hasta formar metrópolis, y luego se habían lanzado al espacio; él, ahora, se sentía de regreso en el principio de la historia.

Sobrevivió a la noche. A pesar de sí mismo, se durmió y despertó sano y salvo. Hacer sus habituales ejercicios matutinos le devolvió la sensación de la identidad. Se dominaba ya lo suficiente y pudo salir del abrigo de los árboles para alegrarse de la mañana. Después de beber y comer de las raciones que traía, echó a andar hacia Matrassyl.

Mientras avanzaba por un sendero entre la vegetación, asombrado por las voces de los pájaros, tuvo conciencia de un ruido de pasos. Se volvió. Un phagor se detuvo a pocos metros de distancia.

Los phagors eran parte de la mitología del Avernus. Sus retratos estaban en todas partes. Pero éste poseía la presencia y la individualidad de la vida. Masticaba mientras miraba a Billy, y de su ancho labio inferior caía saliva. Su voluminosa figura estaba cubierta por una vestidura de una sola pieza, teñida aquí y allá con azafrán. También llevaba teñidos del mismo modo algunos mechones de su largo pelaje blanco, lo cual le daba un aspecto enfermizo. Llevaba sobre un hombro una serpiente muerta, que evidentemente había capturado hacía poco. Empuñaba un cuchillo curvo. No era una réplica de museo, ni el inofensivo juguete de un niño. Cuando se acercó, exudaba un olor rancio que mareó a Billy.

Le hizo frente y dijo lentamente en Hurdhu:

-¿Me puedes decir en qué dirección está Matrassyl?

La criatura rumió. Parecía masticar alguna clase de nuez roja; un zumo de ese color manchaba su boca. Una gota voló hacia Billy Xiao Pin. Alzó la mano y secó su mejilla.

-Matrassyl -repitió la criatura, pronunciando con voz gangosa "Madrazil".

-Sí. ¿Hacia dónde está Matrassyl?

-Sí.

La mirada de esos ojos color cereza... Era imposible determinar si era mansa o asesina. Apartó la vista, y descubrió más phagors, inmóviles como árboles entre la sombra y el follaje.

-¿Puedes comprender lo que digo? -Las frases, por cierto, eran de su diccionario de expresiones. Le asombraba lo irreal de la situación.

-Llegada al lugar está dentro de posibilidad.

No era natural esperar buen sentido de un ser fuerte como las rocas; pero muy pronto a Billy no le quedaron dudas sobre sus intenciones. La criatura se deslizó hacia adelante con suave movimiento y lo empujó por el sendero. Billy avanzó. Los demás phagors los siguieron, manteniendo la distancia.

Entraron en un claro. Allí la floresta había sido despejada; se habían derribado algunos árboles, y los cerdos se ocupaban de que los retoños no llegaran a la madurez. Entre algunas tentativas de cultivos se veían chozas, o más bien techados sostenidos por postes.

A la sombra de esos techados había figuras amontonadas como ganado. Algunas se pusieron de pie y se acercaron a los que llegaban; uno de éstos hizo sonar un cuerno pequeño a manera de saludo. Billy se vio rodeado de phagors machos y hembras, creaghts, gillots y runts que lo observaban con mirada inquisitiva. Algunos runts andaban en cuatro patas.

Billy adoptó la posición de la Humildad.

-Intento llegar a Matrassyl -dijo _ La frase le sonó tan absurda que se echó a reír; tuvo que controlarse para evitar la histeria, pero el ruido hizo que todo el mundo retrocediera.

-Kzahhn inferior tiene proximidad para inspección -dijo un gillot, tocándole el brazo y haciendo un gesto con su cabeza. Lo siguió por una hondonada pedregosa, y todos los demás fueron tras él. Las cosas que veía, desde las tiernas ramas verdes hasta las rocas redondeadas, eran más ásperas de lo que había imaginado.

Debajo de un toldo apoyado contra el borde superior de la hondonada, había un phagor de edad, con los brazos cruzados en un ángulo imposible. Se incorporó con un rápido movimiento, y Billy vio que era una anciana gillot, con prominentes ubres marchitas y el pelaje salpicado de mechones negros. Tenía un collar de huesos pulidos de gwing-gwing y un aro ajustado en torno de la nariz como señal de su rango. Era evidentemente la "kzahhn inferior".

Permaneció sentada y alzó la vista.

Se dirigió a Billy de modo interrogativo.

Él sólo había sido un estudiante en el gran clan sociológico de los Pin, y no demasiado consciente. Había trabajado en el grupo que estudiaba a la familia Anganol a lo largo de las generaciones. Entre sus superiores, algunos conocían la historia de los antepasados del actual rey hasta la primavera anterior, unas dieciséis generaciones atrás. Billy Xiao Pin hablaba Olonets, el idioma principal de Campannlat y Hespagorat, y muchas de sus variantes, inclusive el Antiguo Olonets. Pero nunca había estudiado la lengua phagor, el Nativo, ni dominaba correctamente el lenguaje que hablaba la kzahhn inferior, el Hurdhu, en ese momento la lengua puente entre el hombre y el phagor.

-No comprendo -dijo en Hurdhu, y sintió una extraña emoción al ver que ella había entendido; le pareció que había pasado del mundo real a algún extraño cuento de hadas.

-Hay conocimiento de tu origen en un lugar lejano -dijo ella traduciendo su lengua, repleta de sustantivos, al Hurdhu-. ¿Qué situación tiene este lugar lejano?

Era posible que hubiesen visto aterrizar su nave.

Él hizo un gesto ambiguo y recitó un discurso preparado:

-Vengo de una ciudad distante de Morstrual, donde soy el kzahhn. -Morstrual estaba aún más lejos que Mordriat; se podía mencionar ese lugar sin peligro. Tu gente será recompensada si me llevan a Matrassyl, donde está el rey JandolAnganol.

-El rey JandolAnganol.

-Sí.

Ella permaneció inmóvil, mirando al frente. Un stallun próximo le alcanzó una botella de cuero, de donde ella bebió torpemente derramando parte del líquido. Olía a un alcohol acre. Ah, pensó Billy: raffel, una deletérea bebida destilada por los seres de dos filos. Había dado con una tribu de phagors pobres. Y allí estaba, ante esas bestias enigmáticas, tratando de hacerse entender, mientras en el Avernus todo el mundo estaría mirando por los sistemas ópticos. Incluso su viejo Consejero. Incluso Rose.

Estaba fatigado por el calor y por la breve caminata en ese áspero terreno. Pero un motivo más poderoso lo indujo a sentarse en una piedra plana, a abrir las piernas y apoyar los codos en las

rodillas mirando con indolencia a la criatura que tenía delante. Los acontecimientos más increíbles se tornaban triviales cuando no había alternativa.

-La raza de dos filos da al rey JandolAnganol muchas lanzas para su cruzada -dijo la kzahhn. Detrás de ella había una caverna. En la penumbra brillaban unos ojos de color cereza. Billy pensó que allí debían de estar los antepasados tribales, hundiéndose, en estado de brida, hasta la pura queratina. Ídolos y antepasados a la vez, los phagors no muertos guiaban a sus sucesores a través de los penosos siglos del dominio de Freyr.

-Los Hijos de Freyr luchan contra otros Hijos de Freyr cada estación, y prestamos nuestras lanzas.

El reconoció el tradicional término con que los phagors designan la humanidad. Los seres de dos filos, incapaces de inventar nuevos términos, se limitaban a adaptar los antiguos.

-Ordena a los de tu tribu que me conduzcan ante el rey JandolAnganol.

Nuevamente la kzahhn, y todos los demás, cayeron en la más completa inmovilidad. Solamente los cerdos y los perros se movían, buscando sin cesar restos de comida en el suelo.

Entonces la vieja gillot empezó un largo discurso que Billy no pudo comprender. Tuvo que interrumpirla en mitad de sus divagaciones y pedirle que volviera a empezar. El Hurdhu tenía un sabor tan acre como el queso de cabra. Otros phagors se acercaron, sofocándolo con su fuerte olor-no tan desagradable como él esperaba-, para asistir a la anciana en su explicación. El resultado fue que nada quedó claro.

Con sosegada insistencia, le mostraron viejas heridas, espaldas desolladas, piernas rotas, brazos partidos. Él sentía repugnancia y fascinación. Ellos sacaron de la caverna banderas y espadas.

Poco a poco comprendió lo que querían decir. En su mayoría habían servido en el Quinto Ejército del rey JandolAnganol. Algunas semanas antes, habían marchado con las tribus Driat. Habían sufrido una derrota en el Cosgatt. Las tribus habían utilizado una nueva arma que ladraba como un mastín gigantesco.

Esas pobres gentes habían sobrevivido. Pero no se atrevían a volver al servicio del rey temiendo que el mastín gigantesco volviera a ladrar. Vivían como podían, mientras soñaban con regresar a las heladas regiones del Nktryhk.

Era una larga historia. Billy empezó a fatigarse de ella y de las moscas. Bebió un poco de raffel. Era mortífero, como decían los libros de texto. Soñoliento, dejó de atender cuando intentaron describir la batalla de Cosgatt. Parecía, según esa versión, que hubiese ocurrido ayer.

-¿Me llevaréis ante el rey, sí o no?

Callaron, y luego gruñeron entre sí en Nativo.

Por fin, la gillot le dijo en Hurdhu:

-¿Qué regalo habrá en tu mano por esa escolta?

Billy llevaba en la muñeca un reloj gris, plano, con tres series de cifras que daban la hora de la Tierra, del centro de Campannlat y del Avernus. Formaba parte de su equipo estándar. A los phagors no les interesaría la hora, porque sus harneys eotemporales estaban fijos en una temporalidad que sólo registraba los movimientos esporádicos; pero les gustaría el reloj como adorno.

La cara manchada de la anciana kzahhn inferior se apoyó en su brazo mientras lo extendía. Uno de sus cuernos estaba roto por la mitad, y un trozo de madera reemplazaba la punta.

Se puso en cuclillas y llamó a dos de los stalluns más jóvenes.

-Haced lo que pide este ser -dijo.

La escolta se detuvo cuando aparecieron, a lo lejos, un par de casas. No irían más lejos. Billy Xiao Pin se quitó el reloj de la muñeca y se lo ofreció. Después de contemplarlo un rato, ambos se negaron a aceptarlo.

No pudo comprender su explicación. Pasaban del Hurdhu al Nativo, y posiblemente al Eotemporal. Percibió que hablaban de números: Quizá las cifras que no cesaban de cambiar los asustaban, o tal vez fuera el metal desconocido. Su negativa no trasuntaba emoción; simplemente no lo aceptaban; no querían nada.

-JandolAnganol -dijeron. Era obvio que aún respetaban el nombre del rey.

Mientras avanzaba, Billy se volvió para mirarlos; estaban en parte ocultos por una enredadera en flor que colgaba de un árbol. No se movían. Él sentía miedo y a la vez una especie de asombro por estar aún sano y salvo.

Pronto pasó de ese sueño a otro igual de asombroso, cuando entró en las estrechas calles de Matrassyl. El serpenteante camino lo llevó hasta el pie de la roca en que se asentaba el palacio. Empezó a reconocer dónde estaba. Había visto esto y aquello por los sistemas ópticos del Avernus. Sintió deseos de abrazar al primer ser humano de Heliconia que pasó a su lado.

Había iglesias excavadas en la roca; las órdenes religiosas más estrictas imitaban las preferencias de sus maestros de Pannoval y se enclaustraban lejos de la luz. Había monasterios apretujados contra la roca; tenían tres pisos; los más prósperos estaban hechos de piedra y los más pobres de madera. Sin poder evitarlo, Billy se detuvo a palpar la textura de la madera, siguiendo las vetas con las uñas. Venía de un mundo donde todo era renovado apenas envejecía. Y las vetas de esa antigua madera..., ¡qué maravilloso diseño accidental! ¡Había tantos detalles en ese mundo que jamás hubiera imaginado!

Los monasterios estaban pintados de rojo y amarillo, o rojo y púrpura, con el círculo de Akhanaba en los mismos colores. En sus puertas había imágenes del dios que descendía entre el fuego. Llevaba el pelo anudado, pero algunos mechones escapaban. Tenía las cejas arqueadas. La sonrisa de su rostro semihumano revelaba unos dientes agudos y blancos. En cada mano portaba una antorcha. Una vestidura de tela se enroscaba como una serpiente en torno de su cuerpo azul.

También había telas con representaciones de santos, familiares, espíritus: Yuli el sacerdote, el rey Denniss, Withram, Wutra, hileras de Otros, grandes y negros, o pequeños y verdes, con garras y anillos en los dedos de los pies. Entre estos seres sobrenaturales, gruesos, peludos, calvos, había humanos, por lo general en posturas suplicantes.

Los seres humanos eran más pequeños. “En el lugar de donde vengo”, se dijo Billy, “se pintarían grandes”. Pero allí estaban, en posición de súplica, listos para ser segados por los dioses a llama, a hielo y a espada.

Billy recordó lo que aprendiera en la escuela acerca de la importancia que la religión había tenido a lo largo de la historia de Heliconia. Algunas naciones se habían convertido a una religión diferente -Oldorando, por ejemplo-. Otras, perdiendo de pronto su religiosidad, desaparecieron sin dejar huella. Aquí estaba el verdadero bastión del credo de Borlien. Como ateo que era, Billy se sentía a la vez atraído y repelido por las extravagantes escenas representadas en todas partes.

Los monjes no parecían demasiado afectados por el terrible estado del mundo; la devastación sólo era parte de un círculo más amplio: el escenario de sus plácidas vidas.

-¡Los colores! -exclamó Billy. Los colores de la devastación eran como el paraíso. Aquí no existe el mal, se dijo con asombro. El mal es negativo. Aquí todo es sólido. El mal era lo negativo que había donde yo vivía.

Sólido. Sí, sólido. Se echó a reír.

Estaba en mitad de la calle, con la boca abierta y los brazos extendidos. Los aromas que evolucionaban como colores en el aire lo detuvieron. Cada paso que diera había sido acompañado por múltiples fragancias, una dimensión de la vida ausente del Avernus. Cerca, a la sombra de la elevación, había un pozo de agua rodeado de tenderetes. Los sacerdotes salían de sus edificios y acudían allí a comprar comida.

Billy pensó con inquietud que estaban representando para él. La muerte podía llegar en cualquier momento. Valía la pena, aunque sólo hubiera sido para percibir esos sabrosos olores y para ver a los monjes mientras llevaban grasientos buñuelos hasta sus bocas. Del balcón de un monasterio colgaba un estandarte rojo y amarillo donde decía: TODA LA SABIDURÍA DEL MUNDO HA EXISTIDO SIEMPRE. Rió para sus adentros ante esa leyenda anticientífica; la sabiduría era algo que debía forjarse con esfuerzo. De otro modo, él no estaría allí. En el tráfico callejero, Billy comprendió con mayor claridad cuán clerical era la sociedad heliconiana y cuánto influía en las acciones la fe en Akhanaba. Su antipatía hacia la religión estaba profundamente arraigada; ahora se encontraba en una civilización fundada sobre ésta.

Cuando se aproximó a los tenderetes, una mujer lo llamó. Era una mujer alta, vestida de

andrajos, de cara grande y roja. Tenía ante sí un brasero encendido. Vendía waffles. Billy llevaba dinero de imitación así como otros elementos para su visita. Sacó de su bolsillo unas monedas, pagó a la mujer y fue recompensado con un waffle que olía muy bien. La wafflera de hierro había grabado en él el símbolo religioso de Akhanaba, los dos círculos concéntricos unidos por líneas oblicuas. Mientras mordía su waffle, pensó por primera vez que probablemente el símbolo representara, de una manera tosca, la órbita del sol menor, Batalix, en torno del mayor.

-El waffle no te devolverá el mordisco -dijo la mujer, riendo.

Billy se alejó, satisfecho con su compra. Comía con más delicadeza que los monjes, consciente de que era observado desde el Avernus. Continuó por la calle a paso vivo, sin dejar de masticar. Pronto llegó a la cuesta que conducía al palacio de Matrassyl. Era una maravilla. La comida era una maravilla. Heliconia era una maravilla.

La ruta se tornaba familiar. Como había estudiado a esa familia durante dos generaciones, Billy conocía con cierto detalle el trazado del palacio y de sus alrededores. Había mirado más de una vez las cintas de archivo que mostraban la ocupación de la ciudadela por las fuerzas del abuelo de JandolAnganol.

En la puerta principal pidió hablar con el rey, mostrando documentos falsos que lo presentaban como un emisario de la lejana tierra de Morstrual. Después de interrogarlo la guardia lo escoltó hasta otro edificio. Al cabo de una larga espera, fue conducido a una parte del palacio que reconoció como las habitaciones del canciller.

Allí permaneció haciendo sonar los talones, mirando enfebrecido todas las cosas, las alfombras, los muebles de madera talladas, el hogar, las cortinas de la ventana, las manchas del cielo raso. El waffle le había dado hipo. El mundo era un laberinto de detalles fascinantes; cada hebra de la alfombra que pisaba-suponía que era de origen Madi- tenía un sentido que remitía a la historia del planeta.

La reina de reinas, MyrdemInggala, había estado en esa misma habitación; había posado sus sandalias sobre esa misma alfombra, y las bestias y pájaros tejidos habían recibido con placer su peso mientras caminaba.

Billy sintió un leve mareo. No, no podía tratarse de la muerte, tan pronto. Llevó las manos a su estómago. No era la muerte, sino ese waffle. Se dejó caer en una silla.

Afuera estaba ese mundo en el cual todo tenía dos sombras. Sentía su calor y su potencia. Era el mundo real de MyrdemInggala, no el artificial de Billy y Rose. Pero tal vez él no sería capaz de estar a su altura...

Un hipo más violento. Comprendía ahora lo que había querido decir su Consejero al hablar de la plenitud que podía encontrar en Rose. Pero jamás la habría alcanzado mientras se interpusiera la reina de sus sueños. Y ahora la reina de la realidad estaba cerca, en alguna parte.

La puerta se abrió; incluso esa puerta de madera era una maravilla. Apareció un anciano y delgado secretario que lo condujo hacia el despacho del canciller. Allí se sentó a esperar en una antecámara. Para su alivio, el hipo desapareció y se sintió mejor.

Llegó entonces SartoriIrvrash, con aire fatigado. Tenía los hombros caídos y, a pesar de su demostración de cortesía, aspecto preocupado. Escuchó a Billy sin interés y lo condujo a una gran habitación ocupada casi en su totalidad por libros y documentos. Billy miró al canciller con veneración. Era una figura histórica. Había sido antes el joven halcón que ayudara al abuelo y al padre de JandolAnganol a establecer el estado de Borlien.

Ambos hombres se sentaron. El canciller tironeaba de sus patillas; murmuró algo ininteligible. No parecía escuchar mientras Billy afirmaba que venía de una ciudad de Morstrual, en el golfo de Chalce. El canciller apretaba su propio cuerpo delgado con sus brazos, como si estuviera consolándose a sí mismo.

Cuando Billy concluyó, permaneció asombrado mientras el silencio descendía. ¿Acaso el canciller no comprendía su Olonets?

Finalmente, SartoriIrvrash habló.

-Haremos todo lo posible para ayudarle, señor, aunque éste no es de ningún modo el mejor de los momentos.

-Quiero conversar con usted, si es posible, y también con su majestad y con la reina. Tengo conocimientos para ofrecer, y también preguntas para formular.

Dejó escapar un hipo final.

-Perdón.

-Sí, sí. Perdóneme. Soy lo que alguien ha llamado un experto en conocimientos, pero sucede que hoy es un día de profunda desolación.

Se puso de pie, aferrando su manchado charfrul y moviendo la cabeza, mientras miraba a Billy como si sólo entonces lo hubiese visto.

-¿Qué es lo que ocurre hoy de malo? -preguntó Billy, alarmado.

-La reina, señor, la reina MyrdemInggala... -El canciller golpeó con énfasis los nudillos contra la mesa. Nuestra reina ha sido expulsada. Hoy debe partir al exilio. Hacia la antigua Gravabagalinien.

Y llevándose las manos a la cara, se echó a llorar.

ALGUNOS DISGUSTOS PARA EL CANCILLER

Los campesinos de la región conocida como Embruddock tenían un viejo dicho acerca del continente en el cual vivían: "No hay una hectárea que se pueda habitar, ni una deshabitada".

Esa frase era por lo menos una aproximación a la verdad. Incluso en ese momento, en que millones de personas creían que el mundo sería consumido por las llamas, viajeros de toda clase cruzaban y volvían a cruzar Campannlat. A veces se trataba de tribus enteras, como los Madis migrantes y las naciones nómades de Mordriat, y otras, de peregrinos que contaban su peregrinación no por millas sino por altares; de bandas de ladrones que contaban las leguas en degüellos y botines, o de mercaderes solitarios que iban muy lejos para vender una canción o una piedra a mayor precio. Todos ellos encontraban su premio en el movimiento.

Ni siquiera los incendios que consumían el interior del continente y sólo se detenían ante los ríos y los desiertos, disuadían a los viajeros. Antes bien aumentaban su número con refugiados en busca de nuevo hogar.

Uno de esos grupos llegó a Matrassyl por el Valvoral justo a tiempo para ver partir al exilio a la reina MyrdemInggala. La guardia real no les dejó mucho tiempo para el asombro. Cayeron sobre su pobre barca llena de vías de agua y enviaron a los hombres a servir en las Guerras Occidentales.

Esta tarde, los nativos de Matrassyl olvidaron por un instante la guerra, o dejaron de lado su recuerdo para atender al nuevo drama. Ése fue el momento más dramático de muchas vidas oscuras: la pobreza que sólo les permitía la supervivencia les obligaba a vivir vicariamente, a través de los más ilustres. Por esa razón toleraban o apreciaban los vicios de sus reyes y reinas: para que el escándalo o el regocijo entraran en sus vidas.

El humo se movía sobre la ciudad. Una muchedumbre silenciosa aguardaba junto al muelle. La reina llegó en su carroza, que se abría paso entre hileras de personas. Lasbanderas flameaban. También pancartas que decían ARREPENTIOS, y LAS SEÑALESESTÁN EN EL CIELO. La reina no miraba a derecha ni a izquierda.

La carroza por fin se detuvo. Un lacayo descendió y abrió la puerta a su majestad. Ella apoyó su pie delicado en el pavimento. Tatro la siguió, y luego su dama de compañía.

MyrdemInggala, vacilante, miró alrededor de ella. Aunque llevaba velo, el aura de su belleza la rodeaba como una fragancia. La barca que debía conducirla, con comitiva, a Ottassol, y luego a Gravabagalinien, estaba aguardando. En la cubierta la aguardaba un ministro de la Iglesia con su hábito de ceremonia. Ella subió por la planchada. Un suspiro brotó de la muchedumbre cuando dejó de pisar el suelo de Matrassyl.

MyrdemInggala tenía la cabeza baja. Apenas llegó a la cubierta y recibió el saludo del sacerdote, levantó la cabeza, se echó hacia atrás el velo y alzó la mano en señal de despedida.

Ante la visión de aquel rostro incomparable, surgió de los muelles, las calles y los terrados próximos un murmullo que creció hasta convertirse en ovación. Así despedía Matrassyl a la reina de

reinas.

Ella no hizo ningún otro gesto; dejó caer el velo, giró sobre sus talones y descendió, perdiéndose de vista.

Mientras la embarcación levaba anclas, un joven galán de la corte se adelantó hasta el borde del muelle y recitó un poema popular: “Ella era el verano mismo”. No hubo música, ni nuevos aplausos.

Ninguno de los participantes en esa silenciosa despedida conocía los acontecimientos ocurridos en la corte esa tarde, aunque muy pronto habrían de filtrarse las noticias de hechos terribles.

Se izaron las velas. La nave del exilio se apartó lentamente del muelle e inició su travesía río abajo. El vicario de la reina oraba en cubierta. Nadie se movía en las calles, en los riscos, en los terrados. El casco de madera comenzó a encogerse con la distancia; los detalles se borraban.

Callada, la gente retornó en silencio a sus hogares, llevando sus banderas.

La corte de Matrassyl era un hervidero de facciones. Algunas se reducían a la corte misma; otras poseían apoyo nacional. De estas últimas, la que contaba con mayor apoyo era la de los Myrdólatras. La camarilla a la que se daba irónicamente este nombre se oponía al rey en casi todos los asuntos, y apoyaba a la reina de reinas.

Dentro de las agrupaciones mayores había otras menores. El propio interés hacía que cada hombre estuviera de algún modo en contra de su hermano. Se podían inventar muchas razones en pro o en contra de una unión más estrecha con Oldorando, dentro de las continuas luchas por el predominio en la corte.

Había algunos que -tal vez por odio a las mujeres se alegraban por la desgracia de MyrdemInggala. Otros -soñando quizá con poseerla- deseaban que no se fuera. Entre éstos se contaban los fervientes Myrdólatras; creían que era ella, y no el rey, quien debía quedarse. Después de todo, sostenían, si se consideraba el asunto desde el punto de vista legal -y aparte de su atractivo físico- el derecho de la reina al trono de Borlien era tan válido como el del Águila.

La envidia hacía que los enemigos del rey y los de la reina mantuvieran una constante actividad. El día de la partida de la reina muchos estaban listos para tomar las armas.

Por la mañana, el rey JandolAnganol se movió contra ellos.

Con engaños, el rey y SartoriIrvrash hicieron que los Myrdólatras se reunieran en una cámara del palacio. Eran sesenta y uno, y entre ellos había algunos, de cabellos grises, que habían servido con lealtad a los padres de MyrdemInggala, RantanOboral y Shannana la Salvaje. Acudieron indignados a la reunión, en tropel. La Guardia de la Casa Real cerró las puertas y permaneció custodiándolas. Mientras los Myrdólatras gritaban y se desvanecían por el calor, el Águila, con una expresión maliciosa en el rostro, se dirigía a una entrevista final con su hermosa reina.

MyrdemInggala estaba aún abrumada por el cambio de su fortuna. Tenía las mejillas pálidas. En sus ojos había una mirada febril. No podía comer. Se sobresaltaba por pequeñeces. Cuando JandolAnganol se presentó, la reina discutía con Mai TolramKetinet, sobre el futuro de sus hijos. Si ella estaba amenazada, también ellos lo estaban. Tatro aún era una niña, por tanto, lo más probable era que el peso de la venganza del rey cayera sobre Robayday, quien había desaparecido durante una de sus locas excursiones. La reina comprendió que ni siquiera podría decirle adiós. Y tampoco estaba ahora su hermano para ayudarle a controlar a su voluntarioso hijo.

Las dos mujeres paseaban en la penumbra del jardín de MyrdemInggala mientras Tatro jugaba con la princesa Simoda Tal, lo cual era una ironía sólo soportable si no se pensaba mucho en ella.

La reina había creado ese vergel, dirigiendo a los jardineros. Riscos artificiales y grandes árboles amparaban los senderos de la mirada de Freyr. Había suficiente sombra para que florecieran variaciones genéticas y formas melánicas de vegetación.

Las plantas de medialuz crecían junto a las de pleno día. El jeodfray, una enredadera de pleno día con flores rosadas y anaranjadas, se convertía allí en el albic, que crece poco y se pega al suelo. En ocasiones, el albic daba una grotesca vara carnosa de capullos rojos y anaranjados que atraían a las mariposas de medialuz. Había olvyl, yarrpel, idront y brooth espinoso; todas plantas que buscaban la sombra. La visparda, enamorada del suelo, producía flores encapuchadas. Era la

adaptación de una especie nocturna, el arbusto de zadal, que intentaba persistir en sitios más iluminados.

Sus súbditos le habían traído esas especies desde distintos puntos de su reino. Ella no sabía gran cosa de la astronomía que SartoriIrvrash intentaba enseñarle, ni de las lentas y morosas maniobras de Freyr en el cielo; pero conocía bien aquellas plantas, que daban instintiva respuesta vegetal a las elipses abstractas y desconcertantes de las que tanto solía hablar el canciller.

Ya no volvería a ver ese dichoso lugar. Las elipses de su propia vida conspiraban contra ella.

JandolAnganol y su canciller aparecieron en el portal. Incluso desde lejos pudo advertir la reina que deseaban conversar con ella. Vio la tensión en el porte del rey. Alarmada, apoyó la mano en el brazo de su dama de compañía.

SartoriIrvrash se acercó e hizo una reverencia. Luego se apartó con la dama de compañía, para dejar solos a los dos monarcas.

Instantáneamente, Mai prorrumpió en ansiosas protestas.

-El rey quiere matar a Cune. Sospecha que ella ama a mi hermano Hanra, pero no es cierto. Lo juro. La reina no ha hecho nada indebido. Es inocente.

-Las intenciones del rey corren por otros caminos, y no la matará -dijo SartoriIrvrash, casi sin mirar a la joven. Parecía encogido dentro de su charfrul, y tenía el rostro ceniciento-. Se aleja de la reina por motivos políticos. Cosas así han ocurrido antes.

Con impaciencia, alejó de su manga una mariposa.

-Entonces, ¿por qué hizo matar a YeferalOboral?

-Esa parte del disgusto no se debe atribuir al rey, sino a mí mismo. Basta de charla, mujer. Ve con Cune al exilio y cuida de ella. Yo espero poder mantenerme en contacto un tiempo, si la situación no cambia. Gravabagalinien no es un mal sitio.

Penetraron en una arcada y de inmediato quedaron aislados en las sofocantes complejidades de la construcción. Mai TolramKetinet preguntó con voz más serena:

-¿Qué se ha apoderado de la mente del rey?

-No conozco de él más que su ego. Y brilla como un diamante. Puede cortar cualquier otro ego. Y es incapaz de tolerar la gentileza de la reina.

Cuando la muchacha se hubo alejado, él aguardó al pie de la escalera, tratando de sosegarse. En alguna parte, arriba, se oían las voces de los diplomáticos extranjeros. Esperaban con indiferencia el desenlace del asunto, y partirían pronto, ocurriera lo que ocurriese.

-Finalmente, todo termina... -se dijo. En ese momento deseó la compañía de su esposa muerta.

Mientras tanto, la reina estaba en el jardín, escuchando la voz baja y rápida de JandolAnganol, quien intentaba descargar sobre ella sus sentimientos. MyrdemInggala retrocedía, como si se enfrentara a una ola.

-Cune, la supervivencia del reino impone nuestra separación. Conoces mis sentimientos, y sabes también que debo cumplir con mi deber.

-No, no me convencerás. Obedeces a un capricho. No es tu deber quien habla, es tu khmir.

Él sacudió la cabeza, como si intentara deshacerse del visible dolor de su rostro.

-Debo hacer esto, aunque me destruye. No deseo tener a mi lado a nadie aparte de ti. Dime que lo comprendes antes de que nos separemos.

La expresión de la reina era severa.

-Has manchado mi reputación y la de mi hermano muerto. ¿Quién, sino tú, ha dado la orden de difundir esa mentira?

-No deseo esta separación. Por favor, comprende que si lo hago es por el bien del reino.

-¿Y quién, sino tú, la ha determinado? ¿Quién sino tú es quien manda aquí? Si lo que afirmo es falso, entonces ha llegado la anarquía y no vale la pena salvar el reino.

La miró de soslayo. El Águila sufría.

-Es una política que debo seguir. No te envío a la prisión, sino al hermoso palacio de Gravabagalinien, donde Freyr tiene menos dominio sobre el cielo. Quédate allí en paz, y no conspires contra mí, o tu padre responderá por ello. Si las noticias de la guerra mejoran, quién sabe si no volveremos a reunirnos.

Ella giró y se situó frente al rey; su vehemencia le obligó a mirar ese rostro devastado.

-¿Acaso te propones, entonces, casarte con esa lasciva hija de Oldorando ahora y divorciarte más tarde, como has hecho conmigo? ¿Piensas en toda una serie de matrimonios y divorcios para salvar a Borlien? Has dicho que me envías lejos; debes saber que cuando lo hagas, me mantendré para siempre lejos de ti.

JandolAnganol extendió la mano hacia la reina, pero no se atrevió a tocarla.

-Te he dicho que en mi corazón, si crees que lo tengo, no te alejarás nunca. ¿Comprendes? Tú vives dentro de la religión y los principios. Deberías comprender qué significa ser rey.

Ella cortó una ramita de ydront y la arrojó lejos.

-Sí, me has enseñado qué es ser rey. Meter en una celda a tu padre, ahuyentar a tu hijo, difamar a tu cuñado, expulsarme a los confines del reino... ¡Eso es ser un rey! He aprendido bien la lección.

"Y por eso, Jan, te responderé en los mismos términos. No puedo evitar que me envíes al exilio, no. Pero al hacerlo, heredas todas las consecuencias de esa acción. Deberás vivir y morir ateniéndote a esas consecuencias. Esto no lo digo yo, lo dice la religión. No esperes que yo altere lo inalterable."

-Pues sí, lo espero. -El rey tragó saliva. Tomó el brazo de MyrdemInggala y lo retuvo a pesar de sus esfuerzos. La condujo por el sendero, espantando mariposas.- Espero que aún me ames, y que no dejes de hacerlo sólo por conveniencia. Espero que te pongas por encima de lo humano y que veas el sufrimiento de los demás, más allá de tu propio sufrimiento.

"Hasta hoy, en este mundo despiadado, tu belleza te ha protegido del dolor. También yo te he protegido. Debes admitir, Cune, que te he dado amparo estos años terribles. Volví del Cosgatt sólo por ti. Quería volver... ¿No será tu belleza una maldición cuando no esté junto a ti para defenderte? ¿No serás perseguida, como el ciervo en el bosque, por hombres que no se parecen a nadie que conozcas? ¿Cómo terminarás sin mí?"

"Juro que te seguiré queriendo, a pesar de mil Simodas Tal, si tan sólo me dices, al darme el último beso, que todavía me amas, a pesar de lo que tengo que hacer."

Ella se liberó de él y se apoyó contra una roca, con la cara en la sombra. Ambos estaban pálidos y transpiraban.

-Te has propuesto asustarme, y lo has conseguido. La Verdad es que me apartas de tu lado porque no te comprendes a ti mismo. En tu interior sabes que te comprendo y comprendo tus debilidades como nadie, salvo, quizá, tu padre. Y no puedes tolerarlo. Sufres porque me compadezco de ti. De modo que sí, maldito seas, ya que me lo arrancas de ese modo, sí: te quiero y te seguiré queriendo hasta que me confunda con la Observadora Original. Pero no puedes aceptarlo, ¿verdad? Eso no es lo que buscas.

-¡Basta! -la interrumpió, con furia-. Lo cierto es que me odias. Tus palabras mienten.

-¡Oh, no! -gritó salvajemente MyrdemInggala, echando a correr-. ¡Vete, vete! Estás loco. ¡Digo lo que quieres oír y te enfureces! Lo que buscas es que te odie. Sólo conoces el odio. Vete. ¡Te odio, si eso tranquiliza tu alma! JandolAnganol no intentó alcanzarla. -Entonces habrá tormenta -dijo.

El humo comenzó a descender llenando el cuenco de Matrassyl. El rey, después de separarse de MyrdemInggala, parecía un poseso. Ordenó que llevaran paja de los establos y la apilaran junto a las puertas del salón donde estaban encerrados los Myrdólatras. También se trajeron jarras de aceite de ballena purificado. JandolAnganol arrancó una antorcha encendida de la mano de un esclavo y la arrojó sobre esas materias combustibles.

Las llamas se elevaron con un rugido.

Mientras la reina partía en su embarcación, el fuego crecía. No se permitió que nadie lo combatiese. Su furia aumentó.

Sólo a la noche, mientras el rey, acompañado por su runt, bebía hasta quedar insensible, los criados acudieron con bombas y sofocaron el incendio.

Cuando el pálido Batalix apareció por la mañana, el rey, como era su costumbre, se presentó ante su pueblo a la luz del alba.

Esa vez lo aguardaba un gentío mayor que el habitual, del que brotó un aullido grave e

inarticulado, como el que podría producir un perro herido. Temeroso de esa bestia de muchas cabezas, se retiró a su habitación y se echó en la cama. Allí permaneció todo el día, sin comer ni hablar.

Al día siguiente parecía otra vez él mismo. Convocó a los ministros, dio órdenes, despidió a Taynth Indredd y a Simoda Tal. Incluso acudió unos momentos a la scritina.

Tenía motivos para actuar. Sus agentes trajeron la noticia de que Unndreid el Martillo, el Azote de Mordriat, avanzaba nuevamente hacia el sudoeste, ahora aliado con Darvlish, el enemigo de Borlien.

En la scritina, el rey explicó que la reina MyrdemInggala y su hermano YeferalOboral planeaban asesinar al embajador de Sibornal, quien había logrado huir. Por esa razón la reina había sido enviada al exilio; su interferencia en los asuntos del estado no podía tolerarse. Su hermano había sido ejecutado.

Sería una lección para todo el mundo, en esos momentos en que peligraba la nación. Él, el rey, había trazado planes para estrechar los lazos entre Borlien y sus amigos tradicionales, Oldorando y Pannoval. Revelaría esos planes a su hora. Su mirada desafiante recorrió la scritina.

Luego se levantó SartoriIrvrash, pidiendo que la scritina considerara los nuevos acontecimientos a la luz de la historia.

-Aún está fresca en nuestras mentes la Batalla del Cosgatt y sabemos que ahora existen nuevas armas ofensivas. Incluso las tribus bárbaras de los Driats tienen estas nuevas..., armas de fuego, como se llaman. Con una de éstas un hombre puede matar a un enemigo apenas lo ve. Cosas así se mencionan en las viejas historias, aunque no siempre se puede confiar en ellas.

“Sin embargo, estas armas son importantes. Habéis visto una demostración. Las construyen las naciones de Sibornal, en el gran continente del norte, que destacan en las artes de la industria. Ellas poseen depósitos de lignito y de minerales de hierro que nosotros no tenemos. Es necesario que sigamos en buena relación con esas poderosas naciones, y por esto hemos castigado con firmeza la tentativa de asesinar al embajador.”

Uno de los barones gritó iracundo desde el fondo de la scritina:

-Dinos la verdad. ¿Acaso no era Pasharatid un hombre corrompido? ¿No tenía relaciones con una muchacha borlienesa en el barrio bajo, contraviniendo sus propias leyes y las nuestras?

-Nuestros agentes están investigando -respondió SartoriIrvrash, y continuó rápidamente-. Enviaremos una delegación a Askitosh, capital de Uskutoshk, para abrir una ruta comercial, esperando que los sibornaleses sean más amistosos que hasta ahora.

“Por otra parte, el encuentro con los distinguidos diplomáticos de Oldorando y Pannoval ha tenido éxito. Como sabéis, hemos recibido de ellos algunas armas de fuego. Si podemos enviar cierta cantidad a nuestro valiente general Hanra TolramKetinet, la guerra con Randonan terminará en poco tiempo.”

Los discursos del rey y de SartoriIrvrash fueron acogidos con frialdad. En la scritina había partidarios del barón RantanOboral, padre de MyrdemInggala. Uno de ellos se puso de pie y preguntó:

-¿Debemos creer que esas nuevas armas determinaron la muerte de sesenta y un Myrdólatras? Si es así, son muy poderosas.

La respuesta del canciller fue incierta.

-Lamentablemente, los defensores de la ex reina provocaron un incendio en el castillo, y muchos de ellos perdieron la vida entre las llamas.

Cuando SartoriIrvrash y el rey abandonaron el salón, estalló una tempestad de voces.

-Prepara tu boda -dijo SartoriIrvrash-. Olvidarán su ira y se enternecerán con la belleza de la niña novia. Que la boda se realice lo antes posible, majestad. Haz que estos necios olviden una conmoción con la siguiente.

Apartó la vista para ocultar la repugnancia que le provocaba su propia actitud.

A excepción de los phagors, cuyo sistema nervioso era inmune a la expectativa, la tensión pesaba sobre todos aquellos que vivían en el castillo de Matrassyl. Pero incluso los phagors estaban

inquietos, porque el hedor de la quemazón se adhería aún a todas las cosas.

Con el ceño fruncido, el rey se retiró a sus habitaciones. Una parte de la Primera Guardia Phagor velaba ante su puerta, y Yuli permaneció junto a JandolAnganol mientras éste oraba con el vicario real en su capilla privada. Después de la plegaria, se sometió a la flagelación.

Mientras las criadas lo bañaban, llamó nuevamente a su canciller. SartoriIrvrash compareció al tercer llamado, con un charfrul sucio de tinta, y sandalias de cáñamo. El canciller parecía irritado y se detuvo ante el rey en silencio, alisándose la barba.

-¿Molesto por algo? -preguntó JandolAnganol desde la bañera. El runt estaba cerca, con la boca abierta. -Soy un anciano, majestad, y he padecido muchos disgustos en este día. Estaba descansando.

-O, más probablemente, escribiendo tu maldita historia.

-Para ser sincero, descansaba y lamentaba el asesinato de los sesenta y un Myrdólatras. El rey golpeó el agua con la palma abierta. -Eres ateo. No tienes una conciencia que apaciguar. No tienes que flagelarte. Deja eso para mí.

SartoriIrvrash hizo un gesto de circunspección.

-¿Cómo puedo servir ahora a su majestad?

JandolAnganol se puso de pie, y las mujeres lo envolvieron en toallas. Salió del agua.

-Ya has hecho bastante. -Dirigió a SartoriIrvrash una mirada oscura y brillante.- Ya es hora de que te envíe a pastar a las praderas, como esos viejos hoxneys que tanto te interesan. Buscaré como consejero a alguien que piense más a mi manera.

Las mujeres, agrupadas junto a las vasijas de tierra cocida en que habían traído el agua para el baño del rey, escuchaban complacidas el drama.

-Hay aquí muchos que fingirán pensar como lo desees. Tuya es la decisión de poner en ellos tu confianza. Tal vez quieras decirme en qué no he logrado servirte bien. ¿Acaso no he apoyado todos tus planes?

El rey se quitó las toallas con un gesto violento y echó a andar de un lado a otro, desnudo y amenazador. Su mirada era tan errática como su marcha. Yuli relinchaba, expresando así su simpatía.

-Mira los problemas que me rodean. Bancarrota. No tengo reina. No soy popular. Ataques en la scritina. Desconfianza. No me dirás que seré un favorito de la multitud cuando me case con esa chiquilla de Oldorando. Tú me has aconsejado que lo haga, y ya tengo bastante de tus consejos.

SartoriIrvrash había retrocedido hasta una pared, donde estaba algo más seguro de las idas y vueltas del rey. Se retorcía las manos con angustia.

-Si puedo hablar... Te he servido fielmente, y también a tu padre. He mentido por ti. Hoy he vuelto a mentir. Por ti me he mezclado en este horrible crimen de los Myrdólatras. A diferencia de otros cancilleres que podrías encontrar, no tengo ambiciones políticas... Su majestad me salpica...

-¡Crimen! De modo que tu soberano es un criminal, ¿verdad? ¿Cómo podría haber sofocado la revuelta?

-Te he aconsejado pensando en tu bien, y no en mi beneficio. Y nunca más que en el lamentable asunto del divorcio. Te dije, recuerda, que jamás encontrarías a otra mujer como la reina y que...

El rey tomó una toalla y se envolvió con ella la estrecha cintura. A sus pies se formó un charco de agua.

-Me has dicho que mi primer deber era mi reino. Por eso hice ese sacrificio, porque tú me lo aconsejaste así.

-No, majestad, no... Yo sólo... -Abrió las manos consternado.

-Yo zzzolo -repitió Yuli.

-Sólo quieres un chivo expiatorio en quien descargar tu ira, señor. No deberías despedirme así. Es criminal.

Sus palabras resonaron en el cuarto de baño. Las mujeres hicieron ademán de retirarse, pero luego se quedaron donde estaban, por miedo a que el rey se volviera contra ellas.

JandolAnganol se dirigió a su canciller con el rostro enrojecido.

-Criminal, dices de nuevo. ¿Soy un criminal? Y tú, ¿te atreves a insultarme y a darme órdenes? Ajustaré las cuentas contigo.

Fue hasta donde estaban sus ropas dispersas.

Aterrorizado por haber ido demasiado lejos, SartoriIrvrash dijo con voz temblorosa:

-Perdón, majestad, ahora comprendo tu plan. Al despedirme, podrás echar sobre mí la culpa de lo que ha ocurrido ante la scritina, y demostrar tu inocencia. Como si la verdad pudiera modelarse así... Es una táctica muy utilizada, y también transparente; pero sin duda podríamos arreglar la manera precisa...

Titubeó y calló. Una luz enfermiza llenaba la habitación. Afuera, en la masa de nubes, centelleaba una tempestad auroral. El rey había desenvainado su espada y la esgrimía contra su canciller.

SartoriIrvrash retrocedió, derribando una jarra de agua sobre el suelo embaldosado.

JandolAnganol inició un complejo juego con un enemigo invisible; a veces parecía atacar y otras defenderse mientras se desplazaba por la habitación. Las mujeres se apretujaban contra la pared, sonriendo con nerviosismo.

-¡Ja! ¡Jo! ¡Ja! ¡Hum!

Cambió de dirección y la hoja desnuda se lanzó contra el canciller.

La detuvo a un centímetro del cuello de SartoriIrvrash, y dijo:

-¿Dónde está Robayday, viejo villano? Bien sabes que sería capaz de tomar mi vida.

-Conozco la historia de tu familia, señor -dijo el canciller, cubriéndose el pecho con las manos en un gesto inútil.

-Debo ocuparme de mi hijo. Lo tienes escondido en tus habitaciones.

-No, señor; eso no es verdad.

-Me han dicho que sí, señor, me lo ha dicho tu guardián phagor. Y susurró también que aún tienes un poco de sangre en tu eddre.

-Señor, estás abrumado por todo lo que has sufrido. Si me das permiso...

-Acero en la garganta te daré, por la confianza que mereces... Tienes un visitante en tus habitaciones.

-No es más que un jovencito de Morstrual, señor.

-Así que ahora te dedicas a los jovencitos... -De pronto el rey pareció perder interés por el tema. Con un grito, lanzó hacia arriba su espada, que se clavó en las vigas. Cuando se estiró para aferrar el pomo, la toalla que lo cubría cayó al suelo.

SartoriIrvrash se inclinó para recogerla y dijo, titubeando:

-Comprendo la razón de tu locura y reconozco que...

En lugar de tomar la toalla, el rey aferró el charfrul del canciller y giró sobre sí mismo. La toalla salió volando. El canciller lanzó un grito de alarma. Resbaló y ambos cayeron sobre el suelo mojado.

El rey se incorporó con la agilidad de un gato, indicando a las mujeres que ayudaran a SartoriIrvrash. Éste gimió llevándose las manos a la espalda mientras dos criadas lo sostenían.

-Y ahora vete -dijo el rey-. Y prepara tu equipaje, antes de que te demuestre mi locura. Sé que eres un ateo y un Myrdólatra; no lo olvides.

En sus habitaciones, el canciller SartoriIrvrash hizo que una esclava le masajeara la espalda con ungüentos, permitiéndose algunos gruñidos de satisfacción. Su guardián personal, el phagor Lex, miraba impasible.

Un rato más tarde, pidió un poco de zumo de squaanej con hielo de Lordyardry, y se aplicó laboriosamente a escribir una carta al rey, tocándose la columna vertebral entre frase y frase.

Dignísimo señor:

He servido fielmente a la Casa de Anganol, y merezco su benevolencia. Todavía estoy dispuesto a servir, a pesar del ataque contra mi persona, porque conozco el actual sufrimiento de su majestad.

En lo que concierne a mi ateísmo y a mis conocimientos, que tan a menudo objetas, deseo señalar que son una y la misma cosa, y que mis ojos están abiertos a la verdadera naturaleza de nuestro mundo. No deseo inducirte a abandonar tu fe, sino explicarte que es ella quien te ha colocado en tu difícil situación actual.

Yo veo nuestro mundo como una unidad. Ya conoces mi descubrimiento de que el hoxney es un animal a rayas, a pesar de que las apariencias digan lo contrario. Este descubrimiento tiene vital importancia, porque vincula las estaciones de nuestro Gran Año y aporta nueva comprensión al respecto. Muchas plantas y animales pueden recurrir a sistemas similares para perpetuar su especie a través de las variaciones del clima.

¿Podría ser que la humanidad tuviera, en las creencias religiosas, su peculiar sistema de perpetuación? ¿Qué éste sólo fuera diferente en la medida en que la humanidad difiere de las bestias? La religión es una fuerza social capaz de dar unidad a los hombres en épocas de extremado frío o, como ahora, extremado calor. Esa fuerza, esa cohesión, es valiosa, porque conduce a nuestra supervivencia en organismos tribales o nacionales.

Pero la religión no debe regir nuestras vidas ni nuestro pensamiento individual. Si sacrificamos demasiado a la religión, nos convertimos en sus prisioneros, como los Madis son prisioneros del uct. Perdona que señale esto, señor; quizá no te agrade, pero demuestras tal sumisión a Akhanaba...

Se detuvo; como de costumbre, iba demasiado lejos. Si el rey leía esa frase, acabaría con él. Buscó una nueva hoja de pergamino y escribió una Versión modificada de la carta anterior. Pidió a Lex que la entregara.

Luego se echó a llorar.

Durmió. Más tarde, al despertar, vio que Lex estaba de pie junto a él. Hacía tiempo que se había acostumbrado al silencio de los phagors; aunque los odiaba, eran menos fastidiosos que los esclavos humanos.

Su reloj de mesa le dijo que era casi la vigésima quinta hora. Bostezó, se desperezó y se puso una vestidura más abrigada. La aurora fluctuaba sobre el patio desierto. El palacio dormía, con la única posible excepción del rey...

-Lex, debemos ir a hablar con nuestro prisionero. ¿Le has llevado comida?

El phagor, inmóvil, respondió:

-El prisionero tiene comida, señor. -Hablaba en voz baja y zumbaste, y el tratamiento sonaba como “zzeñorrr”. Su Olonets era bastante limitado, pero SartoriIrvrash, por su rechazo a los phagors, se negaba a aprender el Hurdhu.

Entre los estantes, que cubrían la mayor parte de una larga pared, había un armario. Lex lo apartó de la pared haciendo que girara sobre unas bisagras, revelando una puerta de hierro. Con torpeza, el ser de dos filos insertó una llave en la cerradura y la hizo girar. Abrió la puerta; el hombre y el phagor entraron en una celda secreta.

Ésta había sido antes una habitación independiente. En los días de VarpalAnganol el canciller había hecho tapiar la puerta exterior, y ahora sólo se podía acceder a la celda a través de su estudio. Fuertes barrotes cubrían la ventana. Desde el exterior, ésta se perdía entre el desorden de la fachada.

En el denso aire de la habitación zumbaban las moscas, que no dejaban de posarse sobre la mesa y las manos de Billy Xiao Pin.

Billy estaba sentado en una silla y encadenado a una fuerte argolla enclavada en el suelo. Su ropa estaba manchada de transpiración. El hedor de la habitación era insoportable.

SartoriIrvrash sacó una bolsita de scantiom, pellamonte y otras hierbas y la apretó contra su nariz. Indicó un cubo situado algo más lejos.

-Vacía eso. -Lex se dispuso a obedecer.

El canciller colocó una silla más allá del alcance de cualquier movimiento que pudiera hacer su prisionero. Se sentó con cuidado, para no maltratar su espalda, quejándose. Antes de hablar encendió un largo veronikano.

-Has estado aquí durante dos días, BillishOwpin. Tendremos una nueva conversación. Soy el canciller de Borlien y, si me mientes, tengo pleno derecho a torturarte. Te has presentado aquí como

el alcalde de una ciudad del golfo de Chalce. Luego, cuando te encerré, dijiste que era una persona mucho más importante, venida de un mundo situado encima de éste. ¿Quién eres hoy? ¡Ahora la verdad!

Billy secó su rostro con la manga y respondió:

-Señor, yo conocía la existencia de esta habitación secreta antes de llegar aquí; puedes creerlo. Sin embargo, ignoro muchos aspectos de vuestras costumbres. Mi error inicial consistió en simular ser alguien que no soy, pero lo hice pensando que si te decía la verdad no me creerías.

-Puedo afirmar sin resultar pedante que soy uno de los más notorios buscadores de la verdad de mi generación.

-Lo sé, señor. Déjame, entonces, en libertad. Déjame seguir a la reina. ¿Por qué me tienes aquí si no intento nada malo?

-Te encierro para poder sacarte lo que me sirva. Ponte de pie.

El canciller examinó a su cautivo. En efecto, había en él algo extraño. Su contextura no era delicada como la de los campannlatianos, ni tenía la forma de tonel de esos seres humanos defectuosos, a veces exhibidos en las ferias, cuyos antepasados (según la opinión médica) habían escapado a la casi universal fiebre de los huesos.

Su amigo CaraBansity, en Ottassol, habría dicho que era la estructura ósea básica la causa de la peculiar redondez de sus rasgos. La textura de su piel era lisa y poseía una notable palidez, aunque la punta de la nariz estaba quemada por el sol. El cabello era fino.

Y había diferencias más sutiles, como la especial mirada del cautivo, y su duración. Parecía apartar la vista cuando escuchaba, mirando a SartoriIrvrash sólo cuando hablaba, aunque la causa de esto podía ser también el miedo. Con frecuencia miraba hacia arriba, y no hacia abajo. Y hablaba Olonets con acento extranjero.

El canciller observó todo esto antes de decir:

-Háblame de ese mundo del que, según afirmas, provienes. Yo soy un hombre racional, y escucharé sin prejuicios lo que tengas que decir. -Aspiró el humo y tosió.

Lex regresó con el cubo vacío, y permaneció inmóvil junto a la pared, clavando su mirada color cereza en un lugar indefinido del centro de la habitación.

Cuando Billy volvió a sentarse, sus cadenas rechinaron. Apoyó sus engrilladas muñecas en la mesa y dijo:

-Piadoso señor, vengo, como te he dicho, de un mundo mucho más pequeño que el tuyo. Un mundo que tiene, quizás, el tamaño de la colina donde está enclavado el castillo de Matrassyl. Ese mundo se llama Avernus, aunque vuestros astrónomos le dan, desde hace mucho, el nombre de Kaidaw. Se encuentra a unos 1.500 kilómetros por encima de Heliconia, con un período orbital de 7.770 segundos, y...

-Espera. ¿Sobre qué se apoya esa montaña? ¿Sobre el aire?

-No hay aire alrededor de Avernus. En realidad, Avernus es una luna de metal. No, no existe esa palabra en Olonets, puesto que Heliconia no tiene ahora una luna natural. Avernus gira en torno de Heliconia, como Heliconia lo hace en torno de Batalix. Viaja a través del espacio, y se mueve sin cesar, como Heliconia. De otro modo, caería, víctima de la gravitación. Pienso que comprendes este principio, señor, ¿no es verdad? Conoces las verdaderas relaciones entre Heliconia por una parte, y Batalix y Freyr por la otra.

-Comprendo perfectamente lo que dices. -Dio una palmada a la mosca que se movía sobre su calva.- Hablas con el autor de «El Alfabeto de la Historia y la Naturaleza», obra en que busco sintetizar todos los conocimientos. Pocos hombres comprenden, y yo soy uno de ellos, que Freyr y Batalix giran en torno de un mismo punto, en tanto que Copaise, Aganiz e Ipocrece giran, con Heliconia, alrededor de Batalix. Además, la cosmología nos informa que estos mundos hermanos han nacido de Batalix, como nacen los hombres de sus madres, y Batalix, de Freyr, que es su madre. En cuanto al reino de los cielos, me halaga decirlo, me encontrarás bien informado.

Alzó la vista al cielo raso y lanzó una bocanada de humo contra las moscas.

Billy carraspeó.

-Pues no es del todo así. Batalix y sus planetas forman un sistema solar relativamente antiguo

que fue capturado por un astro mucho más grande, al que llamas Freyr, hace unos ocho millones de años.

El canciller se movió inquieto; cruzó y descruzó sus piernas. Con expresión irritada, dijo:

-Entre los obstáculos al conocimiento se cuentan las persecuciones de quienes buscan el poder, las dificultades de la investigación y, en particular, el error en la determinación de lo que debe investigarse. He establecido todo esto en el primer capítulo.

"Es evidente que tú posees cierto conocimiento, pero lo traicionas al confundirlo con falsedades por tus propios motivos. Recuerda que la tortura es amiga de la verdad, BillishOwpin. Yo soy un hombre paciente, pero esta loca charla de millones me irrita. Tus cifras no lograrán impresionarme, cualquiera puede inventarlas al azar."

-No invento nada, señor. ¿Cuántas personas habitan Campannlat?

El canciller enrojeció.

-Unos cincuenta millones, según los mejores cálculos.

-No, señor. Sesenta y cuatro millones de personas, y treinta y cinco millones de phagors. En los tiempos de VryDen, a quien te complaces en citar, había ocho millones de humanos y veintitrés de phagors. La biomasa está en relación proporcional con la cantidad de energía que llega a la superficie del planeta. En Sibornal hay...

SartoriIrvrash sacudió las manos.

-Basta... Tratas de confundirme. Vuelve a la geometría de los soles. ¿Te atreves a afirmar que no existe una relación de sangre entre Freyr y Batalix?

Billy dejó de mirar sus manos y dirigió la vista, de soslayo, al anciano sentado fuera de su alcance.

-Si te digo lo que en verdad ocurrió, venerable canciller, ¿me creerás?

-Eso depende de lo creíble que sea tu historia. -Dejó escapar una bocanada de humo.

Billy Xiao Pin dijo:

-Apenas si he podido vislumbrar la hermosura de tu reina. ¿Qué sentido puede tener que esté aquí, que muera aquí, si no te digo esa gran verdad? -Pensó en MyrdemInggala avanzando gloriosamente entre sus etéreas muselinas.

Y comenzó. El phagor estaba junto a la pared manchada; el anciano, sentado en esa silla que crujía. Las moscas zumbaban. No llegaba ningún ruido del mundo exterior.

-Cuando venía hacia aquí vi una pancarta que decía, en Olonets, "Toda la sabiduría del mundo ha existido siempre". No es cierto. Puede ser verdad para los religiosos, pero no para los hombres de ciencia. La verdad reside en hechos que se deben descubrir con dificultad y en hipótesis sometidas a control continuo... Aunque, en el lugar de donde vengo, los hechos han ocultado la verdad. Como dices, muchos obstáculos se oponen al conocimiento, y a la meta estructura de conocimiento que llamamos ciencia.

"El Avernus es un mundo artificial. Es una creación de la ciencia y de su aplicación, a la que denominamos tecnología. No conoces esa palabra. Te sorprenderá saber que mi raza, que ha evolucionado en un planeta distante llamado Tierra, es más joven que la vuestra. Hemos sufrido menos desventajas naturales que vosotros".

Se interrumpió, casi espantado al oír la palabra Tierra dicha en un lugar como ése.

-De modo que no te mentiré, aunque te advierto que lo que diga podría no concordar con la visión que tienes del mundo, canciller. Quizá te escandalice, aunque eres el hombre más ilustrado de tu raza.

SartoriIrvrash arrojó al suelo su veronikano y se llevó una mano a la cabeza. Le dolía. La habitación era sofocante. No podía seguir bien el discurso del joven extranjero, ni apartar de su mente la imagen del rey desnudo y su espada clavada en una viga. El prisionero continuaba.

En el mundo de Billy, el cosmos era tan familiar como un jardín detrás de la casa. Ahora hablaba con serenidad de una estrella amarilla del tipo G4 que tenía unos cinco mil millones de años. Apenas si era luminosa, y su temperatura no sobrepasaba los 5.600 K. Era el sol llamado Batalix. Luego describió su único planeta habitado, Heliconia, un planeta muy similar a la distante Tierra,

pero más frío, más gris, más viejo, con procesos vitales más lentos. A lo largo de muchos eones, las especies de su superficie evolucionaron desde su estado de bestias hasta convertirse en una especie dominante.

Ocho millones de años antes (según el cálculo terrestre del tiempo), Batalix y su sistema habían penetrado en una región del espacio más habitada. Había allí dos estrellas, que Billy llamó A y C, girando una en torno de la otra. Batalix fue arrastrado al gran campo gravitacional de A. En la serie de perturbaciones que siguieron, la estrella C se perdió y A adquirió una nueva compañera, Batalix.

A era muy diferente de Batalix. Aunque sólo tenía entre diez y once millones de años de edad, se había apartado de la secuencia más común y estaba entrando en la ancianidad estelar. Su radio era más de setenta veces superior al de Batalix; su temperatura, el doble. Era una súper gigante del tipo A.

Por más que lo intentaba, SartoriIrvrash no podía escuchar con atención. Un sentimiento de desastre se estaba apoderando de él. Su visión se hacía borrosa, y el sonido de sus palpitaciones parecía llenar la celda. Apretó su bolsita de scantiom contra la nariz para respirar mejor.

-Es suficiente -dijo, interrumpiendo las palabras de Billy-. La historia conoce muchos casos de otros como tú que hablan con palabras extrañas, y se burlan de los sabios. Quizá sea una ilusión causada por... No sería raro. Hace apenas dos días, cincuenta horas, la reina de reinas abandonó Matrassyl acusada de conspiración, y sesenta y un Myrdólatras fueron cruelmente asesinados... Y tú me hablas de soles que vuelan aquí y allá al impulso de su fantasía...

Billy repiqueteó con los dedos de una mano sobre la mesa y alejó las moscas con la otra. Lex estaba cerca, inmóvil como un mueble, con los ojos cerrados.

-Yo mismo soy un Myrdólatra -continuó el canciller-. Tengo gran parte de responsabilidad en esos crímenes. Estoy demasiado acostumbrado a servir al rey... y él está demasiado acostumbrado a servir a la religión. La vida era tan plácida... Ahora, ¿quién sabe qué nuevo disgusto nos traerá el mañana?

-Estás demasiado sumido en tus propios pequeños asuntos -dijo Billy-. Eres como mi Consejero en Avernus. Él no cree del todo en la realidad de Heliconia. Tú no crees del todo en la realidad del universo. Tu umwelt no es más grande que este palacio.

-¿Que es umwelt?

-La zona que abarca tu percepción.

-Si pretendes saber tanto, ¿es correcta mi percepción de que el hoxney es un animal que tenía rayas de colores durante la primavera del Gran Año?

-Así es. Los animales y las plantas adoptan distintas estrategias para sobrevivir a los tremendos cambios del Gran Año. Hay biologías y botánicas binarias; algunas siguen a una de las estrellas, como en el pasado, y algunas a la otra.

-Vuelves a tus soles ambulantes. Es mi firme creencia, establecida a lo largo de treinta y siete años, que nuestros dos soles han sido puestos en el cielo para que jamás olvidemos nuestra doble naturaleza... El cuerpo y el espíritu, la vida y la muerte, y las dualidades más generales que gobiernan la vida humana: el calor y el frío, la luz y la oscuridad, el bien y el mal.

-Has dicho que la historia ha conocido gente como yo, canciller. Quizá fueran otros visitantes del Avernus, que intentaron revelarla verdad pero tampoco fueron escuchados.

-¿Revelaciones acerca de locas geometrías? ¡Entonces perecieron! -SartoriIrvrash se puso de pie, con los dedos apoyados en la mesa y el ceño fruncido.

También Billy se puso de pie, penosamente, haciendo sonar las cadenas.

-La verdad puede liberarte, canciller. No importa lo que creas, esas “locas geometrías” rigen el universo. Lo sabes a medias. Respeta tu propio intelecto. Da un paso y libérate de tu umwelt. La vida que prolifera en Heliconia es un producto de esas locas geometrías que desprecias.

“El sol del tipo A que llamas Freyr es un gigantesco reactor de hidrógeno, que emite alta energía. Cuando Batalix empezó a girar a su alrededor con sus planetas, hace ocho millones de años, sufrió el bombardeo de los rayos X y las radiaciones ultravioletas. El efecto en la perezosa biosfera heliconiana de ese momento fue muy profundo. Hubo rápidos cambios genéticos. Ocurrieron grandes mutaciones. Algunas formas nuevas sobrevivieron. En particular, una especie animal se desarrolló y

desafió la supremacía de que gozaba antes una especie mucho más antigua...”

-¡Basta! -exclamó SartoriIrvrash con un gesto de disuasión-. ¿Cómo puede ser que una especie se convierta en otra? ¿Puede un perro convertirse en arang, o un hoxney en un kaidaw? Todo el mundo sabe, al menos, que cada animal tiene su sitio, y también el hombre. Así lo ha dispuesto el Todopoderoso.

-¡Eres ateo! ¡No crees en el Todopoderoso!

El canciller movió la cabeza, confundido.

Prefiero su imperio al de tus locas geometrías... Esperaba poder ofrecerte al rey JandolAnganol como regalo, pero lo volverías más loco de lo que ya está.

Abrumado, SartoriIrvrash comprendió que no había forma racional de aplacar al rey. El mismo tampoco se sentía muy racional. Mientras escuchaba a Billy recordaba a otro joven loco, el hijo del rey, Robayday. Antes había sido un niño encantador, pero luego se apoderó de él una loca fantasía, abrazando el desierto como una madre ardiente... Hábil para la caza, a veces perdía el sentido por completo... La plaga de sus antepasados...

Meditó en su propia larga lucha por comprender el sentido del mundo. ¿Cómo podía ser que un problema absolutamente omnipresente preocupara a tan pocos?

Billy podía ser sólo un producto de su fatigada imaginación, de la zona más oscura de su conciencia, enviada para acosarlo.

Se volvió al phagor.

-Vigílalo, Lex. Por la mañana decidiré qué hacer con él y con sus umwelts.

En su dormitorio, la soledad abrumó al canciller. ¡El rey lo había arrojado al suelo! Le dolía la columna vertebral; sentía cómo el paso de los años le había resecado y afeado el cuerpo. Los días contenían tanta vergüenza... Llamó a su esclava, quien acudió con reticencia, como él mismo acudiera al llamado del rey.

-Masajea mi espalda-ordenó.

Ella se apoyó contra él, moviendo su mano ruda pero suave desde la nuca hasta la pelvis. Él olía a veronikano, a phagor, a orina. Ella era una joven de Randonan, con marcas tribales en las mejillas. Olía a frutas. Un rato más tarde, giró en su cama y se colocó de frente a la mujer, con el prodo erecto. Éste era el único alivio tanto de creyentes como de ateos, el único refugio de la abstracción. SartoriIrvrash deslizó una mano entre los morenos muslos y acarició con la otra los pechos de la esclava por debajo de su camisa.

Ella lo atrajo hacia sí.

En el Avernus se firmó una petición para que una partida descendiera a la superficie de Heliconia a rescatar a Billy Xiao Pin. No fije tomada en serio. El contrato de Billy establecía claramente que no recibiría ayuda, cualesquiera que fuesen las dificultades que encontrase. Eso no impidió, sin embargo, que muchas jóvenes de la familia Pin amenazaran con quitarse la vida si el gobierno no actuaba de inmediato.

Pero las labores de la estación continuaron como en los últimos treinta y dos siglos. Poco sabían los avernianos de la forma en que los tecnócratas terrestres los habían programado para la obediencia. Las grandes familias seguían analizando toda nueva información, y los sistemas automáticos, transmitiendo mensajes a la Tierra.

Gigantescos auditorios en forma de conchas de caracol rodeaban aquel distante planeta.

Para los terrestres, los acontecimientos de Heliconia eran noticia. Las señales se recibían primero en Charon, en las periferias extremas del sistema solar. Allí eran de nuevo analizadas, clasificadas, almacenadas y transmitidas. La emisión más popular llegaba a la Tierra a través del Canal de Educcimiento que transmitía continuas piezas teatrales del sistema binario. Los eventos de la corte del rey JandolAnganol alcanzaban la mayor audiencia. Y esas noticias tenían mil años de antigüedad.

Los receptores formaban parte de una sociedad global que sufría un cambio tan profundo como cualquiera de los que ocurrían en Heliconia. El Ocaso de los Tiempos Modernos había sido estimulado por el gran incremento de las glaciaciones en los polos terráqueos, lo cual condujo a la

Gran Edad Glacial. En el siglo noveno del sexto milenio del nacimiento de Cristo, los glaciares retrocedieron otra vez y los habitantes de la Tierra se desplazaron hacia el norte siguiendo las huellas del deshielo. Las viejas antipatías raciales y nacionales quedaron en suspenso. Prevalecía un espíritu apropiado al clima congenial de la Tierra, donde las sofisticadas sensibilidades eran dirigidas hacia la exploración de la relación entre la biosfera, sus entidades vivientes y la propia esfera gubernativa.

Surgieron por vez primera dirigentes y hombres de estado apoyados por sus pueblos. Compartían una visión real e inspiraban a su gente. Era evidente que el drama del lejano planeta Heliconia estaba siendo estudiado a la vez como objeto de locura y como un interminable tejido de circunstancias.

Millones de terrestres habían acudido a las grandes conchas de caracol para observar la partida de la reina, la quema de los Myrdólatras, la disputa entre el rey y su canciller. Aquellos eran eventos contemporáneos porque influían en el clima emocional de los que observaban las imágenes gigantescas. Pero los acontecimientos también eran fósiles, comprimidos en el estrato de luz en que habían llegado. Parecían estallar con calor y vida renovados al alcanzar la conciencia de los seres humanos terrestres, como los árboles enterrados en la Edad del Carbón ceden ante la energía solar cuando el carbón arde en una parrilla.

Aquellos fuegos no alcanzaban a todos. En algunos distritos Heliconia era considerada una reliquia de una era pretérita, de un período de historia turbulenta que era preferible olvidar cuando los asuntos humanos habían sido apenas mejor manejados en la Tierra que en Heliconia. Los nuevos hombres volvieron sus rostros hacia una nueva forma de vida en la que los humanos y sus máquinas no tenían por qué tener la última palabra. Algunos de los que perseguían aquellos objetivos aún encontraron tiempo para alegrarse por el huraño SartoriIrvrash o para convertirse en Myrdólatras.

Eran muchos los seguidores terrestres de la reina, incluso en las nuevas tierras. Día y noche ellos esperaban sus fósiles noticias.

BILLY CAMBIA DE CUSTODIA

Ya fuera Akhanaba o las “locas geometrías” quien gobernaba los acontecimientos de Matrassyl; ya estuvieran esos acontecimientos ordenados de antemano o fueran consecuencia del azar; ya reinara el determinismo o el libre albedrío, lo cierto fue que para Billy Xiao Pin las siguientes veinticinco horas resultaron miserables. Los brillantes colores que percibiera al llegar a Heliconia se habían desvanecido. Todo era una pesadilla.

La noche de ese día de invierno durante el Gran Verano en que el canciller SartoriIrvrash había interrogado a Billy, hubo un período de casi cinco horas en que ni Freyr ni Batalix estuvieron en el cielo.

En el horizonte del norte se podía ver, muy bajo, el cometa de YarapRombry. Luego una enfermiza niebla lo devoró. El thordotter, en vez de soplar como se esperaba, había enviado la niebla en su reemplazo.

La niebla llegó por donde se había marchado MyrdemInggala: por el río. Primero se hizo sentir en las espaldas desnudas de los trabajadores portuarios y en quienes se ganaban la vida en la confluencia del Valvoral y el Takissa.

Algunos llevaron con ellos ese insidioso elemento hasta sus casas, las cuales se levantaban en las humildes calles detrás de los muelles. Sus esposas, espiando el exterior mientras cerraban las ventanas con postigos, veían cómo todo se convertía en una enorme masa color sepia.

La masa se elevó hacia lo alto de los riscos, artera como una enfermedad, y penetró en los muros del castillo.

Los soldados de uniformes ligeros, y los phagors de grueso pelaje esparcieron la infección mientras patrullaban, tosían, eran devorados por ella. Al poco tiempo el palacio se convirtió en un lugar espectral. La niebla entró silenciosa y tristemente a las habitaciones desiertas donde había vivido la reina MyrdemInggala.

El invasor también halló el camino al mundo subterráneo. Estornudaba entre ese nido de exclamaciones, plegarias, gongs, postraciones, procesiones y supresiones donde se manufacturaba la santidad; allí su increíble aliento se mezcló con las exhalaciones de los fieles congregados, creando halos purpúreos en torno de los cirios, como si sólo por éstos hubiera sido bienvenida. Se enroscó entre los pies desnudos, sobre el suelo, y descubrió los lugares recónditos de la montaña, los mismos lugares a los que fue conducido Billy Xiao Pin.

Cuando SartoriIrvrash se hubo marchado, Billy apoyó la cabeza en la mesa, dejando correr sus tumultuosos pensamientos. Intentó refrenarlos, pero desaparecieron como criminales, saltando una pared. ¿No había descrito él una vez Heliconia como "una forma de discusión"? Pues bien; no se podía discutir con la realidad. Recordaba sus vanos debates acerca de ella con su Consejero, en Avernus. Ahora había tomado una dosis de realidad, y moriría por ello.

Los criminales pensamientos entraron nuevamente en acción, pero se retiraron cuando el perruno Lex puso ante él un bol de comida.

-Comer -ordenó el ser de dos filos, cuando Billy alzó sus ojos velados.

El bol contenía una especie de papilla sobre la cual había trozos de frutas de vivos colores. Tomó una cuchara de plata y empezó a comer. Era insípido. Después de unas pocas cucharadas, sintió sueño. Apartó el bol, gimiendo, y apoyó la cabeza en la mesa. Las moscas descendieron sobre la comida y su mejilla inerme.

Lex se dirigió hasta la pared opuesta a la puerta por donde él y el canciller solían entrar, y golpeó uno de los paneles de madera. Otros golpes respondieron; él volvió a dar dos golpes muy espaciados. Una parte del panel se abrió, levantando polvo.

En la celda entró una hembra phagor, con los movimientos deslizantes de su especie. Sin vacilar, ella y Lex alzaron al paralizado Billy y lo llevaron al estrecho pasadizo que acababa de aparecer. Ella puso el panel en su posición original y corrió el cerrojo.

El palacio contenía numerosos pasadizos olvidados; éste parecía haber estado en desuso durante siglos. Los dos grandes phagors ocupaban su ancho por completo.

En el palacio de Matrassyl los esclavos phagor eran tan comunes como los soldados phagor. Siempre que se los utilizaba como albañiles, tarea para la cual tenían una tosca pero eficaz aptitud, excavaban y techaban huecos en los muros, empleándolos luego para sus propios fines.

Billy, paralizado pero consciente, se vio transportado por escaleras y recovecos que no parecían desembocar en ninguna parte. Su cabeza colgaba sobre el hombro de la gillot, chocando contra sus omóplatos a cada paso.

Se detuvieron al nivel del suelo. El aire era húmedo. En alguna parte -fuera de su vista ardía una antorcha. Unos goznes rechinaron. Ahora lo hacían descender por una puerta trampa. Dejó escapar un breve gemido de terror.

Cuando bajó la vista apareció la antorcha, que fue eclipsada por una cabeza peluda. Estaba en un lugar subterráneo, sostenido por manos de tres dedos. Pupilas rojas y moradas ardían en la oscuridad. La puerta trampa se cerró, y largos ecos repitieron el golpe.

No podía ver otra cosa que una monstruosa espalda. Otra puerta, una nueva espera, más escaleras, más susurros. Se desvaneció, aunque continuó consciente de las sacudidas de un descenso que le pareció interminable.

Lo hacían caminar como a un borracho. Sentía los pies muertos. Por supuesto, habían puesto una droga en su comida. Con la cabeza caída a un lado, creyó encontrarse en una gran cámara subterránea, y que lo conducían por una pasarela de madera colocada cerca del techo. De la pasarela colgaban banderas. Más abajo había reunidos muchos seres humanos, descalzos y vestidos con túnicas. Recordó su nombre: monjes. Estaban sentados ante largas mesas atendidas por phagors. Billy Xiao Pin recuperó la memoria; recordó los monasterios al pie de la colina donde había comprado un waffle. Era conducido por el laberinto sagrado abierto en la roca debajo del palacio de JandolAnganol.

Empezó a revivir. Dos phagors -dos gillots- lo escoltaban. Probablemente Lex había regresado junto al canciller, quien sin duda estaría durmiendo. Llamó a los monjes con voz débil, pero nadie podía escucharlo entre aquel bullicio. Salieron del espacio iluminado.

Más corredores. Intentó protestar, pero las hembras le obligaron a apresurar el paso. En el muro de piedra había una franja de bajorrelieves; quiso tocarla, pero se lo impidieron.

De nuevo hacia abajo.

Oscuridad total; olor a río y cosas no nacidas.

-Dejadme, por favor. -Eran sus primeras palabras. Se abrió una puerta.

Ahora entraba en un mundo diferente, el reino subterráneo de los phagors. Hasta el aire era distinto, así como los sonidos y los olores. Había agua que rezumaba. Las proporciones eran otras: los pasillos anchos y bajos, cavernosos. El suelo, áspero, se elevaba. Era como estar dentro de una boca muerta.

En Avernus, nada había preparado a Billy para esta aventura. Una muchedumbre de phagors se reunía para examinarlo, acercando sus caras bovinas. Estaba ante un consejo de seres de dos filos, hombres y mujeres. En unos nichos abiertos en las paredes se encontraban sus tótems, los antepasados que se hundían cada vez más en el estado de brida; el más antiguo era como una pequeña muñeca negra, casi por completo hecha de queratina. El joven kzahhn Ghht-Yronz Tharl presidía el consejo.

Ghht-Yronz Tharl era apenas un creaght. El denso pelaje blanco de sus hombros conservaba aún las puntas rojas. Sus largos cuernos curvos tenían pintado un dibujo en espiral. Mantenía la cabeza baja, con gesto agresivo, para no rozar el cielo raso con las puntas de los cuernos.

La forma de la cámara se asemejaba a un círculo; el techo era muy irregular y mal terminado. El auditorio -si se podía aplicar el término a una audiencia no humana- estaba dispuesto formando una rueda, en cuyo centro, rígido, se encontraba Ghht-Yronz Tharl.

Los ejes de esa rueda estaban formados por reclinatorios; junto a ellos, los miembros del consejo permanecían de pie, inmóviles, moviendo a lo sumo un hombro o una oreja. Había una artesa frente a cada reclinatorio, unida por un trozo de cadena. El perímetro de la rueda estaba recorrido por una canaleta abierta en el piso.

La niebla parecía haber penetrado allí, o tal vez sucedía que el extraño aliento de la raza de dos filos daba una luminosidad azul a las antorchas. Mientras era manoseado y examinado, Billy advirtió la existencia de rampas, algunas de las cuales subían mientras otras de aspecto poco acogedor parecían conducir aún más hacia abajo.

Tuvo una idea: en esas cavernas se amontonaban los phagors para escapar del calor; llegaría un momento en que los seres humanos se apretujarían allí para huir del frío. Y entonces los phagors se apoderarían del mundo exterior.

Se estableció algún tipo de orden, y comenzó el interrogatorio. Era evidente que Lex había informado a Ghht-Yronz Tharl de la conversación de Billy con SartoriIrvrash.

Junto al kzahhn estaba sentada una hembra humana de mediana edad, una mujer deforme vestida de stammel, quien tradujo al Olonets una serie de preguntas del kzahhn. Las preguntas se referían a la llegada de Billy desde Freyr: los phagors no querían saber nada de Avernus. Si ese hijo de Freyr había llegado de otra parte, era obvio que era de Freyr, de donde venían, para los phagors, todos los males.

Apenas podía entender sus preguntas. Ni ellos sus respuestas. Billy ya había tenido dificultades con el canciller de Borlien, pero aquí la diferencia cultural era mucho mayor; él hubiera dicho que era insuperable. Sin embargo, de vez en cuando lograba hacerse entender. Por ejemplo, esas criaturas de pesadilla entendieron que el aumento del calor en Heliconia cesaría después de tres o cuatro generaciones humanas, comenzando entonces un largo y continuo declive hacia el invierno.

En ese punto el interrogatorio se interrumpió, y el kzahhn entró en trance para comunicarse con los ancestros. Una esclava humana dio a Billy agua aromatizada para beber. Solicitó que le fuera permitido regresar a palacio, pero un momento después continuaron las preguntas.

Era extraño que los phagors comprendieran lo que SartoriIrvrash fue incapaz de entender, es decir, que Billy había viajado a través del espacio, aunque la expresión Nativa para designar "espacio" era un conglomerado casi intraducible que significaba "un sendero inconmensurable de giros del aire y procedimientos del Gran Año". A veces empleaban una versión más breve: "el camino de Aganip".

Examinaron su reloj sin mirarlo. Lo obligaron a recorrer todos los ejes de la rueda para que cada uno de los miembros del consejo pudiera verlo. Su explicación de que las tres series de cifras mostraban la hora en la Tierra, Heliconia y Avernus nada significaba para aquellas criaturas. Como los phagors que conociera antes de llegar a Matrassyl, no intentaron tocar el instrumento, y pronto cambiaron de tema.

A Billy le lagrimeaban los ojos: el contacto con el pelaje de los phagors le había provocado un ataque de alergia.

Entre estornudos, les dijo todo lo que sabía acerca del planeta. El miedo le indujo a revelar todo. Cuando ellos oían algo que podían asimilar o que les interesaba en especial, el kzahhn comunicaba la información a sus queratinosos antepasados, quizá para que quedara registrada. Billy no lo sabía; los phagors no habían sido su tema de estudio en Avernus.

¿Le dijeron en algún momento, mientras él se esforzaba innecesariamente para explicar cómo llegaban y se iban las estaciones climáticas, que las cavernas debajo de los monasterios eran ocupadas en ciertas estaciones por los phagors y en otras por los Hijos de Freyr? Una vez, en otra existencia, se había jactado de que Avernus carecía de misterio para él; ahora, envuelto en el misterio, escuchaba el curioso hilo del lenguaje que oscilaba entre el Hurdhu, el Nativo y el Eotemporal; entre lo científico y lo figurativo.

Como un niño asombrado al hallar que los animales hablan, Billy escuchó lo que le dijeron:

-No existe posibilidad de venganza contra los Hijos de Freyr en la estación inarmónica del Gran Año. Nuestro único deber es ahora la supervivencia. La vigilancia llena nuestros harneys. Hay mucho tiempo hasta la muerte de Freyr. El Kzahhn JandolAnganol ofrece protección para la supervivencia phagor en tierras de su componente. Por lo tanto, existe la orden para nuestras legiones de que apoyen al Kzahhn JandolAnganol. Ésta es nuestra ley para la estación inarmónica actual. Debes ser cuidadoso, Billish, y no convertirte en un nuevo tormento para este kzahhn de la debilidad llamado JandolAnganol. ¿Tienes comprensión?

Con esas extrañas frases girando en su mente, intentó declarar su inocencia. Pero el problema de la culpa o la falta de culpa no tenía lugar en su umwelt. Mientras hablaba, la confusión se sumaba a la hostilidad.

Detrás de esta hostilidad había cierto tipo de miedo, un miedo impersonal. Los phagors consideraban débil a JandolAnganol, y temían que si una boda dinástica sellaba su alianza con Oldorando, su especie sería perseguida tanto en Oldorando como en Borlien. Era evidente que odiaban al primero de estos países, y en particular a su capital, a la que llamaban con el nombre Eotemporal de Hrrm-Bhhrd Ydonk.

En tanto que los asuntos de la raza de dos filos eran un misterio -un vacío- para la humanidad, los phagors comprendían bastante bien los asuntos humanos. El arrogante desdén de la humanidad era tan grande que con frecuencia había phagors presentes en las discusiones más delicadas del estado. De este modo, hasta el runt más inofensivo podía ser un excelente espía.

Ante esas torpes criaturas Billy sintió que pensaban conservarlo como rehén para presionar en contra del nuevo casamiento del rey; intentó explicar que JandolAnganol ni siquiera sabía de su existencia, pero fue inútil.

Apenas lo hizo, advirtió que se había puesto en otro peligro. Podían guardarlo allí, en una prisión peor que la anterior, si comprendían que su presencia en el palacio era un secreto. Pero el hirsuto consejo seguía otra línea de pensamiento, y retornaba a la captura de Batalix por Freyr, acontecimiento que parecía ser para ellos de obsesiva importancia.

Si no había descendido de Freyr, ¿procedía acaso de D'Sihh-Mrr? Billy no pudo comprender esta pregunta. D'Sihh-Mrr, ¿se referían al Avernus, a Kaidaw? Evidentemente no. Ellos intentaron explicar, y él comprender. D'Sihh-Mrr continuó siendo un misterio. Billy se sentía igual a las figuras de queratina apoyadas contra la pared, condenadas a decir muchas veces la misma cosa con voz cada vez más débil. Hablar con los phagors era como tratar de luchar contra la eternidad.

El consejo lo hizo pasar entre ellos, tocándolo y dándole vueltas. Les interesaba en particular observar el reloj de tres caras que llevaba en la muñeca. Les fascinaban las cifras cambiantes. Pero no intentaban quitárselo, ni siquiera tocarlo, como si percibiesen en él una fuerza destructiva.

Billy aún buscaba las palabras cuando comprendió que el kzahhn y su consejo se marchaban. En su cabeza Volvieron a formarse nubes. Se halló de pronto cayendo sobre una silla familiar, mientras su frente se apoyaba otra vez sobre la misma mesa. Las gillots

lo habían llevado de regreso a su celda. Se veía el alba, débil y cubierta.

Allí estaba Lex, sin cuernos, castrado, casi un fiel amigo.

-Es necesaria la cama para un período de sueño -aconsejó.

Billy empezó a llorar. Llorando se durmió.

La niebla, extendiéndose, giró sobre el río Valvoral y contempló las junglas de sus dos riberas. Sin preocuparse en absoluto de las fronteras nacionales, penetró hasta lo más profundo de Oldorando. Allí encontró, entre otras embarcaciones mercantes del río, al Dama de Lordryardry dirigiéndose hacia el sudeste, hacia Matrassyl y el lejano mar.

Después de vender provechosamente en Oldorando el resto de su cargamento de hielo, esa embarcación de quilla plana llevaba ahora, a la capital de Borlien y a Ottassol, sedas, sal, alfombras de todo tipo, tapices, gout azul del lago Dorzin en cajas de hielo picado, tallas en madera, relojes, y una variedad de colmillos, cuernos y pieles. Los pequeños camarotes de cubierta estaban ocupados por mercaderes que viajaban con sus mercancías. Uno de ellos traía un loro; otro, una nueva amante.

El mejor camarote estaba ocupado por el propietario del barco, el famoso Capitán del Hielo, Krillio Muntras, de Dimariam, y su hijo Div. Div, que era un joven indolente y jamás, a pesar del aliento de su padre, igualaría los éxitos de éste, miraba el paisaje brumoso, apenas esbozado, con el trasero apoyado en la cubierta. De vez en cuando, escupía al agua. Su padre estaba sentado en una silla de lona tocando el doble-clouth con cierto deliberado sentimentalismo, tal vez porque éste era su último viaje antes de retirarse. Su último viaje. Muntras acompañaba la melodía con una agradable voz de tenor:

El río fluye y nunca dejará de fluir

Ni por la vida misma ni por el amor...

Entre los pasajeros que vagaban por la cubierta se encontraba un arang, destinado a servir de comida para los marineros. Excepto el arang, todos los pasajeros demostraban un marcado respeto por el Capitán del Hielo.

La niebla se enroscaba como un vapor sobre la superficie del Valvoral. El agua se tornó aún más oscura cuando se acercaron a los farallones de Cahchazzerh, cuyas empinadas laderas dominaban el río. Las rocas, plegadas como sábanas antiguas, tenían unos cien metros de altura y estaban coronadas por un denso y exuberante follaje que parecía tender sus manos al agua con sus lianas y enredaderas. El farallón estaba habitado por golondrinas y aves lloronas. Estas últimas descendieron a inspeccionar el Dama de Lordryardry, girando en torno a él y lanzando sus melancólicos graznidos mientras el barco se disponía a amarrar.

Cahchazzerh no tenía nada de particular, excepto su ubicación entre los farallones y el río, y su aparente indiferencia a lo que podía caer en aquellos y a las mareas de éste. El pueblo, al borde del agua, consistía apenas en un muelle y algunas casetas, del frente de una de las cuales pendía un cartel herrumbroso: COMPAÑÍA DE TRANSPORTE DE HIELO DE LORDRYARDRY. Un camino llevaba hasta un pequeño grupo de casas dispersas, y a unos cultivos situados en la cima de la elevación. Era la última escala antes de Matrassyl, río abajo.

Mientras el barco se acercaba, unos trabajadores portuarios se pusieron de pie y varios jovencitos, casi desnudos -siempre presentes en sitios como ése-, llegaron a la carrera. Muntras dejó a un lado su instrumento musical y se irguió majestuosamente en la proa, aceptando los saludos de la gente del muelle; conocía a todos por su nombre.

Fue colocada una plancha. Todo el mundo a bordo se dispuso a desembarcar para estirar las piernas y comprar frutas. Dos mercaderes cuyo viaje terminaba allí se ocupaban de que los marineros descargaran sus pertenencias con cuidado. Los muchachos se zambullían en el río en busca de monedas.

Un objeto incongruente en aquella escena lo constituía una mesa, cubierta con un mantel de colores chillones, situada junto a la entrada del depósito de la compañía. Detrás de esa mesa había tres músicos, quienes, en el preciso momento en que el barco rozó el muelle, comenzaron a ejecutar una animada versión de “Qué gran hombre es el amo”. Esta recepción era la despedida que brindaban a su jefe los tres empleados de la compañía en Cahchazzerh. Después de tocar y cantar, los tres se adelantaron para conducir a sus asientos al capitán Krillio y a Div.

Uno de los empleados era un desmañado joven de aspecto tímido; los otros dos tenían el pelo blanco y eran más viejos que el hombre para quien trabajaran durante tanto tiempo. Los mayores lograron derramar una lágrima mientras estudiaban al joven Div con disimulo, para calcular hasta qué punto el cambio de amo podía hacer peligrar sus puestos.

Muntras dio un apretón de manos a los miembros del trío, y se dejó caer en su silla. Aceptó un vaso de vino en el que introdujo unos trozos brillantes de su propio hielo. Miró el perezoso río. La costa opuesta era apenas visible por la niebla. Mientras un camarero les servía pastelillos, hubo una conversación basada en frases que comenzaban "¿Recuerdas cuando...?" y concluían con risas.

Los chillidos de las aves que aún describían círculos en lo alto, enmascaraban una lejana barahúnda de gritos y ladridos. Cuando este ruido se acercó, el Capitán del Hielo preguntó qué ocurría.

El hombre más joven se echó a reír, y los mayores se mostraron incómodos.

-Hay un drumble en el pueblo, Capitán -dijo, señalando el cerro con el pulgar-. Matan a los peludos. -En Oldorando son buenos para los drumbles -dijo Muntras-. Y muy a menudo los sacerdotes los usan como pretexto para aniquilar no sólo a los phagors sino también a los llamados herejes. ¡Religión! ¡Puaj!

Los hombres continuaron evocando los lejanos tiempos en que se habían esforzado por organizar el comercio de hielo en el interior, a las órdenes del dictatorial padre del Capitán del Hielo.

-Es una suerte que no tengas un padre como él, Div -dijo uno de los hombres de edad.

Div asintió como si no estuviera demasiado seguro al respecto y se puso de pie. Fue hasta el borde del agua y miró el punto de donde venían los gritos distantes.

Un minuto después exclamó:

-¡Es el drumble!

Sin responder, los otros siguieron charlando hasta que el joven volvió a decir.

-El drumble, papá. Van a tirar a los peludos al vacío.

Señaló hacia arriba. Algunos viajeros lo imitaron, mientras estiraban el cuello para mirar mejor.

Sonó un cuerno, y el ladrido de los perros se hizo más intenso.

-En Oldorando, son especialistas en drumbles -repitió el Capitán, poniéndose pesadamente en pie y dirigiéndose hasta el lugar donde su hijo permanecía de pie, con la boca abierta.

-Son órdenes del gobierno, señor -dijo uno de los ancianos, mirando fijamente su rostro-. Matan a los phagors y se apoderan de sus tierras.

-Y después no las trabajan como es debido -agregó el Capitán del Hielo-. Deberían dejar en paz a esas pobres criaturas. Los phagors son útiles, ¿no es verdad?

Se oían ásperos gritos de phagors, pero no se veía gran cosa. Sin embargo, poco después se escucharon voces humanas de triunfo y algo turbó la exuberante vegetación del risco. Cayeron ramas y piedras; una figura emergió de la oscuridad y descendió dando tumbos, para fastidio de las aves lloronas. La figura dio contra un banco de arena al pie del risco y rodó hasta el agua. Una mano de tres dedos emergió para hundirse luego lentamente mientras su propietario era arrastrado por el río. Div dejó escapar una risa hueca.

-¿Has visto eso?

Otro phagor, intentando escapar de sus verdugos, resbaló y cayó de cabeza; rebotó en una saliente de roca y se precipitó en el vacío. Otras figuras lo siguieron, algunas grandes, otras pequeñas. En la cresta, donde el farallón era más empinado, dos phagors lograron liberarse de un salto, sosteniéndose uno al otro de la mano; treparon por las ramas de un árbol suspendido sobre el agua, y saltaron al río evitando las rocas. Un perro saltó tras ellos y se estrelló en la playa.

-Vámonos de aquí -dijo Muntras-. Esto no me interesa. A bordo todos los que quieran ir a bordo. ¡Vamos, rápido!

Cambió un formal apretón de manos con su antiguo personal y se dirigió al Dama de Lordryardry para no demorar el cumplimiento de sus órdenes.

Uno de los mercaderes de Oldorando le dijo:

-Me alegra ver que incluso en un lugar tan atrasado como éste la gente trate de librarse de esas bestias.

-No hacen daño a nadie -repuso bruscamente Muntras, sin detener el paso.

-Al contrario, señor; son el enemigo más antiguo de la humanidad, y durante la Edad del Hielo casi la redujeron a la nada.

-Eso sucedió en un pasado muerto. Vivimos en el presente. Todos a bordo. Nos marchamos a toda prisa de este lugar bárbaro.

Los tripulantes, como su capitán, eran de Hespagorat. Sin discusiones subieron la planchada y el barco partió.

Mientras el Dama de Lordryardry derivaba hasta el centro del río, sus pasajeros pudieron ver cadáveres de seres de dos filos flotando en el agua, rodeados de sangre amarilla. Un marinero gritó. Al frente había un phagor vivo, haciendo torpes esfuerzos por nadar.

De inmediato llevaron una pértiga al costado del barco. No se habían izado las velas, puesto que no había viento, pero la corriente los arrastraba a gran velocidad. El phagor comprendió la situación. Debatiéndose con furia, aferró el extremo del palo con ambas manos. El agua lo empujó contra la amurada, de donde fue izado y puesto a salvo.

-Deberías haber dejado que se ahogara. Los peludos no soportan el agua -dijo un mercader.

-Este es mi barco, y aquí mi palabra es ley -respondió Muntras, con una oscura mirada. Si tienes objeciones, puedo dejarte ya mismo en la costa.

El stallun jadeaba sobre la cubierta, en medio de un charco de agua. De una herida en su cabeza manaba un líquido amarillo.

-Dadle un poco de Exaggerator. Sobrevivirá -dijo el Capitán, quien, una vez que el phagor hubo bebido el fuerte licor dimariamiano, se retiró a su cabina.

Con el tiempo, pensaba, sus semejantes se habían vuelto más crueles y despiadados. Tal vez se debiera al calor. Tal vez el mundo estuviera a punto de arder. Bueno, al menos él se retiraría a su vieja ciudad natal, Lordyardry, a su sólida casa frente al mar. Dimariam era más fría que Campannlat. Allí la gente era mejor.

En Matrassyl visitaría al rey JandolAnganol, siguiendo el principio de que siempre resultaba sensato visitar a los soberanos conocidos. La reina se había marchado llevándose el anillo que él una vez le vendiese; tenía que entregar su carta no bien llegase a Ottassol. Mientras tanto se dedicaría a escuchar las últimas noticias acerca de la infortunada reina de reinas. Tal vez visitaría también a Metty; de otro modo quizá no volvería a verla. Pensó con afecto en su bien llevado prostíbulo, mejor que todas las sórdidas casas de Ottassol, aunque ella se daba aires e iba todos los días a la iglesia desde que el rey la recompensara por su ayuda.

Pero ¿qué haría en Dimariam cuando se retirara? Debía reflexionar acerca de ello; su familia no era una gran fuente de satisfacción. Quizá podría hacer alguna pequeña travesura que le ayudara a conservar su felicidad. Se quedó dormido con una mano apoyada en su instrumento musical.

El corpulento Capitán del Hielo llegó a una ciudad enmudecida por los acontecimientos que acababan de desarrollarse.

Los problemas del rey se agravaban. Los informes de Randonan hablaban de compañías enteras de desertores. A pesar de las constantes plegarias en los templos, las cosechas disminuían. El armero real no conseguía fabricar copias de los arcabuces sibornaleses. Y Robayday había regresado.

JandolAnganol se hallaba en las colinas con Lapwing, su hoxney, caminando por el matorral cercano a un monte. Yuli trotaba detrás de su amo, feliz de verse en medio de la maleza. Dos guardias escoltaban al rey, a cierta distancia. Robayday se descolgó de un árbol y cayó junto a su

padre.

Hizo una profunda reverencia.

-¡Pero si es el mismo rey, mi amo, paseando por el bosque con su nueva esposa! -Unas hojas cayeron de sus cabellos.

-Roba, te necesito en Matrassyl. ¿Por qué insistes en escaparte?-El rey no sabía si sentirse complacido o irritado por aquella repentina aparición.

-Insistir en escapar nunca es escapar. Sin embargo, desconozco qué me mantiene cautivo. Alguna diferencia debe haber entre el aire fresco y el calabozo del abuelo... Quizá sino tuviera padres, sería libre. -Hablaba con una mirada perdida, como si no se fijara en nada: Su pelo estaba tan desordenado como sus palabras. Estaba desnudo, a no ser por una especie de taparrabos de piel que le cubría los genitales. Se le notaban las costillas y una red de rasguños y cicatrices surcaba su piel. Llevaba una jabalina.

Clavó el arma en el suelo y corrió hacia Yuli; lo abrazó y exclamó afectuosamente:

-Mi querida reina, ¡qué hermosa estás con ese manto de piel blanca y esas borlas rojas! Te las has puesto para resguardarte del sol, para ocultar tu hermoso cuerpo a todos excepto a este lascivo Otro que sin duda te sacude como si fueras una rama. O una marrana. O una promesa rota.

-¡Me haces mal! -gritó el pequeño phagor, intentando liberarse.

JandolAnganol intentó aferrar el brazo de su hijo, pero Robayday se hizo a un lado. Arrancó una enredadera florecida que colgaba de un caspiarn y, con un rápido movimiento, la envolvió alrededor del cuello de Yuli. El phagor se echó a correr, gritando, mientras JandolAnganol sujetaba a su hijo.

-No quiero hacerte daño, pero déjate de tonterías y háblame con el debido respeto.

-¡Ay de mí! Háblame con el debido respeto de mi pobre madre. Le has puesto cuernos, jardinero de pantanos. -Dio un grito y cayó hacia atrás cuando su padre le golpeó la boca.

-Basta de disparates. Calla. Su hubieras sido cuerdo, y por lo tanto aceptable para Pannoval, habrías podido casarte con Simoda Tal en mi lugar. Y así nos habríamos ahorrado muchos males. ¿No piensas en nadie más que en ti, muchacho?

-Nadie caga por mí -dijo Roba, escupiendo las palabras.

-Me debes algo, porque he hecho de ti un príncipe -repuso el rey con amargura-. ¿O has olvidado que lo eres? Bien, en ese caso te encerraremos hasta que pongas tus ideas en orden.

Con su mano libre en su boca ensangrentada, Robayday murmuró:

-Prefiero mis ideas del revés. Y no me importa olvidar lo que soy.

Los dos tenientes se habían acercado, con las espadas desenvainadas. El rey les ordenó que desmontaran y tomaran prisionero a su hijo. En un momento de distracción, Robayday se liberó de la mano de su padre y huyó hacia los árboles gritando y dando grandes saltos.

Uno de los tenientes puso una flecha en su ballesta, pero el rey lo detuvo. No hizo la menor tentativa de seguir a su hijo.

-No gusta Robay -chilló Yuli.

Ignorándolo, JandolAnganol montó en Lapwing y retornó al galope a su palacio. Con las cejas fruncidas, merecía más que nunca el apodo de Águila.

De vuelta a sus habitaciones, se entregó al pauk, algo que hacía contadas veces. Su alma descendió hacia la Observadora Original, y habló con el gossie de su madre. Ella le dio consuelo. Le recordó que la otra abuela de Robayday era Shannana la Salvaje, y le dijo que no se preocupara. Dijo también que no debía considerarse culpable por la muerte de los Myrdólatras, puesto que ellos se proponían traicionar al estado.

El frágil odre de polvo ofreció a JandolAnganol todo el apoyo verbal posible. Sin embargo, su alma regresó conturbada a su cuerpo.

Su malintencionado y anciano padre, que aún vivía en su lúgubre mazmorra, fue más práctico. VarpalAnganol nunca se quedaba corto de consejos.

-Alimenta el escándalo de Pasharatid. Haz que tus agentes difundan rumores. Debes implicar a la esposa de Pasharatid, quien con toda impudencia sigue desarrollando la misión de su marido. La gente cree fácilmente cualquier cuento contra los sibornaleses.

-¿Y qué debo hacer con Robayday?

El viejo se movió en su silla y cerró un ojo.

-Como nada puedes hacer, no hagas nada. Pero sería muy útil que apresuraras tu divorcio y tu nuevo casamiento.

JandolAnganol caminaba de un lado a otro por la celda.

-En ese asunto, estoy en las manos del C'Sarr.

El anciano tosió. Respiró con dificultad antes de seguir hablando.

-¿Hace calor ahí fuera? ¿Por qué la gente dice todo el tiempo que hace calor? Oye, nuestros amigos de Pannoval quieren que estés en las manos del C'Sarr. A ellos les conviene; a ti no. Apresura las cosas. ¿Qué sabes de MyrdemInggala?

El rey siguió el consejo de su padre. Despachó agentes, acompañados por una escolta armada, a la distante ciudad de Pannoval, más allá de las Quzint, con una larga carta dirigida al C'Sarr del Santo Imperio Pannovalano, en la que solicitaba con premura una declaración de divorcio. Acompañó el pedido con iconos y otros presentes, incluyendo reliquias sagradas fabricadas para esa ocasión.

Pero la Masacre de los Myrdólatras, como se llamaba ahora, seguía pesando sobre las mentes del pueblo y de la scritina. Los agentes informaban de movimientos rebeldes en la ciudad, y en otras ciudades, como Ottassol. Se necesitaba un chivo expiatorio. Ninguno más adecuado que el canciller SartoriIrvrash.

SartoriIrvrash -aquel Rushven tan querido en otros tiempos por la familia del rey- sería una víctima popular. El mundo desconfía de los intelectuales, y la scritina tenía sus propias razones para odiar la dureza de sus actos y la longitud de sus discursos.

Una búsqueda en las habitaciones del canciller revelaría sin duda algo que sirviera de base a una acusación. Habría notas de sus experimentos de cruzas entre los Madis, Otros y humanos que mantenía cautivos en una cantera alejada. Y su voluminoso trabajo, el "Alfabeto de la Historia y la Naturaleza". Esos documentos debían de estar llenos de herejías, deformaciones y mentiras contra el Supremo. Por tanto, la scritina y la Iglesia se relamerían de gusto. JandolAnganol ordenó el registro, dirigido nada menos que por el arcipreste BranzaBaginut, de la catedral de Matrassyl.

La búsqueda fue más productiva de lo que se esperaba. Se descubrió la celda secreta (aunque no su salida). Y en esa celda se encontró un extraño prisionero. Mientras lo sacaban a la rastra, el prisionero vociferaba en Olonets, con marcado acento extranjero, que había venido de otro mundo.

Se sacaron al patio enormes pilas de documentos acusadores. El prisionero fue conducido ante la presencia del rey.

Aunque eran las trece y veinte de la tarde, la niebla no se disipaba; por el contrario, se había tornado más densa, adoptando un tinte amarillento. El palacio parecía flotar, aislado, y los respiraderos y las chimeneas eran como los mástiles de una flota náufraga. Quizá la claustrofobia desempeñaba un papel en el voluble ánimo de JandolAnganol, oscilante entre la furia y la mansedumbre, la calma y la frenética excitación. Su nariz sangraba a ratos, como obligada a funcionar a la manera de una válvula de seguridad. El rey vagaba por los corredores con un séquito de infortunados cortesanos que le enfurecían con sus sonrisas tranquilizadoras.

Cuando trajeron a SartoriIrvrash y lo confrontaron con el tembloroso Billy, JandolAnganol golpeó al anciano. A continuación, alzó a su canciller como si fuera una vieja muñeca de trapo, lloró, pidió perdón y sufrió una nueva hemorragia nasal.

Mientras el rey adoptaba esta actitud penitente, el Capitán del Hielo, Muntras, llegó al palacio a presentar su saludo. -Veré más tarde al Capitán -dijo el rey-. Es un viajero, y quizá traiga noticias de la reina.

Que me espere. Que el mundo espere.

Lloraba y gruñía. Un minuto después, llamó de vuelta al mensajero.

-Trae al Capitán del Hielo. Que vea esta curiosidad de la naturaleza. -dijo eso mientras inspeccionaba a Billy Xiao Pin.

Billy pasaba su peso de un pie a otro, inclinado a echarse a llorar, pero desanimado por el

sangriento estado de la nariz regia. En el Avernus, semejantes demostraciones de sentimientos sólo eran admitidas -si llegaban a producirse- en la soledad. El texto llamado "Acerca del prolongamiento de un período climático heliconiano más allá del tiempo de una vida humana" era muy claro, aunque breve, acerca de los sentimientos. "Sensación superflua", afirmaba. Los excitables borlieneses no creían lo mismo. El rey no parecía un oyente comprensivo.

-Hum... Hola -logró decir Billy, con una angustiada sonrisa. Luego, estornudó.

Muntras entró al salón e hizo una reverencia. Estaban en una parte antigua del palacio que olía a mortero, aunque se trataba de un mortero de cuatrocientos años de antigüedad. El Capitán del Hielo, bien plantado sobre sus pies planos, miraba alrededor de él con curiosidad mientras saludaba.

El rey apenas escuchó los cumplimientos de Muntras. Señalando unos cojines, dijo:

-Siéntate en silencio. Mira lo que hemos encontrado pudriéndose en los escondrijos de este palacio. ¡El fruto de la traición!

Volviéndose hacia Billy, preguntó:

-¿Cuántos años te has estado pudriendo en las garras de SartoriIrvrash, extraña criatura?

Desconcertado por el noble Olonet de JandolAnganol, Billy balbuceó:

-Una semana... Tal vez ocho días... No recuerdo, majestad.

-Ocho días son una semana, bestia. ¿Eres el resultado de un experimento?

El rey se echó a reír, y con él el resto de los presentes, quienes lo hacían menos por humor que por cuidar de sus vidas. Nadie deseaba parecerse a un Myrdólatra.

-Hueles como un experimento. -Más risas.

Llamó a dos esclavos y les ordenó que lavaran a Billy y le dieran ropas nuevas. Mientras esto se hacía, unos hombres encorvados como arcos trajeron, corriendo, vino y comida: carne adobada de cabrito con arroz anaranjado.

Mientras Billy comía, el rey se paseaba por el salón. De vez en cuando, JandolAnganol apretaba una tela de seda contra su nariz, o miraba su muñeca izquierda, que su hijo había arañado para liberarse. Le seguía el paso, con cierta torpeza, el arcipreste BranzaBaginut, un hombre inmenso cuyo volumen, cubierto de arriba abajo con sus vestiduras canónicas de colores rojo y azafrán, parecía el de un barco de guerra sibornalés a toda vela. Su ancho rostro podía haber sido el del campeón de lucha del pueblo, salvo por una fugaz expresión humorística. Tenía fama de hombre sagaz y se sabía que apoyaba al rey, a quien consideraba un benefactor de la Iglesia.

BranzaBaginut era mucho más alto que su monarca. Acentuando el contraste, éste iba sin botas, vestido sólo con unos pantalones ajustados, y una sucia y blanca chaqueta entreabierta, que revelaba su pecho huesudo.

La habitación misma tenía un carácter incierto, entre depósito y cámara de recepción. Había muchas alfombras y cojines enmohecidos, mientras unas viejas vigas permanecían apiladas en un rincón. Las ventanas daban a un estrecho pasillo por donde pasaban ocasionalmente hombres que llevaban al patio pilas de papeles de SartoriIrvrash.

-Permíteme que interrogue a esta persona en materias religiosas -dijo BranzaBaginut al rey. Como no le fue negado, el dignatario desplazó su enorme cuerpo hacia Billy y preguntó-: El mundo del cual vienes ¿está regido por Akhanaba, el Supremo y Todopoderoso?

Billy se secó la boca, sin ningún deseo de dejar de comer.

-Sabes que no me costaría nada darte una respuesta que te agrade. Como no deseo disgustarte, ni disgustar a su majestad, ¿puedo dártela lo mismo, sabiendo que no es verdad?

-Ponte de pie para hablar conmigo, criatura. Responde a mi pregunta y enseguida te diré si me agrada o no.

Billy se irguió con nerviosismo ante el enorme eclesiástico.

-Señor, los dioses son necesarios para los hombres en ciertas etapas de su desarrollo... Quiero decir, todos nosotros necesitamos, cuando niños, un padre amante, justo y firme que nos apoye en nuestro camino hacia la adultez. Parecería que la adultez exige también una imagen similar a la de un padre, magnificada, para mantener su control. Esa imagen lleva el nombre de Dios. Sólo cuando una parte de la raza humana alcanza una adultez espiritual que le permite regular su propia conducta, desaparece la necesidad de los dioses, así como no tenemos ya necesidad de un padre vigilante

cuando somos adultos y capaces de cuidar de nosotros mismos.

El arcipreste recorrió con la mano su vasta mejilla, aparentemente asombrado por esta explicación.

-Y tú perteneces a un mundo en el que cuidáis de vosotros sin necesidad de dioses. ¿Es eso lo que dices?

-Así es, señor. -Billy miró ansiosamente a su alrededor. El Capitán del Hielo estaba inclinado sobre el plato de comida que el rey le ofreciera, pero escuchaba con atención.

-Ese mundo de donde vienes, el Avernus, según he creído oír, ¿es un mundo feliz?

La pregunta aparentemente inocente del sacerdote sumió a Billy en una intensa confusión. Si su Consejero le hubiese preguntado eso mismo unas semanas antes, no habría tenido dudas. Habría contestado que la felicidad reside en el conocimiento y no en la superstición; en la certeza y no en la incertidumbre; en el control y no en el azar. Que el conocimiento, la certidumbre y el control eran los especiales beneficios de la vida en la estación observadora, y que gobernaban la vida de sus pobladores. Y en efecto, se hubiera reído, y también, quizá, el mismo Consejero se hubiera permitido una risita invernal; la idea de Akhanaba pudiera considerarse un dador de felicidad parecía realmente absurda.

En Heliconia todo era diferente. Aún podía reír de la idolátrica superstición del culto a Akhanaba. Pero sin embargo... Sin embargo... Veía ahora la profundidad de sentido de la expresión “sin dios”. Había escapado de un estado sin dios a un estado bárbaro. Y podía ver claramente, a pesar de su propio infortunio, en cuál de los dos mundos era más vigorosa la esperanza de vida y de felicidad.

Mientras Billy meditaba su respuesta, JandolAnganol, después de haber reflexionado en las anteriores palabras del extranjero, dijo en tono desafiante:

-¿Y si no tenemos la imagen fuerte de un padre que nos guíe a la adultez? ¿Qué ocurre en ese caso?

-Entonces, señor, Akhanaba bien puede ser un apoyo en nuestras dificultades. O también podemos rechazarlo por completo, como rechazamos a nuestro padre natural.

Esta respuesta hizo que al rey le volviera a sangrar la nariz.

Billy aprovechó la oportunidad para eludir la respuesta a la pregunta de BranzaBaginut, diciéndole, con más confianza de la que sentía:

-Señor, soy una persona de cierta importancia, y no he sido bien tratado en esta corte. Déjame en libertad. Puedo trabajar para ti. Puedo decirte cosas que necesitas saber acerca de tu mundo. Nada tengo que ganar...

El arcipreste dio una palmada con sus grandes manos y dijo con suavidad:

-No te engañes. No tienes ninguna importancia, excepto en la medida en que ayudes a acusar al canciller SartoriIrvrash de conspirar contra su real majestad.

-No has intentado siquiera estimar mi importancia. ¿Y si te dijera que miles de personas nos están mirando en este momento? Quieren saber cómo te conduces conmigo, quieren probarte. Su juicio influirá en la imagen que de ti pase a la historia.

Las mejillas del sacerdote enrojecieron.

-Pura charla. Nos contempla el Todopoderoso; nadie más. Controla tu lengua o terminarás en la hoguera. Con cierta desesperación, Billy se acercó al rey y le mostró su reloj.

-Te ruego que me pongas en libertad. Mira el objeto que llevo. Cada persona tiene uno en el Avernus. Indica la hora de Heliconia, del propio Avernus, y de un distante planeta que nos controla, la Tierra. Es un símbolo de los grandes pasos que hemos dado para conquistar nuestro entorno. Podría comunicar, a un auditorio interesado, maravillas superiores a lo que hay en Borlien.

En los ojos del rey apareció el interés. Bajó el pañuelo y preguntó:

-¿Podrías hacerme un arcabuz que funcione, como los de Sibornal?

-Eso no es nada. Yo...

-Entonces, un arcabuz de rueda. ¿Puedes hacerlo?

-Pues, no, yo... Señor, eso depende de las propiedades de los metales. Pero creo que podría hacer... Esas cosas son anticuadas en mi mundo.

-¿Qué clase de arma puedes hacer?

-Observa primero este reloj, señor; te ruego que lo aceptes como un presente, en prenda de confianza. -Sacudió el reloj ante el rey, quien no parecía inclinado a aceptarlo.-Luego déjame en libertad. Y después, permite que trabaje, a partir de los principios elementales, con algunos de tus hombres educados, como el arcipreste. Muy pronto podríamos construir una buena pistola, una radio, un motor de combustión interna...

Vio la expresión del rey y la de BranzaBaginut, cambió de idea acerca de lo que pensaba decir, y siguió alzando el reloj con aire de súplica.

Las pequeñas cifras se torcían y cambiaban ante la vista del rey, pero a éste no parecía importarle.

-¿Me dirá esta joya cuánto tiempo más reinaré? ¿Sabe acaso la edad de mi hija?

-Se trata de ciencia, señor, sólo ciencia, no magia. Su caja está hecha de platino extraído del espacio...

El rey apartó el reloj con un ademán.

-¡Desvarías! ¿Qué debo hacer contigo? ¿Para qué has venido aquí?

-He venido a ver a la reina, señor.

Estas palabras desconcertaron a JandolAnganol, quien retrocedió un paso, como si hubiese visto un fantasma. BranzaBaginut dijo:

-Entonces, ¿no sólo eres ateo sino además Myrdólatra? ¿Y esperas ser bienvenido aquí? ¿Por qué debe tolerar el rey tus enigmas? No eres un loco ni un bufón. ¿De dónde has salido? ¿Del sobaco de SartoriIrvrash?

Avanzó con gesto amenazante mientras Billy retrocedía hasta la pared. Se acercaron otros miembros de la corte, ansiosos por demostrar a su rey que preferían a los Myrdólatras asados.

Krillio Muntras se levantó de sus cojines y se aproximó a JandolAnganol, quien contemplaba la escena indeciso.

-Su majestad, ¿no convendría preguntar al prisionero qué nave lo trajo de ese otro mundo?

El rey no sabía, en apariencia, si debía enojarse o no. Pero dijo, cubriéndose la nariz:

-Pues bien, criatura, para complacer a nuestro mercader de hielo, ¿qué vehículo te ha traído aquí?

Después de rodear el perímetro de BranzaBaginut, Billy respondió:

-Mi barco era de metal; era una nave enteramente cerrada, que transportaba su propio aire. Puedo explicarlo con diagramas. Nuestra ciencia está adelantada y podría ayudar a Borlien... El barco me dejó en Heliconia sin dificultades y luego regresó por sí mismo a mi mundo.

-Entonces, ¿esa nave tiene una mente?

-Es difícil responder. Sí, tiene una mente. Puede calcular, navegar en el espacio, y desarrollar mil acciones por sí misma.

JandolAnganol se inclinó y tomó una jarra de vino, que alzó con lentitud por encima de su cabeza.

-¿Quién está loco, criatura? ¿Tú o yo? También esta jarra tiene mente y puede navegar sola... ¡Mira! -La arrojó. La jarra voló por el aire, dio contra una pared y se rompió, esparciendo su contenido. Esa pequeña violencia hizo que todos quedaran inmóviles como phagors.

-Yo trataba de responderte, señor... -Billy estornudó.

-Sólo la culpa y la furia me inducen a razonar contigo. Pero ¿por qué debo preocuparme? Estoy solo, no tengo nada, este lugar es una fiambrera vacía, con ratas en lugar de cortesanos. Todo me ha sido quitado y aún se me pide más. También tú me pides algo... Los demonios me rodean... Debo hacer penitencia de nuevo, arcipreste. Tu brazo no debe ser débil. Éste es el demonio de SartoriIrvrash. Mañana podré dirigirme a la scritina y todo cambiará. Hoy sólo soy un padre que sangra...

Agregó en voz baja, para sus adentros:

-Así es, así es; sencillamente, debo cambiarme a mí mismo.

Bajó los ojos; parecía exhausto. Una gota de sangre cayó al suelo.

El Capitán del Hielo, Muntras, tosió. Era un hombre práctico y el estallido del rey le resultaba

embarazoso.

-Veo, señor, que he llegado en mal momento. Soy sólo un mercader, y mejor será que continúe mi camino. Durante muchos años te he traído el mejor hielo de Lordryardry, del mejor estrato de nuestros glaciares y al mejor precio. Ahora, señor, quería agradecerte lo hospitalario que has sido conmigo y despedirme de ti para siempre. A pesar de la niebla, conviene que parta.

Por algún extraño efecto, estas palabras parecieron revivir al rey. Puso una mano sobre el hombro de Muntras, en cuyos ojos había una mirada de inocencia.

-Bien quisiera verme rodeado de hombres como tú, que no hablas sino con sentido común, Capitán del Hielo. Siempre he apreciado tus servicios. Y no he olvidado tu ayuda cuando fui herido en esa terrible ocasión, en el Cosgatt... Como estoy herido ahora. Eres un verdadero patriota.

-Señor, soy un verdadero patriota en Dimariam, mi país. Adonde pienso dirigirme ahora. Éste es mi último viaje. Mi hijo continuará con el transporte de hielo con la misma devoción que siempre te he demostrado, como también a la... ex reina. ¿No necesitará su majestad cargas adicionales de hielo, a medida que la temperatura aumente?

-Capitán del Hielo, buen mercader de mejores climas, mereces ser recompensado por tus servicios. A pesar de la terrible penuria y de la mezquindad de mi scritina, ¿hay algo que pueda regalarte como prueba de mi afecto?

Muntras avanzó un paso.

-No soy digno de recompensa, señor, ni la buscaba; pero tal vez podría proponerte un canje. Cuando venía de Oldorando, yo, que soy hombre piadoso, rescaté a un phagor de un drumble. Ahora se ha recuperado de la caída al agua, que suele ser fatal para los miembros de su especie, y debe buscar cobijo lejos de Cahchazzerh, el lugar de donde huyó. Te daría este stallun como esclavo a cambio de tu prisionero, sea o no un demonio. ¿Te conviene el trato?

-Quédate con la criatura. Nada debes darme a cambio, Capitán. Seré tu deudor si te lo llevas de mi reino.

-Entonces me lo llevaré. Y tendrás al phagor; y luego mi hijo te visitará siempre con la cortesía que yo mismo he tenido. Div es un buen muchacho, aunque menos culto que su padre.

Y de este modo Billy Xiao Pin pasó a manos del Capitán del Hielo. Al día siguiente, cuando la niebla se dispersó ante una leve brisa, el ánimo nublado del rey también cambió. Mantuvo su promesa de dirigirse a la scritina.

Presentaba ante ese cuerpo, formado por hombres que tosían en sus bancos, el aspecto de un hombre distinto. Después de atestiguar la perversidad del canciller SartoriIrvrash, y su descollante papel en los reveses que acababa de sufrir el estado, JandolAnganol inició su confesión.

-Señores de la scritina: cuando ascendí al trono de Borlien me jurasteis fidelidad. Nuestro querido reino ha sufrido reveses, no lo niego. Ningún rey, por benévolo y poderoso que sea, puede cambiar mucho la condición de su pueblo. Lo comprendo ahora. No puedo gobernar las sequías, ni los soles que tanto castigan a nuestra tierra.

"En mi desesperación he cometido crímenes. Urgido por el canciller he determinado la muerte de los Myrdólatras. Lo confieso y pido vuestro perdón. Lo hice para poner orden en el reino y evitar más disensiones. He abandonado a mi reina, y con ella toda concupiscencia, con el mismo fin. Mi matrimonio con la princesa Simoda Tal de Oldorando será un matrimonio dinástico, y juro que casto. No la tocaré si no es para procrear. Tendré en cuenta sus pocos años. Desde ahora en adelante me entregaré por completo a mi país. Dadme vuestra obediencia, caballeros, y tendréis la mía."

Habló controladamente, con lágrimas en los ojos. Sus interlocutores permanecían en silencio; pocos sentían piedad por aquel hombre sentado en el trono de la scritina, la mayoría sólo pensaba cómo aprovechar este nuevo ejemplo de su debilidad.

No obstante la carencia de luna, había mareas en Heliconia. A medida que Freyr se acercaba, la fuerza de las mareas de la envoltura acuosa del planeta aumentaba un sesenta por ciento en relación con las condiciones del apastron, es decir el momento en que Freyr se hallaba a más de setecientas unidades astronómicas de distancia.

A MyrdemInggala, en su nuevo hogar, le agradaba caminar sola por la playa. Sus angustias encontraban un momento de alivio. Ese lugar apartado, esa franja entre los reinos del mar y los reinos de la tierra, le recordaban el jardín de medialuz de su antiguo palacio, situado entre el día y la noche. Sólo tenía una vaga conciencia de la lucha constante que se desarrollaba a sus pies, y que tal vez nunca sería enteramente ganada ni perdida. Miró hacia el horizonte, preguntándose como siempre si el Capitán del Hielo habría entregado la carta al general de las guerras distantes.

El vestido de la reina era amarillo claro. Hacía juego con la soledad. Su color favorito era el rojo, pero ya no lo usaba. No correspondía a la antigua Gravabagalinien ni a su espectral pasado. La reina pensaba que el silbido del mar exigía el amarillo.

Cuando no salía a nadar, dejaba a Tatro jugando en la playa y paseaba por debajo de la línea de la marea alta. Su dama de compañía la seguía de mala gana. Unas hierbas duras crecían en la arena. Algunas formaban macizos. Uno o dos pasos más hacia el interior se aventuraban ya otras plantas. Entre las primeras había una pequeña margarita blanca, de tallo bien defendido. Era una planta pequeña, de hojas carnosas, casi como un alga. MyrdemInggala no sabía su nombre, pero le gustaba recogerla. Había otra planta de hojas oscuras. Crecía entre la arena y las hierbas en insignificantes racimos, pero algunas veces, cuando las condiciones eran las adecuadas, se elevaba hasta formar un sorprendente arbusto de brillo lustroso.

Detrás de esas atrevidas invasoras de la costa se depositaban los desechos de la marea. Luego había una zona indefinida, salpicada de rústicas margaritas de grandes flores. Y después estaban las plantas menos osadas, las cuales, apoderándose del suelo, ocultaban la playa, aunque entre ellas se interponían arroyos de arena que se internaban cierto trecho.

-No sufras, Mai. Adoro este lugar.

La taciturna joven adoptaba una expresión resentida.

-Eres la mujer más hermosa e infortunada de Borlien. -Nunca había hablado antes en ese tono a su señora. ¿Por qué no has podido retener a tu marido?

La reina no respondió. Las dos mujeres siguieron andando a lo largo de la costa, algo separadas. MyrdemInggala iba entre los arbustos lustrosos, acariciando con la mano las puntas de las ramas. De vez en cuando, algo, debajo de un matorral, silbaba y retrocedía ante su paso.

Tenía conciencia de Mai TolramKetinet, quien se arrastraba tristemente más atrás, odiando el exilio.

-Animo, Mai -dijo para alentarla. Pero Mai no respondió.

XI
VIAJE AL CONTINENTE NORTE

El anciano usaba un keedrant largo hasta los tobillos que había conocido mejores días. En la cabeza llevaba un sombrero en forma de pala que protegía del sol no sólo su calva, sino también su flaco pescuezo. A solas, esperaba el momento de abandonar el palacio para siempre.

Detrás de él había un coche ligero cargado con sus escasos efectos personales. Entre las varas había dos hoxneys. Sólo faltaba que llegara el cochero, entonces SartoriIrvrash podría marcharse.

Mientras esperaba pudo ver, a cierta distancia, una esquina donde un esclavo anciano ayudaba con un palo a quemar una montaña de papeles. En la hoguera ardían todos los papeles encontrados en las habitaciones del ex canciller, incluso los manuscritos de "El Alfabeto de la Historia y la Naturaleza".

El humo se elevaba hacia un cielo desvaído del que caían ligeras pavesas. La temperatura era tan alta como siempre, pero unas nubes grises cubrían el firmamento. Una corriente de aire arrastraba hacia el este las cenizas de un volcán que recientemente había entrado en erupción a cierta distancia de Matrassyl. Pero esto carecía de interés para SartoriIrvrash; lo que ocupaba su atención eran las cenizas negras que ascendían.

Su mano tembló, haciendo que la punta del veronikano ardiera como un pequeño volcán.

A sus espaldas se oyó una voz:

-Aquí tienes algunas ropas más, amo.

Su esclava, con una sonrisa consoladora, le ofrecía un lío cuidadosamente atado.

-Es una vergüenza que tengas que marcharte -agregó la esclava.

Él se volvió hacia ella, y avanzó un paso para mirarla a los ojos.

-¿Te entristece que me marche?

Bajando la vista, la mujer asintió. “Después de todo -pensó él-, le gustaba bastante un pequeño rumbo de vez en cuando... Y pensar que nunca me molesté en preguntarle nada, que nunca pensé en su goce. Qué aislado he estado dentro de mí mismo. He sido un hombre bastante bueno, y culto, pero sin valor por falta de sentimientos hacia los demás. Excepto hacia la pequeña Tatro”.

No supo qué decir a la esclava. Tosió.

-Hoy es un mal día, mujer. Ve adentro. Gracias.

Ella le dedicó una última mirada elocuente antes de marcharse. SartoriIrvrash pensó: ¿Quién sabe lo que puede sentir una esclava? Se encogió de hombros, irritado con ella y consigo mismo por esa exhibición de emociones.

Cuando llegó el conductor, apenas si lo advirtió. Sólo pudo entrever una figura juvenil, con la cabeza protegida contra el calor por una especie de caperuza Madi que le ocultaba casi todo el rostro.

-¿Listo? -preguntó la figura, mientras saltaba al asiento del conductor. Los dos hoxneys se movieron cuando sintieron el peso de sus correas.

SartoriIrvrash se demoraba. Señaló la hoguera con su veronikano.

-Allá va toda una vida de estudios. -Se dirigía especialmente a sí mismo.- Eso es lo que no puedo perdonar. Nunca podré. Tanto trabajo...

Con un gran suspiro, trepó al coche. Éste echó a andar de inmediato hacia las puertas del palacio. Había allí algunas personas que lo apreciaban pero que por temor a la cólera del rey no se habían atrevido a acudir para decide adiós. Mantuvo la mirada al frente, parpadeando.

Las perspectivas no eran buenas. Tenía treinta y siete años y ocho décimos, una edad bastante avanzada. Quizá pudiera colocarse como consejero en la corte del rey Sayren Stund; pero ni éste, ni Oldorando, ni el calor que hacía allí le agradaban demasiado. Siempre se había mantenido alejado de sus propios familiares y de los de su difunta esposa. Sus hermanos habían muerto. Sólo podía ir a vivir con su hija; ella y su marido residían en una oscura ciudad del sur, cerca de la frontera de Thribriat.

En ese lugar podría retirarse del mundo e intentar rescribir el trabajo de su vida. Pero ¿quién lo editaría, ahora que carecía de poder? ¿Quién lo leería si no estaba impreso? Había enviado una desesperada carta a su hija y ahora se proponía ir al sur en barco. El coche avanzaba velozmente cuesta abajo. Al pie de la colina, en lugar de girar hacia los muelles, torció a la derecha y tomó un estrecho sendero. Las tazas de las ruedas rechinaron al rozar una pared.

-¡Cuidado, necio, equivocas el camino! -dijo SartoriIrvrash, pero para sus adentros. ¿Qué importaba lo que ocurriera?

Las ruedas repiquetearon por una callejuela y entraron en un pequeño patio abandonado. El conductor saltó a tierra y cerró las puertas del patio, para que no pudieran ser vistos desde fuera. Luego se dirigió al ex canciller.

-¿Quieres bajar? Alguien te espera. -Se quitó su gorro e hizo una parodia de reverencia.

-¿Quién eres? ¿Para qué me has traído aquí?

El joven abrió la puerta del coche.

-¿No me conoces, Rushven?

-¿Quién...? ¡Roba, eres tú! -dijo, con cierto alivio, porque acababa de vislumbrar la idea de que JandolAnganol se propusiera secuestrarlo y asesinarlo.

-O soy yo o soy un hoxney, porque me estoy moviendo muy rápido estos días. Así ocurre siempre con las actividades secretas. Soy un secreto hasta para mí mismo. He jurado vengarme de mi maldito padre, que ha desterrado a mi madre. Y de mi madre, que se ha marchado sin despedirse.

Mientras el muchacho le ayudaba, SartoriIrvrash lo examinó, deseoso de ver si era tan alocado como sus palabras. RobaydayAnganol apenas si tenía doce años, y era una versión más pequeña y delgada de su propio padre. Estaba bronceado por el sol, y se veían en su torso rojizas cicatrices. La

sonrisa iba y venía por su cara como un tic, o como si no pudiese decidir si bromeaba o no.

-¿Dónde has estado, Roba? Te hemos extrañado. Tu padre te extrañaba.

-¿El Águila, quieres decir? Pues casi me ha pillado. Nunca me interesó la vida de la corte. Ahora me interesa menos todavía. Soy hermano de los hoxneys. Un asistente de Madi. Nunca seré rey, ni él volverá a ser feliz. Nuevas vidas, nuevas vidas, ¡y también para ti, Rushven! Tú me mostraste por primera vez el desierto, y yo no te abandonaré. Te conduciré ante un ser importante, humano, ni mi padre ni hoxney.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Espera...

Pero Roba se alejaba. SartoriIrvrash miró con ojos dubitativos el coche cargado con todos sus bienes terrenales, y decidió seguirlo. A paso rápido, entró en una habitación oscura sólo uno o dos pasos detrás del hijo del rey.

La casa estaba construida según el oscuro lugar en que se hallaba, estirándose hacia la luz como una planta que crece entre dos rocas. Jadeando, el anciano siguió a Roba por una insegura escalera hasta una habitación del tercer piso, la única en ese nivel. SartoriIrvrash se dejó caer agotado en un taburete que alguien le ofreció. Comenzó a toser.

Tres personas aguardaban en la habitación, y observó que también ellas estaban tosiendo. La delicada elegancia, la precisión de su estructura ósea, revelaban que se trataba de sibornaleses. Uno de ellos era una mujer, muy hermosa en su chagirack de fina seda -el equivalente norteño del charfrul- estampada con grandes flores blancas y negras. Más atrás, en la penumbra, había dos hombres. SartoriIrvrash reconoció de inmediato a Madame Dienu Pasharatid, esposa del embajador que había desaparecido el día en que Taynth Indredd llevara los arcabuces al palacio.

Se inclinó ante ella, excusándose por toser.

-Todos lo hacemos, canciller. El volcán produce esta irritación de la garganta.

-Lo que irrita la mía es la aflicción. No debes llamarme por mi antiguo título. -No le preguntó de qué volcán hablaba, pero ella notó la incertidumbre en su rostro.

-La erupción volcánica de las montañas Rustyjonnik. Sus cenizas llegan hasta aquí.

Ella le dirigió una mirada cordial, mientras aguardaba a que se repusiera. Aunque él sabía que era una mujer inteligente, había en su boca cierta dureza que no le agradaba y muchas veces había evitado su compañía.

SartoriIrvrash miró a su alrededor. Las paredes estaban cubiertas con un fino papel desgastado en algunas partes. Había un cuadro colgado: era un dibujo a pluma de Kharnabhar, la montaña sagrada de los sibornaleses. La única ventana, situada a un lado, iluminaba el perfil de Dienu Pasharatid y dejaba ver una escarpa rocosa de la que pendían enredaderas; la vegetación estaba cubierta por una capa de cenizas grises. Roba, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, chupaba una brizna de hierba y sonreía a las personas reunidas.

-¿Qué deseas de mí? Debo llegar a mi barco antes de que me ocurran nuevos desastres -dijo SartoriIrvrash.

Dienu Pasharatid tenía las manos a la espalda y desplazaba suavemente su peso de uno a otro pie.

-Te pedimos perdón por traerte aquí de modo tan poco usual, pero deseamos utilizar tus servicios, los cuales retribuiremos con generosidad.

Siguió adelante con su propuesta, volviéndose en ocasiones a los hombres para solicitar su confirmación. Los sibornaleses eran un pueblo profundamente religioso que creía, como el ex canciller sabía, en Dios el Azoiáxico, el cual existía antes de la vida y alrededor de quien toda la vida giraba. Aquellos diplomáticos despreciaban la religión de Akhanaba, a la que consideraban poco más que una superstición. Por consiguiente, aunque se escandalizaron, no los tomó por sorpresa que JandolAnganol decidiera romper su matrimonio y contraer otro.

Los sibornaleses -y el Azoiáxico a través de ellos consideraban el vínculo entre hombre y mujer como una decisión igualitaria que debía mantenerse toda la vida. El amor era un asunto de voluntad y no de capricho.

SartoriIrvrash, deseoso de iniciar su viaje, asentía automáticamente durante esta parte del discurso, reconociendo en ese tono sentencioso una característica de los habitantes del continente

norte.

Roba, sin escuchar siquiera, guiñó un ojo al ex canciller y le dijo por lo bajo:

-Aquí es donde el embajador Pasharatid se reunía con una mujer de la ciudad. Es una casa de putas histórica... pero esta señora se limitará a hablarte.

SartoriIrvrash le pidió que se callara.

Ignorando la interrupción, Madame Dienu dijo que los sibornaleses consideraban que sólo él, el canciller SartoriIrvrash, representaba el conocimiento en la corte de Borlien. Entendían que el rey lo había tratado tan mal como a la reina, y posiblemente peor. Esa injusticia les dolía, como a todos los miembros de la Iglesia de la Paz Formidable. Ahora, ella retornaba a su hogar. Invitaba a SartoriIrvrash a unirse a ellos, asegurándole que en Askitosh dispondría de una buena residencia y de un buen cargo en el gobierno como consejero, así como total libertad para completar la obra de su vida.

Él sintió un estremecimiento que en estos últimos tiempos padecía con frecuencia. Contemporizando, preguntó:

-¿Qué tipo de cargo?

La respuesta fue que como consejero en los asuntos de Borlien, los cuales conocía tan bien. Y la partida de Matrassyl sería inmediata.

SartoriIrvrash sintió tal asombro ante este ofrecimiento que ni siquiera preguntó el motivo de tanta prisa. Agradecido, aceptó.

-¡Excelente! -exclamó Madame Dienu.

Los dos hombres que estaban detrás de ella demostraron una habilidad casi propia de phagors para pasar de la quietud a una intensa actividad sin pasos intermedios. Abandonaron la habitación de inmediato, provocando ruidos y dando voces en todos los pisos y escaleras mientras personas y equipajes descendían al patio apresuradamente. De los depósitos emergieron coches de los establos hoxneys, y de cuartuchos escondidos, mozos de cuadra transportando arneses. Se organizó así una pequeña procesión en menos tiempo del que hubiera necesitado un borlienés para calzarse las botas. Todo el mundo, reunido en círculo, entonó una rápida plegaria, y luego partieron dejando la casa totalmente vacía.

Se dirigieron hacia el norte, a través de esa conejera que era el barrio antiguo, rodearon la gran Cúpula del Esfuerzo, semienterrada, y pronto se encontraron en el camino hacia el norte, con el Takissa relumbrando a su izquierda. Roba gritaba y cantaba.

Siguieron semanas de viaje.

La principal característica de aquella primera etapa era la capa de ceniza gris volcánica que todo lo cubría. La montaña Rustyjonnik, fuente continua de gruñidos y ocasionales derramamientos de lava, estaba en plena erupción. Bajo el manto de ceniza, el terreno se convertía en el país de los muertos. Los campos estaban yermos, los árboles marchitos, los arroyos quedaban taponados. Aves y animales morían o escapaban. Las familias humanas y phagors se alejaban de sus hogares.

Una vez que el grupo atravesó el río Mar, la plaga disminuyó, hasta desaparecer poco más tarde. Habían entrado en Mordriat, nombre que causaba terror en Matrassyl. La realidad era más pacífica. La mayoría de las tribus mostraban una actitud amigable debajo de sus típicos turbantes y túnicas de braffista.

Para garantizar un viaje seguro se contrataron guías; eran hombres macilentos con aspecto de villanos que se prosternaban al alba y al poniente. Por la noche, en torno del fuego del campamento, el principal de ellos, el Señalador del Camino, como él mismo se llamaba, explicaba a los viajeros cómo la ornamentación de sus vestiduras indicaba el rango. Se jactaba, además, de las numerosas jerarquías que tenía por debajo.

Nadie más escuchaba con más atención que SartoriIrvrash.

-Es extraña la propensión humana a establecer jerarquías sociales -observó al resto de sus compañeros.

-Una propensión tanto más notable cuando se observa en las zonas inferiores de la sociedad -dijo Madame Dienu-. En nuestro país se evitan esas degradantes categorías. Te gustará Askitosh. Es un modelo para todas las comunidades.

SartoriIrvrash tenía algunas reservas al respecto. Pero encontraba cierto reposo en la permanente severidad de Madame Dienu, después de tratar durante años con un rey tan voluble. A medida que el paisaje se tornaba más árido, su ánimo mejoraba; al tiempo que la locura de Roba parecía sosegarse. Pero SartoriIrvrash no lograba dormir. Sus huesos, acostumbrados a los cojines de plumas, no podían adaptarse a una manta sobre el duro suelo. Yacía despierto mirando las estrellas y los relámpagos, con una excitación que no sentía desde que sus hermanos y él eran niños. Hasta su resentimiento contra JandolAnganol disminuyó un poco.

El tiempo continuaba siendo seco. La caravana hacía grandes progresos a través de las sierras bajas. Llegaron a una pequeña ciudad comercial llamada Oysha (“probablemente -explicó a los demás SartoriIrvrash- debe su nombre a una corrupción de la palabra osh, que en Olonets local no significa otra cosa que ciudad"). Las explicaciones que se derivaban de los acontecimientos cotidianos hacían más entretenido el viaje. En Oysha -de dondequiera que derivara su nombre- el Takissa, que descendía rugiendo desde el este, se unía con un formidable afluente, el Madura. Ambos ríos nacían en el Nktryhk. Más allá de Oysha, hacia el norte, se extendía el desierto de Madura.

En Oysha cambiaron los hoxneys por kaidaws. El Señalador del Camino realizó el trueque, entrechocando muchas veces su frente con las de los vendedores. El kaidaw era un animal digno de confianza para cruzar desiertos. Las bestias de color herrumbre aguardaban en la polvorienta plaza del mercado de Oysha, indiferentes a la negociación.

El ex canciller estaba sentado sobre un cofre. Secaba su frente y tosía. La ceniza del Rustyjonnik le había dado fiebre y ardor en la garganta, y aún sentía sus efectos. Miraba las largas caras altaneras de los kaidaws, legendarias monturas de los guerreros phagor en el Gran Invierno. Era difícil ver en esas bestias cansinas el torbellino que con sus jinetes había asolado Oldorando y otras ciudades de Campannlat en la época del frío.

En el Gran Verano, esos animales acumulaban agua en su giba. Esto explicaba su utilidad en el desierto. Parecían muy mansos, pero excitaban el sentido histórico de SartoriIrvrash.

-Debería comprar una espada -dijo a RobaydayAnganol-. Cuando joven fui un esgrimista bastante bueno.

Roba dio una vuelta acrobática de lado.

-Ahora que estás libre del Águila, pones el año patas arriba. Por supuesto, harás bien en defenderte. En estas sierras vive el maldito Unndreid. Aquí los pastores duermen todas las noches con sus numerosas hijas, y el crimen es tan común como los escorpiones.

-La gente parece animosa.

Roba se puso de rodillas; su cara demostraba suspicacia.

-¿Por qué parecen tan amistosos? ¿Por qué ahora Unndreid está armado hasta los dientes con armas de fuego de Sibornal? ¿Has descubierto por qué el negro Io Pasharatid abandonó tan súbitamente la corte?

Tomando a SartoriIrvrash del brazo, lo condujo detrás de un coche, donde sólo podían ser vistos por los ojos inocentes de los kaidaws.

-Ni siquiera mi padre puede comprar amor o amistad. Estos sibornaleses compran la amistad. Es su forma de ser. Venderían a sus madres con tal de tener paz. Han pagado su seguridad en la ruta a Borlien con los arcabuces regalados a los caudillos locales. Esas armas de fuego no son un juego. Ni siquiera el rey favorito de Akhanaba, JandolAnganol, hijo de VarpalAnganol, padre de un amante de los Madis (aunque algo menos loco), pudo jugar con ellas. Lo derrotaron en la Batalla del Cosgatt. ¿Has visto la herida en su muslo?

-Tuvo postrado a tu padre bastante tiempo. No vi la herida, sino sus consecuencias.

-Tiene una pierna un poco tiesa. Sólo por suerte puede tener aún otra parte algo tiesa. Esa herida fue un beso de Sibornal. Bajando la voz, SartoriIrvrash dijo: -Tú sabes que jamás confié en los sibornaleses. Cuando se hizo la demostración de los arcabuces en la corte, recomendé que no hubiera ninguno presente. No fui escuchado.

Poco después de la demostración, Io Pasharatid desapareció.

Roba alzó un dedo, a modo de advertencia, y lo movió lentamente.

-Desapareció porque sus trampas quedaron a la vista de su esposa, nuestra hermosa compañera, y de su gente de la embajada. Estaba comprometida una muchacha de Matrassyl, que era la intermediaria, y con quien también yo intermediaba de vez en cuando... Por eso sé todo acerca de Pasharatid.

Se echó a reír.

-Los arcabuces que poseía Taynth Indredd, y que con tanta arrogancia obsequió a mi aguileño padre (y que mi aguileño padre tuvo a bien aceptar con tanta inconsciencia como aceptaría una costra de la peste si un mendigo se la ofreciera), se los había comprado a bajo precio a Pasharatid. ¿Por qué a bajo precio? Porque no eran suyos. Si hubiesen sido de Pasharatid, no habría podido dejar de lucrar. Eran propiedad de su gobierno, y estaban destinados a comprar la amistad de estos bandidos que ves aquí, y de Darvlish la Calavera, que ha demostrado esa amistad mil veces.

-Es una conducta inusitada en un sibornalés. Y en particular en uno con un alto cargo.

-Alto cargo, bajo personaje. Todo fue por la muchacha. ¿Nunca has visto cómo miraba a mi madre..., quiero decir, esa señora que era mi madre antes de partir sin despedirse?

-De haberlo sabido, tu padre habría mandado que lo ejecutaran. Supongo que estará de vuelta en Sibornal.

RobaydayAnganol se encogió de hombros significativamente.

-Estamos yendo tras él. Madame Dienu quiere su sangre. Para comprender por qué Pasharatid corre detrás de otras mujeres basta pensar en ella. ¿Te acostarías con un arcabuz? Estará muy atareado componiendo una mentira para ocultar sus pecados. Ella llegará y tratará de denunciarlo. ¡Ah, Rushven, no hay dramas como los de familia! Recuerda mis palabras: el viejo Io terminará encerrado en la Gran Rueda de Kharnabar. Antes era un lugar de culto; ahora meten allí a los criminales. Bueno, también los sacerdotes son prisioneros. Un gran drama. Conoces el dicho: "Hay algo más que un brazo en la manga de un sibornalés". Querría ir contigo, para ver qué ocurre.

-¿Cómo? Pero si vendrás, querido muchacho.

-Ah, no, tío, nada de afecto. Y menos por un Anganol. No protestes. Aquí nos separamos. Tú vas al norte con Madame Dienu. Yo, al sur con este coche. Tengo que cuidar de mis padres... Mis ex padres...

La decepción se dibujó en el rostro de SartoriIrvrash.

-No me abandones, muchacho, no con estos villanos. Me matarán en cualquier momento.

Mientras hacía una divertida parodia de fuga, el príncipe dijo:

-Después de todo, eso sería una forma de escapar y dejar de ser un ser humano, ¿verdad? Yo me convertiré en un Madi. Otra escapada. Para mí, el Ahd.

Dio un salto y besó la calva de SartoriIrvrash.

-Buena suerte en tu nueva carrera, querido tío. ¡De nosotros dos crecerán ramas verdes!

Saltó al coche, chasqueó el látigo por encima de los hoxneys y se alejó rápidamente. Los hombres de las tribus, alarmados, lo maldijeron en nombre de los ríos sagrados. Una nube de polvo devoró el veloz vehículo.

El desierto de Madura. Matrassyl parecía muy lejos. Pero las estrellas estaban muy cerca, y en las noches claras la hoz del cometa de YarapRombry ardía como una señal en el camino.

Al alba, cuando el fuego de la hoguera ya se había extinguido y los demás aún dormían, SartoriIrvrash temblaba. Su fiebre no desaparecía del todo. Pensaba en BillishOwpin. En la inmensidad del desierto se le hacia más creíble que hubiese venido de otro mundo.

Fue adonde estaban los kaidaws atados y encontró allí de pie, fumando, al Señalador del Camino. Los dos hombres hablaron en voz baja. Los kaidaws gruñían suavemente.

-Los animales están bastante tranquilos -comentó SartoriIrvrash-. La historia los muestra como bestias casi indomables. Dice que sólo los phagors pueden montarlos. Jamás he visto a un phagor montado en un kaidaw, ni tampoco acompañado por un ave vaquera. Tal vez la historia se equivoca también en eso. He pasado mi vida tratando de distinguir historia de leyenda.

-Quizá las dos cosas no sean muy diferentes -dijo el Señalador-. Yo no puedo opinar, puesto

que soy incapaz de leer una sola letra. Pero nosotros hacemos fumar a los kaidaws cuando acaban de nacer, les soplamos humo de veronikano en la nariz. Aparentemente, eso los calma... Te contaré una cosa, ya que no puedes dormir, como me ocurre a mí. -Suspiró, preparándose para las fatigas de la narración.- Hace muchos años fui al este con mi amo, a través de las provincias dominadas por Unndreid, hasta las soledades de Nktryhk. Es un mundo distinto, muy duro, donde hay poco aire para respirar; sin embargo, la gente se mantiene sana.

-En las alturas hay menos infecciones -comentó SartoriIrvrash.

-En Nktryhk no dicen eso. Dicen que la Muerte es un amigo perezoso al que no le gusta trepar por las montañas. Te diré una cosa. Allí abunda el pescado. Muchas veces proviene de un río situado a cien millas de distancia, o más. No se pudre. Aquí, si pescas algo por la mañana, está en mal estado a la puesta de Freyr. En el Nktryhk se conserva perfectamente durante un año pequeño.

Se apoyó sobre el lomo de uno de los pacientes kaidaws y sonrió.

-Es hermoso, cuando uno se acostumbra. Frío por las noches, por supuesto. Nunca llueve. Y en los valles altos sólo viven los phagors. No son tan sumisos como aquí. Ya te digo que es un mundo distinto. Y montan en kaidaws tan rápidos como el viento, y también tienen aves vaqueras posadas en el hombro. Yo pienso que volverán e invadirán las tierras bajas cuando Freyr se aleje y las cubra la nieve. Cuando quiera que esto sea.

Asintiendo con interés y con cierta incredulidad, SartoriIrvrash preguntó:

-Pero sin duda no habrá muchos phagors a tanta altura, ¿verdad? ¿Qué pueden comer, aparte de esos peces siempre frescos? No hay alimento.

-No es así. Cultivan centeno en los valles, hasta el borde mismo de los glaciares. Lo único que necesitan es regadío. Allí cada gota de agua o de orina es preciosa. Y ese aire tan tenue posee una extraña virtud; las cosechas de centeno maduran en cuatro semanas.

-¿Medio décimo después de la siembra? Increíble.

-Sin embargo es así -dijo el Señalador-. Y los phagors se reparten el grano sin usar dinero y sin peleas. Y las aves vaqueras ahuyentan a todas las demás aves, con excepción de las águilas. Lo he visto con mis propios ojos, cuando no era más alto que el lomo de este animal. Y me propongo volver algún día: allí no hay leyes ni monarcas.

-Tomaré nota de todo eso, si no te importa -dijo SartoriIrvrash.

Mientras escribía, pensó en JandolAnganol entre sus edificios abandonados.

Después del Madura, la larga desolación del Hazziz. En dos ocasiones atravesaron unas franjas de vegetación que se extendían de un horizonte al otro, como cercos de dios. Árboles, arbustos, un tumulto de flores trazaban una línea sobre el paisaje.

-Éste es / será el uct -dijo Dienu Pasharatid, traduciendo el presente-futuro sibornalés-. Se extiende de este a oeste del continente siguiendo el paso de las migraciones Madi.

En el uct vieron algunos Otros. No sólo los Madis utilizaban el verde sendero. El Señalador del Camino mató a uno con un disparo de arcabuz. Cayó al suelo casi a sus pies, todavía parpadeando de asombro. Luego lo asaron en la hoguera del campamento.

Un día la lluvia se cerró sobre las praderas como la mandíbula de una serpiente. Freyr ascendía en el cielo a mayor altura que en Matrassyl. SartoriIrvrash habría preferido viajar durante la medialuz, como acostumbraban los borlieneses de clase alta; pero los demás pensaban de otro modo.

Ya no dormirían al sereno. El ex canciller se asombró al descubrir que lo lamentaba. Ahora los establecimientos sibornaleses eran más frecuentes, y el grupo se detenía en ellos a pasar la noche.

Eran todos iguales. Unas pequeñas granjas en el centro, y un círculo de casetas para la guardia a distancias regulares en la periferia. Entre las granjas pasaban calles trazadas como ejes de una rueda que llevaban a uno o dos anillos de casas en el centro. En general los establos, depósitos y despachos rodeaban una iglesia dedicada al culto de la Paz Formidable, situada en el centro geométrico de la rueda.

Gobernaban esos establecimientos monjes-soldados vestidos de gris que supervisaban la llegada y partida de los viajeros, a quienes se daba siempre cama y comida gratuitas. Esos hombres, que cantaban himnos en honor del Dios el Azoiáxico, llevaban en la túnica el símbolo de la rueda y

al hombro arcabuces del último modelo. No olvidaban que esas tierras pertenecían tradicionalmente a Pannoval.

Casi demasiado tarde, SartoriIrvrash observó que en el establecimiento sibornalés no se permitía el acceso del Señalador del Camino y de sus hombres. El guía recibió su paga de un miembro de la embajada, llevó la mano a su turbante y partió hacia el sur.

-No me he despedido de él -dijo SartoriIrvrash.

-No es necesario. Se le ha pagado y se marcha. Ahora el camino es seguro.

-Pero me gustaba ese hombre.

-Ya no nos sirve de nada. Podemos seguir de un establecimiento a otro. Y esos bárbaros creen en viejas supersticiones. El Señalador me dijo que sólo podía traernos hasta aquí porque hasta aquí llega la octava de tierra de su tribu.

Tironeando de sus patillas SartoriIrvrash respondió:

-Madame Dienu, a veces las viejas costumbres contienen la verdad. La preferencia por la propia octava de tierra está bastante difundida. Los hombres y mujeres prosperan cuando viven en la octava de tierra en que han nacido. Detrás de las viejas creencias hay cierto sentido práctico. Por lo general, las octavas siguen estratos geológicos y vetas de minerales que influyen sobre la salud.

Una sonrisa fugaz pasó por el rostro huesudo de la mujer.

-Naturalmente, es de esperar que los pueblos primitivos mantengan creencias primitivas. Eso es lo que los ancla en el primitivismo. Las cosas son permanentemente mejores allí donde vamos. -Esa última frase era, sin duda, una traducción directa de alguno de los tiempos de verbo continuos de los sibornaleses.

Como era una mujer de alto rango, Dienu Pasharatid se dirigía a SartoriIrvrash en Olonets Puro. En Campannlat sólo hablaban el Olonets Puro -distinto del Olonets Local-las castas más elevadas y los líderes religiosos, en particular los del Santo Imperio Pannovalano. Esa lengua era cada vez más una prerrogativa de la Iglesia. El lenguaje principal del continente norte era el Sibish, que poseía un alfabeto propio. El Olonets sólo se hablaba en algunos puntos de la costa sur, donde florecía el comercio con Campannlat.

El Sibish era rico en continuos y condicionales. No tenía el sonido “y” sino una “j” dura; los sonidos "ch" y "s" eran casi silbidos. De este modo, un nativo de Askitosh podía dar un matiz siniestro a las palabras dichas a un extranjero en su lengua. Quizá toda la historia de las continuas guerras norteñas se fundaba en lo irrisoria que resultaba la palabra “Matrassyl” pronunciada por un sibornalés. Detrás del breve mohín de los labios estaba la ciega fuerza impulsora del clima, de Heliconia, que no aconsejaba abrir innecesariamente la boca durante la mitad del Gran Año.

Los viajeros dejaron sus kaidaws en el primer establecimiento, donde se despidió el Señalador, y siguieron hacia el norte en hoxneys.

Después del duodécimo establecimiento, ascendieron una cuesta cada vez más empinada, de muchas millas. Tuvieron que descender de sus monturas y continuar a pie. En la cumbre de la elevación había una hilera de rajabarales jóvenes, altos y delgados, con una corteza traslúcida como tallos de apio. Cuando llegaron, SartoriIrvrash apoyó la mano en el árbol más próximo. Era suave y tibio, como el flanco de un hoxney. Alzó la vista a los altos penachos mecidos por el viento.

-No mires arriba; mira al frente -dijo uno de sus compañeros.

Al otro lado de la elevación, hundida entre sombras celestes, había una vaguada. Y más allá un azul profundo: el mar.

Ya no tenía fiebre ni se acordaba de ella. Olía una nueva fragancia en el aire.

Cuando llegaron al puerto, hasta los hombres del norte demostraron su excitación. Tenía un desafiante nombre Sibish. Rungobandryaskosh. Se ajustaba al plan general de los establecimientos donde habían estado, aunque era sólo un semicírculo, con una iglesia trepada al risco en el centro del diámetro, y con una higuera -un faro- encendida en su torre. Simbólicamente, la otra mitad del círculo se encontraba en Sibornal, del otro lado del Mar de Pannoval.

En los muelles se veían varios barcos. La solidez de su construcción demostraba a las claras que los sibornaleses eran por naturaleza gentes de mar, cosa que no ocurría con casi ningún otro pueblo de Campannlat.

Pasaron la noche en una hostería, se levantaron a la salida de Freyr y embarcaron en una de las naves con otros viajeros. SartoriIrvrash, quien nunca había viajado en una embarcación grande, se instaló en su pequeño camarote y se echó a dormir. Cuando despertó, el barco estaba a punto de abandonar el puerto.

Miró por su ventanilla cuadrada.

Muy bajo, sobre el agua, Batalix trazaba un camino plateado. Los barcos más cercanos no eran más que siluetas azules, y sus mástiles, un bosque sin hojas. Un joven robusto atravesaba el puerto en un bote de remos. La luz era tan escasa que el muchacho y el bote eran una misma cosa: una pequeña forma oscura en que el cuerpo se inclinaba hacia adelante y los remos hacia atrás. Lentamente el bote avanzaba en la luz incierta. La espalda trabajaba, los remos se hundían, y por fin la penumbra cedió (para recomponerse de inmediato) cuando el remero llegó hasta los pilares del muelle.

SartoriIrvrash recordó que en su infancia había llevado a sus dos hermanos menores en un bote a través de un lago. Podía ver sus sonrisas y sus manos hundidas en el agua. Había perdido muchas cosas desde entonces. Todo tenía su precio. Había dado mucho por el precioso Alfabeto.

Sobre la cubierta se oyeron ruidos de pies descalzos, órdenes, el crujido de jarcias y poleas mientras se izaban las velas. Incluso en el camarote fue perceptible el estremecimiento cuando la brisa las hinchó. Gritos en el muelle, una soga que caía por una banda. Habían iniciado la travesía al continente norte.

Fue un viaje de siete días. A medida que navegaban hacia el nornoroeste. Freyr permanecía más horas en el cielo. Cada noche, el brillante sol se hundía a barlovento y pasaba progresivamente menos tiempo en el horizonte, antes de alzarse en algún punto al norte del nordeste.

Mientras Dienu Pasharatid y sus amigos adoctrinaban a SartoriIrvrash acerca de las brillantes perspectivas que se avecinaban, la visibilidad disminuía; pronto estuvieron sumergidos en lo que un marinero -según oyó el ex canciller- llamó “un buen manto Uskuti”. Una densa neblina parda cayó sobre ellos, como una combinación de lluvia y tormenta de arena. Apagó los ruidos de a bordo, cubriendo todo de una grasienta humedad.

Sólo SartoriIrvrash se alarmó. El capitán le explicó que no había nada que temer.

-Tengo suficientes instrumentos para navegar sin riesgo en una caverna subterránea dijo-. Aunque, naturalmente, nuestros modernos barcos exploradores están mejor equipados.

Invitó a SartoriIrvrash a su cabina. Sobre la mesa había una tabla de alturas solares diarias para determinar la latitud, una brújula flotante, un sextante, y un instrumento que el capitán llamaba un “nochero”, el cual permitía medir la elevación de ciertas estrellas de primera magnitud, y también la cantidad de horas restantes antes y después de la medianoche de ambos soles. La nave contaba además con equipo para la navegación de estima, con la distancia y la dirección medidas sistemáticamente sobre la carta.

Mientras SartoriIrvrash tomaba notas sobre estos asuntos, se oyó un grito del vigía, y el capitán corrió a cubierta maldiciendo de un modo que seguramente hubiera desagradado al Azoiáxico.

A través de la bruma se vislumbraban nubes pardas y, entre ellas, hombres que rugían. Poco a poco esas nubes se convirtieron en un volumen. Y cuando ya no había tiempo para maniobrar, un barco tan grande como el suyo se deslizó a menos de un metro de distancia. Se vieron linternas y rostros furiosos acompañados por puños amenazantes, y luego todo desapareció en la niebla. La nave continuó rumbo a Sibornal en medio de una desolación sepia.

Los pasajeros explicaron al extranjero que acababan de cruzarse con una de las arenqueras de Uskut, las cuales solían echar sus redes lejos de la costa. Esas arenqueras eran pequeñas fábricas entre cuyos tripulantes iba personal especializado en limpiar y salar el pescado, y toneleros para envasarlo de inmediato.

Conmovido por el incidente, SartoriIrvrash no estaba de ánimo para escuchar la apología del comercio sibornalés de arenques. Optó por retirarse a su húmedo camarote y se envolvió en su manta, temblando. Cuando desembarcaran en Askitosh, recordó, estarían a treinta grados de latitud norte, sólo cinco al sur del Trópico de Kharnabhar.

La mañana del séptimo día de viaje el muro de niebla retrocedió, aunque la visibilidad seguía

siendo escasa. El mar estaba salpicado de arenqueras.

Un rato más tarde, una perezosa mancha del horizonte se resolvió en la costa del continente norte. Apenas era una línea de arenisca que separaba el mar, casi sin olas, de la tierra.

Movida por algo parecido al entusiasmo Madame Dienu Pasharatid dio a SartoriIrvrash una breve lección de geografía. Él podía ver la abundancia de embarcaciones pequeñas. Askitosh se había visto obligada a convertirse en una nación marítima por el avance de los hielos de las Regiones Circumpolares -mencionadas con respetuosa gravedad- hacia el sur. Entre el mar y los hielos había escasas tierras de labranza. Fue preciso cultivar los mares y abrir en ellos caminos hacia los dos grandes graneros del continente, situados según indicó con un amplio gesto del brazo- muy lejos.

-¿A qué distancia? -preguntó él.

Señalando hacia el oeste, Madame Dienu enumeró las naciones de Sibornal con diversas inflexiones, como si las conociera una por una, como si fueran personajes que, de pie en una estrecha franja de tierra, miraran hacia el sur, recibieran en la espalda el cierzo helado de las Regiones Circumpolares, y sintieran una vigorosa tentación de invadir Campannlat. SartoriIrvrash murmuró algo para sus adentros.

Askitosh, Loraj, Shivenink -donde estaba la Gran Rueda-, Bribhar, Carcampan.

Las mejores regiones cerealeras estaban en Bribhar y Carcampan.

La enumeración terminó con el índice de Madame Dienu señalando hacia el este.

-Así hemos dado toda la vuelta al globo. La mayor parte de Sibomal, como puedes ver, queda atrapada entre el océano y los hielos. Así se explica nuestra independencia. Más allá de Carcampan está la región montañosa de Kuj-Juvec, donde apenas hay seres humanos, y luego se encuentra el Hazziz Superior, que conduce a la península de Chalce; y luego retornamos a la seguridad de Askitosh, la región más civilizada. Llegas en un momento del año en que tenemos en el cielo a Freyr y a Batalix. Pero durante la mitad del Gran Año, Freyr está siempre debajo del horizonte, y entonces el clima es muy severo. Es el Ultra Invierno de la leyenda... El hielo se desplaza hacia el sur, y también, si podemos, los Uskuts, como nos llamamos a nosotros mismos, si podemos. Pero muchos mueren. Muchos mueren / morirán. -Empleaba un presente-futuro-continuo.

Aunque hacía calor, Madame Dienu se estremeció ante el pensamiento.

-En otras generaciones -murmuró-. Por fortuna, esos tiempos crueles están todavía lejos. Pero es difícil olvidarlos. Supongo que se trata de memoria racial... Todos sabemos que el Ultra Invierno ha de volver.

Una vez en tierra, fueron escoltados hasta un sólido carruaje con baldaquino. Cuando los esclavos humanos terminaron de ubicar el equipaje, SartoriIrvrash y Madame Dienu subieron al vehículo. Cuatro yelks los llevaron a buen paso por una de las calles radiales que partían del puerto.

Mientras pasaban a la sombra de una inmensa iglesia, SartoriIrvrash intentó definir las impresiones que sentía. Le asombraba el hecho de que, en buena parte, el coche estuviera construido con metales y no con maderas: de metal eran los ejes, los costados e incluso los asientos.

Se veían objetos de metal por todas partes. La gente que pululaba por las calles, sin dar gritos ni avanzar a empujones como en Matrassyl, llevaba hacia los barcos pailas, escaleras y otros objetos de metal; había hombres de brillantes armaduras. Algunos de los edificios más lujosos tenían puertas de hierro primorosamente labradas o con nombres inscriptos en relieve, como si sus ocupantes se propusieran vivir allí para siempre, pese a la proximidad de las Regiones Circumpolares.

La bruma aplacaba el calor de Freyr, que para el ojo del visitante estaba demasiado alto en el cielo de mediodía. La atmósfera de la ciudad era humosa. Aunque los bosques de Sibornal eran ralos en comparación con las tumultuosas junglas de los trópicos, el continente poseía abundantes reservas de lignito y de turba, así como diversos minerales. Éstos eran fundidos en pequeñas fábricas situadas en varias partes de la ciudad. Cada metal tenía asignada una zona determinada. Allí se agrupaban los maestros y trabajadores especializados, así como sus esclavos. Durante la vida de la última generación, los metales se habían tornado más baratos que la madera.

-Es una bella ciudad-observó uno de los viajeros en un intento por agraciar al visitante.

SartoriIrvrash se sentía disminuido. Resopló suavemente sin responder.

Desde el vehículo estudiaba la forma semicircular de Askitosh. La gran iglesia del puerto era el

eje. Después de un semicírculo de edificios había otro de granjas con sembradíos, luego otro de edificios, y así sucesivamente, aunque diversas exigencias rompían en algunos puntos lo que para cualquier borlienés era una simetría abrumadora.

Así llegaron a un gran edificio liso como una caja, en el que se habían abierto ventanas estrechas como ranuras. Sus puertas dobles eran de metal, y en ellas estaban inscriptas, en relieve, las palabras “Primer Conventillo, Sector Seis”. Como se podía ver, un conventillo era una mezcla de hotel, monasterio, convento, escuela y prisión, o al menos esto le parecía a SartoriIrvrash mientras examinaba la celda que le había tocado y leía las reglas.

Las reglas declaraban que se servían dos comidas por día, a las cuatro y veinte y a las diecinueve; que se rezaban oraciones (voluntarias) en la capilla del piso superior; que el jardín se abría durante el crepúsculo para el paseo y la meditación; que se podían recibir instrucciones (para lo que fuera) en cualquier momento; que los visitantes no podían abandonar el edificio sin autorización.

Suspirando, se lavó y se echó en la cama, dejando que la melancolía se apoderara de él. Pero la hospitalidad uskutoshkana, como otras características locales, era rápida y vivaz; de inmediato unos golpecitos rápidos y vivaces se oyeron en la puerta, y el ex canciller fue conducido por un pasillo a una gran sala de banquetes.

Era larga y baja, y recibía luz de las estrechas ventanas a través de las cuales se podía entrever la actividad de la calle. No había alfombras en el suelo; pero el salón exhibía un detalle de lujo, e incluso de grandeza: un enorme tapiz, situado en la pared del fondo, que representaba una gran rueda conducida a través del cielo por unos remeros vestidos de azul, que sonreían de dicha, hacia una sorprendente imagen materna de cuya boca, senos y nariz brotaban las estrellas del cielo rojo.

Tanto asombraron a SartoriIrvrash las características de ese tapiz, que ardía por tomar notas o, incluso, hacer un esbozo; pero le indicaron que avanzara al encuentro de doce personas que aguardaban para darle la bienvenida. Madame Dienu Pasharatid presentó a cada una de ellas por su nombre. Ninguna apretó la mano del ex canciller: en ese país no existía el hábito de tocar la mano de nadie que no perteneciera a la propia familia o clan.

Él intentó retener los complejos nombres, pero el único que conservó en su mente fue el de Odi Jeseratabahr, y esto porque pertenecía a una Monja Almirante, que vestía un uniforme a rayas azules y grises y era, desde luego, mujer. Y además hermosa, dentro de un estilo austero, con dos trenzas rubias anudadas alrededor de su cabeza y rematadas en dos puntas parecidas a cuernos que le daban un aire solemne y cómico a la vez.

Todos los presentes brindaron una afable sonrisa a su huésped de Campannlat y se sentaron a la mesa con gran ruido de sillas de metal raspando el suelo. Apenas estuvieron sentados se hizo silencio, y el más gris de los doce se puso de pie para decir una oración. Los demás se llevaron los dedos a la frente, en actitud de orar. SartoriIrvrash los imitó. La plegaria, canturrearla en presente-futuro-continuo, en condicional eterno, pasado a presente, transferencial, y otros modos y tiempos verbales Sibish, se proponía transmitir un mensaje de agradecimiento al Azoiáxico. La longitud de la oración intentaba, tal vez, ser proporcional a la distancia.

Finalmente concluyó y jóvenes esclavas trajeron una comida compuesta por gran cantidad de platos servidos en pequeñas porciones, en su mayoría vegetarianos -aparte del pescado- y consistentes en algas variadas, crudas o al vapor. También trajeron zumos de frutas y una bebida alcohólica a base de algas llamada yoodhl.

El único plato excepcional que a SartoriIrvrash realmente le agradó fue un animal asado traído con actitud ceremoniosa y que, según pensó, era cerdo. Estaba aún clavado en el asador y le sirvieron una porción pequeña del pecho. Sólo días después descubrió que "treebries" era Nondad asado, un manjar uskutoshki, que sólo se servía a los visitantes más notables.

Durante el banquete, Dienu Pasharatid se acercó a SartoriIrvrash desde atrás y le habló.

-Enseguida la Monja Almirante pronunciará unas palabras. Quizá te alarmen. No te preocupes. Sé que no eres hombre temeroso ni dado a la malicia, así que no pensarás mal de mí por participar en esto.

El ex canciller, súbitamente alarmado, dejó caer el cuchillo.

-¿Qué dirá?

-Anunciará algo que ha de afectar los destinos de nuestros países. Recuerda sólo que me vi obligada a traerte aquí para limpiar mi nombre de la mancha arrojada sobre él por las acciones de mi marido. Recuerda también que odias a JandolAnganol, y todo marchará bien.

Se apartó y regresó a su asiento. El no pudo probar otro bocado.

Una vez terminada la comida se sirvieron licores y comenzaron los discursos.

El primero fue el del panjandrum local, quien les dio la bienvenida en términos casi comprensibles. Luego Madame Dienu se puso de pie.

Después de breves preliminares, fue al grano. Hizo una referencia oblicua a su marido, y declaró que se había sentido obligada a ofrecer una compensación por su alejamiento de las normas diplomáticas. Por eso había rescatado al canciller SartoriIrvrash de la melancólica situación en que se encontraba y lo había traído a Sibornal.

El distinguido visitante podía hacer a Uskutoshk, y en verdad, a todo el continente norte, un servicio que registraría la historia, dando a su nombre un lugar distinguido en sus anales. Nuestra amada y venerada Monja Almirante, Madame Odi Jeseratabahr, explicaría a continuación cuál era ese servicio.

Una premonición terrible hizo que SartoriIrvrash se sintiera aún peor que con el yoodhl. Hubiera deseado un veronikano, pero al ver que nadie fumaba, estaba fumando, fumaría,

o siquiera usaba el condicional eterno del verbo fumar, desistió y se aferró a la mesa

cuando la Monja Almirante se puso de pie.

Usó para su discurso el Sibish Mandarín propio de una Monja Almirante.

-Monjes-Guerreros; Miembros de la Comisión de Guerra; amigos; distinguido visitante -comenzó, sacudiendo sus cuernos rubios-: El tiempo es siempre breve, de modo que abrevio / abreviaré mis palabras. En sólo ochenta y tres años Freyr está / estará en su fase más próxima y por lo tanto el Continente Salvaje y sus bárbaras naciones se encontrarán en una situación del peor pronóstico. Ellas son / han sido incapaces de enfrentar el futuro, que nosotros aquí nos enorgullecemos, a mi entender con toda justicia, de enfrentar / haber enfrentado / haber de enfrentar y estar enfrentando.

“Entre las principales naciones de ese infeliz continente, Borlien es la que sufre / sufrirá mayores dificultades. Por desgracia, nuestra vieja enemiga, Pannoval, estuvo / está floreciente. Hace poco surgió / está surgiendo un factor aleatorio no computado, cuando nuestro comercio de armamentos crecía / crecería por obra de un embajador delincuente. No me demoro / demoraré en este episodio, pero muy pronto las naciones guerreras del Continente Salvaje estuvieron / están / estarán haciendo imitaciones de nuestras armas. Podemos / habremos de poder actuar antes de que esto se difunda, mientras tenemos / estamos teniendo la supremacía indiscutida.”

“Como mis amigos de la Comisión de Guerra ya saben / sabrán, nuestro plan no es / ha de ser otro que la ocupación de Borlien.”

Sus palabras determinaron un profundo silencio. Luego surgió un enérgico murmullo de aclamación. Muchos ojos se volvieron al pálido rostro de SartoriIrvrash.

-No tenemos / habremos de tener tropas suficientes para la ocupación de todo el territorio de Borlien por la fuerza. Nuestro plan es / será anexar Borlien con medios proporcionados involuntariamente por su propio rey JandolAnganol. ¡Una vez subyugada Borlien, atacaremos Pannoval tanto desde el norte como desde el sur!

La concurrencia empezó a aplaudir antes de que la hermosa Almirante concluyera. Todos se sonreían unos a otros y luego sonrieron a SartoriIrvrash, cuya vista estaba clavada en los labios hermosamente curvados de Madame Odi.

-Tenemos / hemos de tener una flota lista para el ataque -dijeron esos labios-. Esperamos / esperaríamos que el canciller SartoriIrvrash venga / haya de venir con nosotros para cumplir un rol esencial. Grande habrá sido / habrá de ser su recompensa.

Nuevos aplausos, algo más contenidos.

-La flota se hace / hará a la vela hacia el oeste. Comando / comandaré el Amistad Dorada. Navegaremos a lo largo de la costa de Campannlat hasta la bahía de Gravabagalinien, donde la reina MyrdemInggala ha sido / está siendo exiliada, desde el oeste. El canciller y yo descenderemos /

descenderíamos para liberar a la reina de su exilio, mientras el resto de la flota bombardea / bombardearía Ottassol, el principal puerto de Borlien, hasta su capitulación.

"La reina ha sido / es / ha de ser amada por su pueblo. SartoriIrvrash proclamará el nuevo gobierno de la reina de Ottassol, y será su primer ministro. No habrá necesidad de lucha."

"Apreciaréis / habríais de apreciar el realismo de este plan. Nuestro distinguido aliado y la reina bárbara, descendiente de la salvaje Shannana de Thribriat, están / estarán unidos por el odio que sienten hacia el rey JandolAnganol. La reina habría / ha de estar feliz en su trono recuperado / por recuperar. Por supuesto, está / estará bajo nuestra supervisión."

"Apenas nuestro poder en Ottassol esté / haya de estar consolidado, nuestros barcos y tropas avanzarán hacia la capital, Matrassyl. Según los informes de nuestros agentes, hemos de encontrar / encontraremos aliados allí, en particular el padre de la reina y sus partidarios. El inestable gobierno del rey concluirá de inmediato. Su vida también. El mundo no necesita amantes de phagors."

"Una vez que hayamos dominado Borlien, describiremos un velocísimo movimiento de sable a través del Continente Salvaje, desde Ottassol en el sur hasta Rungobandryaskosh."

"Vuestra presencia aquí apresurará las cosas. Descansad, amigos, porque se acerca la hora de la acción, una acción gloriosa. El grueso de la flota se pondrá / habrá de ponerse en marcha a la salida de Freyr, dentro de dos días con la ayuda de Dios."

"Un gran futuro amanece / amanecerá."

Esta vez, los aplausos fueron incontenibles.

TRÁFICO DE PASAJEROS RÍO ABAJO

-La ignorancia inmutable y brutal de la gente... Trabajan y no mejoran su destino. O no trabajan. No hay ninguna diferencia. No les interesa nada más allá de su pueblo... Ni siquiera más allá de su ombligo. Mira a esos ociosos. Si fuera tan estúpido como ellos, aún sería un buhonero en el parque de Oldorando...

El filósofo que hacía estos comentarios estaba extendido sobre cojines. Sostenía con la mano derecha una copa de su Exaggerator favorito, con hielo picado y limón, y su brazo izquierdo rodeaba a una muchacha con cuyos pechos jugueteaba.

El auditorio a quien estaban destinadas sus observaciones -excluyendo a la muchacha, que tenía los ojos cerrados- se componía de dos personas. Su hijo estaba apoyado contra la borda de la barca en que viajaban, con la mirada perdida y la boca entreabierta. El chico tenía a su lado un montoncillo de gwing-gwings azules y amarillos, y ocasionalmente escupía un hueso hacia el resto del tráfico fluvial.

Echado cerca de la proa, a la sombra, había un joven pálido que transpiraba y murmuraba sin cesar. Estaba cubierto por una sábana listada y movía con inquietud sus piernas debajo de ella; tenía fiebre desde el momento en que la embarcación había salido de Matrassyl en viaje al sur. Atravesaba uno de los períodos de menor lucidez, y apenas si era más capaz de recibirlas enseñanzas del hombre mayor que el comedor de gwinggwings.

Esto no arredraba al filósofo.

-En nuestra última escala, pregunté a un necio apoyado contra un árbol si creía que cada año el clima era más caluroso. Contestó: "Siempre ha hecho calor, maestro, desde el día en que el mundo fue creado". ¿Cuándo fue eso?, le pregunté. "En la Edad de Hielo, según he oído decir". Esa fue su respuesta. ¡En la Edad de Hielo! No tienen cabeza. Piensa en la religión. Yo vivo en un país religioso, pero no creo en Akhanaba. Y no creo en Akhanaba porque he reflexionado. Los nativos de esos pueblos no creen en Akhanaba; no porque hayan reflexionado, puesto que no reflexionan...

Se interrumpió para apretar más firmemente el seno izquierdo de la chica y beber un largo trago de Exaggerator.

No creen en Akhanaba porque son demasiado estúpidos para creer. Adoran toda clase de demonios, Otros, Nondads, dragones. Aún creen en dragones... Adoran a MyrdemInggala. Le pedí

una vez a mi administrador que me mostrara el pueblo. En casi todas las cabañas hay un retrato de MyrdemInggala. No se parece a ella más que a mí; pero está dedicado a ella... Como decía, no les interesa otra cosa que su ombligo.

-Me aprietas demasiado -dijo la muchacha.

El hombre bostezó y se preguntó, ausente, por qué disfrutaba más con la compañía de extraños que con la de su propia familia: de ese hijo bastante necio, de su esposa sin interés, de su hija con carácter dominante. Querría navegar para siempre por el río con esa muchacha y con ese joven que declaraba haber venido de otro mundo.

-Es tranquilizador el ruido del agua. Me gusta. Lo echaré de menos cuando me retire. Es una prueba de la inexistencia de Akhanaba. Para hacer un mundo tan complicado como éste, con una provisión estable de seres vivos que van y vienen, semejantes a un conjunto de piedras preciosas extraídas de la tierra y pulidas para vender... Para hacer un mundo así, tendrías que ser Verdaderamente inteligente, fueras o no un dios. ¿No es así? Dime, ¿no es así?

Con el índice y el pulgar de su mano izquierda le dio un leve pellizco, de modo que la chica chilló y dijo:

-Sí, si tú lo dices...

-Sí que lo digo. Y si fueras tan inteligente, ¿qué placer te podría dar sentarte a mirar el mundo y ver la estupidez de estos nativos? La monotonía te haría perder la razón. Una generación tras otra, sin progreso... «En la Edad de Hielo»... Por la Observadora...

Bostezó otra vez; sus párpados se cerraron.

Ella le clavó un dedo entre las costillas.

-Está bien. Ya que tú eres tan inteligente, dime quién hizo el mundo. Si no fue Akhanaba, ¿quién fue?

-Haces demasiadas preguntas -respondió él.

Muntras, el Capitán del Hielo, se quedó dormido. Sólo despertó cuando el Dama de Lordryardry se preparaba para amarrar, por la noche, en Osoilima, donde el patrón gozaría de la hospitalidad de la sucursal local de la Compañía de Transportes de Hielo de Lordryardry. Había aceptado esa hospitalidad en cada uno de los puertos tocados durante el viaje, de modo que éste había sido más largo que de costumbre; casi tanto como, al volver a Matrassyl, cuando las embarcaciones de su flota de carga eran arrastradas contra la corriente por grupos de hoxneys.

Un motivo había hecho que el agudo Capitán del Hielo, en los días de su juventud, hubiese creado un establecimiento en Osoilima; ese motivo se erguía a gran altura sobre ellos mientras amarraban el Dama de Lordryardry. A cien metros por encima de los brassims que florecían por todas partes. Dominaba la jungla circundante y el ancho río, y pesaba sobre su propio reflejo en el agua. Atraía peregrinos de las catorce comarcas de Campannlat, ansiosos de santidad y de hielo. Era la Piedra de Osoilima.

El administrador local, un hombre de pelo gris y fuerte acento dimariamano, llamado Grengo Pallos, subió a bordo y apretó cálidamente la mano de su jefe. Ayudó a Div Muntras a supervisar el desembarco de pasajeros. Cuando los phagors descargaron unos bultos con la leyenda OSOILIMA, Pallos volvió al lado del Capitán del Hielo.

-¿Sólo tres pasajeros?

-Peregrinos. ¿Cómo van las cosas?

-No muy bien. ¿Me traes algo más?

-Nada. Están perezosos en Matrassyl. Disturbios en la corte. Mal momento para el comercio.

-Eso me han dicho. Las espadas y las monedas nunca tintinean a la vez. Lamentable lo de la reina. Sin embargo, si nos unimos a Oldorando, quizá vengan más peregrinos. Malos tiempos, Krillio: hasta los devotos se quejan de que hace demasiado calor para viajar. Me pregunto cómo terminará esto. Te retiras en el mejor momento.

El Capitán del Hielo llevó a Pallos aparte.

-Tengo un problema muy especial, y no sé qué hacer con él. Un muchacho enfermo, se llama BilhshOwpin. Dice que ha venido de otro mundo. Tal vez esté loco, pero lo que dice es muy

interesante, si lo piensas dos veces. Cree que se está muriendo. Yo pienso que no. ¿Tu mujer podría cuidarlo?

-Naturalmente. Por la mañana arreglaremos el precio.

De modo que ayudaron a Billy Xiao Pin a bajar a tierra. También descendió la muchacha, llamada AbathVasidol, a quien Muntras había invitado a ir a Ottassol. Su madre, MettyVasidol, regía una casa en las afueras de Matrassyl, y era una vieja amiga del Capitán.

Los dos mercaderes bebieron un trago y fueron a visitar a Billy, instalado en el modesto establecimiento dirigido por la esposa de Pallos.

Billy se sentía mejor. Le habían frotado la columna vertebral con un trozo de hielo de Lordryardry, un remedio efectivo para todo tipo de males. Ya no tenía fiebre, y no tosía ni estornudaba. Su alergia había cedido al salir de Matrassyl. El Capitán le dijo que no moriría.

-Moriré pronto, Capitán; pero te agradezco de todos modos lo amable que has sido conmigo -respondió Billy. Después de los horrores de Matrassyl, pertenecer al Capitán del Hielo era la felicidad.

-No morirás. Ha sido ese inmundo volcán, el Rustyjonnik, derramando su veneno. Todo el mundo cayó enfermo en Matrassyl. Con los mismos síntomas que tú: ojos llorosos, dolor de garganta, fiebre. Pero ahora estás bien, y puedes ponerte en pie. No te abandones.

Billy tosió suavemente.

-Quizá tengas razón. Tal vez la enfermedad prolongue mi vida. Sin duda moriré a causa del virus hélico, puesto que no soy inmune a él; pero el volcán puede haber postergado ese destino por una o dos semanas... De todos modos, debería aprovechar al máximo la vida y la libertad. Ayúdame a ponerme en pie.

Unos momentos después caminaba por la habitación, reía, estiraba los brazos.

-¡Qué alivio, qué alivio! -exclamó Billy-. Estaba empezando a odiar su mundo, Capitán. Por un momento pensé que Matrassyl acabaría con mi vida.

-No es un mal lugar, cuando lo conoces.

-¡Demasiada religión!

-Allí donde haya seres humanos y phagors -dijo Muntras- habrá religión. El choque de dos ignorancias genera ese tipo de cosas.

La sagacidad de la observación impresionó a Billy, pero la esposa de Pallos, sin tenerlo en cuenta, tomó a Billy del brazo y le dijo:

-Pero si estás espléndidamente. Te bañaré y te sentirás bien del todo. Luego te daremos algo de comer; eso es lo que necesitas.

Muntras agregó:

-Sí, y tengo además otro medicamento para ti, Billish. Te enviaré a la encantadora Abath, hija de una antigua amiga mía. Es una chica preciosa. Una hora en su compañía te hará mucho bien.

Billy lo miró con ojos inquisitivos, mientras sus mejillas se coloreaban.

-Te he dicho que soy de otra raza... No he nacido en Heliconia... ¿Será posible? Sí, somos físicamente idénticos... Pero, esa muchacha, ¿querrá...?

Muntras rió de buena gana.

-Estoy seguro de que le gustarás más que yo. Sé que has puesto tu corazón en la reina, Billish, pero no dejes que eso te desanime. Usa un poco tu imaginación, y Abath será igual a la reina en todos los sentidos.

El rostro de Billy enrojeció.

-Por la Tierra, ¡qué experiencia! ¿Qué te puedo decir? Sí, envíala y veremos qué sucede...

Los mercaderes salieron. Pallos reía y se frotaba las manos.

-Ciertamente, demuestra espíritu experimental. ¿Le cobrarás por la chica?

Muntras, que conocía el temperamento mercenario de Pallos, ignoró la pregunta. Pallos comprendió el reproche y se apresuró a preguntar:

-¿Por qué dice que va a morir? ¿Piensa que de verdad viene realmente de otro mundo? ¿Es eso posible?

-Vamos a tomar una copa, y te mostraré algo que me dio. -Llamó a Abath, la besó en la mejilla,

y la envió a ver a Billish.

Las sombras de la noche adoptaron la intensidad del terciopelo. Batalix estaba en el cielo occidental. Los dos hombres se sentaron en la galería de la casa de Pallos, con una botella y una linterna entre ambos. Muntras alzó su puño, lo apoyó sobre la mesa y lo abrió.

En su palma estaba el reloj de Billy, con las tres series de pequeñas cifras que cambiaban sin cesar:

11:49:2 19:06:5223:15:43

-Es hermoso. ¿Cuánto vale? ¿Se lo has comprado? Muntras respondió:

-No existe otro como éste. Según Billish, aquí en el centro indica la hora y fecha de

Borlien; y además del mundo de donde ha venido, y de otro mundo de donde no ha venido. En otras palabras, se podría decir que esta joya prueba su historia. Para hacer un reloj tan complejo como éste hay que ser verdaderamente sabio, casi como un dios... Y sin embargo me cuesta pensar que no está loco. Billish dice que el mundo que construyó este objeto, el mundo de donde él viene, vuela por encima de nosotros y observa las tonterías de los nativos. Y que es un mundo hecho por hombres como nosotros. Sin necesidad de dioses.

Pallos bebió un sorbo de Exaggerator y movió la cabeza.

-Espero que no puedan leer las cifras de mis negocios.

La niebla se elevaba del río. Una madre llamaba a su hijito para que volviera a casa, advirtiéndole que los greebs podían salir del agua y devorarlo de un solo bocado.

-El rey JandolAnganol tuvo esta refinada máquina del tiempo en sus manos. Vio en ella un mal presagio. Pannoval, Oldorando y Borlien deben estar unidos, y sólo la religión conseguirá que esto suceda. El rey está tan comprometido en este proyecto que no puede permitir un solo elemento de duda. -Golpeó el reloj con su dedo regordete.- Esta joya sorprendente es un elemento de duda. Un mensaje de esperanza o de temor, depende de quién seas. -Señalándose un bolsillo del pecho, agregó: Como otros mensajes que han dejado a mi cuidado. Te digo, Grengo, que el mundo está cambiando, y no antes de tiempo.

Pallos suspiró y bebió un sorbo de su vaso. -¿Quieres ver mis libros, Krillio? Las ganancias de este año no han sido brillantes. El Capitán del Hielo miró a Pallos por encima de la linterna; la luz daba a este último un aire espectral. -Quiero hacerte una pregunta, Grengo. ¿No tienes ninguna curiosidad? Te muestro este reloj y te explico que viene de otro mundo. Allí está el extraño viajero, Billish,

gozando de su primer rumbo en Heliconia... ¿Qué puede pasar por su mente? ¿No despierta esto tu sensación de misterio? ¿No piensas que hay algo más allá de tus libros de contabilidad?

Pallos se rascó la mejilla y ladeó la cabeza.

-Todos esos cuentos que escuchábamos en la infancia... Esa mujer le decía al niño que un greeb podía atraparlo... ¿La has oído? No he visto un greeb desde que estoy en Osoilima, hace ya ocho años. Los han matado a todos para sacarles la piel. Querría cazar uno alguna vez. Las pieles se venden a buen precio. No, Capitán: Billish cuenta una historia inventada. ¿Cómo pueden los hombres hacer un mundo? E incluso si fuera verdad, ¿qué? Eso no mejoraría mis cuentas, ¿no te parece?

Muntras suspiró, moviendo su silla para poder mirar la niebla; quizás esperaba que emergiera un greeb, para poder demostrarle a Pallos lo equivocado que estaba.

-Creo que cuando el joven Billish se libere de ese kooni lo llevaré hasta la cumbre de la Piedra, si le quedan fuerzas. Pide a tu esposa que nos prepare algo de comer, ¿quieres?

Muntras permaneció donde estaba mientras el administrador salía. Encendió un veronikano y fumó con satisfacción, mirando vagamente cómo el humo ascendía hasta las vigas. Ni siquiera se preguntaba dónde estaría su hijo, porque lo sabía: en el bazar local. Los pensamientos de Muntras estaban mucho más lejos.

Finalmente, Billy y Abath aparecieron, tomados de la mano. La cara de Billy era apenas lo bastante ancha para dar cabida a su sonrisa. Se sentaron ante la mesa sin hablar. También sin hablar, Muntras ofreció la botella de Exaggerator. Billy movió la cabeza.

Era fácil advertir que había tenido una importante experiencia emocional. Abath parecía tan compuesta como si volviera de la iglesia. Sus rasgos eran los de una Metty más joven, pero con una gloria que Metty había perdido tiempo atrás. Tenía una mirada directa, en tanto que la de Metty era levemente furtiva. Sin embargo, pensaba Muntras, quien se consideraba buen juez de la naturaleza humana, demostraba el mismo aire de reserva que su madre. Huía de un problema de alguna clase en Matrassyl, lo que podía explicar su circunspección. Pero a Muntras le bastaba con admirarla así, con ese ligero vestido que destacaba sus pechos jóvenes y generosos y hacía juego con el tono castaño de su pelo.

Quizás había un dios. Quizá mantenía el mundo en movimiento, a pesar de su estupidez, para que existiera una belleza como la de Abath...

Por fin, Muntras exhaló el humo y dijo:

-De modo, Billish, que en tu mundo los hombres y las mujeres no se interesan mucho en tramodear...

-Nos enseñan a tramodear, como tú dices, a los ocho años de edad. Es una disciplina. Pero aquí... Quiero decir, con Abath... es... lo contrario de la disciplina... Es real... Oh, Abathy... -Exhalando su nombre como Muntras el humo, la abrazó y besó apasionadamente, interrumpiéndose sólo para decirle palabras cariñosas. Ella respondía de modo más discreto.

Billy apretó la mano de Muntras.

-Tenías razón, amigo mío. Es igual a la reina en todos los aspectos. Y mejor.

El Capitán dijo:

-Tal vez todas las mujeres sean iguales, y la única diferencia esté en la imaginación de los hombres. Recuerda la vieja frase: "Todos los rumbos llegan a la costa al mismo ritmo". Tu imaginación es vívida, y supongo, en consecuencia, que has encontrado en ella un excelente tramodeo... ¿Los koonis de nuestro mundo son tan profundos como los del tuyo?

-Más profundos, más suaves, más vivos... -Besó otra vez a la muchacha.

El Capitán suspiró.

-Acaba con eso. En los demás, la pasión es tan aburrida como la borrachera. Vete, Abath. Quiero que este joven recupere un poco la sensatez, si es posible... Billish, si has conseguido ver algo más allá de tu prodo desde que llegamos, habrás reparado en la Piedra de Osoilima. Subiremos a ella. Si estás bastante bien para montar sobre Abath, también lo estarás para ascender a la Piedra.

-Está bien, si Abath viene con nosotros.

Muntras lo miró con una expresión amenazante y jocosa a la vez.

-Dime, Billish, tú en realidad vienes de Pegovin, en Hespagorat, ¿no es así? Es una tierra de grandes bromistas.

-Oye. -Billy se sentó frente al Capitán.- Vengo de donde ya te he dicho: de otro mundo. Allí nací y me crié, y hace poco llegué en el vehículo espacial que te he descrito. Jamás te mentiría, Krillio, te debo demasiado. Siento que te debo más que la vida.

Un gesto de objeción.

-No me debes nada. Nadie debe nada a nadie. Recuerda que fui mendigo. No pienses demasiado bien de mí.

-Has trabajado con tesón y has creado una gran empresa. Ahora eres amigo de un rey...

Dejando escapar un poco de humo a través de sus labios, Muntras dijo con frialdad:

-¿Es eso lo que piensas?

-¿Acaso no eres amigo del rey JandolAnganol?

-Digamos que hago negocios con él. -¿Acaso no lo aprecias?

El Capitán del Hielo sacudió la cabeza, dio una chupada a su veronikano y dijo:

-Billish, a ti no te importa la religión, al menos no más que a mí. Pero debo advertirte que la religión está muy arraigada en Campannlat. Considera el modo en que su majestad rechazó tu reloj. Es muy supersticioso, y es el rey. Si hubieses mostrado ese objeto a los campesinos de Osoilima, te habrían hecho un santo o te habrían matado con sus horquillas.

-Pero ¿por qué?

-Es la irracionalidad. La gente odia aquello que no comprende. Un loco puede cambiar el

mundo. Te lo digo por tu propio bien. Ahora, vamos.

Se puso de pie dando por concluido el tema, y apoyó su mano en el hombro de Billy.

-La muchacha, la comida, mi administrador, la Piedra. Cosas prácticas.

Se hizo como deseaba, y pronto estuvieron listos para la ascensión. Muntras descubrió que Pallos jamás había subido a la Piedra, a pesar de haber vivido junto a ella durante ocho años. Todos rieron cuando se ofreció a escoltarlos, con un arcabuz sibornalés al hombro.

-Tus cifras no serán tan malas si te puedes permitir esa artillería -dijo Muntras, con suspicacia. No confiaba en sus administradores más que en el rey.

-La he comprado para proteger tus propiedades, Krillio, y he ganado con mucho esfuerzo cada roon que he gastado en ella. Y no porque la paga sea buena, ni siquiera cuando los negocios marchan bien.

Recorrieron un sendero que corría desde el muelle hasta el pequeño pueblo de Osoilima. Allí la niebla era menos densa, y unas pocas luces, alrededor de la plaza central, creaban un simulacro de animación. Había mucha gente, atraída por la brisa algo más fresca del ocaso. Los tenderetes de dulces, waffles y recuerdos estaban plenos de actividad. Pallos señaló una o dos casas que daban albergue a peregrinos, las cuales consumían regularmente hielo de Lordryardry. Explicó que la mayoría de los que erraban por allí dilapidando su dinero, eran peregrinos. Algunos acudían, atraídos por la tradición local, a liberar a sus esclavos humanos o phagors, porque habían llegado a considerar impropio poseer otra vida.

-¡Abandonar así una propiedad valiosa! -exclamó disgustado por la necedad de sus semejantes.

La base de la Piedra de Osoilima se hallaba junto a la plaza. Aunque más correcto era decir que tanto ésta como la ciudad habían sido construidas junto a la Piedra. Cerca de allí, en una hostería llamada El Esclavo Liberado, el Capitán del Hielo compró cuatro velas. Atravesaron el jardín de la hostería e iniciaron el ascenso. Junto a la pared de la Piedra crecían talipots, cuyas rígidas hojas debieron hacer a un lado para poder avanzar. Los relámpagos veraniegos herían la atmósfera.

-Soy demasiado viejo para estas cosas -gruñó Muntras.

Pero ascendiendo lentamente llegaron por fin a una plataforma, y atravesaron una arcada que los condujo hasta la cima de la roca, donde se había excavado una bóveda. Apoyaron los codos contra el parapeto y contemplaron el bosque sumergido en la niebla.

Otras personas estaban ya en camino. Se oía en lo alto el murmullo de sus voces. Una escalera había sido labrada hacía ya mucho tiempo. Giraba en torno de la Piedra y carecía de barandillas de seguridad. Las luces de las velas titilaban.

Hasta ellos llegaron los ruidos del pueblo, y el continuo rumor del Takissa. En alguna parte se tocaba música: un doble clouth, o tal vez, tratándose de esa región, una binaduria, y tambores. Y en el bosque, cuando la niebla lo permitía, podían observar débiles luces.

-Tal como dicen -gorjeó Abath-. Ni una hectárea habitable ni una deshabitada.

-Los verdaderos peregrinos pasan aquí la noche para contemplar las auroras -dijo Muntras a Billy-. En estas latitudes no hay un solo día del año en que no aparezcan en algún momento en el cielo los dos soles. En mi tierra es diferente.

-La gente es muy científica en el Avernus, Krillio -dijo Billy abrazando a Abath-. Tenemos medios para imitar la realidad, video en tres dimensiones y demás, así como un retrato imita un rostro real. Es por eso que nuestra generación duda de la realidad, no cree que exista. Hasta dudamos que Heliconia sea real. No sé si comprendes qué quiero decir...

-Yo, Billish, he recorrido la mayor parte de este continente como mercader, y antes como mendigo y como buhonero. He ido hacia el oeste hasta un país llamado Ponipot, más allá de Randonan y Radado, donde termina Campannlat. Ponipot es perfectamente real, aunque nadie en Osoilima crea en su existencia.

-¿Pero dónde está ese mundo tuyo, Billish, el Avernus? -preguntó Abath, impaciente ante la conversación de los hombres-. ¿Está en alguna parte, encima de nosotros?

-Mm... -El cielo estaba libre de nubes.- Allí está Ipocrene, ese astro brillante. No; Avernus aún no ha aparecido. Está en algún punto debajo de nosotros.

-¡Debajo! -La chica dejó escapar una risa sofocada.-Estás loco, Billish. Deberías recordar

mejor tu propia historia. Debajo... ¿Acaso es una especie de fessup?

-¿Y dónde está ese otro mundo, la Tierra? ¿Puedes verlo, Billy?

-Está demasiado lejos. Además, la Tierra no da luz, como un sol.

-¿Y el Avernus sí?

-Lo vemos porque refleja la luz de Batalix y de Freyr. Muntras reflexionó.

-Entonces, ¿por qué no podemos ver la Tierra a la luz de Batalix y de Freyr?

-Porque hay demasiada distancia. Es difícil de explicar. Si Heliconia tuviese una luna, sería más fácil. Pero en ese caso la astronomía de Heliconia estaría mucho más avanzada. Las lunas atraen al cielo los ojos de los hombres; más que los soles. La Tierra refleja la luz de su propia estrella, el Sol.

-Me figuro que el Sol estará demasiado lejos para verlo. De todos modos, mis ojos no son como antes.

Billy movió la cabeza y examinó el cielo, hacia el nordeste.

-Están por allá... El Sol, la Tierra y los demás planetas. ¿Cómo llamáis a esa constelación larga y dispersa, con esas estrellas casi imperceptibles en la parte superior?

Muntras respondió:

-En Dimariam la llamamos el Gusano de la Noche.

Bendito sea, no la veo con claridad. En esta región se llama Gusano de Wutra. ¿No es así, Grengo?

-Es inútil que me preguntes los nombres de las estrellas -replicó Pallos con una risa ahogada, como queriendo decir "Pero muéstrame una moneda de oro de diez roons y ya verás cómo la identifico".

-El Sol es una de las estrellas más débiles del Gusano de Wutra, más o menos por donde deberían estar las branquias.

Billy hablaba en tono de broma, algo incómodo con su papel de maestro, después de recibir lecciones durante muchos años. Mientras hablaba, volvió a relampaguear, y pudo verlos a todos fugazmente. La hermosa muchacha, con la boca entreabierta, miraba hacia donde él señalaba. El administrador local, aburrido, contemplaba la oscuridad, con el pulgar metido en el caño de su arcabuz. El robusto Capitán del Hielo, con una mano apoyada en la frente, escrutaba el infinito con la determinación impresa en su rostro.

Eran bastante reales: Billy se estaba acostumbrando, desde que se encontraba en compañía de Muntras y de Abath, a la idea de una realidad real, por deplorable que esto hubiese podido parecer a su consejero del Avernus, víctima de una realidad irreal. El sistema nervioso de Billy había despertado a la vida a causa de los nuevos sonidos, colores, olores, texturas y experiencias. Por primera vez vivía plenamente. Quienes lo miraban desde la estación considerarían que estaba en el infierno; pero la libertad que sentía en su cuerpo le decía que se encontraba en el paraíso.

El relámpago desapareció, convertido en nada, dejando un instante de oscuridad total antes de que la suave noche volviera a la existencia.

“¿Acaso puedo convencerles de la realidad del Avernus y de la Tierra?-se preguntó Billy-. Y tampoco pueden ellos convencerme de sus dioses. Habitamos dos umwelt de pensamiento diferentes.”

Y luego llegó una pregunta más sombría. ¿Y si la Tierra sólo era una ficción de la imaginación averniana, el dios que faltaba en Avernus? Eran evidentes en todas partes los efectos devastadores de Akhanaba y de sus batallas contra el pecado. ¿Qué prueba había de la existencia de la Tierra, aparte de ese nebuloso sector donde brillaba el Sol, en el Gusano, hacia el nordeste?

Postergó el incómodo interrogante para algún momento futuro mientras escuchaba a Muntras.

-Si la Tierra está tan lejos, Billish, ¿cómo pueden contemplarnos sus habitantes?

-Ése es uno de los milagros de la ciencia. La comunicación a muy larga distancia.

-¿Podrías escribir cómo lo hacéis, cuando lleguemos a Lordryardry?

-¿Quieres decir que allí la gente, gente real, como nosotros -preguntó Abath-, podría estar mirándonos ahora mismo? ¿Y que puede vernos grandes, no en la garganta de un gusano?

-Es más que probable, querida Abath. Tu cara y tu nombre deben ser ya conocidos por millones de personas en la Tierra. O mejor dicho, serán conocidos cuando pasen mil años, porque eso es lo que tarda la comunicación entre el Avernus y la Tierra.

Sin amilanarse ante las cifras, Abath sólo pensó una cosa. Acercó una mano a su boca y dijo al oído de Billy:

-¿No nos habrán visto juntos en la cama?

Pallos, que pudo oír la pregunta, rió y le pellizcó el trasero.

-Cobras extra si alguien mira, ¿verdad?

-Ocúpate de tus propios miserables asuntos-le respondió Billy.

Muntras frunció los labios.

-¿Y qué placer pueden encontrar en observar nuestra estupidez?

-Lo que distingue a Heliconia entre miles de otros mundos -dijo Billy, retomando una especie de tono profesoral- es que aquí hay organismos vivientes.

Mientras digerían la observación, desde la jungla neblinosa llegó hasta ellos un ruido: una nota aguda, distante pero clara.

-¿Ha sido un animal? -preguntó la muchacha.

-Creo que fue una trompeta phagor -dijo Muntras-. A menudo es una señal de peligro. ¿Hay muchos phagors libres por aquí, Grengo?

-Tal vez sí. Los phagors liberados han aprendido de los hombres y viven muy cómodamente en sus propias casas de la jungla, según he oído decir -informó Pallos-. Sin embargo, sus harneys nunca son lo bastante inteligentes... Se les puede cobrar muy alto precio por el hielo picado.

-¿Los phagors te compran hielo? -preguntó Abath con sorpresa-. Pensaba que sólo la Guardia Phagor del rey JandolAnganol recibía hielo como parte de su paga.

-Traen cosas para vender a Osoilima: collares de huesos de gwing-gwing, pieles y otras mercancías, de modo que tienen dinero para comprarme hielo. Lo mastican de inmediato, de pie en mi tienda. Es repugnante. Como hombres que se emborrachan.

El silencio descendió sobre ellos. Sin moverse, contemplaban la noche bajo la ilimitada bóveda de las estrellas. Para sus mentes, la espesura era igual de ilimitada. De allí provenían los sonidos. En una ocasión fue un grito, como si incluso aquellos que gozaban de su recién ganada libertad, sufrieran. De las estrellas sólo recibían plácidas señales de luz, y de la gran piedra que tenían debajo, oscuridad.

-Los phagors no nos molestarán -dijo Muntras, interrumpiendo sus especulaciones-. Billish, en esa dirección, donde está el Sol, se encuentra la Cordillera Oriental, que la gente llama el Alto Nktryhk. Muy pocos la han visitado. Es casi inaccesible, y según afirma la leyenda, sólo los phagors viven allí. Mientras cabalgabas en tu Avernus, ¿has visto alguna vez el Alto Nktryhk?

-Sí, Krillio, muchas veces. Y tenemos reproducciones del Nktryhk en nuestros centros recreativos. Por lo general sus picos están envueltos en nubes, así que los vemos en infrarrojo. La meseta más alta, que cubre la cordillera como un techado, está a más de quince kilómetros de altura y penetra en la estratosfera. Es una visión imponente. Terrible, a decir verdad. En las cumbres no vive nada, ni siquiera phagors. Me gustaría haber traído una fotografía para mostrarte, pero ellos no favorecen esas cosas.

-¿Puedes explicarme cómo se hace una... fotojirafa?

-Fotografía. Lo intentaré, cuando lleguemos a Lordryardry.

-Muy bien. Bajemos, entonces; no nos quedemos a esperar que Akhanaba aparezca. Vamos a comer y dormir; saldremos antes de mediodía.

-Avernus aparecerá dentro de una hora. Atravesará el cielo en veinte minutos.

-Has estado enfermo, Billish. Dentro de una hora estarás en la cama. A comer, y luego a la cama. Solo. Debo ser tu padre en la Tierra, quiero decir, en Heliconia. Así, si tus padres nos están viendo, estarán contentos.

-En realidad no tenemos padres, sino clanes -dijo Billy, mientras pasaban por debajo de la arcada-. Se practica el nacimiento extrauterino.

-Me encantaría que me mostraras un dibujo de eso -dijo el Capitán del Hielo.

Billy tomó la mano de Abathy y todos se dispusieron para el descenso.

Río abajo, el paisaje cambiaba. Primero en una costa, luego en ambas, se veía extensos cultivos. Las junglas quedaban atrás. Habían entrado en la región del loes. El Dama de Lordryardry se deslizó en Ottassol casi antes de que sus pasajeros se enterasen, desacostumbrados como estaban a las ciudades cuyas existencias transcurrían bajo tierra.

Mientras Div supervisaba la descarga de mercaderías en el muelle, el Capitán del Hielo llevó a Billy a un camarote, ahora vacío, debajo de la cubierta. -¿Te sientes bien?

-Espléndidamente. No puede durar. ¿Dónde está Abathy?

-Oye, Billy, quiero que no te muevas de aquí mientras resuelvo un asunto en Ottassol. Debo ver a un par de viejos amigos y entregar una carta importante. Aquí la gente no tiene un pelo de tonta. No quiero que nadie se entere de tu existencia, ¿comprendes?

-¿Por qué?

Muntras lo miró a los ojos.

-Porque yo sí tengo un pelo de tonto y creo lo que me has contado.

Billy sonrió, complacido.

-Gracias. Tienes un buen sentido que les falta al rey y a SartoriIrvrash.

Se estrecharon las manos.

El volumen del Capitán del Hielo casi parecía llenar el pequeño camarote. Se inclinó hacia adelante, y en tono de confidencia dijo: -Recuerda cómo te trataron esos dos, y haz lo que te digo. Quédate en este camarote.

Nadie debe saber que estás aquí. -Mientras tú bajas y te emborrachas. ¿Dónde está Abathy?

Una gran mano hizo un gesto de advertencia. -Me estoy volviendo viejo y no quiero complicaciones. No me emborracharé. Regresaré tan pronto como pueda. Quiero llevarte sano y salvo a Lordryardry, donde serás bien cuidado, tú y tu cronómetro mágico. Allí me hablarás de la nave que te trajo aquí, y de las otras invenciones. Pero antes debo atender algunos asuntos, y entregar esa carta.

Billy insistió con mayor ansiedad.

-Krillio, ¿dónde está Abathy?

-No debes volver a caer enfermo. Abathy se ha marchado. Tú sabías que sólo venía hasta Ottassol. -¿Se ha marchado sin despedirse? ¿Sin un último beso? -Div estaba celoso, de modo que la hice desembarcar deprisa. Te envió su amor. Tiene que ganarse la vida, como todos. -Ganarse la vida... -Se quedó sin palabras. Muntras aprovechó la oportunidad para abandonar el camarote y echar llave desde fuera. Guardó la llave, sonriendo.

-Volveré en seguida -dijo, mientras Billy empezaba a aporrear la puerta. Subió las escaleras, cruzó la cubierta y descendió por la planchada. En el muelle se iniciaba un túnel que penetraba en el loes. Sobre el túnel había una enseña: COMPAÑÍA DE TRANSPORTES DE HIELO DE LORDRYARDRY. SÓLO MERCANCÍAS EN TRANSITO.

Era un muelle pequeño. El muelle principal de Lordryardry estaba a un kilómetro río abajo; era mucho más grande, y allí atracaban las naves de mar. Pero en éste había más seguridad y menos curiosos. Después de atravesar el túnel, Muntras entró en un despacho.

Al verlo, dos empleados se pusieron de pie y ocultaron sus naipes debajo de unos libros. Los otros ocupantes del despacho eran Div y Abath. -Gracias, Div. ¿Quieres salir con los empleados y dejarme un momento a solas con Abathy? Con su displicencia característica, Div hizo lo que se le solicitó. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de los tres hombres, Muntras se volvió hacia la muchacha. -Siéntate, querida, si quieres. -¿Qué deseas? El viaje ha terminado y tengo que seguir mi camino. -Parecía

hostil, y al
mismo tiempo ansiosa. La visión de la puerta cerrada le preocupaba. En el modo en que inclinaba hacia abajo las comisuras de sus labios, Muntras reconoció la expresión de disgusto de su madre.

-No seas descarada, jovencita. Hasta ahora te has comportado como es debido, y estoy satisfecho de ti. Por si no lo sabes, el capitán Krillio Muntras, a pesar de su vejez, es un aliado valioso para una muchacha como tú. Estoy satisfecho de ti, y me propongo recompensarte por lo amable que has sido con Billish y conmigo.

Ella se relajó un poco.

-Lo siento -dijo-. Sólo que has hecho un misterio de eso. Quiero decir, me habría gustado decir adiós a Billish. ¿Qué le pasa en los harneys?

Mientras ella hablaba, él sacó de su cinto algunas piezas de plata. Se las tendió, sonriendo. Abath se acercó y se dispuso a recoger el dinero; con su mano libre, él apretó fuertemente la muñeca de la muchacha, quien lanzó un grito de dolor.

-Muy bien, el dinero es tuyo, pero antes me dirás una cosa. ¿Sabes que Ottassol es un gran puerto?

Muntras oprimió la muñeca hasta que ella lanzó un gemido:

-Sí.

-¿Sabes que, por lo tanto, hay aquí muchos extranjeros?

Apretón. Gemido.

-¿Y sabes que entre ellos hay gente de otros continentes?

Nuevo apretón de la muñeca. Nuevo gemido.

-¿Cómo Hespagorat, por ejemplo?

Apretón y gemido.

-¿Y hasta de la lejana Sibornal?

Apretón, gemido.

-¿Incluso de la raza Uskut?

Apretón, pausa, gemido.

Aunque por los profundos pliegues del ceño de Muntras parecía que ese catecismo no estaba terminado, dejó en libertad la muñeca de la muchacha, que se había puesto roja durante el interrogatorio. Abath tomó las monedas de plata y las guardó en un bolso, entre el equipaje arrollado que tenía a su lado, sin otro comentario que una mirada sombría.

-Eres una persona sensata. En la vida, tomas lo que puedes. Y no me equivoco cuando pienso que en Matrassyl has tenido tratos con cierto hombre de raza Uskut, referentes a las mercancías usuales. ¿No es así?

Ella se mantenía alerta, como si pensara atacarlo.

-¿Qué mercancías usuales?

-Aquellas cuyo comercio practican tú y tu madre, querida: dinero y kooni. Oye, no es un secreto para mí, porque tu madre me lo dijo, y lo he guardado desde entonces. Pero ahora necesito que me recuerdes cómo se llama ese hombre de raza Uskut con el que intercambiabas esas mercancías.

Abath sacudió la cabeza. En sus ojos brillaban las lágrimas.

-Creí que eras un amigo. No importa. De todos modos, ese tipo se fue de Matrassyl, y ha regresado a su propio país. Se metió en líos... Y por eso vengo al sur, si quieres saberlo. Mi madre bien podía refrenar su maldita lengua.

-Ya veo. Tu provisión de dinero disminuyó..., o se marchó... Pues bien, sólo quiero oír su nombre, y luego estarás en libertad.

Ella alzó las manos hasta su rostro, y dijo:

-Io Pasharatid.

Un instante de silencio.

-Has apuntado alto, muchacha. Apenas puedo creerlo. Nada menos que el embajador de Sibornal. Y no sólo kooni; también había armas de fuego en el asunto. ¿Su mujer lo sabía?

-¿Qué piensas? -Otra vez se mostraba desafiante. Tenía más bríos que su madre.

Él continuó:

-Muy bien. Gracias, Abathy. Sabes ahora que te tengo aferrada. Tú me tienes aferrado. Sabes acerca de Billish. Nadie más debe conocer su existencia. Es necesario que calles y no menciones jamás su nombre, ni siquiera en sueños. Sólo ha sido otro cliente. Ahora se ha marchado, y tú has recibido tu paga. Si hablas de Billish alguna vez, enviaré una nota al representante de Sibornal y tendrás problemas. En esta tierra religiosa las relaciones entre mujeres de Borlien y embajadores extranjeros es estrictamente ilegal. Siempre conduce al chantaje, o al crimen. Si alguien se entera de tu asunto con Pasharatid, nadie

volverá a verte. ¿Nos hemos comprendido bien?

-¡Oh, sí, hrattock, sí!

-Muy bien. Me alegro. Te aconsejo que tengas la boca y las piernas cerradas. Te llevaré a ver a un amigo a quien debo visitar. Es un sabio. Necesita una criada. Te pagará regularmente y muy bien. Aunque me gusta hacer las cosas a mi gusto, no soy por naturaleza un hombre duro. De modo que te estoy haciendo un favor, tanto por ti misma como por tu madre. Sola en Ottassol, no tardarías en meterte en problemas.

Muntras hizo una pausa para ver qué le respondía, pero Abath se limitó a mirarlo con ojos incrédulos.

-Quédate con mi sabio amigo en su confortable casa, y no tendrás necesidad de prostituirte. Hasta es probable que encuentres un buen marido; eres bonita y nada tonta. Es una oferta desinteresada.

-Y tu amigo me vigilará en tu nombre, supongo.

Él la miró y frunció los labios.

-Se ha casado hace poco y no te molestará. Vamos. Iremos a verlo. Sécate la nariz.

El Capitán del Hielo Muntras llamó un sedán de una rueda. AbathVasidol y él subieron, y el sedán partió, arrastrado por dos veteranos de las Guerras Occidentales que reunían entre ambos dos brazos y medio, tres piernas y una cantidad aproximadamente igual de ojos.

Atravesaron así, rechinando, los callejones subterráneos de Ottassol hasta que entraron al Patio de la Guardia, donde la luz del día brillaba en un cuadrado de cielo. Al pie de unas escaleras había una sólida puerta con una enseña. Bajaron del estrecho vehículo, los veteranos aceptaron una moneda, y Muntras tocó la campanilla.

No era de esperar que un hombre de la profesión de Bardol CaraBansity, deuteroscopista, demostrara sorpresa, fuera quien fuese el que llamaba a su puerta; pero elevó una ceja, mirando a la muchacha, mientras apretaba la mano de su viejo conocido.

Bebiendo el vino servido por su amante esposa, CaraBansity se manifestó encantado de instalar en su casa a AbathVasidol.

-Supongo que no te gustará llevar de un lado a otro trozos de hoxney, pero hay tareas menos ingratas que cumplir. De todos modos, bienvenida.

Su mujer parecía menos satisfecha por el nuevo arreglo, pero no dijo nada.

-Entonces, con el debido respeto, seguiré mi camino -dijo Muntras, poniéndose de pie.

CaraBansity lo imitó; esta vez, su sorpresa era inconfundible. En los últimos años el Capitán del Hielo había desarrollado hábitos ociosos. Cuando entregaba el hielo -la casa del deuteroscopista y sus cadáveres consumían una buena cantidad-, el mercader solía instalarse cómodamente, dispuesto a una larga y agradable conversación. Esa prisa, pensó CaraBansity, debía de tener algún significado.

-Te agradecemos el que nos hayas traído a esta señorita. Al menos, te acompañaré de regreso a tu barco -dijo-. No, no, insisto.

E insistió, hasta el punto de que el desconcertado Muntras se vio instantáneamente con las rodillas apretadas contra las del deuteroscopista y casi rozando sus narices, sin poder mirar a otro lugar que al frente, mientras se sacudían en un sedán hacia el depósito de MERCANCÍAS EN TRANSITO.

-Tu amigo SartoriIrvrash -dijo el Capitán del Hielo. -Espero que esté bien.

-No. El rey lo ha destituido y ha desaparecido.

-Sartori, desaparecido... ¿Adónde se ha marchado?

-Si se supiera, no sería una desaparición -replicó.

Muntras con humor, liberando una rodilla.

-¿Qué ha ocurrido, por la Observadora?

-Sabes todo acerca de la reina de reinas, por supuesto.

-Pasó por aquí camino de Gravabagalinien. Según las noticias, se perdieron cinco mil sombreros arrojados al aire cuando llegó al muelle real.

JandolAnganol y tu amigo disputaron por la Masacre de los Myrdólatras.

-¿Y él desapareció después?

Muntras asintió tan levemente que sus narices apenas se tocaron.

-¿En los calabozos de palacio, como otros?

-Es muy probable. Salvo que haya sido lo bastante hábil para huir de la ciudad.

-Debo averiguar qué ha ocurrido con sus preciosos manuscritos.

Silencio.

Cuando el sedán llegó al depósito, Muntras dijo, apoyando la mano en el brazo de CaraBansity:

-Eres muy amable, pero no es necesario que desciendas.

Mostrándose tan confuso como podía, CaraBansity descendió de todos modos.

-Vamos, ya entiendo tu juego. Muy hábil. Mi esposa puede conocer mejor a tu bonita AbathVasidol mientras tú y yo tomamos un trago de despedida en tu barco, ¿verdad? No creas que se me escapa tu intención.

-No, pero... -Mientras un ansioso Muntras pagaba a los hombres del sedán, el deuteroscopista avanzaba a paso firme hacia el muelle donde estaba amarrado el Dama de Lordryardry.

-Espero que tendrás en tu camarote la tradicional botella de Exaggerator -dijo en tono alegre CaraBansity, cuando Muntras lo alcanzó-. ¿Y dónde has encontrado a esta muchacha que tu amabilidad ha querido dejar a mi cargo?

-Es la amiga de una vieja amiga. Ottassol es un lugar peligroso para chicas inocentes corno Abathy.

Dos guardianes phagor custodiaban el Dama de Lordryardry; llevaban brazaletes con el nombre de la compañía.

-Lo siento, pero no te puedo invitar a bordo, amigo mío -dijo Muntras, interponiéndose en el camino de CaraBansity, de modo que sus ojos estuvieron de nuevo a punto de tocarse.

-Pero ¿por qué? Creí que éste era tu último viaje...

-Oh, volveré... Vivo cerca de aquí, apenas del otro lado del mar...

-Pero te aterrorizan los piratas.

Muntras suspiró.

-Te diré la verdad, si guardas silencio. Tengo un caso de peste a bordo. Debía haberlo declarado a las autoridades del puerto, pero no lo hice, ansioso como estaba de volver a casa. No puedo permitir que subas. De ninguna manera. Pondrías en peligro tu vida.

-Hum. -CaraBansity puso su carnosa mano en el mentón y miró a Muntras por debajo de su ceño fruncido.- Mi oficio me obliga a estar en contacto con las enfermedades; tal vez ya sea inmune a ellas. Por hacer honor al Exaggerator, correré el riesgo.

-No, lo siento. Eres un amigo demasiado bueno como para perderte. Volveré pronto, cuando tenga menos prisa, y beberemos hasta desmayarnos -dijo atropelladamente, apretó la mano de CaraBansity y se alejó casi corriendo. Subió a saltos la planchada y gritó a su hijo y a todo el resto del personal de a bordo que zarparían de inmediato.

CaraBansity permaneció en el muelle y aguardó hasta que el Capitán del Hielo desapareció bajo la cubierta. Luego giró lentamente sobre sus talones y empezó a alejarse.

A medio camino se detuvo, chasqueó los dedos y se echó a reír. Pensó que ya había resuelto el enigma. Para celebrar este nuevo triunfo de la deuteroscopia, tomó la primera callejuela y entró en una taberna donde no era conocido.

-Medio Exaggerator-pidió. Un obsequio a sí mismo, una recompensa. La gente se denunciaba

sin saberlo, por una razón fundamental: odiaban sentirse culpables, y por eso se traicionaban. Con esta idea en la mente, recordó lo que había dicho Muntras en el sedán. “En los calabozos del palacio...” “Es muy probable.” Eso podía querer decir cualquier cosa. Por supuesto. El Capitán del Hielo había rescatado a SartoriIrvrash de las iras del rey, y lo llevaba a un lugar seguro en Dimariam. El asunto era demasiado peligroso para que Muntras se lo contara incluso al amigo de SartoriIrvrash en Ottassol...

Mientras sorbía la humeante bebida, comenzó a imaginar las posibilidades que se abrían ante este conocimiento secreto.

En su larga y colorida carrera, el Capitán del Hielo Muntras había tenido que hacer algunas jugarretas tanto a amigos como a enemigos. Muchos desconfiaban de él; sin embargo sentía por Billy una suerte de afecto paternal, reforzado tal vez por las dificultades que experimentaba con su propio hijo, el ineficiente Div. A Muntras le gustaba el desamparo de Billy y valoraba la abundancia de conocimientos sorprendentes que parecía poseer. Billy era en verdad un mensajero de otro mundo; Muntras no tenía duda de ello. Estaba decidido a protegerlo contra cualquier peligro.

Pero antes de emprender viaje a su tierra de Dimanan aún debía atender un pequeño asunto. Su apacible viaje por el Takissa no había hecho olvidar a Muntras la promesa que hiciera a la reina. En el muelle principal de Ottassol llamó a su oficina a uno de sus capitanes, el encargado de su transporte costero Patán de Lordryardry, y puso ante él la carta de MyrdemInggala.

-Tú estás destinado a Randonan, ¿no es así?

-Y también a Ordelay.

-Entonces entregarás este documento al general borlienés Hanra TolramKetinet, del Segundo Ejército. Te hago personalmente responsable de que llegue a sus manos. ¿Has entendido?

En el muelle principal el Capitán del Hielo trasladó a Billy hasta el mejor barco de la flota, el Dama de Lordryardry. La nave estaba capacitada para transportar doscientas toneladas del mejor hielo. Ahora, ya de regreso, llevaba madera y cereal. Junto a un excitado Billy y un huraño Div.

Un viento favorable hinchó las velas hasta que las jarcias se estiraron y silbaron. La proa giró hacia el sur como el imán de una brújula, apuntando a la distante Hespagorat.

Las costas de Hespagorat, junto a los tristes animales que las habitaban, eran una visión familiar para quienes iban en la Estación Observadora Terrestre. Pero mostraron mucho interés cuando la frágil nave de madera que transportaba a Billy Xiao Pin se acercó a ellas.

El dramatismo no era un rasgo de la vida a bordo del Avernus. Se lo evitaba. Las emociones eran consideradas superfluas, tal como en "Acerca de la prolongación de una estación climática de Heliconia más allá del tiempo de una vida humana". Aun así, se evidenciaba una tensión dramática, especialmente entre los jóvenes de las seis grandes familias. Todos se veían forzados a vivir situaciones de aceptación o desacuerdo con los actos de Billy.

Muchos decían que era un inútil. Resultaba más difícil admitir que demostraba valor y una considerable habilidad para adaptarse a diferentes condiciones. Bajo las enardecidas disputas yacía la esperanza de que Billy convenciese a las gentes de Heliconia de que ellos, los avernianos, existían.

Era cierto que Billy parecía haber convencido a Muntras; pero Muntras no era considerado importante. Y había indicios de que Billy, tras haber convencido al Capitán del Hielo, no seguiría avanzando en esa dirección y se dedicaría a disfrutar deforma egoísta y superficial el resto de sus días hasta que el virus de hélico lo atacase.

La gran decepción era que Billy había fracasado con respecto a JandolAnganol y a SartoriIrvrash. Había que admitir, sin embargo, que ambos estaban preocupados por asuntos más inmediatos.

La pregunta que poca gente del Avernus se hacía, era qué habrían podido hacer el rey y su consejero si se hubiesen tomado la molestia de escuchar a Billy y de creer en la existencia de su "otro mundo". Porque esa pregunta llevaba a la reflexión de que Avernus era mucho menos importante para Heliconia que ésta para aquél.

Los éxitos y fracasos de Billy se comparaban con los de anteriores ganadores de la Lotería de

Vacaciones de Heliconia. A decir verdad, pocos habían obtenido tan buenos resultados. A algunos los habían matado al llegar al planeta. A las mujeres les había ido peor que a los hombres; la atmósfera no competitiva del Avernus favorecía la igualdad sexual; en tierra, las cosas tenían un curso diferente y la mayoría de las mujeres ganadoras habían terminado sus vidas como esclavas. Una o dos personalidades fuertes habían conseguido que se diera crédito a sus historias, y en un caso se había desarrollado un culto religioso en torno del Salvador del Cielo (para citar uno de sus títulos). Ese culto desapareció cuando un grupo de Apropiadores destruyeron los pueblos donde vivían sus creyentes.

Las personalidades más fuertes habían ocultado por completo su origen, sobreviviendo gracias a su ingenio.

Todos los ganadores tenían una característica en común. A pesar de las advertencias muchas veces severas de los Consejeros, todos habían practicado, o al menos intentado, la relación sexual con los pobladores de Heliconia. Las mariposas buscaban siempre la llama más viva.

El trato recibido por Billy sólo fortaleció la general repulsa que sentían las familias hacia las religiones de Heliconia. El consenso de opinión era que esas religiones se oponían a una vida sensata y racional. Los habitantes -creyentes o no creyentes- vivían enredados en la falsedad, a juicio del Avernus. No se veía por ninguna parte la intención de vivir de un modo sosegado, considerando la propia vida como una forma de arte.

En la lejana Tierra las conclusiones serían distintas. Ese capítulo de la larga cabalgata de la historia que se refería a JandolAnganol, a SartoriIrvrash y a Billy Xiao Pin, sería visto con un dolor superior al que conocía el Avernus; un dolor en el cual se equilibraban de un modo maravilloso el desapego y la empatía. El desarrollo de casi todos los pueblos de la Tierra había superado la etapa en que las creencias religiosas se suprimen, se reemplazan por ideologías, se traducen a cultos de moda o se atrofian hasta constituir una fuente de referencias para el arte y la literatura. Los pueblos de la Tierra podían comprender cómo la religión permitía incluso a los laboriosos campesinos una vislumbre de la eternidad. Comprendían que quienes tenían menos poder experimentaban mayor necesidad de dioses. Comprendían que incluso Akhanaba empedraba el camino hacia un sentido religioso de la vida que pudiera prescindir de un dios.

Y lo que mejor comprendían era la razón que hacía a la raza de dos filos inmune a las perturbaciones de la religión; sus mentes eotemporales no alcanzaban ese desasosiego. Los phagors no eran capaces de aspirar a una altura moral que les permitiera humillarse ante falsos dioses.

Los materialistas del Avernus, a mil años luz de estas reflexiones, admiraban a los phagors. Veían que habían recibido mejor a Billy que en el palacio de Matrassyl. Algunos se preguntaban en voz alta si el próximo ganador de la Lotería de Vacaciones no debería probar suerte con los seres de dos filos, en la esperanza de conducirlos al destronamiento de los ídolos de la humanidad.

Se llegó a esa conclusión después de largas horas de discusiones cuidadosamente desarrolladas. Debajo de ella estaban los celos por la libertad de la humanidad heliconiana, incluso en su terrible situación; unos celos demasiado destructivos para que fuera posible enfrentarse a ellos dentro de los límites de la Estación Observadora Terrestre.

XIII
UN CAMINO HACIA UN ARMAMENTO SUPERIOR

El año pequeño avanzaba, aunque los efectos estacionales eran virtualmente borrados por la gran inundación del verano de Freyr. La Iglesia celebraba sus días especiales. Los volcanes estaban en erupción. Los soles giraban sobre las dobladas espaldas de los campesinos.

El rey JandolAnganol enflaquecía esperando que llegara su declaración de divorcio. Planeaba una nueva campaña en el Cosgatt para derrotar a Darvlish y recuperar en cierta medida su popularidad. Disfrazaba su angustia interior con una constante actividad nerviosa. Yuli, su runt, lo seguía a todas partes, junto con otras sombras que se desvanecían apenas el rey volvía hacia ellas su mirada de águila.

JandolAnganol rezó sus oraciones, se hizo flagelar por su vicario, se bañó y vistió, y salió al patio del palacio donde se encontraban los establos de los hoxneys. Llevaba puestos un rico keedrant

con figuras de animales bordadas en él, pantalones de seda y altas botas de piel. Ceñía sobre el keedrant una coraza de cuero con adornos de plata.

Lapwing, su hoxney favorita, ya estaba ensillada. Montó en ella. Yuli corrió, llamándolo padre; JandolAnganol alzó a la criatura e hizo que se instalara detrás de él. Salieron al trote hacia el ondulado parque situado fuera del palacio. Un destacamento de la Primera Guardia Phagor acompañaba al rey a distancia respetuosa; en esos peligrosos tiempos, JandolAnganol depositaba en ella más confianza que nunca.

Sintió el aire tibio en sus mejillas. Respiró profundamente. Todo estaba empolvado de gris en honor del distante Rustyjonnik.

-Hoy habrá dizzpadoz -dijo Yuli.

-Sí, disparos.

En un valle donde los brassims elevaban sus hojas correosas había un blanco. Varios hombres de ropas oscuras hacían afanosos preparativos. Se quedaron inmóviles cuando llegó el rey, corroborando de ese modo que su sola presencia era capaz de congelar la sangre de sus súbditos. La Guardia Phagor se acercó silenciosamente y formó en línea, bloqueando la entrada del valle.

Yuli saltó de Lapwing y echó a correr de un lado a otro, indiferente a la situación. JandolAnganol permaneció en la montura, con el ceño amenazante, como si tuviese también el poder de congelarse a sí mismo.

Una de las figuras inmóviles se adelantó, dirigiéndole un saludo. Era un hombre pequeño y delgado de fisonomía poco corriente, que vestía la áspera indumentaria de arpillera de su profesión.

Se llamaba SlanjivalIptrekira. Ese nombre sonaba grosero y divertido. Quizás a causa de ese inconveniente, SlanjivalIptrekira ostentaba a su edad mediana unas vigorosas patillas, reforzadas por un vello en sus orejas digno de un phagor. Esto daba a su rostro amable cierta ferocidad, y lo hacía, además, más ancho que alto.

Se mordió los labios con gesto nervioso mientras sostenía la mirada de halcón del soberano. Su inquietud no era ocasionada por las implicaciones de su nombre, sino por el hecho de que era armero real y jefe de la Corporación de Herreros. Y porque seis arcabuces construidos bajo su dirección y copiados de una pieza de artillería sibornalesa serían puestos a prueba de inmediato.

Ésta era la segunda demostración. Seis prototipos anteriores, probados medio décimo antes, se habían negado a funcionar. Por eso SlanjivalIptrekira se mordía los labios; por eso le temblaban las rodillas.

El rey se mantenía erguido en su montura. Alzó la mano. Las figuras volvieron a la vida.

Seis sargentos phagor debían probar los arcabuces uno por uno. Avanzaron. Rostros bovinos sin expresión, enormes motas peludas contrastando con la escuálida anatomía de los armeros.

El nuevo ingenio de SlanjivalIptrekira parecía idéntico al modelo original. Su cañón era de un metro veinte de largo, e iba encajado a una culata de madera con ornamentos de plata que se curvaba hacia abajo para convertirse en un pie. Ambos estaban unidos con bandas de cobre. Para la construcción de tan sorprendente artefacto se había utilizado el mejor hierro que eran capaces de producir las forjas de la Corporación de Herreros. Como el modelo original, se cargaba por la boca mediante una baqueta.

El primer sargento phagor se acercó con el primer arcabuz. Lo sostuvo mientras un armero lo cargaba. Luego puso su rodilla en tierra de un modo que ningún ser humano podría imitar, puesto que su rodilla no se articulaba hacia atrás sino hacia adelante. Un trípode soportaba en parte el peso del arcabuz. El sargento apuntó.

-Preparados, majestad -dijo SlanjivalIptrekira, pasando ansiosamente la mirada delarma al rey. Éste hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. La mecha descendió. Chisporroteó la pólvora. Con una gran explosión, el arma se hizo añicos. El sargento cayó hacia atrás, lanzando un alarido gutural. Yuli corrió chillando hacia los arbustos. Lapwing se espantó. Los pájaros huyeron de los árboles.

JandolAnganol contuvo a su yegua.

-Prueba con el número dos.

Ayudaron a incorporarse al sargento; de su pecho y de su cara manaba un líquido parecido al pus. Un segundo sargento se dispuso a disparar. Su arcabuz explotó con mayor violencia que el primero. Astillas de madera golpearon la coraza del rey. El sargento perdió la mitad de su mandíbula. El tercer arcabuz se encasquilló. Después de varias tentativas la bala rodó al suelo. El armero real rió nerviosamente.

-Habrá mejor suerte ahora -dijo.

Y en efecto, la hubo. Disparó, y la bala se hundió en un costado del blanco. Era un gran blanco, para prácticas con arco y flechas, y no estaba más que a dos docenas de pasos, pero el tiro fue considerado un éxito.

El cañón del quinto arcabuz se abrió en canal. El sexto funcionó, aunque erró el disparo.

Los armeros formaban un grupo compacto y miraban el suelo.

SlanjivalIptrekira se acercó al rey. Volvió a saludar. Su bigote temblaba.

-Estamos haciendo progresos, majestad. Tal vez las cargas sean demasiado poderosas.

-Por el contrario, el metal es demasiado débil. Vuelve aquí dentro de una semana con seis armas perfectas, o desollaré a todos los miembros de tu corporación, empezando por ti, y te llevaré a Cosgatt aunque estés sin piel.

Alzó uno de los arcabuces estropeados, lanzó un silbido a Yuli y se alejó al galope hacia el palacio a través de la hierba gris.

El punto más recóndito del palacio-fortaleza, su corazón, si las fortalezas lo tienen, era sofocante. El cielo estaba cubierto y había un eco de ese cielo en cada esquina, cornisa, moldura, rincón y grieta, allí donde las cenizas del lejano Rustyjonnik se negaban a moverse. El rey sólo escapó de éstas cuando traspuso la gruesa puerta de madera y luego otra tan gruesa como la anterior.

A medida que los escalones descendían en espiral, la oscuridad y el frío lo rodeaban como una alfombra húmeda. Entró en el conjunto subterráneo de aposentos reservados a los huéspedes reales.

JandolAnganol atravesó tres habitaciones interconectadas. La primera era la más terrible: había servido como cuarto de la guardia, cocina, depósito de cadáveres y cámara de tortura, y aún contenía un equipo apropiado para esos roles anteriores. La segunda era un sencillo dormitorio con una litera, aunque también había servido como cámara mortuoria, y parecía más digna de ese fin. En la última habitación estaba VarpalAnganol.

El anciano rey estaba envuelto en una manta, con los pies apoyados en el hogar, donde ardían unos leños. Una alta ventana en la pared, a sus espaldas, dejaba que se filtrase la luz y definía su presencia como un bulto oscuro.

JandolAnganol había visto estas cosas muchas veces. La forma, la silla, el hogar, el suelo, incluso esos leños que jamás ardían bien en la atmósfera húmeda. A través de los años no se habían alterado. Le parecía que sólo en ese lugar, entre todos los de su reino, podía soportar algo así.

El anciano rey emitió un sonido que sugería la posibilidad de que quisiera toser y se volvió a medias en su silla. Su expresión era mitad vacía, mitad demente.

-Soy yo, Jan.

-Creí que era ese mismo lugar... donde saltaban los peces... Tú... -Intentó desenredarse de sus pensamientos.- ¿Eres tú, Jan? ¿Dónde está mi padre? ¿Qué hora es?

-Casi las catorce, si te interesa..

-El tiempo libre siempre tiene interés. -VarpalAnganol dejó escapar una risa fantasmal.-¿No es todavía hora de que Borlien choque con Freyr?

-Ése es un cuento de viejas. Tengo algo que mostrarte.

-¿Qué vieja? Tu madre ha muerto, muchacho. No la he visto durante... ¿Estaba aquí? No recuerdo. Podría dar un poco de calor a este palacio... Me pareció que olía a quemado.

-Es un volcán.

-Ah. Un volcán. Pensé que podía ser Freyr. A veces mi mente divaga... ¿Quieres sentarte, muchacho?

Se esforzó por ponerse de pie, pero JandolAnganol lo empujó de nuevo a su silla.

-¿Has encontrado a Roba? Porque ya ha nacido, ¿verdad?

-No sé dónde está... En todo caso, está loco. El viejo rey se echó a reír.

-Muy agudo. La cordura puede volverte loco, ya sabes... ¿Recuerdas cómo saltaban los peces en esa piscina? La verdad es que Roba siempre fue un poco salvaje. Debe de ser casi un hombre ahora. Si no está aquí, no te puede encerrar, ¿no es cierto? Y tampoco tienes que casarlo para que se aleje. ¿Cómo se llamaba ella? Cune. También se ha ido.

-Está en Gravabagalinien.

-Bien. Espero que él no la mate. La madre de Cune era una mujer magnífica. ¿Y mi viejo amigo Rushven? ¿Ha muerto Rushven? No sé qué hacéis allá arriba la mitad del tiempo. Si es que se puede cortar el tiempo por la mitad.

-Rushven se ha ido. Ya te lo dije. Mis agentes informan que ha huido a Sibornal. Por el bien que eso le puede hacer...

El silencio cayó entre ambos. JandolAnganol estaba con su arcabuz en la mano, sin decidirse a interrumpir los errantes pensamientos de su padre. Se sentía peor que nunca.

-Tal vez vea la Gran Rueda de Kharnabhar. Es su símbolo sagrado, ¿sabes? -dijo VarpalAnganol con gran esfuerzo, y después de dejar caer la manta logró volver su rígido pescuezo hacia su hijo-. Es su símbolo sagrado, te he dicho.

-Lo sé.

-Entonces, trata de responder cuando te hablo... ¿Qué fue de ese otro tipo, el Uskuti, sí, Pasharatid? ¿Lo capturaron?

-No. También su esposa escapó, hace un décimo.

El anciano se hundió de vuelta en la silla, suspirando. Sus manos tironearon nerviosamente de la manta.

-Me da la impresión de que Matrassyl está casi vacía.

JandolAnganol fijó la vista en el cuadrado de luz gris.

-Sólo quedamos los phagors y yo.

-¿Alguna vez te conté lo que acostumbraba hacer Io Pasharatid cuando le permitían venir a visitarme? Una curiosa conducta en un hombre del continente norte. No son apasionados como los borlieneses, saben controlarse.

-¿Conspiraste con él contra mí?

-Simplemente me quedaba donde estoy, mientras él arrastraba una mesa y la ponía debajo de esa pequeña ventana. ¿A que no has oído nunca algo parecido?

JandolAnganol empezó a caminar de un lado a otro de la celda, mirando los rincones como si buscara un camino para huir.

-Querría admirar el paisaje de tu lujoso apartamento.

El personaje de la silla soltó una carcajada.

-Precisamente eso. Admirar el paisaje. Bien dicho. Es una buena frase. Y el paisaje era de..., bueno, si te subieras a esa mesa, muchacho, verías las ventanas de las habitaciones de MyrdemInggala, y su terraza... -Una tos seca resonó en su garganta. El rey aceleró el paso. Se ve la piscina donde Cune solía bañarse desnuda mientras sus damas de compañía la esperaban. Antes de que la desterrases, por supuesto...

-¿Qué ocurrió, padre?

-Bueno, fue eso lo que sucedió. Ya te lo dije, pero tú no me escuchas. El embajador solía subirse a esa mesa y mirar a tu reina desnuda, o cubierta apenas por una túnica de muselina... Un... un comportamiento muy poco ortodoxo para un sibornalés. Para un Uskuti. O para cualquiera, en verdad.

-¿Por qué no me lo dijiste entonces? -Se mantuvo de pie, enfrentando la venerable figura de su padre.

-Bah. Lo habrías matado.

-Lo habría matado, por supuesto. Nadie me lo hubiese reprochado.

-A excepción de los sibornaleses. Borlien tendría más problemas de los que ya tiene. Nunca tendrás sentido de la diplomacia. Por eso no te lo dije.

JandolAnganol empezó a caminar de un lado a otro:

-Qué viejo slanje calculador eres. ¡Seguramente detestabas lo que hacía Pasharatid! ¿No lo odiabas?

-No... ¿Para qué están las mujeres? No tengo nada contra el odio. Te mantiene vivo, te da calor en las noches. El odio te ha traído aquí. Una vez viniste para hablar de amor, no recuerdo en qué año, pero sólo sé que...

-¡Basta! -gritó JandolAnganol dando una patada al suelo-. Nunca más hablaré de amor; ni a ti, ni a nadie. ¿Por qué nunca me has ayudado? ¿Por qué no me dijiste lo que hacía Pasharatid? ¿Se encontró alguna vez en secreto con Cune?

-¿Por qué no creces? -Su voz se llenó de malicia. Sin duda, penetraba todas las noches en su cálido nido...

Se apartó, esperando un golpe. Pero JandolAnganol se puso en cuclillas junto a él.

-Quiero que mires una cosa. Dime qué harías tú. Alzó el arcabuz que se había abierto en canal y lo puso sobre las rodillas de su padre.

-Pesa mucho. No lo quiero. Ahora, el jardín de ella está tan descuidado... -El anciano rey empujó el arma, que cayó al suelo. JandolAnganol la dejó donde estaba.

-La corporación de SlanjivalIptrekira hizo este arcabuz. Cuando lo dispararon, se partió el cañón. De los seis arcabuces que encargué, sólo uno funcionó de un modo satisfactorio. De los seis anteriores, ninguno. ¿Qué es lo que marcha mal? ¿Cómo es posible que nuestra corporación de armeros, que asegura tener una tradición de siglos, sea incapaz de hacer un simple arcabuz?

El viejo bulto de la silla guardó silencio un rato, tironeando sin éxito de la manta. Luego habló.

-Las cosas no mejoran por hacerse viejas... ¿Qué iba a decir? Rushven me contó que las corporaciones fueron creadas para sobrevivir al Gran Invierno, para transmitir los conocimientos secretamente de generación en generación, de modo que sus oficios

perduraran a través de los siglos negros, hasta la primavera.

-Lo mismo le he oído decir... Y después ¿qué?

VarpalAnganol carraspeó.

-Después de la primavera viene el verano. Y cada corporación se perpetúa de una estación a otra, quizá perdiendo una parte de sus conocimientos de generación en generación, sin obtener unos nuevos. Se vuelven conservadoras. Trata de imaginar cómo debían ser esos siglos de frío y tinieblas. Algo muy parecido a estar encerrado en este agujero durante toda la eternidad, supongo. Los árboles murieron. No había madera. Ni carbón. Ni fuego para fundirlos metales... Probablemente, por el aspecto que presenta, haya fallado el proceso de fundición. Las fraguas... Quizá deberían renovarlas. O usar nuevos métodos, como hacen los sibornaleses...

-Los haré azotar por su abulia. Así tal vez obtenga algún resultado.

-No es abulia, es tradición. Prueba a cortarle la cabeza a Slanji y a ofrecer luego recompensas. Eso alentará las innovaciones.

-Sí. Sí, es probable. -Recogió el arma y se dirigió a la puerta.

El anciano lo llamó con voz débil.

-¿Para qué quieres las armas?

-El Cosgatt. Las Guerras Occidentales. ¿Para qué otra cosa?

-Primero ataca a los enemigos que están más cerca de tu puerta. Da una lección a Unndreid. A Darvlish. Luego podrás combatir más lejos.

-No necesito tu consejo acerca de la guerra.

-Tienes miedo de Darvlish.

-No tengo miedo de nadie. De mí mismo, a veces.

-Jan.

-¿Sí?

-Pide que me traigan leños que ardan, ¿quieres? -Empezó a toser.

JandolAnganol sabía que estaba fingiendo.

Deseando mostrarse humilde, el rey se dirigió a la gran cúpula principal de Matrassyl. El arcipreste BranzaBaginut lo recibió en la Puerta del Norte.

JandolAnganol oró en público. Sin pensarlo había llevado a su runt, que aguardó

pacientemente mientras su amo permanecía postrado una hora entera. En lugar de complacer a su pueblo, JandolAnganol lo disgustó por conducir a un phagor ante la presencia de Akhanaba.

El Todopoderoso, no obstante, escuchó su plegaria y confirmó que debía seguir el consejo de VarpalAnganol acerca de la Corporación de Herreros.

Pero JandolAnganol vacilaba. Tenía ya bastantes enemigos sin necesidad de atacar a las corporaciones, cuyo poder era tradicional y cuyos jefes eran miembros de la scritina. Después de sus oraciones y de hacerse flagelar, entró largamente en pauk, para pedir consejo al fessup de su abuelo. La desgastada jaula gris que flotaba en la obsidiana lo consoló. Otra vez recibió aliento para actuar.

"Ser santo es ser duro", se dijo. Había prometido a la scritina que se dedicaría a su país con todo el corazón. Así debía ser. Necesitaba arcabuces. Compensarían la carencia de hombres. Con arcabuces llegaría la edad de oro.

Acompañado por una escolta montada de la Primera Guardia Real Phagor, JandolAnganol fue a la residencia de la antigua Corporación de Herreros y Constructores de Espadas y pidió que lo admitieran. El gran edificio sombrío se abrió para él. Entró a sus salones excavados en la roca. Todo hablaba de generaciones desaparecidas mucho tiempo antes. El humo, como la edad, lo ennegrecía todo.

Fue recibido por funcionarios de uniforme, quienes con viejas alabardas intentaron cortarle el paso. El herrero-jefe SlanjivalIptrekira llegó corriendo, con las patillas erizadas; pedía perdón, sí, se inclinaba, sí, pero expresaba con firmeza que nadie que no perteneciese a la corporación (con la posible salvedad de cierta extraña mujer) había entrado jamás en el edificio, y que poseían antiguos documentos que probaban sus derechos.

-¡Atrás! Soy el rey. ¡Entraré a inspeccionar! -gritó JandolAnganol. Dio una orden al guardia phagor y se adelantó. Sin desmontar de sus hoxneys protegidos con armaduras, pasaron a un patio interior, donde el aire hedía a azufre y a tumbas. El rey bajó de su montura y avanzó, rodeado por una poderosa guardia, mientras otros soldados permanecían con los hoxneys. Los hombres de la corporación llegaban a la carrera, se escurrían por todas partes, consternados por la invasión.

Con la cara roja, SlanjivalIptrekira seguía al rey, protestando. JandolAnganol mostró sus dientes con un sagrado gruñido y desenvainó su espada.

-¡Atraviésame si quieres! -gritó el armero-. ¡Maldito seas para siempre por irrumpir aquí!

-¡Acecháis bajo tierra como miserables fessups! ¡Fuera del paso, Slanji!

El grupo invasor siguió su marcha, penetrando bajo las rocas grises hasta las entrañas del establecimiento.

Llegaron al lugar donde estaban las fraguas. Había seis; eran ventrudas, de piedra y ladrillo, remendadas y vueltas a remendar, y se elevaban hasta un sombrío techo donde los respiraderos abiertos en la roca parecían ennegrecidas cavidades. Una de las fraguas estaba en funcionamiento. Valiéndose incluso de sus propias manos, los jóvenes metían combustible dentro de una candente boca donde las llamas rugían. Hombres con mandiles de cuero sacaron por la puerta de la hornalla una bandeja de barras al rojo, las colocaron sobre una mesa mutilada y retrocedieron un paso, con los labios apretados, para ver cuál era el motivo de tanta excitación.

Más lejos, otros hombres dejaron de martillar las varas de hierro y de pie junto a sus yunques se dispusieron a observar lo que ocurría. A la vista de JandolAnganol un inmenso asombro cubrió sus rostros.

Durante un instante, también el rey se detuvo. La terrible caverna le inspiraba respeto. Un torrente cautivo brotaba de un hueco y alimentaba los enormes fuelles instalados junto a las fraguas. En todas partes había pilas de maderos e instrumentos tan espantosos como los empleados para la tortura. De una caverna contigua surgían unas tuberías de madera por donde era traído el mineral de hierro. En todas partes había herreros, fundidores, artesanos, quienes lo miraban, semidesnudos, con los ojos enrojecidos.

SlanjivalIptrekira corría delante del rey, con los brazos en alto y los puños crispados.

-Majestad, el carbón reduce el mineral de hierro. Es un proceso sagrado. No se permite a los extraños, ni siquiera a los reyes, contemplar estos ritos.

-Nada es secreto para mí en mi reino.

-¡Atacadlo, matadlo! -gritó el armero real.

Los hombres, cuyas manos estaban protegidas por gruesos guantes de cuero, alzaron las ardientes barras de metal que sostenían. Se miraron unos a otros, y las bajaron. La persona del rey también era sagrada. Nadie se movió.

Con perfecta calma, JandolAnganol dijo:

-Slanji, todos aquí pueden dar fe de que has ordenado traicionar a tu monarca. Haré ejecutar a todos los miembros de la corporación si alguno se atreve a hacer un movimiento contra el rey.

Pasó junto al armero y enfrentó a dos hombres que estaban junto a una mesa.

-Decidme, ¿qué antigüedad tienen estas fraguas? ¿Durante cuántas generaciones se han realizado así las artes del metal?

El miedo les impidió responder. Secaron sus caras ennegrecidas, con sus ennegrecidos guantes, lo que no mejoró su apariencia.

Fue SlanjivalIptrekira quien contestó, en tono sumiso:

-La corporación fue fundada para perpetuar estos procesos sagrados, majestad. Hacemos lo que nuestros antecesores ordenaron.

-Tú respondes ante mí, y no ante tus antecesores. Te he pedido buenos arcabuces, y has fracasado. -Se volvió a los demás, quienes se habían reunido silenciosamente en la cámara humosa.- Todos vosotros, y los aprendices, usáis viejos métodos. Esos métodos ya no sirven. ¿No tenéis inteligencia para comprender? Existen nuevas armas, mejores que las hechas en Borlien. Necesitamos nuevos métodos, mejores metales, mejores sistemas.

Lo miraron con sus caras tiznadas y sus ojos enrojecidos, incapaces de comprender que aquel mundo se acababa.

-Estas fraguas inservibles serán demolidas, y en su lugar se construirán otras mejores. Deben de tener fraguas así en Sibornal, en la tierra de los uskutis. Necesitamos fraguas como las sibornalesas. Y así haremos armas como las suyas.

Llamó a una docena de sus soldados y les ordenó destruir las fraguas. Los phagors tomaron barras y empezaron a cumplir la orden sin dilación. Cuando quebraron el muro de la que estaba en actividad, el metal fundido se derramó, corriendo por el suelo. Un joven aprendiz cayó gritando bajo el torrente. El metal incendió maderos y virutas. Los artesanos huyeron espantados.

Todas las fraguas fueron destruidas. Los phagors esperaban nuevas órdenes.

-Las construiréis de nuevo, según las instrucciones que os enviaré. No quiero más arcabuces inútiles. -Después de estas palabras salió del lugar. Los herreros volvieron en sí y arrojaron cubos de agua sobre los ardientes restos. SlanjivalIptrekira fue arrestado y enviado a prisión.

Al día siguiente, el armero real y maestro de las fraguas fue juzgado ante la scritina y acusado de traición. Ni siquiera los demás maestros de las corporaciones pudieron salvar a SlanjivalIptrekira. Había ordenado a sus hombres que atacaran la persona del rey. Fue públicamente ejecutado, y su cabeza quedó expuesta a la multitud.

Sin embargo, los enemigos de JandolAnganol en la scritina, y no sólo ellos, ni sólo en la scritina, estaban furiosos porque había penetrado en un recinto sagrado quebrando una antigua tradición. Era otro acto demencial que jamás habría ocurrido si la reina MyrdemInggala hubiese estado cerca para contener la locura del rey.

De todos modos, JandolAnganol envió un mensajero a Sayren Stund, monarca de Oldorando y su futuro suegro. Sabía que la destrucción de la ciudad de Oldorando a manos de los phagors había determinado que las corporaciones de artesanos se reorganizaran renovando su equipo. Por lo tanto, sus forjas debían de ser más adelantadas que las de Borlien.

A último momento, recordó enviar a su vecino un regalo para Simoda Tal. El rey Sayren Stund envió a JandolAnganol un negro jorobado llamado Fard Fantil. Las credenciales de Fard Fantil afirmaban que era un experto en fundición de hierro y que conocía los nuevos métodos. JandolAnganol lo puso a trabajar de inmediato.

También de inmediato, una delegación de la Corporación de Herreros, con las caras cenicientas, se presentó al rey y se quejó del carácter hosco y despiadado de Fard Fantil.

-Me gustan los hombres hoscos -rugió JandolAnganol.

Fard Fantil hizo trasladar las instalaciones de la corporación a una colina cercana, en las afueras de Matrassyl. Allí había madera para hacer carbón en abundancia, y la provisión de agua era constante. El agua se necesitaba para mover las prensas. Fard Fantil explicó en tono altanero que sólo así se podía triturar con eficacia el mineral. Los artesanos se rascaron la cabeza, gruñendo. Fard Fantil los maldijo. Enfurecidos por haber tenido que abandonar su residencia en la ciudad, los hombres hicieron todo lo posible para sabotear las nuevas instalaciones y hacer caer en desgracia al extranjero. Y el rey no recibió nuevos arcabuces.

Cuando Dienu Pasharatid desapareció inesperadamente de la corte siguiendo los pasos de su marido, dejó algún personal en Matrassyl. JandolAnganol los tenía prisioneros. Hizo que llevaran a su presencia a un joven uskuti y le ofreció la libertad a cambio de que diseñara un crisol de hierro eficaz.

Los modales de ese frío joven eran tan perfectos que hacía una reverencia cada vez que se dirigía al rey.

-Como sabe su majestad, los mejores herreros son de Sibornal, donde estas artes están muy adelantadas. Utilizamos lignito en lugar de carbón, y forjamos el mejor acero.

-Quiero que hagas el mejor crisol para usarlo aquí; te recompensaré.

-Su majestad no desconoce que la rueda, esa gran invención esencial, proviene de Sibornal, y que no era conocida en Campannlat hasta hace pocos siglos. Muchas de las nuevas cosechas provienen del norte. E incluso las fraguas destrozadas proceden de un diseño usado en Sibornal durante el Gran Año anterior.

-Desearíamos algo más moderno. JandolAnganol refrenaba su temperamento.

-Pero cuando la rueda llegó a Borlien, no se usó como era debido, ni en el transporte, ni en la alfarería, la irrigación o la molienda de granos. En Borlien no hay molinos de viento, como en Sibornal. Nos parece, majestad, que las naciones de Campannlat no han tenido prisa en adoptar las artes de la civilización.

Era perceptible, en el cuello del rey, el ascenso de un rubor rosado, mientras alboreaba el sol de su ira.

-No quiero molinos de viento. Quiero hornallas capaces de producir acero para mis arcabuces.

-Seguramente, su majestad se refiere a arcabuces imitados de los sibornaleses.

-Sea lo que sea aquello a que me refiero, lo que digo es que quiero que construyas una buena hornalla. ¿Comprendes, o sólo hablas Sibish?

-Perdón, majestad; yo creía que comprendías la situación. Debo explicar que no soy un artesano sino un funcionario de embajada, hábil con las cifras pero no con los ladrillos. Soy tan incapaz de construir un horno como su majestad.

Y el rey no obtuvo buenos arcabuces.

En esa época, la mitad de la población de Matrassyl estaba enferma de fiebres. Muchos niños y ancianos murieron. El rey, asediado por todas las demás plagas, era inmune. Pasaba una cantidad de tiempo cada vez mayor con sus tropas phagor. Conociendo la necesidad de repetirles todo, les decía día tras día que irían con él a Oldorando en ocasión de su boda, para hacer una gran exhibición en aquella capital extranjera.

En el palacio había lugares destinados a que JandolAnganol y la guardia phagor se encontraran en términos de igualdad. Ningún ser humano entraba en los cuarteles de los phagors. El rey se sometía a esta norma, tal como hiciese VarpalAnganol antes que él. Era impensable que se aventurara más allá de cierto punto, como había hecho al invadir el recinto tradicional de la Corporación de Herreros.

El comandante phagor era una gillot llamada GhhtMlark Chzarn, a quien JandolAnganol llamaba Chzarn. Hablaba en Hurdhu.

El rey, consciente de la aversión que sentían los seres de dos filos por Oldorando, explicó una vez más por qué deseaba la presencia de la Primera Guardia Phagor en su boda.

Chzarn respondió:

-Se ha mantenido conversación con nuestros antepasados en brida. Muchas palabras se han formado en nuestros harneys. Se ha decidido que haremos movimiento con tus fuerzas reales a Hrl-Drra Nhdo en la tierra de Hrrm-Bhhrd Ydohk. Ese movimiento haremos cuando sea ordenado.

-Bien. Pero conviene que lo hagamos juntos. Me alegra que quienes se encuentran en brida estén de acuerdo. ¿Tienes algo más que decir?

Ghht-Mlark Chzarn permanecía impasible, con sus ojos profundos y rosados puestos en los de JandolAnganol, quien podía percibir su olor y el ruido apenas audible de su respiración. Su largo trato con los phagors le anunciaba que la conversación se había acabado. Los miembros de la guardia estaban detrás de él, uno junto al otro, tan impasibles como Chzarn. De tanto en tanto se oía el ruido de una ventosidad.

Aunque JandolAnganol era un hombre impaciente, algo en la deliberación de los phagors -en esa intensa sensación de que sus palabras no venían de ellos mismos sino desde una gran distancia, desde algún depósito ancestral de conocimiento al que él jamás tendría acceso lo tranquilizaba. Se mantenía ante la comandante casi tan inmóvil como ella.

-Más palabras. -Ghht-Mlark Chzarn había pronunciado una fórmula familiar para el rey. Antes de iniciar un nuevo tema, era necesario establecer comunicación con quienes estaban en brida. Así se mantenía el pensamiento aneótico.

Se habían reunido, como pedía la tradición, en un salón militar llamado Clarigate; los humanos entraban por una puerta y los phagors por otra. Estos últimos habían pintado las paredes del recinto con arremolinados verdes y grises. El cielo raso era tan bajo que sus vigas mostraban huellas de los cuernos de dos filos, hechas tal vez con el fin de demostrar que la Guardia Phagor aún los conservaba.

Sólo un dios protegía al rey: Akhanaba, el Supremo y Todopoderoso; pero muchos demonios lo atormentaban. Los phagors no se contaban entre esos demonios; estaba habituado a su discurso grave y regular, y no los consideraba -como sus contemporáneos- de mentes retorcidas ni lentas.

En esos días de íntimo dolor, hallaba aún otro motivo de admiración en su guardia. No sentían preocupaciones sexuales. El rey consideraba que el torrente de lubricidad que ocupaba las mentes de los hombres y mujeres de la corte -y su propia mente, a pesar de aplicaciones de dios y azotes- no afectaba los harneys de los phagors.

Su sexualidad era periódica. Las gillots entraban en celo cada cuarenta y ocho días, y los stalluns cumplían el acto sexual cada tres semanas. Procedían al coito sin ceremonia, y no siempre en privado. A causa de esta falta de pudor en un acto que para los humanos era más secreto que la oración, la raza de dos filos era un símbolo de lujuria, y sus pies de cabra y sus cuernos erectos, emblemas de la concupiscencia. Eran comunes los rumores de stalluns que violaban mujeres, y a veces hombres, lo cual provocaba en ocasiones drumbles donde morían muchos phagors.

Cuando la comandante phagor recibió su pensamiento, fue lacónica:

-En nuestro avance a Hrl-Drra Nhdo, en la tierra de Hrrm-Bhhrd Ydohk, se establece que tu hueste de dos filos debe tener gran presencia. De ese modo, tu poder brillará ante las gentes de Hrl-Drra Nhdo. Ha llegado la recomendación de que esa hueste debe mostrar posesión de... -Una larga pausa, mientras el concepto se abría paso a través del lenguaje.- De nuevas armas.

Con considerable dolor, JandolAnganol dijo:

-Necesitamos la nueva artillería de mano de Sibornal. Hasta ahora, no podemos producirla en Borlien.

La humedad formaba gotas sobre los muros de Clarigate. El calor era insoportable. Chzarn hizo un gesto que el rey conocía bien; significaba "aguarda".

Él repitió la afirmación, y ella su gesto.

Después de consultar con los vivos y con quienes estaban en brida, la comandante phagor declaró que las armas necesarias se conseguirían. Aunque el rey era consciente de lo que costaba a los phagors poder verbalizar el aneótico, se sintió obligado a preguntar cómo se obtendrían las armas.

-Muchas palabras toman forma en nuestros harneys -dijo ella después de otra pausa.

Había una respuesta. Chzarn pasó al Eotemporal para expresar con claridad los tiempos verbales. Se daría una respuesta; ya estaba a punto de darse, pero aún era preciso esperar otro

momento, otro décimo. Su poder se acrecentaría en Hrr-Drra Nhdo.

Cuernos en alto.

Tuvo que contentarse con eso.

Para despedirse, JandolAnganol se inclinó hacia adelante, el cuello estirado, las manos pegadas al cuerpo. También la gillot se inclinó hacia adelante; su cabeza sobresalía sobre sus mamas y el gran tonel de su cuerpo. La cabeza con cuernos encontró la cabeza sin cuernos; las frentes se tocaron, los harneys estaban juntos. Luego ambos se apartaron con rapidez.

El rey salió del Clarigate por la puerta destinada a los humanos.

Sentía la excitación en su eddre. Su Guardia Phagor proveería las armas. ¡Cuánta fidelidad! ¡Qué devoción, tanto más profunda que la de los seres humanos! No imaginó otras posibles interpretaciones de las palabras de Chzarn.

Fugazmente evocó los días felices en que su carne penetraba en el dulce queme de Cune; pero esos tiempos de tranquilidad y deleite sensual habían pasado. Ahora debía preocuparse de esas criaturas que le ayudarían a liberar a Borlien de sus enemigos.

Chzarn y la tropa phagor salió del Clarigate con un espíritu muy distinto al del rey. Apenas podía decirse que su ánimo se hubiese alterado. El flujo sanguíneo se aceleraba

o se hacía más lento en respuesta a la respiración; sólo eso era cierto.

Ghht-Mlark Chzarn informó de las palabras pronunciadas en el Clarigate al kzahhn de Matrassyl, GhhtYronz Tharl en persona. El kzahhn reinaba debajo de la montaña, ignorado incluso por el rey. En este tiempo tan malvado para ellos, cuando Freyr descendía las octavas de aire con su terrible calor, los seres de dos filos solían desesperarse. El icor corría perezosamente por sus venas. Aquellos que habitaban las tierras bajas llegaban a someterse por completo a los seres humanos. Pero un signo les había sido otorgado, y la esperanza anidaba en sus eddres.

Un extraordinario Hijo de Freyr, cuyo nombre era Bhrl-Hzzl Rowpin, había sido conducido ante el kzahhn Ghht-Yronz Tharl. Bhrl-Hzzl Rowpin venía de otro mundo y sabía casi tanto como los phagors acerca de la Catástrofe. Bajo la montaña, Bhrl-Hzzl Rowpin había pronunciado antiguas verdades que los otros Hijos de Freyr rechazaban. Ni el canciller ni el rey habían escuchado sus palabras; pero el componente de Ghht-Yronz Tharl había oído y en sus harneys se había formado una determinación.

Porque las palabras del extraño Hijo de Freyr reforzaban voces de la brida que a veces parecían debilitarse.

Los Hijos de Freyr estaban mal hechos. También el rey, como informaba el fiel espía Yuli. Y ahora, ese rey débil les ofrecía una oportunidad de golpear a su enemigo tradicional. Aparentando obedecerle, podían causar daño y dolor a Hrr-Drra Nhdo, la antigua Hrrm-Bhrrd Ydohk. Era un odioso lugar maldecido hacía mucho por uno de los grandes: el kzahhn de la Cruzada, Hrrl-Brahl Yprt, ahora sólo una imagen queratinosa. Nuevamente fluiría allí el líquido rojo.

Se necesitaba valor. Coraje. Cuernos en alto.

Para la artillería de mano solicitada, sólo debían seguir las octavas de aire favorables. En ocasiones los phagors se aliaban con los Nondads y los ayudaban contra los Hijos de Freyr llamados Uskutis. Los Uskutis -sólo decirlo era vergonzoso- devoraban los cuerpos muertos de los Nondads, privándolos del consuelo de las Ochenta Oscuridades... Los Nondads, con sus ligeros dedos, robarían la artillería de mano a la raza Uskut. Y esa artillería de mano sembraría la angustia entre los Hijos de Freyr.

Y así fue. Antes de que pasara otro décimo, el rey JandolAnganol estaba provisto de arcabuces sibornaleses; no le habían entregado esas armas sus aliados de Pannoval o de Oldorando, ni las habían forjado sus propios armeros; eran un don de sus enemigos, quienes las habían obtenido por caminos sinuosos.

De este modo, poco a poco, se extendió por Heliconia una nueva forma de matar mejor.

Más tarde, tras muchas disputas, el jorobado Fard Fantil mejoró su fábrica de armas en las afueras de Matrassyl. Los nuevos arcabuces sirvieron de modelo. Después de muchas maldiciones de su personal, el jorobado produjo arcabuces nativos que no explotaban y disparaban con cierta

precisión.

Para entonces, los fabricantes sibornaleses habían mejorado sus modelos y perfeccionado un sistema para encender la pólvora por medio de una rueda de pedernal, más eficiente que las viejas mechas, muy poco dignas de confianza.

Seguro con su nuevo armamento, el rey ciñó su coraza, ensilló a Lapwing y marchó a la guerra. Una vez más condujo un ejército no humano contra sus enemigos, las tribus Driat capitaneadas por Darvlish la Calavera que aterrorizaban el Cosgatt.

Las dos fuerzas se encontraron a pocas millas del lugar en que JandolAnganol sufriera su herida. Esta vez, el Águila de Borlien tenía más experiencia. Después de un día de combate, alcanzó la victoria. La Primera Guardia Phagor lo siguió ciegamente. Los Driats fueron masacrados, dispersados, arrojados a las hondonadas. Los sobrevivientes huyeron a las colinas de color leonado de donde habían salido.

Los buitres tuvieron motivos para alabar, por última vez, el nombre de Darvlish.

El rey regresó triunfante a su capital, con la cabeza de Darvlish en lo alto de una pica.

La cabeza se estuvo pudriendo en la puerta del palacio de Matrassyl hasta que Darvlish de verdad no fue otra cosa que una calavera.

Billy Xiao Pin no era, de ningún modo, el único varón que soñaba con la reina MyrdemInggala entre los habitantes de Avernus. Rara vez se admitían esos sentimientos personales, ni siquiera ante los amigos. Sólo indirectamente se ponían de manifiesto, por ejemplo, en la forma en que todos censuraban la conducta del rey JandolAnganol en los últimos tiempos.

La visión de la cabeza del guerrero de Thribriat en la puerta de Matrassyl fue suficiente para provocar el aullido de protesta de esa facción.

Uno de los voceros dijo:

-Ese monstruo ha probado la sangre con la muerte de los Myrdólatras. Ahora acumula las armas por las que ha vendido a la reina de reinas. ¿Dónde se detendrá? Es evidente que deberíamos intervenir ahora, antes de que hunda todo Campannlat en la guerra.

En el mismo momento en que JandolAnganol gozaba, en cierta medida, de la popularidad a que aspiraba en Borlien, generaba inusitado oprobio en el Avernus.

Esas quejas se habían oído antes, dirigidas a otros tiranos. Era mejor acusar al conductor que a los conducidos; pocas veces se advertía lo ilógico de esa posición. Las condiciones variables, la reducción de alimentos y materiales, aseguraban que la historia de Heliconia fuera una serie constante de apuestas por el poder y de dictadores que obtenían amplio apoyo.

La sugestión de que el Avernus iniciara acciones para poner fin a una u otra particular opresión no era tampoco nueva. Y la intervención no era una amenaza totalmente ociosa.

Cuando la nave colonizadora de la Tierra entró en el sistema Freyr-Batalix en el año 3600, estableció una base en Aganip, el planeta interior más próximo a Heliconia. Quinientos doce colonos quedaron en Aganip. Habían sido incubados en la nave estelar durante los últimos años de su viaje. La información codificada en el DNA de los óvulos humanos fertilizados fue conservada en ordenadores durante el viaje y transferida a 512 vientres artificiales. Los bebés resultantes -los primeros seres humanos que transitaron por la nave durante el vuelo de un milenio y medio- fueron criados por madres sustitutas y formaron seis familias.

Esos jóvenes seres humanos tenían de quince a veintiún años de edad cuando descendieron en Aganip. Ya estaba en marcha la construcción del Avernus, por medio de la automatización y de materiales locales.

Debido a que más de una vez estuvo al borde del desastre, el ambicioso programa de construcción llevó ocho años. Durante ese azaroso período, la base fue Aganip. Cuando la tarea concluyó, los jóvenes colonos se trasladaron a su nuevo hogar.

Entonces, la nave espacial abandonó el sistema. Los habitantes de Avernus estaban solos; más solos que ningún ser humano anterior.

Ahora, 3.269 años terrestres más tarde, la vieja base era una ermita ocasionalmente visitada por los más iluminados. Se había hecho parte de la mitología averniana.

En Aganip había minerales. No era imposible trasladarse otra vez allí y construir una cantidad de naves con las cuales invadir Heliconia. No era imposible. Pero sí improbable, ya que no había técnicos entrenados para llevar a cabo un proyecto como aquél.

Las cabezas calientes que murmuraban estas cosas eran contrarias a toda ética no intervencionista de la Estación Observadora Terrestre.

Esas cabezas calientes eran masculinas. Se oponían también a la mitad femenina de la población, que admiraba al conturbado rey. Las mujeres vieron cómo JandolAnganol derrotaba a Darvlish. Fue una gran victoria. JandolAnganol era un héroe que sufría por su pueblo, por miopes que fueran sus tentativas. Era una figura trágica.

La intervención con que soñaba esa mitad femenina era descender a Borlien y estar junto a JandolAnganol de día y de noche.

¿Y cuando estos acontecimientos llegaran, por fin, a la Tierra? Habría un acuerdo unánime acerca de la parte de la anatomía de Darvlish que JandolAnganol creyó conveniente exhibir. No los pies, que habían llevado al hombre de una a otra escaramuza. No sus genitales, que habían engendrado tantos bastardos capaces de crear futuros problemas. Ni sus manos, que habían reducido al silencio a tantos oponentes. Pero sí su cabeza, que había coordinado lodos aquellos desatinos.

XIV
DONDE VIVEN LOS FLAMBREGS

Sombras blancas cubrían la ciudad de Askitosh. Yacían enmarañadas entre los edificios grises. Cuando un hombre caminaba por esas pálidas calles, recogía su palidez. Era la famosa “niebla de seda” de Uskut, una cortina tenue pero enceguecedora de aire frío y seco que descendía de las mesetas situadas detrás de la ciudad.

En lo alto, Freyr ardía en el vacío como una ascua gigantesca. Era la medialuz de Sibornal. Batalix volvería a aparecer en una o dos horas. Por ahora, sólo se veía el astro mayor. Batalix desaparecería antes de la puesta de Freyr, sin alcanzar el cenit en ese momento, a comienzos ya de la primavera.

Envuelto en un impermeable, SartoriIrvrash contemplaba la ciudad fantasmal en el instante en que se desvanecía de la vista. Primero se sumergió en la niebla de seda, luego se convirtió en una mera estructura ósea, y finalmente dejó de existir por completo. Pero el Amistad Dorada no estaba solo en aquella niebla. Desde la proa, el bien abrigado observador podía distinguir el chinchorro en el que los remeros phagor pugnaban, a fuerza de brazos, por sacar la nave de guerra del puerto. También se veían vislumbres de otros barcos espectrales, cuyas velas colgaban lacias o flameaban como pieles muertas mientras la flota uskuti partía a la conquista.

Salieron al canal cuando una borrosa luminosidad en el horizonte del este señalaba el alba de Batalix. Se elevó la brisa. Las velas listadas comenzaron a moverse y estirarse. Todos los marineros sintieron alivio; era un augurio apropiado para un largo viaje.

Los augurios sibornaleses no significaban gran cosa para SartoriIrvrash. Encogió sus angostos hombros debajo de su keedrant acolchado y descendió. En la escalerilla se encontró con Io Pasharatid, el ex embajador en Borlien.

-Tendremos éxito -dijo, moviendo la cabeza con un gesto de sabiduría-. Nos hemos hecho a la vela en el momento preciso, y los augurios son los mejores.

-Excelente -dijo SartoriIrvrash, bostezando. Los Monjes Guerreros de Askitosh habían reunido a todos los deuteroscopistas, uranometristas, hieromantes, meteorólogos, metempiristas y sacerdotes de que pudieron echar mano para determinar el décimo, semana, día, hora y minuto en que el Amistad Dorada debía zarpar para tener los mejores auspicios. Se habían tomado en consideración los signos natales de la tripulación y las vetas de la madera de que el casco estaba hecho. Pero el signo más convincente se encontraba en el cielo, donde el cometa de YarapRombry, que volaba muy alto en el cielo nocturno del norte, debía entrar en la constelación zodiacal de la Nave Dorada

exactamente a las seis horas, once minutos y noventa segundos, esa misma mañana. Y ése era el momento en que habían empezado a remar.

Era demasiado temprano para SartoriIrvrash. No veía con alegría ese largo y azaroso viaje. No le gustaba el rol que le habían asignado. Su estómago estaba inquieto. Y para coronar su disgusto, allí estaba Io Pasharatid, moviéndose por el barco, sospechosamente amistoso, como si no le hubiera ocurrido nada malo. ¿Cómo se conducía uno con semejante hombre?

Aparentemente, Dienu Pasharatid era capaz de arreglar cualquier cosa. Quizá con la astuta inclusión del ex canciller de JandolAnganol en sus planes, y aprovechando las intenciones de la Comisión de Guerra, había logrado salvar de la cárcel a su marido. Se le había permitido integrar las tropas del Amistad Dorada como capitán de artillería de mano, quizá con la idea de que un largo viaje por mar en un trasto de novecientas toneladas era tan malo como una sentencia a prisión, aunque fuera en la Gran Rueda de Kharnabhar.

A pesar de haber escapado por un pelo a la justicia, Pasharatid se mostraba más arrogante que nunca. Dijo en tono jactancioso a SartoriIrvrash que, cuando llegaran a Ottassol, sería el comandante de la tropa, y que con toda seguridad quedaría a la cabeza de la guarnición en Ottassol.

SartoriIrvrash se echó en su litera y encendió un veronikano. Enseguida sufrió un mareo, algo que no le sucediera en todo el viaje hasta Askitosh. Ahora el mareo compensaba el tiempo perdido.

Durante tres días, el ex canciller declinó todas sus comidas. Despertó el cuarto día, sintiéndose recuperado, y subió a cubierta.

La visibilidad era buena. Freyr los miraba por encima de las aguas, muy bajo, al nornordeste, en la dirección aproximada de donde venía el Amistad Dorada. La sombra de la nave bailaba entre las olas del mar. El aire bañado de luz tenía una deliciosa fragancia. SartoriIrvrash estiró los brazos y aspiró profundamente.

No había tierra a la vista. Batalix se había puesto. De las naves que los habían escoltado como una guardia de honor, sólo quedaba una, dos leguas a sotavento. Un grupo de arenqueras parecía perderse en el horizonte azul.

Tanto le complacía sentirse otra vez bien, tan ruidosa era la canción de las velas y la jarcia, que apenas oyó que le dirigían un saludo. Cuando le fue repetido, se volvió y encontró los rostros de Dienu y de Io Pasharatid.

-Has estado enfermo -dijo Dienu-. Lo lamento. Por desgracia los borlieneses no son buenos navegantes, ¿no es verdad?

Io agregó:

-Pero ahora se siente bien. No hay nada mejor para la salud que un largo viaje por mar. Debemos navegar cerca de trece mil millas, de modo que con vientos favorables deberíamos llegar en dos décimos y tres semanas. Quiero decir a Ottassol.

En los días siguientes, se dedicó a llevar a SartoriIrvrash de paseo por el barco, explicando el funcionamiento de los más mínimos detalles. SartoriIrvrash tomaba notas de las pocas cosas que le interesaban, deseando en el fondo de su corazón borlienés que su propio país tuviera igual experiencia en asuntos náuticos. Los Uskuti y otras naciones de Sibornal tenían corporaciones bastante parecidas a las de las naciones civilizadas de Campannlat; pero las marítimas y militares excedían a todas las demás en número y eficacia, y tenían / tendrían (porque ese tiempo de verbo era el condicional subjuntivo eterno) la seguridad de sobrevivir al Invierno Fantasma. El invierno, explicó Pasharatid, era especialmente severo en el norte. A lo largo de los siglos fríos, Freyr se mantenía siempre por debajo del horizonte. El invierno estaba en sus corazones.

-Lo creo -declaró SartoriIrvrash con solemnidad. En el Invierno Fantasma, aún más que en el Gran Verano, los pueblos del norte glacial dependían del mar para poder sobrevivir.

Por lo tanto, Sibornal tenía pocas embarcaciones privadas. Casi todas las naves pertenecían a la Corporación de Monjes Marinos, cuyas insignias agregaban cierta belleza a la funcionalidad de sus velas.

En la vela mayor se veía la divisa de Sibornal, los dos anillos concéntricos unidos por dos líneas onduladas.

El Amistad Dorada tenía tres palos, mayor, menor y mesana. Con viento favorable se izaba también un artemón sobre el bauprés, para avanzar con mayor rapidez. Io Pasharatid explicó cuántos pies cuadrados exactos de vela se podían izar en cualquier situación.

SartoriIrvrash no se oponía del todo a que lo aburrieran con torrentes de hechos. Había dedicado gran parte de su vida a establecer qué era especulación y qué un hecho; y tener abundancia de esto último no carecía de atractivo. Sin embargo, especulaba acerca de los motivos que podía tener Pasharatid para demostrar amistad a tal extremo; eso no era precisamente una característica sibornalesa. Y tampoco se había puesto de manifiesto en Sibornal.

-Corres el riesgo de aburrir a SartoriIrvrash con tus hechos, querido -dijo Dienu al sexto día del Viaje.

Se alejó; ellos estaban en el punto más alto de la popa, detrás de una jaula de arangs hembras. No había un pie de cubierta libre de algo -sogas, provisiones, ganado en pie, cañones-, y las dos compañías de soldados que iban en la nave debían pasar la mayor parte del día, bueno o lluvioso, en cubierta, obstaculizando los movimientos de los marineros.

-Debes de extrañar Matrassyl -dijo Pasharatid.

-Extraño la paz de mis estudios.

-Y también otras cosas, supongo. Al contrario que muchos de mis compatriotas uskutis, yo vivía muy satisfecho en Matrassyl. Es un lugar exótico. Demasiado caliente, por supuesto, pero no me importaba. Allí logré entrar en contacto con personas muy agradables.

SartoriIrvrash miró los arangs que se esforzaban por girar en su jaula. Proveían de leche a los oficiales. Sabía que Pasharatid estaba por ir al grano.

-La reina MyrdemInggala es una mujer magnífica. Es una vergüenza que el rey la haya desterrado, ¿no te parece?

Era eso, entonces. Esperó antes de responder.

-El rey pensó que su obligación era servir a su país...

-Debes de odiarlo por la forma en que se comportó contigo.

Ante el silencio de SartoriIrvrash, Pasharatid agregó, casi gritando en su oreja:

-¿Por qué abandonó a una mujer tan hermosa como la reina?

No hubo respuesta.

-Tus compatriotas la llaman “la reina de reinas”, ¿no es verdad?

-Así es.

Jamás he visto otra más bella.

-Su hermano, YeferalOboral, era amigo mío. Pasharatid parecía dispuesto a terminar la conversación, cuando, en un estallido sentimental, dijo:

-La sola presencia de la reina MyrdemInggala... Sólo con verla un hombre siente... No terminó la frase.

Las condiciones del clima cambiaban. Un complejo sistema de altas y bajas presiones causaba nieblas, cálidas lluvias parduscas como las que encontraran en el viaje a Sibornal -los "aguaceros regulares de Uskut"-, y períodos de claridad en los que a veces se podía vislumbrar, a estribor, la monótona costa de Loraj. Con todo, avanzaban a gran velocidad, merced a los vientos cálidos del sudoeste y los glaciales del oeste noroeste.

El aburrimiento familiarizó a SartoriIrvrash con cada parte de la nave. Había tanta tripulación que los hombres dormían en la cubierta, sobre rollos de soga, con los pies apoyados en la borda. No quedaba una pulgada de espacio libre.

A medida que pasaban los días, el barco olía peor. Para defecar los hombres se quitaban los pantalones, trepaban hasta un tablón suspendido a un lado del barco y allí se sostenían de un cabo. Se orinaba por encima de la borda, a sotavento, ó en la nave misma, según la evidencia olfativa. Los oficiales no eran más remilgados. Las mujeres disponían de alguna mayor intimidad.

Después de unas tres semanas, el rumbo oeste cambió por el oeste noroeste, y el Amistad Dorada y su escolta entraron en la bahía de la Persecución.

Era ésta una bahía grande y melancólica de unas mil millas de largo y quinientas de ancho, en la costa de Loraj. Ya en la embocadura la marejada disminuyó; luego, cada día, había menos viento y más frío. Pronto penetraron en una bruma perlada, interrumpida solamente por la voz del hombre encargado de sondear la profundidad. Navegaban por estima.

La impaciencia se apoderó de SartoriIrvrash. Se retiró a su infame camarote a leer y fumar. Incluso estas ocupaciones eran poco satisfactorias, porque su estómago aullaba como un perro extraviado. Las raciones de a bordo habían conseguido que un hombre delgado como él tuviese que apretarse aún más el cinturón. Las raciones consistían, por la mañana, en pescado salado, cebollas, pan y aceite de oliva o de pescado; una sopa a mediodía, y una repetición del desayuno para la cena, en que a veces un queso duro reemplazaba el pescado. Un jarro de vino de higos, llamado yoodhl, era servido a todos los hombres dos veces a la semana.

Esta dieta se complementaba con pescado fresco. Los oficiales no comían mejor, aparte de un poco de acre leche de arang de vez en cuando, a la que se agregaba coñac para quienes estaban de guardia. Los sibornaleses sólo se quejaban de esta dieta por rutina, como si dieran por sentado que así debía ser.

Avanzando a cinco nudos, atravesaron los 35° N, pasando así del trópico a la estrecha franja templada del norte. Ese mismo día oyeron a través de la niebla estruendosos estallidos, y grandes olas sacudieron el barco. Luego retornó el silencio. SartoriIrvrash sacó la cabeza de su cabina y preguntó qué ocurría al primer marinero que vio.

-La costa -dijo el hombre. Y en un acceso de locuacidad agregó-: Glaciares.

SartoriIrvrash asintió satisfecho y volvió a su cuaderno de apuntes, el cual, por falta de mejor ocupación, se estaba convirtiendo en un diario.

“Aunque los uskuti no son civilizados, han logrado aumentar mi conocimiento del mundo. Como bien saben los estudiosos, nuestro globo culmina en dos grandes zonas heladas. En el extremo norte y en el extremo sur hay tierras que sólo consisten en hielo y nieve. El miserable continente de Sibornal está especialmente cubierto de estas fastidiosas materias, lo que puede explicar por qué sus habitantes tienen el corazón tan duro. Según parece se dirigen ahora hacia esas zonas, como atraídos por un imán, en lugar de elegir mares más cálidos.”

“No preguntaré cuál es el sentido que tiene esta desviación, porque no deseo más lecciones de mi demonio personal, Pasharatid. Pero quizás esto me permita vislumbrar las horrorosas extensiones que constituyen el alfa y el omega del mundo.”

Por la noche una feroz tempestad cayó sobre ellos sin previo aviso. El Amistad Dorada sólo podía capear, esperando que amainara. Inmensas olas chocaban contra el casco y lanzaban espuma hacia arriba. Los golpes sonaban terriblemente en todo el barco, como si un gigante de las profundidades solicitara permiso para entrar. Esto pensaba el ex canciller de Borlien, aterrorizado, en su litera.

Cumpliendo las órdenes, apagó la lámpara de aceite de ballena de su cabina y permaneció en la ruidosa oscuridad maldiciendo a JandolAnganol y orando al Todopoderoso, por turnos. El gigante de las profundidades se había aferrado al barco con ambas manos y lo mecía como un loco podía mecer una cuna para arrojar fuera al niño. Para su posterior sorpresa, SartoriIrvrash se quedó dormido durante este proceso.

Cuando despertó, la nave estaba otra vez en silencio y apenas si se movía. Por el ojo de buey podía verse la niebla iluminada por la débil luz solar.

Subió por la escalerilla, pasó junto a los soldados dormidos y miró el cielo. Había una pálida moneda de plata enredada entre los aparejos. Contemplando el rostro de Freyr, recordó el cuento de hadas que le solía leer a TatromanAdala, y que tanto desagradaba a la reina de reinas, acerca del ojo de plata que por fin había desaparecido del firmamento.

Un marinero gritaba los resultados de la sonda. En el mar flotaban témpanos de hielo labrados en formas absurdas. Algunos parecían árboles tronchados, u hongos gigantescos, como si el dios del hielo hubiese querido crear grotescas parodias de la naturaleza Viviente. Ésos eran los objetos que habían golpeado al barco en lo peor de la tormenta, y era de agradecer que pocos témpanos tuviesen dimensiones capaces de poner en peligro el casco. Esas formas misteriosas emergían de la niebla

para ser tragadas al instante por ella.

Un rato más tarde, algo llamó la atención de SartoriIrvrash. Más allá de una angosta franja de agua había dos cabezas de phagors. No se preocupaban por el barco sino que se miraban entre sí... Allí estaban las largas caras con sus misantrópicas quijadas, los ojos protegidos por salientes óseas, los cuernos curvos...

Pero no. Apenas había mirado las bestias cuando reconoció su error. No eran phagors, sino dos animales salvajes que se enfrentaban.

El movimiento de la nave hizo que la niebla se abriera revelando una isla pequeña, un parche verde en mitad del mar, con un empinado farallón en la parte más próxima. En esa árida corona de la isla había dos animales de cuatro patas, de pelaje castaño. Aparte de su color y su posición, se parecían mucho a los phagors.

Desde más cerca, el parecido disminuía. Esos dos animales, a pesar de su actitud desafiante, no tenían la obstinación ni el aire de independencia que caracterizaba a los phagors. Era la forma de los cuernos lo que había llevado a SartoriIrvrash a una conclusión errónea.

Uno de los animales torció la cabeza para mirar la nave. Aprovechando la ocasión, el otro bajó el testuz y embistió con un poderoso movimiento de sus hombros. Se oyó en el barco el ruido del impacto. Aunque el animal había avanzado poco más de un metro, detrás de su frente estaba el peso íntegro de su cuerpo.

El otro animal trastabilló. Intentó recobrarse. Antes de que pudiera bajar la cabeza, llegó la segunda embestida. Las patas traseras resbalaron. Cayó hacia atrás, luchando por evitarlo, y se hundió en el mar.

El Amistad Dorada continuó su avance. Y la escena quedó sepultada en la niebla.

-Espero que los hayas reconocido -dijo una voz, al lado de SartoriIrvrash-. Son flambregs, de la familia de los bóvidos.

La Monja Almirante Odi Jeseratabahr casi no había hablado con SartoriIrvrash durante el viaje. Sin embargo, él no había perdido ocasión de observarla mientras cumplía sus tareas. Tenía un rostro bello y un porte excelente. A pesar de su expresión severa, su carácter era comunicativo y los hombres respondían de buena gana a sus órdenes. Su uniforme y el tono de su voz proclamaban su elevado rango; pero su actitud era informal e incluso un poco ansiosa. Le agradaba.

-Es una costa desolada, señora.

-Las hay peores. En épocas primitivas, Uskutoshk traía aquí a sus convictos, para que sobrevivieran como pudiesen. -Sonrió y se encogió de hombros, como descartando esas viejas locuras. Sus trenzas rubias se escapaban de su sencilla gorra de marinera.

-¿Lograban sobrevivir?

-Por supuesto. Algunos se unían en matrimonio a la población local, los loraji... Dentro de una hora algunos de nosotros bajaremos a tierra. Para compensar la descortesía de haberte ignorado hasta ahora, te pido que vengas como mi invitado especial. Podrás ver cómo es la bahía de la Persecución.

-Me encantaría. -Comprendió, mientras contestaba, cuán maravilloso sería poder escapar del barco por un tiempo.

El Amistad Dorada, seguido de cerca por el Unión, avanzaba en las aguas silenciosas. Cuando se aclaró la niebla, apareció una costa de solemnes farallones incoloros. En cierto punto los farallones descendían y la tierra acudía al encuentro del océano. Las naves se dirigían a ese punto, apenas mayores que montones de piedras. También obstruían el paso algunos bancos de arena, de uno de los cuales sobresalían las costillas de un antiguo naufragio. Por fin fondearon, e hicieron descender una barca. Los gritos de los marineros tenían un sonido hueco en aquella desolación.

Odi Jeseratabahr ayudó cortésmente a SartoriIrvrash a bajar por el costado del barco. Siguieron los dos Pasharatid, y luego seis hombres armados con pesados arcabuces de rueda. Los remeros phagor se encorvaron sobre los remos y la barca se dirigió entre los bajíos hacia un arruinado malecón.

Los dueños de la costa eran los flambregs, semejantes a los phagors. Dos grandes machos combatían con los cuernos entrelazados en una playa rocosa; sus pezuñas repiqueteaban sobre las conchillas rotas. Los machos tenían las crines más cortas. Aparte de esto, apenas si se podían

distinguir los sexos. Como en otras especies heliconianas, había poco dimorfismo sexual, debido a las marcadas diferencias estacionales. Los flambregs, machos o hembras, variaban de color desde el negro hasta el castaño rojizo, y tenían el vientre blanco. Su altura era de un metro y medio, o algo más, hasta los hombros. Todos lucían cuernos lisos que se curvaban hacia arriba. Las facciones de sus rostros variaban.

-Ésta es la estación del acoplamiento -dijo la Monja Almirante-. Sólo en la furia del celo estas bestias se aventuran hasta el agua helada.

La barca se acercó al malecón y el grupo descendió. El suelo era de piedras filosas. A la distancia se podían oír detonaciones; se trataba de los desprendimientos de un glaciar. Las nubes eran de un gris ferroso. Los remeros phagor permanecieron acurrucados en la barca, sosteniendo sus remos, inmóviles.

Un ejército de cangrejos, elevando sus asimétricos miembros, rodeó a los invasores. No atacaron. Los arcabuceros mataron algunos con las culatas de sus armas; los demás se arrojaron sobre sus congéneres muertos y los devoraron. Apenas había comenzado el festín -los cangrejos no estaban alerta- unos peces dentudos saltaron desde las aguas someras, atraparon unos cuantos cangrejos y desaparecieron nuevamente.

Los arcabuceros se alinearon en ese lugar idílico; trabajaban en pares, uno apuntaba y otro sostenía el cañón. Sus blancos eran unas hembras flambreg que se movían en la costa, a poca distancia, indiferentes a los hombres del Amistad Dorada. Las armas dispararon. Dos hembras cayeron, agitando las patas.

Los tiradores cambiaron de arma y de posición. Otros tres disparos. Esta vez cayeron tres vacas. El resto del rebaño huyó.

Hombres y phagors chapalearon por la costa, gritando, alentados por los gritos provenientes de los barcos, en cuyas bordas los marineros se amontonaban para ver la cacería.

Dos de los flambregs no habían muerto aún. Un arcabucero llevaba un cuchillo de hoja corta. Con él, seccionó la médula espinal de los animales antes de que pudieran incorporarse y huir.

Grandes aves blancas aparecieron volando sobre la escena; se cernían cuando encontraban una corriente ascendente, y sus cabezas giraban en una u otra dirección, husmeando la muerte. Descendieron batiendo sus alas, e hirieron a un hombre con sus largas garras.

Los marineros rechazaban a la vez a las aves y a los cangrejos mientras el hombre del cuchillo continuaba con su tarea. Con largos tajos abría el vientre de los animales muertos. Luego arrancaba del interior las vísceras y las arrojaba, humeantes, sobre la playa. Con rápidos movimientos separó de los cuerpos las patas traseras. La sangre dorada de los flambregs cubría sus brazos. Los pájaros chillaban en el cielo.

Los phagors transportaron las patas y los cuerpos hasta la pequeña embarcación.

Hubo una nueva matanza. Mientras tanto, los Pasharatid buscaban un trineo en la barca. Cuatro robustos phagors aferraron los patines y los llevaron a la costa. SartoriIrvrash recibió una invitación.

-Daremos un paseo -dijo Jeseratabahr, con una sonrisa tensa. Él pensó que ésa era la excusa que necesitaba para descansar de la nave. La siguió, tratando de mantenerse a la par.

Un fuerte olor a establos impregnaba el aire. Los flambregs caminaban como si nada hubiese ocurrido, mientras las aves blancas se disputaban las vísceras. Los seres humanos seguían el trineo arrastrado por los phagors, cuesta arriba. Vieron otros animales parecidos a los flambregs, pero de pelaje más tupido y gris y cuernos anillados. Eran yelks. Dienu Pasharatid dijo con desprecio que debían haber matado yelks en lugar de flambregs. La carne roja era mejor que la amarilla.

Nadie respondió a ese comentario. SartoriIrvrash miró a lo. El rostro del uskuti era impenetrable. Parecía totalmente alejado. ¿Era posible que estuviese pensando en la reina?

Caminaban entre inmensas rocas depositadas por un antiguo glaciar. En algunas de ellas aparecían inscripciones de nombres y fechas; era el modo en que los convictos habían intentado registrar su memoria.

El grupo llegó a un terreno más nivelado. Respirando hondo, examinaron el panorama. Las dos naves estaban en el borde de una negra extensión de agua sobre la cual descendía en terrazas un cielo también negro. Aquí y allá, pequeños témpanos impulsados por la corriente avanzaban hacia la

oscura lejanía. No había ningún indicio de vida humana.

En la dirección opuesta podían verse las tierras de Loraj, las cuales se extendían hasta las Regiones Circumpolares. La niebla continuaba dispersándose y revelaba una llanura. En su misma vacuidad había cierta, grandeza. Debajo de sus pies el suelo carecía de hierbas y estaba marcado por las huellas de miles y miles de cascos.

-Estas planicies pertenecen al flambreg, al yelk y al yelk gigante -dijo Dienu Pasharatid. Y no sólo ellas; todo el territorio.

-No es lugar para hombres y mujeres -dijo Io Pasharatid.

-Los flambregs y los yelks parecen similares, pero tienen grandes diferencias anatómicas -dijo Odi Jeseratabahr-. Los yelks son necrógenos. Nacen de los cadáveres de sus madres y se alimentan de carroña y no de leche. Los flambregs son vivíparos.

SartoriIrvrash guardó silencio. Aún estaba conmovido por la masacre de la costa, desde la cual seguía llegando el sonido de disparos. El objeto del desembarco en Persecución era precisamente obtener carne fresca.

Ahora los cuatro phagors tiraban del trineo donde iban los cuatro humanos. Avanzaban con lentitud. Hacia el norte se veían unas colinas bajas de color mostaza, con los flancos salpicados de abetos enanos y otros árboles más robustos. Los árboles tenían menos éxito en terreno llano, donde burdos nidos construidos con ramitas y madera traída por el mar inclinaban sus ramas. Las hojas estaban cubiertas de excrementos blancos.

Los barcos y el mar desaparecieron de la vista. El aire era glacial y ya no olía a océano, sino que flotaba sobre el paisaje el olor a establo de los animales en celo. El ruido de los disparos se perdió en la distancia. Durante una hora no hablaron, gozando del gran espacio que los rodeaba.

Al llegar junto a una roca estriada de ocre, la Monja Almirante ordenó un alto. Descendieron del trineo y caminaron algo distanciados, moviendo los brazos. La roca era muy elevada. Los únicos sonidos eran los gritos de las aves y el susurro del viento. De pronto advirtieron un rumor lejano.

SartoriIrvrash pensó que se trataría de algún distante glaciar que se resquebrajaba, y no le dio importancia; tal era su placer por pisar tierra firme. Sin embargo, las mujeres se miraron con preocupación y treparon hasta la cima del peñasco. Observaron el paisaje y lanzaron gritos de alarma.

-Poned el trineo junto a la roca -ordenó Odi Jeseratabahr en Hurdhu a los phagors.

El rumor se convirtió en trueno que parecía brotar de la misma tierra. Algo ocurría en las colinas bajas del oeste. Estaban en movimiento. Con el terror de alguien que enfrenta un hecho que está más allá del alcance de su imaginación, SartoriIrvrash corrió hasta la roca y empezó a trepar. Io Pasharatid le ayudó a encaramarse a una saliente donde había sitio para los cuatro. Los phagors se apretaban contra el promontorio, y sus milts se agitaban en las ventanas de sus narices.

-Aquí estaremos seguros hasta que hayan pasado -dijo Odi Jeseratabahr con voz temblorosa.

-¿Qué ocurre? -preguntó SartoriIrvrash.

A través de una tenue bruma, el horizonte se enrollaba como una alfombra y rodaba hacia ellos. Sólo podían mirar en silencio. Por fin, la alfombra se resolvió en una avalancha de flambregs que avanzaban sobre un amplio frente.

SartoriIrvrash intentó contarlos. Diez, veinte, cincuenta, cien...; era imposible. El frente podía tener una milla de ancho, dos o cinco, y comprendía interminables rebaños de animales. Infinitas hileras de yelks y flambregs convergían sobre la llanura donde estaba la roca.

El suelo, la roca y hasta el aire vibraban.

Con los cuellos extendidos, los ojos desorbitados y saliva fluyendo libremente de sus bocas, los rebaños se acercaron. Entrelazaron sus corrientes vivas y continuaron su avance. Blancas aves vaqueras volaban sobre ellos, manteniéndose a su paso sin más que un aleteo ocasional.

En su excitación, los cuatro humanos abrían los brazos, gritaban y señalaban con regocijo.

Debajo de ellos había un mar de vida que se extendía hasta el horizonte. Ningún animal los miró; todos sabían que un paso en falso significaba la muerte.

Pronto, la alegría de los humanos se desvaneció. Los cuatro estaban ahora sentados, apretados el uno contra el otro. Miraban con creciente ansiedad. El desfile no cesaba. Batalix se elevó y se puso

entre aureolas concéntricas de luz. Nada indicaba que el torrente animal estuviera próximo a su fin. Los animales continuaban pasando a millares.

Algunos flambregs se apartaron y se quedaron junto a la bahía. Otros se lanzaron directamente al mar. Otros continuaron galopando como en trance, hasta lo alto de los farallones, y desde ahí se precipitaron a la muerte. La mayoría volvía a subir por el lado opuesto de la hondonada y se dirigía hacia el nordeste. Horas más tarde la avalancha aún no había concluido.

En lo alto, unas magníficas cortinas de luz se desplegaron centelleantes, elevándose hacia el cenit. Pero entre los humanos cundió el desaliento: la misma vida que antes los excitara, ahora los deprimía. Continuaban acurrucados en la saliente. Los cuatro phagors permanecían apretados contra el muro de piedra, protegiéndose a duras penas detrás del trineo.

Freyr se deslizó hasta casi tocar el horizonte. Empezó a llover, al principio a intervalos. Las luces del cielo se extinguieron a medida que la lluvia se hizo más copiosa, empapando el suelo y modificando el sonido de los cascos.

Esa lluvia helada cayó durante horas. Una vez que se afirmó, continuó como los rebaños, sin que se modificara su monotonía.

La oscuridad y el ruido aislaron un poco a SartoriIrvrash y a Odi Jeseratabahr de los demás. Se apretaron para protegerse.

El martilleo de los animales y la lluvia penetraban en el ex canciller. Apoyó su frente contra las costillas de la Monja Almirante, esperando la muerte y reviendo su vida.

"Todo fue a causa de la soledad -pensó-. Una soledad deliberada de toda la vida. Permití que ella me alejase de mis hermanos. Desatendí a mi esposa. Porque estaba solo. Mis conocimientos surgieron de esa terrible sensación de soledad; con ellos me he apartado aún más de mis congéneres. ¿Por qué? ¿Qué me ha poseído?"

"¿Y por qué he tolerado tanto tiempo a JandolAnganol? ¿Acaso he reconocido en él un tormento parecido al mío? Admiro a JandolAnganol; deja que el dolor aflore a la superficie. Pero cuando se apoderó de mí, fue como un rapto. No puedo perdonar eso, ni la infame y deliberada destrucción de mis libros. Quemó mis defensas. Quemaría el mundo si pudiese..."

"Ahora soy distinto. Estoy separado de mi soledad. Seré distinto, si logramos escapar. Me gusta esta mujer, Odi. Lo demostraré."

"Y de algún modo, en este tremendo desierto de la vida, encontraré la forma de derribar a JandolAnganol. Durante años tragué mi amargura y sus insultos. Todavía no soy tan viejo, me ocuparé por el bien de todos de que caiga. Él provocó mi caída; provocaré la suya. No es noble, pero mi nobleza ha desaparecido. Basta de nobleza."

Se echó a reír, y el frío le dolió en los dientes.

Descubrió que Odi Jeseratabahr estaba llorando, y probablemente desde hacía un rato. La atrajo hacia él con decisión, y se movió sobre la saliente hasta que su áspera mejilla se apoyó en la de la mujer. Cada mínimo desplazamiento estaba acompañado por el interminable repiqueteo de cascos en el oscuro vacío.

Él susurró, casi al azar, palabras de consuelo.

Ella se volvió hasta que sus bocas casi se tocaron.

-Mía es la culpa de esto. Debí prever que podía ocurrir...

Dijo algo más que la tormenta se llevó. El la besó. Era casi el último gesto voluntario que le quedaba. La validez se encendió en su interior.

Estar lejos de JandolAnganol lo había cambiado. La besó de nuevo. Ella respondió. Cada uno sintió el sabor de la lluvia en los labios del otro.

A pesar de su incomodidad, los humanos cayeron en una especie de coma. Cuando despertaron, el temporal se había reducido a una fina llovizna. Los rebaños continuaban pasando a ambos lados de la roca extendiéndose aún hasta el horizonte, por lo que SartoriIrvrash y los otros se vieron obligados a orinar agazapados al borde de la saliente. Los phagors y el trineo habían sido arrastrados por la estampida. No había señales de ellos.

Lo que los había despertado era una invasión de moscas que venían con los rebaños. Así como había más de una especie animal entre aquellos, había también varias en la invasión voladora; pero

todas eran capaces de succionar la sangre. Cayeron a millares sobre los humanos, quienes, para protegerse, debieron amontonarse aún más y cubrirse con sus mantos y keedrants. La piel expuesta era inmediatamente atacada por las moscas y chupada hasta que sangraba.

Allí permanecieron, silenciados por el infortunio, mientras la roca se estremecía como si aún estuviera sobre el glaciar que la había traído hasta esa llanura. Pasó otro día. Otra medialuz. Otra noche.

Batalix se elevó sobre la lluvia y la niebla. Por fin los rebaños raleaban. El cuerpo principal ya había pasado. También el tormento de las moscas se alivió un poco. En el nordeste retumbaba el atronar de los cascos que se alejaban. Se veían muchos flambregs en la costa.

Temblorosos y envarados, los humanos descendieron de la roca. No podían hacer otra cosa que regresar a pie. Con el olor de los animales en sus narices, avanzaron a tropezones, atacados sin cesar por los insectos. No cruzaron una sola palabra.

La nave se hizo a la vela, abandonando la bahía de la Persecución. Los cuatro que habían quedado aislados en mitad de la estampida estaban en sus camarotes a causa de la fiebre provocada por las picaduras de las moscas.

A través de la mente delirante de SartoriIrvrash pasaba sin cesar el rebaño, cubriendo todo el mundo. La realidad de esa presencia masiva no se alejaba, a pesar de sus esfuerzos. Allí estaba cuando se sintió recuperado.

Apenas reunió fuerzas suficientes, fue a hablar sin ceremonias con Odi Jeseratabahr. La Monja Almirante parecía contenta de verlo. Lo recibió de un modo amistoso y hasta le tendió su mano, que él tomó.

Estaba sentada en su litera, cubierta sólo por una sábana roja, con el desordenado pelo rubio cayendo sobre sus hombros. Sin uniforme parecía aún más severa, pero menos remota.

-Todos los barcos que navegan a largas distancias se detienen en la bahía -dijo--. Buscan allí provisiones, en especial carne. No hay muchos vegetarianos en la corporación de monjes navegantes. Pescado. Lobos marinos. Cangrejos. Ya he visto antes estampidas de flambregs. Debí tener más cuidado. Me impresionan. ¿Qué te ha parecido?

Él ya había observado este hábito en ella. Mientras entretejía sus tiempos verbales sibornaleses, lanzaba de pronto una pregunta para desconcertar a su interlocutor.

-No sabía que pudiera haber tantos animales en el mundo...

-Hay más de los que puedes imaginar. Más de los que cualquiera puede / podría imaginar. Viven alrededor del gran casquete helado, en las áridas tierras circumpolares. Millones de ellos. Millones y millones.

Sonreía de excitación. A SartoriIrvrash le gustó esto. Al contemplar aquella sonrisa comprendió lo solo que siempre había estado.

-Sería algún movimiento migratorio.

-Pues no, por lo que sé. Bajan hasta la costa, pero no se quedan. Se mueven durante todo el año, y no sólo en primavera. Tal vez no los impulsa más que la desesperación. Sólo tienen un enemigo.

-¿Los lobos?

-No. -La mujer le dedicó una sonrisa de lobo, contenta de haberlo sorprendido en un error.- Las moscas. Una mosca, en particular. Una tan grande como la falange superior de mi pulgar. Tiene rayas amarillas. Es inconfundible. Pone sus huevos en la piel de esos desventurados bóvidos. Cuando las larvas los rompen, penetran el pellejo, llegan hasta el torrente sanguíneo y luego se instalan, formando un quiste, bajo la piel del lomo. Allí las larvas se desarrollan y producen llagas del tamaño de una fruta grande, hasta que por fin escapan y caen al suelo, para iniciar un nuevo ciclo vital. Casi todos los flambregs que matamos tienen este parásito, y a veces varios. He visto algunos animales correr atormentados hasta dejarse caer, o arrojarse desde los riscos para liberarse de esa mosca.

Odi lo miró con benevolencia, como si esa observación le resultara interiormente satisfactoria.

-Madame, me escandalicé cuando tus hombres mataron algunos animales en la costa. Pero ahora veo que eso no significaba nada. Nada.

Ella asintió.

-Los flambregs son una fuerza de la naturaleza. Son infinitos, infinitos. Hacen que la humanidad parezca nada. Se estima que la población actual de Sibornal es de veinticinco millones. En este continente hay muchas veces más, tal vez mil veces más flambregs. Tantos como árboles. Creo que en un tiempo todo Heliconia estaba poblado sólo por flambregs y moscas desplazándose sin cesar de un continente a otro; los bóvidos sufriendo un tormento del que perpetuamente intentaban huir.

Ante esta imagen, ambos guardaron silencio. SartoriIrvrash regresó a su camarote. Pero pocas horas más tarde Odi Jeseratabahr le devolvió la visita. Él lamentó recibida en un lugar tan maloliente.

-¿Te ha puesto triste mi charla sobre los flambregs?

Sin duda alguna, en la pregunta había un dejo de coquetería.

-Por el contrario. Me alegra hablar con una persona como tú, tan interesada en los procesos de este mundo. Ojalá los comprendiéramos mejor.

-Son mejor comprendidos en Sibornal que en otras partes. -De inmediato, ella resolvió moderar la jactancia agregando: -Tal vez porque aquí los cambios de estación son más notorios que en Campannlat. En el verano, los borlieneses pueden olvidar el Gran Invierno. Uno a veces teme / ha temido que si el próximo Invierno Fantasma es apenas un poco más crudo, no quedará un solo ser humano con vida. Sólo phagors, y miríadas de insensatos flambregs. Tal vez la humanidad no sea más que... un accidente temporario.

SartoriIrvrash la miró. El pelo rubio caía libre sobre los hombros.

-Alguna vez he pensado lo mismo. Odio a los phagors, pero son más estables que nosotros. Sin embargo, el destino de la humanidad es mejor que el de los flambregs, incesantemente obligados a andar. Aunque también hay para la humanidad equivalentes de la mosca amarilla rayada... -Vaciló: quería que ella siguiera hablando, para estudiar su inteligencia y su sensibilidad. Cuándo vi por primera vez a los flambregs, pensé que eran muy parecidos a los seres de dos filos.

-Muy parecidos, y en muchos aspectos. Tú tienes fama de erudito. ¿Qué piensas, entonces, de ese parecido? -También ella lo ponía a prueba, como su aire desafiante, aunque agradable, indicaba. De común acuerdo, se sentaron en la litera.

-Los Madis se parecen a nosotros. También los Nondads y los Otros, aunque menos. No parece haber parentesco entre humanos y Madis, aunque a veces la unión de un Madi y un humano tiene descendencia. La princesa Simoda Tal procede de una unión así. Jamás he oído decir que los phagors se acoplen con flambregs. -Se rió de su propia incertidumbre.

-Suponiendo, como dicen, que las deidades genéticas que nos conforman hayan establecido un parentesco entre Madis y humanos, ¿aceptarías que puede haber una conexión entre flambregs y phagors?

-Habría que determinarlo por medio de experimentos. -Estaba a punto de explicar sus ensayos de cruza en Matrassyl, pero decidió reservar ese tema para otro momento.- Una relación genética implica similitudes externas. Los phagors y los flambregs tienen sangre dorada como protección contra el frío...

-Hay pruebas que no exigen experimentos. Yo no creo, como la mayoría de las personas, que Dios el Azoiáxico haya creado a cada especie por separado. -Odi Jeseratabahr bajó la voz mientras hablaba.- Pienso que, con el tiempo, los límites se tornan confusos, así como los límites entre humanos y Madis volverán a confundirse cuando JandolAnganol se case con Simoda Tal. ¿Comprendes?

¿Era ella secretamente una atea, como él? Para su asombro, esa pregunta generó en SartoriIrvrash una erección.

-No he oído decir que phagors y flambregs se unan, es verdad-continuó ella-. Sin embargo, tengo buenas razones para creer que en un tiempo en este mundo no había otra cosa que flambregs y moscas, millones de ellos. Por variaciones genéticas, los phagors derivaron de los flambregs. Son una versión más refinada. ¿Qué piensas? ¿Crees que no es posible?

Él trató de adaptarse a su forma de argumentar.

-Los parecidos pueden ser muchos; pero son sobre todo superficiales, aparte del color de la

sangre. Lo mismo podrías decir que hombres y phagors se parecen porque ambas especies hablan. Los phagors caminan erguidos, como nosotros, y tienen su propio tipo de inteligencia. Los flambregs no tienen nada de eso, a menos que sea inteligente galopar locamente de un lado a otro.

-La capacidad phagor de la marcha erecta y del lenguaje, tal vez haya empezado una vez que ambas líneas se separaron. Imagina que los phagors se desarrollasen a partir de un grupo de flambregs que... encontraron una alternativa a la huida incesante para resolver el problema de las moscas.

Se miraban entre sí con excitación. SartoriIrvrash ansiaba hablarle de su descubrimiento acerca de los hoxneys.

-¿Qué alternativa?

-Esconderse en cavernas, por ejemplo. Meterse bajo tierra. Libres del tormento de las moscas, desarrollaron su inteligencia. Se irguieron sobre las patas traseras para ver más lejos, y con las delanteras ya libres pudieron manipular utensilios. En la oscuridad, nació el lenguaje como sustituto de la visión. Algún día te mostraré mi ensayo sobre este tema. Nadie más lo ha visto.

Él rió al pensar en los flambregs durante el desarrollo de esas artimañas.

-No en una sola generación, querido amigo. En muchas. En infinitas. Los más inteligentes triunfaban. No te rías. -Le dio una palmada en la mano.- Si no fuese esto lo que ocurrió en el pasado, te preguntaré otra cosa: ¿Por qué el período de gestación de una gillot es de un año de Batalix, y el de una hembra flambreg exactamente el mismo? ¿No demuestra esto una relación genética?

Los dos barcos sobrepasaron los puertos bajos de la costa sur de Loraj, situados dentro de los trópicos. Desde Ijivibir, una carabela de seiscientas toneladas llamada Buena Esperanza partió a reunirse con el Amistad Dorada y el Unión. Era un hermoso espectáculo ver las velas desplegadas de las tres embarcaciones. Desde la nave insignia se dispararon cañonazos de saludo, y los marineros prorrumpieron en una ovación. En el océano vacío, tres naves eran muchas más que dos.

Fue otra gran ocasión el paso del punto más occidental de su derrotero, a 29° de longitud Este. Eran las veinticinco horas menos diez. Freyr estaba debajo del horizonte, y sólo se veía un fulgor color damasco. Ese fulgor, disuelto en el horizonte, parecía ser irradiado por el agua brumosa. Señalaba la tumba de la que pronto se elevaría el gran sol. En algún punto de esa luminosidad estaba escondida la tierra sagrada de Shivenink; y en alguna parte de Shivenink, en lo alto de las montañas que corrían del mar al Polo Norte, estaba la Gran Rueda de Kharnabhar.

Un clarín convocó a todos los marineros. Los tres barcos se aproximaron. Se dijeron plegarias, se tocó música; todos se detuvieron a orar con los dedos en la frente.

De la bruma color damasco surgió una vela. Por un juego de la luz, apareció y desapareció como una visión. Pájaros recién venidos del continente chillaban en sus mástiles.

El casco del barco, recién pintado, era blanco en su totalidad, al igual que el velamen. Cuando se acercó, disparando un cañonazo a modo de saludo, los tripulantes de las demás naves vieron que se trataba de una carabela no mayor que la Buena Esperanza; pero en su vela lucía el mayor jerograma de la Rueda, con sus círculos concéntricos conectados por líneas sinuosas. Era el Plegaria de Vajabahr, así llamado en honor del puerto principal de Shivenink.

Los cuatro navíos se acercaron como pichones en un nido. La Monja Almirante en persona gritó órdenes. Las proas giraron, crujió el cordaje, se hincharon las velas. La pequeña flota tomó rumbo sur.

El color del agua pasó a un azul profundo. Las naves abandonaban el mar de Pannoval y entraban en la parte norte del vasto océano de Climent. De inmediato encontraron aguas agitadas, y se vieron obligados a luchar contra azarosas tempestades que los bombardeaban con gigantescos trozos de granizo. Durante días no vieron a ninguno de los dos soles.

Cuando por fin llegaron a aguas más calmas, el cenit de Freyr estaba más bajo que antes, y el de Batalix algo más alto. A babor quedaban los riscos del reducto más occidental de Campannlat, el cabo Findowel. Una vez que lo hubieron rodeado, se dirigieron al fondeadero más próximo en la costa del continente tropical para descansar dos días. Los carpinteros repararon los estragos de la tormenta; algunos miembros de la corporación de monjes marineros se dedicaron a coser las velas,

mientras otros nadaban en una laguna cercana. Tanto le agradó a SartoriIrvrash la visión de los hombres y mujeres desnudos en el agua -por curioso que pareciera los puritanos sibornaleses eran poco pudorosos en semejantes ocasiones-que se metió en el agua con unos calzoncillos de seda.

Luego, echado en la playa, protegido de ambos soles, miró salir del agua uno por uno a los bañistas. Muchos de los tripulantes de la Buena Esperanza eran robustas mujeres. Suspiró por su juventud perdida. Io Pasharatid apareció a su lado y le dijo en voz baja:

-Si tan sólo estuviera aquí la bella reina de reinas...

-Y si estuviera, ¿qué? -Miraba el mar, esperando que Odi emergiera desnuda.

Pasharatid, de modo poco sibornalés, le apoyó un dedo entre las costillas.

-¿Qué, preguntas? Pues que este lugar paradisíaco sería el paraíso mismo.

-¿Crees que esta expedición puede conquistar Borlien?

-Estoy seguro. Estamos organizados y armados como nunca lo estarán las fuerzas de JandolAnganol.

-Entonces, la reina estará en tus manos.

-No creas que no lo había pensado. ¿A qué otra cosa atribuyes mi brusco entusiasmo por la guerra? No quiero Ottassol, viejo chivo; quiero a la reina MyrdemInggala. Y pienso tenerla.

LOS CAUTIVOS DE LA CANTERA

Un hombre caminaba con un bolso colgado del hombro. De su uniforme no quedaban más que jirones. Ambos soles caían sobre él. Torrentes de sudor corrían por su camisa. Caminaba a ciegas, y sólo en ocasiones alzaba la Vista.

Atravesaba una zona de jungla destruida en las alturas de Chwart, Randonan. Alrededor de él sólo había troncos de árboles quebrados y ennegrecidos, muchos todavía ardiendo. En los raros momentos en que el hombre miraba, sólo podía ver la huella y el paisaje quemado. A lo lejos se alzaba una mortaja de humo gris. Tal vez el calor tropical había provocado el incendio. O quizá la chispa de un arcabuz. Durante muchos décimos se libraron combates en la zona. Ahora los soldados y los cañones se habían ido, y la vegetación con ellos.

Todo en la actitud del hombre expresaba fatiga y derrota. Pero continuaba. En una oportunidad miró hacia el cielo, cuando una de sus sombras vaciló para desaparecer al instante. Nubes negras, girando, habían eliminado a Freyr. Unos minutos más tarde devoraron también a Batalix. Entonces comenzó a llover. El hombre inclinó la cabeza y prosiguió la marcha. No había dónde encontrar cobijo, ni tenía otra posibilidad más que someterse a la naturaleza.

La lluvia arreciaba con bruscas y feroces ráfagas. Silbaban las cenizas. El cielo convocó más recursos, como reservas enviadas al combate.

La siguiente táctica fue el bombardeo con granizo. Esto obligó al hombre fatigado a correr. Se refugió como pudo en un tronco hueco. Al dar contra él, la madera deshecha reveló una fortaleza de ricky-backs. Privados de su defensa, los crustáceos treparon por un verdadero río de cenizas líquidas, haciendo vibrar sus pequeñas antenas.

Inconsciente de esa catástrofe, el hombre miró por debajo del ala de su sombrero, jadeando. Varias figuras encorvadas se movían en la oscuridad. Eran los restos de su ejército, el celebrado Segundo Ejército de Borlien. Un hombre pasó a centímetros del tronco hueco, con una terrible herida que los pedriscos hacían sangrar. El hombre del tronco lloraba. No tenía ninguna herida, aparte de una contusión en la sien. No tenía derecho a estar vivo.

Como un niño al que nadie atiende, su llanto se convirtió en agotamiento, y se durmió a pesar del granizo.

Los sueños finales estaban llenos de esa pedrea. Sintió en la mejilla el impacto, despertó, vio que el cielo estaba algo más despejado. Se incorporó, pero todavía el granizo azotaba su rostro y su cuello. Abrió la boca, furioso, y una piedrecilla cayó en ella. La escupió y se volvió, sorprendido.

El fuego había quemado las plantas más próximas endureciendo las vainas de sus semillas,

maduradas por las llamas. Con el calor de la mañana las vainas se abrían, produciendo un leve sonido, como el de unos labios húmedos que se entreabren. Las semillas volaban en todas direcciones. El terreno cubierto de cenizas les ofrecería buenas condiciones para germinar.

Rió, con brusca satisfacción. Cualquiera que fuese la locura de la humanidad, la naturaleza proseguiría su camino de modo incontenible. Igual que él. Tocó su espada, cargó su bolso al hombro y ajustándose el sombrero se dirigió hacia el sudeste.

Cerca del mediodía salió de la zona devastada. El camino continuaba entre macizos de shoatapraxi. A lo largo de los siglos, la senda que recorría el viajero había sido alternativamente río, lecho seco, glaciar, huella de ganado, carretera. Ningún ser humano sería capaz de evocar sus distintos usos. Humildes flores crecían a ambos lados, algunas nacidas de semillas llegadas desde muy lejos. Los ribazos eran cada vez más elevados. Avanzaba, molesto por las piedrecillas que se desplazaban a su paso. Cuando el terreno se volvió más firme, cerca de una colina, vio cabañas en el campo.

Este panorama apenas si lo tranquilizó.

Los campos estaban sin cultivar; las viviendas, abandonadas. Muchos techos se habían derrumbado, dejando trozos de muro que señalaban al cielo como viejos puños. Los cercos que coronaban los taludes a cada lado del camino habían quedado sepultados bajo una capa de polvo, al igual que los campos cercanos, las casas y edificios auxiliares, los útiles y objetos dispersos. Todo tenía el mismo tono gris, como si estuviera hecho del mismo material.

Sólo un gran ejército podía levantar tanto polvo, pensó el hombre. Su ejército. En ese momento, el Segundo Ejército se dirigía al combate. Ahora él regresaba en silencio, derrotado.

A pasos leves, el general Hanra TolramKetinet descendía una tortuosa calle. Uno o dos phagors furtivos lo miraron desde las ruinas, con sus largos rostros inexpresivos. No recordaba ese pueblo; era sólo uno de los tantos que habían atravesado uno de tantos días de calor. Cuando llegó al final de la calle, al pilar sagrado que establecía la octava de tierra local, vio un bosquecillo en forma de cuña que creyó recordar, un bosquecillo que sus exploradores habían registrado en busca de enemigos. Si estaba en lo cierto, debía haber en las proximidades una gran casa de labor en la cual había dormido unas horas.

Aunque rodeada de construcciones deterioradas por el incendio, la casa estaba intacta.

TolramKetinet se detuvo en el portal, atisbando el interior. No se oía más que el zumbido de las moscas. Con la espada en la mano, avanzó. En un establo había dos hoxneys muertos cubiertos de moscas. Un olor fétido llegó hasta su nariz.

Freyr estaba alto, Batalix caía hacia el oeste. Las sombras en direcciones opuestas daban a la casa un aspecto siniestro. Las ventanas estaban cubiertas de polvo. Recordó que allí había encontrado a una mujer, la del granjero, con cuatro niños pequeños. Ningún hombre. Ahora, sólo el zumbido del silencio.

Dejó su bolso junto a la puerta del frente, a la que abrió de un puntapié.

-¿Hay alguien? -preguntó con la esperanza de que algunos de sus hombres se hubiesen guarecido allí.

No hubo respuesta. Sin embargo, sus atentos sentidos le advertían que en el lugar había algo viviente. Se detuvo en el salón de piedra. Un alto reloj de péndulo, con sus veinticinco horas pintadas de colores, estaba inmóvil junto a una pared. La impresión general, aparte del reloj, era la de esa pobreza común en las zonas donde se ha librado una larga guerra. Más allá del salón reinaban las sombras.

Avanzó resueltamente por un pasillo hacia una cocina de cielo raso bajo.

Allí había seis phagors. Estaban inmóviles, como si esperaran su regreso. En la penumbra, sus ojos ardían con un fulgor rosado. Por la ventana se veían unas brillantes flores amarillas; reflejaban el sol y tornaban indistintas las formas de las bestias. Sus hombros y sus largos pómulos mostraban reflejos amarillos. Uno de los phagors conservaba sus cuernos.

Se aproximaron, pero TolramKetinet estaba preparado. Había percibido su olor en el salón. Tenían lanzas, pero él era un hábil esgrimista. Eran rápidos, pero unos obstruían el paso de los otros. El general hundió su espada debajo del tórax de cada phagor, donde sabía que estaba su eddre. Sólo

uno consiguió atacarlo con su lanza, pero él le cortó el brazo de un solo golpe. Brotó la sangre dorada. La habitación se llenó con sus estertores. Todos murieron sin emitir otro sonido.

Mientras caían pudo ver, por las insignias que llevaban, que habían sido miembros de su guardia. Al ver derrotados a los Hijos de Freyr, habían aprovechado la oportunidad retornando a su actitud típica. Un soldado menos precavido habría caído en la emboscada, como el sargento borlinés que yacía en el fondo de la cocina, tendido sobre la mesa, con huellas de un limpio mordisco en su garganta.

TolramKetinet regresó al patio y se apoyó contra una pared exterior. Sus náuseas se calmaron un momento después. Permaneció resollando en el aire caliente, hasta que el hedor de la masacre lo forzó a abandonar el lugar.

Allí era imposible descansar. Cuando recobró las fuerzas, se echó el bolso al hombro y prosiguió su marcha silenciosa por el camino que llevaba hacia la costa; hacia el mar y sus voces.

El bosque se cerró sobre él. La ruta se dirigía al sur entre retorcidas columnas de spirax, con sus dobles troncos entrelazados. Por esa avenida caminaba TolramKetinet. No era una jungla demasiado tupida. El suelo, adonde casi no llegaba la luz solar, apenas estaba cubierto de vegetación. El general se sentía como en un alto edificio, rodeado de columnas de asombroso diseño.

Ese bosque, que separaba Borlien de Randonan, tenía varios estratos. El follaje exterior, por donde se movían a veces grandes criaturas. Las ramas intermedias, donde residían y llamaban los Otros, que a veces se dejaban caer al suelo para recoger algún hongo antes de retornar a la seguridad de sus ramas. Las copas, el verdadero techo de la jungla, cubierto de flores que TolramKetinet no podía ver, habitado por aves de las que sólo podía oír el canto. Por encima de las copas había aún otra capa, la de los árboles más altos, hogar de las aves de rapiña que acechaban sin cantar.

La solemnidad de la selva era tal que hacía que pareciese, a los ojos de quienes se aventuraban en ella, más permanente que las praderas y aun que los desiertos. No era así. El elaborado organismo de la jungla sólo podía sostenerse durante menos de la mitad de los 1.823 pequeños años heliconianos que componían el Gran Año. Si se examinaban de cerca, todos los árboles revelaban en sus raíces, troncos, ramas y semillas las estrategias que utilizaban para sobrevivir cuando el clima era menos clemente y debían resistir solitarios en mitad de un aullante desierto, o aguardar petrificados debajo de la nieve.

La fauna consideraba los diversos estratos que componían su hogar como inmutables. Pero en verdad todo ese intrincado edificio, más admirable que cualquier obra del hombre, había nacido apenas unas pocas generaciones antes en respuesta a los elementos, brotando como un muñeco de resorte entre un montón de nueces.

Había entre esa jerarquía de plantas un orden perfecto que al ojo poco educado podía parecerle fruto del azar. Cada animal, insecto o vegetal tenía un sitio -generalmente una capa horizontal- que podía llamar propio. Los Otros eran una de las raras excepciones a esta regla. Algunos phagors se refugiaban en la selva, a veces en cabañas construidas entre las altas raíces, y los Otros, pendientes de su compañía, desempeñaban un papel intermedio entre el de animal doméstico y esclavo.

A menudo, en la base de algún gran árbol se establecían grupos de una docena o más de phagors, con sus runts. Cuando hallaba alguno de estos grupos, TolramKetinet daba grandes rodeos; desconfiaba de los phagors y temía las salidas de los Otros, que se arrojaban como perros sobre los extraños, blandiendo garrotes.

En esas cabañas a veces se ocultaban hombres, a quienes aceptaban como versiones mayores de Otros. Era como si éstos, en su alianza con los seres de dos filos, concediesen una licencia especial a esos hombres para vivir con ellos en degradada armonía.

La mayoría de los hombres eran desertores de las unidades del Segundo Ejército. TolramKetinet habló con ellos, tratando de convencerlos de que se Unieran a él. Algunos lo hicieron. Otros arrojaron palos. Muchos, aun admitiendo que odiaban la guerra, se unieron a su comandante porque estaban hartos de la jungla, con sus ruidos misteriosos y su dieta miserable.

Después de marchar durante un día bajo las bóvedas de la selva, volvieron a asumir sus antiguos roles militares y aceptaron con una especie de alivio la disciplina y las órdenes familiares. También TolramKetinet cambió. Su porte era el de un hombre derrotado. Pero echó atrás los

hombros y recuperó su anterior paso desafiante. Las líneas de su rostro se volvieron tensas, de nuevo se podía reconocer su juventud. Cuantos más hombres tenía a su mando, menos le costaba dar órdenes y más correctas parecían éstas. Con la típica adaptabilidad de la raza humana, se convirtió en lo que sus hombres creían que era.

De este modo, la pequeña fuerza llegó al río Kacol.

Alentados por su nuevo espíritu, lanzaron un ataque por sorpresa y ocuparon el villorrio de Ordelay. Con esa victoria, el espíritu de lucha quedó restablecido por entero.

Entre las embarcaciones que hallaron en el Kacol, había una con la bandera de la Compañía de Transporte de Hielo de Lordryardry. Cuando el pueblo fue invadido, este barco, el Patán de Lordryardry, trató de huir río abajo, pero fue interceptado por TolramKetinet y sus hombres.

El aterrorizado capitán protestó aduciendo su neutralidad y exigió inmunidad diplomática. No había ido a Ordelay sólo para importar hielo sino también para entregar una carta al general Hanra TolramKetinet.

-¿Sabe usted dónde está ese general? -preguntó TolramKetinet.

-En algún lugar de la selva, perdiendo la guerra para el rey.

Con una espada en la garganta, el capitán confesó haber enviado un mensajero a suelo para entregar el mensaje; allí terminaba su responsabilidad. Había cumplido con las instrucciones del capitán Krillio Muntras.

-¿Cuál era el contenido de la carta? -inquirió TolramKetinet.

El hombre juró que no lo sabía. El bolso de cuero que la contenía estaba sellado con el sello de la reina de reinas, MyrdemInggala. ¿Cómo osaría él manipular un mensaje real?

-¡No pararías hasta enterarte de su contenido! ¡Habla, bribón!

Necesitó un estímulo. Aplastado bajo una mesa volteada, el capitán admitió que el sello del bolso había llegado abierto. Advirtió, sin querer, que la reina de reinas había sido exiliada por el rey JandolAnganol a un lugar de la costa norte del Mar de las Águilas, llamado Gravabagalinien; que ella temía por su vida y esperaba ver, algún día, a su buen amigo el general librado de los peligros de la guerra y devuelto a su presencia. Rogaba a Akhanaba que lo protegiese contra todo mal.

Al oír aquello, TolramKetinet palideció. Se acercó a la borda y miró hacia la oscura corriente del río para que sus soldados no viesen su rostro. Se despertaron en él expectativas, temores y deseos. Musitó una plegaria que rogaba más éxito en el amor que en la guerra.

Los hombres de TolramKetinet desembarcaron al capitán del Patán y tomaron posesión de la nave. Pasaron un día de juerga en el pueblo, aprovisionaron el barco y zarparon hacia océanos distantes.

Muy alto sobre la jungla, el Avernus recorría su órbita. En el satélite de observación había algunos, poco familiarizados con las formas de guerra que se practicaban en el planeta, que se preguntaban cuál habría sido el tipo de fuerzas que habían derrotado al Segundo Ejército de Borlien. Buscaban en vano algún conjunto de jactanciosos patriotas de Randonan que hubiesen rechazado una invasión de sus territorios.

No había una fuerza semejante. Los randonanesas eran tribus semisalvajes que vivían en armonía con su entorno. Algunas cultivaban cereales. Todas vivían rodeadas de perros y cerdos que, en su juventud, podían mamar libremente de los pechos de las madres que criaban, si así lo querían. Mataban para comer, y no por deporte. Muchas tribus adoraban a los Otros como a dioses, aunque eso no era impedimento para que mataran tantos dioses como encontraban en las ramas de la gran selva donde vivían. Tal era la confusión de su mente que muchos de ellos adoraban peces, árboles, espíritus, menstruaciones o claros con doble luz solar.

Las tribus de Randonan toleraban a las tribus phagor, en su mayoría integradas por torpes habitantes del bosque o recolectores de hongos. Por su parte, los phagors rara vez atacaban a las tribus humanas, aunque se narraban las habituales historias de stalluns que robaban mujeres humanas.

Los phagors destilaban su propia bebida, el raffel. En ciertas ocasiones preparaban una poción diferente, que las tribus randonanesas llamaban vulumunwun y creían producto de la destilación de la

savia del vulu y de ciertos hongos. Incapaces de obtener vulumunwun por sí mismos, lo compraban a los phagors. Luego celebraban fiestas que se prolongaban hasta muy tarde por la noche.

Un gran espíritu solía hablar en esas ocasiones a las tribus. Les ordenaba salir al Desierto.

Las tribus ataban a sus dioses -los Otros- a sillas de bambú y los llevaban en sus hombros lejos de la jungla. Iba toda la tribu, con los niños, los cerdos, loros, gatos y preets. Atravesaban el Kacol y entraban en lo que era oficialmente Borlien. Invadían las tierras ricas y cultivadas de la llanura central borlienesa.

Eran las tierras que los randonanesas llamaban el Desierto. Allí ardían los dos soles. No poseía grandes árboles, densas espesuras, jabalíes ni Otros. En ese lugar sin dios, tras una nueva libación de vulumunwun, incendiaban o saqueaban las cosechas.

Los campesinos de Borlien eran hombres rudos y oscuros. Odiaban a esos pálidos lagartos que se materializaban de la nada, como espectros. Salían de sus aldeas y expulsaban a los invasores, pero a menudo perdían sus propias vidas, porque las tribus tenían cerbatanas con las que lanzaban emplumados dardos venenosos. Enloquecidos, los campesinos abandonaban sus hogares e incendiaban los bosques. Así se había llegado finalmente a la guerra entre Borlien y Randonan.

Agresión, defensa, ataque y contraataque. Estas acciones se tornaban confusas por la enantiodromia que, en las mentes humanas, convierte todas las cosas en sus opuestos. Para cuando el Segundo Ejército hubo desplegado sus fuerzas en las selváticas montañas de Randonan, los pequeños hombres de las tribus se habían convertido, a los ojos de sus enemigos, en una formidable fuerza militar.

Sin embargo, no era la oposición armada lo que había acabado con la expedición de TolramKetinet. La defensa de las tribus había consistido en deslizarse en la jungla, chillando en la noche bárbaros insultos contra los invasores, como habían visto hacer a los Otros. Como éstos, subían a los árboles y lanzaban lluvias de dardos o de orina contra los hombres del general. En realidad, no combatían, sino que era la jungla quien lo hacía por ellos.

La jungla estaba llena de enfermedades a las cuales el ejército de Borlien no era inmune. Sus frutas provocaban disentería; el agua de sus charcas, paludismo; sus días, fiebres; sus espacios, una sórdida cosecha de parásitos que se alimentaban de los hombres, de dentro hacia fuera, o de fuera hacia dentro. No se podía combatir contra nada; era preciso sobrevivir a todo. Uno por uno, o en grupos, los soldados de Borlien sucumbieron ante la jungla. Y con ellos murieron las esperanzas del rey JandolAnganol de una victoria en las Guerras Occidentales.

Ese rey, lejos del ejército que se desintegraba en Randonan, sufría de dificultades casi tan complicadas como los mecanismos de la jungla. La burocracia de Pannoval era más resistente que aquélla, y había tenido más tiempo para desarrollar sus tramas. La reina de reinas había partido hacía ya muchas semanas, y el acta de divorcio seguía sin llegar de la capital del Santo Imperio.

A medida que el calor se intensificaba, aumentaban en Pannoval los drumbles contra los phagors que vivían en sus tierras. Oponiéndose a la voluntad general del pueblo, las tribus fugitivas de phagors buscaban refugio en Borlien, donde eran odiados y temidos a la vez.

El rey pensaba de otro modo. En un discurso pronunciado en la scritina, dio la bienvenida a los refugiados, prometiéndoles tierras en el Cosgatt, donde se les permitiría establecerse si se unían al ejército y combatían por Borlien. De ese modo el Cosgatt, libre ya de la sombra de Darvlish, podría ser cultivado a bajo costo, al tiempo que se alejaba a los recién venidos de la presencia de los borlieneses.

Nadie, en Pannoval y Oldorando, acogió con agrado esta mano humana extendida a los phagors; y el acta de divorcio sufrió una nueva demora.

Pero JandolAnganol estaba satisfecho consigo mismo. Sufría lo bastante para tener su conciencia en paz.

Se puso una chaqueta de color y fue a ver a su padre. Una vez más recorrió los vericuetos del palacio y descendió hacia las custodiadas puertas de la prisión donde tenía encerrado al anciano. El lugar parecía más húmedo que nunca. JandolAnganol se detuvo en la primera cámara, la que en un tiempo sirviera de cámara de tortura y morgue. La oscuridad lo rodeó. Los sonidos del mundo

exterior desaparecieron.

-Padre -dijo. Su propia voz le pareció poco natural.

Pasó a la segunda habitación y a la tercera, donde se filtraba una luz débil. El fuego de leños ardía como de costumbre, y también, como de costumbre, el anciano permanecía envuelto en su manta junto al fuego, con el mentón hundido en el pecho. La única diferencia era que esta vez VarpalAnganol estaba muerto.

JandolAnganol apoyó su mano en el hombro del anciano. A pesar de su debilidad, la carne no cedía. Luego se detuvo ante la alta Ventana con barrotes. Llamó a su padre. El cráneo de pelo suave no se movió. Volvió a llamar, en voz más alta. No hubo ningún movimiento.

-Estás muerto, ¿verdad? -dijo JandolAnganol, en tono furioso-. Una nueva traición... Por la Observadora, ¿no era suficiente desgracia que ella ya no esté?

No hubo respuesta.

-Te has muerto, ¿no es así? Lo has hecho para avergonzarme, viejo hrattock...

Se dirigió al hogar y pateó los leños en todas direcciones, llenando la celda de humo. En su furia, derribó la silla, y el delgado cuerpo de su padre cayó sobre las losas, sin abandonar su posición acurrucada.

El rey se inclinó sobre la pequeña efigie como si contemplara una serpiente y luego, con un movimiento brusco, se echó de rodillas, no para rezar, sino para aferrar el cuerpo por el flaco pescuezo y derramar sobre él un torrente de palabras, que repetía de muchas maneras la acusación de que esa cosa muerta había vuelto contra él a su madre, apagando su amor. Apoyó esa recriminación con sibilinos ejemplos hasta que las palabras murieron, y permaneció inclinado sobre su cuerpo, envuelto en pesados anillos de humo. Golpeó el suelo con el puño y luego se quedó agachado e inmóvil.

Los leños diseminados en el suelo se extinguieron a causa de la humedad, uno por uno. Finalmente, con los ojos enrojecidos, el rey se alejó del lugar y subió deprisa, como si alguien lo persiguiera, a una zona más caliente del palacio.

Entre las numerosas criadas había una vieja nodriza que pasaba la mayor parte del día postrada en las habitaciones de la servidumbre. JandolAnganol no había entrado en esas habitaciones desde que fuera niño. Encontró el camino sin vacilar y se dirigió a la anciana, quien saltó del lecho y se aferró a uno de sus barrotes, aterrorizada. Lo miró con espanto, apartándose el pelo de los ojos.

-Ha muerto, tu amo y amante -dijo JandolAnganol, sin expresión alguna-.
Ocúpate de preparar su cuerpo para el entierro. Al día siguiente se declaró una
semana de duelo, y la Primera Guardia Real Phagor desfiló con uniforme de luto
por la ciudad.

La gente común, privada de diversiones por su pobreza, se apresuró a espiar la actitud del rey, aunque fuera de segunda o de tercera mano. Su relación con el palacio era estrecha, si bien subterránea. Todos conocían a alguien que conocía a algún funcionario real, y todos percibían el ánimo unas veces excitado y otras desesperado de JandolAnganol. Con la cabeza descubierta bajo los dos soles, acudieron en montón a la octava de tierra sagrada donde VarpalAnganol sería sepultado con las honras debidas a un rey.

Presidió el servicio el arcipreste de la Cúpula del Esfuerzo, BranzaBaginut. En un palco especialmente preparado, adornado con las banderas de la casa de Anganol, estaban los miembros de la scritina. Los notables mostraban en sus rostros más desaprobación por el rey vivo que pena por el muerto; pero igual concurrieron, temiendo las consecuencias de no hacerlo, acompañados por sus esposas.

De pie junto a la tumba abierta, JandolAnganol era la imagen misma del aislamiento. De vez en cuando miraba a su alrededor, como si esperara ver a Robayday. Esa mirada nerviosa se tornó más frecuente cuando colocaron el cuerpo de su padre, envuelto en una tela de oro, en la fosa cavada para él. Nada acompañaba al cadáver. Todos los presentes sabían que abajo, en el mundo de los gossies, los objetos materiales no eran necesarios. Como única concesión al rango de VarpalAnganol, doce mujeres de la corte se adelantaron y arrojaron flores sobre la forma inerte.

El arcipreste BranzaBaginut cerró los ojos y cantó:

-Las estaciones, en su avance, nos conducen a nuestra octava final. Así como hay dos soles, el menor y el mayor, también hay dos fases del ser, la Vida y la muerte; la menor y la mayor. Ahora un gran rey nos abandona para entrar en la fase mayor. El, que conocía la luz, ha descendido a la oscuridad...

Y mientras su poderosa voz silenciaba el rumor de la muchedumbre, que se acercaba con la misma actitud ansiosa de los perros que también asistían a la ceremonia y dirigían sus narices hacia la tumba, se arrojaron los primeros puñados de tierra.

En ese momento se oyó la voz del rey.

-Este Villano ha causado mi ruina y la de mi madre. ¿Por qué rezáis por él?

Dio un gran salto sobre la fosa, hizo a un lado al arcipreste y corrió, sin dejar de gritar, hacia el palacio, cuyas murallas se elevaban sobre la colina. Siguió corriendo más allá de la vista de la muchedumbre, y no se detuvo hasta llegar a los establos, donde montó en su hoxney y salió al galope hacia los bosques, mientras Yuli maullaba atrás, muy lejos.

Ese infortunado episodio, ese insulto dirigido por un hombre devoto a la religión establecida, encantó a la población de Matrassyl. Hasta en la cabaña más pobre se hablaba y reía, elogiándolo o condenándolo.

-Es un personaje Jandol, ¿verdad? -solía ser el cuidadoso Veredicto al que se llegaba en las tabernas, donde la muerte no era mirada con afecto, después de beber toda la tarde. Y la reputación del personaje creció, indignando a sus enemigos en la scritina.

Y no sólo a ellos, sino también a un joven delgado, de piel bronceada y ropas andrajosas, que presenciara el entierro y la partida del rey. Robayday no había estado muy lejos: vivía con un pescador en una isla entre los juncos de un lago cuando oyó la noticia de la muerte de su abuelo. Regresó a la capital con el ánimo alerta de un ciervo que se propone examinar de cerca a un león.

Al verla retirada del “personaje”, se atrevió a seguirlo, y montando en un hoxney, tomó un camino que desde la infancia le era familiar. No tenía la intención de enfrentar a su padre, ni sabía siquiera qué deseaba.

El personaje, en cuya mente había cualquier cosa menos humor, siguió un sendero que no había transitado desde la expulsión de SartoriIrvrash. Llevaba a una cantera oculta entre los blandos troncos de los rajabarales jóvenes; esos árboles, cuyo desarrollo llevaba cientos de años, eran casi imposibles de reconocer como las temibles fortalezas de madera en las cuales se convertirían cuando el verano del Gran Año transcurriese y llegara el nuevo invierno. Una vez calmada su fiebre, el rey ató a Lapwing a un árbol joven. Apoyó una mano en la lisa madera, y su frente en la mano. Vino a su memoria el cuerpo de la reina y la cadencia con que encendía su amor. Esas cosas buenas habían muerto sin que él se diera cuenta.

Después de un rato de silencio, llevó a Lapwing más allá del tronco del rajabaral padre, tan negro como un volcán apagado. Delante estaba la empalizada de madera que obstaculizaba el acceso a la cantera. Nadie la defendía. El rey entró.

El patio frontal estaba descuidado. La hierba, crecida. Un breve abandono había conducido a una larga decadencia. Un anciano de enmarañada barba blanca se adelantó y se inclinó ante JandolAnganol.

-¿Dónde está la guardia? ¿Por qué no está cerrada la puerta? -Pero sus palabras, dichas por encima del hombro mientras se acercaba a las jaulas, carecían de rigor.

El anciano, acostumbrado al humor del rey, fue lo bastante sensato como para no adoptar un tono similar, y respondió extensamente que todos los guardias, menos él, habían sido trasladados después de la caída del canciller. Estaba solo, y continuaba atendiendo a los cautivos, por lo que se creía merecedor de los favores de su majestad.

Lejos de mostrarse complacido, el rey unió sus manos a la espalda y asumió una expresión melancólica. Había cuatro grandes jaulas construidas contra la roca de la cantera; cada una estaba dividida en varios compartimientos, para mayor comodidad de los prisioneros. JandolAnganol dirigió su oscura mirada a esas jaulas.

En la primera había Otros. Para pasar el tiempo se suspendían del techo por las manos, los pies o las colas; cuando el rey se acercó, saltaron al suelo y corrieron hacia los barrotes, sacando entre

ellos sus patas, parecidas a manos, desconocedores del alto rango del visitante.

Los que ocupaban la segunda jaula se alejaron del rey. En su mayoría se metieron en el compartimiento interior, fuera de su vista. La prisión estaba construida en la roca, para que no pudieran hacer túneles en la tierra. Dos de ellos se acercaron a los barrotes y miraron el rostro de JandolAnganol. Esos protognósticos eran Nondads, pequeñas criaturas fugitivas que muchas veces eran confundidas con Otros, a quienes se parecían. Llegaban hasta la cintura de los seres humanos, y sus rostros, con un prominente hocico, se parecían a los de los Otros. Cubrían sus genitales con breves taparrabos, y un pelaje suave, de color castaño claro, revestía sus cuerpos.

Los dos Nondads que se habían adelantado se dirigieron al rey, moviéndose nerviosamente. Su lenguaje era una extraña amalgama de silbidos, chasquidos y gruñidos. El rey los miró con una expresión combinada de desdén y simpatía antes de seguir a la tercera jaula.

Allí estaban prisioneros los protognósticos más adelantados, los Madis. Los Madis no se movieron cuando el rey se acercó, como habían hecho los ocupantes de las otras jaulas. Privados de su existencia migratoria, no tenían dónde ir; ni los ocasos de ambos soles ni las idas y venidas de los reyes significaban nada para ellos. Al ser observados por JandolAnganol, trataron de esconder sus rostros bajo las axilas.

La cuarta jaula era toda de piedra extraída de la cantera, como tributo a la mayor firmeza de voluntad de sus ocupantes, que eran humanos: en su mayoría hombres y mujeres de las tribus de Mordriat y Thribriat. Las mujeres se ocultaron en las sombras. Los hombres se adelantaron e imploraron al rey, con elocuencia, que los liberara, o al menos que no permitiera nuevos experimentos con ellos.

-Nada más se hará ahora -dijo él para sus adentros, sintiéndose casi tan nervioso como los cautivos.

-Señor, las humillaciones que hemos padecido...

Aún había en los rincones cenizas del Rustyjonnik; pero la erupción había cesado tan bruscamente como comenzara. El rey pateó las cenizas, alzando una pequeña tormenta de polvo con sus botas.

Aunque quienes más le interesaban eran los Madis -los estudiaba desde todos los ángulos y a veces se agachaba para hacerlo-, estaba demasiado inquieto para permanecer en un solo lugar. Los Madis trajeron a la rastra a una de sus mujeres, desnuda, y se la ofrecieron al rey a cambio de su libertad.

JandolAnganol se alejó disgustado, haciendo muecas.

Al salir el sol, se encontró de frente con RobaydayAnganol. Ambos permanecieron rígidos como gatos, hasta que Roba empezó a gesticular, con los brazos y los dedos abiertos. El viejo guardián de pelo blanco se acercó arrastrando los pies y quejándose.

-Los tienes cautivos para salvaguardar su cordura, poderoso rey -dijo Roba.

JandolAnganol se adelantó en un ágil movimiento, pasó el brazo por el cuello de su hijo y lo besó en los labios, como si esa forma de aproximación fuese premeditada.

-¿Dónde has estado, hijo? ¿Por qué tan esquivo?

-¿Acaso un muchacho no puede lamentarse entre las plantas, sino que debe acudir a la corte para hacerlo? -Sus palabras se perdieron mientras retrocedía y se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Cuando dio contra la tercera jaula, echó atrás la otra mano para sostenerse.

Entonces un Madi se apoderó de su antebrazo. La hembra desnuda que habían ofrecido al rey le mordió el dedo pulgar salvajemente. Roba gritó de dolor. JandolAnganol se acercó a la jaula con la espada desenvainada. Los Madis retrocedieron y Roba quedó en libertad.

-Tienen tanta sed de sangre real como tu prometida -dijo Roba, saltando con las manos apretadas entre las rodillas-. Ya has visto cómo me ha mordido. ¿Te parece un acto propio de una madrastra?

El rey rió mientras envainaba.

-Ya ves qué ocurre cuando metes la mano donde no debes.

-Son temibles, señor, y piensan que han sido maltratados -dijo el viejo guardia, desde una distancia segura.

-Tu naturaleza te inclina al cautiverio, como las ranas se inclinan a las charcas -dijo Roba, sin dejar de saltar-. Pero pon en libertad a estos desventurados. Eran la locura de Rushven, no la tuya. Tú tienes locuras mayores que atender.

-Hijo, tengo un runt al que quiero, y que tal vez me quiere. Me sigue por afecto. ¿Por qué no me sigues tú para abusar de mí? Deja eso, y ven a vivir una vida razonable conmigo. No te haré daño. Si te he herido, lo lamento; me has dado motivos suficientes para lamentarlo. Acepta lo que te digo.

-Es muy difícil educar a los jóvenes, señor-comentó el guardián.

El padre y el hijo, apartados, se miraban. JandolAnganol refrenaba su mirada de águila, y parecía sereno. En el rostro terso de Roba ardía la furia.

-¿Necesitas otro runt que te siga? ¿No tienes bastantes cautivos en esta infame cantera? ¿Por qué has venido a gozar de este espectáculo?

-No he venido a gozar sino a aprender. Debería haber aprendido de Rushven. Necesito saber..., cómo son los Madis... Comprendo, muchacho, que temas mi amor. Temes la responsabilidad. Siempre has sido así. Ser rey es pura responsabilidad...

-Ser mariposa es la responsabilidad de la mariposa. Irritado por esa observación, el rey siguió andando ante las jaulas.

-Todo esto era responsabilidad de SartoriIrvrash. Quizás era cruel. Hacía que los ocupantes de estas cuatro jaulas se aparearan en combinaciones preestablecidas para ver los resultados. Lo escribía todo, a su manera. Y yo lo quemé todo, a la mía, como podrías agregar. Pues así fue. Con sus experimentos, Rushven halló una norma, que él llamaba una escala. Demostró que los Otros de la Jaula Uno podían producir a veces progenie cuando se apareaban con Nondads. Esta progenie no era fértil. No, los que no eran fértiles eran los descendientes de Nondads y Madis. No recuerdo bien los detalles. Los Madis tenían progenie de los humanos de la Jaula Cuatro. Esa progenie era en parte fértil.

“Hizo experimentos durante muchos años. Si se obliga a copular a Otros y Madis, no hay descendencia. Hay un sistema, una escala. Rushven descubrió estos hechos. Era un hombre bueno. Hacía esto por el conocimiento.”

“Probablemente lo censurarás, como censuras a todos, aparte de ti mismo. Pero Rushven pagó por esos conocimientos. Un día, hace dos años, tú estabas ausente, en el desierto, como de costumbre, su esposa vino a la cantera a alimentar a los cautivos y los Otros lograron huir de su celda. La hicieron pedazos. Este viejo guardián te lo podrá contar.”

-El brazo es lo primero que encontré, señor -dijo el guardián, complacido de que lo mencionaran-. El brazo izquierdo, para ser preciso, señor.

-Sin duda, Rushven pagó por sus conocimientos. También yo he pagado por los míos, Roba. Llegará un momento en que también tú tendrás que pagar un precio. No siempre será verano.

Roba arrancó hojas de un arbusto, como si quisiera destruirlo, y envolvió con ellas su mano herida. El guardián intentó ayudarle, pero Roba le lanzó un puntapié con el pie descalzo.

-Este lugar maloliente... Estas jaulas malolientes... Ese maloliente palacio... Llevar la cuenta de esos inmundos coitos... Mira, una vez, antes de que nacieran los reyes, el mundo era una gran bola blanca en una taza negra. Entonces vino el gran kzahhn de los phagors y se ayuntó con la reina de todos los humanos; la abrió en dos con su enorme prodo y la llenó hasta arriba de espuma dorada. Ese rumbo sacudió tanto al planeta que lo arrancó de su frigidez invernal y provocó las estaciones...

La risa le impidió terminar la frase. El viejo guardián parecía disgustado. Se dirigió al rey.

-Puedo asegurar, señor, que el canciller jamás hizo aquí un experimento semejante. De eso estoy seguro.

JandolAnganol permaneció inmóvil, con los ojos brillantes de ira, hasta que terminó el acceso de risa de su hijo. Le dio la espalda antes de hablar.

-No es necesario que te rías, ni es necesario pelear, en momentos de dolor. Volvamos juntos al palacio. Puedes montar en Lapwing, si quieres.

Roba cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Emitía un ruido que no era llanto.

-Tal vez tenga hambre -sugirió el guardián.

-Vete, hombre, o te cortaré la cabeza. El guardián retrocedió.

-He seguido alimentándolos fielmente todos los días, majestad. Traigo toda la comida del palacio, y ya no soy joven.

JandolAnganol se volvió hacia su hijo arrodillado. -¿Sabes que ahora tu abuelo se ha reunido con los gossies?

-Estaba cansado. He visto cómo bostezaba su tumba.

-Hago todo lo que puedo, señor, pero realmente necesitaría un esclavo que me ayudara...

-Murió mientras dormía... Una muerte tranquila, a pesar de sus pecados.

-Dije que él estaba cansado. Tú autoenloquecido, madre atormentada, abuelo fermentado... Has dado tres golpes. ¿Cuál será el próximo?

El rey cruzó los brazos y puso las manos en sus axilas.

-¡Tres golpes! Hijo mío, son una sola herida para mí. ¿Por qué me agobias con tus disparates? Quédate y consuélame. Ya que ni siquiera puedes casarte con una Madi, quédate.

Roba puso las manos en el suelo y empezó a incorporarse lentamente. El guardia aprovechó la oportunidad para decir:

-Ya no copulan más, señor. Sólo entre ellos, dentro de cada celda, para pasar el tiempo.

-¿Quedarme contigo, padre? ¿Cómo estaba el abuelo, en las entrañas del palacio? No, volveré a...

Mientras hablaba, el guardián se adelantó con expresión suplicante y se interpuso entre JandolAnganol y su hijo. El rey le dio un golpe que lo envió trastabillando contra un arbusto. Los cautivos gritaron y martillaron los barrotes.

El rey sonrió, o por lo menos mostró los dientes, mientras intentaba acercarse a su hijo. Roba retrocedió.

-Nunca comprenderás lo que me hizo tu abuelo. Nunca comprenderás su poder sobre mí, entonces, ahora, quizá siempre..., porque yo no tengo poder sobre ti. Sólo podía alcanzar el éxito si lo apartaba de mi lado.

-Las prisiones fluyen como témpanos por tu sangre. Yo seré un Madi, o una rana. Me niego a ser humano si tú te atribuyes ese título.

-Roba, no seas cruel. Ten cordura... Yo debo... casarme con una chica Madi. Por eso he venido a observar a los de su especie. Quédate conmigo.

-Posee a tu esclava Madi. Cuenta tu progenie. Mide, toma notas, sufre, encierra a los fértiles, y no olvides nunca que hay uno suelto en Heliconia, dispuesto a enviarte a una prisión eterna...

Mientras hablaba, retrocedía, con los dedos apoyados en el suelo. Luego se volvió, lanzándose contra los arbustos. Un instante después, el rey vio la figura que se deslizaba sobre la parte superior de la cantera. Luego desapareció.

JandolAnganol se apoyó contra el tronco de un árbol, cerrando los ojos.

Los gemidos del guardián reclamaron su atención. Fue hacia el hombre caído y le ayudó a ponerse de pie.

-Lo siento, señor, pero tal vez un esclavo joven, ahora que yo estoy viejo...

Frotándose la frente con ademán de fatiga, el rey dijo:

-Aún puedes contestar algunas preguntas, slanje. Dime, por favor, cómo les agrada copular a las mujeres Madi. ¿De espaldas, como los animales, o de frente, como los seres humanos? Rushven me lo hubiera dicho.

El guardián se sacudió las manos y rió.

-Oh, señor, de las dos maneras, según he podido observar muchas veces, puesto que estoy aquí todo el tiempo, sin nadie que me ayude. Pero sobre todo de espaldas, como los Otros. Algunos sostienen que se unen para toda la vida, y algunos, que son promiscuos... Pero la vida es diferente estando en cautiverio.

-¿Los Madis se besan en la boca, como los humanos?

-No he visto eso, señor. Nunca. Sólo los seres humanos.

-¿Se lamen los genitales antes de copular?

-Eso es muy corriente en todas las celdas, señor. Yo diría que es lo que más hacen, sobre todo

lamer y chupar.

-Gracias. Ahora puedes poner en libertad a los cautivos. Ya han cumplido su misión. Suéltalos.

Salió lentamente de la cantera, con una mano en la espada y otra en la frente.

Suaves barras de sombra proyectadas por los rajabarales se movían ante él mientras retornaba al palacio. Freyr estaba cerca del ocaso. El cielo era amarillo. El sol estaba rodeado por aureolas concéntricas de bruma amarronada, producidas por las partículas de ceniza volcánica. Parecía una perla en una ostra podrida. El rey dijo a Lapwing:

-No puedo confiar en él. Es huraño como era yo. Lo quiero, pero lo mejor que podría hacer es matarlo. Si tuviera bastante cordura para trabajar con su madre, y formar en la scritina una alianza contra mí, me destruiría...

Y también la amo a ella, aunque también lo mejor que podría hacer es matarla...

El hoxney no respondió. Se movía hacia el ocaso, sin otro deseo que regresar a casa.

El rey advirtió la vileza de sus propios pensamientos.

Alzó la vista al cielo refulgente y vio el mal que su religión le enseñaba a ver.

-Debo purificarme -dijo-. Ayúdame, oh Todopoderoso y Supremo.

Espoleó el flanco de Lapwing. Iría a ver a la Primera Guardia Phagor. Ellos no planteaban problemas morales. Con ellos se sentía en paz.

Las aureolas oscuras triunfaron sobre las claras. Mientras Freyr desaparecía, la ostra se tornaba grisácea de afuera hacia adentro a medida que se imponía la luz de Batalix. Con su belleza perdida, se convirtió en una simple congregación de nubes entre otras nubes amontonadas, mientras Batalix, a su turno, descendía hacia el oeste. Akhanaba hubiese podido decir, y de manera nada enigmática, que todo ese complejo conjunto de cosas estaba a punto de concluir.

JandolAnganol regresó a su palacio silencioso, y encontró allí a un enviado del Santo Imperio de Pannoval. Alam Esomberr, lleno de sonrisas, anticipaba su alegría.

Por fin había llegado el acta de divorcio. Sólo debía mostrársela a la reina de reinas, y él estaría en libertad de casarse con su princesa Madi.

XVI
EL HOMBRE QUE MINÓ UN GLACIAR

En el hemisferio sur el verano del año pequeño había cedido su lugar al otoño. Los monzones se congregaban a lo largo de las costas de Hespagorat.

Mientras en la dulce costa norte del Mar de las Águilas la reina MyrdemInggala nadaba con sus delfines en las aguas azules, en la sombría costa norte del mismo mar; que allí se unía a las aguas del Mar de la Cimitarra, el ganador de la lotería del Avernus, Billy Xiao Pin, agonizaba.

Las doce islas de Lordry, algunas de las cuales eran empleadas como estaciones de pesca de ballenas, protegían del mar abierto al puerto de Lordryardry. En esas islas, y también en las costas bajas de Hespagorat, existían numerosas colonias de iguanas marinas. Barbudas, verrugosas, acorazadas, esas bestias inofensivas alcanzaban los seis metros de longitud; a veces se las veía nadar en el mar. Billy las había observado mientras el Dama de Lordryardry del Capitán del Hielo lo llevaba a Dimariam.

En la costa, las iguanas marinas cubrían rocas y marismas. Algo en sus movimientos perezosos y sus bruscos deslizamientos sugería que conspiraban con el clima húmedo que en ese momento del año pequeño caía sobre la costa de Dimariam, donde el aire frío que se desplazaba hacia el norte desde el casquete polar encontraba el aire cálido que cubría el océano, formando bancos de niebla que lo envolvían todo en una húmeda bruma.

Lordryardry era un pequeño puerto de once mil habitantes. Debía casi por completo su existencia a la empresa de la familia Muntras. Uno de sus rasgos más notables era que se encontraba a una latitud de 36.5° sur, un grado y medio fuera de la ancha zona tropical. El círculo polar se encontraba a sólo dieciocho grados y medio al sur. Más allá de ese círculo, en el reino de los hielos eternos, no se veía jamás a Freyr durante los largos siglos del verano. En el Gran Invierno, Freyr

reaparecía iluminando durante muchas generaciones el mundo vacío del polo.

Billy supo esto mientras era conducido en el tradicional trineo desde el barco hasta la residencia del Capitán del Hielo. Krillio Muntras contaba estas cosas con orgullo, aunque a medida que se acercaba a su casa fue cayendo en un profundo silencio.

Instaló a Billy en una habitación blanca, cuyas ventanas estaban enmarcadas por cortinas del mismo color. Mientras yacía presa de la enfermedad, Billy podía ver a través de los árboles y sobre los techados del pueblo, una niebla lechosa entre la cual, a veces, aparecía un mástil.

Billy era consciente de que pronto se embarcaría en otro viaje misterioso. Pero antes de que esto sucediera, recibía los cuidados de la discreta mujer de Muntras, Eivi, y de su formidable hija casada, Immya. Immya, según le dijeron, tenía gran reputación en la comunidad como médica.

Después de un día de descanso, los cuidados de ambas mujeres surtieron efecto o bien la enfermedad de Billy remitió por sí sola. Como quiera que fuese, la rigidez que lo aquejaba desapareció en parte. Immya lo envolvió en mantas y lo acomodó en el trineo. Cuatro gigantescos perros astados -asokins- tiraban del trineo. La familia llevó a Billy hacia el interior, a ver el famoso glaciar de Lordryardry.

El glaciar había abierto un lecho entre dos colinas, sobre un lago que derramaba sus aguas en el mar.

Billy observó que las maneras de Krillio Muntras cambiaban sutilmente en presencia de su hija. Ambos se demostraban afecto; pero el respeto que él mostraba por Immya era superior al de ella por él. Billy no lo deducía por las palabras que cambiaban, sino por un hecho: Muntras erguía su columna vertebral y hundía su amplio estómago, como si sintiera que debía estar alerta cuando la aguda mirada de Immya caía sobre él.

Muntras empezó a describir las tareas que se realizaban en el glaciar. Cuando Immya se refrió discretamente a la cantidad de hombres que allí trabajaban, Muntras le pidió sin rencor que ella misma se ocupara de la explicación, lo cual hizo. Div estaba detrás de su padre y de su hermana con el ceño fruncido; aunque, como hijo varón que era, debía heredar la compañía de hielo, nada tenía que agregar a la narración, y pronto se apartó.

Immya no sólo era la médica más importante de Lordryardry, sino que estaba casada con el abogado más notorio de la ciudad, fundada por el clan de Muntras. Su marido, mencionado siempre como Abogado en presencia de Billy, como si ése fuera su nombre de pila, era el vocero del pueblo ante la capital, Oüshat. Oüshat se encontraba al oeste, en la frontera entre Dimariam e Iskahandi. Oüshat miraba con envidia al próspero y joven puerto de Lordryardry, y permanentemente ideaba formas, que Abogado burlaba siempre, para arrancarle parte de su riqueza con impuestos.

Abogado burlaba también las leyes locales, improvisadas para beneficiar a la familia Muntras, y no a sus empleados. Por lo tanto, Krillio tenía ideas contradictorias acerca de su yerno.

Era evidente que la esposa de Krillio pensaba de otro modo. No permitía quejas de su hija ni de Abogado. Aunque sumisa, solía impacientarse con Div, cuya conducta empeorada por el rechazo de su madre- se tornaba insoportable en el hogar.

-Deberías reconsiderar las cosas -dijo en una oportunidad a Muntras, mientras ambos permanecían junto a la cama de Billy, después de un nuevo ejemplo de las torpezas de Div-. Si pones la compañía en manos de Immya y Abogado, todo prosperará. Div lo llevará a la ruina en menos de tres años. La muchacha tiene un exacto dominio de las cosas.

Sin duda, Immya Muntras tenía dominio sobre todo el Hespagorat. Jamás había salido de los límites del continente que la viera nacer, a pesar de numerosas oportunidades, como si prefiriera que la puerta de su casa estuviese custodiada por los millares de perros escamosos que patrullaban las costas de Dimariam. Pero en el interior de su amplio seno había planos, mediciones e historias del continente sur.

La casa de Immya Muntras era fuerte y sencilla, cuadrada como la de su padre, y capaz de hacer frente a los glaciares. Y frente a uno de éstos describía ahora con orgullo el negocio familiar.

Estaban lo bastante en el interior para verse libres de la bruma costera. La gran muralla de hielo a que Muntras debía su riqueza brillaba al sol. En sus puntos más distantes, Batalix creaba en sus

huecos profundas cavernas de zafiro. Incluso el reflejo del glaciar en el lago centelleaba como una joya.

El aire era fresco y vivaz. Las aves rozaban la superficie del lago. Donde las límpidas aguas se reunían con la costa cubierta de flores azules, se veían infinidad de insectos atareados.

Una mariposa con la cabeza como el pulgar de un hombre se posó sobre el reloj de tres caras que Billy llevaba en la muñeca. Billy la miró con incertidumbre, tratando de interpretar el significado de esa criatura.

Algo rugía en lo alto; ignoraba qué era. Apenas podía mirar hacia arriba. El virus estaba instalado en su hipotálamo. Se multiplicaría allí inconteniblemente; ningún remedio podía curarlo. Pronto estaría inmóvil, paralizado, como los ancestrales phagors en brida.

No lo lamentaba. Sólo lamentaba que la mariposa dejara su mano y se alejase. Para vivir una vida real, era necesario el sacrificio, y eso su Consejero lo hubiera podido comprender. Había vislumbrado a la reina de reinas. Se había acostado con la hermosa Abathy. Incluso ahora, incapacitado, podía ver zonas distantes del glaciar donde la luz conjuraba azules asombrosos, haciendo del hielo más un color que una materia. Había probado la excelencia de la naturaleza. Por supuesto, eso tenía un precio.

Immya explicaba ahora la ruidosa tarea que se estaba llevando a cabo. Los hombres trabajaban sobre andamios, cortando bloques de hielo con picos y sierras. Eran los mineros del glaciar de Lordryardry. Los bloques caían a un gran embudo abierto de donde pasaban a una larga tolva de madera con suficiente declive para que no dejaran de moverse.

Enormes lápidas de hielo descendían lentamente por la tolva, la cual crujía cuando pasaban sobre sus pilares de madera, y continuaban su camino de tres kilómetros hasta los muelles de Lordryardry.

Allí eran reducidas a bloques más pequeños que se cargaban en los cascos aislados con paja de las naves de la Compañía.

De ese modo, las nieves caídas en las regiones polares al sur de los 55°, comprimidas y forzadas a moverse perezosamente hacia la estrecha franja templada, servían para el útil propósito de refrescar a quienes vivían en lejanos trópicos. Allí terminaba la tarea de la naturaleza y empezaba la del capitán Krillio Muntras.

-Por favor, llevadme a casa -dijo Billy.

La rápida corriente de cifras de Immya cesó. Cesaron sus informes sobre tonelajes, longitudes de diversos viajes, costes en relación con la demanda, los elementos, en fin, sobre los cuales se fundaba su pequeño imperio. Suspiró y dijo algo a su padre, pero una nueva carga de hielo, que pasó rugiendo por encima de ellos, borró sus palabras. Entonces, las líneas de su rostro se ablandaron y sonrió.

-Sería mejor que lleváramos a Billy a casa -dijo.

-He visto eso -dijo él con tono vago-. Lo he visto.

Cuando pasó más de medio Gran Año, cuando Heliconia y sus planetas hermanos llegaron al punto más alejado de Freyr y volvían a padecer una vez más la lenta furia de un nuevo invierno, millones de personas contemplaron, en la lejana Tierra, la forma acurrucada de Billy en el viejo trineo de madera.

La presencia de Billy en Heliconia representaba una infracción de las órdenes terrestres, las cuales exigían que ningún ser humano pusiera el pie en el planeta para no turbar la trama de sus culturas.

Esas órdenes habían sido formuladas tres mil años antes. En términos de historia cultural, tres mil años eran un largo período de tiempo. Desde entonces la comprensión se había tornado más profunda, a causa, sobre todo, del intenso estudio de Heliconia realizado por la mayor parte de la población. Se conocía mucho mejor la unidad -y por lo tanto, la fuerza- de las biosferas planetarias.

Billy había penetrado en la biosfera planetaria y había llegado a ser parte de ella. Los habitantes de la Tierra no veían ningún conflicto. Billy estaba hecho de átomos de materia estelar muerta, iguales a los de Muntras o MyrdemInggala. Su muerte representaría una unión final con el planeta, una fusión indisoluble. Billy era mortal. Los átomos de que estaba hecho eran

indestructibles.

Habría una moderada aflicción por el desvanecimiento de otra conciencia humana, por la pérdida de otra identidad única e irremplazable; pero eso probablemente no sería motivo de llanto en la Tierra.

Mucho antes de eso se derramaron lágrimas en el Avernus. Billy era su drama, su prueba de que la vida existía, de que poseía el viejo poder de los organismos biológicos de conmoverse en respuesta al ambiente. Las lágrimas y los aplausos estaban en su apogeo.

En particular la familia Pin abandonó su habitual pasividad y provocó una pequeña tormenta familiar. Rose Yi Pin, quien unas veces reía y otras gemía, era el centro de la atención más apasionada. Lo pasaba maravillosamente.

El Consejero estaba mortificado.

El aire fresco recorrió el cuerpo de Billy y bañó sus pulmones. Le permitió ver cada detalle de ese mundo centelleante. Pero su vividez, sus sonidos, fueron demasiado para él. Cerró los ojos. Cuando logró abrirlos de nuevo, los asokins avanzaban veloces sacudiendo el trineo, y la bruma de la costa empezaba a velar el paisaje.

Para compensar anteriores humillaciones, Div Muntras insistió en conducir. Pasó las riendas por encima de su hombro derecho y las sostuvo bajo el brazo izquierdo mientras aferraba el asa del trineo con la mano izquierda. Con la derecha esgrimía un látigo que hacía chasquear sobre los asokins.

-Mantenlo firme, muchacho -gruñó Muntras.

Mientras lo estaba diciendo, el vehículo dio contra un macizo de arbustos y volcó. Estaban debajo de la construcción de madera destinada al transporte de hielo, y el terreno era cenagoso. Muntras cayó sobre las manos y las rodillas. Mirando con furia a su hijo le arrebató las riendas, pero nada dijo. Immya apretó los labios, enderezó el trineo y colocó nuevamente a Billy en él. Su silencio era más expresivo que las palabras.

-No fue por mi culpa -dijo Div, simulando que se había lastimado la muñeca. Su padre tomó las riendas y, con un gesto silencioso, indicó a su hijo que empujara. Luego regresaron a paso moderado.

La casa de Muntras era de una sola planta, la cual se desarrollaba en varios niveles conectados por escalones, debido a las irregularidades del terreno rocoso. Detrás de la habitación donde Muntras e Immya pusieron a Billy estaba el patio en que el Capitán del Hielo pagaba a su personal cada décimo.

Ese patio estaba ornamentado con rocas lisas y redondeadas, esculpidas en montañas polares que ningún ser humano había visto jamás, y arrastradas hasta la costa por los glaciares. En las estrías de esas rocas se hallaba condensada una historia tectónica que nadie en Lordryardry tenía tiempo de descifrar, pero que había sido examinada a través de los ojos electrónicos del Avernus. Junto a cada una de esas rocas crecían altos árboles cuyos troncos se bifurcaban junto al suelo. Billy podía ver esos árboles desde su cama.

Eivi, la esposa de Muntras, había recibido a su marido con la misma diligencia con que ahora se preocupaba por Billy, quien se alegró cuando lo dejaron a solas en la desnuda habitación de madera, mirando el contorno preciso de los árboles. Su vista quedó fija. Una lenta locura se apoderó de él, moviendo sus miembros, torciendo sus brazos hacia fuera hasta que se estiraron por encima de su cabeza, rígidos como ramas.

Div entró en la habitación.

El muchacho cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a Billy con cautela. Lo miró con los ojos muy abiertos. La mano izquierda de Billy estaba torcida hacia atrás, de modo que los nudillos casi tocaban e brazo: el reloj se le hundía en la piel.

-Te quitaré el reloj -dijo Div. Lo desprendió torpemente y lo colocó sobre una mesa, fuera de la vista de Billy.

-Los árboles -dijo Billy, con los dientes apretados.

-Quiero hablar contigo -dijo Div en tono amenazador, con los puños apretados-. ¿Recuerdas a esa chica AbathVasidol, en el Dama de Lordryardry? ¿La chica de Matrassyl? -preguntó en voz baja,

sentado al lado de Billy, y mirando hacia la puerta-. ¿Esa chica bonita, de pelo castaño y grandes pechos?

-Los árboles.

-Sí, los árboles. Son albaricoques. Mi padre destila su Exaggerator con sus frutos. Billish, Abathy... ¿Recuerdas a Abathy?

-Se están muriendo.

-Tú te estás muriendo, Billish. Por eso quiero hablar contigo. ¿Recuerdas cómo me humilló mi padre con esa chica? A ti te la dio, Billish, maldito seas. Esa fue la forma de humillarme, como hace siempre. ¿Comprendes? ¿Adónde llevó mi padre a Abathy, Billish? Si lo sabes, dímelo. Dímelo, Billish. Yo no te hice ningún mal.

Las articulaciones de sus codos crujían.

-Abathy. La madurez del verano.

-No fue por tu culpa, porque eres una basura extranjera. Pero escucha. Quiero saber dónde está Abathy. La amo. No debería haber vuelto aquí, ¿verdad? Para ser humillado por mi padre y por mi hermana. Ella nunca me permitirá que sea el amo de la compañía. Escucha, Billish: me marcho. Puedo arreglarme solo. No soy ningún tonto. Buscaré a Abathy y empezaré mi propio negocio. Quiero saberlo, Billish, ¿adónde la llevó mi padre? Pronto, antes de que vengan.

-Sí. -Los árboles desnudos y gesticulantes de la Ventana intentaban deletrear un nombre.- Deuteroscopista.

Div se inclinó hacia adelante y aferró los endurecidos hombros de Billy.

-¿CaraBansity? ¿La llevó a casa de CaraBansity?

Billy susurró un sí. Div lo dejó caer como si fuera una tabla. Se retorcía los dedos, murmurando para sus adentros. Oyó un ruido en el pasillo y corrió hacia la Ventana. Durante un momento balanceó su peso en el antepecho. Luego dio un salto y desapareció.

Era Eivi Muntras. Dio de comer a Billy pequeños trozos de una delicada carne blanca. Insistía, lo obligaba, y él comía con apetito. En el mundo de los enfermos, Eivi estaba a su gusto. Limpió con una esponja la cara de Billy. Puso una cortina de gasa en la ventana para suavizar la luz. A través de la gasa, los árboles parecían fantasmas.

-Tengo hambre -dijo él cuando se acabó la comida.

-Te traeré más iguana. Te ha gustado, ¿verdad? La he cocido en leche especialmente para ti.

-Tengo hambre -gritó él.

Ella se marchó, con aire preocupado. Él oyó cómo hablaba con otras personas. Tenía el cuello contraído, las venas hinchadas, mientras su oído se clavaba en lo que se decía, como un arpón. Pero las palabras no tenían sentido para él. Estaba tendido boca abajo, de modo que llegaban a sus oídos al revés. Cuando se dio vuelta, todo era perfectamente audible.

La voz de Immya decía en tono imparcial:

-Eso es una tontería, madre. No puedes curar a Billish con remedios caseros. Tiene una extraña enfermedad de la que sólo se habla en los libros de historia. Puede ser la fiebre de los huesos, o la muerte gorda. Los síntomas no son claros, tal vez porque, como él dice, viene de otro mundo, y por lo tanto su composición celular quizá sea distinta de la nuestra.

-Yo no sé nada de eso, Immya, querida. Sólo pensaba que un poco más de carne puede hacerle bien. Tal vez le gustaría el gwing-gwing...

-Puede entrar en un estado de bulimia e hiperactividad. Esto indicaría que se trata de la muerte gorda. En ese caso, habrá que atarlo a la cama.

-Seguramente no será necesario, querida... Es tan amable...

-No se trata de su carácter, madre, sino del carácter de su enfermedad. -Ahora era una voz masculina, cargada de desdén apenas encubierto, como si estuviera explicando algo a un niño. Pertenecía al marido de Immya, Abogado.

-Así será, sin duda. Sólo espero que esa enfermedad no sea contagiosa.

-No nos parece que la muerte gorda o la fiebre de los huesos sean infecciosas en este momento del Gran Año -dijo la voz de Immya-. Creemos que Billish ha estado con phagors, y esas enfermedades están relacionadas con ellos.

Hubo más palabras, y luego Immya y Abogado estaban en la habitación, mirando a Billy.

-Tal vez te cures -dijo ella, inclinándose un poco para hablar y dejando caer las palabras una a una-. Cuidaremos de ti. Puede que tengamos que atarte si te pones violento.

-Morir inevitable. -Con gran esfuerzo, fingió que no era un árbol y dijo: -La fiebre de los huesos y la muerte gorda... Yo sé. Son un solo virus. Un germen. Distintos efectos. Según el momento del Gran Año. Es verdad.

No podía hacer un esfuerzo mayor. Sin embargo, por un instante, lo había tenido todo en la mente. Aunque no era su especialidad, el virus hélico era una leyenda en el Avernus; eso sí, confinada ahora a los videotextos, puesto que su último estallido pandémico había ocurrido varias generaciones antes. Quienes lo miraban desde arriba, sin poder hacer nada, contemplaban una vieja historia que sólo se volvía actual cada vez que concluían la Vacaciones de Heliconia...

Los sufrimientos que causaba el virus eran terribles, pero por fortuna sólo ocurrían en dos períodos del Gran Año: seis siglos después del momento más frío, cuando las condiciones del planeta mejoraban, y a fines del otoño, después del largo período de calor en que Heliconia había entrado. En la primera época, el virus se manifestaba en la forma de la fiebre de los huesos; en la segunda, como muerte gorda. Casi nadie escapaba a estos flagelos. La tasa de mortalidad de ambos se aproximaba al cincuenta por ciento, el mismo porcentaje que mostraban los sobrevivientes en la reducción o aumento de su peso corporal, estando de este modo mejor preparados para enfrentar la estación más caliente o la más fría.

El virus era el mecanismo que permitía el ajuste del metabolismo humano a tan enormes cambios climáticos. Billy sufría ahora este cambio.

Con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, Immya permanecía de pie junto al lecho de Billy.

-No entiendo cómo sabes esas cosas. No eres un dios; si lo fueras no estarías enfermo...

Incluso las voces lo empujaban con más fuerza hacia las entrañas de un árbol. Lo intentó otra vez.

-Una enfermedad. Dos... sistemas opuestos. Como médico, puedes comprender.

Ella comprendía. Se sentó.

-Si fuera así... ¿Y por qué no? Hay dos botánicas. Hay árboles que florecen y dan semillas una vez cada 1.825 años pequeños, y otros que lo hacen todos los años pequeños. Son cosas distintas, y sin embargo unidas...

Apretó los labios, como si temiera decir un secreto, consciente de que estaba al borde de algo que iba más allá de su comprensión. El caso del virus bélico no era exactamente similar al de la botánica binaria de Heliconia. Sin embargo, la observación de Immya sobre distintas características vegetales era correcta. Ocho millones de años antes, aproximadamente, cuando Freyr había capturado a Batalix, los planetas de este último habían quedado bañados por la radiación, lo que había conducido a divergencias genéticas en una multitud de especies. Algunas plantas continuaron floreciendo como antes -es decir que intentaban producir semillas 1.825 veces durante el Gran Año, fueran cuales fueren las condiciones del clima- pero otras habían adoptado un metabolismo más acorde con la nueva situación, y se propagaban una sola vez cada 1.825 años pequeños. Los rajabarales estaban entre estas últimas. Por el contrario, los albaricoques que Billy veía por la ventana no se habían adaptado y verdaderamente se estaban muriendo ante el inusitado calor.

Algo, en las líneas que conformaban la boca de Immya, sugería que intentaba masticar estos complejos asuntos; pero luego emprendió la contemplación de las afirmaciones de Billy. Su inteligencia le decía que, de ser ciertas, tendrían gran importancia, no de inmediato sino unos siglos más tarde, cuando según los precarios registros existentes debía producirse la pandemia.

Pensar en un futuro tan lejano no era un hábito local. Immya asintió y dijo:

-Meditaré sobre esto, Billish, y hablaré de tu idea en la próxima reunión de nuestra sociedad médica. Quizá, si comprendemos la verdadera naturaleza de esa enfermedad, podamos encontrar una cura.

-No. La enfermedad es esencial para la supervivencia... -Billy comprendió que ella jamás lo

aceptaría, y que él no podría explicar jamás ese punto. Agregó, en cambio: -Se lo dije a tu padre.

Esta observación apartó el interés de Immya de los asuntos médicos. Después de unos instantes de silencio en los que pareció querer meterse dentro de sí misma, volvió a hablar, pero esta vez con voz más profunda y áspera, como silo hiciera desde el interior de una prisión.

-¿Qué más hacía mi padre? En Borlien... ¿Se emborrachaba? Quiero saber... ¿Traía a una mujer en el barco, desde Matrassyl? ¿Tenía relaciones carnales con ella? Debes decirme. -Se inclinó sobre él y lo aferró, como antes hiciera su hermano.- Ahora está bebiendo. Había una mujer, ¿no es verdad? Te lo pregunto por mi madre.

La intensidad con que pronunció estas palabras asustó a Billy; trató de hundirse más profundamente en el árbol, de sentir la basta corteza en su eddre. En su boca se formaban burbujas.

Ella lo sacudió.

-¿Tenía relaciones con ella? Dime. Muere, si quieres, pero dímelo.

Él trató de asentir.

La distorsionada expresión de Billy confirmó sus suposiciones. En el rostro de Immya apareció una vindicativa satisfacción.

-Así se aprovechan los hombres de las mujeres. Mi pobre madre ha sufrido durante años a causa de sus excesos. Me enteré hace mucho tiempo. Fue un golpe terrible. Los dimariamianos somos personas respetables, no como los habitantes del Continente Salvaje, a quienes espero no conocer jamás...

Billy intentó una protesta inarticulada. Sólo sirvió para volver a encender la animosidad de Immya.

-¿Y esa pobre muchacha inocente? ¿Y su inocente madre? Hace tiempo obligué a mi hermano, esa plaga, a que me dijera la verdad sobre mi padre... Los hombres son cerdos gobernados por la lujuria e incapaces de una conducta digna...

-La muchacha. -Pero el nombre de Abathy se enredó con los nudos de la laringe de Billy.

La oscuridad envolvía Lordryardry. Freyr se hundía en el oeste. El canto de los pájaros raleaba. Batalix estaba en un punto muy bajo sobre el horizonte, desde donde podía mirar, a través del agua, los escamosos seres que se apilaban en la costa. La niebla se tornó más densa, cubriendo las estrellas y el Gusano de la Noche.

Eivi Muntras llevó a Billy un poco de sopa antes de irse a la cama. Mientras comía, él sintió un hambre terrible que surgía de su eddre y superaba su inmovilidad. Saltó sobre Eivi y le mordió el hombro hasta desgarrárselo. Luego corrió gritando por la habitación. Era el síntoma asociado con la etapa final de la muerte gorda. Otros miembros de la familia llegaron corriendo, y los esclavos trajeron luces. Billy, entre maldiciones, fue atado a la cama.

Quedó solo durante una hora; desde el otro extremo de la casa llegaba el ruido de los cuidados que se brindaban a la mujer. Tuvo la visión de que devoraba a Eivi y sorbía su cerebro. Lloró. Imaginó que estaba de vuelta en el Avernus. Imaginó que mordía a Rose Yi Pin. Volvió a llorar. Sus lágrimas caían como hojas.

En el pasillo crujieron las tablas. Apareció una lámpara mortecina, y más atrás, el rostro de un hombre flotando en una ola de sombra. Era el Capitán del Hielo. Un vaho de Exaggerator entró con él en la habitación.

-¿Estás bien? Tendría que echarte si no estuvieras agonizando, Billish. Siento todo esto... Yo sé que eres una especie de ángel de un mundo mejor, Billish, aunque muerdas como un demonio. Un hombre necesita creer que en alguna parte hay un mundo mejor. Mejor que éste, donde nadie se preocupa por ti. El Avernus... Te llevaría allí, si pudiera. Me gustaría conocerlo.

Billy estaba de nuevo en su árbol; sus miembros eran parte de sus agónicas ramas.

-Mejor.

-Así es, mejor. Voy a sentarme en el patio, Billish, junto a tu ventana. Voy a beber. A pensar en muchas cosas. Pronto será la hora de pagar a los hombres. Si me necesitas, llama.

Estaba triste por Billy, y el Exaggerator hacía que sintiera también tristeza por sí mismo. Era extraño, pero siempre estaba más a gusto con extraños, como con la reina de reinas, que con su

propia familia. Con ésta era como si se encontrase en desventaja.

Se acomodó junto a la ventana, colocando una jarra y un vaso a su lado, sobre el banco. El albic que trepaba por la pared abría sus flores; las flores abrían sus picos de loro y una serena fragancia flotaba en el aire.

El plan de traer a Billish en secreto había tenido éxito, pero ahora no podía seguir callando. Deseaba decir a todo el mundo que había una vida que no conocían, y que Billish era una prueba de esa verdad. Por otra parte, y no sólo por la agonía de Billish, Muntras sospechaba; en un frío rincón de su ser, que la vida tal vez valiera menos de lo que él creía. Hubiese querido ser siempre un vagabundo, pero ahora había vuelto a casa...

Un rato más tarde, suspirando, el Capitán del Hielo se puso de pie y miró por la ventana abierta.

-¿Estás despierto, Billish? ¿Has visto a Div?

Un gorgoteo fue la respuesta.

-Ese pobre muchacho no sirve para la tarea, ésa es la verdad... -Volvió a sentarse en su banco, gimiendo. Tomó su copa y bebió. Era una pena que a Billish no le gustara el Exaggerator.

La luz lechosa aumentó. Las avispas del alba ronroneaban alrededor de las flores del albic. En la casa se oyó el crujido de una tabla.

-En alguna parte debe haber un mundo mejor... -dijo Muntras, y se durmió con un veronikano apagado entre los labios.

Ruido de voces. Muntras despertó. Vio que sus hombres se reunían en el patio para recibir su paga. Era de día. Todo estaba en silencio.

Muntras se irguió y se desperezó. Miró por la ventana la forma contraída e inmóvil de Billish sobre el lecho.

-Hoy es el día de los assatassi, muchacho. Lo había olvidado por tu culpa. La marea alta de los monzones. Deberías verlo. Es todo un acontecimiento aquí. Habrá una fiesta esta noche, una gran fiesta.

De la cama brotó una sola palabra, pronunciada a través de unos dientes apretados.

-Fiesta.

Los trabajadores tenían aspecto rudo. Miraban las gastadas piedras del suelo para que su jefe no se ofendiera por haber sido sorprendido mientras dormía. Pero a Muntras eso no le importaba.

-Acercaos. Dentro de poco no seré yo quien os pague. Será el turno del joven Div. Terminaremos pronto, y luego nos prepararemos para la fiesta. ¿Dónde está mi asistente?

Un hombre pequeño, de cuello alto y con el pelo peinado en una dirección opuesta a la de todos los demás, se adelantó deprisa. Traía un gran libro debajo del brazo y le seguía un stallun con una caja fuerte. Pasó entre los trabajadores empujándolos deliberadamente, mientras mantenía la vista fija en su amo, y sus labios se movían como si estuviera calculando ya cuánto se debía pagar a cada hombre. Su llegada hizo que los hombres formaran una hilera para recibir su modesta paga. Bajo esa extraña luz, sus caras parecían carentes de expresión.

-Ahora cobraréis vuestro salario, y luego se lo daréis a vuestras mujeres, o bien os emborracharéis como de costumbre -dijo Muntras. Se dirigía a los hombres que tenía más cerca, entre los cuales sólo veía a trabajadores comunes, y no a sus artesanos principales. Pero bruscamente una mezcla de indignación y piedad se apoderó de él y habló en voz más alta, para que todos pudieran oír-. Vuestras vidas pasan. No os movéis de aquí. No habéis estado en ninguna parte. Conocéis las leyendas de Pegovin; pero ¿habéis estado allí alguna vez? ¿Quién ha estado allí? ¿Quién ha ido a Pegovin?

Se apoyaron contra las piedras redondeadas, murmurando.

-Yo he estado en todo el mundo. Lo he visto todo. He ido hasta Uskutoshk, he visitado la Gran Rueda de Kharnabhar, he visto viejas ciudades en ruinas y vendido baratijas en los bazares de Pannoval y de Oldorando. He hablado con reyes, y con reinas tan hermosas como flores. Todo está al alcance de la mano, esperando al hombre que se atreva. Amigos en todas partes. Hombres y mujeres. Es maravilloso. He gozado de cada momento.

"El mundo es más grande de lo que podréis imaginar nunca, sepultados aquí en Lordryardry.

En este último viaje he conocido a un hombre que ha venido desde otro mundo. Hay otros mundos además de Heliconia. Hay uno que gira alrededor de Heliconia, llamado Avernus: Y hay otros más allá, mundos que se pueden visitar. Como la Tierra, por ejemplo."

Mientras hablaba, el pequeño empleado había colocado sus efectos sobre una mesa, debajo de uno de los albaricoques estériles, y había sacado la llave de la caja fuerte de un bolsillo interior. Y ahora el phagor colocaba la caja fuerte en su lugar, torciendo una oreja mientras lo hacía. Y los hombres se movían hacia la mesa, componiendo una hilera más ordenada al aproximar sus cuerpos. Y otros hombres entraban al patio y se unían al final de la cola, mirando con suspicacia a su jefe. Y así se mantenía el carácter reconfortantemente estructurado del mundo bajo las nubes purpúreas.

-Os digo que hay otros mundos. Usad vuestra imaginación. -Muntras golpeó la mesa.-¿No sentís de vez en cuando el deseo de viajar? Yo lo siento desde muy joven. Y ahora, en mi casa, hay un hombre venido de uno de esos otros mundos. Está enfermo; por eso no puede salir a hablar con vosotros. Podría contaron cosas milagrosas que ocurren muy lejos de aquí.

-¿Bebe Exaggerator ese hombre?

La voz había surgido de la fila de los hombres que aguardaban. Interrumpido en medio de su expansión, Muntras recorrió la hilera con el rostro enrojecido. Nadie sostuvo su mirada.

-Probaré lo que estoy diciendo-gritó Muntras-. Y tendréis que creerme.

Se volvió y entró bruscamente en la casa. Sólo el empleado demostraba alguna impaciencia, repiqueteando con los dedos sobre la mesa. Luego miró a su alrededor, tironeó de su afilada nariz y alzó la vista al pesado cielo.

El Capitán del Hielo corrió hacia Billy, quien permanecía en su lecho, contorsionado e inmóvil. Aferró su muñeca petrificada, y descubrió que el reloj había desaparecido.

-Billish. -Se inclinó sobre él, lo miró, repitió suavemente su nombre. Tocó la piel helada, palpó la carne contraída.- Billish -repitió, pero ahora era una afirmación. Sabía que Billish estaba muerto, y también quién había robado el reloj, aquel cronómetro de tres caras que JandolAnganol tuvo alguna vez en sus manos. Sólo había una persona capaz de hacerlo.

"Ya nunca lo echarás de menos, Billy" -dijo en voz alta.

Se cubrió el rostro con su gran mano y pronunció algo que era una mezcla de plegaria y maldición.

Durante un momento, el Capitán del Hielo miró el cielo raso con la boca abierta. Luego recordó sus obligaciones, fue hasta la ventana e indicó con un gesto a su empleado que comenzara a pagar a los hombres.

Immya y su esposa entraron en la habitación.

-Nuestro Billish ha muerto -dijo Muntras con sencillez.

-Oh, querido, y precisamente el día de los assatassi... -dijo Eivi-. No esperes que lo lamente demasiado.

-Haré que lo lleven al sótano y lo pongan en hielo; mañana, después de la fiesta, lo enterraremos -dijo Immya, observando el cuerpo contraído-. Antes de morir me dijo una cosa que podría contribuir a la ciencia médica.

-Eres una muchacha capaz; ocúpate de él -dijo Muntras-. Podemos enterrarlo mañana, como dices. Un buen entierro. Mientras tanto, iré a ver las redes. La verdad es que me siento muy triste, por si a alguien le importa.

Sin mirar a las locuaces mujeres que suspendían redes de unos palos, el Capitán del Hielo caminó junto al borde del agua. Usaba botas altas y gruesas y tenía las manos metidas en los bolsillos. De tanto en tanto, una iguana negra saltaba contra él como un perro importuno. Muntras la alejaba con la rodilla, sin interés. En las aguas sonoras, las iguanas chapoteaban entre los gruesos haces de algas de color castaño, pataleando a veces para librarse de ellas. En algunos puntos se amontonaban unas encima de otras.

Compartían el melancólico abandono de sus posturas unos cangrejos velludos de doce patas que pululaban por millones. Esos cangrejos devoraban todo fragmento de comida algas o animales marinos- desechado por los reptiles, y a veces también a las iguanas jóvenes. El ruido característico

de la costa de Dimariam era el roce de patas córneas contra escamas; el ritual de la vida humana se desarrollaba sobre el fondo de ese clamor, tan incesante como el ruido de las olas.

El Capitán del Hielo no pensaba en esos saturnianos habitantes de la costa; miraba hacia el mar, más allá de la isla ballenera de Lordry. En el puerto le habían dicho que alguien había robado, durante la noche, una pequeña balandra.

De modo que su hijo se había marchado, llevándose el reloj mágico como talismán, o tal vez para venderlo. Y se había hecho a la vela sin decir adiós.

-¿Por qué lo has hecho? -preguntó Muntras, en voz baja, contemplando el mar púrpura, mortalmente sereno-. Supongo que por la razón habitual que induce al hombre a dejar su hogar. O no podías continuar soportando a tu familia, o bien querías aventuras, lugares extraños, sorpresas, mujeres desconocidas. Pues bien, muchacho: que tengas suerte. Nunca hubieras sido un destacado comerciante en hielo, eso es seguro. Esperemos que no te veas obligado a vender anillos robados para ganarte la vida...

Algunas mujeres, esposas de humildes trabajadores, le advirtieron que se situara detrás de las redes antes de que llegara la marea alta. Las saludó y se alejó del amasijo de cuerpos de iguana.

Immya y Abogado se harían cargo de la compañía. No eran las personas que más le gustaban, pero probablemente dirigirían la empresa mejor que él mismo. Más valía aceptar la situación. De nada servía amargarse. Aunque nunca se había sentido cómodo ante la presencia de su hija, reconocía que era una buena mujer.

Pero acompañaría hasta el fin a un buen amigo; se ocuparía de que BillishOwpin tuviera un decoroso entierro. No porque él o Billish creyeran en ningún dios. Sólo como un homenaje.

-Tenías toda la razón, Billish -murmuró en voz alta-. No has sido ningún tonto.

La Estación Observadora Terrestre no estaba sola en su órbita alrededor de Heliconia, ya que se movía entre escuadrones de satélites auxiliares. La principal misión de éstos consistía en observar sectores del planeta que no podían ser vistos desde el Avernus.

Pero sucedía que éste, dirigiéndose hacia el norte en su órbita circumpolar, se encontraba ahora sobre Lordryardry en el momento del entierro de Billy.

El funeral fue un acontecimiento popular. Lo cierto es que, a causa de la debilidad del ego humano, la muerte de otras personas no deja de producir cierto placer. La melancolía se cuenta entre las emociones más placenteras. Casi todos los tripulantes del Avernus contemplaron la ceremonia; incluso Rose Yi Pin, desde la cama de su nuevo amigo.

El consejero de Billy, con los ojos secos, pronunció una homilía de cien palabras bien medidas acerca de las virtudes de la aceptación de la propia suerte. Este epitafio fue también el epitafio de los movimientos de protesta. Con algún alivio, muchos olvidaron sus difíciles ideas de reformas y volvieron a sus tareas administrativas. Uno de los tripulantes escribió una canción triste acerca de Billy, enterrado tan lejos de su familia.

Había muchos avernianos enterrados en Heliconia: todos los ganadores de la Lotería de Vacaciones. Una pregunta muy repetida a bordo de la Estación Observadora Terrestre era hasta qué punto eso podía alterar la masa del planeta.

En la Tierra, donde el entierro de Billy provocó menos interés, el suceso mereció una observación más imparcial. Todo ser viviente está hecho de materia estelar muerta. Todo ser viviente debe hacer un viaje solitario desde el nivel molecular hasta la autonomía del nacimiento; un viaje que, en el caso de los seres humanos, lleva tres cuartos de un año. El complejo grado de organización requerido para ser una forma superior de vida no se puede sostener eternamente. En cierto momento, las uniones químicas se disuelven, y se retorna a lo inorgánico.

Es lo que había ocurrido con Billy. Lo único que en él era inmortal eran los átomos de que estaba compuesto. Ellos sobrevivían. Nada tenía de extraño que un hombre de origen terrestre fuera sepultado en un planeta situado a un millar de años luz. La Tierra y Heliconia eran vecinas próximas, compuestas de los mismos desechos de las mismas estrellas muertas mucho antes.

El consejero de Billy, ese hombre tan infalible, se equivocaba en un aspecto. Había hablado del largo descanso que aguardaba a Billy, cuando lo cierto era que todo el drama orgánico del que la

Librodot

humanidad formaba parte, se situaba dentro de la gran explosión continua del universo. Desde un punto de vista cósmico, en ninguna parte había descanso ni estabilidad: sólo el incesante movimiento de las partículas y las energías.

XVII
EL VUELO MORTAL

El general Hanra TolramKetinet usaba un sombrero de ala ancha y un viejo pantalón metido dentro de sus botas del ejército, altas hasta la rodilla. Sobre el pecho desnudo traía un espléndido arcabuz nuevo en bandolera, y por encima de su cabeza agitaba una bandera de Borlien. Entró en el mar y se acercó a las naves que llegaban.

Detrás de él, un pequeño ejército lo alentaba con sus gritos. Eran doce hombres conducidos por un teniente joven y capaz: GortorLanstatet. Se encontraban sobre una barra arenosa; a sus espaldas podían verse la jungla y la oscura boca del río Kacol. Su viaje desde Ordelay -y desde la derrota- había concluido; en el Patán de Lordryardry habían atravesado rápidos y también remansos donde la corriente era tan suave que unas plantas tuberosas luchaban como haces de anguilas por alcanzar la superficie, exhalando olor a flores y carroña. Ese olor era la maldición de la jungla.

En ambas márgenes del Kacol la selva se retorcía en forma de nudos y serpientes tan impenetrables como los tentáculos que ascendían desde las profundidades del río. No se veían aquellas cúpulas espaciosas que recorriera el general medio décimo antes, con perfecta seguridad; el río había generado, en el borde de la jungla, densas enredaderas codiciosas de sol. La selva era más baja, como correspondía a la zona de los monzones, y sus pesadas copas no estaban a mucha altura por encima de las cabezas de las tropas de Borlien.

En el punto donde el río vertía sus oscuras aguas en el mar, una fétida niebla matinal se alzaba de la selva cubriendo, risco tras risco, las irregulares terrazas que culminaban en el macizo de Randonan.

La niebla había sido una compañera permanente en su viaje, desde el momento en que, en Ordelay, al obtener la indiscutida posesión del Patán, abrieran las escotillas hallando en el interior los densos vapores del cargamento de hielo. Una vez que los bloques fueron arrojados al agua, los nuevos dueños descubrieron pañoles secretos llenos de arcabuces de Sibornal, envueltos en tela como protección para la humedad. Eran el negocio secreto y privado del capitán del Patán, y el modo en que se recompensaba a sí mismo por los peligrosos viajes que realizaba al servicio de la Compañía de Transporte de Hielo de Lordryardry. Con sus nuevas armas, los borlieneses se habían hecho a la vela en las aguas aceitosas, desapareciendo tras la cortina de humedad característica del Kacol.

Ahora, desde una barra de arena que sobresalía como un aguijón de una pequeña isla rocosa llamada Keevasien ubicada entre el río y el mar, observaban cómo su general se aproximaba a los barcos. Atrás habían quedado el olor, los silencios infestados de insectos, las nieblas, el oscuro túnel verde. El mar los aguardaba, y entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor de la bruma matinal, fijaban la vista en él anhelando el rescate. Y éste no podía ser más oportuno.

El día anterior, después de la puesta de Freyr, mientras Batalix descendía y la jungla era una maraña de contornos inciertos, había buscado un sitio donde fondear entre unas gigantescas raíces rojas como intestinos; sin aviso previo, seis serpientes, ninguna de menos de dos metros y medio de largo, se dejaron caer de las ramas. Eran una especie de serpientes que cazaban juntas, con rudimentaria inteligencia. Nada podía haber aterrorizado más a la tripulación. El timonel, al ver esos seres horribles silbando con furia a su lado, se lanzó por encima de la borda sin reflexionar un instante, sólo para ser destrozado por un greeb que, un segundo antes, parecía un tronco podrido.

Cuando al fin lograron matar a las serpientes, el barco había escorado hasta tal punto que casi rozaba la costa. Mientras intentaban recuperar el control, el timón chocó contra un obstáculo sumergido y se rompió. Intentaron emplear pértigas, pero el río era allí más ancho y profundo, y éstas resultaron inútiles. Cuando entre la bruma apareció la isla Keevasien, no pudieron elegir entre

la rama fluvial de estribor, del lado de Randonan, y la de babor, del lado de Borlien. El Patán fue arrastrado inevitablemente hacia las rocas del extremo norte de la isla; dañado en uno de sus flancos, quedó varado en las aguas bajas. La corriente tironeaba de él y amenazaba llevárselo. Los soldados recogieron parte de su equipo y saltaron a tierra.

Oscurecía. El sonido de las olas al romper semejaba un distante cañoneo. Sus hombres estaban tan atemorizados que TolramKetinet decidió pasar la breve noche en aquel sitio antes de intentar llegar a Keevasien, aunque sabía lo cerca que se hallaban.

Dispuso una guardia. La oscuridad favorecía el subterfugio y la muerte súbita. Insectos pequeños, con grandes órganos luminosos, se ocupaban de sus asuntos; terribles mariposas de ojos ciegos batían sus alas; las pupilas de las fieras salvajes refulgían como ascuas; y todo el tiempo el pesado rumor de los dos brazos del río, que confluían formando fosforescentes arabescos, se abría paso, gimiendo, hacia los sueños de los hombres.

Freyr se elevó entre las nubes. Los hombres despertaron y se pusieron de pie, rascándose las picaduras de mosquito que cubrían sus cuerpos. TolramKetinet y GortorLanstatet los impulsaron a actuar. Trepando al rocoso espinazo de la isla, pudieron ver, más allá del brazo oeste del río, el mar abierto y la costa de Borlien. Allí, protegido del mar por los boscosos farallones, se encontraba el puerto de Keevasien, la ciudad más occidental de su tierra nativa de Borlien, y cuna en un tiempo del legendario sabio YarapRombry.

Durante un rato, el tinte morado de la luz les ocultó la verdad; miraron los techos derrumbados y los muros ennegrecidos y luego exclamaron, casi al unísono:

-¡Está destruida!

Grupos de phagors, habitantes de la región de los monzones, solían trocar su volumunwun con las tropas de Randonan. El gran espíritu había hablado a las tribus. Éstas habían capturado a Otros en los árboles; los habían atado a sillas de caña, y luego habían atravesado la jungla para incendiar el puerto. Nada había escapado a las llamas. No había señales de vida, aparte de algunas aves melancólicas. La guerra continuaba; los hombres no podían dejar de ser, al mismo tiempo, agentes y víctimas.

En silencio se dirigieron hacia el sur de la isla, descendiendo a una barra de arena para evitar la espinosa vegetación del interior.

Ante ellos estaba el mar, teñido de castaño en la desembocadura del Kacol y abriéndose luego, azul. Largas olas rompían contra la empinada playa en blancos relámpagos de espuma. Hacia el este se hallaba Poorich, una gran isla que separaba el Mar de las Agudas y el Mar de Narmosset. Cuatro naves giraban en torno a Poorich; dos carracas y dos carabelas.

Tomando una bandera borlienesa que había encontrado en un pañol del Patán, TolramKetinet se lanzó a su encuentro a través de la espuma.

Dienu Pasharatid estaba de guardia en el Amistad Dorada, mientras ésta exploraba la desembocadura del Kacol en busca de un fondeadero seguro. Sus manos se apretaron con fuerza contra la borda; fue el único signo del júbilo que sintió, una vez dejada atrás la isla Poorich, al ver la costa de Borlien.

Habían recorrido seis mil millas marinas desde el agradable puerto cercano al cabo Findowel donde repararan las naves. En el ínterin, Dienu había comulgado con Dios el Azoiáxico; la ilimitada extensión del océano la acercaba más que nunca a su presencia. Se decía que su relación con Io, su marido, había terminado. Con el frío estilo de Sibornal, sin demostrar resentimiento había hecho que lo trasladaran al Unión, para no tener necesidad de verlo; otra vez era libre de gozar de la vida y de su dios.

¿Por qué, a pesar de la hermosa brisa, del cielo y del mar, y precisamente mientras trataba de alegrarse, se sentía invadida por la melancolía? No era posible que fuera porque estaba celosa de la relación que había crecido -como la cizaña, se decía, como la cizaña- entre su Monja Almirante y el ex canciller de Borlien. Ni porque sintiera algún rescoldo de su afecto por Io. “Recuerda el invierno”, se dijo, usando una expresión Uskuti que significaba “refrena tus esperanzas”.

Incluso el vínculo que la unía con el Azoiáxico, y que ella era incapaz de romper, resultaba

desconcertante. Parecía que en el corazón del Azoiáxico no había lugar para Dienu Pasharatid. No importaba cuán virtuosa y circunspecta fuera la conducta de Dienu, él se mostraba inconmovible.

Al menos en ese aspecto, el Residente, el Señor de la Iglesia de la Paz Formidable, se había revelado terriblemente parecido a Io Pasharatid. Y durante todo el trayecto esa idea no la había abandonado un solo instante. Cualquier cosa era bien venida si lograba distraerla. Por eso fue que, cuando apareció la costa de Borlien, se apartó con energía del timón y ordenó al corneta que tocara "Buenas noticias".

Enseguida las bordas de las cuatro naves se llenaron de soldados, deseosos de mirar por primera vez la tierra que planeaban invadir y subyugar.

SartoriIrvrash fue de los últimos que acudieron a cubierta. Permaneció un momento al viento, sacudiendo sus ropas y respirando profundamente para disipar el olor a phagor. La hembra phagor ya no estaba, sólo quedaban su olor amargo y un fragmento de conocimiento.

Después de salir de Findowel, el Amistad Dorada había navegado hacia el sudeste a través del golfo de Ponipot y de los estrechos de Cadmer, angostos brazos de mar entre Campannlat y Hespagorat. Las leyendas hablaban de esta tierra. Algunas afirmaban que los seres humanos habían aparecido en ellas; otras, que allí el lenguaje había sido utilizado por primera vez. Esa era Ponipot, la Ponpt de los cuentos de hadas que leía la pequeña Tatro, una región casi inhabitada que miraba hacia el poniente de los dos soles, con viejas ciudades cuyos nombres aún podían conmover los corazones de los hombres: Powachet, Prowash, y Gal-Dundar, sobre el helado río Aza.

Más allá de Ponipot, junto al calmo mar que hallaron bajo el rocoso espinazo de Radado, se hallaba un desierto alto, el espolón sur de las Barreras, donde se afirmaba que vivían menos de un millón de seres humanos -en tanto que en la vecina Randonan residían tres millones y cuarto-, es decir, muchos menos humanos que phagors, ya que Radado era el extremo occidental de una gran ruta migratoria de la raza de dos filos, que atravesaba íntegramente Campannlat. Radado era la "última Thule" adonde llegaban los phagors en el verano de cada Gran Año, para cumplir sus incomprensibles rituales, para sentarse inmóviles en el suelo a mirar, a través de los estrechos de Cadmer, hacia Hespagorat y hacia un destino que otras formas de vida desconocían.

En esos largos días a bordo de la nave detenida SartoriIrvrash se había sentido feliz. Había huido de sus estudios para participar del ancho mundo. Durante la medialuz gozaba de largas conversaciones intelectuales con la Monja Almirante, Odi Jeseratabahr. Se habían vuelto íntimos. El lenguaje de ella, antes tan complejo, se había simplificado volviéndose menos formal. La involuntaria proximidad de sus pequeños camarotes era ahora algo deseado y atesorado. SartoriIrvrash y Odi Jeseratabahr se habían convertido en una discreta pareja de amantes; y el viaje en torno al Continente Salvaje lo era también en torno a sus almas.

Sentados en la cubierta durante esos días de sosiego encantador, el borlienés y la Uskuti contemplaban el mar casi inmóvil. En el fondo flotaban como en una nebulosa las tierras altas de Radado. A babor, más cerca, se encontraba la isla Gleeat. A estribor, otras tres islas -picos de montañas sumergidas- parecían descansar sobre el seno del agua.

Odi Jeseratabahr señaló hacia allí.

-Casi puedo imaginar la costa de Hespagorat, y en particular el territorio de Throssa. A nuestro alrededor están las pruebas de que en un tiempo Hespagorat y Campannlat estaban unidas por un puente de tierra destruido por algún cataclismo. ¿Qué piensas, Sartori?

Él estudiaba la giba de la isla Gleeat.

-Si damos crédito a las leyendas, los phagors aparecieron en Pegovin, una zona distante de Hespagorat donde viven los phagors negros. Tal vez los phagors de Campannlat migran a Radado porque aún esperan recuperar el antiguo puente que conducía a su tierra natal.

-¿Has visto alguna vez un phagor negro en Borlien?

-Uno cautivo. -Aspiró el humo de su veronikano.- En los continentes hay distintas clases de animales. Si hubo alguna vez un puente, deberíamos encontrar en la costa de Radado las iguanas de Hespagorat. ¿Las hay allí, Odi?

-Creo que no. Tal vez los seres humanos las hayan matado; Radado es un lugar estéril y todo sirve como comida... -Odi agregó, con brusca inspiración:- ¿Y por qué no en Gleeat? Mientras dure

la calma, tenemos tiempo libre y podríamos aprovecharlo para aumentar los conocimientos humanos. Iremos hasta allí en bote y veremos qué encontramos.

-¿Podríamos hacerlo?

-Si yo te lo digo...

-¿Recuerdas lo que nos ocurrió en la bahía de la Persecución?

-Tú pensabas que yo estaba loca.

-Creo que estás loca ahora.

Ambos echaron a reír, y ella tomó de la mano.

La Monja Almirante llamó a un subalterno. Éste dio órdenes a los esclavos. Bajaron el bote. Odi Jeseratabahr y SartoriIrvrash subieron a bordo. Los remeros los llevaron a la isla, atravesando dos millas de un mar de cristal. Iban con ellos doce soldados armados, felices de abandonar el odiado encierro del barco.

La isla Gleeat, roncha diminuta en el pecho del mar, tenía cinco millas de este a oeste, y algo más de norte a sur. El bote quedó en una empinada playa en el sudeste. Se dejó allí una guardia, y el resto de la expedición inició la marcha:

Había iguanas echadas al sol sobre las rocas. No parecían temer a los seres humanos; los soldados mataron algunas con lanzas para llevarlas al barco como una bienvenida adición a la dieta. Eran pequeñas en comparación con las gigantescas iguanas negras de Hespagorat. Rara vez medían más de un metro, y medio. También los cangrejos que vivían entre ellas eran pequeños, y tenían sólo ocho patas.

Mientras SartoriIrvrash y Odi Jeseratabahr buscaban huevos de iguana entre las rocas, el grupo sufrió un ataque. Cuatro phagors armados con lanzas cayeron sobre ellos. Eran bestias salvajes; bajo el pelaje desgarrado se podían ver sus costillas.

Con la sorpresa de su parte, lograron matar a dos soldados, empujándolos al mar. Pero los demás hombres se lanzaron al combate. Las iguanas se dispersaron, se alzaron chillando las gaviotas, y tras una breve persecución cesó la lucha. Los phagors murieron, salvo una gillot a quien Odi Jeseratabahr perdonó la vida.

La gillot era de mayor tamaño que sus compañeros, y estaba cubierta de un denso pelaje negro. Con los brazos fuertemente atados a la espalda fue conducida hasta el Amistad Dorada.

Cuando estuvieron a solas Odi y Sartori se abrazaron, felicitándose por haber confirmado la verdad de la antigua leyenda sobre el puente de tierra. Y por sobrevivir.

Un día más tarde, empezaron a soplar los monzones y la flota continuó su avance hacia el este. A babor se veía la costa de Randonan en todo su salvaje esplendor; pero SartoriIrvrash pasaba la mayor parte del tiempo debajo de la cubierta, estudiando a la cautiva, a quien llamaba Gleeat.

Gleeat sólo hablaba un dialecto del Nativo.

Como SartoriIrvrash no conocía este idioma, y ni siquiera Hurdhu, debía valerse de un intérprete. Odi descendió al oscuro cubículo, y al ver lo que el ex canciller estaba haciendo se echó a reír.

-¿Cómo puedes preocuparte por esta maloliente criatura? Hemos demostrado que Radado y Throssa han estado antes unidos. Dios el Azoiáxico se ha puesto de nuestra parte. Esa pequeña colonia de iguanas de la isla Gleeat pertenece a una especie inferior, aislada del conjunto principal de las iguanas del continente sur. Probablemente esta criatura, que vive entre los phagors blancos, representa alguna forma de supervivencia de la especie negra de Hespagorat-Pegovin. Sin duda están extinguiéndose en esa pequeña isla.

Él movió la cabeza. Admiraba la sagacidad de Odi, pero advertía que llegaba a conclusiones demasiado apresuradas.

-Ella afirma que su gente llegó en un barco que naufragó en Gleeat durante uno de los primeros monzones.

-Eso es evidentemente una mentira. Los phagors no navegan. Odian el agua.

-Dice que eran esclavos en una galera de Throssa.

Odi le acarició el hombro.

-Oye, Sartori; creo que para demostrar que los dos continentes estaban unidos bastaba con

mirar las viejas cartas en la sala de los mapas. En la costa de Radado está Purporian, y en la costa de Throssa hay un puerto llamado Popevin. "Pop" significa "puente" en Olonets puro; y "Pup" o "Pu" lo mismo en Olonets local. El pasado está encerrado en el

lenguaje, si se sabe cómo mirar.

Aunque ella reía, a él le fastidiaba su pedantería sibornalesa.

-Si te molesta el olor, querida, lo mejor será que regreses a cubierta.

-Pronto llegaremos a Keevasien. Una ciudad costera. Como sabes, “ass” o “as” es en Olonets puro “mar”; el equivalente de “ash” en Pontpiano. -Con ese último estallido de sabiduría, se marchó sonriendo.

Al día siguiente SartoriIrvrash se sorprendió al descubrir que Gleeat estaba herida. Había un charco de sangre dorada en el puente donde la habían dejado. Interrogó a la gillot valiéndose del intérprete, pero no pudo advertir ningún rastro de emoción en sus respuestas.

-Dice que está entrando en celo. Acaba de tener su período menstrual. -Al ser de rango inferior el intérprete no hizo ningún comentario, aunque no pudo disimular su disgusto.

SartoriIrvrash había sentido siempre tal aversión hacia los phagors -sentimiento que ahora ya no existía, como tantas otras cosas de su vida pasada-, que jamás se había preocupado por su historia ni por aprender su lengua. Dejaba eso para JandolAnganol, con su perversa confianza en esas criaturas. Sin embargo, los hábitos sexuales de los phagors eran tema favorito de chistes procaces incluso entre los chicos de las calles de Matrassyl, y él recordaba que las hembras phagor, ni bestias ni humanas, solían tener un flujo menstrual de un día como preludio a su época de celo. Tal vez fuera el recuerdo de esas antiguas bromas lo que le hizo pensar que su cautiva tenía en ese momento un olor aún más acre. -SartoriIrvrash se rascó la mejilla.

-¿Cuál es la palabra que ha usado para menstruación? ¿La palabra en Nativo?

-Es "tennhrr" en su lengua. ¿Debo pedir que la limpien con una manguera?

-Pregúntale con qué frecuencia entra en celo.

La gillot, que continuaba atada, no respondió hasta que la sacudieron. Su larga milt rosada chasqueó en una de las ventanas de su nariz. Finalmente dijo que tenían diez períodos cada año pequeño. SartoriIrvrash asintió y salió a la cubierta, buscando aire puro. Pobre criatura, pensó; es una pena que no podamos vivir todos en paz... El dilema entre los humanos y los phagors deberá resolverse tarde o temprano. Cuando él ya estuviera muerto.

Navegaron por delante del monzón toda esa noche, el día y la noche siguientes. Por momentos la lluvia era tan violenta que los tripulantes del Amistad Dorada no podían ver a las otras naves. Los estrechos de Cadmer quedaron atrás. El gris Narmosset los rodeaba por todas partes, con sus olas teñidas por largas lenguas blancas. El mundo era líquido.

Durante la quinta noche una tormenta cayó sobre ellos, y el barco escoró hasta que las puntas de los palos casi tocaron el agua. Los naranjos y acebos que crecían en la cubierta inferior cayeron por la borda, y muchos temieron que la nave naufragara. Los supersticiosos marineros pidieron al capitán que echara al agua a la cautiva ya que los phagors siempre traían mala suerte a bordo. El capitán no puso objeciones. Había probado casi todo lo demás.

Aunque era muy tarde SartoriIrvrash estaba despierto. La tormenta le impedía dormir. Protestó contra la decisión del capitán. Nadie estaba dispuesto a escuchar sus argumentos; era un extranjero, y él mismo corría peligro de ser arrojado al mar. Se escondió mientras arrancaban a Gleeat de su sucia celda y la empujaban a las furiosas aguas.

Una hora más tarde, el viento amainó. A la hora de la falsa luz, cuando ya se podía distinguir Poorich al frente, sólo quedaba una fresca brisa. Al alba aparecieron los otros tres barcos, milagrosamente intactos y no demasiado lejos; Dios el Azoiáxico era magnánimo. A través de la morada bruma de la costa pronto pudieron ver la boca del Kacol, donde estaba Keevasien.

En el horizonte había una oscuridad anormal. El mar hervía de delfines que nadaban a flor de agua. En lo alto giraban enormes bandadas de aves. No gritaban, pero el batir de sus alas sonaba como una lluvia seca. Mientras describían círculos sin cesar, las notas de “Buena fortuna” rodaban desde las naves hasta la costa.

Librodot

Cuando cesó el viento, la jarcia floja azotó los mástiles. Las cuatro naves se reunieron mientras se acercaban a la costa.

Dienu examinó con su catalejo una franja costera de la isla, visible entre las rompientes. Vio hombres de pie; contó una docena. Uno se adelantaba. Durante los días del monzón, habían bordeado las costas de Randonan; aquí comenzaba Borlien. Territorio enemigo. Era importante que no llegasen a Ottassol las noticias de la flota. La sorpresa era muy importante, en ésta como en la mayoría de las empresas bélicas.

La luz mejoraba momento a momento. El Amistad Dorada intercambió señales con el Unión, el Buena Esperanza y la carabela blanca, la Plegaria de Vajabahr, alertándolas del peligro.

Un hombre con un sombrero de ala ancha avanzaba con el agua a media pierna. Más tarde, en la desembocadura del río, se podía ver el casco semioculto de un barco. Siempre existía la posibilidad de caer en una emboscada; demasiado cerca de la costa, si perdían el viento quedarían atrapados. Dienu estaba en el puente, tensa. Por un momento deseó que su infiel Io estuviese junto a ella; era tan rápido para tomar decisiones...

El hombre de la playa desplegó una bandera. Aparecieron los colores de Borlien.

Dienu llamó a los artilleros.

La distancia entre el barco y la costa disminuía. El hombre de la playa se había detenido con el agua en los muslos. Agitaba con seguridad la bandera. Esos locos borlieneses...

Dienu impartió órdenes al capitán de artilleros. El hombre saludó, descendió la escalerilla e instruyó a su gente. Operaban en pares; uno sostenía el cañón del arma, y otro apuntaba.

-¡Fuego! -gritó el capitán de artilleros. Hubo una pausa, y luego una salva de disparos.

Y así empezó la batalla de la barra de arena de Keevasien.

El Amistad Dorada estaba lo bastante cerca para que Hanra TolramKetinet pudiese distinguir los rostros de los soldados acodados sobre la borda. Vio que los artilleros dirigían sus armas hacia él.

Las insignias de las velas revelaban que se trataba de naves sibornalesas, sorprendentemente lejos del hogar. Se preguntó si el oportunista de su rey habría logrado un tratado con Sibornal para conseguir que le ayudaran en las Guerras Occidentales. No tenía motivos para considerar que eran hostiles, hasta que alzaron las armas.

El Amistad giró para ofrecer a sus artilleros la mejor posición de fuego. TolramKetinet calculó que el desplazamiento del barco no le permitiría acercarse más. A su izquierda, el Unión se adelantaba a la nave insignia, demasiado próximo a la punta oriental de la isla Keevasien. Oyó órdenes y vio que achicaba sus velas.

Las dos naves menores, que estaban cerca de la costa de Randonan, se encontraban a su derecha. El Buena Esperanza todavía luchaba contra la corriente oscura del brazo oeste del Kacol; la blanca Plegaria de Vajabahr ya había pasado. En todas las naves podía ver el brillo de los arcabuces apuntándole, excepto a bordo del Buena Esperanza.

Oyó que el capitán de artilleros daba orden de disparar. TolramKetinet dejó caer la bandera, giró, y zambulléndose en el agua comenzó a nadar hacia la barra de arena.

GortorLanstatet ya estaba cubriendo su retirada. Había colocado a sus hombres detrás de una pequeña elevación y dirigía la mitad de su potencia de fuego contra la nave insignia, y la otra mitad contra la carabela blanca. Esta última se acercaba rápidamente.

El teniente tenía a su lado un buen ballestero; le indicó que preparara un dardo cargado con pez ardiente.

Los proyectiles de plomo chasqueaban contra el agua en torno del general, que nadaba sumergido, saliendo a tomar aire la menor cantidad de veces que le era posible. Sabía que estaba rodeado de delfines, pero éstos no interferían en sus movimientos.

Bruscamente el fuego cesó. El general emergió a la superficie y miró hacia atrás. La carabela blanca que llevaba el jerograma de la Gran Rueda en sus velas se había interpuesto imprudentemente entre él y el Amistad Dorada. Los soldados de Shiveninki, apretujados en el castillito de proa, se disponían a disparar.

Las olas rompían contra él. La playa era demasiado empinada. TolramKetinet aferró una raíz y

se izó entre los arbustos, arrastrándose unos metros hasta ponerse a cubierto; luego se dejó caer, el rostro contra la arena oscura, respirando agitadamente. Estaba ileso.

Ante su mirada interior se alzó el recuerdo del hermoso rostro de MyrdemInggala. Lareina hablaba con gravedad. Él recordó cómo se movían sus labios. Era un sobreviviente. Vencería por ella.

No era muy listo, en verdad. No debieron nombrarlo general. No poseía la capacidad natural de mando que tenía Lanstatet. Pero...

Desde que recibiera el mensaje de la reina de reinas en Ordelay -era la primera vez que ella se dirigía a él a nivel personal, aunque fuera por escrito- había pensado en la intención de JandolAnganol de divorciarse. TolramKetinet temía al rey. Su lealtad al trono estaba dividida. Aunque comprendía la conveniencia dinástica de la acción del monarca, esa decisión real alteraba los sentimientos de TolramKetinet. Se dijo, incluso, que era una traición el afecto que sentía por la reina. Pero si ella estaba en el exilio, las cosas eran diferentes; ya no se trataba de una traición. Y no debía lealtad al rey, quien sólo por celos lo había enviado a morir en la jungla de Randonan.

Se puso otra vez en pie y corrió hacia la zona defendida por GortorLanstatet.

Los soldados celebraron su llegada. Él los abrazó sin perder de vista el mar.

En un instante, la situación había cambiado en varios aspectos dramáticos. El Amistad Dorada, después de arriar las velas, echaba sus anclas. Se hallaba a unos doscientos metros de la costa. Un dardo encendido lanzado con buena fortuna por la ballesta había incendiado parte del bauprés y de la proa. Mientras los marineros combatían el fuego, dos botes se alejaban de la nave; al mando de uno de esos botes -aunque la información nada habría dicho a TolramKetinet- iba la Monja Almirante Odi Jeseratabahr, de pie en la proa. SartoriIrvrash había insistido en acompañarla, y permanecía sentado, de un modo más bien ignominioso, a sus pies.

El Unión también había encallado, y sus tropas, vadeando las aguas someras, se dirigían a la playa. Algo más cerca, la Plegaria de Vajabahr estaba clavada en los bajos con el velamen flojo, mientras un bote repleto de soldados bogaba torpemente hacia la costa. Ese bote era el blanco más cercano, y el fuego de los arcabuces le estaba causando no pocos daños.

Sólo el Buena Esperanza permanecía en su posición. Sorprendido por la corriente del Kacol, tenía todas las velas desplegadas apuntando hacia la isla Keevasien, pero sin contribuir de ningún modo a la batalla.

-Deben de creer que se están enfrentando a toda la guarnición de Keevasien -dijo GortorLanstatet.

-Por cierto que necesitaríamos esa guarnición. Si nos quedamos aquí, acabarán con nosotros.

Trece hombres mal armados no podían defenderse contra cuatro botes de soldados equipados con arcabuces de rueda.

En ese momento el mar se abrió y cayó la lluvia de assatassi.

Desde un confín al otro del Mar de las Águilas los assatassi se lanzaron como flechas desde el agua hacia la costa.

Los pescadores dedicaban ese día y el siguiente a la celebración y el festín. Sólo ocurría una vez, al comienzo de cada verano durante el Gran Verano, en el momento de la marea alta. En Lordryardry estaban listas las redes, y en Ottassol las telas enceradas permanecían extendidas. En Gravabagalinien, los delfines habían advertido a la reina que se mantuviera alejada de la peligrosa costa. Lo que era abundancia para los entendidos era una lluvia de muerte para los ignorantes.

Los cardúmenes de assatassi se desplazaban desde el centro del océano hacia las costas. Sus migraciones durante el Gran Verano cubrían todo el globo. Sus terrenos de caza se encontraban en las lejanas aguas del Mar Ardiente, que ningún hombre había visitado. Al llegar a la madurez, los assatassi iniciaban su largo viaje hacia el este, en dirección contraria a las corrientes oceánicas. Atravesaban el mar de Climent y las angostas puertas de los estrechos de Cadmer.

Allí los cardúmenes se aproximaban entre sí. Esta forzada convivencia, junto con el principio de los monzones en el mar de Narmosset, provocaba un cambio en su comportamiento. Lo que había sido un viaje largo y sosegado, sin finalidad aparente, se convertía luego en una carrera que había de terminar en el vuelo mortal.

Pero para que se cumpliera ese vuelo, esa muerte deseada a lo largo de miles de millas de costa, era necesario aún otro factor. La marea debía ser la adecuada.

Durante los siglos del invierno, los mares no carecían precisamente de mareas. Después de los negros años del apastron, la gigantesca masa de Freyr hacía sentir su influencia, atrayendo el planeta helado hacia la luz, y conmoviendo también sus mares. Ahora, a sólo 118 años terrestres del periastron, su atracción de la masa oceánica era muy considerable. Y en este preciso momento, las masas combinadas de Freyr y Batalix actuaban de manera conjunta. El resultado era un incremento del sesenta por ciento, con respecto al invierno, en la violencia de las mareas.

La estrechez de los mares entre Hespagorat y Campannlat y la potencia de las corrientes hacia el oeste conspiraban para que las mareas de primavera ascendieran y rompieran súbitamente con dramática ferocidad. Los cardúmenes de assatassi se unían a esa fabulosa marejada.

Las naves de la flota sibornalesa se encontraron de pronto sin agua bajo los cascos, y luego sacudidas por una marea que se precipitaba sin aviso desde el mar. Antes de que los tripulantes pudieran comprender lo que ocurría, los assatassi estaban sobre ellos. El vuelo mortal había comenzado.

El assatassi era un pez necrogenético, o más correctamente, un pez-lagarto. En su madurez alcanzaba una longitud de cuarenta y cinco centímetros. Poseía dos grandes ojos facetados; pero su rasgo distintivo era un rígido pico de hueso, unido a su fuerte cráneo. En su vuelo mortal, el assatassi alcanzaba suficiente velocidad para que ese pico atravesara el cuerpo de un hombre.

En Keevasien, los assatassi surgieron de la superficie a unos cien metros, mar adentro, del Amistad Dorada. Su masa llenaba el aire hasta tal punto, que aquellos que volaban a quince metros de altura y los que casi rozaban el agua componían un solo cuerpo de veloces peces-lagarto. Brillaban como miríadas de espadas. El aire mismo era una espada.

La nave insignia fue barrida de proa a popa. Nadie quedó indemne en la cubierta. La banda del barco que miraba hacia el mar estaba cubierta de criaturas que colgaban de sus picos hundidos en la madera. Pero los botes llevaron la peor parte. Con sus tablas deshechas, los cuatro se hundieron. Todos los soldados sufrieron heridas, y muchos murieron. Sus gritos de dolor fueron tragados por los chillidos de las aves marinas que descendían en busca de alimento.

La primera oleada de assatassi duró dos minutos.

Sólo los hombres de TolramKetinet resultaron ilesos. Un fuerte oleaje había caído sobre ellos, de modo que aún estaban postrados y semiinconscientes mientras los assatassi pasaban por encima.

Cuando cesó el bombardeo, sólo vieron caos alrededor de ellos. Los sibornaleses se debatían en el agua, mientras se acercaban grandes peces de presa. El Buena Esperanza parecía derivar hacia el mar, con el palo mayor destrozado. El fuego de los mástiles del Amistad Dorada se extendía sin control. Los árboles y rocas de la vecindad estaban cubiertos de cuerpos desgarrados de peces. Muchos assatassi aparecían clavados por sus picos en lo alto de las ramas y los troncos de los árboles, o encajados en inaccesibles grietas de las rocas. El vuelo mortal había llevado a muchos de ellos tierra adentro. Las sombrías junglas de la desembocadura del Kacol estaban cubiertas de peces-lagarto que se pudrirían antes de la puesta de Batalix.

Lejos de tratarse de una morbosa fantasía, la conducta de los assatassi era una prueba de la versatilidad con que se perpetuaban las especies. Aunque en otros aspectos muy distintos, al igual que el yelk, el biyelk y el gunnadu, que cubrían en invierno las heladas llanuras de Campannlat, los assatassi eran necrógenos y sólo se reproducían a través de la muerte.

Los assatassi eran hermafroditas. Demasiado rudimentarios para estar equipados con un aparato normal de reproducción, se multiplicaban muriendo. Sus crías nacían en sus intestinos, en la forma de gusanos delgados como hebras. Cuidadosamente protegidas, sobrevivían al impacto del vuelo mortal y se alimentaban del cadáver.

Comiendo se habrían paso hasta el mundo exterior. Allí se metamorfoseaban en unas larvas con patas, muy parecidas a las iguanas en miniatura. En el otoño del año pequeño, esas iguanas en miniatura, que hasta ese momento eran animales de tierra, retornaban al gran mar original, en el cual se hundían sin dejar huella, como granos de arena, para reiniciar el ciclo vital de los assatassi.

Tan asombroso había sido el brusco giro de los acontecimientos que TolramKetinet y Lanstatet

se pusieron de pie para mirar a su alrededor. La inmensa ola que invadiera la costa, había sido el preludio de una marea creciente que ponía en dificultades a los sibornaleses que intentaban llegar a la orilla.

La primera ola había subido por el Kacol, cuyas aguas regresaban ahora, trayendo negros lodos que manchaban el mar. A la izquierda de TolramKetinet un ominoso torrente de cadáveres salía por la desembocadura del río, acompañado por chillonas aves marinas. El general pensó que los muertos de Keevasien estaban a punto de encontrar sepultura.

La ola había volcado el bote del Amistad Dorada. Aquellos que no permanecieron sumergidos bastante tiempo, sufrieron las consecuencias de la nube de peces-lagarto.

SartoriIrvrash se encontró en el agua debatiéndose entre los heridos. Vio a Odi Jeseratabahr. Tenía una mejilla lastimada, y un pez-lagarto estaba clavado en la parte posterior de su cuello. Las gaviotas depredadoras atacaban a los heridos. Él estaba ileso. Se dirigió hacia Odi, la alzó en sus brazos, y comenzó a avanzar hacia la costa. El agua era cada vez más profunda.

Fijó la mirada en el assatassi clavado en el cuello de la mujer; en los grandes ojos facetados del pez aún brillaba la vida.

-¿Cómo puede la humanidad defenderse de la naturaleza cuando ésta cae sobre ella como un diluvio indiferente a lo que arrastra? -se preguntó-. ¡De poco sirves, Akhanaba, maldito hrattock!

Apenas podía sostener sobre su cuerpo la cabeza de la desvanecida Odi. A pocos metros había una playa, pero el agua no dejaba de crecer. Gritó de miedo y entonces vio a un hombre que se parecía al general tan odiado por JandolAnganol, TolramKetinet.

TolramKetinet y GortorLanstatet contemplaban la Plegaria de Vajabahr situada muy cerca a la derecha de ellos. La ola la había arrojado a la playa, pero la violenta correntada del Kacol la había devuelto al mar. Aparte de los assatassi que acribillaban su flanco de estribor, estaba en buenas condiciones. La tripulación, totalmente desmoralizada, se arrojaba a la costa y corría hacia los árboles en busca de protección.

-Ese barco nos está esperando, Gortor. ¿Qué te parece?

-No soy un marino, pero la brisa se levanta.

El general encaró a sus doce hombres.

-Mis valientes y bravos camaradas, si a uno solo de vosotros le hubiese faltado un momento el coraje, todos habríamos perecido. Ahora sólo necesitamos una última hazaña para estar seguros. Nadie puede ayudarnos en Keevasien, de modo que lo mejor será navegar junto a la costa. Tomaremos prestada esa carabela blanca. Es un regalo, aunque tal vez haya que pelear por ella. ¡Preparad las espadas y seguidme!

Mientras corrían hacia la ribera, TolramKetinet estuvo a punto de chocar contra un hombre que salía del agua con una mujer en los brazos. El hombre pronunció su nombre.

-¡Hanra! ¡Auxilio!

Vio con sorpresa que se trataba del canciller de Borlien. Otra víctima de JandolAnganol, pensó.

Se detuvieron. Lanstatet ayudó a SartoriIrvrash, y dos de sus hombres sostuvieron a la mujer, que gemía, recobrando la conciencia. Todos se lanzaron hacia la Plegaria de Vajabahr.

Los tripulantes y soldados del barco de Shiveninki habían sufrido bajas. Había varios muertos, la mayoría de los heridos estaba en la costa. Las aves marinas devoraban a los peces-lagarto atrapados en las jarcias. Sólo quedaba un puñado de soldados con sus oficiales en condiciones de combatir. Pero el grupo de TolramKetinet trepó por la banda que daba al mar y los tomó por sorpresa. Casi no opusieron resistencia. Después de un desganado conato, se rindieron, y fueron obligados a saltar a tierra. GortorLanstatet descendió con tres hombres para alejar a cualquiera que se hubiese ocultado en las inmediaciones. A los siete minutos del abordaje, estaban listos para partir.

Ocho hombres empujaron mar adentro la embarcación. Lentamente giró y las velas se hincharon, a pesar de los desgarrones causados por los assatassi.

-¡Vamos! ¡Vamos! -gritaba TolramKetinet desde el puente.

-Odio los barcos -gritó GortorLanstatet. Luego cayó de rodillas y rezó, con las manos sobre la cabeza. Hubo una explosión y una brusca lluvia se abatió sobre ellos.

El abordaje había sido visto desde el Amistad Dorada. Un artillero disparaba uno de los cañones desde unos doscientos metros de distancia.

Mientras la Plegaria, a la velocidad de un hombre andando, salía del amparo de la jungla, recibió una brisa más sostenida. Sin necesidad de órdenes, dos borlieneses prepararon uno de los cañones de cubierta. Dispararon una vez contra el Amistad Dorada; luego, el ángulo entre ambas naves se tornó tan agudo que resultó imposible poner en posición el cañón de cubierta para apuntar a la nave insignia.

Los hombres de esta última se enfrentaban con el mismo problema. Hicieron fuego pero la bala se perdió entre la vegetación; no volvieron a disparar. Los ocho hombres que permanecían en el agua treparon por la jarcia de cubierta, aplaudiendo mientras la Plegaria ganaba impulso.

El follaje de la isla se deslizaba a babor. Aves de presa atacaban los árboles, devorando a los assatassi, rodeados por nubes de tábanos y abejas que zumbaban ferozmente. La Plegaria estaba a punto de pasar junto al barco Uskuti, el Unión, cuya proa aún apuntaba a tierra.

-¿Podéis volarla mientras pasamos? -gritó GortorLanstatet a los artilleros.

Éstos corrieron a babor, abrieron el mandilete y cargaron el pesado cañón. Pero la nave iba a demasiada Velocidad, y no pudieron terminar a tiempo su tarea.

El caído en desgracia, Io Pasharatid, estaba entre los soldados y marineros del Unión que abandonaron el barco huyendo del vuelo mortal de los assatassi. Había sido el primero. Su deserción se debía más al cálculo que al temor.

Era el único, en la flota sibornalesa, que conocía Keevasien. La había visitado durante su recorrida por el país cuando asumió el cargo de embajador ante la corte de Borlien. No le agradaba el lugar, pero pensaba que podría comprar allí algo para mitigar el aburrimiento de las raciones que se servían en la nave. Su cálculo era que si desaparecía durante un par de horas mientras duraba el pánico general, nadie lo advertiría.

Cuando vio las ruinas incendiadas de la ciudad cambió de idea. Regresó al escenario de la acción a tiempo para ver huir, junto a su propio barco, a la Plegaria de Vajabahr con el favorito de la reina de reinas, Hanra TolramKetinet, de pie en el puente.

Io Pasharatid no se interesaba exclusivamente por sí mismo, aunque los celos motivaron en parte su actitud. Corrió a reunir a los hombres agazapados entre los arbustos, llevándolos de vuelta al Unión, al cual la ola había depositado sin daños sobre la playa.

Después de maniobrar con los remos, y con la ayuda de la marea, lograron desencallar la nave. Izaron las velas y, lentamente, la proa giró hacia el mar abierto.

Se hicieron señales con las banderas, informando que el Unión se lanzaba en persecución de la nave pirata. Las señales estaban destinadas a los ojos de Dienu Pasharatid, a bordo del Amistad Dorada, pero ella no volvería a leer otra señal. Su muerte había sido una de las primeras que ocasionara el vuelo mortal de los assatassi.

Sólo cuando estuvieron fuera de la bahía, impulsados contra las corrientes oceánicas por el suave y fresco viento del oeste, TolramKetinet y SartoriIrvrash pensaron en abrazarse.

Después de contarse uno a otro parte de sus aventuras, TolramKetinet dijo:

-Tengo poco de qué enorgullecerme. Soy un soldado y no puedo quejarme del lugar adonde me envían. Las fuerzas de mi mando se disolvieron sin dar una sola batalla. Es una desgracia que siempre me acompañará. Randonan devora íntegros a los hombres.

Después de un momento, el ex canciller dijo:

-Yo estoy agradecido por mis viajes, tan poco previstos como los tuyos. Los sibornaleses me han utilizado, pero de esa experiencia ha surgido algo valioso. Más que valioso.

Señaló a Odi Jeseratabahr, quien con la herida ya vendada y los ojos cerrados escuchaba hablar a los hombres.

-Estoy envejeciendo y los amores de los viejos son siempre tema de broma para los jóvenes como tú, Hanra. No, no lo niegues. -Rió.- Y algo más. He comprendido por primera vez cuán afortunadas son las generaciones que, como la nuestra, viven en este momento del Gran Año, cuando reina el calor. ¿Cómo pudieron sobrevivir al invierno nuestros antepasados? Y la rueda seguirá

girando, y será de nuevo invierno. Qué destino maligno, vivir cuando Freyr muere y no conocer otra cosa. En algunas partes de Sibornal, la gente no ve a Freyr durante los siglos del invierno.

TolramKetinet se encogió de hombros.

-Cuestión de suerte -comentó.

-Pero la escala inmensa del crecimiento y de la destrucción... Quizá nuestro error esté en que nos consideramos separados de la naturaleza. Pero bien, sé desde hace mucho que no te fascinan este tipo de razonamientos. Sólo te diré algo. Creo haber resuelto un problema de naturaleza tan revolucionaria...

Vaciló, tironeando de sus mojadas patillas. Con una sonrisa TolramKetinet le indicó que continuara.

-Creo que he pensado algo que ningún ser humano ha pensado jamás. Esta señora me ha servido de inspiración. Debería ir a Oldorando o Pannoval a decir lo que pienso ante los poderes del Santo Imperio Pannovalano. Es una conjetura por la que seré

recompensado, y Odi y yo podremos vivir cómodamente.

Estudiando el rostro del anciano, TolramKetinet respondió:

-¡Recompensado por una conjetura! Ha de ser muy valiosa.

"Este hombre es un tonto y siempre lo he sabido", pensó el ex canciller; pero no pudo resistirse a continuar.

-¿Sabes? -dijo SartoriIrvrash, bajando la voz hasta que ésta se tornó casi inaudible entre los chasquidos de las velas-, yo nunca he podido soportar a los seres de dos filos. Mi rey sí, y era una diferencia importante. Lo que he pensado es muy grave para los phagors. Por eso creo que merecerá una recompensa, según los términos del Pronunciamiento de Pannoval.

Odi Jeseratabahr se levantó de su silla, tomó el brazo de SartoriIrvrash y dijo a TolramKetinet y a Lanstatet, que se había unido a ellos:

-Quizá no sepáis que el rey JandolAnganol ha destruido la obra de toda la vida del canciller, su Alfabeto de la Historia y la Naturaleza. Es un crimen que no se puede olvidar. La conjetura del canciller, como modestamente él la llama, lo vengará de JandolAnganol y tal vez nos permita a ambos trabajar juntos para reorganizar el Alfabeto.

Lanstatet replicó con dureza.

-Señora, eres nuestra enemiga. Has jurado destruir nuestra tierra natal. Deberías estar engrillada debajo de la cubierta.

-Eso era en el pasado... -dijo SartoriIrvrash con dignidad-. Ahora sólo somos sabios errantes... Y sin hogar.

-Sabios errantes... -Era demasiado para el general, de modo que formuló una pregunta concreta.-¿Y cómo piensas llegar a Pannoval?

-Oldorado me convendría. Está más cerca y espero llegar antes que el rey, si él no lo ha hecho ya, para causarle el máximo de problemas antes de que se case con la princesa Madi. Tampoco tú lo quieres, Hanra. Eres la persona ideal para llevarme hasta allí.

-Voy a Gravabagalinien -respondió inflexible TolramKetinet-, si esta bañera no se hunde o si antes no nos da alcance el enemigo.

Todos miraron hacia atrás. La Plegaria de Vajabahr navegaba ahora en mar abierto, avanzando con cierta dificultad hacia el este. El Unión había salido de la bahía de Keevasien, aunque estaba aún lejos. No había peligro inmediato.

-En Gravabagalinien verás a tu hermana -dijo SartoriIrvrash. El general sonrió sin responder.

Ese mismo día, más tarde, vieron también al Buena Esperanza, con su mástil roto arbolado a medias. Las dos naves perseguidoras se perdieron en la bruma cuando grandes nubes de bordes cobrizos aparecieron por el oeste. En el vientre de los nubarrones estallaban silenciosos relámpagos.

Como un ala que se despliega, una segunda ola de assatassi surgió del mar. La carabela blanca estaba demasiado alejada de la costa para sufrir daños y sólo unos pocos peces-lagarto pasaron volando por encima de ella. Los hombres miraron con interés lo que esa misma mañana los había dejado sin habla. Mientras bogaban hacia Gravabagalinien, cayó la oscuridad; se veían diminutas luces en la costa, donde los nativos devoraban los cadáveres de los peces invasores.

Algo sin identidad había bogado también hacia el palacio de madera de la reina de las reinas: un cuerpo humano.

RobaydayAnganol había conseguido que lo llevaran río abajo de Matrassyl a Ottassol, adelantándose a su padre. Dondequiera que fuese, tenía ahora un paso especialmente apresurado y se volvía con frecuencia. Aunque no lo supiera, ese aire de hombre perseguido lo tornaba parecido a su padre. Se veía a sí mismo como un perseguidor. El deseo de venganza ocupaba su mente.

En Ottassol, en lugar de Visitar el palacio subterráneo adonde debía dirigirse el rey, buscó a un viejo amigo de SartoriIrvrash, el anatomista y deuteroscopista Bardol CaraBansity. CaraBansity no sentía ningún afecto especial por JandolAnganol ni por el extraño hijo de éste.

Él y su mujer tenían alojados a un grupo de deuteroscopistas de Vallgos. Ofreció a Robayday una cama en una casa que poseía cerca del puerto donde, dijo, una muchacha se ocuparía de atenderlo.

El interés de Robayday por las mujeres era esporádico. Sin embargo, halló inmediatamente atractiva a la muchacha. Tenía el cabello largo y castaño, y un misterioso aire de autoridad, como si conociese un secreto que no compartía con nadie.

Dijo llamarse Metty; y él recordó. Una vez había gozado de ella en Matrassyl. Su madre había ayudado al rey cuando éste regresaba, herido, de la Batalla del Cosgatt. Su verdadero nombre era Abathy.

Ella no lo reconoció. Sin duda, era mujer de numerosos amantes. Robayday no se presentó de inmediato. Guardó silencio, y dejó que hablara. Para impresionarlo, mencionó alguna escandalosa relación con funcionarios sibornaleses en Matrassyl; él miró su expresión y pensó cuán diferente era la imagen que tenía del mundo esa chica, entre sus clandestinos devaneos.

-No me reconoces porque no es fácil hacerlo; sin embargo, hubo un día en que usabas menos kohl en tus ojos y en que estuvimos muy juntos...

Entonces ella pronunció su nombre y lo abrazó, mostrándose feliz.

Más tarde ella dijo que estaba en deuda con su propia madre, a quien enviaba dinero con regularidad, porque le había enseñado cómo conducirse con los hombres. Prefería a los nobles y poderosos; dijo que había sido vergonzosamente seducida por CaraBansity, y ahora esperaba mejor fortuna. Lo besó.

La muchacha dejó caer su charfrul, revelando sus pálidas piernas. Robayday, que veía crueldad en todos lados, no vio más que la trampa de la araña. Gozosamente entró en ella. Más tarde, acostados, se besaban y ella reía, mientras él la odiaba y la amaba.

Todos sus impulsos le gritaban que continuara viaje, pero se quedó con ella un día más. La odiaba y la amaba.

Una segunda noche en su casa. Pensó que la historia cesaría si se quedaba con ella para siempre. Otra vez la muchacha, soltándose el hermoso cabello y recogiéndose la falda, se echó con él sobre la cama.

Se abrazaron. Hicieron el amor. Ella era un manantial de delicias. Cuando empezaba a desnudarlo para más prolongados placeres oyeron golpes en la puerta. Ambos se incorporaron, sorprendidos.

Un golpe más estridente. La puerta se abrió con violencia, y entró un joven robusto vestido a la absurda manera de Dimariam. Era Div Muntras, quien buscaba, desafiante, a su amor.

-¡Abathy! -exclamó. Ella lanzó un grito por toda respuesta.

En Ottassol, después de una diligente búsqueda, Div había encontrado la huella de la muchacha. Se había deshecho de todo lo que poseía, a excepción del talismán robado a Billish. Y ahora, al final de la huella, encontraba a la mujer que ocupaba su mente desde que la viera abrazada a su padre en la cubierta del Dama de Lordryardry, acostada con otro hombre.

Su rostro se convirtió en la imagen de la furia. Alzó los puños y se abalanzó vociferando.

Dando un salto Robayday se puso de pie sobre la cama, con la espalda contra la pared. La presencia de aquel intruso lo llenaba de ira. Que alguien alzara la voz contra el hijo del rey, y en ese momento... No pensaba más que en matarlo. En su cinto había una daga hecha con un cuerno de phagor, un arma de dos agudos filos. La sacó.

Div se enfureció aún más al ver el arma. Pronto acabaría con ese entrometido muchacho delgado.

Abathy gritó, pero él no le hizo caso. La muchacha estaba de pie, tapándose la boca con ambas manos, los ojos desorbitados de terror. Eso agradó a Div. Después se ocuparía de ella.

Se lanzó al ataque y subió de un salto a la cama. Recibió la punta del cuerno justamente debajo de su costilla inferior, rozándola. La violencia de la embestida hizo que se hundiera en su carne hasta el mango, atravesando el diafragma y el estómago; entonces, la hoja se quebró y la empuñadura quedó en la mano de su enemigo.

Un largo gemido ahogado salió de la boca de Div. Los líquidos corrieron por la pared mientras se deslizaba por ella hasta el suelo. Frenético, Robayday dejó llorar a la muchacha. Buscó dos hombres que dispusieron del cadáver arrojándolo al Takissa.

Robayday abandonó la ciudad, como si lo persiguiera un perro rabioso. Jamás regresó junto a la muchacha, ni a esa habitación. Tenía una cita que había estado a punto de olvidar; una cita en Oldorando. Una y otra vez, a lo largo del camino, lloró y maldijo.

Llevado por la corriente, girando, el cuerpo de Div Muntras derivó entre los barcos hasta la boca del Takissa. Nadie lo vio, porque la mayoría, esclavos incluidos, tenía puesta su atención en una gran fritura de assatassi. Los peces, en cambio, se ocuparon del cadáver mientras era arrastrado hacia las profundidades del mar convirtiéndose en una parte del desplazamiento de las aguas hacia el oeste, en dirección a Gravabagalinien.

Esa noche, cuando los soles se pusieron, la gente común descendió a las playas. En todos los países que rodeaban el Mar de las Águilas, en Randonan, Borlien, Thribriat, Iskahandi y Dimariam, las muchedumbres se congregaron junto al mar.

El gran festín de assatassi había terminado. Era el momento de dar gracias por sus bendiciones al espíritu que moraba en las aguas.

Mientras las mujeres cantaban y bailaban sobre la arena, los hombres entraron en el mar llevando pequeñas barcas, hechas de hojas donde ardían velas, que despedían una dulce fragancia.

En todas las playas se echaron al mar flotas enteras de aquellas barcas de hojas. Algunas continuaban a flote y ardiendo mucho después de que cayera la oscuridad; la imagen recordaba las historias de gossies y fessups suspendidos en unas tinieblas más imperecederas. Antes de que se extinguieran sus débiles llamas, algunas llegaron mar adentro.

XVIII
VISITANTES DE LAS PROFUNDIDADES

Cualquiera que se acercara a Gravabagalinien podía ver, desde lejos, el palacio de madera que servía de refugio a la reina. Se erguía con desenfado, como un juguete abandonado en una playa.

La leyenda decía que Gravabagalinien estaba embrujado. Que en algún tiempo remoto se había alzado una fortaleza en el emplazamiento del endeble palacio. Que había sido destruida por completo en una gran batalla.

Pero nadie sabía quiénes habían luchado, ni por qué razones. Sólo que muchos habían muerto y habían sido enterrados en el mismo lugar en donde habían caído. Se decía que sus sombras, alejadas de sus tierras natales, seguían merodeando por el lugar.

Ahora otra tragedia estaba a punto de representarse en aquella vieja tierra profanada. El rey JandolAnganol había llegado en dos barcos, con sus hombres y phagors, con Esomberr y CaraBansity, para divorciarse de su reina.

Y la reina MyrdemInggala bajó las escaleras y se sometió resignada al divorcio. Y corrió el vino, y muchos atropellos fueron permitidos. Y Alam Esomberr, el enviado de C'Sarr, se introdujo en la cámara de la ex reina apenas unas horas después de haber oficiado la ceremonia de divorcio. Y luego fue anunciado que Simoda Tal había sido asesinada en la lejana Oldorando. Y esta amarga

noticia llegó al rey cuando los primeros rayos de Batalix teñían de amarillo los descoloridos muros exteriores del palacio.

Y ahora, inexorablemente, esos acontecimientos influirían en los asuntos entre humanos y phagors, pues se acercaban a un clímax en el que incluso los principales involucrados serían arrastrados de un modo irremediable como cometas sumergiéndose en la oscuridad.

JandolAnganol, tirándose de las barbas y el cabello, imploraba a Akhanaba con voz grave y dolorida.

-Tu siervo se arrodilla ante Ti, oh, Grande. Me has cubierto de dolor. Has provocado la derrota de mis ejércitos. Has permitido que mi hijo me abandone. Me has separado de mi amada reina, MyrdemInggala. Has dejado asesinar a mi prometida... ¡¿Cuánto más me harás padecer?!

"Pero no permitas que mi gente sufra. Acepta mi dolor, oh Gran Akhanaba, como sacrificio suficiente para mi pueblo."

Mientras JandolAnganol se incorporaba y vestía su túnica, AbstrogAthenat, el sacerdote de pálidas mejillas, dijo como al descuido:

-Es verdad que el ejército ha perdido Randonan. Pero todos los países civilizados están rodeados por pueblos bárbaros, y son derrotados cuando sus fuerzas los invaden. No deberíamos ir con la espada, sino con la palabra de Dios.

-Las cruzadas se justifican en la provincia de Pannoval, vicario; no en un país pobre como el nuestro.

Acomodándose la túnica sobre sus llagas, palpó en el bolsillo el reloj que quitara a CaraBansity en Ottassol. Ahora, como entonces, sintió que era un objeto ominoso.

AbstrogAthenat se inclinó, manteniendo el látigo a su espalda.

-Pero al menos podríamos agradar al Todopoderoso siendo más humanos, y apartando de nosotros la inhumanidad.

Con súbita ira, JandolAnganol le descargó un revés y sus nudillos chocaron contra la mejilla del Vicario.

-Tú ocúpate de los asuntos de Dios, y deja en mis manos las cuestiones mundanas.

Sabía qué quería decir el sacerdote. Se refería a la expulsión de los phagors de Borlien.

Con la túnica abierta, sintiendo cómo la tela absorbía la sangre de la reciente flagelación, JandolAnganol subió de la capilla subterránea hasta la planta baja del palacio de madera. Yuli saltó a recibirlo.

Las sienes del rey latían como si estuviera a punto de quedarse ciego. Acarició al pequeño phagor y hundió sus dedos en el denso pelaje.

Las sombras aún eran largas. JandolAnganol no sabía cómo afrontar la mañana. Había llegado a Gravabagalinien apenas la víspera y, en presencia del enviado del Santo C'Sarr, Alam Esomberr, se había divorciado de su hermosa reina.

Las ventanas del palacio estaban cerradas, como el día anterior. Diseminados por todas las habitaciones, los hombres dormían sus borracheras. El sol se abría paso en la oscuridad formando una red de líneas semejante a un cesto tejido mientras él se acercaba a la puerta.

Cuando la abrió con violencia, los phagors de la Primera Guardia se cuadraron en actitud respetuosa; inmóviles sus largas quijadas y sus cuernos. Valía la pena ver eso, se dijo, tratando de disipar su ánimo sombrío.

Salió a caminar antes de que llegara el calor. Vio el mar y sintió la brisa, pero no les prestó atención. Antes del alba, mientras dormía profundamente por los efectos del alcohol, Esomberr había comparecido ante él, acompañado por su nuevo canciller, Bardol CaraBansity. Ambos le habían informado que la princesa Madi con quien pensaba casarse había muerto, víctima de un asesino.

No quedaba nada.

¿Por qué se había obligado a divorciarse de su verdadera esposa? ¿Qué se había apoderado de su mente? Había separaciones a las que ni los más firmes podían sobrevivir.

Deseaba hablar con ella.

Sólo por delicadeza no envió un mensajero a las habitaciones de la ex reina. Sabía que allí debía encontrarse, con la princesa Tatro, esperando a que él se marchara con sus soldados.

Probablemente había oído la noticia que los hombres habían traído a la noche. Probablemente sentía temor de ser asesinada. Probablemente lo odiaba.

Se volvió con brusquedad como para sorprenderse a sí mismo. Su nuevo canciller se acercaba con andar pesado y decidido.

JandolAnganol miró a CaraBansity y luego le dio la espalda.

CaraBansity se vio obligado a adelantarse, rodeando al rey y a Yuli, antes de hacer una torpe reverencia.

El rey fijó sus ojos en él. Hubo un silencio. CaraBansity apartó su oscura mirada.

-Me encuentras de mal talante.

-Tampoco yo he dormido, señor. Lamento mucho el nuevo infortunio que ha caído sobre ti.

-Mi mal talante no sólo se vuelve contra el Todopoderoso, sino también contra ti, que tienes menos poder.

-¿Qué he hecho para disgustarte, señor?

El Águila unió sus cejas, lo cual volvía su mirada aún más altanera.

-Sé que tú también confabulas en secreto contra mí. Tienes fama de hombre ingenioso. No creas que no percibí tu gesto de satisfacción cuando me anunciaste la muerte de..., tú sabes.

-¿La princesa Madi? Si a tal punto desconfiar de mí, señor, no debes conservarme como canciller.

JandolAnganol le volvió nuevamente la espalda; la gasa amarilla de su túnica estaba manchada de rojo como una vieja bandera.

CaraBansity avanzaba arrastrando los pies. Miraba abstraído el palacio, y su resquebrajada pintura blanca.

Comprendía lo que era ser un hombre común y lo que era ser un rey.

Gozaba de su vida. Conocía a muchas personas, y era útil para la comunidad. Amaba a su esposa. Prosperaba. Sin embargo el rey lo había contratado contra su voluntad, como si fuera un esclavo.

Había aceptado ese papel y, como era un hombre de carácter, estaba decidido a cumplirlo tan bien como pudiera. Ahora el soberano tenía el descaro de decirle que estaba confabulando contra él. No había límite para la impertinencia real; y sin embargo no veía la forma de no acompañar a JandolAnganol hasta Oldorando.

Su simpatía por el rey se desmoronó.

-Quería decirte algo, majestad -comenzó con voz resuelta; pero al ver la espalda ensangrentada se alarmó de su propia temeridad-. Por supuesto, es un asunto sin importancia; pero justo antes de partir de Ottassol tomaste ese interesante reloj de tres caras. ¿Aún lo tienes?

Sin volverse, el rey respondió:

-Está aquí, en mi túnica.

CaraBansity respiró hondo y luego dijo, con mucha menos energía que la prevista:

-¿Querrías devolvérmelo, por favor?

-No es éste el momento de venir a pedirme favores, ahora que Borlien y el SacroImperio están amenazados. -Era el mismo Águila al hablar.

Ambos miraron a Yuli entre los arbustos, junto al palacio. La criatura orinaba al extraño modo de su especie. Lentamente comenzó a caminar en dirección al mar. “No soy mejor que un esclavo”, se dijo CaraBansity.

Lo siguió.

Con el runt brincando a sus espaldas, el rey apresuró el paso, hablando sin cesar, de modo que el corpulento deuteroscopista tuvo que hacer un esfuerzo para alcanzarlo. El tema del reloj no volvió a mencionarse.

-Akhanaba me ha favorecido y ha puesto en el camino de mi vida muchos frutos. Esos frutos tenían un sabor adicional cuando veía que había otros prometidos, para mañana, para pasado mañana y para el día siguiente. Había más de todo lo que deseaba.

“Es verdad que he sufrido rechazos y derrotas; pero dentro de una atmósfera general de promisión. No dejé que me perturbaran por demasiado tiempo. Mi derrota del Cosgatt... Aprendí de

ella, fui más allá y finalmente conseguí allí una gran victoria."

Pasaron junto a una hilera de gwing-gwings. El rey arrancó uno y lo mordió hasta el hueso; mientras hablaba, el zumo corría por su barbilla. Señaló la fruta mordida.

-Hoy veo mi vida a una nueva luz. Tal vez aquello que estaba prometido ya me haya sido otorgado... Después de todo, aún no tengo veinticinco años. -Hablaba con dificultad.-Puede que éste sea mi verano, y que en el futuro, cuando sacuda un árbol, ya no caigan más frutas... ¿Puedo seguir confiando en la abundancia? ¿No nos advierte nuestra religión que debemos esperar tiempos de escasez? Bah... Akhanaba es como un sibornalés, siempre obsesionado por el invierno que vendrá.

Caminaban a lo largo de los riscos bajos que separaban la tierra de la playa, por el lugar donde la reina solía entrar en el mar.

-Dime -dijo JandolAnganol al descuido-, si como ateo que eres, no puedes aplicar una construcción religiosa a mi caso, ¿cómo ves mis dificultades?

CaraBansity guardaba silencio, con su roja cara de vaca inclinada hacia el suelo, como queriendo protegerla de la mirada abrasiva del rey.

-¿Y bien? Habla, di lo que quieras. ¡Estoy sin ánimo! He sido azotado por mi vicario de rostro lechoso...

Cuando CaraBansity se detuvo, el rey prosiguió la marcha.

-Señor, hace poco, para agradar a un amigo, acepté en mi casa a cierta joven. Mi esposa y yo recibimos a muchas personas, algunas vivas, otras muertas, animales para su disección y phagors, y bien para su disección o bien como servidores. Nadie ha causado nunca tantos problemas como esa muchacha.

"Yo quiero a mi esposa, y seguiré queriéndola. Pero sentí deseos por esa muchacha. Aun despreciándola no podía dejar de desearla."

-¿Y fue tuya?

CaraBansity lanzó una carcajada, y por primera vez, en presencia del rey, su rostro se iluminó.

-La he tenido, señor, tanto como has tenido tú ese gwing-gwing, la deliciosa fruta de la medialuz. Corrió el zumo, señor... Pero no era amor sino khmir, y apenas éste se extinguió... Aunque ciertamente eso fue un proceso, señor, un proceso de verano... Cuando cesó tuve asco de mí mismo y no quise volver a verla. Le di una casa, lejos, y le dije que no volviera a verme. Más tarde supe que había abrazado la profesión de su madre, causando, al menos, la muerte de un hombre.

-¿Y qué me importa a mí todo eso?-preguntó el rey con altanería.

-Creo, majestad, que el principio motor de tu vida es más bien el deseo que el amor. Tú me dijiste, en términos religiosos, que Akhanaba te había favorecido poniendo a tu paso muchos frutos. En mis propios términos, has hecho lo que quisiste, has tomado lo que deseaste, y así esperas continuar. Te sirves de los phagors como instrumentos de tu poder, sin ver que ellos jamás se someten de verdad. Nada se opone a ti, excepto la reina de reinas. Ella puede hacerlo, porque sólo ella en todo el mundo posee tu amor y tu respeto. Por eso la odias: porque la amas.

"Ella se interpone entre tu khmir y tú. Sólo ella puede contener tu... dualidad. En ti, en mí, y quizás en todos los hombres, los dos principios están divididos; pero en ti la separación es mayor, porque mayor es tu posición."

"Si prefieres creer en Akhanaba, cree entonces que con sus castigos te advierte que tu vida puede tomar un mal rumbo. Enderézala mientras tienes la oportunidad."

Se detuvieron, ignorando el sombrío trueno del mar, y se miraron, tensos, cara a cara. JandolAnganol escuchaba sin un movimiento, mientras Yuli, cerca, rodaba sobre la hierba.

-¿Cómo sugieres que enderece mi vida? -Un hombre menos seguro que CaraBansity se habría espantado del tono de voz del rey.

-Este es mi consejo, majestad. No vayas a Oldorando. Simoda Tal ha muerto. Ya no hay motivo por el que debas visitar esa ciudad tan poco amistosa. Te lo advierto como deuteroscopista. -CaraBansity estudiaba, por debajo de sus tupidas cejas, el efecto de sus palabras sobre JandolAnganol.- Tu sitio está en tu reino, hoy más que nunca, desde que tus enemigos no han olvidado la Masacre de los Myrdólatras. Retorna a Matrassyl. Tu legítima reina está aquí. Pídele perdón. Rompe ante sus ojos el decreto de Esomberr. Recupera lo que más amas. En ella está tu

salud. Rechaza los engaños de Pannoval.

El Águila miró el mar.

-Vive una vida más cuerda, majestad. Recobra a tu hijo. Despréndete de Pannoval y de la guardia phagor y vive con tu reina. Rechaza a Akhanaba, que te ha conducido a...

Pero había ido demasiado lejos.

Una ira sin igual se apoderó del rey; era la furia personificada. Se arrojó sobre CaraBansity, quien, ante esta cólera más allá de toda razón, vaciló, cayendo al suelo, antes de que el rey lo atacara. Arrodillado sobre el cuerpo del canciller, JandolAnganol sacó su espada. CaraBansity exclamó:

-¡Deténte, majestad! Anoche salvé a tu reina de una infame violación.

El rey se contuvo y luego se incorporó con la punta de su espada apuntando hacia el cuerpo que yacía a sus pies.

-¿Quién osaría tocar a la reina estando yo aquí? Responde.

-Majestad... -La voz temblaba ligeramente; sin embargo lo que dijo se oyó con claridad.- Estabas ebrio. Y Esomberr fue a la habitación de la reina para violarla.

El rey respiró hondo. Envainó la espada. Permaneció inmóvil.

-¡Hombre común! ¿Cómo podrías comprender la Vida de un rey? No Volveré por el camino que ya he andado. Tú tienes tu Vida, que yo puedo tomar; pero yo tengo un destino, y lo seguiré hasta donde quiera el Todopoderoso. Vuelve a donde perteneces. No puedes aconsejarme. ¡No vuelvas a ponerte en mi camino!

Pero seguía junto al cuerpo del anatomista. Cuando Yuli llegó, resoplando, el rey se apartó bruscamente y retornó al palacio de madera.

Al oír su voz, la guardia se puso en pie de un salto. Debían salir de Gravabagalinien en menos de una hora. Marcharían hacia Oldorando, como estaba planeado. Su voz y su helada furia conmovieron el palacio como si fuera un nido de ricky-backs cuando se levanta un tronco. En el interior se oía a los vicarios de Esomberr, llamándose unos a otros en voz alta.

La conmoción llegó hasta las habitaciones de la reina. Se detuvo a escuchar en mitad de su sala de marfil. Sus guardias esperaban ante la puerta. Mai TolramKetinet estaba con dos criadas en la antecámara, aferrando a Tatro. Gruesas cortinas cubrían las ventanas.

MyrdemInggala vestía una larga túnica vaporosa. Su rostro estaba tan pálido como la sombra del ala de un pájaro sobre la nieve. Respiraba el aire tibio una y otra vez, atenta al ruido de hombres y hoxneys, de órdenes y maldiciones. En una oportunidad se acercó a la cortina; luego, como si lamentara su propia debilidad, retiró la mano que había alzado y regresó a la postura anterior. El calor ponía en su frente gotas de transpiración que brillaban como perlas. Por un instante le pareció oír la voz del rey; luego, nada más.

En cuanto a CaraBansity, una vez que JandolAnganol se hubo marchado, echó a andar hacia la bahía, donde no podía ser visto, y allí aguardó hasta que recobró el color.

Un rato más tarde, se puso a cantar. No había recuperado su reloj, pero sí la libertad.

En su aflicción, el rey fue a un pequeño cuarto en una de las destartaladas torres y cerró la puerta con llave. El polvo que se elevaba daba una apariencia fantasmal a las franjas de oro que penetraban por un enrejado. El lugar olía a plumas, a hongos, a paja seca. En las desnudas tablas del suelo había excrementos de paloma, pero el rey, ignorando todo ello, se acostó, y con un esfuerzo de su voluntad, se hundió en el pauk.

Su alma, liberada de su cuerpo, se tranquilizó. Como una hoja seca, cayó en la aterciopelada oscuridad. La oscuridad perduraba cuando todo lo demás se había ido.

Era la paradoja del limbo donde el alma iba ahora a la deriva: se extendía sin límites, era un dominio infinito, y al mismo tiempo tan familiar para él como puede serlo para un niño la oscuridad debajo de sus sábanas.

El alma no tenía ojos mortales. Con una visión diferente contemplaba, más abajo, a través de la obsidiana, una multitud de débiles luces; aunque permanecían inmóviles, parecían moverse a causa del descenso del alma. En un tiempo, cada una de ellas había sido un espíritu viviente. Todas caían ahora hacia el principio maternal que existía aun cuando el mundo pereciese, la Observadora

Original, un principio mayor, o al menos distinto, de los dioses como Akhanaba.

El alma se dirigió hacia una luz que la atraía en particular: el gossie de su padre.

La chispa que alguna vez fuera VarpalAnganol, rey de Borlien, sólo parecía, con sus costillas y su pelvis apenas esbozadas, el difuso dibujo de la luz del sol sobre una vieja pared. De esa cabeza que había llevado una corona sólo quedaba la sugerencia de una piedra, y unos trozos de ámbar evocaban las cuencas de sus ojos. Y más allá, visibles a través de esa imagen, los fessups se movían como huellas de polvo.

-Padre, tu indigno hijo se presenta ante ti para pedir perdón por el crimen que contigo he cometido. -Así habló el alma de JandolAnganol, suspendida donde no había aire.

-Querido hijo, eres bienvenido, y lo serás siempre que encuentres tiempo para visitar a tu padre, ahora entre las filas de los muertos. Ningún reproche puedo hacerte. Siempre has sido mi hijo querido.

-No me molestarán tus reproches, padre, sino que los agradeceré por duros que sean, porque sé cuán grande ha sido mi pecado contra ti.

Era imposible medir los silencios entre sus palabras, porque ninguno de los dos exhalaba aliento.

-Calla, hijo mío, nadie tiene por qué hablar aquí de pecado. Has sido mi hijo, y con eso basta. No es necesario decir más. No te lamentes.

Cuando parecía que era el momento de hablar, la leve sombra de la llama de una vela surgió de donde había estado la boca. Se podía ver ascender el humo entre las costillas, por la garganta.

El alma habló de nuevo.

-Padre, te ruego que descargues tu ira sobre mí, por todo lo que hice contra ti mientras viviste, y por provocar tu muerte. Haz que mengüe mi culpa.. No puedo soportarla.

-Eres inocente, hijo, tan inocente como la ola que rompe en la costa. Y no olvides la felicidad que has traído a mi vida. Ahora, en el residuo de esa vida, no siento ira contra ti.

-Padre, te he tenido encerrado durante diez años en un calabozo del castillo. ¿Cómo puedo conseguir que me perdones?

La llama se agitó, lanzando chispas.

-Ese tiempo está olvidado, hijo. Apenas recuerdo aquella época en la prisión, porque siempre estabas allí para hablar conmigo. Me complacía que me pidieras consejo, cuando yo era capaz de dártelo.

-Era un lugar melancólico.

-Me dio tiempo para pensar en los errores de mi propia vida y para prepararme para lo que habría de venir.

-Tu perdón me hiere, padre.

-Acércate, muchacho, y deja que te consuele.

Pero en el reino de la Observadora Original estaba prohibido que los vivos tocaran a los muertos. Si se quebraba esa última dualidad, ambos se consumían. El alma se alejó flotando de esa cosa suspendida en el abismo.

-Reconfórtame con más consejos, padre.

-Habla.

-Primero, dime si mi atormentado hijo ha caído entre Vosotros. Temo su inconstancia.

-Daré la bienvenida al chico cuando llegue, no te preocupes; pero aún se mueve en el mundo de la luz.

Un momento más tarde, el alma volvió a hablar.

-Padre, tú comprendes mi posición entre los vivos. Dime adónde debo ir. ¿Debo retornar a Matrassyl? ¿Debo quedarme en Gravabagalinien? ¿O he de partir hacia Oldorando? ¿Dónde está el futuro más provechoso?

-En cada uno de esos lugares hay quienes te aguardan. Pero alguien que tú no conoces te espera en Oldorando. En esa persona está tu destino. Ve a Oldorando.

-Tu consejo guiará mis acciones.

El alma se elevó entre los luminosos batallones de muertos, primero lentamente, luego con

mayor urgencia. En alguna parte sonaba un tambor. Las chispas se disolvieron, retornando a la Observadora Original.

El cuerpo inanimado en el suelo del campanario empezó a moverse. Sus miembros se agitaron. Se incorporó. Unos ojos se abrieron en el rostro inexpresivo.

Sólo Yuli recibió esa mirada; se acercó y dijo:

-Mi pobre rey en brida.

Sin responder, JandolAnganol acarició el pelaje del runt y se apoyó contra él.

-Oh, Yuli, qué cosa es la vida.

Un momento después, pasó su brazo sobre los hombros del joven phagor.

-Eres un buen muchacho. Inocente.

Cuando la criatura se apoyó contra él el rey sintió que un objeto le oprimía un costado; extrajo entonces de su bolsillo el reloj de tres caras que le había quitado a CaraBansity. Cada vez que lo miraba sus ideas se hacían confusas y, sin embargo, no hallaba fuerzas para deshacerse de él.

Una vez, el cronómetro perteneció a Billy, la criatura que aseguraba venir de un mundo no regido por Akhanaba. Era indispensable borrar a Billy de la conciencia (como podía eliminarse el recuerdo de los malditos myrdólatras), pues él representaba un desafío a la compleja estructura de creencias sobre la que se levantaba el Sacro Imperio Pannovalano. A veces, el rey temía verse privado de su fe, como había sido privado de tantas otras cosas. Sólo le quedaban su fe y su humilde mascota.

Gimió. Con un gran esfuerzo se puso otra vez en pie.

Antes de una hora, JandolAnganol estaba al frente de sus fuerzas, con Alam Esomberr junto a él. Más atrás estaban los capitanes del rey, luego el séquito de Esomberr y, cerrando la marcha, la Primera Guardia Real Phagor, con las orejas erguidas, los ojos rojizos clavados al frente, avanzando -como otros de su especie lo hicieran muchos siglos antes- hacia la ciudad de Oldorando.

La partida de JandolAnganol, con su implícita carga de ansiedad, provocó la lógica impresión en los observadores del Avernus. Le alegró poder apartar la vista del rey en pauk. Incluso las devotas admiradoras de su majestad se sentían incómodas al verlo extendido con el espíritu lejos de su cuerpo.

Para la población humana de Heliconia, el pauk, o comunicación con los padres, era tan natural como escupir. No tenía un especial significada religioso, aunque muchas veces se daba al margen de la religión. Así como las mujeres se preñaban de vidas futuras, la gente estaba preñada de las vidas de quienes se habían ido antes que ellos.

En el Avernus, la misteriosa práctica heliconiana del pauk estaba considerada, en general, como una función religiosa equivalente a la plegaria. Como tal, desconcertaba a las seis familias. Éstas no sentían ningún tipo de inhibición acerca del sexo; el control constante hacía tiempo que las había disipado. Para ellos, el amor y las emociones superiores eran meros efectos colaterales de funciones cotidianas que debían ser ignorados cuantas veces fuera posible. Pero resultaba muy difícil entenderse con la religión.

Las familias veían la religión como una obsesión primitiva, una enfermedad, una droga para quienes no podían pensar con claridad. Deseaban que SartoriIrvrash y los que eran como él se tornaran más militantes en su ateísmo y provocaran la muerte de Akhanaba, contribuyendo así a un estado de cosas más feliz. No comprendían ni les agradaba el pauk. Hubieran deseado que no existiera.

En la Tierra prevalecían otras opiniones. La vida y la muerte eran percibidas como un todo inseparable; la muerte no era temible si se vivía adecuadamente la vida. Los terrestres miraban con gran interés la actividad heliconiana del pauk. Durante los primeros años de contacto con Heliconia, ese estado de trance les había parecido una proyección astral del alma heliconiana, en buena medida similar a un estado de meditación. Luego se fue desarrollando un punto de vista más sofisticado; se comprendió mejor que los habitantes de Heliconia poseían la capacidad peculiar de sobrepasar el límite fijado entre la vida y la muerte, y de retornar. Habían recibido esa continuidad en compensación por las notables discontinuidades de su Gran Año. El pauk tenía un valor como medio

Librodot

de evolución, y era un punto de contacto entre los humanos y su voluble planeta.

Por esa razón los terrestres tenían un interés tan particular en el pauk. En esa época, habían descubierto lo unidos que estaban a su planeta, y relacionaban esa unidad con su creciente empatía con Heliconia.

En los días siguientes, la lasitud se apoderó de la reina de reinas y deprimió su ánimo.

Había perdido las cosas valiosas que antes daban fragancia a su vida. Después de la tormenta, las flores no volverían a crecer hasta la misma altura. A su amargo encono contra el rey se sumaba una profunda sensación de culpabilidad por haberle fallado. Pero no fue por falta de esfuerzo que fracasó; y ahora, los años en que con tanta generosidad le brindara su amor, estaban definitivamente perdidos. Sin embargo, a pesar de odiarlo, aún lo amaba. Eso era lo más cruel. Ella comprendía como nadie las dudas de JandolAnganol. Era incapaz de liberarse de ese vínculo que ambos habían forjado.

Todos los días, después de la plegaria, entraba en pauk para comunicarse con el gossie de su madre. Pero, más tarde, al recordar el modo en que SartoriIrvrash condenaba el pauk por considerarlo una superstición, MyrdemInggala, en un frenesí de dudas, se preguntaba si de verdad habría visitado a su madre, si aquel fantasma no residiría más que en su mente, si era posible que alguien sobreviviera después de muerto a no ser en la memoria de quienes aún no habían atravesado esa orilla prohibida.

Dudaba. Y sin embargo, el pauk era un consuelo, tanto como el mar. Ahora su hermano muerto, YeferalOboral, estaba entre los gossies y derramaba su amor sobre ella mientras se hundía en pos de la Observadora Original. El temor no formulado de la reina de que hubiese sido asesinado por JandolAnganol se había demostrado sin fundamento. Ahora sabía lo que había ocurrido, y estaba agradecida.

Y al mismo tiempo, lamentaba no tener esa razón adicional para odiar al rey. Nadaba en el mar entre sus familiares. Y la paz mental la abandonaba cuando retornaba a la costa. Los phagors la llevaban de regreso al palacio en su trono; su resentimiento se reavivaba cuando se acercaba a las puertas. Los días pasaban y ella no rejuvenecía. Casi no hablaba con Mai. Corría a sus habitaciones llenas de crujidos y ocultaba su rostro.

-Si te sientes tan mal, sigue al rey a Oldorando y pide a los representantes del C'Sarr que anulen tu divorcio -decía Mai, con impaciencia.

-¿Quieres tú seguir al rey? -preguntaba entonces MyrdemInggala-. Yo no lo haré.

En su memoria estaban grabadas a fuego las muchas ocasiones en que esa mujer, su dama de compañía, había sido arrastrada a la cama del rey y en que las dos, como viles cortesanas, habían sido amadas por él al mismo tiempo. Ninguna habló de eso jamás, pero permanecía entre ambas tangible como una espada.

Impulsada por la necesidad de hablar con alguien, la reina persuadió a CaraBansity a permanecer en el palacio por algunos días, y luego unos días más. Él explicaba que su esposa lo estaba aguardando en Matrassyl. Ella le pedía que se quedara un poco más. Él se excusaba, pero era un hombre astuto, hallaba imposible decir que no a la reina. Todos los días caminaban por la costa; a veces encontraban rebaños de ciervos; Mai, desconsolada, los seguía.

Hacía una semana y dos días que JandolAnganol, Esomberr y sus hombres habían partido de Gravabagalinien; la reina estaba en su habitación, desde la que contemplaba sus escasos dominios, cuando la puerta se abrió de par en par y entró corriendo TatromanAdala, con un gritito de saludo.

La niña llegó hasta la mitad del camino que separaba la puerta del sitio donde estaba su madre. Esta alzó la vista y la miró con tal furia, por debajo de su pelo enmarañado, que Tatro se detuvo.

-¡Madre! ¿Puedes venir a jugar?

MyrdemInggala vio en la cara de su hija los rasgos de los antepasados de su padre. Las divinidades genéticas quizá tuvieran preparadas todavía nuevas tragedias. La reina gritó:

-¡Sal de mi vista, pequeña bruja!

La sorpresa, el escándalo, la ira, la angustia, pasaron por el rostro de la niña. Enrojeció, pareció disolverse, se llenó de lágrimas y sollozos.

La reina de reinas saltó, con los pies descalzos, hacia la pequeña. La hizo girar, la empujó hacia

afuera y cerró la puerta. Luego, con las manos en alto, lanzó su cuerpo contra la pared y se echó a llorar ella también.

Más tarde su ánimo mejoró. Fue en busca de la niña y se dedicó a ella. Su aflicción cedió paso a una especie de euforia. Se puso una túnica satara y bajó las escaleras. Pidió su trono de oro portable, aunque ardía en Gravabagalinien el calor del mediodía. Los mansos phagors lo trajeron. Acudieron el mayordomo ScufBar, la princesa Tatro con su niñera, y la criada de ésta, con libros de cuentos y juguetes.

Una vez reunida la pequeña procesión, MyrdemInggala subió a su trono, y se dirigieron a la playa. No había, a esa hora, cortesanos que la acompañasen. Freyr los miraba, muy bajo, por encima de un risco; Batalix estaba casi en el cenit.

Suaves olas brillaban como si el mundo hubiera empezado ese mismo día, enroscándose para revelar sus verdes corazones. En torno de la Roca de Linien el agua gorgoteaba una invitación. No había señales de los assatassi llegados varias semanas antes, ni las habría hasta el año próximo.

MyrdemInggala permaneció un rato en la playa. Los phagors estaban en silencio, de pie junto al trono. La princesa corría excitada, ordenando a las criadas que construyeran la fortaleza de arena más poderosa, como un pequeño general ensayando su papel en la vida. La fascinación del mar era irresistible. Con un decidido movimiento del brazo, la reina se despojó de su vestido y del zona que sostenía sus pechos. La luz del sol accedió a su cuerpo perfumado.

-¡No te vayas, madre! -chilló Tatro.

-No tardaré -replicó ella, y corrió por la playa a zambullirse en el mar.

Una vez bajo el agua, la criatura bifurcada era tan flexible como un pez y casi tan veloz. Nadando vigorosamente pasó más allá de la oscura forma de la Roca de Linien y emergió a la superficie muy adentro de la bahía. Allí, la costa este se curvaba, creando un angosto pasaje entre el continente y la roca solitaria. MyrdemInggala llamó. De inmediato los delfines, sus familiares, como ella los llamaba, la rodearon.

Venían en orden de rango. Era suficiente que ella dejara escapar un chorro de orina para que las formas plateadas giraran a su alrededor, aproximándose cada vez más, hasta que podía apoyar en dos de ellas sus brazos, tan segura como en su trono.

Sólo los privilegiados podían tocarla. Eran veintiuno. Más allá había un cortejo exterior de sesenta y cuatro delfines. A veces, un miembro de ese cortejo exterior era admitido en el de los favoritos. Más allá había un séquito cuyo número MyrdemInggala no podía precisar. Tal vez fueran algo más de mil trescientos. Se trataba en su mayoría de las madres, los hijos y los ancianos de esa escuela, o nación, como la hubiera denominado la reina.

Más allá del séquito, constantemente en guardia, estaba el regimiento. La reina raras veces veía a sus miembros; le habían aconsejado que no se acercara a ellos, pero estimaba que estaría compuesto al menos por tantos individuos como el séquito. Sabía también que, en las profundidades, residían unos monstruos temidos por los delfines. Era obligación del regimiento custodiar a la corte y al séquito, y advertirles de todo peligro.

MyrdemInggala confiaba más en sus familiares que en sus acompañantes humanos; sin embargo, como en toda relación viva, algo se reservaba. Así como ella no podía compartir su vida en la tierra con los delfines, había algo en las profundidades, algún oscuro conocimiento, del cual ella no podía participar. Esa cosa desconocida, situada más allá de su mente, poseía una música siniestra.

Los miembros de la corte le hablaban con su amplia gama orquestal de voces. Sus agudas tonalidades eran dulces y sencillas: esa mujer recibía la consideración de una reina tanto en tierra como debajo del agua. Más distantes en el mar se oían largos gorjeos barítonos, entremezclados con bajos profundos en una trama asombrosa.

-¿Qué ocurre, queridos míos, mis familiares?

Ellos alzaban sus caras sonrientes y le besaban los hombros. MyrdemInggala conocía a cada uno de los miembros de la corte, y tenía nombres para ellos.

Algo les preocupaba. Relajó sus miembros, dejó que su comprensión fluyera en el agua como su orina. Se sumergió profundamente con ellos en las aguas más frías. Ellos giraban a su alrededor en espirales, rozando por momentos su piel.

La reina esperaba poder ver a los monstruos del océano profundo. No había estado exiliada en Gravabagalinien el tiempo suficiente para ver siquiera una vislumbre. Sin embargo, los delfines parecían expresar que esta vez los peligros venían del oeste.

Ellos le habían advertido el vuelo mortal de los assatassi. Y ahora, aunque su percepción del tiempo no era la misma, le decían que algo se acercaba, lenta pero inexorablemente, y que pronto llegaría. Sintió una extraña excitación. Las criaturas respondían a ella. Cada temblor de su cuerpo se integraba a su música.

Comprendieron su curiosidad y la escoltaron mar adentro.

Ella miró a través del cristal de zafiro del mar. La condujeron hacia el borde de una plataforma sumergida, cubierta de algas que se inclinaban bajo la corriente. Pasaron entre ellas. Más allá había un gran espacio arenoso donde la multitud del séquito, en hileras sucesivas, miraba hacia el oeste.

Y más lejos, moviéndose con la cautela de las patrullas, estaba el regimiento íntegro, cuerpo contra cuerpo, ennegreciendo el mar hasta donde llegaba la vista y más allá. Nunca antes se había permitido a la reina una visión tan completa de toda la escuela, ni había comprendido ella cuán vasta era y cuántos individuos incluía. Del intrincado conjunto surgía una tremenda armonía de sonido que sobrepasaba el nivel del oído humano.

MyrdemInggala emergió a la superficie, seguida por la corte. Podría sumergirse tres o cuatro minutos, y también los delfines tenían necesidad de respirar.

Miró en dirección a la costa. Estaba lejos. “Un día -pensó-, estas hermosas criaturas que amo y en quienes puedo confiar, me llevarán muy lejos de la vista de los hombres. Cambiaré.” La reina no sabía si aquello que anhelaba era la vida o la muerte.

En la costa distante bailaban unas figuras. Una de ellas agitaba una tela. Al principio la reina se indignó, ya que se trataba de su vestido. Luego comprendió que era una señal. Sólo podía significar que se hallaban en problemas. Sus pensamientos, llenos de culpabilidad, se dirigieron a la pequeña princesa.

Se apretó los pechos en un gesto de súbito temor. Dijo una palabra de explicación a la corte de delfines antes de lanzarse hacia la costa. Sus familiares la siguieron; algunos se situaron ante ella en formación de cuña, generando de esta forma una estela que favorecía sus brazadas.

Su vestido estaba intacto sobre el trono custodiado por los phagors. Una de las criadas había desgarrado su propio vestido para agitarlo. Se lo puso de nuevo cuando MyrdemInggala salió del agua, sin el menor deseo de que alguien pudiera comparar su cuerpo con el de la reina.

-¡Un barco! -exclamó Tatro, ansiosa por darle la noticia-. ¡Viene un barco!

Desde una elevación, con el catalejo que ScufBar le llevara, la reina vio la embarcación. Hizo llamar a CaraBansity. Para cuando éste llegó, ya había otras dos velas a la vista, meros manchones en el oscuro horizonte occidental.

CaraBansity se frotó los ojos con su gran mano mientras devolvía el catalejo a ScufBar.

-A mi juicio, señora, la nave más próxima no es borlienesa.

-¿De dónde, entonces?

-Dentro de media hora podremos verlo con claridad.

Ella dijo:

-Eres obstinado. ¿De dónde es la nave? ¿No puedes identificar la insignia de su vela?

-Si pudiera, señora, pensaría que es la Gran Rueda de Kharnabhar. Y eso sería un disparate, porque entonces se trataría de una nave sibornalesa muy lejos de su hogar. Ella le quitó el catalejo.

-Es un barco de Sibornal. Y de buen tamaño. ¿Qué puede estar haciendo en estas aguas?

El deuteroscopista cruzó los brazos con expresión preocupada.

-Aquí no tienes defensas. Esperemos que se dirija a Ottassol y que sus intenciones sean buenas.

-Mis familiares me lo habían advertido -dijo la reina, gravemente.

El día llegaba a su fin. Lentamente, el barco avanzaba. En el palacio había una gran excitación. Se llevaron rodando barriles de alquitrán hasta un promontorio sobre la bahía donde la nave debería anclar si su destino era Gravabagalinien. Si la tripulación se mostraba hostil, al menos sería posible enfrentarse a ella arrojándole alquitrán ardiente.

Hacia el anochecer, la atmósfera se tornó más pesada. Ya no había dudas acerca del jerograma

de la vela. Batalix se ponía entre aureolas concéntricas de luz. La gente entraba y salía del palacio. Freyr desapareció en la misma bruma que su compañero. El crepúsculo se prolongaba; la vela brillaba en el mar; ahora daba bordadas, avanzando contra el viento.

Con la oscuridad aparecieron las estrellas. El Gusano de la Noche despedía un resplandor vivaz, con el brillo opaco de la Cicatriz de la Reina junto a él. Nadie dormía. Temerosa, la pequeña comunidad aguardaba. Se sabía vulnerable.

La reina estaba sentada en su salón. En la mesa ardían altas velas de grasa de ballena. Intacto estaba el vino que una esclava sirviera en una copa de cristal coronada con hielo de Lordryardry. MyrdemInggala permanecía mirando la desnuda pared que tenía al frente, como queriendo leer el destino que le esperaba.

Su edecán entró e hizo una reverencia.

-Señora, hemos oído el tintineo de sus cadenas. Están bajando el ancla.

La reina llamó a CaraBansity y ambos descendieron hasta la playa. Se habían reunido allí varios hombres y phagors, para encender los toneles de alquitrán si era preciso. Sólo ardía una antorcha. La tomó y entró con ella en las aguas oscuras, sin preocuparse de que su vestido se mojara. Alzó la antorcha sobre su cabeza, y se dirigió hacia las otras luces que se aproximaban. De inmediato sintió en las piernas la suave caricia de sus familiares.

Con el ruido de las olas llegó el crujido de los remos.

La nave, con las velas arriadas, era apenas visible. Habían bajado un bote. La reina vio hombres que se esforzaban, las espaldas desnudas, sobre los remos. En el centro del bote había dos hombres de pie; uno sostenía una linterna y la luz iluminaba sus rostros.

-¿Quién se atreve a desembarcar aquí? -gritó la reina.

La ansiosa voz de un hombre le respondió:

-Reina MyrdemInggala, reina de reinas, ¿eres tú?

-¿Quién es? -preguntó ella. Pero había reconocido la voz antes de que su respuesta atravesara la distancia cada vez menor.

-Soy tu general, señora, Hanra TolramKetinet.

Saltó del bote y echó a andar por el agua hacia la costa. La reina hizo con la mano una señal para que los del promontorio no encendieran los barriles de alquitrán. El general apoyó su rodilla en la arena, y tomó la mano en que brillaba el anillo de la piedra azul. Llevó su otra mano a la frente, para sosegarse. La guardia phagor de la reina formaba un semicírculo; sus caras apenas se distinguían en la noche.

CaraBansity se adelantó, con cierta sorpresa, para saludar al acompañante del general. Abrazó a SartoriIrvrash y dijo:

-Tenía motivos para creer que estabas escondido en Dimariam. Por una vez, me he equivocado.

-Es raro que te equivoques, pero en esta oportunidad has errado por un continente respondió SartoriIrvrash-. Como ves, me he convertido en un gran viajero. Y tú, ¿qué haces en este lugar?

-El rey partió, pero yo me quedé. Durante un breve tiempo, JandolAnganol me dio tu antiguo puesto, y casi he muerto por ello. Me he quedado por la ex reina. Está terriblemente abatida.

Ambos hombres miraron a MyrdemInggala y a TolramKetinet, en cuyos semblantes no había sombra de abatimiento.

-¿Y su hijo, Roba? -preguntó SartoriIrvrash-. ¿Tienes noticias de él?

-Tengo y no tengo. -CaraBansity arrugó el entrecejo.-Hace algunas semanas llegó a mi casa de Ottassol, justamente después del vuelo mortal de los assatassi. Ese chico terminará por crear problemas. Le ofrecí un lugar para pasar la noche. -Iba a continuar, pero se interrumpió.- No le hables de Roba a la reina.

Mientras las dos parejas conversaban en la arena, el bote regresó a la carabela para traer a la costa a Odi Jeseratabahr y a Lanstatet. Cuando los remeros arrastraron el bote hasta más arriba de la marca de la marea alta, todo el grupo se dirigió de la playa al palacio, siguiendo a la reina y a TolramKetinet. Se habían encendido luces en algunas ventanas.

Odi Jeseratabahr fue presentada por SartoriIrvrash a CaraBansity, en términos muy cálidos. CaraBansity se mostró frío, manifestando de un modo claro que una almirante sibornalesa no podía

ser bienvenida en suelo borlienés.

-Comprendo tus sentimientos -dijo con voz suave Odi. Estaba pálida y fatigada, con los labios exangües y él pelo enmarañado.

Se preparó una cena para los inesperados huéspedes. El general se reunió con su hermana Mai, y la abrazó. Ella se echó a llorar.

-Oh, Hanra, ¿qué será de todos nosotros? -dijo-. Llévame de regreso a Matrassyl.

-Ahora todo marchará bien -dijo su hermano con seguridad.

Mai se limitó a mostrarse incrédula. Deseaba librarse de la reina; no ser su cuñada.

Comieron pescado, y luego carne de ciervo con salsa de gwing-gwing, y bebieron vino que las fuerzas del rey habían respetado, enfriado con hielo de Lordryardry. Durante la cena, TolramKetinet contó algo acerca de los sufrimientos del Segundo Ejército en la jungla; de vez en cuando se volvía hacia Lanstatet, sentado junto a su hermana, solicitando su opinión acerca de algún incidente. La reina apenas parecía escuchar, aunque era la destinataria de la narración. Comía poco y su mirada, protegida por sus largas pestañas, casi no se levantaba de la mesa.

Más tarde tomó un candelabro de peltre y dijo a sus invitados:

-La noche se acorta. Os conduciré a vuestras habitaciones. Agradezco vuestra presencia más que la de mis anteriores visitantes.

Los soldados y Lanstatet fueron alojados en la parte posterior del palacio. SartoriIrvrash y Odi Jeseratabahr, en una cámara próxima a la de la reina, que cedió a Odi una criada para que la atendiera y vendara sus heridas.

Una vez cumplidas estas disposiciones, MyrdemInggala y TolramKetinet quedaron solos en el salón.

-Temo que estés fatigada -dijo él en voz baja, mientras subían las escaleras. Ella no respondió. Su figura no denotaba cansancio sino una energía contenida.

En el pasillo, las persianas de madera golpeteaban contra las ventanas abiertas. Se oyó el grito de un ave madrugadora. Mirando hacia atrás por encima del hombro, ella dijo:

-No tengo marido, ni tú esposa. Tampoco soy reina, aunque aún me tratan como si lo fuera. Y ni siquiera he sido una mujer desde mi llegada a este lugar. Lo que soy, lo sabrás antes de que acabe la noche.

Abrió de par en par las puertas de su alcoba y le indicó que entrara.

Él se detuvo, vacilante.

-Por la Observadora...

-La Observadora contemplará lo que quiera contemplar. Mi fe ha caído de mí, como lo hará este vestido.

Cuando él entró, ella se desabrochó el cuello de la túnica y la abrió, dejando al descubierto unos pechos perfectos con pezones rodeados por grandes aréolas oscuras. Él cerró la puerta a sus espaldas, y pronunció el nombre de ella.

MyrdemInggala se entregó con un esfuerzo de su voluntad.

Durante lo que quedaba de la noche, no durmieron. Los brazos de TolramKetinet rodeaban su cuerpo, y su carne estaba dentro de su carne.

Y ésa fue, finalmente, la respuesta a la carta que ella enviara por medio del Capitán del Hielo.

La mañana siguiente trajo peligros olvidados la noche anterior. El Unión y el Buena Esperanza se acercaban al puerto indefenso.

A pesar de la crisis, Mai insistió en tener para ella a su hermano durante media hora; mientras le explicaba las miserias de la vida en Gravabagalinien, TolramKetinet se quedó dormido. Para despertarlo, la muchacha le arrojó un vaso de agua. Enfurecido abandonó el palacio y se dirigió a la costa a reunirse con la reina, quien permanecía junto a CaraBansity y a una vieja criada, contemplando el mar.

Los soles estaban en distintos sectores del firmamento, brillando con una intensidad peculiar, debida tal vez a que pronto se ocultarían detrás de las negras nubes de lluvia que ascendían en el cielo. Dos velas centelleaban en esa luz actínica.

El Unión estaba cerca; el Buena Esperanza, a menos de una hora de navegación; eran bien visibles los jerogramas en sus velas desplegadas. El Unión había achicado un poco su velamen para que la otra nave lo alcanzara.

Lanstatet y sus hombres estaban descargando equipo de la Plegaria.

-Ya vienen, ¡que Akhanaba nos ayude! -gritó a TolramKetinet.

-¿Qué hace esa mujer? -preguntó el general.

Una anciana servidora de la reina, la antigua ama de llaves del palacio de madera, ayudaba a los hombres de Lanstatet. Era su forma de expresar su dedicación a la reina. Desde la cubierta un hombre dejaba caer toneles de pólvora por una rampa. La anciana dirigía los toneles cuesta abajo, dejando a un soldado libre de cumplir otras misiones.

-Estoy ayudando, ¿qué te crees? -respondió. Pero se distrajo. El siguiente tonel rodó fuera de la rampa y golpeó a la anciana en el hombro, derribándola de cara contra el suelo.

La levantaron, sin que dejara por un instante de protestar, y la ayudaron a sentarse sobre un cofre. La sangre corría por su rostro. MyrdemInggala acudió a su lado para atenderla.

Mientras la reina se arrodillaba junto ala vieja criada, sintió la mano de TolramKetinet sobre su hombro.

-Mi llegada te ha traído problemas. No era ésa mi intención. Tal vez habría sido mejor que me hubiese dirigido directamente a Ottassol.

La reina, sin responder, puso en su regazo la cabeza de la anciana: tenía los ojos cerrados, pero su respiración era regular.

-Espero que no lo lamentes.

Se volvió hacia él con expresión de angustia.

-Hanra, no lamento la noche que hemos pasado juntos. Era mi deseo que así fuera. Creí estar libre de Jan. Pero no logré lo que esperaba; y soy yo quien tiene la culpa de eso, no tú.

-Estás libre de él. Se ha divorciado, ¿no es verdad? -Hanra parecía enojado.- Sé que no soy un buen general, pero...

-¡No es eso! -replicó ella con impaciencia-. Nada tiene que ver contigo. ¿Qué me importa a mí que hayas perdido tu maldito ejército? Hablo de un vínculo, un estado que compartieron dos personas durante varios años... Algunas cosas no se acaban cuando lo deseamos. Jan y yo... Es como no poder despertar... No sé cómo expresarlo... No soy capaz...

-Estás fatigada -dijo él con cierta irritación. A veces las mujeres pierden la calma. Ya hablaremos de esto más tarde. Ocupémonos ahora de la emergencia. -Señaló el mar y dijo con voz grave:- Si el Amistad Dorada no ha aparecido, es que estaba demasiado dañado. La almirante Jeseratabahr dice que en él Venía Dienu Pasharatid. Quizás ella haya muerto, en cuyo caso Io Pasharatid, que está a bordo del Unión, estará decidido a vengarse.

-Tengo miedo de ese hombre -dijo MyrdemInggala-. Y con excelentes motivos. -Se inclinó sobre la anciana.

El general la miró de soslayo.

-Estoy aquí para protegerte.

-Eso supongo -respondió ella en un tono inexpresivo-. Al menos, tu lugarteniente lo intenta.

JandolAnganol se había ocupado expresamente de que el palacio no contara con armas para defenderse. Pero las piedras que afloraban más allá de la Roca de Linien obligaban a toda nave de considerables dimensiones, como el Unión, a pasar entre la Roca y la parte más elevada de la costa; y en esto radicaba la esperanza de los defensores. GortorLanstatet había aumentado su fuerza de trabajo con phagors. Valiéndose de unas grúas habían bajado dos grandes cañones de la Plegaria de Vajabahr, y ahora los empujaban hacia el promontorio desde el cual dominarían la bahía.

ScufBar y otro criado trajeron unas angarillas para llevar a la mujer herida al palacio, después de que aplicaran a su rostro vendas con hielo.

TolramKetinet se apartó de la reina para ayudar a situar los cañones. Tenía plena conciencia del peligro. Aparte de los phagors y unos cuantos criados sin armas, las fuerzas defensoras de Gravabagalinien constaban de los trece hombres que habían venido con él desde Ordelay. Las dos

naves sibornalesas que se acercaban debían de traer, cada una, cincuenta soldados bien armados.

El Unión de Pasharatid cambiaba de rumbo, presentando una banda a la costa.

Tirando de cuerdas, los hombres se esforzaban para poner en posición el segundo cañón. CaraBansity se acercó a la reina, con los brazos cruzados, y dijo: -Señora, los consejos que he dado al rey fueron mal recibidos. Querría ofrecerte

algunos, esperando mejor acogida. Tú y tus damas deberíais ensillar unos hoxneys y alejaron hacia el interior sin demora.

Una triste sonrisa iluminó el rostro de MyrdemInggala.

-Me alegra tu preocupación, Bardol. Tú debes marcharte. Vuelve con tu esposa. Este sitio es ahora mi hogar. Se dice, como sabes, que Gravabagalinien es la residencia de espectros que murieron en combate hace mucho. Antes de marcharme, prefiero unirme a esas sombras.

CaraBansity asintió.

Sea, pues. En ese caso, señora, también yo me quedaré.

La expresión de la reina reflejaba su satisfacción. En un impulso, ella preguntó:

-¿Qué piensas de la extraña alianza entre nuestro amigo Rushven y la dama Uskuti..., nada menos que una almirante?

-Ella guarda silencio, pero no me inspira confianza. Tal vez sería mejor que se marcharan de aquí. La manga de un sibornalés siempre oculta algo más que un brazo. Debemos usar la astucia, señora; poco más puede ayudarnos.

-Ella parece sinceramente consagrada a mi ex canciller.

-Si es así, ha desertado, señora. Y eso puede dar a Pasharatid un nuevo motivo para desembarcar. Sácala de aquí, por la seguridad de todos.

Una nube de humo, en el mar, ocultó íntegro al Unión, a excepción de su velamen. Un instante después se oyeron explosiones.

Las balas cayeron en el agua, al pie de un risco. En la segunda andanada, los artilleros serían más certeros. Sin duda el vigía había advertido las maniobras con el cañón.

Pero los disparos eran sólo una advertencia. El Unión giró a babor, dirigiéndose en línea recta hacia la bahía.

La reina estaba sola; su pelo largo, aún desatado, flameaba al viento. En cierto sentido, estaba preparada para morir. Quizá fuera el mejor modo de resolver sus problemas. Para su consternación, no estaba dispuesta a aceptar a TolramKetinet, un hombre honesto pero poco sensible. Estaba irritada consigo misma, por sentirse emocionalmente obligada hacia él. La verdad era que el cuerpo de Hanra y sus caricias habían despertado en ella un intenso deseo de jan. Se sentía ahora más sola que antes.

Además, podía adivinar con melancólico desapego la soledad dejan. Sentía que de haber sido más madura hubiera podido aliviarla.

Sobre el mar, el monzón creaba golfos de sombras y luces oblicuas. A lo lejos, la lluvia azotaba el agua. Las nubes estaban más bajas. El Buena Esperanza casi se había perdido en la oscuridad. Y el mismo mar... MyrdemInggala miró con atención, y vio a sus familiares por todas partes. Lo que había tomado por un oleaje era el incesante movimiento de sus cuerpos. La lluvia le golpeó el rostro.

Al instante siguiente, todo el mundo se debatía bajo un diluvio.

El cañón se atascó en el barro. Un hombre cayó de rodillas, despotricando. Todo el mundo aullaba y maldecía. Si la lluvia continuaba, sería imposible encender la pólvora.

Por otra parte, no había ya esperanza de situar correctamente el cañón. El viento giró con la tempestad. El Unión volaba hacia la bahía.

Cuando el barco llegó a la altura de la Roca de Linien, los delfines actuaron. Se movían en formación, tanto las cortes como el regimiento. Sus cuerpos impedían la entrada a la bahía.

Los marineros del Unión, casi enceguecidos por la lluvia, gritaban y señalaban los cuerpos debajo del casco. Era como si la nave se moviera sobre negros y brillantes cantos rodados. Los delfines apretaron sus cuerpos contra la madera. El Unión, crujiendo, se detuvo.

Dando voces excitadas, MyrdemInggala olvidó sus penas y corrió hacia el agua. Aplaudía y

alentaba a sus agentes. Saltaba y chapoteaba mojándose el vestido. Se zambulló en la resaca. Ni siquiera TolramKetinet se atrevió a seguirla. La nave se erguía sobre ella como una montaña; la lluvia caía cada vez con más fuerza.

Uno de sus familiares emergió del agua como si estuviese esperando su llegada, tomando con la boca la tela de su vestido. La reina lo reconoció como un miembro principal de la corte y pronunció su nombre. Entre la confusa melopea de los ruidos que emitía el delfín, había un mensaje urgente que logró comprender: "Vete o unas cosas gigantescas -ella no podía determinar cuáles- se apoderarán de ti". Algo, en las remotas profundidades, seguía la huella de su olor.

MyrdemInggala sintió temor. Se retiró, guiada por su familiar. Cuando llegó a la playa, recogiendo su vestido empapado, él se hundió entre la espuma.

El Unión se hallaba muy cerca. Entre la costa y el barco estaban los cuerpos apretados de los delfines. A través de la lluvia torrencial, ella reconoció la autoritaria figura de Io Pasharatid, y él también reconoció a la reina de reinas.

Estaba de pie, con aire siniestro, en la anegada cubierta, con su chaqueta de lona desabrochada y la gorra sobre los ojos. La miró y luego actuó.

Empuñaba una lanza. Se acercó a la borda y, sosteniéndose de la barandilla, se inclinó y la clavó en el agua una y otra vez. Roja sangre chorreaba por la hoja. Las aguas se cubrieron de espuma. Pasharatid clavó su lanza una y otra vez.

Para los supersticiosos marineros, el delfín era una criatura sagrada. Aliado de los espíritus de las profundidades, jamás hacía daño a los marinos. Atacar a un delfín era poner la propia vida en peligro.

Pasharatid se vio rodeado de furiosos marineros. Le arrancaron la lanza a viva fuerza y la arrojaron lejos. Los espectadores de la costa vieron cómo se debatía hasta que sus soldados acudieron para liberarlo. La disputa continuó un rato más. Los familiares de la reina habían conseguido cerrar el camino a Gravabagalinien.

La tormenta estaba en su apogeo. Las olas eran cada vez más altas, y rompían contra la playa con magnífica furia. La reina lanzaba gritos de triunfo, desmelenada y muy parecida a su madre muerta, la salvaje Shannana, hasta que finalmente TolramKetinet la arrastró hacia suelo más firme, temiendo que volviera a arrojarse al mar.

Un relámpago centelleó en el corazón de la tormenta; y luego se oyó un trueno. Entre las nubes rasgadas apareció de pronto el contorno del Buena Esperanza. Estaba a unos trescientos metros del Unión, y sus tripulantes luchaban para evitar que se destrozara contra la costa.

Una hilera de delfines salió de la bahía, más allá del Buena Esperanza, como si algo los llamara.

El mar estaba convulsionado alrededor de la nave de Lorajan. Más tarde, quienes estaban en la costa juraron que el agua hervía. La agitación creció y se vislumbraron tremendos movimientos. Luego una masa se elevó sobre el agua, agitó su cabeza entre las olas, y se elevó aún más, hasta que sobrepasó los mástiles del barco. Tenía ojos. Tenía una quijada inmensa y unos bigotes que se retorcían como anguilas. El cuerpo emergió del mar, cubierto de gruesas escamas, mayores que el torso de un hombre. Su elemento era la tempestad.

Se vieron nuevas espirales, y apareció un segundo monstruo, furioso, a juzgar por los violentos desplazamientos de su cabeza. Se alzó como una serpiente gigantesca y luego azotó las olas mientras en el viscoso aire aún brillaba su cuerpo enroscado.

Su cabeza volvió a emerger, sacudiendo al Buena Esperanza. Las dos criaturas unieron sus fuerzas. Se retorcían como si se tratase de un juego obsceno. Una cola restalló contra el costado de la nave, rompiendo tablazones y clavijas.

Luego ambas bestias desaparecieron. El agua volvió a su quietud anterior. Habían obedecido al llamado de los delfines y ahora retornaban a las profundidades. Aunque rara vez aparecían ante los ojos de los hombres, esas grandes criaturas se contaban entre los seres vivientes que se habían adaptado al Gran Año de Heliconia.

En esa etapa de su existencia, las grandes serpientes eran asexuadas. Su época de feroces acoplamientos había quedado muy atrás. Eran entonces criaturas voladoras y pasaban siglos en

amorosa anorexia, entregadas a la procreación. Como inmensas libélulas, los seres de su especie habían revoloteado sobre los dos solitarios polos del planeta, libres de adversarios e incluso de testigos.

Al llegar el Gran Verano, esos seres aéreos habían emigrado a los mares del sur, y en particular al Mar de las Águilas, donde su aparición había conducido a algún marino, muerto hacía mucho y poco versado en ornitología, a dar ese nombre al océano. Después de desprenderse de sus alas en las remotas islas de Poorich y Lordry, las grandes criaturas habían reptado hacia el mar, para procrear en él.

Pasaban el verano en el mar. Los grandes cuerpos terminarían por disolverse, alimentando a los assatassi y a otros habitantes del agua. Sus voraces crías recibían el nombre de peces cuchara, aunque de ningún modo eran peces. Cuando sentían los fríos del largo invierno, los peces cuchara subían a tierra y adoptaban una nueva forma que recibía el mal nombre de Gusano de Wutra.

En su actual etapa asexuada, las dos serpientes habían sido inducidas a la actividad por un recuerdo de su distante pasado. Los delfines habían evocado esa memoria en la forma de la huella de un olor, implantado en las aguas por la reina de reinas durante su período menstrual. Inquietas y desconcertadas, las serpientes enroscaban sus anillos, pero ninguna fuerza era capaz de hacer volver aquello que se había ido.

La tremenda aparición había eliminado todo deseo de lucha en los tripulantes del Unión y el Buena Esperanza. Gravabagalinien era un lugar encantado. Ahora los invasores lo sabían. Ambas naves izaron cuanta vela pudieron y huyeron hacia el este, con la tempestad a sotavento. Desaparecieron detrás de las nubes.

Los delfines se marcharon.

Sólo se oía el sordo estruendo de las aguas embravecidas al romper contra la Roca de Linien.

Bajo la lluvia, los defensores humanos de Gravabagalinien se dirigieron al palacio de madera.

Las salas del palacio resonaban como tambores bajo la lluvia. El sonido se atenuaba al amenguar la lluvia, para seguir al instante con renovado vigor.

En la cámara principal se celebraba un consejo de guerra presidido por la reina.

-En primer lugar debemos comprender qué clase de hombre es nuestro enemigo -dijo TolramKetinet-. Canciller SartoriIrvrash, dinos sin rodeos todo lo que sepas acerca de Io Pasharatid.

SartoriIrvrash se puso de pie, hizo una reverencia a la reina, y luego se pasó la mano por la calva. Lo que debía decir sería breve, pero nada agradable. Se excusaba por recordar cosas pasadas e infortunadas, pero el futuro siempre estaba ligado con el pasado de maneras que ni siquiera los más sabios podían desentrañar. Podía decir, por ejemplo...

Sorprendió la mirada de Odi Jeseratabahr y fue al grano, encorvando los hombros. Durante los años pasados en Matrassyl había sido su obligación como canciller conocer los secretos de la corte. Cuando YeferalOboral, el siempre bien recordado hermano de la reina, aún vivía, había descubierto que Pasharatid, entonces embajador de su país, gozaba de los favores de una muchacha joven del pueblo cuya madre regenteaba una casa de mala reputación. Y también había sabido por VarpalAnganol que Pasharatid solía espiar el cuerpo desnudo de la reina. Era un bandido lujurioso y despiadado a quien sólo podía controlar su esposa, a la cual ahora había suficientes razones para considerar muerta.

Además, quería recordar un rumor -tal vez algo más que rumor- escuchado a un guía llamado el Señalador del Camino, durante su viaje a través del desierto hacia Sibornal. Ese rumor afirmaba que Io Pasharatid había asesinado al hermano de la reina.

-Yo sé que así ha sido -dijo MyrdemInggala-. Y no hay duda de que Io Pasharatid es un hombre muy peligroso.

TolramKetinet se puso de pie.

Adoptando una postura militar, habló con floreos retóricos mientras miraba de soslayo a la reina para ver cómo recibía sus palabras. Estaba claro, dijo, que debían temer a Pasharatid. Era razonable suponer que estaba al mando del Unión y que, en virtud de sus relaciones, podía imponer su autoridad al comandante del Buena Esperanza. Él, TolramKetinet, había considerado la situación

militar desde el punto de vista del enemigo, estimando que Pasharatid haría lo siguiente. Uno...

-Por favor, sé breve o el hombre se presentará ante esta mesa -dijo CaraBansity-. Ya sabemos que eres tan buen orador como general.

Con el ceño fruncido, TolramKetinet continuó. Pasharatid decidiría que con esas dos naves era imposible apoderarse de Ottassol. Su mejor posibilidad radicaba en capturar a la reina y obligar luego a Ottassol a aceptar sus exigencias. Debían prever que Pasharatid desembarcaría en algún punto al este de Gravabagalinien, donde encontrara una playa accesible. Luego avanzaría con sus hombres hacia el palacio. Él, TolramKetinet (se golpeó el pecho mientras decía esto) declaraba que debían preparar de inmediato la defensa contra este ataque por tierra, por la seguridad de la reina.

Después del debate, la reina dio las órdenes. Una gotera caía sobre la mesa.

-Como el agua es mi elemento, no puedo quejarme si el techo está deteriorado -dijo. Luego recomendó que se construyeran defensas alrededor del palacio y que el general preparara el inventario de todas las armas y elementos de guerra existentes, incluyendo el armamento de la Plegaria de Vajabahr.

Volviéndose hacia SartoriIrvrash, ordenó que Odi Jeseratabahr y él partieran del palacio cuanto antes, para lo cual dispondrían de tres hoxneys.

-Eres generosa, señora -dijo SartoriIrvrash, aunque su expresión manifestaba lo contrario-. Pero ¿puedes prescindir de nosotros?

-Sí, si tu compañera está en condiciones de montar.

-No lo creo.

-Rushven, puedo prescindir de ti, como lo hizo Jan. Tú fuiste su consejero en el asunto del divorcio, ¿verdad? Y entiendo que tu nueva consorte es o ha sido amiga del depravado Io Pasharatid.

Fue un ataque por sorpresa.

-Señora, había graves problemas. Asuntos políticos. Yo estaba obligado a defender al rey...

-Solías decir que defendías la verdad. El ex canciller buscó distraídamente algo en su charfrul, como si quisiera un veronikano; luego alisó sus patillas.

-A veces las dos cosas coincidían. Tu tierno corazón y la voluntad del rey han apoyado a los phagors en nuestro reino. Y sin embargo, ellos son la causa de todas las dificultades humanas. En el verano tenemos la oportunidad de librarnos de ellos, porque su número es menor. Pero es entonces cuando nos entregamos a nuestras disputas, sin ver que son ellos el principal enemigo. Créeme, señora; he estudiado historias como la Thribriatíada de Brakst y he descubierto...

La reina no miraba a SartoriIrvrash con resentimiento, pero alzó su mano.

-Basta, Rushven. Hemos sido amigos, pero ahora nuestras vidas han cambiado. Vete en paz.

Inesperadamente, el ex canciller rodeó la mesa y tomó la mano de MyrdemInggala.

-Nos iremos, nos iremos. Estoy habituado a la crueldad. Pero antes de partir concédeme un favor... Con la ayuda de Odi, he descubierto algo de vital importancia para todos nosotros. Iremos a Oldorando, y presentaremos el hallazgo al Santo C'Sarr, esperando que merezca recompensa. Y también confundirá a tu ex marido, cosa que tal vez te agrade...

-¿Cuál es tu pedido? -respondió la reina, con irritación-. Acaba de una vez. Tenemos asuntos más importantes.

-Es algo relacionado con nuestro descubrimiento, señora. Cuando todos vivíamos tranquilamente en el palacio de Matrassyl, yo solía leer cuentos a tu hija. Poco te importa eso ahora. Y recuerdo el hermoso libro de cuentos que poseía Tatro. ¿Me permitirías que llevara ese libro a Oldorando?

MyrdemInggala sofocó algo a mitad de camino entre risa y grito.

-Estamos esperando un ataque y tú pides un libro de cuentos de hadas infantiles. ¡Llévatelo si quieres, y luego márchate, y llévate también esa lengua incansable!

Él besó su mano. Mientras retrocedía hacia la puerta, acompañado por Odi, sonrió y dijo:

-La lluvia se acaba. No temas, pronto estaremos lejos de este inhospitalario refugio.

La reina arrojó un candelabro hacia la espalda que se alejaba.

A un lado del palacio había un extenso jardín donde crecían hierbas y árboles frutales. En un sector cercado se criaban cerdos, gallinas, cabras y gansos. Detrás del cerco había una hilera de árboles retorcidos, y más allá unas antiguas fortificaciones de tierra, bajas y cubiertas de hierba, que separaban el palacio de los terrenos cenagosos del este, es decir la zona por donde era probable que apareciesen las fuerzas de Pasharatid.

Después de examinar la situación, TolramKetinet y Lanstatet decidieron utilizar la antigua fortificación.

Habían pensado también en salir de Gravabagalinien por mar. Pero al no haber sido anclada y amarrada con la debida pericia, la carabela había sufrido daños durante la tormenta y no podía ser considerada segura.

Todo lo que servía fue descargado del barco. Se utilizaron en parte sus mástiles para construir una atalaya en el árbol más fuerte.

Una vez que se hubo secado el suelo, algunos phagors fueron enviados a levantar una empalizada en la parte superior del promontorio. Otros cavaban trincheras.

Mientras se marchaban, SartoriIrvrash y Odi Jeseratabahr observaron estas escenas de actividad. Iban montados en hoxneys, y llevaban su equipaje en un tercer animal. Al ver a CaraBansity, quien supervisaba las excavaciones, SartoriIrvrash se detuvo.

-Debo despedirme de mi viejo amigo -dijo mientras desmontaba.

-No te demores -recomendó Odi-. Por mi causa, aquí no te quedan amigos.

El asintió y se dirigió hacia el deuteroscopista, alzando los hombros.

CaraBansity se hallaba en una zona pantanosa, vigilando el trabajo de los phagors. Cuando elevó los ojos y vio a SartoriIrvrash, su rostro se oscureció; luego, como forzado por la excitación, sonrió. Urgió al ex canciller a que se acercara.

-Aquí está el pasado... Estos terraplenes formaban parte de un viejo sistema de fortificaciones. Los phagors están revelando la geometría de la leyenda...

Se dirigió a un pozo recién excavado. SartoriIrvrash lo siguió. CaraBansity se arrodilló al borde, sin pensar en el lodo. Del suelo de turba emergía lo que SartoriIrvrash tomó al principio por un viejo bolso negro achatado. Era o había sido un hombre, con el cuerpo volcado hacia la izquierda. Su breve túnica de cuero y sus botas sugerían que había sido un soldado. Se veía, semioculto, el puño de una espada. La boca del hombre, desfigurada por los dientes rotos, había adoptado por la presión de la tierra una sonrisa macabra. La carne tenía un color castaño brillante.

Estaban apareciendo otros cuerpos. Los phagors trabajaban sin interés, extrayendo el barro con las manos. Vieron otro soldado momificado, con una terrible herida en el pecho. Las arrugas del rostro eran tan nítidas como un dibujo a pluma. No tenía ojos, lo que daba a su expresión una melancólica vacuidad.

El olor a estiércol húmedo era terrible.

-El suelo de turba los ha conservado -dijo SartoriIrvrash-. Pueden ser soldados que murieron en el combate, o por algún otro desastre, hace tal vez cien años.

-Mucho más que eso -dijo CaraBansity, saltando a la trinchera. Desprendió uno de varios objetos que a SartoriIrvrash le parecían piedras y se lo mostró-. Probablemente esto es lo que mató al soldado de los dientes rotos. Es una semilla de rajabaral, dura como el hierro. Quizá la hayan cocido, y por eso no ha germinado. Han pasado seis siglos desde la primavera, la época en que el rajabaral da semilla. Los atacantes las usaban como balas de cañón. Aquí se libró la legendaria batalla de Gravabagalinien. Y hemos encontrado el lugar, porque otra vez será utilizado para combatir.

-Pobres diablos.

-¿Ellos o nosotros? -CaraBansity se movió hacia otro punto de la excavación. Debajo del hombre herido en el pecho, era parcialmente visible un phagor. Tenía el rostro negro y el pelaje enrojecido por la turba; parecía una cosa vegetal comprimida.- Puedes ver cómo, incluso entonces, hombres y phagors luchaban y morían juntos.

SartoriIrvrash resopló disgustado.

-También podían ser enemigos. Nada prueba una cosa ni la otra.

-Es un mal presagio. No quisiera que la reina viese esto. Ni TolramKetinet; se asustaría. Mejor será cubrir esos cuerpos. El ex canciller se dispuso a continuar su camino. -No todos ocultamos los secretos que hallamos, amigo. Poseo conocimientos que, una vez expuestos ante las autoridades de Pannoval, provocarán una Guerra Santa contra la especie de dos filos en todo Campannlat.

CaraBansity lo miró con ojos enrojecidos.

-Y te pagarán por iniciar esa guerra, ¿verdad? Mejor sería que vivieras y dejaras vivir.

-Lo dices tú, Bardol; pero no esas criaturas. Su credo es diferente. Si no actuamos, su número crecerá y nos destruirán. Si tú hubieras visto los rebaños de flambregs...

-No te dejes llevar por la pasión. La pasión siempre atrae problemas... Y ahora continuaré con mi trabajo. Probablemente hay cientos de cadáveres sepultados aquí.

Cruzando los brazos, SartoriIrvrash dijo:

-Me has recibido con frialdad, como la reina.

CaraBansity emergió lentamente de la trinchera.

-Su majestad te ha dado lo que has pedido, un libro y tres hoxneys. -Mordiéndose un nudillo miró al ex canciller.

-¿Por qué estás contra mí, Bardol? ¿Has olvidado que cuando jóvenes mirábamos por tu telescopio, y observábamos juntos las fases de Kaidaw? ¿Y que de esas observaciones dedujimos la geometría cósmica en que habitamos?

-No lo he olvidado. Pero has venido aquí con una oficial sibornalesa, una enemiga de Borlien. La reina corre peligro de muerte, y el reino, de disolución. Yo no quiero a JandolAnganol ni a los phagors; pero prefiero que sobrevivan para que la gente pueda seguir mirando por el telescopio. Si derribas el reino, como deseas, destruirás los telescopios.

Miró hacia el mar, más allá de los árboles, con una expresión de amargura, y encogiéndose de hombros, agregó:

-Ya has visto cómo ha sido borrada Keevasien, que fue una vez un lugar de cultura y el hogar del gran YarapRombry. La cultura florece mejor bajo una vieja injusticia que bajo una nueva. Eso es todo lo que quiero decir.

-Defiendes tu modo de vida.

-Siempre lucharé por mi propio modo de vida. Creo en él. Aunque signifique un combate concreto. Ve y llévate a esa mujer; y no olvides que siempre hay algo más que un brazo en la manga de un sibornalés.

-¿Por qué me hablas de ese modo? Soy una víctima. Un vagabundo. Un exiliado. He perdido el trabajo de toda mi vida. Yo podría haber sido el YarapRombry de nuestra época... Soy inocente.

CaraBansity sacudió su gran cabeza.

-A tu edad la inocencia es un crimen. Vete con tu mujer. Ve a esparcir veneno.

Se miraron desafiantes. El ex canciller suspiró; CaraBansity volvió a su trinchera.

SartoriIrvrash regresó adonde Odi Jeseratabahr lo esperaba con los animales. Montó en su hoxney sin decir palabra, con los ojos llenos de lágrimas.

Siguieron el sendero que llevaba hacia el norte, hacia Oldorando. JandolAnganol y sus hombres habían recorrido ese mismo sendero unos pocos días antes, rumbo al hogar de su futura esposa asesinada.

XIX
OLDORANDO

Los dos soles refulgían en el cielo libre de nubes, aplastando la pradera con su luz combinada.

El rey JandolAnganol, el Águila de Borlien, gozaba al verse otra vez en el desierto. Sus placeres no se parecían a los de todos los hombres. Consistían principalmente en duras marchas y

breves descansos. Eso no era del agrado del enviado del C'Sarr, Alam Esomberr, que prefería la molicie.

El rey, sus fuerzas y su séquito eclesiástico se acercaron a Oldorando desde el sur, por uno de los viejos caminos de los peregrinos, que conducía, a través de Oldorando, a la Santa Pannoval.

Oldorando estaba en el centro de los caminos de Campannlat. La ruta migratoria de los phagors y los diversos ucts de los Madis pasaban muy cerca de la ciudad, al este y al oeste. La antigua ruta de la sal zigzagueaba hacia el norte, donde estaban los Quzints y el lago Dorzin. Al oeste se encontraba Kace, la prostituida Kace, hogar de artesanos, vagabundos, malhechores y asesinos; y al oeste, Borlien, la amable Borlien, también hogar de malhechores.

JandolAnganol entraba en un territorio que estaba, como el suyo, en guerra con los bárbaros. La guerra entre Kace y Oldorando se debía tanto a la torpeza del rey Sayren Stund como a la villanía de los Kaci.

Ante el colapso del Segundo Ejército, JandolAnganol había establecido lo que en general era considerado como una paz cobarde con los clanes serranos de Kace, enviándoles un valioso presente de cereal y veronikanos para sellar el armisticio.

Para los Kaci, la paz era relativa; estaban acostumbrados de antiguo a las querellas intestinas. Se limitaron a colgar sus ballestas detrás de la puerta de sus cabañas, y continuaron con sus ocupaciones tradicionales. Éstas consistían en la caza, las disputas sangrientas, la alfarería -hacían excelentes vasijas que cambiaban por tapices a los Madis-, el robo, la minería de piedras preciosas, y la constante presión para que sus escuálidas mujeres trabajaran más. Pero la guerra contra Borlien, a pesar de su carácter esporádico, había generado en los clanes un nuevo sentimiento de unidad.

Tal vez por azar, los clanes dominantes de Kace lograron eludir las pendencias durante la prolongada celebración de la victoria (cuando el grano de JandolAnganol se convirtió en algo apto para beber), y reconocieron como soberano universal a un poderoso bruto llamado Skrumpabowr. A modo de gesto de buena voluntad para festejar su elección, Skrumpabowr ordenó que todos los oldorandanos residentes en territorio de Kace fueran masacrados, o mejor dicho empalados, según la costumbre local.

La siguiente decisión de Skrumpabowr fue reparar los daños causados por la guerra en las terrazas irrigadas y en las aldeas del sudeste. Para este fin, alentó el ingreso de phagors desde Randonan, Quain y Oldorando. A cambio de su trabajo les aseguró protección contra los drumbles que se sucedían en Oldorando. Como eran paganos, los clanes Kaci no veían razón alguna para perseguir a los phagors mientras se comportasen correctamente y no miraran a sus mujeres.

JandolAnganol escuchó estas noticias complacido. Confirmaban sus dotes de diplomático. Pero los Apropiadores pensaban de otro modo. Los Apropiadores eran los militantes del Sacro Imperio Pannovalano, con relaciones de alto rango en la sede de Pannoval. Se rumoreaba que el mismo Kilandar IX había sido un Apropiador en su juventud.

Una fuerza montada de Apropiadores salió de la ciudad de Oldorando e hizo una osada incursión en Akace, el sórdido pueblo de montaña que hacía las veces de capital, matando a un millar de phagors recién llegados, así como a unos pocos Kaci.

Este triunfo no llegó a ser una victoria completa. En su viaje de regreso, los clanes de Skrumpabowr sorprendieron a los Apropiadores, descuidados por el éxito obtenido, y los mataron a su vez, y a muchos de las maneras más sádicas. Sólo un Apropiador llegó a Oldorando, más muerto que vivo, para informar del suceso. Una fina vara de bambú introducida en su ano le atravesaba el cuerpo, y la punta aguzada salía por detrás de su clavícula derecha. Había sido empalado.

Las noticias de este ultraje llegaron a oídos del rey Sayren Stund. Declaró la guerra santa contra los bárbaros y puso precio a la cabeza de Skrumpabowr. Desde entonces se había derramado la sangre de ambas facciones, aunque sobre todo la de Oldorando. En el momento actual, la mitad del ejército oldorandano -en el que no se permitía la presencia de phagors- avanzaba a marchas forzadas entre los shoatapraxis que abundaban en las áridas laderas de Kace.

El rey perdió pronto su interés por la guerra. Después del asesinato de su hija mayor, Simoda Tal, se encerró en su palacio y era visto raras veces. Sólo pareció despertar cuando se enteró de la llegada de JandolAnganol, y esto a instancias de sus asesores, su reina Madi y su hija sobreviviente,

Milua Tal.

-¿Cómo hemos de entretener a este gran rey, Sayren querido? -preguntó la reina Bathkaarnet- ella con voz cantarina-. Soy poca cosa, apenas una flor, y además inválida. Una flor inválida. ¿Deseas que le cante mis canciones del Viaje?

-Personalmente, no me interesa ese hombre. No tiene cultura -dijo su marido-. Jandol traerá su guardia phagor, ya que no puede pagar verdaderos soldados. Si debemos tolerar a esos seres pestilentes en nuestra capital, bien podrían entretenemos con sus juegos de animales amaestrados.

El clima de Oldorando era cálido y enervante. La erupción del Rustyjonnic había inaugurado una época de actividad volcánica. A menudo flotaba sobre la ciudad una nube sulfurosa. Las banderas que el rey ordenó izar para saludar a su primo de Borlien colgaban inmóviles en la atmósfera sin aire.

El rey de Borlien estaba poseído por una impaciente energía. La marcha desde Gravabagalinien había llevado casi todo un décimo; primero a través de los campos de loes, y luego del desierto. No había, para JandolAnganol, un paso lo bastante rápido. Sólo la Guardia Phagor no se quejaba.

Continuamente llegaban malas noticias a la columna. En todo el reino había cosechas arruinadas y hambre; las pruebas estaban a la vista por doquier. El Segundo Ejército no había sufrido una mera derrota; jamás resurgiría de las junglas de Randonan. Los pocos que quedaban se ocultaban en sus hogares, jurando que jamás volverían a combatir. Los batallones phagor que habían logrado sobrevivir, desaparecieron en los desiertos.

Las noticias de la capital no eran más alentadoras. El arcipreste BranzaBaginut, aliado de JandolAnganol, escribía que Matrassyl estaba en plena efervescencia y que los barones amenazaban con tomar el poder y gobernar en nombre de la scritina. El rey debía actuar de modo concreto, y tan pronto como pudiera.

JandolAnganol gozaba estando en marcha, viviendo de la caza que se encontrase, durmiendo en campamentos; toleraba incluso los días de luz brillante lejos de los monzones de la costa. Era como si se regocijara de sus emociones en ebullición. Su rostro parecía más tenso y delgado, y aún más resuelto.

Alam Esomberr sentía menos entusiasmo. Educado en su casa paterna, en los escondrijos subterráneos de Pannoval, se sentía infeliz en campo abierto, y le sublevaba la marcha forzada. Finalmente, el elegante enviado del Santo C'Sarr ordenó un alto, sabiendo que contaba con el apoyo de su fatigada comitiva.

Era la medialuz; gruesas flores brillantes se abrían entre las opacas hierbas, invitando a las mariposas. Un pájaro gritó, reiterando las dos mismas notas.

Habían dejado atrás la zona cultivada de loes, y atravesaban un desierto páramo que apenas podía mantener algunas aldeas dispersas. En procura de sombra, la comitiva del enviado se colocó bajo un enorme deniss cuyas hojas suspiraban en la brisa. Del árbol surgían muchas ramas, algunas antiguas, otras nuevas, que se sostenían lánguidamente -como el mismo Esomberr- extendiéndose en todas direcciones.

-¿Qué te persigue, Jandol? -preguntó Esomberr-. ¿Por qué corremos, si no es sólo por correr? O dicho de otra forma, ¿te aguarda en Oldorando un destino mejor que el que abandonaste en Gravabagalinien?

Estiró las piernas y miró divertido el rostro del rey.

JandolAnganol estaba cerca, en cuclillas, meciéndose. Un leve olor a humo llegó hasta su nariz; buscó su origen. Arrojaba piedrecillas al suelo.

Un grupo de capitanes, el armero real y otros, descansaban a corta distancia. Algunos fumaban veronikanos; uno bromeaba con Yuli, pinchándolo con una vara.

-Debemos llegar a Oldorando lo antes posible. -El rey hablaba como quien no quiere discusiones, pero Esomberr insistió.

-También yo deseo ver esa sórdida ciudad, aunque sólo sea para sumergirme durante algunos milenios en alguna de sus famosas termas. Eso no implica que esté ansioso por correr hasta allí. Has cambiado desde tus días de Pannoval, Jandol. No eres tan divertido, por decirlo de algún modo.

El rey arrojaba piedrecillas con mayor violencia.

-Borlien necesita la alianza con Sayren Stund. Ese deuteroscopista que me regaló el reloj de tres caras, Bardol CaraBansity, dijo que nada tengo que hacer en esa ciudad. Entonces sentí la convicción de que debía ir. Mi padre me apoyó. Sus últimas palabras, mientras moría en mis brazos, fueron "Ve a Oldorando". Y como el necio de TolramKetinet permitió que barrieran su ejército, sólo puedo unirme a Oldorando. Los destinos de Borlien y Oldorando siempre han estado vinculados. -Arrojó con furia la última piedra, para cerrar la discusión.

Esomberr no respondió. Recogió una hoja de hierba y la llevó a sus labios, bruscamente incómodo ante la mirada del rey. Un momento después, JandolAnganol se irguió de un salto y se plantó en el suelo con los pies separados. -Aquí estoy yo. Cuando piso la tierra, la energía del suelo corre por mi cuerpo. Pertenezco al suelo de Borlien. Soy una fuerza natural.

Alzó los brazos con los dedos extendidos.

Los phagors, armados con sus arcabuces, estaban cerca; miraban la llanura y parecían un ganado informe. Algunos escarbaban debajo de las piedras en busca de gusanos o ricky-backs que comer. Otros permanecían inmóviles, aparte de un rápido movimiento de cabeza o de una oreja para apartar las moscas. Seres alados zumbaban en la sombra. Esomberr, sintiéndose inseguro, se incorporó.

-No comprendo qué quieres decir, pero nada impide que te diviertas a tu modo. -Su voz parecía seca.

El rey escrutó el horizonte mientras decía:

-Te daré un ejemplo, para que comprendas qué clase de hombre soy. Aunque he rechazado a la reina MyrdemInggala, por la razón que sea, ella sigue siendo mía. Si yo descubriese que alguien, como tú por ejemplo, se hubiera atrevido a entrar en su alcoba de Gravabagalinien, a pesar de mi amistad te mataría sin vacilar y colgaría tu eddre de este árbol.

Ninguno de los dos se movió. Luego Esomberr se puso de pie con la espalda apoyada en el deniss. Su angosto y hermoso rostro se había puesto tan pálido como una hoja muerta.

-¿Nunca has pensado que esos malditos phagors tuyos, bien armados con arcabuces de Sibornal, pueden inspirar temor a personas corrientes como yo? ¿Y que seguramente serán mal recibidos en la capital de Sayren Stund, donde se desarrolla un drumble sagrado? ¿Nunca has tenido miedo de llegar..., bueno, a parecerte un poco a un phagor?

El rey se volvió lentamente, con una expresión que denotaba su absoluta falta de interés en la pregunta. -Mira.

Respiraba por la nariz y en su cara se dibujó una mueca parecida a una sonrisa. Se lanzó a correr, se detuvo un instante, y saltó limpiamente por encima de una de las ramas del árbol, a un buen metro y medio de altura. Fue un salto perfecto. Recobró el equilibrio, se volvió y saltó otra vez en la dirección opuesta, con tal impulso que a punto estuvo de caer sobre Esomberr.

El rey era casi media cabeza más alto que el enviado. Este último, en un gesto de alarma, llevó su mano a la espada, y luego se inmovilizó, junto al rey.

-Tengo veinticinco años de edad, me encuentro en perfectas condiciones, y no temo a los hombres ni a los phagors. Mi secreto es que soy capaz de adaptarme a las circunstancias. Oldorando será mi circunstancia. Yo recibo mi fuerza de la geometría de las circunstancias... No me fastidies, Alam Esomberr, ni olvides mis palabras acerca de la santidad de lo que una vez fue mío. Yo soy una de tus circunstancias, y no al revés.

El enviado se apartó, tosió para llevar a su boca la mano que tenía en el puño de la espada, y consiguió esbozar una desvaída sonrisa.

-Estás en excelente forma, desde luego. Es magnífico. Te envidio. Es una pena que ni yo ni mis vicarios estemos tan bien. Muchas veces he pensado que las plegarias estropean los músculos. Por lo tanto, te ruego que te adelantes con tus hombres y los seres de tu especie favorita, a ese paso imposible, mientras nosotros te seguimos más atrás a nuestro propio y débil paso, ¿te parece bien?

JandolAnganol lo miró sin cambiar de expresión. Luego hizo una mueca.

-De acuerdo. Esta región es pacífica, pero tened cuidado. Los ladrones no tienen gran respeto

por los vicarios. Recuerda que llevas mi decreto de divorcio.

-Sigue adelante. El decreto será puntualmente entregado al C'Sarr. -Extendió la mano, pero el rey no la tomó.

Girando sobre sus talones sin decir otra palabra, JandolAnganol llamó a Yuli con un silbido, y luego a la gillot que comandaba la guardia, Ghht-Mlark Chzarn. Las columnas no humanas formaron y partieron; las humanas siguieron con un orden menos estricto. Alam Esomberr y sus seguidores quedaron solos y en silencio bajo el deniss. Sus figuras se perdían en la sombra. Y pronto el gran árbol se perdió en el ondulante calor de la llanura.

Dos días más tarde, el rey detuvo a sus fuerzas a pocas millas de Oldorando. Sobre el ondulado paisaje se elevaban columnas de humo.

JandolAnganol estaba junto a uno de los viejos pilares de piedra que salpicaban aquellos parajes. Mientras aguardaba con impaciencia a que llegase la retaguardia de la columna phagor, recorrió con el dedo el gastado dibujo de la piedra: el familiar diseño de los dos círculos concéntricos unidos por líneas curvas. Durante un momento, se preguntó qué podían significar el pilar y el dibujo; pero enigmas como ése no ocupaban su mente por más de unos segundos. Probablemente nadie lo sabía, ni tampoco el nombre del antiguo rey que erigiera los pilares. Su pensamiento se concentró en lo que tenía al frente.

Habían llegado a una región que estaba casi ya en las afueras de la fabulosa ciudad a la que se acercaban.

De la ciudad misma, aún no había signos. Se Veían las sierras bajas, las más próximas estribaciones de las Montañas Quzint, las cuales corrían como una acorazada columna vertebral atravesando el continente. Muy cerca, extendido sobre el terreno había un uct, que se perdía en la distancia a ambos lados.

Ese uct no era una línea verde sino de color de león. Tenía pocos árboles grandes, pero muchos arbustos y cícladas, salpicados de chillonas flores de mantle; durante sus migraciones, las tribus masticaban aquellas semillas.

Ningún camino era tan ancho como ese uct. Sin embargo, los humanos no lo recorrían. A pesar de las depredaciones de los arangs y fhlebihts, se había vuelto impenetrable. Las tribus Madi y sus animales viajaban a su vera. Y así, con las semillas que arrojaban y el excremento de las bestias, los protognósticos ensanchaban sin pensarlo el uct. Año tras año crecía, convirtiéndose en una franja boscosa.

Pero no era uniforme. Plantas remotas como el shoatapraxi, cuyas semillas se enredaban en el pelaje de los animales, prosperaban en los lugares donde hallaban condiciones favorables, formando espesuras. Los Madis solían evitar esas zonas, o a veces las atravesaban, y entonces sus huellas eran borradas por nuevas invasiones de plantas extranjeras.

Lo incidental se convertía en algo establecido. El uct servía de barrera. Las mariposas y los animales pequeños que se encontraban en un lado no se veían en el otro. Había aves, roedores y hasta una letal serpiente dorada que se refugiaban en el uct y jamás salían de sus confines aunque se propagaban por todo el continente. Varias clases de Otros vivían sus extrañas vidas en el uct.

También los humanos reconocían la existencia del uct, como una frontera que demarcaba los límites entre Borlien del Norte y el territorio de Oldorando.

Esa frontera estaba en llamas.

La lava del volcán que acababa de entrar en erupción había incendiado el uct, que ardía como un reguero de pólvora.

Los instrumentos del Avernus registraban con todo detalle la creciente actividad volcánica en el planeta que se acercaba al periastron. Los datos enviados a la Tierra acerca del Rustyjonnik mostraban que los materiales arrojados por la erupción ascendían hasta una altura de cincuenta kilómetros. Las capas inferiores de esta nube se desplazaban hacia el este a gran velocidad, dando la vuelta al globo en quince días. Los materiales que sobrepasaban los veintiún kilómetros se movían hacia el oeste, con la corriente predominante de la estratosfera inferior, y giraban en torno del planeta en sesenta días.

Otras erupciones producían datos similares. Las nubes de polvo acumuladas en la estratosfera estaban a punto de duplicar la potencia reflectora de Heliconia, rechazando el creciente calor de Freyr y alejándolo de la superficie. De este modo, los elementos de la biosfera trabajaban como un cuerpo interrelacionado, o como una máquina, para preservar sus procesos vitales.

Durante las décadas en que Freyr estuviese más próximo a Heliconia, el planeta estaría protegido de los efectos más graves por las nubes de polvo ácido. En ninguna parte se observaba esta dramática homeostasis con más asombro y admiración que en la Tierra.

En Heliconia, el incendio del uct era el fin del mundo para muchas criaturas aterrorizadas. Desde el punto de vista más distante, era una señal de la determinación del planeta de salvarse con su carga de vida orgánica.

Las fuerzas de JandolAnganol aguardaban en un valle poco profundo. Una cortina de humo, hacia el este, anunciaba la proximidad del fuego. Ciervos y velludos cerdos corrían hacia el oeste, a lo largo del uct, en busca de refugio. Rebaños de fhlebihts, más lentos, los seguían con sus lastimeros balidos.

Pasaban también familias de Otros, que alentaban a sus hijos como si fueran humanos. Su pelaje era oscuro sus rostros blancos. Algunas especies carecían de cola. Saltaban diestramente de rama en rama y desaparecían.

Agazapado, JandolAnganol contemplaba el paso de los animales. El pequeño runt, Yuli, se reunió con él de un salto. Los phagors descansaban impasibles, masticando su ración diaria de gachas y pemmican.

En el este, los Madis y sus ganados escapaban del incendio. Mientras algunos animales huían hacia la libertad, se adentraban espantados en la espesura, los protognósticos se mantenían fieles a su costumbre y seguían la línea del uct.

-¡Ciegos dementes! -exclamó JandolAnganol.

Su ágil imaginación concibió un plan. Dio órdenes a algunos guardias phagors, y preparó una trampa. Cuando los primeros Madis llegaron, una soga de lianas espinosas trenzadas se estiró en el aire ante ellos. Confundidos, se detuvieron con las ovejas, los perros y los asokins obstruyéndoles el paso.

Los rostros de los Madis eran tan inexpresivos como las flores. Echaban hacia atrás las frentes y las quijadas, agrandando los ojos y las narices en una expresión de completa incredulidad. Los varones tenían prominencias en la frente y el mentón. Su pelo era castaño oscuro, brillante. Se llamaban unos a otros con desesperados gritos de ave.

El grupo phagor salió de su escondite y atacó a los asustados Madis. Cada phagor se apoderó de tres o cuatro por los brazos, quemados por los soles y cubiertos por el polvo de los caminos. No lucharon. Una gillot se apoderó del asokin guía, de cuyo cuello colgaba un cencerro. Las hembras lo siguieron dócilmente.

Algunos Madis intentaron huir. JandolAnganol golpeó a dos con los puños, arrojándolos al suelo. Pero venían más y más, y dejó que se marcharan.

Sus fuerzas atravesaron el uct con su botín. El denso pelaje de los phagors los hacía inmunes a las espinas. Llevando al frente a los cautivos, pasaron de Borlien a Oldorando.

Cuando ya se creían seguros, el incendio llegó hasta ahí, avanzando velozmente y dejando cenizas a su paso.

Y de este modo las fuerzas reales llegaron a la ciudad de Oldorando; parecían más un grupo de pastores que el ejército de un rey. Sus cautivos protognósticos sangraban a causa de las espinas del uct, como muchos humanos. El rey mismo estaba cubierto de polvo.

La ciudad tenía algo teatral, tal vez porque allí se encontraba el resplandeciente escenario del culto de Akhanaba, el Todopoderoso y Supremo de cara de buey. El verdadero culto es solitario; cuando los religiosos se reúnen, se disfrazan en honor de sus dioses.

Ubicada en el cálido centro de Campannlat, al borde del río Valvoral, que la unía a Matrassyl, y en última instancia al mar, Oldorando era una ciudad de viajeros. La mayoría acudía por motivos religiosos; y los que no, a comerciar.

La forma física de la ciudad conmemoraba la larga convivencia de esas intenciones opuestas. El barrio de Holyval la atravesaba en diagonal de sudoeste a nordeste, elevándose sobre la barahúnda comercial como una cordillera. En Holyval se encontraba la Ciudad Vieja, con sus extrañas torres de siete pisos habitadas por las comunidades religiosas permanentes. Allí residían las Académicas, una orden femenina. Y allí estaban también los peregrinos y los mendigos, la escoria divina, golpeando sus pechos vacíos. Había oscuros salones y recintos de oración profundamente hundidos en la tierra. Y allí se erguía la gran cúpula rodeada de monasterios, y el palacio del rey Sayren Stund.

Se pensaba -o al menos lo pensaban quienes vivían encerrados en Holyval- que este sector de santidad, esa diagonal de decencia, corría a través de una cloaca de vicios mundanos.

Pero en las pomposas paredes listadas y en los severos terraplenes de Holyval había una cantidad de puertas. Algunas sólo se abrían en ocasiones ceremoniales. Otras únicamente permitían a los privilegiados el acceso a la Ciudad Vieja. Las había que servían sólo para hombres o sólo para mujeres (los phagors no eran admitidos en la hosca Holyval). Pero otras, las más usadas, permitían que las personas más corrientes fueran y vinieran a su antojo. Entre lo sagrado y lo profano -así como entre los vivos y los muertos- había una barrera que a nadie impedía el paso.

Los profanos vivían en edificios más humildes, aunque los ricos construían a veces sus palacios en las más populares avenidas. Los malvados prosperaban, los buenos se abrían paso en la vida lo mejor que podían. De la actual población de 890.000 seres humanos, casi 100.000 pertenecían a las órdenes religiosas dedicadas al culto de Akhanaba. Por lo menos otros tantos eran esclavos, y servían indistintamente a creyentes como a no creyentes.

Oldorando adoraba el espectáculo: por eso era perfectamente coherente que dos mensajeros vestidos de azul y oro esperaran la llegada de JandolAnganol en la puerta del sur, con un coche para llevarlo ante la presencia del rey Sayren Stund.

JandolAnganol no aceptó el coche y, en lugar de seguir la ruta triunfal por la avenida Wozen, desfiló con su polvorienta comitiva por el Pauk. El Pauk era un agradable barrio de casas bajas donde abundaban las tabernas, los mercados, y los comerciantes dispuestos a comprar animales o protognósticos.

-Los Madis no se cotizan mucho en Embruddock -dijo un corpulento comerciante, empleando el viejo nombre de Oldorando-. Tenemos muchos aquí. Y no son buenos para trabajar, como tampoco los Nondads. En cambio, los phagors ya serían otra cosa, pero aquí no se me permite tratar en phagors.

-Sólo vendo los Madis y los animales. Dime cuánto ofreces o buscaré otro mercader.

Cuando se arregló el precio, los Madis fueron vendidos como esclavos y los animales para el matadero. El rey se retiró satisfecho. Ahora estaba mejor preparado para encontrarse con Sayren Stund. Antes de la transacción no tenía un solo roon. Los phagors enviados a Matrassyl en busca de oro aún no habían regresado.

Moviéndose en orden militar, la Primera Guardia Phagor avanzó por la avenida Wozen, donde se reunió una muchedumbre para verla. La gente vitoreaba a JandolAnganol mientras caminaba con Yuli a su lado. A pesar de su defensa de los seres de dos filos, oficialmente condenada, era muy popular entre las gentes pobres de Oldorando, quienes comparaban a ese hombre vehemente y ambicioso con su monarca grueso, holgazán y doméstico. La gente común nada sabía de la reina de reinas. Y sentía compasión por ese rey cuya prometida -aunque sólo era una Madi, o Madi a medias- había sido brutalmente asesinada.

Y entre esa gente estaban los religiosos. Los sacerdotes sostenían pancartas. RENUNCIA A TUS PECADOS. SE ACERCA EL FIN DEL MUNDO. ARREPENTÍOS MIENTRAS HAY TIEMPO. Allí, como en Borlien, la Iglesia Pannovalana aprovechaba los temores públicos para refrenar a las mentes independientes.

Continuaba el avance de la tropa cubierta de polvo. Más allá de la vieja Pirámide del Rey Deniss. Pasando el barrio de Wozen y la ancha plaza de Loylbryden, y luego, cruzando el río, el Parque del Silbato. Frente al parque se hallaban la gran Cúpula del Esfuerzo y el pintoresco palacio del rey. En el centro de la plaza había un gran dosel dorado, donde el rey Sayren Stund en persona aguardaba para saludar a su visitante.

Junto al rey se encontraba la reina Bathkaarnet-ella, con un keedrant gris bordado con rosas negras y una corona incómoda. Entre sus majestades, en un trono más pequeño, estaba la única hija que les quedaba, Milua Tal. Los tres tenían un absurdo aire de dignidad, mientras el resto de la corte sudaba al sol. En la atmósfera sofocante zumbaban las moscas. Tocaba la banda. Era notable la ausencia de soldados, pero había varios oficiales de edad mediana, con sus elegantes uniformes. La guardia civil acordonaba la plaza y mantenía a la multitud en la periferia.

La corte oldorandana era famosa por su obstinada formalidad. En esta ocasión Sayren Stund había hecho todo lo posible para aliviar la etiqueta, pero una hilera de asesores y dignatarios eclesiásticos, rígidos y severos, muchos de ellos con vestiduras canónicas, aguardaban el momento de apretarla mano de JandolAnganol y de besar su mejilla.

El Águila, junto a sus capitanes y a su armero jorobado, los contemplaba con aire desafiante, aún cubierto por el polvo del camino.

-Tu exhibición, primo Sayren, haría honor a un museo -dijo.

Sayren Stund vestía, como sus funcionarios, un severo charfrul negro en señal de duelo. Se levantó de su trono y se acercó a JandolAnganol con los brazos extendidos. JandolAnganol, manteniéndose firme, hizo una inclinación. Yuli estaba un paso más atrás, sacando alternativamente su milt por ambas ventanas de la nariz, pero inmóvil en todo otro sentido.

-Salud, en nombre del Todopoderoso. La corte de Oldorando te da la bienvenida en esta pacífica y fraternal visita a nuestra capital. Que Akhanaba haga fructífero este encuentro.

-En nombre del Todopoderoso, salud. Te agradezco tu fraternal recepción. Vengo a presentar mis condolencias y mi dolor por la muerte de tu hija Simoda Tal, mi prometida.

Mientras hablaba, la mirada de JandolAnganol permanecía activa. No confiaba en Sayren Stund. Stund lo condujo a lo largo de la hilera de dignatarios, y JandolAnganol permitió que apretasen su mano y besaran sus sucias mejillas.

Vio por su expresión que Sayren Stund lo odiaba. Eso era un tormento. En todas partes reinaba el odio en el corazón de los hombres. El asesinato de Simoda Tal había dejado su mancha, y era preciso tenerlo en cuenta.

Después, la reina se aproximó cojeando, con la mano apoyada en el brazo de Milua Tal. Bathkaarnet-ella parecía marchita, y sin embargo había algo en la forma en que erguía su cabeza -una mezcla de mansedumbre y altanería- que impresionó a JandolAnganol. Recordó una observación de Sayren Stund que alguien le contara (¿porqué habría permanecido en su memoria?): “Cuando has vivido con una mujer Madi, no quieres ninguna otra”.

Tanto Bathkaarnet-ella como su hija tenían la cautivadora cara de pájaro de los de su raza. Aunque la sangre de Milua Tal estaba mezclada con la humana, presentaba un aspecto exótico, oscuro y brillante, con sus ojos enormes ardiendo a los lados de su nariz aquilina. Cuando se la presentaron, miró de frente a JandolAnganol, y le dio la Mirada de la Aceptación. Él pensó fugazmente en los experimentos de SartoriIrvrash; sin duda, ésta había sido una cruza positiva.

Le agradó ver ese único rostro alegre entre tantos sombríos, y le dijo:

-Te pareces mucho al retrato de tu hermana que me fue enviado. Y eres incluso más hermosa.

-Simoda y yo nos parecíamos mucho, aunque también éramos muy diferentes, como todas las hermanas -respondió Milua Tal. La melodía de su voz sugirió a JandolAnganol muchas cosas: hogueras en la noche; la vocecilla de Tarro, muy niña, en una habitación fresca; palomas en una torre de madera.

-Nuestra pobre Milua está abatida, como todos nosotros, por el asesinato de su hermana -dijo el rey, con un ruido en el que se conjugaban los mejores aspectos de un suspiro y un eructo-. Nuestros agentes buscan en todas las direcciones al criminal, el villano que se disfrazó de Madi para ser admitido en el palacio.

-Ha sido un cruel golpe para nosotros dos.

Otro complejo suspiro.

-La semana próxima se celebrará un Santo Concilio, con un servicio especial en memoria de nuestra hija, y que ha de bendecir con su presencia el Santo C'Sarr en persona. Esto nos reconfortará. Debes quedarte con nosotros hasta entonces, primo; serás bien recibido en esa ocasión. El C'Sarr

estará encantado de saludar a un miembro tan valioso de su comunidad; y a ti te convendría conocerlo. Nunca lo has visto, ¿verdad?

-Conozco a su enviado, Alam Esomberr. Pronto estará aquí.

-Esomberr... Un hombre ingenioso.

-Y afortunado -dijo JandolAnganol.

La banda empezó a tocar. Se dirigieron hacia el palacio, a través de la plaza, y JandolAnganol se vio al lado de Milua Tal. Ella lo miró alegremente, sonriendo. El le preguntó en tono de conspiración:

-¿Sería usted capaz de decirme su edad, señorita, si guardo el secreto?

-Es una de las preguntas que oigo más a menudo -respondió ella con displicencia-. Y también: "¿Te gusta ser princesa?". La gente me considera adelantada, para mi edad, y deben de tener razón. El calor de esta época desarrolla rápidamente a los jóvenes, en todos los sentidos. Durante más de un año he soñado sueños adultos. ¿Nunca has soñado que un dios del fuego te abrazaba de un modo irresistible?

Él se inclinó y le dijo al oído, con gracia, en un feroz susurro:

-Antes de revelarte que yo soy ese dios del fuego, tengo que responder a mi propia pregunta. No te doy más de nueve años de edad.

-Nueve años y cinco décimos -dijo ella-; pero lo que cuenta no son los años sino las emociones.

La fachada del palacio era larga y de tres pisos de altura, con grandes columnas de rajabaral pulido que cortaban las marcadas líneas horizontales de los pisos. El techo estaba cubierto de tejas azules hechas por los alfareros Kaci. El palacio había sido construido 350 pequeños años antes, después de que una invasión phagor destruyera parte de la ciudad. La estructura había sido renovada, aunque conservando el estilo original. Postigos de madera elaboradamente labrada protegían las ventanas sin cristales. Las sólidas puertas, ribeteadas de plata, mostraban idéntico labrado. En el interior resonó un gong tubular; las puertas se abrieron, y Sayren Stund guió a sus huéspedes al interior.

Hubo dos días de banquetes y de discursos vacíos. También los manantiales de agua caliente que daban su fama a Oldorando cumplieron su papel. En la Cúpula del Esfuerzo se celebró un servicio de acción de gracias al que asistieron muchos dignatarios de alto rango de la Iglesia. Los himnos eran magníficos, los vestidos impresionantes, y la oscuridad de la enorme bóveda subterránea era todo lo que Akhanaba podía desear. JandolAnganol oró, cantó, habló, participó en la ceremonia y desconfió de todos.

Ese hombre extraño inspiraba el recelo general, y todos los ojos estaban puestos en él. Y los suyos en los demás. Resultaba claro por qué algunos lo llamaban el Águila.

Se ocupó de que la Primera Guardia Phagor estuviera bien instalada. Tratándose de una ciudad que odiaba a los seres de dos filos, su alojamiento era impecable. Detrás de la plaza de Loylbryden se encontraba el Parque del Silbato, una zona verde rodeada en su totalidad por el Valvoral o sus afluentes. Allí se conservaban algunos árboles de brassim. Estaba también el Silbato Horario, célebre en todo el continente. Ese géiser brotaba con una aguda nota cada hora, con la mayor exactitud. Algunos decían que la duración de la hora, y de los cuarenta minutos en que se dividía, había sido establecida por ese ruido que brotaba de la tierra.

En el borde del parque había una antigua torre de siete pisos y algunos pabellones nuevos, en los cuales se alojaban los phagors. Los cuatro puentes que conducían al parque estaban custodiados por phagors en la parte interior, y por humanos en la exterior, de modo que nadie pudiera entrar en él y entrometerse con los seres de dos filos.

Pronto se reunieron multitudes para mirar a la tropa phagor a través del río. Esas criaturas disciplinadas, de aspecto plácido, eran muy distintas de aquellas que en la imaginación popular cabalgaban como dioses sobre grandes bestias de color herrumbre, y como ellos volaban sembrando la destrucción entre los hombres. Esos jinetes de las tormentas de nieve tenían poco en común con las bestias que marchaban con paso disciplinado por el parque.

Cuando JandolAnganol dejó su cohorte para reunirse con Sayren Stund, observó que los phagors mostraban cierta inquietud. Habló con la comandante Chzarn, pero sólo pudo averiguar que

la guardia necesitaba cierto tiempo para acomodarse en sus nuevos cuarteles.

El rey pensó que el Silbato Horario los irritaba. Después de dirigirles unas palabras de aliento, se marchó con su runt. Un olor sulfuroso, de volcanes, llenaba el aire.

Milua Tal lo recibió en las plateadas puertas del palacio. Durante los dos últimos días se había sentido cada vez más complacido por la volátil compañía de la muchacha y por su arrulladora voz de paloma.

-Han llegado unos amigos tuyos. Dicen que son sacerdotes, pero aquí todo el mundo aparenta serlo. El jefe no me parece un santo. Es demasiado bien parecido. Tiene cara de pícaro. ¿Te gusta la gente pícara, rey Jandol? Porque yo creo que soy bastante pícara.

Él rió.

-Pienso que lo eres. Como la mayoría de las personas. Incluso algunos sacerdotes.

-Entonces, ¿es necesario ser muy pícaro para destacarse?

-Es una deducción razonable.

-¿Por eso te destacas tanto de los demás?

Milua deslizó su mano en la de él, que la apretó. -Y por otras razones. Por ser, por ejemplo, un dios del fuego.

-Encuentro que la mayoría de las personas son decepcionantes. ¿Sabes?, cuando asesinaron a mi hermana, la encontramos sentada en una silla, completamente vestida. No había sangre a la vista. Era decepcionante. Yo imaginaba que habría ríos de sangre. Pensaba que cuando mataban a alguien, la víctima corría por todos lados intentando escapar, como si odiara lo que ocurría.

JandolAnganol preguntó con tono severo:

-¿Cómo la mataron?

-¡Zygankes, le atravesaron el corazón con un cuerno de phagor! Al menos eso dice mi padre. Directamente a través de su ropa y del corazón. -Miró con suspicacia a Yuli, que seguía a su amo; pero Yuli no tenía cuernos.

-¿Tuviste miedo?

Milua le dirigió una mirada jactanciosa.

-Ni se me ocurrió. Creo que pensé en su postura, en que estaba sentada y muy erguida. Todavía tenía los ojos abiertos, congelados.

Entraron en la sala de recepción, cubierta de tapices. Merced a la advertencia de Milua Tal, JandolAnganol estaba informado de la llegada de Adam Esomberr y su "pequeña caterva de vicarios", como él mismo los llamaba. Estaban rodeados por una multitud de grandes de Oldorando, que los miraban con cortesía.

El ojo de águila del rey penetró hasta el fondo de la cámara y vio a una figura familiar a quien sacaron deprisa por una puerta posterior en el momento en que entraba el rey. La figura se volvió mientras salía, y su mirada, a pesar de las cabezas que se interponían, encontró la de JandolAnganol. Luego la puerta se cerró detrás de ella, y desapareció.

Al ver acercarse al rey, Esomberr se separó cortésmente de sus acompañantes y se inclinó ante JandolAnganol, al tiempo que le dedicaba una sonrisa burlona.

-Como ves, Jandol, mis vicarios y yo hemos llegado. Un tobillo torcido, una intoxicación por alimentos, un enviado que anhela un poco de pecado; aparte de eso, todo en orden. Por supuesto, algo sucios por esta marcha absurdamente larga a través de tus dominios... -Se abrazaron formalmente.

-Me alegra que hayas llegado bien, Alam. Tengo la impresión de que aquí la perspectiva de pecar es más bien remota.

Esomberr miró al runt, de pie junto al rey. Hizo el amago de dar una palmada a Yuli, pero retiró la mano. -No muerdes, ¿verdad, cosa?

-Zoy zivilizado -protestó Yuli.

Esomberr alzó una ceja.

-No quiero hablar de más, Jandol, pero esta gente tan poco brillante, Sayren Stund y compañía, ¿tolerarán aquí un..., tú sabes..., aunque sea "zivilizado"? En este preciso momento se está llevando a cabo un drumble, supongo que para celebrar la muerte de tu prometida...

-Todavía no he encontrado ningún problema. Pero el C'Sarr llega pronto. Sería mejor que pecaras antes. Además, acabo de ver a mi ex canciller, SartoriIrvrash. ¿Sabes algo?

-Hum. Pues sí, majestad, algo sé. -Esomberr se frotó con un dedo la elegante nariz.- Él y una dama sibornalesa se acercaron a mí y a mi caterva de vicarios, poco después de que tú te alejaras con tu infantería phagor a tu típico paso veloz. Tanto él como la dama sibornalesa venían en hoxneys. Recorrieron con nosotros el resto del camino.

-¿Qué busca en Oldorando?

-¿Pecados?

-Prueba otra vez. ¿Qué te dijo?

Alam Esomberr dirigió la mirada al suelo, como si tratara de recuperar un recuerdo elusivo.

-Zygankes, viajar estropea la mente... Hum... Realmente no lo sé. ¿No sería mejor que tú mismo se lo preguntaras?

-¿Venía de Gravabagalinien? ¿Para qué había ido allá? -Quizá deseaba ver el mar, como he oído que ocurre a muchos hombres antes de morir.

-En ese caso, su deseo bien podría ser premonitorio -respondió con brío JandolAnganol-. No estás colaborando mucho esta tarde, Alam.

-Perdóname. El estado de mis piernas está afectando mi cabeza. Tal vez pueda ayudarte mejor después de bañarme y cenar. Mientras tanto, te aseguro que no me siento amigo de tu gaseoso ex canciller.

-Sin embargo, tanto tú como él estaríais dispuestos a librar de phagors el mundo.

-Como la mayoría de los hombres si tuvieran valor para actuar. De phagors y de padres.

Ambos se miraron.

-Mejor será que no entremos en el tema del valor -dijo JandolAnganol, y se alejó.

Se acercó a un grupo de hombres con majestuosos charfruls ornamentales y tocados exóticos que conversaban con el rey Sayren Stund, y los interrumpió sin excusarse. Sayren Stund parecía enfadado; de mala gana, pidió a sus acompañantes que lo dejaran. Se abrió un espacio en torno a los dos reyes. De inmediato un lacayo se adelantó trayendo vasos de vino helado en una bandeja de plata. JandolAnganol se volvió. Quizá deliberadamente golpeó la bandeja.

-Tut, tut, tut -dijo Sayren Stund-. No importa, ha sido un accidente. Hay mucho más vino. Y más hielo, que ahora nos trae una capitana, Immya Muntras. Debemos acostumbrarnos a las innovaciones...

-Hermano rey, deja de lado las palabras amables. Albergas en tu palacio a un hombre que fue mi canciller. Yo me deshice de él y lo considero mi enemigo, porque se pasó a la causa de Sibornal. Se llama SartoriIrvrash. ¿Qué busca aquí? ¿Acaso, como temo, te ha traído un mensaje secreto de mi ex reina?

El rey de Oldorando miró a su alrededor con aprensión.

-El hombre a que te refieres llegó aquí hace sólo veinte minutos, con personas correctas, como Alam Esomberr. Dispuse que se le ofreciera alojamiento. Hay una dama con él. Te aseguro que no pernoctarán bajo el techo que nos cobija.

-Ella es sibornalesa. Yo despedí a ese hombre. No puedo pensar que venga aquí a hacerme un favor. ¿Dónde se alojarán?

-Querido hermano, no creo que eso sea asunto tuyo, y ni siquiera mío. La mariposa nocturna debe mantenerse en la sombra, como se suele decir.

-¿Dónde estará? ¿Lo proteges? Sé sincero.

Sayren Stund estaba sentado en una silla de respaldo alto. Se puso de pie con dignidad y dijo:

-Hace calor aquí. Vamos a dar un paseo por el jardín. -Con un gesto indicó a su esposa que no lo siguiera.

Salieron del salón por un corredor de arcos. Sólo Yuli, el runt, los acompañaba. Los jardines estaban iluminados por teas colocadas en nichos. Como circulaba tan poco aire como en el palacio, las teas ardían con una llama estable. Un olor sulfuroso flotaba en las avenidas prolijamente recortadas.

-No quiero molestarte, hermano Sayren -dijo JandolAnganol-, pero debes comprender que

tengo aquí enemigos desconocidos. Acabo de ver en la mirada de SartoriIrvrash, en su expresión, que ahora es mi adversario, y que ha venido a crearme problemas. ¿Lo niegas?

Sayren Stund se estaba controlando mejor. Era corpulento y daba fuertes resoplidos al andar. Respondió fríamente:

-Has de saber que la gente común de Oldorando, o Embruddock, como algunos la llaman, a la manera antigua, consideran que los hombres de tu país son bárbaros. Comprenderás que no comparto ese prejuicio. Pero no puedo apartarlos de esa idea, ni siquiera insistiendo en que tenemos en común la misma religión.

-Y eso, ¿en qué responde a mi pregunta?

-Querido, estoy sin aliento. Creo que padezco una alergia. ¿Puedo preguntarte si haces que este peludo nos siga sólo para ofendernos a mi reina y a mí?

Ahora le tocaba a JandolAnganol sentirse perplejo.

-No es más que... mi cachorro favorito. Me sigue a todas partes.

-Es un insulto traer esa criatura a esta corte. Debería estar alojado en la Isla del Silbato con el resto de tus animales.

-Es sólo un cachorro. Duerme junto a mi puerta, por la noche, y ladra si hay peligro.

Sayren Stund se detuvo, unió sus manos a su espalda y miró fijamente un arbusto.

-No debemos discutir; ambos tenemos dificultades, yo en Kace y tú en Matrassyl, si los informes que he recibido son dignos de confianza. Pero no debes traer a la corte esa criatura; la opinión general se opone, aunque yo pueda decir otra cosa.

-¿Por qué no me lo dijiste a mi llegada, hace dos días?

El rey de Oldorando dejó escapar un pesado suspiro.

-Has tenido dos días de gracia. Considéralo así. Pronto llegará el C'Sarr, como sabes. El honor de recibirlo es grande, e implica también una grave responsabilidad. No tolerará la vista de un phagor. Nos creas demasiadas dificultades, Jandol. Si ya has cumplido tu misión aquí, ¿por qué no regresas mañana a tu capital, con tus animales?

-¿Tan indeseable soy? Me habías invitado a quedarme durante la visita del C'Sarr. ¿Qué veneno ha puesto en tus oídos SartoriIrvrash?

-La visita del Santo C'Sarr debe cumplirse en paz. Tal vez la alianza con la poderosa Pannoval es más importante para mí que para ti, por la mayor proximidad de mi reino. Con franqueza, los peludos y los amantes de los peludos no son populares en esta parte del mundo. Si no tienes nada más que hacer aquí, sugiero que te marches mañana mismo.

-¿Y si tuviera un propósito?

Sayren Stund aclaró su garganta.

-¿Cuál? Ambos somos hombres religiosos, Jandol. Vamos a orar juntos y a flagelarnos, y por la mañana separémonos como amigos y aliados. ¿No será mejor? Así podremos recordar con gusto tu visita. Te daré una embarcación con la que podrás descender rápidamente el Valvoral y llegar sin tardanza a tu hogar. ¿Hueles el zaldal en flor? Es hermoso, ¿verdad?

-Comprendo. JandolAnganol cruzó los brazos. Está bien; si hasta aquí llegan tu amistad y tu religión, nos apartaremos mañana de tu presencia.

-Lamentaré que nos abandones. Y también mi reina y mi hija.

-Cumpliré tu pedido, por poco que me agrade. En compensación, responde a mi pregunta. ¿Dónde está SartoriIrvrash?

El rey de Oldorando se mostró bruscamente enérgico.

-No tienes derecho a menospreciar mi pedido. ¿Crees que mi hija Simoda estaría muerta si no hubiese sido tu prometida? Fue un crimen político. La infortunada no tenía enemigos personales. Y luego vienes a mi corte con tus insoportables phagors, y esperas ser bienvenido.

-Sinceramente, Sayren, lamento la muerte de Simoda Tal. Si encontrara al asesino, sé cómo lo trataría. No aumentes mi dolor poniendo en mi puerta esa iniquidad.

Sayren Stund apoyó su mano en el brazo de JandolAnganol.

-No te preocupes por el hombre que mencionas, tu ex canciller. Le hemos concedido una habitación en una de las hosterías monásticas que se encuentran entre el palacio y la Cúpula. No

tendrás que encontrarte con él. Y de nada serviría que nos separáramos enemistados. -Se sonó la nariz.- Pero vete mañana de Oldorando.

Ambos se inclinaron. JandolAnganol, seguido por Yuli, se dirigió lentamente hacia sus habitaciones en un ala del palacio.

Había en las paredes tapices sin interés; el suelo de tablas estaba sucio. Movido por una brusca inspiración, se dirigió a la puerta de Fard Fantil, y golpeó. El armero real lo invitó a entrar. El jorobado estaba sentado en la cama lustrándose las botas; cuando vio quién era su visitante, se puso de pie de un salto. Junto a la ventana había un silencioso guardia phagor con una lanza en la mano.

JandolAnganol fue al grano sin perder tiempo.

-Te necesito. Esta es tu ciudad natal y conoces bien sus costumbres. Nos marcharemos mañana... Sí, es inesperado, pero no hay remedio. Nos embarcamos hacia Matrassyl.

-¿Hay problemas, señor?

-Así es.

-El rey es un hombre artero.

-Quiero llevarme prisionero a SartoriIrvrash. Está aquí, en la ciudad. Quiero que lo encuentres, lo reduzcas y me lo traigas. No podemos cortarle el cuello; haría demasiado escándalo. Que nadie te vea. Fard Fantil empezó a recorrer de un lado a otro la habitación, con las manos en la cabeza.

-No podemos hacer eso. Es imposible. Está en contra de la ley. ¿Qué ha hecho?

JandolAnganol golpeó su palma con el puño.

-Conozco la forma de pensar de ese viejo pillo. Debe de haber inventado algún absurdo conocimiento capaz de desacreditarme. Seguramente se trata de los phagors. Antes de que hable debo tenerlo prisionero. Mañana nos lo llevaremos, escondido en un cofre. Nadie lo sabrá. Está instalado en una de las hosterías que hay detrás del palacio. Ahora confío en ti, Fard Fantil. Sé que eres hombre capaz. Hazlo y te prometo que serás recompensado.

El armero vacilaba.

-Está en contra de la ley.

Con voz de acero, el rey dijo:

-Tienes un phagor aquí, a pesar de que yo lo había prohibido expresamente. Excepto mi runt, todos los seres de dos filos debían alojarse en el Parque del Silbato. Mereces que te degrade y te mande azotar por desobedecer mis órdenes.

-Es mi servidor personal, majestad.

-¿Capturarás a SartoriIrvrash, como te he pedido?

Con expresión rencorosa, Fard Fantil asintió.

El rey arrojó sobre su cama un bolso con oro. Era el dinero que había recibido en el mercado dos días antes.

-Está bien. Disfrázate de monje. Ve inmediatamente. Y llévate a tu criado.

Cuando el hombre y el phagor se marcharon JandolAnganol permaneció un rato en la habitación oscura, meditando. Por la ventana podía Ver el cometa de YarapRombry, bajo, en el cielo del norte. La Vista de ese punto brillante en la noche le recordó el último encuentro con el gossie de su padre y su predicción de que en Oldorando hallaría una persona que dirigiría su destino. ¿Era ésta una referencia a SartoriIrvrash? Su mente, iluminándose de pronto, consideró todas las demás posibilidades.

Seguro de que ya había hecho todo lo posible en ese lugar hostil, regresó a sus habitaciones. Como de costumbre Yuli se había acomodado para dormir delante de su puerta. El rey le dio una palmada y entró.

Junto a la cama había una bandeja con vino y hielo. Tal vez era la forma en que Sayren Stund demostraba su gratitud al huésped que se alejaba. Frunciendo el ceño, JandolAnganol bebió un vaso de vino dulce, y luego arrojó el jarro y la bandeja a un rincón.

Despojándose de sus ropas, se echó sobre la manta y se durmió de inmediato. Esa noche, su sueño fue más pesado que de costumbre.

Librodot

Sus sueños fueron muchos y confusos. Fue muchas cosas, y finalmente un dios del fuego que se movía entre un líquido fuego dorado: el mar. MyrdemInggala cabalgaba sobre un delfín. Él se esforzaba por darle alcance. El mar lo retenía. Por fin la estrechó entre sus brazos. Estaban rodeados de oro. Pero el horror que acechaba en las márgenes del sueño se movía velozmente hacia él. No se trataba de MyrdemInggala. Su cuerpo era pesado y siniestro. Él lloraba mientras luchaba con ella. El oro corría por su garganta y sus ojos. Parecía como si ella fuese...

Despertó bruscamente. Durante un instante, no se atrevió a abrir los ojos. Estaba en la cama, en el palacio de Oldorando. Sus manos aferraban algo. Temblaba.

Casi contra su voluntad, sus ojos se abrieron. Sólo quedaba el oro del sueño. Manchaba la manta y las almohadas de seda. Él mismo estaba manchado.

Gritando, se incorporó y apartó las pieles que lo cubrían. Yuli estaba junto a él; pero sólo su cuerpo, frío. Habían cortado la cabeza del runt. Su sangre dorada había cesado de manar y se coagulaba ahora debajo del cadáver y debajo del rey.

Luego se arrojó al suelo, desnudo. Con el rostro sobre las baldosas, lloró. Los sollozos, que surgían de algún recóndito lugar de su alma, sacudían su cuerpo manchado de sangre.

En la corte de Oldorando se acostumbraba celebrar un servicio todas las mañanas, a la décima hora, en la capilla real situada debajo del palacio. Para honrar a su huésped, el rey Sayren Stund lo había invitado a leer todos los días -como era su propia costumbre--el reverenciado "Testamento de RainiLayam". Esa mañana los miembros reales de la fe se reunieron llenando la capilla de murmullos y especulaciones. Muchos no creían que el rey de Borlien se presentase.

JandolAnganol abandonó sus habitaciones. Se había bañado, y vestía, no el tradicional charfrul, sino una túnica hasta las rodillas, botas y una capa liviana. Su rostro estaba muy pálido. Sus manos temblaban. Caminaba a paso lento pero seguro, y parecía perfectamente dueño de sí.

Mientras bajaba las escaleras su armero lo alcanzó de prisa y le habló.

-Golpeé a tu puerta, majestad, y nadie respondió. Tengo al prisionero oculto en un armario de mi cuarto. Lo vigilaré hasta que la embarcación esté lista para zarpar. Sólo dime en qué momento conviene que lo suba disimuladamente a bordo.

-Quizás haya un cambio de planes, Fard Fantil. Tanto las palabras como los gestos del rey intranquilizaron al armero.

-¿Estás enfermo, señor? -preguntó Fard Fantil con una mirada de preocupación.

-Vuelve a tu cuarto. -Sin mirar atrás, el rey siguió bajando hasta el nivel del suelo, y luego hasta la capilla real. Fue el último en entrar. Se tocaba el introito con vrachs y tambores. Todos los ojos se volvieron hacia él mientras se dirigía, rígido como un muchacho con zancos, hacia su lugar en el palco junto a Sayren Stund. Sólo JandolAnganol continuaba con su vista fija en el altar, como si no tuviese conciencia de que estaba ocurriendo algo extraño.

El palco real estaba ubicado aparte, de frente a la congregación. Decorado en exceso, sus laterales tenían adornos de plata. Seis escalones curvos conducían a él. Justamente debajo, en un palco más sencillo al que se accedía por un solo peldaño, se encontraban la reina Bathkaarnet-ella con su hija.

JandolAnganol ocupó su lugar junto al otro rey, mirando al frente, y el servicio continuó. Sólo después del largo himno de alabanza a Akhanaba, Sayren Stund se volvió hacia él, y al igual que hiciera en días anteriores le indicó con una señal que leyera una parte del Testamento.

JandolAnganol descendió lentamente los seis escalones, caminó por las baldosas negras y rojas hasta el púlpito y se enfrentó con la congregación. El silencio era absoluto. Su rostro estaba blanco como el pergamino.

Confrontó aquel montón de pétreas miradas. En ellas leyó curiosidad, burla, odio. Ninguna denotaba simpatía salvo la de Milua Tal quien, como la primera vez que se vieron, le dirigía en ese momento la vieja Mirada Madi de la Aceptación.

-Deseo decir... Alteza Real, nobles, a todos quiero decir... Debéis perdonarme si no leo; aprovecharé en cambio esta oportunidad para hablar directamente con vosotros en este sitio sagrado, donde el Todopoderoso y Supremo Akhanaba oye todas las palabras y ve todos los corazones.

"Sé que leyendo en vuestros corazones verá que todos me deseáis el bien, como yo a vosotros. Mi reino es grande y rico. Sin embargo lo he dejado para venir aquí, solo, o casi solo. Buscamos la paz para nuestros pueblos. Yo la he buscado durante mucho tiempo al igual que mi padre antes que yo. La prosperidad de Borlien es el empeño de mi vida. Lo he jurado."

"Y busco también otra cosa más personal. No poseo lo que más desea un hombre, más incluso que servir a su país. Me falta una reina."

"La piedra que eché a rodar hace un año aún no se ha detenido. Entonces estaba resuelto a desposar a la hija de la Casa de Stund; ahora cumpliré esa intención."

Se detuvo, como si él mismo estuviese alarmado por lo que iba a decir. Todas las miradas se clavaron en su rostro, como si buscaran en él la historia de la vida de aquel hombre.

-Por lo tanto, y no sólo en respuesta a lo que ha hecho su Alteza Real, el rey Sayren Stund, anuncio aquí, ante el trono de Quien está por encima de todo poder terreno, que yo, el rey JandolAnganol, de la Casa de Anganol, me propongo unir con lazos de sangre las naciones de Borlien y Oldorando. Tan pronto como sea posible tomaré en matrimonio a la inapreciable y amada hija de Su Majestad, la princesa Milua Tal Stund. La consagración de nuestras bodas se realizará, Akhanaba mediante, en mi capital de Matrassyl, hacia donde deseo partir sin tardanza hoy mismo.

Muchos miembros de la congregación se pusieron de pie para ver cómo respondía Sayren Stund a esta sorprendente novedad. Cuando JandolAnganol dejó de hablar, se convirtieron en estatuas bajo su fría mirada, y otra vez reinó en la capilla el más absoluto silencio.

Sayren Stund se había deslizado poco a poco de su asiento y ya no era visible. Una exclamación de Milua Tal rompió el silencio; recobrándose rápidamente de la sorpresa inicial, corrió a abrazar a JandolAnganol.

-Me mantendré a tu lado -dijo-y cumpliré mis deberes nupciales con lealtad.

XX
CÓMO SE HIZO JUSTICIA

Se encendieron petardos. Se reunieron muchedumbres que bebieron toneles de rathel. Se dijeron plegarias en los recintos más sagrados de la ciudad.

El compromiso de JandolAnganol con la princesa Milua Tal llenó de alegría a la población de Oldorando. No había razones lógicas para ello. La casa real de Stund y la Iglesia a que pertenecía vivían obviamente a expensas del pueblo. Había pocas oportunidades para la alegría, y eran sabiamente aprovechadas.

A partir del asesinato de la princesa Simoda Tal, el rey y su familia se habían ganado el afecto de la población, a cuya vida emocional contribuían acontecimientos tan horribles como ése.

Que ahora la hermana menor se casara con el antiguo prometido de la hermana muerta era un apreciado efecto teatral. Se hacían incesantes conjeturas acerca de la fecha en que la princesa había tenido su primera menstruación y -como era habitual acerca de los hábitos sexuales de los Madis. ¿Eran monógamos o absolutamente promiscuos? El interrogante continuaba abierto, aunque la opinión masculina, en general, sostenía esta última alternativa.

JandolAnganol gozaba de la aprobación de casi todos.

Para la opinión pública, era una figura atractiva; ni excesivamente joven ni desagradablemente viejo. Había estado casado con una de las mujeres más hermosas de todo Campannlat. En cuanto a la razón de que desposara ahora a una muchacha más joven que su propio hijo..., esas uniones dinásticas no eran raras; y la cantidad de niñas prostitutas del barrio de Uidok y de la Puerta del Este daba una respuesta sencilla al problema.

En cuanto al tema de los phagors la población era más neutral de lo que se creía en el palacio. Todo el mundo conocía la historia popular y la célebre destrucción de la ciudad por las hordas phagor. Pero eso había sido mucho antes. Ahora los phagors ya no merodeaban. Era raro verlos en Oldorando. A la gente le gustaba ir a contemplar la Primera Guardia Phagor en el Parque del Silbato, al otro lado del Valvoral.

Nada de esto contribuía a apaciguar el amargo resentimiento del rey Sayren Stund.

Nunca había sido un hombre decidido, y había dejado pasar el momento en que hubiera podido prohibir la unión. Se maldecía a sí mismo y especialmente a la reina Bathkaarnet-ella, quien aprobaba la boda.

Bathkaarnet-ella era una mujer simple. JandolAnganol le caía bien. Como decía, cantando, "le gustaba su aspecto". Aunque los seres de dos filos no le agradaban demasiado, veía en los constantes drumbles una intolerancia que fácilmente podía volverse contra los de su propia raza; los Madis no eran bien vistos en Oldorando y los actos de violencia contra ellos eran frecuentes. Por lo tanto, consideraba que ese hombre, capaz de proteger a los phagors, sería bondadoso con la única hija que a ella le quedaba.

Y había más. Bathkaarnet-ella sabía que Sayren Stund proyectaba desde hacía tiempo el casamiento de Milua Tal con Taynth Indredd, un príncipe de Pannoval, mucho más viejo y desagradable que JandolAnganol. No quería a Taynth Indredd. No le gustaba la perspectiva de que su hija viviera en la sombría Pannoval, enterrada bajo las Montañas Quzint. No era un destino apropiado para una Madi, o para la hija de una Madi. Mucho más conveniente resultaba una vida con JandolAnganol en Matrassyl.

De modo que, con su estilo humilde, se oponía al rey. Éste debía encontrar otro camino para expresar la ira. Y había uno que se ofrecía sin dilación.

Sayren Stund conservaba un aspecto exterior amable. No podía admitir ninguna responsabilidad por la muerte de Yuli. Llegó, incluso, a invitar a JandolAnganol para estudiar los arreglos previos a la boda.

Se encontraron en una habitación privada donde había grandes abanicos suspendidos del cielo raso, coloridos tapices Madi en lugar de ventanas, como se usaba en Pannoval, y tiestos de vulus.

Acompañaban a Sayren Stund su esposa y un consejero de asuntos religiosos, un hombre alto y hierático cuyo rostro semejaba un hacha, que estaba sentado en el fondo, en silencio y sin mirar a nadie.

JandolAnganol llegó con uniforme completo, escoltado por uno de sus capitanes, un hombre robusto y acostumbrado a la vida al aire libre que parecía algo confundido ante su nuevo rol diplomático.

Sayren Stund sirvió vino y ofreció un vaso a JandolAnganol, quien rechazándolo dijo:

-La fama de tus viñedos es universal, pero el vino me da sueño.

Ignorando la observación, Sayren Stund entró en tema.

-Nos alegra que te cases con la princesa Milua Tal. Sin duda recuerdas que te proponías desposar en Oldorando a mi hija asesinada. Te pedimos, entonces, que la ceremonia se cumpla aquí, y que esté a cargo del Santo C'Sarr, cuando llegue.

-Creía, señor, que estabas ansioso por que me marchara hoy mismo.

-Ha sido un malentendido. Además se nos informa que esa criatura domesticada que nos ofendía ha dejado de existir. -Mientras hablaba, los ojos se le deslizaron hacia el hierático consejero, como si buscaran su apoyo.-Puedes estar seguro de que los festejos serán dignos de ti.

-¿Piensas que el C'Sarr llegará dentro de tres días?

-Sus mensajeros ya están aquí. Nuestros agentes están en contacto con ellos. La comitiva ha pasado el lago Dorzin. Mañana esperamos a otros visitantes, como el príncipe Taynth Indredd, de Pannoval. Tu boda hará de la ocasión un solemne acontecimiento histórico.

Comprendiendo que Sayren Stund intentaba aprovechar la demora, JandolAnganol se retiró a un ángulo de la habitación para hablar con su capitán. Deseaba partir de inmediato antes de que se pudieran urdir nuevas traiciones. Pero para eso necesitaba una embarcación, y sólo Sayren Stund podía disponer de ellas. Y también estaba el problema -que el capitán le recordó- de SartoriIrvrash, quien en ese momento se encontraba atado, amordazado y a punto de sofocarse en el armario de Fard Fantil.

Se dirigió a Sayren Stund:

-¿Tenemos motivos para estar seguros de que el Santo C'Sarr querrá celebrar ese oficio? Ya es anciano, ¿verdad?

Sayren Stund hizo un mohín.

-Está envejeciendo. Es venerable. A mi juicio no puede decirse que sea un anciano. Debe de tener treinta y nueve y uno o dos décimos. Pero, por supuesto, puede objetar la alianza ya que Borlien sigue albergando phagors y se niega a obedecer toda demanda de drumbles. Yo mismo tiendo a ser dogmático en ese punto de la doctrina; pero naturalmente, debemos escuchar de sus labios el juicio definitivo.

Las mejillas de JandolAnganol ardían de furia. Con voz contenida, dijo:

-Hay razones para creer que nuestra adorada religión, a la que nadie es más fiel que yo, se inició como un sencillo culto a los phagors. Esto fue cuando hombres y phagors vivían de modo más primitivo. Aunque la historia eclesiástica intenta ocultar el hecho, el Todopoderoso es muy parecido, por su aspecto, a un ser de dos filos. En los siglos recientes, la imaginería popular ha esfumado algo esa similitud; sin embargo, ahí está.

"Nadie piensa hoy que los phagors sean todopoderosos. Yo sé, por mi experiencia personal, cuán dóciles son si se los trata con firmeza. Sin embargo, nuestra religión gira en torno de ellos. No puede ser justo, por lo tanto, perseguirlos en razón de los edictos de la Iglesia."

Sayren Stund miró hacia atrás buscando la ayuda de su consejero. Ese hombre sabio dijo con voz hueca, sin alzar la vista:

-No es ésa la opinión que pueda agradar a Su Santidad el C'Sarr; él diría que el rey de Borlien blasfema contra la sagrada efigie de Akhanaba.

-Así es -agregó Sayren Stund Tampoco puede agradar a ninguno de nosotros, hermano. El C'Sarr debe casarte; y tú, guardarte tus puntos de vista.

La reunión terminó rápidamente. A solas con su reina y con el sombrío consejero, Sayren Stund dijo, frotándose las manos regordetas:

-Entonces, esperará al C'Sarr. Tenemos tres días para impedir la boda. Necesitamos a SartoriIrvrash. Hemos buscado en el Parque del Silbato, donde se alojan los phagors; allí no está. Haremos un registro a fondo de las habitaciones del rey.

El sombrío consejero carraspeó.

-Debemos tener en cuenta a esa mujer, Odi Jeseratabahr. Esta mañana se ha refugiado en la embajada de Sibornal, con cierta angustia, informando de la desaparición de su amigo. Entiendo que ella es una almirante. Mis agentes me informan que no ha sido bien recibida; quizás el embajador la trate como una traidora, pero de todos modos no nos la entregará, al menos por el momento.

Sayren Stund se abanicó y bebió un poco de vino.

-Podemos arreglarnos sin ella.

-Mis abogados eclesiásticos han descubierto otro punto a favor de su majestad continuó el consejero-. El rey JandolAnganol se ha divorciado de MyrdemInggala por un decreto que se encuentra, hasta ahora, en posesión de Alam Esomberr. Aunque el rey lo ha firmado, y parece creer que su divorcio es efectivo, no lo será hasta que el decreto esté físicamente en las manos del C'Sarr, según una antigua disposición del derecho canónico de Pannoval que se refiere precisamente al divorcio de personas de la realeza.

Por lo tanto, el rey JandolAnganol actualmente se encuentra, de hecho, en un estado de

Decres nisi.

-Por lo tanto, ¿no puede volver a casarse?

-Todo matrimonio realizado antes de que el decreto sea efectivo será ilegal.

Sayren Stund batió palmas, riendo.

-Excelente. Excelente. No saldrá adelante con esta impertinencia.

-Pero necesitamos la alianza con Borlien -dijo, en voz baja, la reina.

Su marido casi no se molestó en mirarla.

-Querida, debemos minar su posición y ponerlo en desventaja; de ese modo, Matrassyl lo rechazará. Nuestros agentes hablan de nuevos disturbios allí. Incluso yo mismo podría convertirme en el salvador de Borlien y gobernar ambos reinos; Oldorando ya ha dominado a Borlien en el pasado. ¿No tienes sentido de la historia?

JandolAnganol era consciente de su difícil situación. Cuando se sentía desalentado, renovaba su furia recordando la malicia de Sayren Stund. Una vez que estuvo lo suficientemente repuesto del hallazgo del cadáver decapitado de Yuli como para salir de la habitación, había encontrado la cabeza en el pasillo. Unos metros más lejos yacía su centinela humano, con la cabeza destrozada por un mandoble. JandolAnganol había vomitado. Un día más tarde aún se sentía enfermo. A pesar del calor su corazón estaba helado.

Después de la reunión con Sayren Stund se dirigió al Parque del Silbato, donde una pequeña muchedumbre lo vitoreó. La compañía de su Guardia Phagor lo serenaba.

Inspeccionó su alojamiento con más atención que antes. Los comandantes phagor lo seguían. Uno de los pabellones parecía una residencia para huéspedes, y estaba amueblado con buen gusto. En la planta superior había un apartamento completo.

-Este apartamento será el mío -dijo JandolAnganol.

-Un buen lugar. Ninguna persona de Hrl-Drra Nhdo puede entrar aquí.

-Tampoco phagors.

-Tampoco phagors.

-Lo custodiaréis.

-Azí lo comprendemoz.

No le importó que el comandante utilizara el antiguo nombre phagor de Oldorando, puesto que conocía sus antiguas y aparentemente inextinguibles memorias. Estaba acostumbrado a sus arcaicos hábitos de lenguaje.

Mientras regresaba a través del parque, escoltado por cuatro phagors, la tierra se sacudió. Los temblores eran frecuentes en Oldorando. Éste era el segundo desde su llegada. Miró el palacio a través de la plaza de Loylbryden. Sintió deseos de que un violento terremoto lo derribase, pero podía ver que las columnas de madera de la fachada estaban diseñadas para darle la máxima estabilidad.

Los curiosos y transeúntes parecían tranquilos. Una vendedora de waffles continuaba con su negocio como de costumbre. Con un estremecimiento JandolAnganol se preguntó si, a pesar de todo lo que decían los sabios, se aproximaba el fin del mundo.

-Que venga-se dijo a sí mismo.

Después, pensó en Milua Tal.

Cerca de la puesta de Batalix, unos mensajeros corrieron a palacio para anunciar que el príncipe Taynth Indredd de Pannoval llegaría a la Puerta del Este antes de lo previsto. Se envió una invitación formal a JandolAnganol para que su comitiva acudiera a la ceremonia de bienvenida en la plaza de Loylbryden, invitación a la que en verdad no podía rehusarse.

Indiferente a los asuntos de estado o a las guerras que se desarrollaran en cualquier parte, Taynth Indredd había estado cazando en las Quzint, y regresaba cargado de trofeos de caza, como pieles, plumas y marfiles. Llegó en un palanquín, precediendo varias jaulas con los animales que capturara. En una de ellas una docena de Otros parloteaban o permanecían apáticos. Una banda de doce músicos tocaba aires vivaces; flameaban las banderas. Su entrada fue más espléndida que la de JandolAnganol. Y Taynth Indredd no tuvo que detenerse a regatear en la plaza del mercado para obtener un poco de dinero.

Formaba parte de la comitiva del príncipe uno de los pocos amigos de JandolAnganol en la corte de Pannoval, Guaddl Ulbobeg. Ulbobeg parecía agotado por el viaje. Cuando la ceremonia de bienvenida dio señales de convertirse en una prolongada borrachera general, JandolAnganol logró hablar con el anciano.

-No soy bastante fuerte para estas expediciones -dijo Guaddl Ulbobeg. Y bajando la voz agregó-: Entre nosotros, Taynth Indredd es cada vez más insoportable. Ojalá pudiera retirarme de su servicio. Después de todo, tengo treinta y seis años y cuarto.

-¿Por qué no lo haces?

Guaddl Ulbobeg puso la mano en el brazo de JandolAnganol. La impensada amistosidad del gesto conmovió al rey.

-Mi tarea está ligada al obispado de Prayn. ¿No recuerdas que soy un obispo del Santo Imperio

de Pannoval, bendito sea? Si me marchara antes de que me concediesen el retiro, perdería también ese cargo, con todo lo que supone... A propósito: Taynth Indredd está disgustado contigo, y más vale que lo sepas.

JandolAnganol se echó a reír.

-Según parece soy universalmente odiado. ¿En qué he ofendido a Taynth Indredd?

-Ah, todo el mundo sabe que nuestro pomposo amigo Sayren Stund pensaba casar con él a Milua Tal hasta que tú interviniste.

-¿Sabías eso?

-Lo sé todo. También sé que voy a darme un baño y luego a acostarme. A mi edad no es bueno beber.

-Hablaremos por la mañana. Que descanses.

Hubo otro temblor en la primera parte de la noche. Esta vez fue lo bastante violento como para causar alarma. En los barrios pobres de la ciudad se desprendieron tejas y balcones. Las mujeres se lanzaron gritando a la calle. Los esclavos difundieron la alarma en palacio.

Esto convenía a JandolAnganol. Para cumplir sus propósitos necesitaba algo que distrajera la atención pública. En el terreno situado detrás del palacio -y como se esperaba de un edificio que era una antigua fortaleza en desuso-, sus capitanes habían descubierto que existían muchas salidas para quienes las conocían. Aunque había guardias en el frente, cualquiera podía entrar y salir por la parte trasera. Como entró JandolAnganol, aunque sólo para descubrir que la gente de palacio tenía sus propias diversiones.

Un formidable carro tirado por seis hoxneys llegó a una callejuela que corría junto a la pared nordeste del palacio. Descendieron cuatro hombres robustos. Uno retuvo al animal que venía a la cabeza mientras los otros empezaron a desclavar las tablas que cubrían una puerta lateral. La abrieron y con un grito llamaron a alguien que se encontraba en el interior. Como no hubo respuesta, dos de los hombres subieron y, entre golpes y amenazas, arrastraron a la calle una figura atada. El cautivo llevaba una manta anudada alrededor de su cabeza. Gimió y recibió un golpe en la espalda.

Sin prisa, los tres hombres abrieron una puerta de hierro y entraron en un edificio exterior del palacio. La puerta se cerró con violencia a sus espaldas.

JandolAnganol observaba todo escondido detrás de una arcada. A su lado estaba la frágil figura de Milua Tal. Desde donde se encontraban, junto a la pared, podían oler la densa fragancia del zaldal al que poco antes se refiriera Sayren Stund.

Ambos establecieron su refugio en el Pabellón Blanco -así lo llamaban- del Parque del Silbato. Allí se encontraban seguros bajo la protección de la Guardia Phagor. El rey estaba todavía inquieto por lo que acababan de ver en la calle.

-Creo que tu padre se propone matarme antes de que pueda huir de Oldorando.

-No tanto como matarte, pero está decidido a crearte alguna clase de dificultades. Si puedo, averiguaré cómo, pero ahora me mira con desconfianza. ¿Por qué serán tan complicados los reyes? Espero que tú no seas así cuando estemos en Matrassyl. Tengo mucha curiosidad por verla, y deseo navegar por el Valvoral. Los barcos que van río abajo alcanzan una velocidad fantástica, como aves en vuelo. ¿Hay pecubeas en Borlien? Me gustaría tener algunas en mi habitación, como tiene mi madre. Por lo menos cuatro, tal vez cinco, si puedes. Mi padre me dijo que en venganza tú te propones matarme y cortarme la cabeza; pero yo me eché a reír y le saqué la lengua... ¿Sabes que puedo sacar la lengua muy larga? Y le dije: "¿Para vengarse de qué, rey tonto?". Se enojó muchísimo. Creí que le daría una "apoplejía".

Feliz, parloteaba mientras examinaba el apartamento.

JandolAnganol, que sostenía su única lámpara, dijo:

-No pienso hacerte ningún daño, Milua. Puedes estar segura. Todo el mundo cree que soy un villano. Estoy en las manos de Akhanaba, como todos. Ni siquiera quiero hacer daño a tu padre.

Ella se sentó en la cama y miró por la ventana. La escasa luz acentuaba su perfil de pájaro.

-Eso es lo que le dije, o algo parecido. Estaba tan furioso que se le escapó una cosa. ¿Sabes quién es SartoriIrvrash?

-Lo sé muy bien.

-Está de nuevo en manos de mi padre. Sus agentes lo encontraron en la habitación de ese jorobado.

El rey sacudió la cabeza.

-No. Está atado y amordazado en un armario. Mis hombres lo traerán aquí para que esté más seguro.

Milua Tal dejó escapar una carcajada.

-Te ha burlado, Jan. Es otro hombre, un esclavo que pusieron en su lugar. Hallaron al verdadero SartoriIrvrash cuando todo el mundo recibía al viejo y gordo príncipe Taynth.

-¡Por la Observadora! ¡Ese hombre quiere crearme problemas! Era mi canciller. ¿Qué es lo que sabe? Milua, pase lo que pase, debo enfrentarlo. Es un deber; mi honor está en juego.

-Oh, Zygankes. "Mi honor está en juego". Ésas son las cosas que dice mi padre. ¿Y no tendrías que estar rematadamente loco por mi belleza infantil o algo así?

El rey tomó las manos de Milua entre las suyas.

-Así es, mi hermosa Milua. Pero quería decir que ese tipo de locura de nada sirve sin algo que la respalde. Tengo que sobrevivir al deshonor, superarlo, no contaminarme con él. Entonces será posible establecer una alianza entre mi país y el tuyo, como deseo desde hace tiempo. Y lo conseguiré, con tu padre o con su sucesor.

Ella aplaudió.

-Yo soy la sucesora. Así tendremos un país cada uno.

A pesar de su tensión, y de sus presentimientos de que aún lo amenazaban males mayores, JandolAnganol no pudo contener la risa; la abrazó, y estrechó su cuerpo delicado.

La tierra volvió a temblar.

-¿Podemos dormir aquí, juntos? -murmuró ella.

-No, no estaría bien. Por la mañana iremos a ver a mi amigo Esomberr.

-Creí que no era un buen amigo.

-Puedo hacer que lo sea. Es vanidoso, pero no malvado.

Los temblores de tierra cesaron. La noche llegó a su fin. Freyr se elevó, oculto por una niebla amarillenta, y la temperatura aumentó.

Pocas personas de importancia se veían en palacio. El rey Sayren Stund anunció que no concedería audiencias; quienes habían perdido algo -un hogar, un hijo- durante los temblores, lloraban en vano en las antecámaras, y eran alejados. Tampoco se veía al rey JandolAnganol. Ni a la joven princesa.

Ese día, un cuerpo de ocho guardias de Oldorando arrestó a JandolAnganol.

Lo sorprendieron cuando abandonaba sus habitaciones. Luchó, pero lo alzaron en vilo y lo condujeron a una prisión; a puntapiés fue obligado a descender una escalera de piedra en espiral y luego lo arrojaron dentro de un calabozo. Lleno de furia, permaneció un rato en el suelo, jadeando.

-Yuli, Yuli -repetía-. Tanta repugnancia me inspiró lo que te hicieron que no pude advertir el peligro en que yo mismo estaba. No pude pensar...

Más tarde, dijo en voz alta:

-Fui excesivamente confiado. Ese ha sido mi error. Siempre creí que podía adaptarme a las circunstancias.

Mucho después, se incorporó y miró a su alrededor. Un estante, en una pared, servía de banco y de lecho. La luz penetraba por una alta ventana. En un ángulo había un hoyo para las necesidades sanitarias. Se dejó caer en el banco, y pensó en la larga prisión de su padre. Cuando su ánimo se deprimió aún más, pensó en Milua Tal.

-Sayren Stund, slanje, si tocas una sola de sus pestañas...

Se sentó rígidamente. Luego se obligó a relajarse y apoyó la espalda contra la húmeda pared de la celda. Con un rugido, se puso de pie de un salto y comenzó a recorrer de un lado a otro el espacio entre la pared y la puerta.

Sólo se detuvo cuando oyó el ruido de unas botas que descendían los escalones. Unas llaves tintinearon y un miembro del clero local, vestido de negro, entró entre dos guardias armados. Cuando

hizo una mezquina reverencia, JandolAnganol lo reconoció como el consejero de cara afilada, cuyo nombre era Crispan Mornu.

-¿Por qué artera ley yo, un príncipe visitante de un país amigo, he sido puesto en prisión?

-Vengo a informarte de que se te acusa de asesinato, y que mañana, a la salida de Batalix, serás juzgado por ese crimen ante una corte real eclesiástica. -La voz sepulcral se interrumpió y luego agregó:- Debes prepararte.

JandolAnganol se adelantó, furioso.

-¿Asesinato? ¿Asesinato, banda de criminales? ¿Qué nueva ignominia es ésta? ¿De qué crimen se me acusa?

Las lanzas cruzadas detuvieron su avance.

El sacerdote dijo:

-Se te acusa del asesinato de la princesa Simoda Tal, hija mayor del rey Sayren Stund de Oldorando.

Volvió a inclinarse y se retiró.

El rey permaneció donde estaba, mirando la puerta. Sus ojos de águila se clavaban en las tablas, sin parpadear, como si hubiera jurado no hacerlo hasta que no estuviese libre.

Y así permaneció casi toda la noche. El principio de la actividad, intenso en él, estaba enroscado como un resorte en su interior. Mantuvo un desafiante estado de alerta durante las horas de oscuridad, listo para atacar a cualquiera que osara entrar en el calabozo.

Nadie lo intentó. No le llevaron comida ni agua. Durante la noche hubo un temblor remoto -tanto que podría haber sido en una arteria, y no en el suelo- y una fina lluvia de polvo se desprendió de los muros y flotó sobre el piso. Nada más. Ni siquiera una rata visitó a JandolAnganol.

Cuando la luz penetró en su celda, se dirigió a la ventana sin cristales. Trepando y sosteniéndose con los dedos de un hoyo cavado por anteriores prisioneros, pudo mirar a través de ella. Una preciosa brisa de aire fresco murió sobre su mejilla.

El calabozo estaba en el frente del palacio, cerca de la esquina más próxima a la Cúpula, por lo que pudo estimar. Desde donde estaba sólo podía ver las copas de los árboles de la plaza de Loylbryden.

La plaza estaba desierta. Pensó que si esperaba bastante tiempo podría ver a Milua Tal, a no ser que ella también hubiese sido encarcelada por su padre.

La ventanilla daba al oeste. El pequeño trozo de cielo que podía divisar estaba libre de bruma. Batalix arrojaba largas sombras sobre los cantos rodados. Las sombras palidecieron y se dividieron en dos cuando también Freyr se elevó. Luego ambas desaparecieron: la bruma retornó y la temperatura empezó a aumentar.

Llegaron obreros. Traían plataformas y postes. Tenían el mismo aire resignado que tienen los obreros de todas partes: estaban dispuestos a hacer su trabajo, pero no a darse prisa. Finalmente, construyeron un patíbulo.

JandolAnganol bajó y se sentó en el banco, apretándose las sienes con los dedos. Entraron guardias. Luchó en vano contra ellos. Lo engrillaron. Él les mostraba los dientes. Sin darle importancia lo empujaron escaleras arriba.

Todo había salido como deseaba el rey Sayren Stund. Merced a la incesante enantiodromia que aflige a todas las cosas y las convierte en opuestos, ahora estaba en condiciones de vencer al hombre que hacía tan poco le infligiera una derrota. Saltando y lanzando gritos de felicidad, abrazó a Bathkaarnet-ella mientras dirigía miradas malignas a su hija.

-Ya ves, niña; ese villano a quien has echado los brazos al cuello quedará marcado como asesino ante todo el mundo. -Se acercó a ella con un júbilo de ogro.- Mañana podrás abrazar su cadáver. Sí, dentro de veinticinco horas tu virginidad quedará definitivamente a salvo de JandolAnganol.

-¿Por qué no me cuelgas también a mí, padre? Así no tendrás más hijas de que ocuparte.

Se había dispuesto como sala de la corte un salón especial del palacio. La Iglesia lo santificó. Se colocaron haces de veronika, scantiom y pellamonte, que se consideraban hierbas refrescantes,

para disminuir la temperatura y perfumar el ambiente. Muchas personas famosas de la corte y la ciudad se reunieron para seguirlos hechos; no todas estaban tan de acuerdo con el rey como él creía.

Los tres actores principales del drama eran el rey Sayren Stund, su hierático consejero Crispan Mornu, y un juez llamado Kimon Euras, cuyo cargo eclesiástico era el de ministro de los Rollos.

Kimon Euras era tan flaco que se encorvaba como si la tensión de su piel hubiese quebrado su columna vertebral; era calvo, aunque más preciso sería decir que no tenía vestigios visibles de pelo, y la piel de su rostro mostraba una palidez cenicienta que recordaba esos rollos de pergamino puestos bajo su parsimoniosa custodia. Su aspecto de araña, mientras subía a su sitial, vestido con un negro keedrant que colgaba sobre sus pies espatulados, parecía asegurar que administraría la piedad con idéntica parsimonia.

Cuando los dignatarios ocuparon sus lugares, se golpeó un gong y dos guardias, escogidos por su robustez, entraron arrastrando al rey JandolAnganol. Lo colocaron en el centro de la sala para que todos pudieran verlo.

La distinción entre libres y prisioneros, tan nítida en todas las cortes, aquí era más marcada de lo habitual. La breve prisión del rey había sido suficiente para que su persona y su túnica estuviesen sucias. Sin embargo, mantenía la cabeza alta y dirigía a la corte su mirada de águila; más parecía un ave de rapiña acechando a su presa que un hombre buscando piedad. Sus gestos y movimientos eran precisos.

Con su voz polvorienta Kimon Euras inició un largo discurso. El antiguo polvo de los documentos debía de haberse alojado en su laringe. Alzó la voz cuando llegó a las palabras:

-... el cruel asesinato de nuestra amada princesa Simoda Tal, en este mismo palacio, mediante el empleo de un cuerno de phagor. JandolAnganol, rey de Borlien: se te acusa de haber instigado ese crimen.

JandolAnganol lanzó de inmediato un desafiante grito de protesta. Un guardia lo golpeó desde atrás, diciendo:

-No se permite al prisionero hablar ante esta corte. Si vuelves a interrumpir serás enviado de vuelta a tu calabozo.

Crispan Mornu había logrado encontrar, para la ocasión, un ropaje más negro que de costumbre. Ese color se reflejaba en sus mejillas, sus pómulos, sus ojos y, cuando hablaba, en sus palabras.

-Nos proponemos demostrar que la culpa del rey de Borlien es absoluta, y que no ha venido aquí con otro propósito que la muerte de la princesa Milua Tal, para terminar así con el linaje de la Casa de Stund. Mostraremos aquí una copia del instrumento con que fue eliminada la princesa Simoda Tal. También presentaremos al autor material del hecho. Y veremos que todos los factores señalan, sin duda posible, al prisionero como creador de ese plan atroz. Traed la daga.

Un esclavo se adelantó, haciendo viva ostentación de su prisa, trayendo el objeto pedido.

Incapaz de mantenerse al margen, Sayren Stund extendió una mano y la tomó antes de que pudiera hacerlo Crispan Mornu.

-Es el cuerno de un phagor. Tiene dos agudos filos y no puede, por lo tanto, confundirse con el cuerno de ningún otro animal. Corresponde a la configuración de la herida del pecho de la infortunada princesa.

“No pretendemos, de ningún modo, que ésta sea el arma con que se cometió el asesinato. Esa arma se ha perdido. Se trata sólo de una similar, recién cortada de la cabeza de un phagor”.

“Deseo recordar a la corte, que juzgará si el hecho es relevante o no, que el prisionero tenía como mascota un runt phagor. El prisionero había dado a ese runt, increíble blasfemia, el nombre del gran santo guerrero de nuestra nación, Yuli. No es necesario que nos preguntemos si el insulto ha sido motivado por ignorancia o pura premeditación.”

-Sayren Stund, tu maldad no quedará sin castigo -dijo JandolAnganol, quien recibió por ello un duro golpe.

Cuando todos vieron la daga, la encorvada figura de Kimon Euras se incorporó lo suficiente para preguntar:

-¿Tiene la acusación algo más que presentar como prueba contra el prisionero?

-Ya habéis visto el arma empleada para cometer el crimen -anunció la negra voz de Crispan Mornu-. Ahora os mostraremos a la persona que usó esa arma para matar a la princesa Simoda Tal.

Medio a rastras introdujeron en la sala un cuerpo que se debatía. Una manta cubría su cabeza, y JandolAnganol pensó de inmediato en el prisionero que había visto bajar del carro de madera.

El cautivo fue empujado hasta que estuvo ante la corte. Tras una orden, le arrancaron la manta. Apareció entonces un joven que consistía, aparentemente, en una desgreñada melena, un rostro casi morado, y una camisa rota. Cuando lo golpearon y empezó a quejarse en lugar de luchar, se vio que era RobaydayAnganol.

-¡Roba! -exclamó el rey, y recibió tal golpe en los riñones que se dobló de dolor. Se sentó en el banco, abrumado por la visión de su hijo, quien siempre había temido el cautiverio.

-Los agentes de su majestad han capturado a este joven en el puerto de Ottassol, en Borlien -dijo Crispan Mornu-. Fue muy difícil seguir su pista, ya que a veces se disfrazaba de Madi, adoptando sus costumbres y su forma de vestir. Sin embargo es humano. Su nombre es RobaydayAnganol. Es el hijo del reo, y es bien conocido su carácter exaltado.

-¿Has asesinado a la princesa Simoda Tal?-preguntó el juez en una voz como de pergaminos desgarrados.

Robayday, en un acceso de llanto, dijo que jamás había asesinado a nadie, que nunca había estado antes en Oldorando, y que sólo deseaba vivir su miserable Vida en paz.

-¿No has ejecutado ese crimen instigado por tu propio padre? -preguntó Crispan Mornu, haciendo que cada palabra resonara como un hacha en el momento de caer.

-¡Odio a mi padre! ¡Tengo miedo de él! Jamás haría lo que me pidiera.

-¿Por qué, entonces, has asesinado a la princesa Simoda Tal?

-No lo hice. No lo hice. Soy inocente, lo juro.

-¿A quién has matado?

-Nunca he matado a nadie.

Como si ésas fueran las palabras que toda su vida había deseado escuchar, Crispan Mornu alzó en el aire una mano moteada y alzó su nariz hasta que brilló a la luz, como recién afilada.

-Este joven afirma que no ha matado a nadie. Presentaremos como testigo a una persona que demostrará que miente. Traed a la testigo.

Entró en la sala una mujer joven que se movía libre, aunque sin poder ocultar su nerviosismo, entre dos guardias. La condujeron a un lugar situado debajo de la plataforma del juez; todos los miembros de la corte la miraron con ojos ávidos. Su belleza y juventud eran sorprendentes. Sus mejillas estaban vivamente pintadas, y su negro cabello recogido en un sofisticado peinado. Usaba un chagirack cuyo exótico dibujo enfatizaba su figura. De pie, con una mano en la cadera, levemente desafiante, parecía al mismo tiempo ingenua y seductora.

El juez Kimon Euras adelantó su cráneo de alabastro y quizás alcanzó, como inesperada recompensa, una visión de sus pechos, porque dijo en un tono mucho más humano que el anterior:

-¿Cómo te llamas, mujer?

Ella dijo en voz suave:

-AbathVasidol, pero mis amigos me llaman Abathy.

-Estoy seguro de que tienes muchos amigos -dijo el juez.

Indiferente a este comentario, Crispan Mornu dijo:

-Los agentes de su majestad han traído también a esta joven. No es una prisionera, puesto que ha venido por deseo propio, y será recompensada por ayudarnos a encontrar la verdad. Abathy, ¿quieres decirnos cuándo has visto por última vez a ese joven, y en qué circunstancias?

Abathy, humedeciéndose los labios, respondió:

-Oh, señor, fue en mi habitación, en mi modesta vivienda de Ottassol. Mi amigo Div y yo estábamos sentados en la cama conversando, ¿sabe usted? Y de pronto este hombre... -Se interrumpió.

-Sigue, muchacha.

-Es terrible, señor... -Había en la corte un pesado silencio, como si incluso las hierbas refrescantes se sofocaran de calor.- Este hombre entró con una daga. Deseaba que yo me fuera con

él, y yo no quería. No hago esas cosas. Div trató de protegerme, y este hombre lo hirió con su daga, una especie de cuerno, señor, y lo mató. Hirió a Div en el estómago.

Mostró con delicadeza su propia región hipogástrica, y la corte al unísono inclinó su pescuezo.

-¿Qué ocurrió después?

-Después, señor, usted sabe, este hombre se llevó el cuerpo y lo arrojó al mar.

-¡Todo eso es mentira, una burda conspiración! -exclamó JandolAnganol.

Fue la muchacha quien le respondió en una explosión de cólera. Ahora se sentía más cómoda en la corte, y empezaba a gozar de su papel.

-No es mentira. Es la verdad. El prisionero se llevó el cuerpo de Div y lo arrojó al mar. Y lo más extraordinario es que pocos días después regresó, el cuerpo, quiero decir, rodeado dé hielo, a Ottassol, porque yo lo vi en la casa de mi amigo y protector Bardol CaraBansity, que luego sería el canciller del rey por cierto tiempo.

JandolAnganol dejó escapar una risa ahogada y apeló directamente al juez: -¿Cómo puede alguien creer una historia tan imposible?

-No es imposible, y puedo probarlo -dijo con firmeza Abathy-. Div tenía una extraña joya de tres caras con números, una cosa para medir el tiempo. Los números se movían. Div lo llevaba en su cinturón. -Indicó la zona en su propia anatomía y otra vez el pescuezo colectivo se inclinó.- Esa misma joya apareció en casa de CaraBansity, y éste se lo dio a su majestad, que es muy probablemente quien ahora lo tenga en su poder. -Abathy señaló dramáticamente a JandolAnganol con el dedo.

El rey, visiblemente abrumado, guardó silencio. El reloj estaba en el bolsillo de su túnica.

Entonces recordó, aunque demasiado tarde, que siempre había temido aquel reloj por considerarlo un objeto extraño, un objeto científico del que había que desconfiar. Cuando BillishOwpin, el hombre que aseguraba venir de otro mundo, se lo ofreció, JandolAnganol lo rechazó arrojándoselo a la cara. De modo misterioso, había regresado a sus manos mediante gestión del deuteroscopista. Pese a sus intenciones, nunca había logrado deshacerse de él.

Ahora ese mismo objeto lo había traicionado.

No podía hablar. Un hechizo maligno había caído sobre él: era consciente de ello, pero no sabía cuándo había comenzado. Toda su devoción a Akhanaba no lo había librado de aquel embrujo.

-Pues bien, majestad, querido hermano -dijo Sayren Stund con regocijo-, ¿tienes esa joya de números vivos? Con voz débil JandolAnganol respondió: -Me proponía dársela a la princesa Milua Tal como regalo de bodas.

El tumulto estalló en la corte. La gente corría en todas direcciones, los sacerdotes pedían orden, Sayren Stund se cubrió el rostro para disimular su expresión de triunfo.

Cuando se restauró el orden, Crispan Mornu hizo otra pregunta a Abathy.

-¿Estás segura de que este joven, RobaydayAnganol, hijo del rey, es el mismo que asesinó a tu amigo Div? ¿Lo has visto en alguna otra ocasión?

-Señor, se convirtió en una gran molestia para mí. No me dejaba en paz. No sé qué habría ocurrido si tus hombres no lo hubiesen arrestado.

Se hizo un breve silencio, mientras todo el mundo meditaba en lo que podría haber ocurrido a esa chica tan atractiva.

-Permite que te haga una última pregunta, bastante personal -dijo Crispan Mornu mirando a Abathy con su sonrisa de cadáver-. Tú eres evidentemente una muchacha de clase pobre; sin embargo pareces tener amigos bien relacionados. Los rumores asocian tu nombre con el de cierto embajador de Sibornal. ¿Qué dices a esto?

-Que es una vergüenza -dijo una voz entre los bancos de la corte; pero Abathy respondió sin turbarse:

-En efecto, he tenido el placer de conocer a un caballero de Sibornal, señor. Me gustan los sibornaleses por sus buenas maneras, señor.

-Gracias, Abathy; tu testimonio ha sido inapreciable.

Crispan Mornu logró producir un mohín que parecía la sonrisa de un estilete. Se volvió luego hacia la corte, y sólo habló cuando la muchacha se hubo marchado.

-Supongo que no necesitaréis más pruebas. Esta inocente joven nos ha dicho todo lo que necesitamos saber. A pesar de sus mentiras, ha quedado demostrado que el hijo del rey de Borlien es un asesino. Ya hemos oído cómo asesinó en Ottassol, presumiblemente siguiendo las instrucciones de su padre, y sólo para proporcionarle un tonto regalo que traer aquí. Su arma favorita es el cuerno de phagor; ya había asesinado a Simoda Tal, empleando la misma arma. Su padre vino aquí a gozar de nuestra hospitalidad al tiempo que ponía en práctica sus perversos designios con la única hija que queda a su majestad. Hemos descubierto un plan tan salvaje como la historia no conoce otro. No vacilaré en pedir, en nombre de la corte y de toda nuestra nación, la pena de muerte para el padre y para el hijo.

La actitud desafiante de RobaydayAnganol se había desmoronado en el mismo instante en que Abathy entrara en la corte. Parecía un niño travieso; su voz se convirtió en un susurro cuando dijo:

-Por favor, dejadme en libertad. Estoy hecho para la vida, no para la muerte; para algún lugar salvaje donde sople el viento. No he planeado nada perverso con mi padre; eso lo niego, así como todos los demás cargos.

Crispan Mornu enfrentó al joven con un gesto dramático.

-¿Niegas todavía que has asesinado a Simoda Tal?

Robayday se humedeció los labios. -¿Puede matar una hoja? Sólo soy una hoja, señor, presa del vendaval del mundo. -Su majestad la reina Bathkaarnet-ella está dispuesta a testificar que ya en otra ocasión

visitaste este palacio disfrazado de Madi, tal como lo has hecho ahora para cometer ese acto infame. ¿Deseas que la reina se presente ante esta corte para identificarte?

Robayday tuvo un súbito estremecimiento.

-No -dijo.

-Entonces, el caso está probado. Este joven, nada menos que un príncipe, entró en el palacio y, por orden de su padre, mató a nuestra muy querida princesa Simoda Tal.

Todos los ojos se volvieron al juez. Éste miró el suelo antes de emitir su fallo.

-El veredicto es el siguiente: la mano que cometió este vil asesinato pertenece al hijo. La mente que controlaba esa mano es la del padre. Entonces, ¿dónde está la fuente de la culpa? La respuesta es clara...

Un grito atormentado surgió de Robayday. Extendió la mano como si quisiera detener las palabras de Kimon Euras.

-¡Mentiras! ¡Mentiras! Esta sala está llena de mentiras. Diré la verdad, aunque me destruya. Confieso que hice eso a Simoda Tal. Pero no porque estuviera en connivencia con mi padre el rey. Imposible. Somos el día y la noche. Lo hice contra él. Está allí ahora. Ahora es sólo un hombre, no un rey. Sólo un hombre, mientras que mi madre sigue siendo la reina de reinas. ¿Yo de acuerdo con él? No mataría ni me casaría por su causa. Declaro que ese villano es inocente. Si debo morir vuestra miserable muerte, entonces que no se diga jamás aquí que he estado de acuerdo con él. Desearía poder estarlo, pero ¿por qué habría de ayudar a quien jamás me ayudó?

Se agarró la cabeza como si quisiera arrancársela de los hombros.

En el silencio que siguió, Crispan Mornu declaró fríamente:

-Más daño habrías hecho a tu padre si hubieras guardado silencio.

Robayday le dirigió una mirada glacial y cuerda.

-Lo que temo es el principio del mal en los hombres... Y veo que ese principio está más vivo en ti que en ese pobre ser que carga con la corona de Borlien.

JandolAnganol alzó la vista al cielo raso, como si intentara desligarse de los acontecimientos terrenos. Pero lloraba.

Con ese ruido de pergamino que se rompe, el juez aclaró su garganta.

-En vista de la confesión del hijo, por supuesto queda demostrada la inocencia del padre. La historia está llena de hijos ingratos... Por lo tanto pronunciaré mi sentencia, bajo la guía de Akhanaba el Todopoderoso y Supremo: el padre está en libertad y puede marcharse; el hijo será ahorcado tan pronto como desee su majestad, el rey Sayren Stund.

-Quiero morir en su lugar y que él reine en el mío -dijo con voz firme JandolAnganol.

-La sentencia es inapelable. Sesión concluida.

Por encima del rumor de los pies se oyó la voz de Sayren Stund.

-Descansaremos ahora; pero recordad que esta tarde tendremos un nuevo espectáculo, cuando escuchemos lo que el ex canciller del rey JandolAnganol, SartoriIrvrash, tiene que decirnos.

XXI
LA LIQUIDACIÓN DE AKHANABA

El drama de la corte y la humillación de JandolAnganol habían sido contemplados por un público más numeroso de lo que el rey podía imaginar.

Sin embargo, el personal del Avernus no se ocupaba sólo de esa historia en que el rey jugaba un papel preponderante. Algunos estudiosos estaban atentos a sucesos que ocurrían en otras partes del planeta, o en los cuales el rey apenas desempeñaba un rol incidental. Un grupo de eruditas damas de la familia Tan, por ejemplo, tenía como tema el origen de las interminables desavenencias. Habían seguido varias disputas a lo largo de generaciones, estudiando cómo empezaban las diferencias, cómo se mantenían y, cuando éste era el caso, el modo en que terminaban por resolverse. Una de ellas se refería a un pueblo del norte de Borlien por donde había pasado el rey en su marcha hacia Oldorando. Allí la disputa original había surgido porque los cerdos de dos vecinos bebían agua en el mismo arroyo. El arroyo y los cerdos ya no existían, pero aún había en aquel lugar dos aldeas que al asesinato de vecinos lo llamaban "crimen marrano". Al pasar con sus phagors por una de esas aldeas y no por la otra, el rey JandolAnganol había exacerbado los ánimos, y esa noche, en una reyerta, un joven resultó con un dedo roto.

De esto las eruditas damas Tan aún no tenían noticia. Toda la información era automáticamente almacenada para su posterior estudio. En ese momento ellas estaban trabajando en un capítulo de la querella ocurrida hacía doscientos años. Habían visto los videos de un incidente de exhibicionismo, en el que un anciano de uno de los pueblos había sido atacado en masa por los hombres del otro. Luego de ese lamentable hecho, alguien inspirado en el tema había escrito una bella balada que aún se cantaba en las fiestas. Para las eruditas damas Tan sucesos como ése eran tanto o más vitales que el juicio del rey, y de mayor significación que las austeridades de la materia inorgánica.

Otros grupos estudiaban asuntos aún más esotéricos. En particular se seguían de cerca las líneas genealógicas de los phagors. El tema de la movilidad phagor, sorprendente para los heliconianos, era ya bastante bien comprendido en el Avernus. Los seres de dos filos tenían antiguas pautas de conducta de las que no se apartaban con facilidad, si bien esas pautas eran más elaboradas de lo que se suponía. Había un tipo de phagor “doméstico” que estaba tan dispuesto a aceptar el dominio del hombre como el de un kzahhn; pero alejados de la vista de los hombres había otros seres de dos filos, mucho más independientes, que sobrevivían a las estaciones de modo muy similar al de sus antepasados, tomando lo que podían y continuando su marcha. Eran criaturas libres, de ningún modo afectadas por el género humano.

La historia de Oldorando, considerada como una unidad, tenía también sus especialistas, interesados sobre todo en los procesos. Éstos seguían las vidas entrelazadas de los individuos sólo de un modo general.

Cuando los ojos del Avernus se dirigieron por vez primera hacia Oldorando -o Embruddock, como se llamaba entonces- era poco más que una fuente termal en el punto donde dos ríos confluían. Alrededor de la fuente se alzaban unas pocas torres bajas en medio de un inmenso desierto de hielo. Incluso entonces, en aquellos primeros años de las investigaciones del Avernus, era evidente que ese lugar, estratégicamente situado, tenía un gran potencial de crecimiento para cuando el clima mejorara.

Ahora, Oldorando era tan grande y populosa como ningún miembro de las seis familias había visto antes. Como cualquier organismo vivo, se dilataba cuando el clima era favorable y se contraía cuando era adverso.

Pero, en lo que se refería a la gente del Avernus, la historia no había hecho más que comenzar. Guardaban sus registros, transmitían un flujo constante de información hacia la Tierra; se estimaba que las transmisiones actuales llegarían allí en el año 7877. Las capas de la biosfera heliconiana y su reacción al cambio a lo largo del Gran Año sólo podrían ser comprendidas una vez estudiados al menos dos ciclos completos.

Los investigadores podían extrapolar; podían formular hipótesis inteligentes; pero no podían imaginar el futuro, como tampoco podía saber el rey JandolAnganol lo que ocurriría esa misma tarde.

Sayren Stund no estaba de tan buen humor desde antes de que muriera su hija mayor. Antes de los acontecimientos de esa tarde, destinados a humillar aún más a JandolAnganol, Stund tomó una ligera ración de gout de Dorzin y reunió al círculo más íntimo de sus consejeros para que comprendieran lo inteligente que él había sido.

-Por supuesto, nunca tuve la intención de colgar al rey JandolAnganol -informó a los consejeros-. La amenaza de ejecución sólo estaba destinada a reducirlo, como bien dijo ese Otro que es su hijo, a la mera condición de un hombre desnudo e indefenso. Él cree que puede hacer lo que quiera. No es así.

Cuando terminó de hablar, su primer ministro se puso de pie para hacer un discurso de agradecimiento a su majestad.

-Apreciamos particularmente la humillación de un monarca que civiliza a los phagors y los trata casi como si fueran humanos. Nosotros, en Oldorando, no podemos ni debemos dudar que los seres de dos filos son animales y no otra cosa. Tienen aspecto de animales. Y si bien es cierto que hablan, también lo hacen los preets y los loros.

“Pero, al contrario que estos últimos, los phagors son hostiles a la humanidad desde siempre. No sabemos de dónde han venido. Según parece nacieron durante el último período glaciar. Pero sí sabemos, y esto es lo que ignora el rey JandolAnganol, que estos formidables advenedizos deben ser erradicados; primero de la sociedad humana, y luego de la faz del mundo.

“Padecemos aún la indignidad de ver en nuestro parque a las bestias de JandolAnganol. Prevemos que, después de los acontecimientos de esta tarde, una vez más podremos demostrar al rey Sayren Stund nuestra gratitud por librarnos para siempre de esa manada de bestias, y del jefe de esa manada.”

Todos, incluido Sayren Stund, aplaudieron. Las palabras del ministro eran un eco de las suyas propias.

A Sayren Stund le encantaba esta obsecuencia. Pero no era un tonto. Necesitaba la alianza con Borlien, pero quería asegurarse de ser el socio principal. Esperaba, además, que los entretenimientos de esa tarde impresionaran también a la nación con la que estaba incómodamente aliado, Pannoval. Se proponía desafiar el monopolio militar y religioso del C'Sarr, mediante la provisión de una filosofía básica para el impulso pannovalano de destruir a los seres de dos filos. Después de hablar con SartoriIrvrash, pensó que el sabio era la persona más indicada para proporcionar esa filosofía.

Había hecho un arreglo con SartoriIrvrash. A cambio de su discurso de la tarde y de la destrucción de la autoridad de JandolAnganol, Sayren Stund había liberado a Odi Jeseratabahr de la embajada sibornalesa, a pesar de las quejas de sus competidores. Prometió a SartoriIrvrash y a Odi la seguridad de su corte, donde podrían vivir y trabajar en paz. El arreglo fue recibido con júbilo por ambas partes.

El calor de la mañana había abrumado a muchas de las personas presentes en la corte; noticias llegadas al palacio hablaban de cientos de muertes provocadas por ataques cardíacos. En consecuencia, el espectáculo vespertino se llevaría a cabo en los jardines reales, donde chorros de agua jugaban con el follaje y delicados velos suspendidos de los árboles creaban una agradable sombra.

Cuando se reunieron los distinguidos miembros de la corte y de la Iglesia, Sayren Stund apareció con la reina tomada de su brazo y su hija unos pasos más atrás. Cubriéndose los ojos, buscó a JandolAnganol. Milua Tal lo vio primero y corrió a su lado. Estaba debajo de un árbol, con su

armero real y dos capitanes.

-No se puede negar que es osada -murmuró Sayren Stund. Había hecho entregar a JandolAnganol una carta en la que se disculpaba por haberlo hecho encarcelar, pero explicando a la vez que todas las evidencias estaban en su contra. Ignoraba que Bathkaarnet-ella había enviado una nota mucho más directa donde manifestaba su pena por el incidente y llamaba a su marido "estrangulador de amores".

Una vez que su majestad se hubo instalado en su trono, sonó un gong y apareció Crispan Mornu, vestido de negro, como siempre. Evidentemente, el ministro de los Rollos, Kimon Euras, se hallaba demasiado fatigado por sus actividades de la mañana para hacer nada más. Crispan Mornu estaba a cargo de todo.

Ascendió a la plataforma erigida en mitad del césped, se inclinó ante el rey y la reina, y habló en esa voz que tenía tanto atractivo -según comentara un cortesano con agudeza como la vida sexual de un verdugo.

-Esta tarde nos ocupa un acontecimiento poco común. Asistiremos a la presentación de un descubrimiento de historia y filosofía natural. En las últimas generaciones, nosotros, que nos contamos entre las naciones ilustradas, hemos llegado a comprender por qué la historia de nuestras culturas es, en el mejor de los casos, intermitente. Esto se debe a nuestro Gran Año de 1.825 años pequeños, y no a las guerras, como decían los ignorantes. El Gran Año incluye un período de intenso calor y varios siglos de frío terrible. Ambos son castigos del Todopoderoso por los pecados de la humanidad. Cuando el frío dura tanto tiempo, es difícil mantener la civilización.

"Ahora escucharemos a una persona que ha logrado ver a través de estas discontinuidades y nos trae noticias de asuntos remotos que, sin embargo, nos conciernen muy de cerca. En particular se refieren a nuestra relación con esas bestias que el Todopoderoso nos ha enviado para ponernos a prueba: los phagors."

"Os pido a todos, nobles señores, que escuchéis con atención al sabio SartoriIrvrash."

Unos aplausos lánguidos y de cortesía pasaron por encima del césped. En general, se preferían en la corte la música y los cuentos obscenos a los esfuerzos intelectuales.

Cuando los aplausos murieron, SartoriIrvrash se adelantó. Alisó sus patillas con un gesto característico y miró furtivamente a izquierda y derecha, pero no parecía nervioso. Junto a él estaba Odi Jeseratabahr, vistiendo un chagirack floreado. Se había repuesto de las heridas causadas por los assatassi y parecía alerta. En la forma con que contempló a las personas reunidas perduraba en gran parte su arrogancia uskuti. Su expresión era más suave cuando miraba a SartoriIrvrash.

Este último se cubría la calva con un gorro de hilo. Antes de hablar depositó sobre la mesa unos libros que traía. La magistral serenidad con que comenzó, de ningún modo traicionaba la consternación que había de sembrar.

-Agradezco a su majestad, el rey Sayren Stund, el amparo que me ha dado en la corte de Oldorando. En mi larga vida he sufrido numerosas vicisitudes, y ni siquiera aquí me he visto libre de los problemas creados por los enemigos del conocimiento. Con harta frecuencia, quienes odian el conocimiento son precisamente las mismas personas que tienen más posibilidades de difundirlo.

"Durante muchos años fui canciller del rey VarpalAnganol, y luego de su hijo, quien osa estar presente aquí a pesar de su encuentro con la justicia esta mañana. El rey me expulsó injustamente de mi cargo. Durante mis años en Matrassyl, recopilé un estudio sobre nuestro mundo titulado "El Alfabeto de la Historia y la Naturaleza", donde intentaba distinguir entre mitos y realidades. De esto hablaré ahora."

"Cuando fui separado de mi cargo, todos mis papeles fueron quemados, destruyéndose así el trabajo de toda una vida. Pero no consiguieron destruir el conocimiento que llevo en mi cabeza. Con éste, con los estudios realizados desde entonces, y en particular, con la ayuda de la señora que me acompaña, Odi Jeseratabahr, Monja Almirante de la flota de Sibornal, he llegado a saber muchas cosas que en otro tiempo eran un misterio."

"Y hay uno en particular, de orden cosmológico, que está estrechamente vinculado con nuestras vidas cotidianas. Toleradme a pesar del calor, porque intentaré ser tan conciso como sea posible, aunque se me ha dicho que pocas veces lo consigo."

Echó a reír y miró a su alrededor. Todo el mundo lo miraba con atención, fuera esto real o fingido. Alentado, continuó:

-Espero que mis palabras no ofendan a nadie. Hablo convencido de que los hombres aman la verdad por encima de todas las cosas.

"Estamos tan atados a nuestras preocupaciones humanas que rara vez tenemos en cuenta los asuntos del planeta. Este es más asombroso de lo que podemos creer. Está lleno de vida. Sea cual fuere la estación, abunda en todas partes, de polo a polo. Infinitos rebaños de flambregs, compuesto cada uno por millones de bestias, recorren sin cesar el vasto continente de Sibornal. Esa visión es inolvidable. ¿De dónde vienen esos seres? ¿Cuánto tiempo hace que están allí? No tenemos respuesta para esas preguntas. Sólo podemos permanecer mudos de admiración."

"Sería posible desentrañar los secretos de la antigüedad si tan sólo acabáramos con las guerras. Si todos los reyes tuvieran la sabiduría de Sayren Stund."

Se inclinó hacia el rey de Oldorando, quien sonrió, sin saber lo que se avecinaba. Hubo algunos aplausos dispersos.

-Cuando la vida era pacífica en la corte de Matrassyl, tuve el privilegio de gozar de la compañía de MyrdemInggala, a quien sus súbditos llamaban "reina de reinas", aunque sólo porque no conocían a la reina Bathkaarnet-ella, y de su hija TatromanAdala. Tatro tenía una colección de cuentos de hadas que yo acostumbraba leerle. Aunque, como ya he dicho, todos mis papeles fueron destruidos, los cuentos de hadas de Tatro se conservaron, incluso cuando su cruel padre la desterró a la costa. Tenemos aquí una copia del libro de Tatro.

En ese momento, Odi alzó solemnemente el libro para que todos pudieran verlo.

-En el libro de cuentos de Tatro hay uno llamado "El Ojo de Plata". Lo he leído muchas veces sin percibir su significado profundo. Sólo después de largos viajes pude comprender su evasiva verdad. Tal vez porque los rebaños de flambregs me parecieron primitivos seres de dos filos.

Hasta ese momento, las palabras de SartoriIrvrash, despojadas de su antigua pedantería, mantenían al auditorio atento y silencioso. Muchos de los presentes eran organizadores de drumbles, y odiaban a los phagors; ante la expresión "seres de dos filos", demostraron gran interés.

-En el cuento del Ojo de Plata se habla de un ser de dos filos. Es una gillot. Es la consejera del rey de un país mítico, Ponpt. No tan mítico, en realidad: Ponpt, ahora llamado Ponipot, existe todavía, al oeste de las Montañas de la Barrera. Esa gillot era superior al rey, y le proporcionaba la sabiduría con que él gobernaba. Él dependía de ella como un hijo de su madre. Al final del cuento, el rey mata a la gillot.

"El Ojo de Plata es un cuerpo como un sol, aunque plateado, que sólo brilla por la noche. Como una estrella próxima que no da calor. Cuando la gillot muere, el Ojo de Plata se aleja y desaparece para siempre."

"¿Qué significaba todo esto?, me pregunté. ¿Cuál era el sentido del cuento?"

Se inclinó en su estrado, encorvando los hombros y señalando al auditorio, ansioso por responder a sus preguntas.

-Hallé la clave del problema mientras estaba en una nave uskuti. La nave se encontraba en una zona de calma, en los estrechos de Cadmer. Odi, esta señora, y yo descendimos en la isla Gleeat, donde logramos capturar una gillot salvaje de pelaje negro. Las hembras de esta especie tienen, como preludio de su época de celo, un flujo menstrual que dura un día. A causa de mi aversión por esta raza, no conozco el idioma Nativo y ni siquiera el Hurdhu; pero logré descubrir la expresión con que la gillot denominaba su período: era "tennhrr". ¡Esa era la clave! Os ruego que me perdonéis si el tema os parece demasiado procaz.

"En mis estudios, destruidos por el gran rey JandolAnganol, yo había observado que incluso los phagors conservan una o dos leyendas. No se puede esperar que tengan mucho sentido. Una leyenda, en particular, afirma que Heliconia tuvo antes un astro hermano que giraba en torno del planeta, así como Batalix gira en torno de Freyr. Ese astro hermano desapareció cuando llegó Freyr, y entonces apareció la humanidad. Así dice la leyenda. Y, en Nativo, el nombre de ese astro hermano es T'Sehnn-Hrr."

"¿Por qué, virtualmente, "tennhrr" y "T'Sehnn-Hrr" son una misma palabra? Ésa es la pregunta

que me formulé.”

“El tennhrr de una gillot ocurre diez veces en un año pequeño, cada seis semanas. Por lo tanto, podemos suponer que ese ojo o luna del cielo servía como un mecanismo que medía el tiempo de los períodos. Pero si realmente hubo una luna llamada T'Sehnn-Hrr, ¿giraba en torno a Heliconia una vez cada seis semanas? ¿Cómo determinar algo ocurrido hace tanto tiempo que la historia humana no registra?”

“La respuesta está en el cuento de Tatro.”

“Según ese cuento, el Ojo de Plata se abría y cerraba. Eso significa, posiblemente, que se volvía más grande o más pequeño según la distancia a que se hallaba, como Freyr. Estaba totalmente abierto diez veces por año. Así era. Diez veces, de nuevo. Las piezas del rompecabezas se ajustaban.”

“¿Comprendéis la conclusión inevitable a la que debía llegar?”

Mirando al auditorio, SartoriIrvrash vio que, en realidad, muchos no comprendían. Esperaban cortésmente a que terminase. El ex canciller oyó que su voz se convertía en un grito.

-En un tiempo, este mundo nuestro tuvo una luna, una luna plateada, que se perdió en algún momento debido a algún trastorno en el cielo. Se alejó, y no sabemos cómo. Esa luna se llamaba T'Sehnn-Hrr; T'Sehnn-Hrr es un nombre phagor.

Estudió sus notas y conversó brevemente con Odi, mientras sus oyentes se movían en los asientos. Continuó su discurso con una nota de aspereza en su voz.

-¿Por qué la luna tenía sólo un nombre phagor? ¿Por qué no hay registro humano de ese astro desaparecido? La respuesta nos introduce en los laberintos y dificultades de la antigüedad.

“Porque cuando lo pensé, encontré esa luna ausente. No en el cielo, sino brillando en nuestro lenguaje cotidiano. ¿Cómo se divide nuestro calendario? Ocho días hacen una semana; seis semanas, un décimo; diez décimos, un año de 480 días... Jamás nos preocupamos por estas cosas. Jamás nos preguntamos por qué un décimo se llama un décimo, puesto que hay diez de ellos en un año.”

“Pero ésta no es toda la verdad. Nuestra palabra décimo evoca el tiempo en que el Ojo de Plata estaba abierto, en que esa luna estaba llena. Y es así porque la humanidad adoptó la palabra phagor "Tennhrr". "Décimo", que es "T'Sehnn-Hrr".”

El murmullo de la concurrencia crecía. Sayren Stund parecía evidentemente incómodo. Pero SartoriIrvrash alzó el libro de cuentos de Tatro y pidió silencio. Estaba tan absorto en su tema que no vio la trampa que se abría a sus pies.

-La conclusión es la siguiente, amigos míos. Aquí está, entre vosotros, el rey JandolAnganol, y también él debe oír la verdad, porque durante largo tiempo ha alentado a esos nocivos seres inhumanos a vivir en sus territorios.

Pero ya nadie estaba interesado en JandolAnganol. Las miradas de furia se volvían hacia el ex canciller.

-Esa conclusión es evidente e inevitable. La raza de dos filos, a la que atribuimos muchas de nuestras dificultades humanas, no es una raza de invasores recientes, como los Driats. No. Es una raza antigua. En un tiempo cubrió toda Heliconia, así como los flambregs cubren las regiones circumpolares.

“Los phagors no emergieron del último Invierno Fantasma, como lo llaman los sibornaleses. No. Esa noción se funda en la ignorancia. El cuento de hadas dice la verdad. Los phagors son muy anteriores a la humanidad.”

“Estaban en Heliconia antes de que apareciera Freyr, y es probable que mucho antes. La humanidad llegó después. La humanidad dependía de los phagors. La humanidad aprendió el lenguaje de los phagors, y todavía emplea palabras de ellos. "Khmir" es la palabra en Nativo para "celo". Incluso la palabra "Heliconia" es un viejo término phagor.”

JandolAnganol no pudo oír sus últimas palabras. Aquel argumento hería tanto su sensibilidad religiosa que entró en una especie de trance, abriendo la boca de tal modo que más parecía un pez que un águila.

-¡Mentira! ¡Blasfemia! ¡Herejía! -gritó. La palabra blasfemia fue repetida por otras voces. Sayren Stund ordenó a sus guardias que cuidasen que el rey de Borlien no interrumpiera otra vez.

Hombres robustos rodearon a JandolAnganol y a sus capitanes, con las espadas desenvainadas. Comenzaron los forcejeos.

SartoriIrvrash alzó la voz.

-No veáis vuestra gloria disminuida por la verdad. Los phagors nos precedieron. Eran la raza dominante y probablemente trataron a nuestros ancestros como animales hasta que se rebelaron contra ellos.

-¡Escuchadlo! ¿Quién se atreve a decir que este hombre está equivocado?-gritó la reina Bathkaarnet-ella. Su marido la golpeó en la boca.

El tumulto iba en aumento. La gente gritaba o se ponía de rodillas para rezar. Aparecieron más guardias mientras algunas mujeres de la corte intentaban huir. Una pelea estalló en torno a JandolAnganol. Voló la primera piedra. SartoriIrvrash, blandiendo su puño, continuó hablando.

En aquella muchedumbre cortesana, ahora conmovida por la furia, había al menos un frío observador: Alam Esomberr. Estaba distanciado del drama humano. Incapaz de recibir de los acontecimientos emociones profundas, sólo extraía diversión de sus efectos.

Los que estaban en la Tierra, muy alejada en el tiempo y en el espacio, contemplaban con mucho menos distanciamiento la escena que se desarrollaba en el jardín del rey Sayren Stund. Sabían que SartoriIrvrash, en general, decía la verdad, aunque algunos detalles fueran incorrectos. Sabían también que los hombres no aman la verdad por encima de todas las cosas, como él afirmaba. Era preciso luchar a cada momento por ella, porque constantemente se perdía. La verdad podía alejarse como el Ojo de Plata, y no ser vista nunca más.

Ningún ser humano había presenciado la desaparición de T'Sehnn-Hrr. Los cosmólogos del Avernus y de la Tierra habían reconstruido el hecho, y creían comprenderlo. En los tremendos espasmos que sacudieran al sistema ocho millones de años terrestres antes, las fuerzas gravitacionales de la estrella ahora llamada Freyr, con una masa 14.8 veces superior a la del Sol, habían arrancado a T'Sehnn-Hrr de la atracción de Heliconia.

Los cálculos indicaban que T'Sehnn-Hrr tenía un radio de 1.252 Km, en tanto que el de Heliconia era de 7.723. Era dudoso que el satélite hubiera podido tener vida.

Lo único seguro era que los acontecimientos de esa época habían estado tan cerca de la catástrofe que habían permanecido impresos en la mente eotemporal de los phagors. El cielo se había desplomado, y nadie había podido olvidarlo.

Para los habitantes de la Tierra, lo más impresionante era que Heliconia hubiese sobrevivido incluso a la pérdida de su luna, y a los factores cosmológicos de esa pérdida.

-Sí, lo sé. Esto suena a sacrilegio, y lo siento -gritó SartoriIrvrash mientras Odi se acercaba a él y el desorden aumentaba-. La verdad debe ser dicha y escuchada. Los phagors fueron en un tiempo la raza dominante, y volverán a serlo si se les permite vivir. Los experimentos que he realizado demuestran, según creo, que las divinidades genéticas crearon a la humanidad a partir de los Otros, esos mismos Otros que, antes del trastorno, eran los animales domésticos de los phagors. La humanidad se desarrolló a partir de los Otros, como los phagors de los flambregs. Y si los phagors se desarrollaron a partir de los flambregs, también pueden volver a cubrir la tierra. Aún están esperando, con sus kaidaws, en el Alto Nktryhk, el momento de la venganza. No nos quieren. Preparaos, por lo tanto. Aumentad los drumbles. Intensificadlos. Los seres de dos filos deben ser destruidos en el verano, cuando la humanidad es fuerte. ¡Cuando vuelva el invierno los salvajes Kaidaws retornarán!

"Una última palabra. No debemos gastar energía en pelearnos unos contra otros. Debemos luchar contra el enemigo más antiguo, y contra los humanos que lo protegen."

Pero los humanos ya estaban peleando entre sí. Los miembros más religiosos del auditorio eran a menudo aquellos que, como Crispan Mornu, llevaban a cabo los drumbles. Se hallaba allí un extraño que ofendía sus más profundos principios religiosos y azuzaba sus instintos de violencia. El que arrojó la primera piedra fue atacado por su vecino. El aire del jardín se había llenado de proyectiles. La primera daga no tardó en hender carne. Un hombre corrió entre los setos de flores y

cayó de bruces, sangrando. Las mujeres gritaron. La lucha se generalizó a medida que aumentaron furias y temores. El recinto entoldado se vino abajo.

Mientras Alam Esomberr abandonaba con sigilo la escena, una guerra en miniatura se representaba en los jardines del palacio.

El artífice de aquella conmoción estaba estupefacto. Era increíble la forma en que la gente respondía ante la erudición. ¡Idiotas! Una piedra fue a estrellarse contra su boca, derribándolo.

Odi Jeseratabahr, llorando, se echó encima de SartoriIrvrash, tratando de protegerlo de las piedras.

Fue arrastrada a un lado por un grupo de monjes que, tras golpearla, comenzaron a patear al ex canciller. Al menos ellos se negaron a oír el nombre de Akhanaba mancillado.

Crispan Mornu, temiendo que la situación escapase a su control, avanzó y levantó los brazos, abriendo las negras alas de su keedrant. Fue rasgado por un sable. Odi se dio vuelta y echó a correr, pero una mujer se aferró a sus ropas y se encontró enseguida luchando para salvar su vida entre una docena de mujeres enfurecidas.

Creció el tumulto; un tumulto que en menos de una hora trascendía a la ciudad. Los mismos monjes propagaron el clamor. No tardaron en salir de los límites del palacio, manchados de sangre y cargando sobre sus cabezas los maltrechos cadáveres de SartoriIrvrash y su compañera sibornalesa, gritando a su paso: “¡La blasfemia ha muerto! ¡Viva Akhanaba!”.

Tras la reyerta en los jardines se produjo una desbandada hacia las calles, donde los forcejeos continuaron, mientras los cuerpos inertes desfilaban a través de la avenida Wozen antes de ser por fin arrojados a los perros. Luego se hizo un terrible silencio.

Incluso el Primer Phagor en el parque parecía estar a la espera.

El plan de Sayren Stund había fracasado.

SartoriIrvrash sólo pretendía ser vengado en su ex amo y asesinar al Primer Phagor. Ésa era su meta consciente.

Su amor por el conocimiento en sí y el odio a sus semejantes lo habían traicionado. No había logrado comprender a su público. En consecuencia, la fe religiosa entró en una crisis intolerable; y todo ello en la víspera de la llegada a Oldorando del emperador del Sacro Imperio Pannovalano, el gran C'Sarr Kilandar IX, para bendecir a los creyentes con la unción de Akhanaba...

Las palabras más vivas son las que surgen de los mártires muertos. Los monjes, sin proponérselo, propagaron las herejías de SartoriIrvrash, y éstas encontraron terreno fértil donde germinar. En pocos días, los mismos monjes eran blanco de ataques.

Lo que enfureció a las masas fue algo que ni el mismo SartoriIrvrash llegó a percibir: el cariz de sus revelaciones. Sus oyentes se conectaban mediante su fe; en la que SartoriIrvrash era incapaz de creer.

Sentían ahora que el rumor, largo tiempo silenciado por la Iglesia, emergía ante ellos en toda su desnudez. Toda la sabiduría del mundo había existido siempre. Akhanaba era un phagor; y ellos, así como sus padres antaño, habían pasado toda la vida adorando a uno de esos seres de dos filos. Le habían estado rezando a la misma bestia que perseguían. “No preguntes, pues, si soy hombre o animal o piedra”, decían las escrituras. Ahora el enigma se desplomaba frente al hecho banal. Su vanagloriado dios, el mismo sobre el que se había sustentado el sistema político, era un phagor.

¿Qué debía ahora rechazar la gente para hacer tolerables sus vidas: la verdad intolerable o su intolerable religión?

Incluso los servidores de palacio descuidaban sus obligaciones preguntándose unos a otros:

-¿Somos acaso esclavos de esclavos?

La crisis espiritual crecía entre sus señores. Esos señores daban por sentado que eran los amos de su mundo. Repentinamente su planeta se había convertido en otro lugar, un lugar en donde eran casi unos recién llegados y, por añadidura, de humilde origen.

Hubo acalorados debates. Muchos fieles desestimaban por completo las hipótesis de SartoriIrvrash, pretendiendo que eran un mero tejido de mentiras. Pero, como siempre ocurre en

situaciones similares, otros las apoyaban y las enriquecían, llegando a veces a afirmar que siempre habían sabido la verdad. El malestar se acrecentaba.

Sayren Stund sentía por su fe un interés meramente práctico. Ésta no era para él una cosa viva, como para JandolAnganol. Sólo le importaba en tanto y en cuanto operaba como una especie de aceite que facilitaba su poder. De pronto, todo estaba en tela de juicio.

El infortunado rey de Oldorando pasó el resto de la tarde encerrado en las habitaciones de su esposa, mientras los preets revoloteaban en torno a su cabeza. De tanto en tanto enviaba a Bathkaarnet-ella a que intentara averiguar dónde podía encontrarse Milua Tal, o recibía mensajeros que le hablaban de tiendas asaltadas o de alguna disputa en un antiguo monasterio.

-No tenemos soldados -gemía Sayren Stund.

-Ni fe -respondía su esposa, con cierta complacencia-. Y necesitas ambas cosas para poner orden en esta ciudad terrible.

-Y supongo que JandolAnganol habrá huido para evitar que lo maten. Debería haberse quedado a ver la ejecución de su hijo.

Esa idea lo mantuvo contento hasta el atardecer, cuando llegó Crispan Mornu. El aspecto del asesor demostraba que aún poseía insospechadas reservas de coraje. Se inclinó ante su soberano y dijo:

-Si mi diagnóstico de esta confusa situación es correcto, majestad, ya no es JandolAnganol el tema central. Ahora el centro es la misma religión. Debemos esperar que el deplorable discurso de esta tarde sea olvidado muy pronto. Los hombres no soportarán mucho tiempo la idea de estar por debajo de los phagors.

"Ésta podría ser la oportunidad para eliminar por completo a JandolAnganol. Según la ley canónica, aún no se ha divorciado, y esta mañana hemos expuesto sus pretensiones a la luz de la realidad. Ya no cuenta con ningún apoyo."

"Por lo tanto, deberíamos expulsarlo de la ciudad antes de que pueda hablar con el Santo C'Sarr, tal vez por intermedio de Esomberr o de Ulbobeg. El C'Sarr tendrá que enfrentar un asunto más importante, el problema de la crisis espiritual. También podríamos resolver apropiadamente el problema del matrimonio de tu hija."

-Ya sé lo que quieres decir, Crispan -gorjeó Bathkaarnet-ella. Mornu, con su estilo oblicuo, había recordado a su majestad que convenía casar de inmediato a Milua Tal con el príncipe Taynth Indredd de Pannoval; de ese modo se podría lograr un control religioso más firme de Oldorando.

Crispan Mornu no demostró haber oído la observación de la reina.

-¿Qué harás, majestad?

-Oh, creo que tomaré un baño...

Crispan Mornu extrajo un sobre de las profundidades de su negra túnica.

-El informe de Matrassyl de esta semana sugiere que muchos problemas pueden agudizarse en breve. Unndreid el Martillo, el Azote de Mordriat, ha muerto a consecuencia de una caída de su hoxney durante una escaramuza. Mientras amenazaba a Borlien, en la capital se mantenía cierta unidad. Pero ahora, con Unndreid muerto y JandolAnganol lejos... -Dejó caer la frase y sonrió con expresión cortante.- Ofrece a JandolAnganol un barco veloz, majestad; dos si es preciso, para que tanto él como su guardia phagor desciendan al Valvoral lo antes posible. Es probable que acepte. Dile que la situación aquí es incontrolable, y que sus queridas bestias deben abandonar la ciudad o sufrirán una masacre. Él se enorgullece de aceptar las circunstancias. Nos ocuparemos de que así sea.

Sayren Stund secó su frente y meditó. JandolAnganol nunca aceptará de mí tan buen consejo. Será mejor que se lo transmitan sus amigos.

-¿Sus amigos?

-Sí, sí; sus amigos de Pannoval, Alam Esomberr y ese despreciable Guaddl Ulbobeg. Haz que vengan mientras yo me baño. -Dirigiéndose a su esposa, agregó: ¿Quieres venir y gozar de esa voluptuosa visión, querida?

La muchedumbre estaba en acción. Desde el Avernus se podía ver cómo se concentraba. Oldorando estaba llena de manos ociosas. Siempre era bien recibida la oportunidad de hacer daño. La

gente salía de las tabernas, donde sus manos permanecían ociosas. Recogían palos, se aproximaban a las tiendas y las rodeaban. Se reunían afuera de las iglesias, donde habían estado mendigando. Fluían de los hoteles, los prostíbulos y los lugares de culto, sólo por participar en cualquier cosa que estuviese ocurriendo.

Algún hrattock había dicho que eran inferiores a los phagors. Esas palabras eran un desafío. ¿Dónde estaba ese hrattock? Quizá fuera ese slanje que estaba hablando allí...

Muchos observadores del Avernus consideraban con desprecio las peleas y los pretextos para esas peleas. Otros, que pensaban con mayor profundidad, veían otro aspecto del asunto. Por primitiva que fuera la situación creada por SartoriIrvrash, tenía un paralelo a bordo de la Estación Observadora Terrestre. Y allí ningún motín la resolvería.

"Creencia: algo que no dura." Así decía el tratado "Acerca de la prolongación de una estación climática de Heliconia más allá del tiempo de una vida humana". La creencia en el progreso tecnológico que inspiraba la construcción del Avernus, se había convertido en una trampa para sus tripulantes a lo largo de las generaciones, así como se había convertido en una trampa esa acumulación de creencias que era el culto de Akhanaba.

Fiados en un quietismo introspectivo; quienes comandaban el Avernus no veían cómo escapar de esa trampa. Temían el cambio que más necesitaban. Aunque su actitud era condescendiente con las sucias personas que corrían por la calle del Ganso y por la avenida Wozen, esas sucias personas tenían una esperanza de la que ellos carecían. Exacerbado por la bebida y la pelea, el hombre de la calle del Ganso podía usar sus puños o gritar ante las puertas de la catedral. Podía sentirse confundido pero no sufría el sentimiento de vacuidad que sentían los asesores de las seis familias. "Creencia: algo que no dura." Era verdad. La fe había muerto en el Avernus, dando paso a la desesperación.

Los individuos desesperan; no los pueblos. Mientras los superiores contemplaban lo que ocurría en Heliconia, y transmitían desganadamente a la Tierra escenas de confusión que parecían reflejar su propia futilidad, en la estación se estaba gestando un nuevo partido.

Ese partido ya se daba a sí mismo el nombre de Partido de Aganip. Sus miembros eran jóvenes e intrépidos. Sabían que no tenían posibilidad alguna de retornar a la Tierra ni como había demostrado en forma concluyente el reciente ejemplo de Billy Xiao Pin- de vivir en Heliconia. Pero sí había una oportunidad para ellos en Aganip. Ocultándose de las cámaras que todo lo miraban, acumulaban provisiones y se preparaban para apoderarse de una pequeña nave auxiliar que podía transportarlos al desierto planeta. En sus corazones ardía una esperanza tan viva como la que podían observar en la calle del Ganso.

La noche se tornó algo más fresca. Hubo otro temblor de tierra, pero entre la excitación general pasó casi inadvertido.

Reconfortado por su baño, después de haber comido bien, el rey Sayren Stund se sentía preparado para recibir a Alam Esomberr y al anciano Guaddl Ulbobeg. Se acomodó en un diván y llamó a su esposa a su lado para crear un cuadro atractivo, antes de convocar a los dos hombres.

Se hicieron todas las cortesías del caso, y una esclava sirvió vino en vasos ya repletos de hielo de Lordryardry.

Guaddl Ulbobeg usaba un charfrul ligero y un cinturón eclesiástico. Entró de mala gana, y la presencia de Crispan Mornu lo contrarió aún más. Sentía que su posición era peligrosa, y lo demostraba con nerviosismo.

Por el contrario, Alam Esomberr estaba excesivamente alegre. Vestido de manera impecable, como era su costumbre, se acercó al diván del rey y besó su mano y la de su esposa con el aire de quien es inmune a las bacterias.

-Verdaderamente, majestad, el espectáculo que nos has ofrecido esta tarde ha sido magnífico. Mis felicitaciones. ¡Con cuánta elocuencia ha hablado ese pícaro ateo! Por supuesto, las dudas no han hecho más que profundizar nuestra fe. De todos modos, es un curioso giro de la fortuna que el aborrecible rey JandolAnganol, defensor de los phagors, que hoy mismo podría haber sido considerado digno de la pena de muerte, parezca esta noche un heroico protector de los hijos de Dios.

Sonrió cordialmente y se volvió hacia Mornu para ver hasta qué punto éste se divertía.

-Eso es una blasfemia -respondió Crispan Mornu, con su voz más negra.

Esomberr asintió sin dejar de sonreír.

-Ahora que Dios tiene una nueva definición, seguramente debe de haber también una nueva definición de blasfemia. La herejía de ayer, señor, se ve hoy como el camino de la verdad, que debemos seguir con el paso más ágil posible...

-No sé por qué estás tan feliz -se quejó Sayren Stund-. Pero me aprovecharé de tu buen humor. Deseo pediros a ambos un favor. Mujer, sirve más vino.

-Haremos todo lo que su majestad ordene -dijo Guaddl Ulbobeg con aire ansioso.

El rey se irguió en su asiento, metió su estómago, y dijo con cierta pompa:

-Os daremos los medios para que persuadáis al rey JandolAnganol a abandonar de inmediato nuestro reino, antes de que pueda inducir al matrimonio a mi pobre hija Milua Tal.

Esomberr y Guaddl Ulbobeg se miraron.

-¿Y bien? -dijo el rey.

Guaddl Ulbobeg tosió y luego, como si lo hubiera pensado mejor, volvió a toser.

-¿Puedo atreverme a preguntar a su majestad si ha visto a su hija en las últimas horas?

-En cuanto a mí, estoy bajo el poder del rey de Borlien -agregó Esomberr- debido a una grave indiscreción por mi parte. Es una antigua indiscreción, imperdonable, desde luego, que se refiere a la reina de reinas. De modo que esta tarde el rey de Borlien solicitó nuestra ayuda, nos sentimos obligados...

Examinando el rostro de Sayren Stund, dejó la frase a medio concluir. Ulbobeg continuó:

-Como soy obispo de la Casa del Santo C'Sarr de Pannoval, majestad, y por lo tanto tengo el derecho de actuar en nombre de Su Santidad en ciertas funciones eclesiásticas...

-Y yo -dijo Esomberr- aún tengo en mi poder el decreto de divorcio firmado por la ex reina MyrdemInggala, que debía haber sido entregado al C'Sarr, o a alguno de los representantes de su Casa, hace décimos, con perdón por usar esta palabra ahora funesta...

-Y ambos deseamos no recargar de funciones a Su Santidad -agregó Guaddl Ulbobeg, mostrando alguna complacencia en su voz-, durante esta visita de placer a una nación hermana...

-Habiendo, como hay, asuntos de mayor gravedad...

-Ni incomodar a su majestad con...

-¡Basta! -gritó Sayren Stund-. ¡Al grano de una buena vez! ¡Basta de postergaciones!

-Es precisamente lo que ambos nos dijimos hace unas horas -dijo Esomberr, con su sonrisa más selecta-. Basta de postergaciones, como ha dicho con gran acierto su majestad... Y por tanto, con los poderes delegados en nosotros por nuestros superiores, hemos solemnizado el estado matrimonial entre JandolAnganol y tu bella hija Milua Tal. Fue una ceremonia sencilla, pero conmovedora, y habríamos deseado que sus majestades hubiesen podido estar presentes.

Su majestad se cayó del diván, se incorporó como pudo y rugió:

-Entonces, ¿se casaron?

-Sí, su majestad; están casados -respondió Guaddl Ulbobeg-. Yo oficié la ceremonia y escuché, en nombre de Su Santidad, in asentía, sus votos.

-Y yo fui testigo y sostuve el anillo -dijo Esomberr-. También estaban presentes algunos capitanes del rey de Borlien. Pero ningún phagor. Te doy mi palabra.

-¿Están casados? -repitió Sayren Stund, mirando a tontas y a locas a su alrededor. Y cayó en los brazos de su mujer.

-Ambos anhelábamos cumplimentar a sus majestades -dijo suavemente Esomberr-. Estamos seguros de que la afortunada pareja será muy feliz.

Era el anochecer del día siguiente. La bruma había cedido y las estrellas brillaban en el este. Aún se demoraban en el cielo occidental los colores de una magnífica puesta de Freyr. No había viento, pero los temblores de tierra continuaban.

Su Santidad el C'Sarr Kilandar IX había llegado a Oldorando a mediodía. Kilandar era un anciano de largo pelo blanco, y se fue directo a su cama, en el palacio, para recobrarse de la fatiga

del viaje. Mientras reposaba, varios funcionarios, y finalmente el rey Sayren Stund, entre febriles excusas, le informaron del desorden religioso en que encontraría al reino de Oldorando.

Su Santidad escuchó con atención. Declaró, iluminado por su saber, que a la puesta de Freyr celebraría un servicio especial -no en la Cúpula sino en la capilla del palacio- en que se dirigiría a la congregación resolviendo todas sus dudas. Demostraría que era una absoluta falsedad el degradante rumor de que los phagors eran una raza antigua y superior. La voz de los ateos no prevalecerla mientras quedaran fuerzas en su viejo cuerpo.

Ese servicio acababa de dar comienzo. El anciano C'Sarr empezó con voz noble. Casi nadie estaba ausente.

Sin embargo, dos ausentes estaban juntos en el pabellón blanco del Parque del Silbato.

El rey JandolAnganol, en acción de gracias y penitencia, acababa de orar y de flagelarse, y una esclava limpiaba la sangre de su espalda derramando jarras de caliente agua del manantial.

-¿Cómo has podido hacer algo tan cruel, marido mío? -exclamó Milua Tal, mientras irrumpía en la habitación. Estaba descalza y llevaba una traslúcida sacara blanca-. ¿De qué estamos hechos sino de carne? ¿De qué otra cosa querrías estar hecho?

-Hay una separación entre la carne y el espíritu que ambos deben recordar. No pediré que sufras los mismos rituales, pero debes aceptar mis inclinaciones religiosas.

-Pero tu carne es preciosa para mí. Ahora es mi propia carne, y si le haces daño, te mataré. Cuando duermas me sentaré sobre tu cara hasta asfixiarte. -Lo abrazó y se apretó contra él hasta que su túnica comenzó a empaparse. El despidió a la esclava, y besó y acarició a Milua Tal.

-También tu carne joven es preciosa para mí, pero estoy decidido a no conocerte carnalmente hasta que cumplas los nueve años.

-¡Oh, no, Jan! ¡Faltan cuatro décimos enteros! No soy tan frágil... Puedo recibirte sin ninguna dificultad, ya lo verás. -Apretó contra el rey su rostro de flor.

-Cuatro décimos no es mucho tiempo, y esperar no nos hará ningún daño.

Ella se arrojó contra JandolAnganol y lo derribó sobre la cama, luchando y debatiéndose entre sus brazos, y riendo locamente como él.

-¡No voy a esperar, no voy a esperar! Sé todo acerca de qué debe hacer y cómo debe ser una esposa, y pienso serlo en todos los sentidos.

Empezaron a besarse furiosamente. Luego él la apartó riendo.

-Eres una joya fogosa. Esperaremos a que las circunstancias sean más propicias y a que yo consiga alguna especie de paz con tus padres.

-¡El momento más propicio es ahora! -gimió ella. Para consolada, el rey dijo:

-Oye, tengo un pequeño obsequio de bodas para ti. Es casi lo único que poseo en este lugar. Cuando lleguemos a Matrassyl prometo cubrirte de regalos.

Sacó de su cinturón el reloj de tres caras que perteneciera a BillishOwpin, y se lo extendió.

Los números eran:

07:31:15 18:21:90 19:24:40Milua Tal lo tomó con cierto aire de decepción. Intentó colocárselo en la frente, pero los

extremos no llegaban a unirse en la parte posterior de su cabeza.

-¿Cómo hay que usarlo?

-Como una pulsera.

-Está bien. Gracias, Jan. Me lo pondré más tarde. -Dejó caer el reloj y, con un brusco movimiento, se quitó el vestido mojado.- Ahora puedes verme y descubrir que no te engaño.

JandolAnganol empezó a orar, pero no pudo cerrar los ojos mientras Milua Tal bailaba y sonreía con lascivia al ver que el khmir del rey se despertaba. Él corrió hacia ella, la abrazó y la llevó hacia la cama.

-Muy bien, deliciosa Milua Tal. Aquí empieza nuestra vida de casados.

Más de una hora después, una violenta sacudida del suelo interrumpió su éxtasis. Los maderos gemían, una pequeña lámpara cayó al suelo. La cama rechinaba. Se pusieron en pie de un salto, desnudos, y sintieron que el suelo se mecía.

-¿Salimos?-preguntó ella-. El parque se mueve un poco, ¿verdad?

-Espera un instante.

Los temblores se prolongaban. A lo lejos los perros ladraban. Luego todo terminó y hubo un silencio mortal.

En aquel silencio, las ideas trabajaban como larvas en la mente del rey. Pensó en las promesas que había hecho, ahora rotas; en las personas que amaba, traicionadas; en las esperanzas que había tenido..., todas muertas. En nada, ni siquiera en ese cuerpo que yacía ante él, encontraría consuelo.

Su mirada se detuvo en un objeto que había caído sobre la estera que cubría el suelo. Era el reloj que una vez perteneciera a BillishOwpin, ese objeto de una ciencia desconocida que se había abierto paso a través de los décimos de su decadencia.

Con un súbito grito de rabia, saltó y arrojó el reloj por la ventana que daba al norte. Se quedó allí, desnudo, con la mirada fija, como desafiando al objeto a regresar a sus manos.

Tras un momento de terror, Milua Tal se le acercó y posó una mano en su hombro. Sin decir palabra, se asomaron a la ventana para respirar aire fresco.

Hacia el norte brillaba una luz blanca, espectral, que destacaba el horizonte y los árboles. El relámpago danzaba silenciosamente en el centro de esa luz.

-Por la Observadora, ¿qué ocurre? -dijo JandolAnganol, aferrando los hombros delicados de su esposa.

-No te alarmes, Jan. Son las luces del terremoto; brillan y se apagan. Las vemos con frecuencia después de un temblor particularmente violento. Es como una especie de arco iris nocturno.

-¿No hay demasiado silencio? -El rey percibió que no se oía el movimiento de la Primera Guardia Phagor en la vecindad, y de pronto sintió temor.

-Yo escucho algo... -Milua Tal corrió hacia la ventana opuesta y gritó: -¡Jandol! ¡Mira! ¡El palacio!

Él se acercó y miró. En el extremo opuesto de la plaza de Loylbryden, el palacio ardía. Toda la fachada de madera estaba en llamas, y densas volutas de humo subían hacia las estrellas.

-El temblor debe de haber provocado un incendio. Vamos a ver si podemos ayudar... Pronto, pronto... ¡Pobre madre! -Su voz de paloma vibraba.

Horrorizados, ambos se vistieron y salieron. No había phagors en el parque, pero cuando cruzaron la plaza los vieron.

La Primera Guardia Phagor, armada, custodiaba el palacio en llamas al tiempo que contemplaba, inmóvil, cómo el fuego crecía en intensidad. La gente de la ciudad lo observaba todo desde cierta distancia, sin poder ayudar, contenida por los seres de dos filos.

JandolAnganol intentó penetrar entre las hileras de phagors, pero una lanza le cortó el paso. La comandante phagor Ghht-Mlark Chzarn saludó a su jefe y habló.

-No es posible acercarse a mayor proximidad, señor, es peligroso. Hemos hecho aplicación de llamas a los Hijos de Freyr en ese lugar-iglesia bajo el suelo. Conocimiento llegó a nuestros harneys de que el rey perverso y el rey de la Iglesia pretendían matanza de todos tus servidores de esta Guardia.

-No tenías órdenes. -Apenas podía hablar.- Has matado a Akhanaba..., el dios hecho a tu imagen.

La criatura de profundos ojos rojos llevó a su cráneo una mano de tres dedos.

-En nuestros harneys se han formado órdenes. Muy antiguas. Una vez, este sitio fue la antigua Hrrm-Bhhrd Ydohk... Más palabras...

-Habéis matado al C'Sarr, a Akhanaba... Todo, todo... -Apenas lograba entender lo que decía la gillot, porque Milua Tal aferraba su mano y gritaba a viva voz:

-¡Mi madre, mi madre, mi pobre madre!

-Hrrm-Bhhrd Ydohk una vez antiguo sitio de los seres de dos filos. No dar a Hijos de Freyr.

Él seguía sin comprender. Empujó la lanza, y sacó su propia espada.

-Déjame pasar, comandante Chzarn, o te mataré. Sabía que las amenazas eran inútiles. Chzarn dijo sin emoción:

-No pasar, señor.

-Eres el dios del fuego, Jan... ¡Ordénale que muera! -Mientras chillaba como un loro, Milua

comenzó a arañarlo, pero él no se movió. Chzarn estaba concentrada en explicar alguna cosa, y luchó con las palabras antes de poder decir:

-Antigua Hrrm-Bhhrd Ydohk buen sitio, señor. Las octavas de aire hacen una canción. Antes de que hubiera Hijos de Freyr en Hr-Ichor Yhar. En el antiguo tiempo de T'Sehnn-Hrr.

-¡Pero ahora es el presente, el presente! ¡Vivimos y morimos en el presente, gillot! Pensó en luchar, pero fue incapaz de hacerlo, a pesar de Milua Tal, que seguía chillando junto a él. Su voluntad fallaba. Las pupilas de sus ojos contraídos ardían como el fuego.

La gillot continuó con su explicación, como si fuera una autómata.

-Aquí seres de dos filos, señor, antes que Hijos de Freyr. Antes de que Freyr diera mala luz. Antes de ida de T'Sehnn-Hrr, señor. Culpas viejas, señor.

O tal vez sólo dijo "cosas viejas". Entre el crepitar del incendio era imposible entender. Parte del techo del palacio se derrumbó con gran estruendo, y una columna de fuego se elevó en el cielo nocturno. Los pilares cayeron hacia adelante sobre la plaza.

La muchedumbre lanzó un grito y retrocedió. Entre los espectadores se encontraba AbathVasidol, retrocediendo como los demás, del brazo de un personaje de la embajada sibornalesa.

-El Santo C'Sarr... Todos muertos... -exclamó JandolAnganol con la más profunda aflicción. Milua Tal ocultó su rostro en el costado de su esposo y se echó a llorar-. Todos muertos... Todos muertos...

No intentó consolar ni hacer a un lado a la muchacha. No le interesaba. Las llamas estaban devorando su espíritu. En ese holocausto se consumían sus ambiciones, las mismas ambiciones que el fuego tornaba realizables. Podía ser el amo de Oldorando tanto como el de Borlien; pero en ese incesante cambio de las cosas en sus opuestos, esa enantiodromia punitiva que convertía a un dios en un phagor, JandolAnganol no deseaba ya ese poder.

Sus phagors le habían dado un triunfo, y en él veía claramente su derrota. Su mente voló hacia MyrdemInggala, pero el verano de ambos había terminado, y ese tremendo incendio era el anuncio del otoño.

-Todos muertos -dijo en voz alta.

Una figura se acercó, moviéndose con elegancia entre las filas de la Primera Guardia Phagor, y llegó justo a tiempo para expresar:

-Me alegra decir que no todos.

No obstante querer parecer indiferente, el rostro de Esomberr estaba pálido y temblaba.

-Como nunca he sido muy devoto de Akhanaba, sea éste hombre o phagor, pensé que podía excusarme de asistir a la conferencia de C'Sarr. Fue una afortunada decisión. Y que te sirva de ejemplo, majestad, para que en el futuro no vayas tan seguido a la iglesia.

Milua Tal alzó la vista, con furia, y dijo:

-¿Por qué no corres a ayudar? ¡Mis padres están allí!

Esomberr alzó un dedo.

-Debes aprender a vivir de acuerdo con las circunstancias, como profesa tu marido. Si tus padres han muerto, y sospecho que ésa es una profunda verdad, quizá sea yo el primero en felicitarte por ser la reina de Borlien y Oldorando. Y espero algún privilegio, por haber sido el principal instrumento de tu boda clandestina. Nunca seré un C'Sarr; pero los dos sabéis que mi consejo es bueno. Soy un hombre jovial, incluso en momentos de adversidad como el presente.

JandolAnganol movió la cabeza. Tomó por los hombros a Milua Tal y empezó a apartarla del incendio.

-Nada podemos hacer. Matar a uno o dos phagors no mejorará las cosas. Esperaremos a la mañana. En el cinismo de Esomberr hay cierta verdad.

-¿Cinismo? -preguntó con calma Esomberr-. ¿Acaso tus bestias no se limitan a imitar lo que hiciste con los Myrdólatras? ¿No hay cinismo en el hecho de que te aproveches de ello? Tus phagors te han coronado rey de Oldorando.

En el rostro del rey había escrito algo que Esomberr no podía mirar de frente.

-Si toda la corte ha sido eliminada, entonces, ¿qué puedo hacer sino quedarme, cumplir con mi

deber, ocuparme de que la sucesión continúe legalmente, en nombre de Milua Tal? ¿Acaso me alegrará esa tarea, Esomberr?

-Te acomodarás a las circunstancias, espero. Como haría yo. ¿Qué es la alegría?

Se alejaron. Pero la princesa trastabillaba y necesitaba apoyo.

Finalmente, el rey agregó:

-De otro modo, habrá anarquía, o bien Pannoval intentará invadir. Ya sea ésta una ocasión de llanto o de regocijo, parece que existe una buena oportunidad para hacer de nuestros dos reinos uno capaz de enfrentarse a sus enemigos.

-Siempre enemigos... -gimió Milua Tal, invocando a su dios fracasado.

JandolAnganol se volvió hacia Esomberr con expresión de incredulidad.

-Entonces el C'Sarr ha muerto. El C'Sarr...

-A menos que se haya producido una intervención divina, así es. Pero hay también una buena noticia para ti. Quizás el rey Sayren Stund no pase a la historia como el monarca más sabio, pero tuvo un impulso generoso antes de perecer. Probablemente fue inspirado por la madre de tu nueva reina. A su majestad le pareció mal ahorcar al hijo de su nuevo yerno y lo hizo poner en libertad hace alrededor de una hora. Tal vez como un regalo de boda...

-¿Puso en libertad a Robayday? -Su expresión de desconsuelo desapareció por un instante.

Otro sector del palacio se desmoronó. Las altas columnas de madera ardían como cerillas. Más y más habitantes de Oldorando se acercaban en silencio a contemplar el fuego, sabiendo que nunca más volverían a ver una noche como aquélla. Para muchos, de corazón supersticioso, éste era el anunciado fin del mundo.

-Vi cómo se marchaba el muchacho. Salvaje como siempre, o aún más. Una flecha disparada con un arco sería una pobre comparación.

JandolAnganol dejó escapar un gemido.

-Pobre chico, ¿por qué no Volvió junto a mí? Yo había esperado que por fin dejara de odiarme...

-Y ahora estaría haciendo cola para besar las heridas del cadáver de SartoriIrvrash, un pasatiempo muy poco higiénico, por cierto.

-¿Por qué Roba no volvió a mi lado?

No hubo respuesta, pero era evidente. JandolAnganol había estado escondido en el pabellón, en compañía de Milua Tal. Se necesitarían muchos décimos para que salieran a la luz todas las consecuencias de los hechos de ese día; y él tendría que vivir a través de

todas ellas.

Como un eco de sus pensamientos, Alam Esomberr dijo:

-¿Puedo preguntar qué te propones hacer con tu famosa Guardia Phagor, que ha cometido esta atrocidad?

El rey le dirigió una dura mirada, y continuó alejándose del incendio.

-¿Puedes decirme tú si la humanidad resolverá alguna vez el problema de los phagors?

EPÍLOGO

Las tropas del Buena Esperanza y el Unión desembarcaron en la costa de Borlien y avanzaron hacia Gravabagalinien, en el oeste, bajo el mando de Io Pasharatid.

Mientras sus fuerzas avanzaban, Pasharatid recogía información acerca de los tumultos que amenazaban Matrassyl. La furia del pueblo crecía a medida que asimilaba la masacre de los Myrdólatras; a su regreso el rey no sería bien recibido.

En la mente de Pasharatid ardía un plan, con tanta convicción que ya le parecía realizado. Se apoderaría de la reina de reinas; Gravabagalinien sería suya y ella también. Matrassyl la aceptaría de buena gana como reina. Él gobernaría en calidad de consorte; no tenía grandes ambiciones políticas. Y terminaría así su pasado de huidas, decepciones e infortunios. Un nuevo enfrentamiento militar menor, y todo lo que deseaba sería suyo.

Los exploradores le informaron de fortificaciones en el palacio de madera. Al alba de Batalix, cuando la bruma se extendía sobre los campos, atacó. Sus arcabuceros avanzaron de dos en fondo, con sus armas preparadas, protegidos por los lanceros.

Una bandera blanca flameó detrás de las fortificaciones. Apareció una figura maciza. Pasharatid ordenó a sus arcabuceros que se detuvieran, y se adelantó solo. Era consciente de su valentía y de su arrojo. Se sentía todo un conquistador.

El hombre corpulento se acercaba. Ambos se detuvieron a la distancia de una lanza. Bardol CaraBansity habló. Preguntó por qué avanzaban tropas contra un palacio casi indefenso. Io Pasharatid, con altanería, respondió que él era un hombre de honor. No solicitaba más que la rendición de la reina MyrdemInggala; luego se marcharía en paz del palacio.

CaraBansity trazó el círculo sagrado sobre su frente, y dejó escapar un quejido. Ay, dijo, la reina de reinas había muerto, víctima de una flecha lanzada por un agente de su ex marido JandolAnganol.

Pasharatid manifestó su colérica incredulidad.

-Mira por ti mismo -dijo Bardol CaraBansity.

Señaló el mar con un gesto, un mar opaco a la luz del amanecer. Los hombres echaban al agua una barca fúnebre.

Pasharatid lo vio realmente por sí mismo. Dejó a sus soldados y corrió hacia la playa. Cuatro hombres con las cabezas inclinadas transportaban unas angarillas donde había un cuerpo cubierto de muselina blanca. Sobre el cuerpo había una guirnalda de flores. Una anciana con un lunar peludo lloraba al borde del agua.

A paso solemne los cuatro hombres condujeron las angarillas con el cuerpo hacia la carabela blanca, la Plegaria de Vajabahr; las bordas de la nave habían sido reparadas para un viaje en que no iría ninguna persona viviente. Depositaron el cuerpo al pie del mástil y se retiraron. ScufBar, el viejo mayordomo de la reina, vestido de negro, subió a bordo con una tea encendida. Hizo una profunda reverencia ante el cuerpo amortajado. Luego acercó el fuego a una pira de leña colocada sobre la cubierta.

Mientras las llamas aumentaban, el barco se alejó lentamente de la bahía, impulsado por el viento propicio. El humo flotaba sobre el agua, como vellones.

Pasharatid arrojó su yelmo a la arena y exclamó, dirigiéndose a sus hombres:

-¡De rodillas, hrattocks! De rodillas, y orad al Azoiáxico por el alma de esta hermosa señora. ¡Oh, la reina ha muerto, la reina de reinas ha muerto!

CaraBansity, sonriendo de tanto en tanto, volvía junto a su esposa a Ottassol, cabalgando un hoxney de color castaño. Era un hombre inteligente y su artimaña había tenido éxito; la reina había logrado salvarse de la persecución de Pasharatid. En el dedo meñique de su mano derecha llevaba un regalo que le hiciera MyrdemInggala: un anillo con una piedra del color del mar.

La reina había partido de Gravabagalinien pocas horas antes de la llegada de Pasharatid. Con ella iban su general, la hermana de éste, la princesa Tatro y un grupo de seguidores. Emprendieron rumbo al nordeste, hacia Matrassyl, a través de las fértiles tierras de loess de Borlien.

Por dondequiera que fueran, los campesinos, hombres, mujeres y niños, salían de sus cabañas y bendecían a MyrdemInggala. Hasta los más pobres traían alimentos y ayudaban de todas las maneras posibles.

El corazón de la reina estaba satisfecho. Pero no era su antiguo corazón: ya no había validez en sus afectos. Tal vez llegara a aceptar a TolramKetinet. Eso estaba por verse. Primero debía encontrar a su hijo y darle consuelo. Luego podría determinar el futuro.

Pasharatid permaneció en la costa largo tiempo. Ignorándolo, un rebaño de ciervos se acercó a la playa para pastar en la línea de la marea alta.

La nave funeraria se adentró en el mar, llevando el cadáver de la criada que había fallecido a consecuencia de las heridas sufridas cuando un tonel de pólvora había caído sobre ella. Las llamas se elevaron y el humo desapareció entre las olas. Pasharatid alcanzó a oír el crepitar de los maderos.

Llorando, se desgarró la túnica y pensó en lo que ya nunca habría de ocurrir. Se echó de rodillas sobre la arena, sollozando por una muerte que aún no había acontecido.

Los animales del mar giraron en torno al casco ardiente antes de partir. Abandonando las aguas bajas se lanzaron hacia las profundidades, en pos de regiones que ningún hombre había navegado todavía, fundiéndose con los líquidos desiertos de Heliconia.

Los años pasaron. Los miembros de aquella tumultuosa generación desaparecieron uno a uno...

Mucho después de que la imagen de la reina se desvaneciera para las miradas mortales, gran parte de lo que en ella era inmortal llegó, atravesando el inconmensurable abismo del espacio, hasta la Tierra. Allí, esos acontecimientos y ese rostro volvieron a vivir. Los sufrimientos, alegrías, defectos y virtudes de MyrdemInggala resucitaron para los pueblos de la Tierra.

En Heliconia, pronto se perdió todo recuerdo de la reina, como se pierden las olas en la playa.

T'Sehnn-Hrr brillaba en el cielo. Su luz era azulada. Incluso de día, cuando Batalix aparecía entre la fría bruma, la luz era azulada.

Todo se ajustaba de un modo perfecto al gusto de los phagors. Las temperaturas eran bajas. Llevaban los cuernos en alto y no sentían la menor prisa. Vivían entre las montañas tropicales y en las selvas de la península de Pegovin, en Hespagorat. Estaban en paz entre ellos.

Mientras los runts crecían hasta ser creaghts y luego adultos completos, sus pelajes se tornaban densos y negros. Por debajo de ese pelaje, eran inmensamente fuertes. Arrojaban toscas lanzas que podían matar a una distancia de cien metros. Con ellas se defendían de los miembros de otros componentes si pretendían invadir su territorio.

Dominaban otras artes. Habían sometido y domesticado el fuego. Viajaban llevando al hombro hogares portátiles, y en ocasiones se veían grupos de ellos que descendían a la costa para pescar, transportando sobre sus anchas espaldas losas de piedra ahuecadas de donde brotaban llamas.

También sabían hacer objetos de bronce. Con él adornaban sus cuerpos, y siempre se podía ver el cálido destello de ese metal alrededor de las humeantes hogueras de sus cuevas en la montaña. Dominaban la alfarería hasta el punto de hacer vasijas de forma espiralada, muchas veces de intrincado diseño, semejantes a las vainas de las frutas que comían. Con lianas y juncos tejían bastas vestiduras. Poseían el don del lenguaje. Stalluns y gillots cazaban juntos, o cultivaban sus escasas hortalizas en campos despejados. No había peleas entre machos y hembras.

Los componentes phagor tenían animales domésticos. Los asokins convivían con ellos y les servían como perros de caza. Sus Otros tenían un uso menos práctico; se toleraban los traviesos hurtos de esos seres por la hilaridad que provocaban sus extrañas costumbres.

A la puesta de Batalix, cuando la luz desaparecía del frío mundo, los seres de dos filos se hundían con indiferencia en el sueño. Dormían como el ganado, echados en el mismo lugar donde estaban. Se extinguían. Ningún sueño visitaba sus largos cráneos durante las silenciosas horas de la noche.

Sólo cuando la luna T'Sehnn-Hrr estaba llena, se acoplaban y cazaban en lugar de dormir. Era su gran momento. Mataban a cualquier animal que encontrasen, a cualquier ave, y a cualquier otro phagor. No había motivo para matar; ocurría porque así era su costumbre.

A la luz del día algunos componentes, los que vivían hacia el sur, cazaban flambregs. Ese vasto territorio, el continente polar de Hespagorat, estaba poblado por millones de cabezas de flambregs. Nubes de moscas los acompañaban, entre ellas la mosca amarilla. De modo que los phagors mataban a los flambregs, los masacraban uno a uno o por docenas, mataban a los líderes de los rebaños, a las hembras, grávidas o no, a las crías, e intentaban llenar el mundo con sus cadáveres.

Los flambregs jamás cesaron de avanzar hacia el norte a través de las tierras bajas de la península de Pegovin. Los seres de dos filos jamás cesaron de matarlos. Los años iban y venían, y también los siglos, y los grandes rebaños continuaban arrojándose contra las infatigables lanzas. Los componentes no tenían otra historia que esa matanza constante.

El acoplamiento tenía lugar durante la luna llena; un año más tarde se producía el parto, también durante la luna llena. Los runts se convertían poco a poco en adultos. Todo era despacioso,

como si los mismos latidos del corazón se tomaran su tiempo, y la velocidad a que crecen los árboles fuera el modelo de todas las cosas. Cuando el gran disco blanco de la luna se hundía entre las tinieblas del horizonte, todo continuaba como cuando se había elevado entre esas mismas nieblas. Unidos como estaban a esa lenta paz, los phagors eran gobernados por su ritmo: el tiempo no entraba en sus pálidos harneys.

Sus animales domésticos morían. Cuando se trataba de un Otro, su cuerpo era arrojado fuera de la zona del campamento, para que los buitres lo devoraran. Los grandes phagors negros no conocían la muerte: para ellos no era más que tiempo. Cuando envejecían, sus movimientos se tornaban más cansinos. Aunque se mantenían dentro del abrigo de sus familias, vagamente demarcadas, se apartaban. Año tras año, sus capacidades eran más limitadas. Pronto se perdía el lenguaje. Y por fin, el movimiento.

Entonces, la tribu demostraba un sentimiento de solidaridad. No se ocupaban de los individuos adultos. Sólo de los runts y de quienes sucumbían a la vejez. Esos viejísimos phagors eran cuidadosamente atesorados y reverenciados; se recurría a ellos sólo en ocasiones de tipo ceremonial, por ejemplo cuando se preparaba un ataque contra un componente vecino.

Como corporizaciones de ese lánguido tiempo, los phagors envejecidos transponían sin cambios perceptibles la sombría división que separaba la vida de otras condiciones. El tiempo se congelaba en sus eddres. Su tamaño se reducía, y después de muchos años sólo eran pequeñas imágenes queratinosas de sus anteriores cuerpos. Incluso entonces, perduraba aún cierta fluctuante existencia. Eran consultados. Desempeñaban un papel en la vida del componente. Sólo cuando se desintegraban se podía decir que habían recibido la visita del fin; y muchos eran tratados con tal cuidado que sobrevivían durante siglos.

Esta forma de vida crepuscular continuó durante siglos. El verano y el invierno provocaban pocos cambios en esa península en forma de maza que se extendía casi hasta el ecuador. En cualquier otro lugar los mares podían congelarse cuando llegaban los inviernos, pero en la península, tanto en lo alto de las montañas como en los boscosos valles, un letárgico paraíso se mantuvo a lo largo de muchas, muchas lunas, y muchos eones.

Los seres de dos filos no respondían a los cambios con rapidez. Una estrella desconocida, que nadie había anunciado y de la que nada se sabía, era un punto luminoso mucho antes de entrar en los cálculos de los componentes.

Los primeros phagors de pelaje blanco que aparecieron sólo causaron indiferencia. Muchos de ellos llegaron a la madurez. Produjeron descendencia blanca. Sólo entonces fueron expulsados. Los proscriptos vivían en las tristes costas del mar de Kowass, alimentándose de iguanas. Sus Otros domesticados montaban en sus espaldas, y de vez en cuando arrojaban ramitas o algas secas en los fogones portátiles.

Al anochecer, se podía ver en la costa a Otros y phagors, con humo y llamas en la espalda, moviéndose hacia el este. Año tras año, los phagors blancos eran más numerosos, y más regular el éxodo hacia el este. Señalaban su paso con pilares de piedra, tal vez con la esperanza de volver algún día a su hogar. Esa vuelta nunca se produjo.

En cambio, la cancerosa estrella del cielo se tornó más brillante y eclipsó a todas las demás hasta que, como T'Sehnn-Hrr, produjo sombras por la noche. Entonces, la raza de dos filos, después de largas consultas con los ancestros en brida, concedió a la nueva estrella el nombre de Freyr, que significaba "miedo".

De una generación a la siguiente, no parecía haber diferencia en la magnitud de la estrella del miedo. Pero crecía. Y de generación en generación los phagors blancos mutantes se diseminaron por las costas de Hespagorat. Al oeste de la península de Pegovin se detuvieron ante las terribles marismas de unas tierras que más tarde se llamarían Dimariam. Hacia el este, cubrieron lentamente las tierras alpinas de Throssa, y tras dos mil millas de viaje, llegaron al puente natural de Cadmer. Todo esto se realizó con la inerte determinación característica de la raza de dos filos.

Del otro lado de ese puente, se extendieron por Radado hasta penetrar en territorios cuyo clima era más parecido la de Pegovin. Algunos se establecieron allí; otros, que llegaron después, merodeaban más lejos. A medida que avanzaban erigían sus pilares de piedra para señalar las octavas

de aire benéficas que podían conducirlos de regreso a su hogar ancestral.

Llegó el momento de la catástrofe. La estrella del miedo, joven, furibunda, inundando el espacio de radiación, capturó a la envejecida Batalix con su cargamento de planetas. La estrella del miedo tenía una compañera más pequeña. En la conmoción cósmica subsiguiente, esa compañera se perdió, llevándose consigo a uno de los planetas de Batalix y a la luna de Heliconia, T'Sehnn-Hrr. Batalix pasó a ser una cautiva de la estrella del miedo. Ésta fue la Catástrofe, que los harneys de los phagors jamás podrían olvidar.

En las conmociones que luego sacudieron al planeta, el antiguo puente a través de los estrechos de Cadmer fue demolido por violentísimos vientos y mareas. El nexo entre Hespagorat y Campannlat quedó cortado.

En esa época de cambios, los Otros cambiaron. Los Otros eran más pequeños que sus mentores, pero más ágiles y de mente más flexible. El éxodo de Pegovin había transformado su papel en relación con los phagors: ya no se los consideraba meros animales domésticos para un momento de ocio; ahora debían buscar comida para

alimentar al componente.

La revolución ocurrió por azar.

Un grupo de Otros recolectaba alimentos en una bahía de la costa de Radado cuando la marea los dejó aislados. Permanecieron durante un tiempo en una isla que tenía una laguna; en esa laguna había gran abundancia de peces de aceite. El pez de aceite era una de las manifestaciones de esa ecología cambiante; se multiplicaba por millones en los mares. Los Otros permanecieron allí, bien alimentados.

Más tarde, habiendo perdido a sus mentores, se dirigieron por su cuenta hacia el noroeste, hasta unas tierras casi desiertas que llamaron Ponpt. Allí se fundaron las Diez Tribus, u Olle Onets. Finalmente, su versión del lenguaje phagor, muy modificada, llegó a difundirse por todo Campannlat. Se llamó Olonets. Pero esto ocurrió después de que muchos siglos pasaran por aquellos desiertos.

Esos Otros se desarrollaron. Las diez tribus iniciales se convirtieron en muchas. Se adaptaban rápidamente a las nuevas circunstancias que les tocaba enfrentar. Algunas tribus no se establecieron jamás, y comenzaron a errar por el nuevo continente. Sus grandes enemigos eran los phagors, a quienes, sin embargo, consideraban como dioses. Esa ilusión, o esa aspiración, era parte de su activa respuesta al mundo en que se habían encontrado. Se multiplicaban, cazaban y el nuevo sol brillaba sobre ellos.

Cuando llegó el primer Gran Invierno, cuando ese primer turbulento verano se desvaneció en el frío y la nieve cayó durante meses, quizá las mentes eotemporales de los phagors creyeron que la normalidad retornaba. En ese período, las Diez Tribus fueron puestas a prueba. Como eran genéticamente maleables, sus futuras existencias serían modeladas por el grado de éxito con que sobrevivieran a los siglos del apastron, en que Batalix se arrastraba por los sectores más lentos de su nueva órbita. Las tribus que mejor se adaptaron emergieron con nueva confianza a la próxima primavera. Se habían convertido en la humanidad.

Machos y hembras se alegraban de sus nuevas habilidades. Sentían que el mundo y el futuro eran de ellos. Sin embargo, había momentos, cuando por la noche estaban sentados ante la hoguera bajo la luz de las estrellas, en que en sus vidas se abría un abismo misterioso y creían mirar un pozo sin fondo. Llegaban las memorias de un período en que unas criaturas más poderosas los habían cuidado, administrando una severa justicia. Dormían en silencio y en sus labios se formaban palabras sin sonido.

La necesidad de adorar y ser gobernados, y la de rebelarse contra el gobierno, nunca se alejó de ellos, ni siquiera cuando Freyr volvió a manifestar su poder.

El nuevo clima, con sus mayores niveles de energía, no era apropiado para los phagors de pelaje blanco. Freyr era la encarnación de todos sus males. Empezaron a labrar un símbolo apotropaico en los pilares de las octavas de aire. Consistía en dos círculos concéntricos unidos entre sí por líneas curvas. Para el ojo de un phagor, ésta era en primer lugar la representación de T'Sehnn-Hrr alejándose de Hrl-Ichor Yhar. Luego empezó a verse como algo distinto: una imagen de Freyr

aplastando a Hrl-Ichor Yhar a medida que se acercaba.

Mientras algunos de los seres que hablaban Olonets se transformaban, generación tras generación, en los odiados Hijos de Freyr, los phagors perdieron lentamente su cultura. Se mantuvieron firmes y con los cuernos en alto; el clima no favorecía del todo a los Hijos.

Aunque Freyr no se marchó, había largos períodos en que ocultaba su odiosa forma entre el conjunto de las estrellas. Entonces, la raza de dos filos volvía a dominar a los Hijos de Freyr. Cuando llegara la próxima Época del Frío, destruirían por completo a su antiguo adversario.

Ese tiempo aún no había llegado. Pero llegaría.

FIN